

SIDAD  
CIÓN

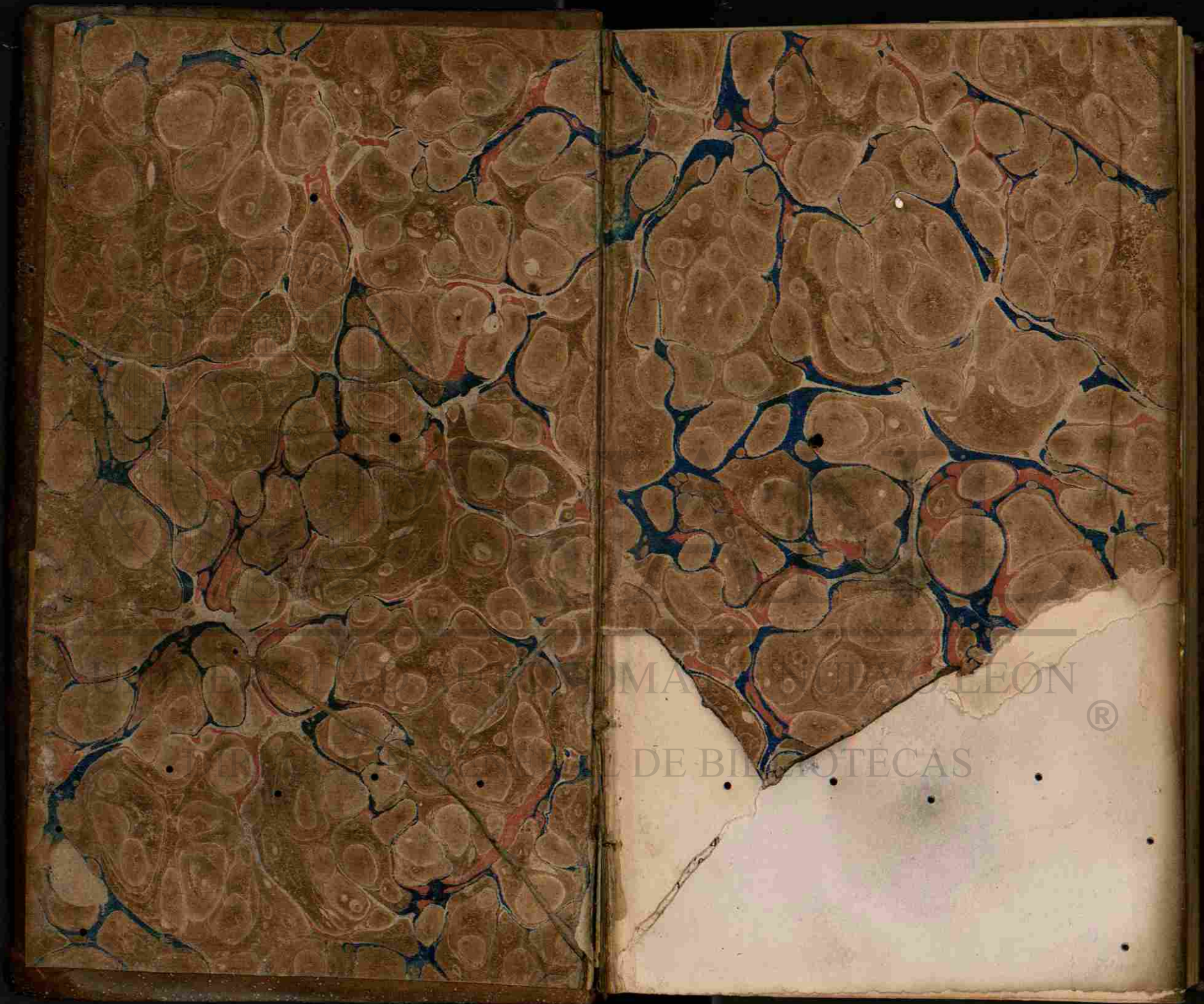


BJ1485

A4

1860

c.1



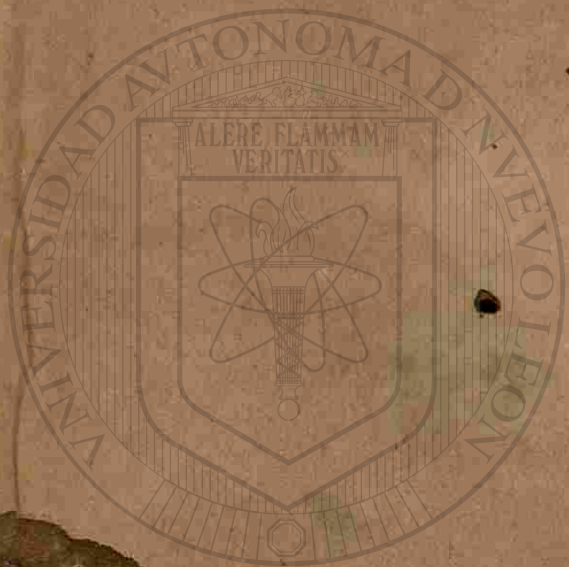
MA... LEÓN

®

DE BIBLIOTECAS



1080110273



EL

HOMBRE FELIZ.

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DE BIBLIOTECAS



EL  
**HOMBRE FELIZ,**

**INDEPENDIENTE**  
 DEL MUNDO Y DE LA FORTUNA;

ó

**ARTE DE VIVIR CONTENTO**  
 EN CUALESQUIER TRABAJOS DE LA VIDA.

OBRA ESCRITA EN PORTUGUÉS

POR

**EL P. D. TÓDORO DE ALMEIDA,**  
 de la Congregacion del Oratorio, y de la Academia de las Ciencias de Lisboa, etc.

**TRADUCIDO AL ESPAÑOL CON NOTAS.**



Con aprobacion del Ordinario.

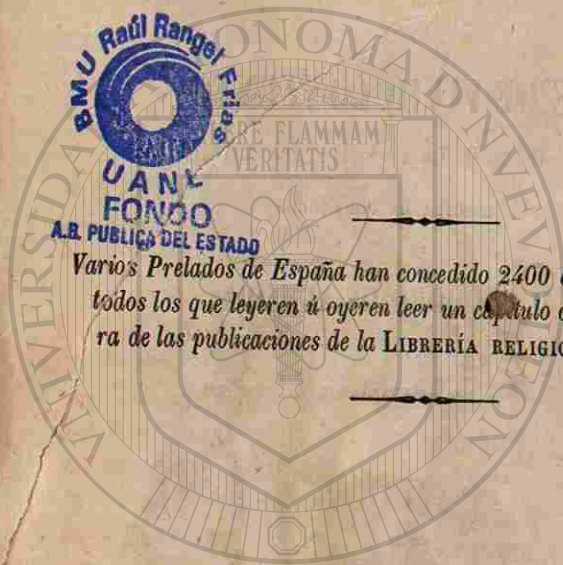
LIBRERÍA R

LIBRERÍA RELIGIOSA  
 AVIBÓ, 20.  
 BARCELONA.

ABLO RIERA,  
 3.

1860.

B11485  
A 4  
1860



Varios Prelados de España han concedido 2400 días de indulgencia á todos los que leyeren ú oyeren leer un capítulo ó página de cualquiera de las publicaciones de la LIBRERÍA RELIGIOSA.

## PRÓLOGO.

1 Como siempre ha sido el público el juez de las obras que le ofrecen, conviene que sea informado de los motivos por que se emprendieron. El principal que me movió á meditar esta obra, fue el bien de la humanidad. Veía yo que la mayor parte de los que se llaman infelices, pudieran no serlo, si tuviesen en el entendimiento otro modo de pensar, y en la voluntad otra moderación en querer. El efecto que yo experimentaba de algunas consideraciones de mi filosofía, ilustrada por el *Evangelio*, era tan saludable, que me juzgaria reo de gravísimo delito si ocultase tales consideraciones, ó si ahogándolas en el estrecho seno de mi pecho las dejase perecer conmigo, sin que viesen la luz del día. Pudiera dar al público mis reflexiones con el título de una *Filosofía moral*, ó de *Máximas prudentes sobre la verdadera alegría*, *Paráfrasis épica del Eclesiastés*, y tambien de *Filosofía evangélica*; porque todas ellas son sacadas del santo Evangelio de Jesucristo, y de otros libros sagrados, fuentes puras de las verdades, no solo teológicas, sino tambien morales, filosóficas y políticas. Con todo: me pareció que seria mas agradable, y por eso mas útil, dar esta obra en el estilo en que la ofrezco á todos, atendiendo á muchas circunstancias que así me lo prometian. Tenia observado que muchos venerables Prelados de la Iglesia, llevados del mismo intento, regalaban á algunos caballeros distraidos entre otras dádivas Crucifijos de oro, delicadamente labrados, aunque sin la propiedad y viveza que tienen los de encarnacion,

que están como vertiendo la divina sangre, á los cuales, acaso, ellos no mirarian ni aun por curiosidad; porque deseaban aquellos santos Prelados que la preciosidad de la materia, y la delicadeza de la escultura les llevase la atención y los ojos á considerarla en la imagen de aquel original que les quería introducir dentro del alma. Así deseé yo hacer disfrazando la austeridad que aparece en las máximas evangélicas, con la belleza y flores de la luz de la razón y de la poesía.

2 Tomé por modelo al gran Arzobispo de Cambray en su famoso *Telémaco*, y otras obras de este género, en las que, con la suavidad del néctar encantador de la poesía, se dan las máximas más saludables para las costumbres. Al principio intenté dar esta obra en verso rimado, y después de haber dispuesto una buena parte, me incliné más al verso suelto, deseando más libertad en la pluma. Dejéme llevar entonces del dictamen de Horacio, que da la palma á quien sabe mezclar lo útil con lo suave. Pretendía embriagar el espíritu de mis lectores con la dulzura del metro, de suerte que tragasen sin advertirlo la medicina saludable del alma. Veíalos despreciar con tal frenesí todo lo que les olía á devoción y virtud, que me pareció forzoso engañarlos felizmente dándoles las píldoras, ó poniendo la dulzura de la miel en el borde de los vasos donde se les debían suministrar las medicinas amargas. Mas después de este segundo, y no pequeño trabajo, observé que el número y cadencia que bajo las leyes severas debían suplir la falta de la rima, me obligaban á veces á no decir lo que quería, ó á decirlo de otra manera, no dejándome libertad la precisión del verso para descubrir el pensamiento con la naturalidad y vehemencia que deseaba. Resistí también de esta empresa; y á imitación del que preparándose para un desafío de empeño y peligro, no quiere consentir adorno alguno que le embarace los pies, las manos ó los brazos, deseando estar ágil para herir ó rebatir los golpes del contrario; así hice últimamente, y sacrificando á la fuerza y energía de los argumentos que deben herir y rendir toda la belleza del metro, que solo podía recrear los sentidos, comencé de nuevo la obra; mas conservando las leyes de la poesía que me eran convenientes, y usando de la libertad de la prosa,

según lo han practicado otros muchos antes que yo con suceso feliz.

3 Era mi designio llevar insensiblemente los lectores al conocimiento de la violencia y guerra que debían hacer á sus pasiones, y á una ciega y total entrega de sí mismos en los brazos de la divina Providencia, cuando nos hace caminar sobre abrojos y espinas: lección muy precisa para la *felicidad* de la vida. Hallaba que los hombres la procuraban con ardiente sed, y quise aprovecharme de esta misma sed para conducirlos á donde quería, y á este intento hacerles una pintura tal de este noble fin y premio de la virtud, que enamorados de su belleza, no dificultasen practicar cualquier medio, aunque áspero, que los llevase á ella. Aprendí esta fina y prudente política de lo que ví en Jesucristo, el cual hallando también sedienta á la Samaritana, se valió de su sed para convidarla de tal modo con la descripción de la saciedad completa que le prometía, que no se resistiese á abrazar su doctrina.

4 Ahora esta imagen de la felicidad sólida, que solo se podía conseguir por medio de la virtud, convenia que yo la pusiese delante de los ojos de los mortales, y bien cerca, para que la creyesen posible, y no la reputasen mero fantasma de la imaginación, sino realidad, que cuási pudiera tocarse con las manos. Á este fin busqué en la historia un héroe verdadero á quien conviniese este retrato, pues de éste modo podía disuadir mejor y sin violencia á los lectores del error común con que se busca la felicidad por el camino del vicio, y los hacia entrar en la verdadera senda de la alegría; porque fácilmente nos animamos á hacer lo que vemos practicado, cuando los efectos son agradables.

5 Érame, pues, indispensable preciso un héroe en quien hiciese brillar la virtud, la cual cuando se ve practicada es tanto más gustosa que los simples consejos, cuanto lo es la solfa cantada respecto de la puramente escrita; y juzgué que lo debía buscar entre los Príncipes cristianos, para que ninguno pudiese sospechar que yo hacia nacer la *felicidad de las máximas independientes de la religion romana*<sup>1</sup>, que es la única en que podemos

<sup>1</sup> Solo Dios es el feliz y fuente de la verdadera felicidad, por no tener de-

ser felices en la vida, y esperar poseer despues de la muerte la felicidad completa. Este punto era esencialísimo para que no se confundiese mi filosofía con la de los paganos, ni las máximas sacadas del Evangelio con los consejos de Platon, de Séneca ó de aquellos falsos filósofos que en nuestros tiempos nos venden con el especioso título de *Bien de la sociedad*, los proscritos y despreciables errores de los antiguos *sofistas*.

6 Para llenar mis ideas encontré felizmente á principios del siglo XIII á Uladislaw III, rey de Polonia<sup>1</sup>, príncipe de tan heroico mérito, que sin haber tenido antes ejemplar ni imitador despues, disputó con su primo Lesco, sobre quién con mayor generosidad habia de sacrificar á la verdadera filosofía el trono y cetro, al que ambos tenian derecho igual. Vi en él, que obligado últimamente de las instancias del primo, y del amor de la pública tranquilidad, subió al trono; y que habiendo gobernado dos años los pueblos como padre, descendió él muy tranquilo, apenas vió que sus vasallos inconstantes se inclinaban á Lesco. Vi que vivió despues en Polonia, como simple particular en paz y quietud, el que habia sido antes su legítimo soberano: cosa nunca vista. Estas acciones me persuadieron que no podia encontrar en toda la historia personaje á quien ajustase mejor la pintura de la virtud y sólida filosofía, que yo queria hacer brillar á la faz del universo.

7 Necesitaba la virtud de la contraposición del vicio<sup>2</sup>, y las máximas de la filosofía debian ser realzadas, puestas á la frente de los ciegos desórdenes de las pasiones furiosas. Para esto era preciso otro personaje verdadero y coetáneo, para que no se dijese que degeneraba en novela lo que era poema (aunque podia tomarme la licencia que se tomaron Virgilio, Tasso y otros, va-

pendencia alguna; y solo es dichoso el hombre, cuya *felicidad* únicamente depende de la religión romana; porque felicidad dependiente de la *fortuna* ó del mundo, no es felicidad, sino dura esclavitud. (Véase la nota lib. III, n. 27).

<sup>1</sup> Uladislaw fue el décimotercio soberano católico de Polonia, reino tan ortodoxo, que no puede reinar en él quien no profese la religión de Jesucristo. (*Lex. Rex. Cath. esto*).

<sup>2</sup> *Nisi enim ex comparatione virtutum, vitium non ostenditur.* (S. Hieron., lib. I Comment., c. ix S. Matth.).

liéndose de personajes que no coexistieron), y hallé al Conde de Moravia, famoso por los yerros de su pasión amorosa, como refiero en el último libro, donde se ven los funestos efectos de esta loca pasión en el asesinato de su hermana la Reina de Hungría. Este hecho me dió autoridad para hacerle representar en este poema el papel que convenia para realzar la virtud de mi héroe, y hacerla llegar á los ápices del heroismo, á que la mano poderosa de Dios le hacia llegar.

8 Hacia á mi intento la cronología, estando la historia de aquellos tiempos llena de innumerables hechos en que se interesa la curiosidad; por cuanto en aquellos años hervian con las *Cruzadas* el mar *Adriático* y el *Archipiélago*, y el imperio de Oriente experimentó en sus emperadores desde Manuel Commeno<sup>1</sup> alternativas nunca vistas: por entonces fueron las catástrofes de Andrónico, de Isaac Ángelo, de Alejo su hermano, segunda vez de Isaac Ángelo, y de otro Alejo su hijo, pasando por este tiempo el cetro del Oriente de los griegos á los latinos, despues de la toma de Constantinopla, cuando Balduino I, que era conde de Flandes, fue puesto sobre el trono, y despues de él su hermano Enrique.

9 En el Asia Menor se veia de nuevo establecido y coronado emperador de Nicea Teodoro Lascaris, casado con Ana, nieta de Isaac Ángelo. El sultan de Iconio *Rovadin* preparaba las armas para ayudar á Leao ó Leon, rey de la Armenia Menor. *En la Tierra Santa se veia la nueva reina de Jerusalem María, hija de Isabel, que era últimamente reina de Chipre<sup>2</sup>*, la cual pedia á Felipe Augusto rey de Francia, le señalase esposo digno de su

<sup>1</sup> Este Emperador reinó desde 1143 hasta 1180; y fue el que contra derecho de gentes sacó los ojos á los embajadores de Venecia.

<sup>2</sup> María ó Jolec en efecto vivia, no en Jerusalem como reina, sino en la Tierra Santa, intitulándose *reina de Jerusalem*, como se llamó su madre, de quien heredó y recibió en dote el título y derecho legítimo á aquella santa ciudad, el cual dió tambien en dote á su hija, que casó con Federico II, emperador; y de aquí les viene á los reyes de Sicilia el titularse reyes de Jerusalem. (El nobilísimo Antonio Albicio in *Stemmata Christianorum Principum*). No solo era reina de Chipre, sino tambien reina de Tiro, de Eptolemayda ó Acon, de Berito y Jafa ó Joppe. (*El mismo Albicio y D. Luis de Mármol. Descripción de África*, lib. II, fól. 190).



persona y corona. Todo esto suministraba á la ficcion poética mil episodios, que podian ser útiles á la intriga, la que sirve, no solo para hacer ver las pasiones en toda su fuerza, sino tambien para traer el alma del lector en continuo, bien que diferente y agradable movimiento, hallándose estimulada con la curiosidad de ver el mal ó buen éxito de los sucesos; lo que da lugar á que la filosofia insinúe insensiblemente todas sus máximas, y que con gusto se vea siempre que en los héroes la razon triunfa de las pasiones, y la virtud del vicio.

10 Para apartar muy léjos la austeridad que tanto se teme en unas máximas que declaran guerra abierta á todos los vicios, puse estudio en que, á veces, manos delicadas hubiesen de curar las heridas, é hice entrar en este enredo á Sofía, viuda de Nicolao Canabo, emperador de Constantinopla, que por pocas horas gozó de este honor en el pasaje tumultuoso, cuando el cetro del Oriente pasó de los griegos á los latinos. Esta Princesa supongo disgustada y retirada de la corte en una casa de campo sobre el *Niester*<sup>1</sup>, donde es el primer encuentro del héroe. Dile por medio hermano al dicho Conde de Moravia, para que la estrechez del parentesco hiciese decente la familiaridad, que es indispensable á quien juntamente con el héroe, médico de su corazon corrompido, habia de hacer el papel de enfermera para que sanase su alma.

11 Aquí, pues, junto á la casa solar de esta Princesa, comienza el artificioso enlace de sucesos en un encuentro casual del Conde de Moravia con Uladislao, que mientras vive desconocido, se llama siempre *Miseno*. Este le comunica sus máximas, y para ello toma el principio de su historia, llevándolo desde que vió balancear la corona de Polonia sobre la cabeza de su padre Miecslao. Figura entonces que mi héroe aun no lo era, antes al contrario, que se dejaba arrastrar de la frísteza y de otras pasiones, y se habia abandonado al acaso; pero que en su peregrinacion con mil sucesos ya misteriosos, ya naturales, habia aprendido las

<sup>1</sup> Estaba esta en el territorio de *Besarabia*, que confina con *Moldavia*, la pequeña *Tartaria*, y el mar *Euxino*: país montuoso, delicioso y fértil, por donde va muy caudaloso el *Niester*.

máximas de la sólida filosofia, que le hicieron despues subir al trono sin ambicion, descender de él sin pena, y vivir fuera de él sin desabrimiento en aquella soledad en que le hallaron. Acaba esta parte del enredo, que sabe por la narracion del héroe, se sigue la dilacion de algunos dias, y se finge que conversando los tres, y disputando, se persuaden las máximas de la verdadera alegría, y despues se ve que por casos inopinados y trazados por las furias del infierno, que declararon guerra abierta al héroe, estuvo á punto de separarse de su alumno; mas sin embargo, por orden de la Providencia empiezan á viajar juntos: el Conde con el designio de militar en la Tierra Santa, y el Principe con el de ir en su compañía, para irle tirando la rienda á sus pasiones, y completar la doctrina que habia empezado á darle: deseando así conseguir la empresa de vencerse á sí mismo, y de que la razon sea siempre la que domine y gobierne todas sus pasiones; pues desde el principio tieno colocada en esto la verdadera heroicidad. En este gran empeño trabaja por fin Uladislao, ayudado de aquella gracia del cielo, que hace al hombre terreno superior á sí mismo, hasta que ya ni la venganza le mueve, ni la ingratitud le vence, ni otra pasion alguna le manda: y pasados once meses en esta lucha perpétua de la virtud del héroe con los vicios, se retiró por orden superior á vivir en Polonia, donde dice la historia que Uladislao vivió en paz á beneficio comun<sup>1</sup>.

<sup>1</sup> Véase la última nota del libro XXIV.

## ADVERTENCIA DEL AUTOR.

*El autor de esta obra advierte al lector tenga presente lo que se ha dicho en el prólogo, lo que se dirá en el libro tercero, y mucho mas las palabras sacadas del libro séptimo de la Sabiduría: Laetatus sum in omnibus, quoniam antecedebat me ista sapientia. Por donde conocerá que en las tres partes de esta obra por la palabra filosofía no se entiende la luz de la razón fundada meramente en los principios naturales, como la entienden los estóicos; sino la luz de la razón ilustrada por luz superior, como se advierte expresamente en varios lugares; y así cuanto se dirá en este poema en orden á seguir la virtud, primir las pasiones, huir de los vicios, y poner los medios para hallar una felicidad independiente del mundo y de la fortuna, todo se debe entender, mediante los auxilios de la divina gracia, merecida por Jesucristo, que hace al hombre terreno superior á sí mismo; la cual nosotros debemos implorar no solo para tener vigor capaz de resistir las tentaciones, mas tambien para que nuestros actos de virtud sean sobrenaturales y merecedores de la felicidad eterna, conformándose en esto el autor, como en todo lo demás, con los sentimientos y dogmas de nuestra Religión; pues de ninguna manera quiere que se entienda que por nosotros mismos podemos ser felices, sin dependencia de la gracia de Jesucristo; por cuya razón muy de propósito hace estudiar á su héroe en los libros de las santas Escrituras, que halló á los principios, y estos fueron los que le excitaron la idea heroica de vencerse á sí mismo, domar sus pasiones, y burlarse de las adversidades.*

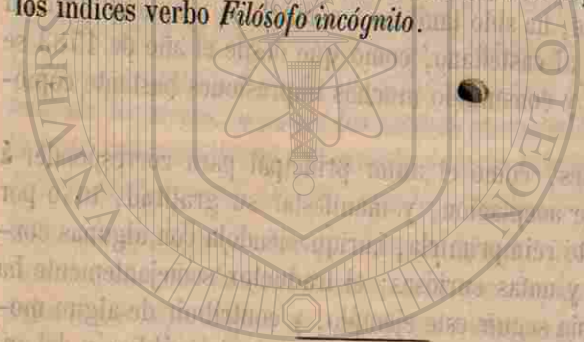
## EL TRADUCTOR.

Esta obra que en su original fue recibida con aplauso del público, y estimada á competencia de toda clase y condicion de personas, ha sido tambien tan estimada y aplaudida en su traduccion al castellano, como que desde el año de 1783 se han hecho y consultado muchas impresiones bastante copiosas.

Así, pues, como el autor principal para corresponder á tan grande aceptacion, y manifestar su gratitud, tuvo por conveniente reimprimirla, enriqueciéndola con algunas correcciones y notas curiosas; el traductor semejantemente ha creído debia seguir este ejemplo, y contribuir de algun modo á mejorar la traduccion en obsequio del público y del autor, no limitándose á hacerla de dicha reimpression portuguesa, aunque tan ilustrada, sino añadiendo tambien de su parte para mayor adorno de la obra un *compendio histórico genealógico de los Soberanos de Polonia*. Igualmente ha procurado aumentar notas y citas para mayor claridad de muchos puntos sublimes, descubrir algunas minas ricas de erudicion selecta que encierra la obra, y desvanecer objeciones aparentes ó supuestas de críticos poco instruidos en la noble libertad del poema épico; y todo con particular atencion, no solo al buen gusto de los literatos y curiosos, sino principalmente á la mejor instruccion de los jóvenes de ambos sexos,

para quienes es este poema no menos útil que peregrino y delicioso, según lo ha acreditado la experiencia: estas fueron las ventajas de la cuarta impresión sobre las antecedentes: luego en la quinta se aumentó el discurso preliminar sobre este mismo poema y un índice alfabético de cosas notables. Y esta se ha procurado que salga la más correcta de todas.

NOTA. Que las voces de letra bastardilla señaladas con una \* se explican en el índice á beneficio de los menos inteligentes, por no ser muy comunes. Las notas con la misma \* son las del autor original. Las que no la tuvieron, las del traductor; y de estas las que son vindicativas de la respetable y muy acreditada opinión de esta obra se especifican en los índices verbo *Filósofo incógnito*.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCION GENERAL DE

## COMPENDIO

HISTÓRICO, CRONOLÓGICO Y GENEALÓGICO

### DE LOS DUQUES Y REYES DE POLONIA.

La Polonia, patria antigua de los sármatas, es uno de los reinos mayores de Europa: su longitud desde las fronteras de la pequeña Tartaria hasta las de Brandemburgo, se extiende á doscientas noventa leguas, y á doscientas su latitud desde las fronteras de Transilvania hasta el ducado de Curlandia.

Tiene este Estado el título de reino y república: es su Gobierno monárquico y aristocrático\*, y es el único electivo de todos los reinos de Europa. El rey debe ser católico, y elegido por el Senado, el cual, por ser en esta ocasion numerosísimo, se junta en una vasta llanura á las inmediaciones de Varsovia.

El árbol genealógico de los príncipes de esta monarquía se divide en cuatro ramas: primera, la de los *Duques antiguos*; segunda, la de los *Piastas*; tercera, la de los *Jagelones*; cuarta la de los reyes de diversas casas.

#### CLASE I.

Principio de los reinados.

Su duracion. <sup>®</sup>

550 **LECO**, príncipe de Esclavonia, fue el fundador de la sociedad polaca y de *Gnesne*, su primera, grande y hermosa ciudad.

Por muerte de **VISMIR**, hijo de Leco, se formó un senado de doce palatinos vaivodas ó guerreros; y habiéndose introducido entre ellos discordia por los años de 700 de la era cristiana, se eligió por príncipe á **CRACO I**, uno de los doce palatinos, el cual fundó á *Cracovia*.

700 **CRACO II** sucedió á su padre Craco I por primogénito; y habiéndole muerto con disimulo en la caza su hermano **Leco II**, go-

berno este poco tiempo, porque apenas se descubrió el fratricidio, lo depuso el pueblo. 50

750 VENDA, hermana de Leco y de Craco, y de ambos sucesora en el Gobierno: no habiendo querido tomar estado con Rotogaro, príncipe teutónico, quiso este precísalas con su ejército; mas saliendo Venda á la frente del suyo, venció á su contrario cuerpo á cuerpo: reinó. 10

760 PREMISLAO, elevado desde su oscuro nacimiento por héroe del valor á la dignidad ducal, se puso por nombre Lesco I (en el antiguo idioma polaco significa *astucia*): fue muy guerrero, triunfó de los moravos, y se hizo temer de todos. 44

804 LESCO II, trasplantado desde su labranza al ducado de Polonia, fue modelo de príncipes, excelente en paz y en guerra, sin perder jamás de vista los groseros vestidos de cuando araba en el campo. 6

810 LESCO III heredó con la soberanía las virtudes de su padre, las que acreditó en las guerras contra el poder de Carlo Magno; pero declinó en una incontinencia tan vergonzosa, que se hizo el escándalo de su pueblo, aunque gentil. 5

815 POPIEL I, haciendo ventajas á su padre Lesco en los desórdenes, fue un monstruo de torpezas; como Sardanápalo solo amaba á los cómplices de sus gustos. 15

830 POPIEL II, de tan abominable costumbre como su padre, temeroso de que lo privasen del ducado, dió muerte con veneno á sus seis tíos bastardos: su mujer é hijos murieron mal, y el comido de ratones: extraordinario ejemplar, pero verdadero. 4

## INTERREGNO.

Finalizada la familia de Lesco II, hubo muchas turbaciones é intrigas entre diversos partidos, hasta que por fin fue elegido duque por los vaivodas de la asamblea *Diasto*, labrador de *Kruswich* en *Cujavia*, para poner término al interregno de ocho años.

## CLASE II.

842 PIASTO, elegido duque, no dejó de ser virtuoso como antes, vivió 120 años, y reinó 19, en cuyo tiempo desterró de sus dominios los vicios, y estableció las virtudes tan suavemente, que lo que no podía conseguir por la dulzura ó por la razón, lo alcanzaba á fuerza de su buen ejemplo. 19

861 ZIAMOVISTO, imitando á su padre, y uniendo lo belicoso con lo político, consiguió muchas ventajas, sin mas que contener á sus vecinos los húngaros, moravos y prusianos: fue príncipe muy amable. 31

892 LESCO IV, su hijo, fue príncipe recto, sencillo y humano; pero tan inútil para el Gobierno por su indolencia, que dejó el valor de sus vasallos sin ejercicio, y el mérito sin recompensa. 21

913 ZIAMOVISTO, no siendo como su padre, ni recomendable por sus cualidades, ni detestable por sus vicios, su única gloria fue ser padre de Miecslao. 51

964 MIECESLAO I nació ciego, y á los 7 años recobró repentinamente la vista. Á persuasiones de algunos cristianos, ó de su esposa *Dambrouca*, hija de Boleslao I, duque de Bohemia, repudió siete concubinas, recibió el Bautismo año 965; el siguiente envió el papa Juan XIII misioneros á Polonia, se desterró la idolatría, y desde entonces prevalece aun la costumbre de que la *Dominica Laetare* llevan los muchachos por las calles arrastrando la imagen de la muerte, cantando versos en desprecio del demonio: fue guerrero poco afortunado; pero murió llorado de todos. 35

999 BOLESLAO I *Crobio*, esto es, *corazon grande*, hijo de Miecslao, obtuvo el honor de rey por gracia del emperador Oton III, confirmada por el santo padre Silvestre II en 1001, subyugó á los bohemos y moravos, venció á Jorlau, duque de Rusia, tomó á *Kiovia*, y extendió el reino, y en él la Religion. 26

1025 MIECESLAO II, hijo de *Crobio*, perdió muchas conquistas de las que habia hecho su padre en Alemania, y el serle Rusia tributaria: murió de amores furioso, hecho escándalo del reino. 9

1034 RIOSA ó *Riva*, viuda, regente y tutora de su hijo Casimiro: por su mal gobierno se le sublevaron los nobles: ella se retiró á *Sava*, á la sombra del emperador Conrado su pariente, y desde allí envió á Casimiro su hijo á los estudios de Paris. 8

## INTERREGNO.

Siete años estuvo sin jefe Polonia, despedazándose con guerras intestinas y las irrupciones de sus vecinos.

1041 CASIMIRO I, el *Pacífico*, ya monje profeso en Cluny, y ordenado de diácono, dispensados sus votos por el santo padre Benedicto IX, fue arrebatado de los polacos para que fuese el iris de sus perturbaciones: correspondió el efecto á los deseos, pues civilizó los

pueblos, restableció la paz y el comercio, é hizo florecer la Religión: murió como santo. 17

1051 **BOLES LAO II**, el *Intrépido*, heredó también de su padre Casimiro el celo y la justicia: fue asilo y vengador de príncipes perseguidos, y ejemplar de soberanos los seis años que reinó, dominando sus pasiones; mas hecho esclavo de la mas tirana y sensual, se hizo tan cruel que martirizó á *san Estanislao*, obispo de Cracovia: fue excomulgado, depuesto, y murió en Hungría desterrado año de 83. 23.

1081 **ULADIS LAO I**, hermano de Boleslao, por sobrenombre *Herman*, reinó en su lugar: en siete años de guerras contuvo la Prusia y Pomerania que intentaban sacudirse el yugo de Polonia: no fue tan feliz con Bretislao II, duque de Bohemia: le faltó ardor y aplicación. 20

1102 **BOLES LAO III**, llamado *Bocatoreida*, ocupó la vacante de su padre, fue uno de los príncipes mas distinguidos de Polonia: adelantó la Religión en Prusia y Pomerania, y siempre con la espada en la mano ganó cincuenta batallas, y en una que fue vencido por traicion murió de pena. 36

1140 **ULADIS LAO II**, el mayor de los cinco hijos de Boleslao III, fue príncipe feble y sin talento: no supo defenderse de sus pasiones, ni de las ajenas, y solo supo resistir á la razon: despojó de sus legítimas á sus hermanos, y estos le arrojaron del reino: murió despues de trece años de destierro. 6

1147 **BOLES LAO IV**, el *Crespo*, duque de Moravia, entró á reinar sin contradiccion de los otros tres hermanos, mas tuvo que combatir con las ambiciones de Cristina y Uladislao, apadrinados del emperador Federico I, que intentaba restituirlos al mando. Venció á los prusianos, y al fin murió en una batalla contra ellos. 26

1173 **MIECES LAO I**, llamado el *Viejo* por su prudencia, subió al trono por muerte de su hermano segundo, fundó en su ciudad ducal de Landau un monasterio del Cister, y un hospital en Posnania: mudó en el trono de condiccion, se hizo duro, dobló los tributos, y le depuso el pueblo. 4

1177 **CASIMIRO II**, dicho el *Justo*, sucedió á su hermano Mieceslao, y fue confirmado por Alejandro II, reparó el estado de la república con sus leyes y buen ejemplo, venció á los rusos, dió paz á la Iglesia y al reino; mas al fin se dejó arrastrar de las cadenas del amor, y murió de repente en un festin. 17

1194 **LESCO V**, el *Blanco*, primogénito de Casimiro y de Elena, hija de Useuddo, príncipe de Rusia, entró á reinar desde su tierna

edad, bajo la regencia de su madre: su tio Mieceslao se le apropió el trono por medio de la sagacidad y artificio: la Reina madre le cedió la regencia bajo el pacto de adoptar á su sobrino Lesco por heredero, con preferencia á sus hijos. 6

1201 **MIECES LAO** asciende segunda vez al trono, se desentiende de la obligacion que habia estipulado con la Duquesa regente, y viéndose esta defraudada, dispone una conspiracion, y le quita á Mieceslao el cetro. 1

1202 **LESCO** vuelve á tomar las riendas del Gobierno sobre el trono; sin embargo, Mieceslao halla medio por intervencion de Nicolao, palatino de Cracovia, para que su sobrino le dé lugar de reinar tercera vez: lo consiguió en efecto, pero la muerte lo arrebató del mando en el mismo año. 1

1203 **ULADIS LAO III**, duque Cracoviense, fue sublimado al trono por muerte de su padre Mieceslao, y por abdicacion de su primo Lesco V: el objeto principal de este Principe fue establecer el bien comun, y reprimir todo género de males con paz y justicia. Es la nacion polaca belicosa, el gobierno de Uladislao era de tranquilidad, se quejaban los descontentos, y Uladislao prudente salió con sus tropas á recibir á Lesco, que venia triunfante de los rusos en la batalla que les dió bajo los muros de *Zabichost*, y con generoso empeño le cedió la corona, y se retiró á vivir como particular. (Vide lib. VIII, núm. 15 y 25). 3

1206 **LESCO** el *Blanco* empuñó tercera vez el cetro, gobernó sin defectos, ó si los tuvo fueron amables. En su tiempo se instituyó el Orden de caballeros *Portaespada*, con el designio de sujetar los livonios idólatras. 21

1227 **BOLES LAO V**, el *Casto*, con raro ejemplo juntó la virginidad y el matrimonio, ciñó la corona de su padre Lesco: le atribuyen las historias muchos defectos, mas en su reinado se descubrieron los ricos minerales *Bochnenses*, y fue quien solicitó la canonizacion de *san Estanislao*. 52

1279 **LESCO VI**, el *Negro*, segundo nieto de Casimiro el *Justo*, muerto Boleslao V, que lo señaló su sucesor, fue reconocido soberano de Polonia: tuvo fortuna en las guerras con Enrique el *Bueno*, y con el Duque de Moscovia su consanguíneo. 10

## INTERREGNO.

1289 Muerto Lesco se dividió Polonia, unos á favor de Premislao, duque de Pomerania, tercer nieto de Mieceslao III, y otros de

Uladislao *Lochet* ó *Loctico*, medio hermano de Lesco VI: y despues de seis años de interregno, fue elegido Premislao, que solo reinó siete meses y once días.

1296 ULADISLAO IV se siguió á su competidor, y en cuatro años llegó á apoderarse de toda la Polonia, excepto de algunos castillos: al fin se hizo cruel, y fue depuesto en una dieta el 1300. 4

1300 WENCESLAO, el *Santo*, rey de Bohemia, fue elegido rey de Polonia en la misma dieta que fue expelido *Loctico*: hasta este tiempo se usó en Polonia una moneda de cuero llamada *aspergillos*. 6

1306 ULADISLAO IV, sin embargo de la contradicción del Duque de *Glopau*, fue restituído al trono. Adquirió la Pomerania, enmendó los yerros de su primer gobierno, y se hizo muy amado. 27

1333 CASIMIRO III, el *Grande*, el último de la casa de los *Pias*tas, siguió á su padre en reformar el reino, edificó muchos templos y hospitales, y estableció la universidad de Cracovia. 37

1370 LUIS I, el *Grande*, rey de Hungría, reconocido sucesor de su tío Casimiro, año 1335, se proclamó el 1370: fue muy piadoso, dió auxilio de gentes y dinero á dos Sumos Pontífices, redujo muchos pueblos confinantes á la santa fe, y conquistó el reino de Nápoles. 12

## CLASE III.

1384 ULADISLAO V, llamado así, y en el bautismo *Jagelon*, duque de Lituania, por haberle preferido para su esposo Eudovige, hija de Luis I, se le proclamó rey de Polonia, á la que unió la Lituania, y fue rey valiente, político, religioso y bienhechor. 48

1434 ULADISLAO VI nació el año de 1423, ciñó la corona de su padre *Jagelon* el 1434, la de Hungría el 1440, murió el 44 en la batalla de Varna, peleando contra Amurates, emperador otomano. 10

1447 CASIMIRO IV continuó el reinado de su hermano Uladislao, estableció la paz entre los prusianos y caballeros teutónicos, introdujo los nuncios terrestres, ó diputados de los Palatinados para las Dietas, á imitación de los Tribunos en Roma: fue padre de san Casimiro. 45

1492 JUAN ALBERTO, rey de Polonia por muerte de su padre Casimiro, tuvo guerras largas y crueles contra Estéban, vaivoda de Valaquia, y con los turcos de quienes era protegido: se finalizaron por un tratado de paz año 1499: fue sábio, pero desgraciado. 9

1501 ALEJANDRO I fue elegido soberano por muerte de su hermano, mas por las voces de un pueblo amotinado, que por los su-

fragios del Senado: tuvo guerra con rusos y tártaros: fue testigo de las victorias de Polonia. 5

1506 SEGISMUNDO I hizo ventajas en el Gobierno del Reino á su hermano Alejandro: estableció pena de muerte contra los Protestantes. 41

1548 SEGISMUNDO II y AUGUSTO I reinó despues de su padre, favoreció mucho á los sábios, y finalizó en él la familia de *Jagelones*. 24

Dos años duró la contienda entre *Ernesto*, hijo del emperador Maximiliano, y *Enrique de Valois*, duque de Anjou, hijo de Enrique II, rey de Francia, y Valois venció.

## CLASE IV.

1574 ENRIQUE DE VALOIS, no por tener sangre polaca, sino por libre eleccion de los polacos, fue coronado su rey en febrero de 1574, y el junio del mismo año se fué furtivamente á Francia á ocupar la vacante de su hermano Carlos IX. 1

1575 ESTÉBAN *Bashcero*, vaivoda de Transilvania, por el matrimonio con Ana, hermana de Segismundo III, sucedió á Enrique: fue severo, pero afortunado. 12

1587 SEGISMUNDO III fue proclamado rey de Polonia, por hijo de Catalina, el año 1587, y el 1593 rey de Suecia por su padre Juan II: fue valeroso, compasivo y muy católico. 44

1632 ULADISLAO VII, hijo de Segismundo, se proclamó en febrero de 33, ganó muchas batallas á los turcos, y á Osman le mató 150,000 hombres. 17

1648 JUAN CASIMIRO V, hijo de Segismundo, fue héroe cristiano, que prefirió la corona electiva de Polonia á la hereditaria de Suecia, en obsequio de la Religion: trocó el cetro por el báculo de *San German de Prez*, en Francia. 21

1669 MIGUEL *Coributo*, de la sangre de los *Jagelones*, elegido sucesor de Juan Casimiro: fue poco afable y muy sincero. 4

1674 JUAN III *Sobieski*, caballero particular, por su valor ascendió á Gran Mariscal de Polonia, y al trono por libre eleccion del reino: obligó á los turcos á unas paces muy ventajosas al Estado y á la Religion. 22

1697 FEDERICO Augusto, hijo de Juan Jorge, elector de Sajonia, y de Ana Sofia, hija de Federico, rey de Dinamarca, entró á reinar en competencia de los príncipes *Alejandro* y *Conti*, y por una Die-

ta que hizo juntar Cárlos XII cerca de Varsovia, fue depuesto. 7

1704 ESTANISLAO *Loczinski*, palatino de Posnania, fue elegido rey bajo la asignacion del Rey de Suecia para las Dietas de los confederados: subió al trono por eleccion de los grandes del reino: el año 1709 tuvo que abandonarlo. 5

1709 FEDERICO *Augusto* volvió al trono protegido del Moscovita, despues de vencido el Sueco, con quien se habia confederado Estanislao, que huyó á Turquía, y de allí á Francia. 24

1733 FEDERICO *Augusto III* tomó las riendas del Gobierno por su padre, se negó á admitir la diadema imperial, dejando á sus iguales un raro ejemplo de virtud, constancia y desinterés en todas sus situaciones. 31

1764 ESTANISLAO II *Augusto*, reinante, conde de *Poniatowski*, subió al trono por una eleccion completa, y con las ideas mas altas de dar nuevo semblante al reino; y sin embargo de que en el espacio de cuatro años continuos quisieron turbárselo todo cinco potencias protestantes, interesadas en las nuevas pretensiones de los *disidentes*<sup>1</sup>, no lo consiguieron. Solo lograron (en la Dieta general de 11 de noviembre de 1768, á la que asistieron católicos y protestantes para ventilar sus diferencias), que los *disidentes*, á lo mas, se conservasen en sus derechos y privilegios antiguos: triunfo debido á la cristiandad invencible de la nacion polonesa.

<sup>1</sup> Así son llamados en Polonia todos los cristianos que no son de la comunión romana.

## DISCURSO PRELIMINAR

SOBRE EL POEMA

## EL FELIZ INDEPENDIENTE.

POR

ANTONIO DE LAS NIEVES,

presbítero y profesor régio de retórica y poética en Peñafiel.

Nada hay mas frecuente cuando sale á luz alguna obra con novedad, que atormentar á los profesores de la materia á que pertenece, para que manifiesten el juicio crítico que han formado de su mérito. El de esta obra es bien notorio: ya se ve en España la novena edicion; y de Bruselas he leído una carta del P. Juan Chevalier, del Oratorio, uno de los literatos críticos mas rígidos que hoy conoce Portugal, en la que hace á esta obra los mayores elogios que se pueden desear. Yo que por mi profesion debo exponer á mis discípulos sus primores, para que ellos y todos cuantos quieran saber mi juicio crítico conozcan mi modo de pensar, he trabajado este discurso que divido en dos partes.

## PARTE I.

REFLEXIONES SOBRE LOS PRINCIPIOS EN QUE SE DEBE FUNDAR EL JUICIO CRÍTICO DE LA POESÍA ÉPICA.

## § I.—De las reglas del poema épico.

El eclipse que nos oculta la naturaleza, si me es lícito usar la frase de los filósofos, siempre es continuo, aunque no total; de suerte, que de siglo en siglo nos va ella dejando ver algunas partes nuevas de su disco\* inmenso, cuanto basta para que no se extinga en los hombres la esperanza de saber mejor, y la constancia en estudiar. La *verdad* y la *belleza*, aunque entre sí inseparables, son con todo dos aspectos

ta que hizo juntar Cárlos XII cerca de Varsovia, fue depuesto. 7

1704 ESTANISLAO *Loczinski*, palatino de Posnania, fue elegido rey bajo la asignacion del Rey de Suecia para las Dietas de los confederados: subió al trono por eleccion de los grandes del reino: el año 1709 tuvo que abandonarlo. 5

1709 FEDERICO *Augusto* volvió al trono protegido del Moscovita, despues de vencido el Sueco, con quien se habia confederado Estanislao, que huyó á Turquía, y de allí á Francia. 24

1733 FEDERICO *Augusto III* tomó las riendas del Gobierno por su padre, se negó á admitir la diadema imperial, dejando á sus iguales un raro ejemplo de virtud, constancia y desinterés en todas sus situaciones. 31

1764 ESTANISLAO II *Augusto*, reinante, conde de *Poniatowski*, subió al trono por una eleccion completa, y con las ideas mas altas de dar nuevo semblante al reino; y sin embargo de que en el espacio de cuatro años continuos quisieron turbárselo todo cinco potencias protestantes, interesadas en las nuevas pretensiones de los *disidentes*<sup>1</sup>, no lo consiguieron. Solo lograron (en la Dieta general de 11 de noviembre de 1768, á la que asistieron católicos y protestantes para ventilar sus diferencias), que los *disidentes*, á lo mas, se conservasen en sus derechos y privilegios antiguos: triunfo debido á la cristiandad invencible de la nacion polonesa.

<sup>1</sup> Así son llamados en Polonia todos los cristianos que no son de la comunión romana.

## DISCURSO PRELIMINAR

SOBRE EL POEMA

## EL FELIZ INDEPENDIENTE.

POR

ANTONIO DE LAS NIEVES,

presbítero y profesor régio de retórica y poética en Peñafiel.

Nada hay mas frecuente cuando sale á luz alguna obra con novedad, que atormentar á los profesores de la materia á que pertenece, para que manifiesten el juicio crítico que han formado de su mérito. El de esta obra es bien notorio: ya se ve en España la novena edicion; y de Bruselas he leído una carta del P. Juan Chevalier, del Oratorio, uno de los literatos críticos mas rígidos que hoy conoce Portugal, en la que hace á esta obra los mayores elogios que se pueden desear. Yo que por mi profesion debo exponer á mis discípulos sus primores, para que ellos y todos cuantos quieran saber mi juicio crítico conozcan mi modo de pensar, he trabajado este discurso que divido en dos partes.

## PARTE I.

REFLEXIONES SOBRE LOS PRINCIPIOS EN QUE SE DEBE FUNDAR EL JUICIO CRÍTICO DE LA POESÍA ÉPICA.

## § I.—De las reglas del poema épico.

El eclipse que nos oculta la naturaleza, si me es lícito usar la frase de los filósofos, siempre es continuo, aunque no total; de suerte, que de siglo en siglo nos va ella dejando ver algunas partes nuevas de su disco\* inmenso, cuanto basta para que no se extinga en los hombres la esperanza de saber mejor, y la constancia en estudiar. La *verdad* y la *belleza*, aunque entre sí inseparables, son con todo dos aspectos



diferentes en que contemplamos á la naturaleza; el uno es objeto de la *filosofía*, el otro de la *literatura*.

En una y otra facultad han acontecido varias y raras revoluciones de siglo en siglo, mas con suerte desigual; pues en el dia vemos en la filosofía el conocimiento de la *verdad*, por la mayor parte mas decisivo, cuando aun fluctuemos en la idea de la *belleza* que se busca en las piezas de literatura. El descubrir la causa de esta diferencia no es difícil. Porque, en efecto, hallamos hoy á la *elocuencia* y á la *poesía* casi en el mismo estado en que estaba la filosofía antiguamente; quiero decir, llenas de mucha oscuridad, de mucha incertidumbre, llenas de inutilidades, de sutilezas vanas, de yerros y dificultades; y en fin, las hallamos esclavas de las preocupaciones de la *imitacion servil*, tiranizadas del capricho, de la variedad y del gusto incierto de los artistas: como siempre acostumbra suceder que el gusto solo dirige al ingenio, en vez que el ingenio debiera dirigir y arreglar el gusto.

Por eso no es de admirar que así como la filosofía antigua retardaba al entendimiento en el conocimiento de la *verdad*, que así hoy el estudio de las letras humanas detenga al ingenio en el conocimiento y produccion de sus *bellezas*. Á la crítica, pues, juiciosa pertenece ordenar los principios de estas artes, y reducir las á la simplicidad de la *naturaleza primorosa*, de donde se tomaron sus primeros elementos, y fijar con seguridad sus justos límites. De esta suerte las máximas de la *elocuencia* y de la *poesía* bien determinadas, en lugar de constreñir al ingenio, ó de precipitarlo en un laberinto intrincadísimo de arbitrios y conjeturas ciegas, lo conducirían por el rumbo cierto y seguro de la *imitacion de la naturaleza*, y entonces veríamos verificado por la experiencia, tocante á la *poesía*, lo mismo que dijo de la retórica Ciceron, y despues san Agustin, á saber: que quien no la aprendía en poco tiempo, nunca la aprendía <sup>1</sup>.

Mas, hablando solamente de la poética, todavía la tenemos en estos tiempos, tal cual la dejaron los maestros antiguos en sus escritos. Aristóteles y sus sucesores buscaron sus *reglas* en Homero y otros poetas de aquellos tiempos, apoyándolas mas en el ejemplo que en la sólida razon. Jerónimo Vida, Membrum, Escaligero, Gravina y otros muchos escribieron tambien despues sus *reglas* sobre el poema épico; *reglas* por la mayor parte tradicionarias, y tales que mas sirven para imitar á Virgilio, que para componer bien un poema épico. ¿Qué dirémos del tratado famoso que escribió el P. Bossu? Es-

<sup>1</sup> Cic., lib. III *De Orat.*, n. 87, 88, 89; August., lib. IV *De Doctr. christ.*

te varon doctísimo fue en esta parte de la poética un descubridor, como antes lo habia sido Descartes en la filosofía. Uno y otro sistema merecieron por algun tiempo los aplausos que suele producir la ilusion de la novedad; cesó la ilusion, se buscó el sistema de Descartes en la naturaleza, y no se pudo encontrar, porque no existia sino en la cabeza del filósofo, como la república de Platon.

Lo mismo, con poca diferencia, sucedió al sistema del poema épico que escribió Bossu: en vano se buscaron en la *Iliada* y *Odisea* de Homero sus reglas de epopeya, ó por mejor decir, las conjeturas del *Filólogo* \* francés; pues por mas que los críticos cansaron sus cabezas, nunca les fue posible conciliar Homero con Homero. Lo que solamente consiguieron fue, que siendo estos dos poemas partos del mismo ingenio, eran, sin embargo, de naturaleza diferente, y que cada uno debia tener particular definicion, y reglas particulares: de lo que concluian (á mi parecer con razon) que Homero observó á la *naturaleza*, y con genio productor y libre la representó felizmente en estas dos producciones; y que Bossu, preocupado del espíritu de sistema, observó las producciones de Homero, y no á la naturaleza, y por eso pensó ver en los poemas de Homero, lo que efectivamente no habia ni jamás lo pensó el poeta. No fue menor la dificultad de los que intentaron acomodar al sistema nuevo la Eneida del poeta latino, pues que en él se halla juntamente reunido el plan de la *Iliada* y de la *Odisea*.

Ahora nosotros ¿qué debemos inferir de esto? sino que estos escritores han dicho en esta materia muchas cosas, y que con todo aun no dijeron todo lo que era esencial. Inferimos tambien que erraron é hicieron errar á sus sectarios en pensar que en las *reglas* del arte se podia incluir todo lo que es obra del *ingenio y buen gusto* natural; ó que este podia ser precisado á trabajar por arte. Inferimos igualmente que se engañaron muchas veces con los modelos que tenian delante de los ojos, y por eso llenaron las artes de *reglas* y observaciones falsas, de lo que ordinariamente resultan á los alumnos de la *elocuencia* y de la poética tres inconvenientes que es supérfluo referirlos, por ser tan manifiestos <sup>1</sup>. Finalmente, acomodando á esta materia un pensamiento del autor del *Feliz independiente*, inferimos que *la multitud de autores que han escrito y cada dia escriben preceptos de poesía, prueba que alguna cosa les falta aun, que se desea conseguir* <sup>2</sup>.

<sup>1</sup> Véase á Quintiliano en las *Inst. Orat. L. S. proem.*

<sup>2</sup> El autor habla del método de la geometría en sus cartas *físico-matemá-*

## § II. — De la crítica vulgar de la poesía épica.

Pues si la multitud de los preceptos, si su inutilidad es impedimento, como habemos dicho, para fijar la idea de lo que es bello sólidamente en la poesía épica, por necesaria consecuencia lo debe ser también la crítica vulgar.

Hablo ahora solamente de la crítica de los eruditos, y no intento envolver con esta una cierta crítica maligna y práctica, cual es la de aquellos autores miserables que, como dice el sábio Racine, hechos salteadores en la carretera de la literatura, andan siempre esperando la ocasion de que salga á luz alguna obra nueva que sea feliz para embestirla, «y no por envidia, continúa este varon docto, porque «¿qué fundamento tendrían tales críticos para ser envidiosos, sino «por la esperanza de que el autor de la obra tenga el trabajo de responderles, y sacarlos así de la oscuridad en que los dejarían sus «obras toda su vida?» Lo bueno que hay es que en este lazo no se dejan caer fácilmente los hombres de esfera superior, porque estos conocen bien que verdaderamente es una especie de vileza responder á estas críticas malévolas. No lo ignora esto, sin duda, el Padre Almeida, pues en su *Feliz independiente*, lib. IV, núm. 4, hace decir á Enrique Dandol, que *los hombres de buen juicio disputan con razones, las mujeres con palabras, y los rapaces con mofas*. Ya hace tiempo que en otra obra que publicó el mismo Padre, hizo bien manifiesta su indiferencia con relación á semejantes críticas. Dejemos, pues, ventilar á sangre fría si el *Feliz* es un poema ó un romance: todos saben que ya en Francia hubo semejante debate cuando salió al público el *Telemaco*. Hirvieron luego las críticas, pero no dejaron de repetirse las impresiones de la obra. Las críticas nadie en el día las lee, y toda la Europa lee con estimacion la obra criticada, y jamás hubo produccion de ingenio que tuviese, ni mas aplauso, ni mas universal aceptacion <sup>1</sup>.

Ni tampoco pretendemos confundir con aquella crítica vulgar, la crítica sedentaria de ciertos espíritus filosóficos, que casados con las ideas, de donde viene el pensamiento que acomodamos á nuestro propósito. (Tom. I, cart. prelim.)

<sup>1</sup> Varias críticas se hicieron al *Telemaco*: primera con el título: *Critique générale des Aventures de Télémaque*, por Mr. Guendeville: segunda del abate Faydit con el título: *Télémaque-manie*, etc. Mas estas y otras varias que se hicieron, los sábios de aquella nacion las juzgaron manías de cabezas destempladas. *Aun ha sido mas feliz en esta parte que el Telemaco el P. Teodoro de Almeida por su incomparable mérito.*

abstracciones, y armados de desden para todo lo que no es de nota filosófica, parece que apagaron en sí toda la sensibilidad para con las bellezas de la poesía: á la semejanza de aquel severo matemático, que acabando de oír representar en la tragedia de Racine una escena admirable del delirio de Fedra, preguntó friamente: *¿Y qué prueba eso?* Tal hubo que aun discurrió mayor paradoja, escribiendo que no hay *belleza poética*, y que á falta de ella se inventaron aquellas palabras grandes *lauro fatal, bello astro*, etc. <sup>1</sup>, y que esto es lo que se llama *belleza poética*. Por cierto que no será fácil encontrarse en la república literaria muchos de estos infieles á las Musas.

Pero baste ya de digresion. Reflexionemos despacio sobre la crítica erudita, que es, como dijimos, la otra causa que tanto retarda al ingenio de la produccion, como en el conocimiento de las bellezas.

Desde que se acabó la noche oscura de la ignorancia, comenzó la aurora de la literatura por la erudicion, y para su exámen se recurrió al estudio de los escritores antiguos. Sus producciones al pronto causaron admiracion en los observadores; mas la admiracion, no conociendo los límites racionales á que debia reducirse, pasó á una veneracion supersticiosa. Y de aquí nació todo el sistema de imitacion y de crítica fundado en este discurso falsísimo: *Homero y Virgilio nos abrieron este camino: luego debemos seguirlo: luego cualquier otro es errado.*

Despues, segun las observaciones que cada uno hacia en la eleccion de los autores, se iban estableciendo ciertas reglas, que con el tiempo se redujeron á un cuerpo formado de varias colecciones reunidas, como fue la Poética de Aristóteles. Cada cual, habiendo estudiado el sistema de composicion en cualquier género de obra, se imaginaba que por sus nociones y principios calculados podia ejecutar todo lo que los excelentes autores habian producido por ingenio en sus obras originales, y que seguramente tenian caudal para juzgar del mérito de cualquier obra. Desde aquí se empezó á formar otra preocupacion ó fundamento erróneo para la crítica de cualquier composicion nueva, diciendo: *tal poema está ejecutado conforme á las reglas de Aristóteles: luego es excelente; ó tambien otro tal falló á las reglas de la Poética: luego no es bueno.*

Supuesto esto, ¿qué habia de hacer un poeta portugués, español, francés, etc., para que su obra mereciese votós favorables en el tribunal de la crítica? ¿qué? sino ir á consultar á Aristóteles para saber dirigir su poema, de manera que no discrepase un punto de la

<sup>1</sup> Así escribió Mr. Pascal en su opúsculo intitulado: *Pensées*.

Ilíada ú Odisea de Homero, ó de la Eneida de Virgilio. ¿Qué haría un observador que leyese á un Camoens, un Tasso, un Milton, ú otro insigne poeta de los modernos, para saber qué idea debian hacer de sus obras? Necesariamente habia de sacrificar su ingenio, ó su gusto, ó sus luces á los arbitrios del docto Escaligero, del docto Bossu, ya que estos *legisladores* de la literatura, como bien reflexiona un filósofo moderno, escribieron *volúmenes y volúmenes sobre unas pocas líneas, que produjo la imaginacion de los poetas por juguete.*

No es necesario emplear grandes períodos para persuadir cuánto han de impedir los progresos del ingenio y de las buenas letras estas preocupaciones, y esta esclavitud de las reglas de la *imitacion servil*, y de esta crítica de erudicion. Mas de un ejemplar lo ha confirmado ya en toda Europa. En Francia lo demostró evidentemente el suceso del célebre poema de la *Pucelle de Orleans* de Chapelain. Apareció este poema, cuya fábrica costaría veinte años de trabajo. Concurrieron los *críticos de erudicion* á examinarlo; y con efecto tuvieron la satisfaccion de encontrarle muy ajustado á todas las reglas del arte: examínale los *críticos de ingenio y de gusto*, y tambien convinieron en que nada le faltaba, sino el *interesarse y agrada*r. Y de esta suerte, un poema el mas regular que se vió, vino á servir de rubor al arte y á la crítica, en lugar de autorizarlas.

§ III. — *De la crítica juiciosa y única que conduce al progreso de las bellas artes, y á la perfeccion de las obras de ingenio, principalmente en la poesia épica.*

Es verdad que en el tribunal de la crítica es en donde se debe decidir del mérito de los escritores, y de las producciones de su talento. Pero ¿quién hay que no se juzgue juez competente en este tribunal? ¿Quién no piensa tener bastante derecho para tener voto, y decidir cualesquiera controversias de literatura, despues que se halla admitido á los misterios de las *bellas artes*? ¿Cuántos jueces intrusos con celeridad y sin ingenio sentencian intrépidos en este tribunal, de cuyo voto con razon se debiera apelar? ¿Mas á dónde? Ciertamente al *tribunal de la crítica juiciosa*, la cual indubitablemente debe excluir toda preocupacion; debe despreciar el tono orgulloso de los falsos legisladores; debe no conocer otras leyes, sino las de la naturaleza y de la razon, y hacer justicia seca, recta é invariable en gloria de los escritores, y del mérito digno de inmortalidad. Conviene, pues, para conocer y apreciar cuanto es justo esta crítica, que notemos sus

caractéres, y que expendamos brevemente sus leyes mas principales é incontrastables máximas.

## LEY I.

*La crítica sólida y juiciosa debe discernir lo que es esencial á la poesia y lo que es arbitrario de los poetas.*

Lo esencial de la poesia solamente está ó consiste en las *leyes fundamentales dimanadas por la naturaleza, aprobadas por la razon en que todos los pueblos convienen, y en todo tiempo.*

Son libres y arbitrarios al poeta los auxilios de la imaginacion que se diversifican, segun las costumbres de la nacion, segun el siglo, y segun el genio del poeta. Mas lo *esencial* de la poesia es constante é invariable. Lo arbitrario tiene mil diversisimas opiniones, y ninguna regla general; por tanto, sin lo esencial ningun poema puede ser loable ni libre de censura; pero teniendo lo esencial, de cualquier suerte que se altere convenientemente lo arbitrario, siempre el poema podrá hacer honor á la poesia, al poeta y á la nacion; y siempre será interesante y deleitable á la sociedad. Luego no será preciso que un poema esté vestido á la griega ó á la latina; con tal que tenga un cuerpo bien formado y regular, será un *bello poema*.

Esto supuesto, será cuestion de nombre disputar si el *Feliz independiente* es un romance ó poema épico. Baste referir la docta sentencia que dió el célebre Addison, con respecto al Paraíso perdido de Milton. Si *hacéis escrúpulo*, decia, *de dar el título de poema épico al Paraíso perdido de Milton, llamadle, si quereis, un poema divino, ó dadle el nombre que quisiéreis, con tal que confeseis que esta es una obra tan admirable como la Eneida* <sup>1</sup>.

Sea la *accion única*, para que por grados, sin fatiga ocupe la imaginacion: sea *adornada y diferenciada con episodios* <sup>2</sup>, que sean como miembros de un cuerpo robusto y proporcionado para agrada'r á todos los hombres: sea *interesante*, para que él enredado de la imaginacion se comunique al corazon, y la mueva: sea *entera*, para que satisfaga la expectacion del lector. Y ved aquí las reglas elementales y principales que la naturaleza ha dictado uniformemente á todas las naciones políticas.

Que la accion sea simple ó compuesta, que se acabe en un mes ó en un año, que la escena esté fija en un lugar, como se ve en la *Ilíada*, ó que el héroe navegue de mar en mar, como en la *Odisea*, que

<sup>1</sup> Remarq. d'Addisson sur le Parad., *discurs. I.*

sea feliz ó infeliz, furioso como *Aquiles*, ó pio como *Eneas*, que sea una sola la persona principal, ó sean muchas, que la accion se ejecute sobre la tierra ó en el mar, ó en la costa de África, como la *Lusiada* de Camoens, ó en la América, como la *Araucana* de Ercilla, que se haga en el cielo, en el infierno, ó fuera de los límites de nuestro mundo, como en el *Paraíso* de Milton; todo esto es indiferente á la esencia de la poesía: de suerte, que nunca un poema dejará de ser *épico* ó *heróico* por cualquiera de estas ó semejantes diferencias, mientras no se invente un título especial, proporcionado á la naturaleza particular de cada uno.

## LEY II.

*Es frívola toda admiracion de los escritores antiguos, cuando llega por un cierto exceso á supersticion.*

Es verdad que los antiguos son nuestros maestros y nuestros modelos: sí, ellos son apreciables; pero no lo son por ser antiguos; son apreciables solo porque son buenos. Mas, por ventura, ¿es esta cualidad de *buenos* única y propia de los antiguos, ó aneja á cierto número de años? Veis aquí un problema que nada tiene de dificultoso para los *críticos sensatos*, mas que es un garrote duro para los *críticos entusiastas* \*. Á la verdad, es una injusticia que hacemos á la naturaleza y á nosotros mismos, empleando los ojos y las admiraciones solamente en las producciones intelectuales antiguas de las cuales no podemos juzgar seguramente, y cerrarlos á otras bellas producciones que la naturaleza ha puesto al rededor de nosotros. Vemos algunos de los poetas modernos que ordinariamente, en donde son excelentes, son originales, y que nada quedaron á deber á la imitacion de los antiguos. Otros por el contrario, en donde se ciñeron servilmente á la imitacion de los antiguos, unas veces cayeron en absurdos, y otras apenas llegaron á una mediocridad, lo que la poesía no sufre. ¿Qué bellezas no tiene nuestro Camoens, que Virgilio y Homero no desaprobaban? Y sin embargo, nuestro Camoens fue indignamente tratado de esos críticos, que conforme al pensamiento de un autor célebre, son como los astrónomos que cada dia inventan esferas imaginarias, costándoles poco criar ó aniquilar uno ó dos ó mas cielos de cristal.

## LEY III.

*Admirando las producciones literarias de los antiguos, distingamos lo que en ellos es universalmente bello, y lo que solo tiene belleza local.*

Por cuanto solo la *belleza universal* es la belleza de la naturaleza imitable de todas las naciones, y en todos tiempos, y no es así la *belleza local*, que solo es admirable en un país, y despreciada en otro: á esta belleza local, y no á la universal, se reduce la *belleza necesaria*, que depende de los idiomas ó lenguas, y es bien sabido que las antiguas, muy diferentes de las que usan hoy los pueblos de Europa, eran con muchas ventajas mas favorables á la poesía, principalmente en lo tocante á lo armonioso. Tambien se llama accesoria en la poesía antigua aquella *belleza* que depende de la religion de aquellos pueblos y de sus costumbres, las cuales son, sin duda, no menos diferentes de las nuestras que lo son las nuestras de las de los americanos.

Esta ley no la conocieron, ó no la entendieron los *filólogos* de los siglos pasados, cuando preocupados de una admiracion supersticiosa imitaban indistintamente todo lo que era de Homero ó de Virgilio. Ni tampoco la han comprendido muchos críticos *convulsionarios* \*, que desde el rincon de su estudio ó gabinete han tenido la osadía de criticar en Homero y Virgilio mil cosas que no eran sino unos bellos defectos para nosotros, siendo hermosuras reales respectivamente al tiempo y á la nacion de aquellos heróicos poetas.

## LEY IV.

*Ninguno de los modelos existentes, aun el mas perfecto, puede ser ejemplar absoluto para todos los poemas.*

Porque en realidad de verdad la poesía ni está, ni puede estar totalmente comprendida bajo el estrechísimo círculo de ideas á que se han querido ceñir los artistas. La *Iliada* y la *Eneida* son un ojo muy pequeño para que por él pueda nuestra vista extenderse á todo el inmenso espacio de lo posible, en el *arte de agradar y de mover*. Solamente un alma vivamente penetrada de las bellezas, ayudada de una imaginacion fecundísima, bien activa y muy fogosa, elevada á la alta region de las ideas originales, es la que puede seguir con perseverancia esta grande carrera.

Á mas de esto, todas las producciones en que constantemente se

ha reconocido un mérito superior pueden servir de modelo: mas no es lo mismo tener un superior mérito, que ser un modelo consumadamente perfecto. De todos cuantos poemas se han escrito, cada uno en particular tendrá una ó muchas cualidades excelentes que lo distingán, pero no las tendrá todas. Ningun hombre se ha visto hasta aquí que sea enteramente perfecto; aun los mas insignes que se han conocido, en fin fueron hombres. Homero con ser Homero alguna vez dormitó, y muchos de sus imitadores mas severos no solo dormitaron, sino que llegaron hasta caer algunas veces en letargo. De lo que se concluye, que es crítica temeraria la que sentencia cualquier poema, solo por un modelo particular, por mas excelente que él sea. Consiguientemente la *Lusiada*, el *Telémaco*, el *Paraiso perdido*, el *Feliz independiente*, y otros semejantes poemas, no pueden ser reclamatione juzgados por la *Iliada* ú *Odisea* de Homero, ni por la *Eneida* de Virgilio; pues que cada una es obra de genio distinto, y obra de diversa naturaleza en el género épico, y de aquí se deduce la siguiente

## LEY V.

*Es errada, ó á lo menos peligrosa, toda crítica que se funda meramente en la comparacion de una obra con un modelo.*

Supongamos que un poeta emprendia ahora otra nueva *Eneida* en competencia de la del poeta latino; y que apartándose de la idea y del plan que siguió este, formaba todo su poema, tejido como el cuarto libro de la *Eneida* latina, de suerte que todos los incidentes fuesen como en la *Eneida* dicha, nacidos unos de otros; y que todos así dispuestos produjesen y conservasen hasta el fin una admirable variedad de sentimientos y de imágenes, una mezcla de *épico* y *dramático*\*, una violenta alternativa de perturbacion y de sorpresa, de terror y de compasion. En este caso, si comparándose la *Eneida* moderna con la antigua, se encontrase tan notable diferencia, aun no faltaria alguno de estos criticos *minorum gentium*, que tendria la valentía de condenarla, ó cuando menos de aplaudirla friamente.

Mas por lo contrario, ¿cuál seria el crítico, que pesando las cosas en balanza justa, no conociese una gran superioridad al Virgilio nuevo sobre el Virgilio antiguo? ¿Quién puede prohibir á los ingenios presentes que continúen el arte de donde lo dejaron los antiguos artifices? ¿Qué mal hicieron entre los franceses Corneille y Racine, añadiendo en el teatro lo que faltó á *Sófocles* y á *Eurípides*? ¿Y por qué no será lícito otro tanto en el poema épico? Mas esto es lo que no

quieren conceder estos criticos semejantes á los agoreros romanos, de quien galante y agudamente dijo el poeta Pacuvio, que como entendian mas las cosas por las entrañas ajenas que por las suyas, era mejor escucharlos, que darles crédito<sup>1</sup>.

## LEY VI.

*Para juzgar sanamente del mérito de un poema y de su belleza real, es preciso que el crítico sepa entender, y que tenga no solo una imaginacion viva, sino tambien un corazon sensible, acalorado por algunas chispas del mismo fuego que el espíritu ó talento del poeta comunicó á su obra.*

Todos convienen que para decidir sobre la armonía ó disonancia de la música, no es bastante el solo conocimiento de la naturaleza de los sonidos, como le tiene un fisico, ó saber calcular exactamente como matemático la proporcion de los tonos. Tambien se sabe, que para este efecto es preciso tener buen oido, capaz de recibir las impresiones de los sonos, y una alma delicada para saberlos entender; y que sin esto todo lo demás es inútil. ¿Cuánto, pues, será mas precisa esta buena disposicion del alma á un recto crítico en poesía? ¿Cómo, pues, será posible que un hombre solamente con la luz de los preceptos de la poesía, con una imaginacion tímida, corazon frio y espíritu apocado se halle suficientemente hábil para tocar las delicadezas del gusto de un buen poema, y delicadezas casi imperceptibles á las almas vulgares? Por cierto que quien quisiese sujetar lo patético de un poema á sola la simple decision del juicio especulativo, seria lo mismo que hacer que el oido juzgase de los colores, y los ojos de las voces. Atendida esta máxima será dificultoso resolver el problema, ¿por qué causa se halla la república literaria tan inundada de malos criticos, como de malos escritores? ¡Ojalá que ella pudiese poner este freno á aquellos, así como puede tolerar estos menos perjudiciales á la verdad!

<sup>1</sup> Non istis, qui linguam avium intelligunt, plusque ex alieno jecore sapiunt, suo quam ex Magis audendum, quam auscultandum censeo.

## LEY VII.

*Generalmente hablando, no es crítica justa y recomendable en este género de literatura, sino la que se funda en un modelo ideal, fruto de la exacta observacion de la naturaleza universal, y del exámen y cotejo de muchos buenos modelos existentes, y juntamente de una teórica de principios bien regulada.*

Juzgar la belleza de las piezas de literatura solo por los preceptos, seria, como acabamos de demostrar en la ley antecedente, condenar por las reglas lo que aprueba el *buen gusto*, ó aprobar lo que él reprueba: seria poner en la misma balanza lo bueno y lo malo, lo mediano y lo excelente. Así tambien juzgar por uno ó por otro modelo particular, como se declaró en la ley IV y V, las bellezas ó defectos de un poema, seria autorizar los defectos de un autor con los defectos de otro; seria negar las virtudes de uno, por las que á otro faltaban, y dar por imperfecto lo que solo tiene perfecciones diferentes; pues ni todo lo que Homero escribió es excelente, ni todo lo que faltó á Homero deja de serlo, ni será imposible á otro ingenio.

¿Por ventura será una cosa reprehensible, solo porque es nueva, ó sin ejemplar? Tal poema nos ofrece un plan feliz, cuya ejecucion salió infeliz: otro tal manifestará una bella ejecucion de un plan muy imperfecto é irregular, y no será muy dificultoso darle á Homero por patrono. *Luego solo la observacion de la naturaleza, y la combinacion de todos los modelos existentes, justificada por las reglas constantes, puede suministrar á un crítico un cierto modelo ideal de la perfeccion decisiva en este género de literatura: y consiguientemente, solo lo que en este género parece conforme ó contrario á este modelo ó primor ideal, se puede tener con seguridad por defecto ó belleza decisiva.*

## PARTE II.

## REFLEXIONES SOBRE EL POEMA DEL FELIZ INDEPENDIENTE.

§ I. — *Del juicio que se debe formar sobre este poema considerado en general.*

Si es constante y evidente que no se debe juzgar una obra por solo las reglas arbitrarias de los comentadores, ni segun las máximas in-

<sup>1</sup> Horac., epist. I, lib. II, v. 90.

<sup>2</sup> Plurium bona ponamus ante oculos ut aliud ex alio haereat, et quo quidque conveniat aptemus. (Quintil., *Inst. Orat.*, lib. X, c. 2).

discretas de críticos subalternos: si solo son firmes é irrefragables las leyes de la crítica juiciosa, como habemos persuadido, ¿qué juicio, para que sea cabal, deberémos formar de la obra que sirve de objeto á este discurso? ¿Por ventura es una historia? ¿es un romance? ¿ó verdadero poema épico? ¿Está conforme con las reglas, conforme á la crítica vulgar, ó conforme á la crítica juiciosa?

Dejemos para la instruccion de la juventud las nociones elementales que sirven para discernir la epopeya de la historia, del romance, y de cualquier otro género de composicion. Bien se sabe que la historia no representa los ejemplos de la vida humana, sino tales cuales ellos son, ó imperfectos ó comunes. Ella tiene á nuestro espíritu como encarcelado en una especie de esclavitud, estrechándole dentro de los límites del mundo real. No es así la poesía, y especialmente la poesía épica, en donde el espíritu humano se ensancha, se dilata de modo, permítaseme decirlo así, que se pasea con libertad, y goza de su elevacion hasta en las vastísimas regiones del mundo posible. (Bacon, *Organ.* l. 4). Pero no, no entra en la idea del poema épico el romance ó novelas; pues estas traspasan los límites, no solo de la verdad, sino de la verosimilitud, y de lo moralmente posible.

Ciñámonos, pues, al único punto de la cuestion: si el *Feliz independiente* es un verdadero poema épico. Primeramente el poema épico en prosa es una obra hecha para instruir y deleitar con todas las bellezas posibles de la poesía. Originalmente fue compuesto en verso para ser cantado. Mas, por ventura, ¿el lenguaje de la Iliada ó de la Eneida, suelta de las prisiones del metro, no seria muy á propósito para formar otra Iliada ú otra Eneida salvando el decoro, la gravedad y nobleza del género, del héroe, de los actores y de la accion, etc.?

Las epopeyas en prosa son un nuevo invento, en que disputa la prosa á la poesía todos los privilegios que el asunto permite: hallazgo debido al ingenio de los nuevos artistas, artistas filósofos, que conociendo los fueros de la libertad del espíritu humano, supieron extender el pequeño círculo de las ideas de los antepasados, creando, ó nuevos objetos, ó nuevas formas de los objetos conocidos. ¡Ah y qué distinta atencion merecen estos generosos aventureros, respecto de la república servil de los imitadores!

Los idólatras de la antigüedad creen que la epopeya es narracion de una accion que canta una musa, y en este supuesto juzgan que la proposicion y la invocacion son indispensables. Los antiguos poetas las debían tener como partes del aparato; los que vinieron despues

las practicaron por imitacion; pero los que han escrito poemas en prosa, que ni han de ser representados, ni cantados en los teatros, se juzgaron con razon dispensados de inquietar las Musas del Parnaso antiguo, para que los lectores inteligentes los crean inspirados. Supongamos enhorabuena al poeta inspirado; mas la verdadera y mas bien entendida inspiracion no será otra que un vivo interés de la materia, una sensibilidad del alma del poeta sobrepujante, y una imaginacion excitada de la grandeza de su objeto. Cuando esto se descubre en un poema, entonces creemos sin preocupacion que el Dios del númen asistió al poeta. Sin esto, ni creo, ni entiendo inspiracion alguna, ni me lo persuaden mas diez ó doce líneas que escriba el poeta, inculcándose en su pretendida inspiracion.

Así todo lo esencial de la epopeya consiste en la narracion; como lo esencial de un sermón se reduce á las pruebas del asunto, y á las partes mayores y menores de esta especie de narrativa: todas las cualidades de la epopeya, las mas recomendables para los fines que llevamos dichos, son las partes que contribuyen á una epopeya perfecta.

Si consideramos la diversidad de las escenas que se representan en este vasto teatro, no hay mas que discurrir ni desear de lo que felizmente se encuentra en el *Feliz independiente*. Es tan encantado su artificio, que la imaginacion del lector desde que empieza á leerlo, se pone en un continuo agradable movimiento, y ya no descansa su curiosidad sino para continuar con nuevo esfuerzo la carrera comenzada, y llegar al término deseado. Testigo son de esto la experiencia de cuantos han leído esta excelente produccion; la violencia que cada uno siente en arrancarse de su lectura, la impaciencia de querer pasar adelante, y la sorpresa en los encuentros inopinados.

Este encanto es el efecto de la admirable economía y disposicion que reina en toda la obra, y juntamente de la grandeza de la accion, del juego de las máquinas, del enredo principal, y de los subordinados. ¡Oh! que es el alma de toda buena epopeya la viveza y lo patético de la narrativa, la fuerza y energía de las imágenes, el interés de la intriga y contraste de las pasiones, y la verdad y nobleza de los caracteres y costumbres: todo esto junto es lo que hace este poema tan admirable.

Ahora si la obra mas aventajada en este género, segun la idea de Aristóteles, debe ser aquella cuya accion es la mas teatral, y por esto mas patética, mas interesante, yo no creo que alguno me convenza de que la accion de este poema pueda llegar á mas: ó sea conside-

rada en sí misma, ó al respecto de la relacion de humanidad, ó al respecto de las decoraciones del artista, ó finalmente al respecto de comparacion con otras, que han sido tratadas por ingenios muy esclarecidos. Todo en este poema concurre al enlace ó nudo, ó á la solucion principal: un incidente, una situacion viene llamando á otra: las siguientes se encadenan admirablemente con las precedentes: el interés va creciendo sensiblemente á proporcion que el peli-gro se hace mas urgente, y uno y otro tienen los mismos progresos. Las mismas escenas filosóficas que á primera vista solo parecen lecciones y máximas de doctrina tranquila, y en su misma tranquilidad son épicas, desde que se les prende el fuego de las que las acompañan, nada hay en ellas que sea ocioso ó supérfluo: cada una, á mas del interés particular, concurre benéfica al interés general de la empresa. Lo narrativo del poema es muy poco, lo dramático mucho mas, circunstancia que es muy esencial para conservar el interés que se difunde por un campo tan dilatado; cualidad tan poco observada de tantos poetas, que no sabiendo, ó no queriendo moderar su genio, se explican en declamaciones tan frias como impertinentes, despreciando en ellas lo que pudiera aprovecharles en otras muy bellas escenas, en donde la naturaleza, representando en los actores su papel, encantaría tanto el ánimo del espectador, cuanto el poeta declamador lo fastidia.

Finalmente, si atendemos á la conformidad de este poema con las reglas, hallamos en él observadas las esenciales del sistema poético universal: aquellas, digo, que son igualmente fundadas en razon y en el ejemplo; aquellas que son conformes á la *imitacion de la bella naturaleza*, hijas del genio y de la poesia, convenientes á todos los pueblos y naciones; y no las arbitrarias esclavas vagamundas de la moda de los tiempos y del capricho de los artistas. De lo que podemos concluir que nada falta al *Hombre feliz independiente* de lo que es esencial en este género; y que sobreabunda en aquellas maravillas del arte y del ingenio que hacen las obras instructivas, y juntamente agradables. Y que todo lo que falta ó se juzga faltarle, no es sino aquello que solamente lo haria muy semejante á otras obras de este género, sin que por eso quedase mas excelente. Por lo que tenemos un poema épico verdadero y no una imitacion; poema conforme á las reglas sólidas de la poesia, y conforme á las máximas de la *critica juiciosa*, si nos dispensamos de obedecer lisonjeros ó supersticiosos á los arbitrios, ó por mejor decir, á las preocupaciones de la critica vul-

gar, vaga é incierta. Esto se conocerá mejor haciendo algunas reflexiones particulares.

§ II. — *De la materia de este poema.*

Si fuese verdad lo que afirma Boileau (*Poët.*, n. 199), que las verdades de la Religión y de la moral cristiana por austeras no son susceptibles de las bellezas de la poesía, sería esta una gloria singular de nuestro épico portugués: haber vencido la esterilidad del asunto, y animado á los ingenios nacionales, honrado á la poesía, á la patria y á la virtud con beneficio general de todo el género humano. Á la verdad, no puede dejar de ser cosa admirable que una breve sentencia de la Escritura (*Sap.*, vii, 12) (bien que en si misma oráculo de sabiduría, y profundísima doctrina, mas para el ingenio y para la imitación humana sumamente austera y seca) produjese en la imitación del *P. Almeida* un río caudaloso de innumerables preciosidades de elocuencia y de poesía. Parece que toda la naturaleza universal, y todo lo que tiene de bello y de grande en todos sus objetos, todo lo que puede caber en la humana experiencia, y pintarse en la imaginación mas viva y mas dilatada, se juntó en tranquila unión en esta obra, la gala de las expresiones, las figuras de varias especies, narraciones, descripciones, imágenes vivísimas, caracteres delicados, pinturas de afectos, comparaciones propiísimas, y por todas partes mil sentencias y máximas de moral muy pura, y de la mas profunda política; todo esto hace persuadir sin entusiasmo, que *si la felicidad humana pudiese nacer de un poema, de ningún otro debería nacer, sino del Feliz independiente.* Así habló en otro tiempo un oráculo del Telémaco francés<sup>1</sup>, no pensando ciertamente que sus voces delineaban una figura de lo que hoy vemos en la realidad confirmado con la experiencia de muchos.

Una preocupación muy antigua, nacida de la malignidad de ánimo, ó de la ilusión del entendimiento, ó en fin del sistema de los hombres, fue juzgar únicamente grandes, heroicas y admirables las empresas bélicas de los príncipes guerreros, esto es, de los exterminadores del género humano, que conforme á nuestro autor (*l. V*, n. 13), *van á jugar á la vuelta de un dado la sangre de su compañero, la libertad de la patria, el honor de su nación, y la vida de millares de compatriotas.* Los poemas mas célebres de las naciones antiguas sirvieron de ejemplo, el ejemplo hizo costumbre, y la costumbre hecha

<sup>1</sup> El autor de la *Disertación crítica sobre Homero.*

tirano despótico de los ingenios, fundó la regla, y quedó la musa épica casi siempre esclava de la preocupación, desde que los legisladores la arrimaron en sus archivos.

Res gestae regumque ducumque et tristia bella,  
Quo scribi possent numero monstravit Homerus.

(*Horat.*, *De Art. Poët.*, v. 73).

Pero no consiste la pureza y santidad de nuestra Religión en fijar la idea del heroísmo, como los gentiles ciegos, en derramar mucha sangre humana. Empresas mas dignas tenemos, y de héroes á la verdad mas gloriosos, que al modo del Príncipe de Polonia han sabido solicitar por medios extraordinarios la sólida felicidad del género humano, y podemos decir con mas razón que el otro dijo, que

Cese todo lo que la musa antigua canta,  
Que otro valor á mas alto se levanta<sup>1</sup>.

Digan enhorabuena los críticos preocupados de la antigüedad y de la costumbre, que el *Feliz* no es un poema épico, porque no nos describe todo el mundo abrasado en guerras, como en la *Iliada* de Homero: que el Rey de Polonia no es un héroe tan augusto como el furioso Aquiles, ni como el astuto Ulises, ni como el pio y juntamente impio Eneas. ¿Qué heroicidad, dirán, nos representa un príncipe degradado del trono, embreñado en un desierto, ya pastor de ovejas, ya labrador cavando la tierra ingrata, ya cerrado en una mazmorra, y siempre filosofando? Mas entre tanto preguntaremos á Homero, ¿por qué se valió de la paciencia y prudencia de Ulises tan heroica, como de la furiosa ira de Aquiles, para formar el objeto de un poema? Preguntemos si el tal Ulises, protegido de los dioses, mas sufriendo una infinidad de males en su larga peregrinación, despreciado de los suyos, y hecho un mendigo, pudo ser un héroe muy espléndido, y hacer en un poema un cuadro de hermosa perspectiva. La respuesta será que no son los nombres grandes los que forman los héroes, ni que tampoco los eclipsa ni degrada la alternativa de su fortuna; sino que solo el alma y las acciones que proceden de ella, es lo que hace héroes grandes y gloriosos. Y de esta suerte, si por esta parte comparamos al *Feliz* con los demás poemas que han visto la luz, sin duda nos parecerá blasfemia horrenda el título de divinos, que á dichos héroes les concedieron pródigamente sus apasionados.

<sup>1</sup> *CAM. Lus.*, *cant. I*, *est. 3.*



§ III.—*De lo maravilloso ó admirable de la accion épica.*

Lo maravilloso es una especie de decoracion del asunto poético: este era mas necesario á los poetas antiguos para hacer sus poemas agradables á un pueblo supersticioso con las enormes extravagancias de sus divinidades; mas un maravilloso bien entendido no deja de ser, aun en nuestros tiempos, un ornato grande de la epopeya moderna.

Ni en un siglo tan ilustrado, ni en una nacion, en donde se cultiva la literatura civilizada, parecerá extraño, antes sí laudable, que las acciones heroicas sean independientes de Júpiter, Venus, Marte, Juno y otros dioses gentílicos. No hallaremos en el *Feliz* los extraños absurdos de las *Driades* \* y *Nereidas*, con que Sannazar profanó su poema de *Partu Virginis*, queriendo divinizarlo; ni aquí fue preciso para nada su Proteo, que le profetiza la encarnacion del Verbo divino, asi como en Homero pronostica la inmortalidad de Menelao. Con todo no está el gran mérito de este poema en solo carecer de estos absurdos: lo mas principal que tiene es la buena aplicacion de un maravilloso todo racional y cristiano, conveniente al asunto que le sirve de objeto, y empleado en los lugares mas importantes de la accion: dos circunstancias precisas en la fábula épica para que en ella subsista con lo maravilloso lo verosímil, lo patético y lo interesante.

Las furias infernales urdiendo el artificioso enlace; las pasiones y los vicios poéticamente personalizados como actores subalternos, concurriendo á la continuacion del mismo enlace artificioso; los sueños y visiones convenientes coadyuvando al interés de la accion; el Ángel tutelar de Polonia socorriendo al héroe en los puntos de mayor peligro: este es el género de maravilloso, propio de nuestra poesia, y que en nuestra era agrada universalmente á los jueces inteligentes en esta materia. Á estas iluminaciones poéticas pertenecen tambien aquellas ficciones bien pensadas de la gruta luminosa, de la aparicion de la Ninfa celeste: la del rey Boleslao; mas sobre todo, Miseno transportado á la region de los planetas y al templo de las pasiones, es bello cuanto se puede imaginar, y originalmente bello. Con razon se puede comparar con el lugar admirable del poeta latino cuando descendió Eneas á los infiernos y vió los campos *Eliseos* \*; y lo que mas pasma en el P. Almeida es la brevedad de esta ficcion, y el interés universal que todos los que le leyeren han de tomar en ella, de cualquier índole ó condicion que sean.

§ IV.—*Del interés de la accion, cualidad esencial de la epopeya.*

Casi todos los autores de poética quieren que lo maravilloso sea cualidad esencial del poema épico, porque es lo que produce la admiracion; mas examinadas bien las cosas, se ve que la admiracion es el mas débil sentimiento que tenemos, como la comun experiencia lo acredita. Todos nos enfadamos pronto de admirar un héroe que no mueve á compasion, y nunca nos cansamos de lastimarnos de un héroe á quien amamos. De lo que deducimos, que la cualidad mas épica es el interés ó lo patético, que es su causa. Por lo que cualquier poema, en el que la humanidad se representare en todas las formas que mas nos interesan, así como en este del *Feliz*, solo por esto será verdaderamente épico, y podria dispensarse de esas iluminaciones poéticas que llaman admirabilidad.

La prueba es que todos los buenos poetas que conocieron esto, vemos que á cada paso están corriendo los bastidores á alguna escena trágica. Quitémosle á la *Lusada* los adioses de Andrómaca y Hector, el dolor de Aquiles por la muerte de Patroclo, ó su encuentro con el viejo Príamo; separemos de la Eneida los episodios de Laocoon y sus hijos, de Dido, de Marcelo, de Eurialo, de Palente; apartemos de la Jerusalem de Tasso la muerte de Dudon, la de Clorinda, el dolor de Armida. Rompamos de la *Lusada* uno de los mayores primores del ingenio de Camoens, quiero decir, la muerte de D.<sup>a</sup> Inés de Castro, y la del infeliz Sepúlveda; ¿y á qué quedaria reducido el interés, si dejásemos solo lo que sirve para la admiracion? ¡Qué languida y fria quedaria la fábula de estos poemas!

Ahora vemos en esto que el talento poético del P. Almeida brilla mucho, y esta es una de las mayores ventajas de su poema hacer el asunto teatral en varios intermedios. Desde que aparece Miseno le amamos; desde luego nos declaramos sus interesados, viéndole en las montañas del Niester cavando con una azada, para obligar al suelo ingrato á que le pague en sustento lo que daba en sudores; y siempre lo miramos con pasion en todas las situaciones de su fortuna; y porque lo amamos apasionadamente, solo con sospechar su peligro ya tememos, y viéndole presente en el riesgo, nos perturbamos y nos lastimamos de él. Al contrario, el Conde de Moravia nos causa horror, y mueve á enfado. La constancia de Miseno en la cárcel de Constantinopla, los abrazos enternecidos de Miseno á su padre moribundo, el coloquio de Hermilla y su padre cuando fué á dejarlo caer

en las aguas, la muerte desgraciada de Neucasis, los horrores del asesino, y el deliquio de Efigenia en presencia de su tío, los lamentos de la mujer del Palatino; todos son unos cuadros hermosos que nunca se enfadará de mirarlos el lector juicioso. Estos y otros semejantes pasajes son verdaderamente el alimento del *interés*, tanto trágico como épico, y sin esto no hay belleza sólida de este género de poesía.

Non satis est pulchra esse poemata, dulcia suntu.  
Et quocumque volent, animum auditoris agunto.

(Horat., De Art. Poët., v. 99).

La epopeya para satisfacer la idea de Aristóteles, no viene á ser otra cosa que una tragedia mas extendida, compuesta de un número indeterminado de escenas, cuyos intervalos ocupa el poeta como un actor subsidiario; por cuanto este filósofo asienta que la epopeya no se distingue de la tragedia sino por la extension y forma de verso. Por esta causa tal vez el poema de Milton es uno de los mas bien arreglados que hasta aquí se han descubierto, por lo que pertenece al enredo ó enlace artificioso y progresion de las escenas; pues al principio lo compuso en forma de tragedia, como lo declara el autor de la vida del mismo Milton. El superior ingenio del P. Almeida en su *Feliz independiente* nos acaba de manifestar que esta idea de Aristóteles era practicable: y su ejecucion es un nuevo descubrimiento, una cierta perfeccion que en vano la solicitamos en muchos de los buenos poetas; porque con efecto, el enlace de la intriga es una parte del poema épico, que hasta ahora se ha mirado con desprecio: y por eso quieren hoy algunos buenos críticos que la idea de un poema épico, perfecto en esta parte, solo se debe tomar del cuarto libro de la Eneida: de forma, que todo un poema entero sea ordenado al modo que lo está este libro, dimanando unos de otros todos los incidentes.

#### § V. — De las comparaciones.

Verdaderamente el poema épico es como una escena vastísima, ó mas bien como un inmenso palacio fabricado con todos los arcanos de la mas sublime arquitectura; de suerte, que para que conozcamos cabalmente su fábrica, no basta solo considerar su perspectiva en general, sino que es preciso contemplarlo parte por parte, aunque sean mínimas; porque tal vez esas mismas partes mínimas por ser mas acomodadas, y por decirlo así menos voluminosas, debieron ser en el orden de la instruccion las primeras por donde se habia de

empezar á formar el gusto delicado de la juventud. En esta consideracion tenemos las comparaciones, las cuales sin duda tienen mucha parte en la narrativa cuando es verdaderamente épica; esto es, cuando ella reune el deleite del espíritu, el deleite de la imaginacion, y el deleite del sentimiento. Entonces es cuando el poeta se empeña en representar á los ojos del alma el cuadro de la naturaleza, y entonces es cuando se aprovecha de ciertas descripciones episódicas, y varias comparaciones que distinguen su narracion de la del historiador, y lo hacen mas brillante.

Y así es que debemos atender á la intencion del poeta, para decidir en la eleccion de sus comparaciones. Y como el intento mas comun en el uso de las comparaciones sea el hacer mas sensible el objeto, siempre que una comparacion lo pinte vivamente, eso solo basta: no hay mas que apetecer. Á esta perfeccion pertenecen muchas y bellísimas comparaciones de nuestro autor, y entre otras aquella comparacion del gallo cuando el Conde de Moravia mató en desafio á Neucasis, que es propiísima.

No ignoro que hay en algunos una pretendida delicadeza, con la que su presuncion atribuye fácilmente la nota de vileza á cualquier comparacion semejante: no hay cosa de que mas se espanten estos críticos: ni hay cosa que mas incite la temeridad de aquellos que celebran cualquier ocasion, aunque aparente, de aplaudir su delicadeza intentada. Ninguna comparacion es vil por sí misma; solamente son viles aquellas á quien la opinion comun atribuye la idea propia de baja. La opinion comun no da derecho á ningun particular de extender la idea de baja á cualesquier imágenes; y nadie me probará que la imagen del gallo, y otras de que usa el autor, tengan esta vileza autorizada por la comun opinion.

Ahora si consultamos la naturaleza sobre la propiedad de esta imagen, hallaremos que no hay animal mas presumido de su victoria que el gallo en sus desafios públicos. Entre los ingleses una contienda de dos gallos es espectáculo que cuesta muchos millares que se cruzan en apuestas. Añádase que no es la victoria del héroe la que aquí se compara, sino un duelo particular oculto, y de un hombre de sus pasiones irracional; y que por eso se pinta con tales colores, que merezcan desprecio. Hé aquí las circunstancias que los críticos juiciosos acostumbran pesar para no sentenciar, como se dice, *á remolque* \* en estas materias, y las que un lector prudente debe atender para no ofuscarse con la niebla densa de mil opiniones tan varias como inciertas.

§ VI. — *Del estilo poético.*

Algun día pareció paradoja llamarse poema una obra escrita en prosa, como también llamarse prosa poética la oración que conserva la poesía de las cosas, dejando el metro de las palabras que constituyen el verso; de modo, que aun en una nación tan culta como la francesa, no faltó quien negase al Telémaco el título y carácter de poema, por estar en prosa. A la verdad, los versos por sí solos no dan á una obra de poesía lo que no tiene de poético, ni ella deja de ser poema, porque le falte la versificación. Esto mismo conocieron los principales maestros de poética que trataron fundamentalmente la cuestión, si el verso es esencial requisito de la poesía, de los cuales fue el *corifeo* \* Aristóteles<sup>1</sup>. En cuanto al poema épico, no se puede dudar que se pierde más que se gana en escribirlo en verso. ¿Y en qué verso deberemos escribir hoy una epopeya? ¿en verso rimado? Después que la crítica discernió lo que es sólido y real en las bellas artes, también se ha demostrado varias veces que no hay cosa más quimérica, ni menos grave en la poesía épica que el sonsonete auricular de las rimas. La razón es constante, pero la costumbre prevalece á la razón, y tiraniza el genio de los poetas. Sin embargo, no faltan ejemplos de insignes poetas de varias naciones que sacudieron este yugo bárbaro, y adoptaron el verso suelto, siguiendo el camino que les abrió Jorge Trissin, en Italia, en el siglo XVI. Mas ¿qué mayor ventaja tiene esta clase de verso para el poema épico, en comparación de una prosa brillante, hermosa, viva y animada, atendiendo la insuficiencia de las lenguas modernas para causar al oído un verdadero deleite, comparable al de los versos griegos y latinos? Porque si prescindimos de la *rima* \*, los versos vulgares en la estimación común, no son sino ciertos espacios terminados que muchas veces se hallan mezclados en la prosa. No se mostrará fácilmente la diferencia que tiene esta clase de prosa de nuestro autor, comparada con un buen verso del célebre Voltaire, sino por algunas sílabas que se alargan.

Por las agradables márgenes del caudaloso Riester. (*Lib. I, v. 1*).  
*Sur les bords fortunés de l'antique Italie.* (*Henriade, cant. 9*).

La poesía épica, puesto que tenga su primer origen de la lírica, que estaba destinada para el canto, prosiguió conservando su objeto principal, que es instruir deleitando, y dejó, al menos conforme á

<sup>1</sup> *Arist. Poët. cap. 1.*

la costumbre presente, su accesorio, que era cantar lo que expresa; y siendo así, los versos son cosa accidental, de suerte, que ya en nuestros días algunos autores de poética solamente piden prosa poética, hablando con indiferencia de los versos. (*Bielfed Erud., tom. I, cap. 6. Marmontel, tom. I, cap. 1*).

¿Qué es, pues, lo que llamamos *estilo poético*? Es una mayor plenitud de ideas y de sentimientos que abastece la imaginación, añadiendo un cierto colorido y armonía que se halla en la *bella naturaleza*, y de que la *simple naturaleza* no necesita: es un modo de pensar y de sentir, que distingue el espíritu poético del filosófico y del oratorio. Pues esta es la grande prerogativa con que el estilo poético se aventaja mucho á otros cualesquiera caracteres de elocuencia, animar todo lo que puede ser animado con verosimilitud, corporalizar las ideas abstractas, reuniendo así toda la naturaleza á una sociedad para la comunicación de sus atributos. Por esto mereció Homero el título de pintor sublime. Si nos dibuja un ejército marchando, este es como un fuego devorador, que impelido de los vientos, abrasa la tierra. Si es preciso templar la ira de Aquiles, las súplicas se personalizan, y allí se ven estas hijas del Señor de los dioses con semblante triste, las mejillas cubiertas de rubor, los ojos bañados en lágrimas, y no pudiendo sostenerse sobre sus piés vacilantes, siguen á lo lejos la injuria, etc. Otros objetos distintos reciben en iguales términos un ser capaz de causar una ilusión agradable cuando caen en manos de este poeta: y hé aquí una especie de maravillas que hallaremos en gran número en el *Feliz independiente*. Si se refiere la mortandad de un ejército, dice así: *cual lobo voraz en medio del rebaño, así andaba la muerte con la funesta y cruel guadaña envolviendo en su cólera, igualmente á los valerosos y tímidos* (*lib. VI, n. 48*): semejante á la imagen de Horacio:

Pallida mors aequo pulsat pede pauperum tabernas,  
 Regumque turres.

(*Horat., lib. I, oda 4*).

Tal es aquella imagen de la muerte de Neucasis: *Retirando (el Conde) el mortífero acero, deja salir envuelta en negra sangre el alma palpitante, que furiosa y desesperada se va á precipitar en los abismos.* (Imitación de Virgilio).

Vitaque cum gemitu fugit indignata sub umbras.

(*Aeneid., lib. XII, v. 952*).

Quereis que se os represente la vistosa hermosura de los caraco-

les: la imaginacion discurriendo despacio en este objeto los contempla enroscándose á sí mismos, y poniéndose de mil colores como avergonzados.

(Lib. XIII, n. 2).

Parece que estamos respirando la amenidad, y gozando las delicias de aquel sitio, en que tres encinas antiguas muy altas y muy copadas, entrelazando sus ramas hacia una sombra muy extendida, como aquel otro que nos pinta Horacio.

Qua pinus ingens, albaque populus  
Umbram hospitalem consociare amant  
Ramis...

Un pobre arroyuelo ya no será un vil entretenimiento de nuestra alma, cuando en él embelesada observa como saliendo de una gruta, tropezando en una roca, y cayendo se precipita por entre las piedras rodando de una en otras. (*Feliz, ibid.*). Semejante á lo que nos describe Horacio (lib. II, oda 3, v. 9).

Et reliquo laborat  
Limpfa fugax trepidare rivo.

Ó como explicó nuestro Camoens:

De la cima del monte verde hermosa  
Por entre piedras blancas se deriva  
La sonora Linfa fugitiva.

#### ADICION.

«Últimamente, el estilo del *Hombre feliz* es puro, flúido, noble y magnífico, tiene toda la riqueza de Homero, sin tener su redundancia de palabras, no repite las cosas; aun cuando de unas mismas cosas habla, se vale de distintas imágenes. Todos sus períodos llenan el oído por su número y cadencia; nada hay en él que choque, ni palabra dura ni términos abstractos, ni rodeos afectados; nunca habla por hablar, ni por agradar solamente; todas sus palabras hacen pensar, y todos sus pensamientos se encaminan á hacer cernos sólidamente virtuosos, para ser verdaderamente felices <sup>1</sup>.

«¡Qué descripciones no hace á este fin de la virtud tan vivas y encantadoras, qué hermosa nos la manifiesta como de bullo en las acciones heroicas de Miseno, con qué primor descubre la diferencia de las virtudes falsas y verdaderas! Al contrario, ¡qué detesta-

<sup>1</sup> Así hablando del *Telémaco* Mr. de Rosemay en su *Disc.*

«ble nos representa el vicio, haciendo ver su fealdad como viva en los espejos de las operaciones crueles, viles é infames del Conde de Moravia y de Neucasis!

«Mas sobre todo, para lograr el fin principal de su empeño, ¡qué ideas tan sublimes no nos da de la Divinidad; con qué propiedad, profundidad y energía nos representa á Dios en su providencia, y como hacedor amante de los hombres, mas con un amor y bondad hácia nosotros, no para abandonarnos á los ciegos destinos de los hados, ni á los locos caprichos del mundo, ni de la fortuna, sino siempre arreglados por la ley inmutable de su sabiduría infinita, que no puede menos de amar la virtud, y tratar á los hombres, no segun el número de los animales que le degüellan, sino segun el de las pasiones que le sacrifican <sup>1</sup>!»

Otras muchas cosas pudiéramos notar en esta excelente obra, si hubiéramos de escribir mayor volúmen; pero creemos basten las breves reflexiones hechas para excitar en la juventud la curiosidad de examinar otros muchos primores de elocuencia y poesía, que juntos con la sólida doctrina moral y política, los contiene preciosamente el *Feliz independiente*. Como simples observadores solo elegimos una parte de lo que generalmente está aprobado en este género de literatura, y lo que ha merecido la estimacion de todo el mundo en obras semejantes. Ni nos detenemos en la crítica de este poema, acordándonos de lo que escribió en sus versos el célebre Driden: *Los defectos son pajas que nadan encima del agua; reconoced el fondo, si quereis hallar las perlas.*

<sup>1</sup> Mr. de Rosemay en su *Disc.*



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

EL

## HOMBRE FELIZ.

### LIBRO I.

Á las márgenes del río Niester encontró Miseno á la emperatriz Sofia, viuda, y al Conde de Moravia, núm. 8.—Suben á lo alto de la montaña.—Descripción del sitio donde tomaron asiento.—Expone el Conde su tristeza, le confiesa á su hermana la Princesa que la tiene mezclada con la fortuna.—Miseno la promete sólida alegría si toma sus consejos.—Refiere Sofia los motivos de su propia aflicción.—Se relacionan las catástrofes de Constantinopla, la prision del emperador Isaac Ángelo, su impiedad, y quién fue Murtzulfo.—Pinta Miseno la *felicidad* que le ocasionó la desgracia.—Dudan los dos hermanos que sea posible estado de *felicidad* sino en un genio insensible.—Dice Miseno que le vino por la filosofía, que atribuye á la luz del cielo, y refiere el modo.—La envidia y el odio, soltándose de los abismos, turban el mundo, número 26.—Combaten á Miseno, y él queda imperturbable en el seno de la Providencia.—Descripción del Japon, núm. 29.—Señálase la diferencia de la recta *razon activa y pasiva*, y de la *revelacion*.—Declara Miseno que podemos ser felices en la vida.—Tenemos á la *felicidad* deseo innato, y este nos proviene del Ser supremo.—Aprende Miseno esta doctrina en dos sentencias divinas, y en los movimientos del corazon, núm. 38.—Todo lo que de la voluntad humana dimana, está sujeto á la variedad y capricho.—Sentencias que persuaden la alegría verdadera: lo que Dios hizo para recreo de los sentidos, núm. 40.—Solo en Dios puede estar la alegría perfecta.—Prueba que no consiste la *felicidad* en que no padezca el cuerpo, sino en la virtud y cualidades del alma.—Pide la Princesa á Miseno le comunique su doctrina, como la fuente el agua á unas ovejas sedientas; lo concede Miseno para el dia inmediato, á fin de explicar de espacio asunto tan importante, y se despiden los dos hermanos hasta el dia siguiente.—Miseno, continuando su trabajo,

espera la noche para entregar su alma á la consideracion de las maravillas de Dios, y sus miembros causados al necesario reposo.

1 Por las amenas márgenes del caudaloso Niester <sup>1</sup> paseaba el Conde de Moravia <sup>2</sup> acompañado de su hermana la princesa Sofia <sup>3</sup>, sin que su amable conversacion, ni los discursos sólidos que esta formaba, le pudiesen distraer de la pesada melancolía que le afligia sin intermision. Veía la Princesa que los argumentos mas convincentes eran inútiles, frías las razones mas patéticas, débiles las instancias mas urgentes, y resolvió mudar de medio valiéndose de su aire jocoso, y de la gracia de que la habia dotado la naturaleza, á ver si así le alegraba. Acuérdate de que en otro tiempo las bellezas del Parnaso habian tenido gran poder sobre el triste corazón del Conde, y le pareció tentar este medio aprovechándose de las circunstancias que el paseo le ofrecia. ¿No ves, le dice, este rio que allá en Polonia <sup>4</sup> algun dia le conocimos tan pobre y humilde, que se paraba cortés á cualquiera pedrecilla que encontraba, ¿torcia por su respeto el camino hácia otro lado? Mira, pues, qué diferente va ahora viéndose caudaloso en raudales, y aumentado en fuerzas. Su soberbia no puede sufrir que aquel viejo y carcomido peñasco le esté siempre disputando el paso; y quiere, sea como fuere, quitar de allí aquel estorbo. ¿No ves cómo espumea enfurecido, cómo murmura y se queja, y cómo se despedaza todo, pegando contra el peñon?

2 No esperaba el Conde semejante ataque: estaba desprevenido por este lado, porque hasta entonces solamente lo habia emprendido la Princesa con razones sólidas y discursos serios, contra los cuales estaba la tristeza fuertemente atrincherada; en esto se le escapó una ligera sonrisa que le primió luego, enfadado contra su fragilidad, y se volvió á su aire antiguo, sombrío y desanimado. Con esta levísima esperanza se alentó la hermana, y prosiguió provocándole la risa con la misma metáfora, disfrazando el intento; y queriendo hacerle

<sup>1</sup> El Niester queda al Norte del mar Negro, al Poniente de Oczakow, viene de Polonia, pasa por Kaminnick, y junto á Bialegrad ó Akarman desagua en el Ponto Eurino.

<sup>2</sup> El Conde de Moravia era cuñado de Andrés II, rey de Hungría, padre que fue de santa Isabel, llamada reina de Hungría, la que fue canonizada cuatro años despues de su muerte.

<sup>3</sup> Sofia, emperatriz, viuda de Nicolao Canabo, que fue emperador de Constantinopla solamente algunas horas.

<sup>4</sup> Nace en las montañas de la Rusia polaca, Roja ó Negra, en el palatinado de Lamberg.

creer que á sí propia se intentaba divertir, dió desahogo á su natural jocoso: ¿No ves, prosigue, el obstinado empeño de las ondas en esa loca y temeraria empresa? Unas le quieren minar por abajo, otras intentan tomarle por asalto; y unas y otras embisten y trepan subiendo animosamente á escalarlo. ¡Ah pobres! ¡y qué cara os ha de costar la osadía! Allí suben, y allá caen en el rio precipitadas, porque desfallecieron en medio de la subida. ¡Qué gemidos están dando por haber caido! ¡cómo gritan y atruenan todo el valle! ¡inútiles lamentos! Mas no, no son tan inútiles como parece; porque sirven para llamar á las compañeras, que ya las estoy viendo venir de allá muy léjos, acudiendo apresuradas á despreciarse de la flaqueza de las primeras. Si yo tuviese la libertad de los poetas, diria aquí que las tímidas Nereidas <sup>\*</sup> de este rio, aturdidas con la bulla y alaridos de sus aguas amotinadas, huyen á refugiarse en las concavidades de las peñas; y que los ecos parleros, corriendo por valles y montes, no hacen sino repetir, á quien quisiere escucharlos, sus femeniles lamentos.

3 Aquí el Conde no pudo resistir mas, y ya algun tanto recobrado respondió á la hermana en el tono mismo que ella le hablaba. Reparad vos tambien, le dice, cómo esa roca alta y desmoronada se mantiene quieta y tranquila, en medio de tanta guerra; golpes, ruidos, quejas, llantos, alaridos, asaltos; y ella serena. ¡Ah! ¿y quién pudiera hacer otro tanto en medio de los vaivenes de la fortuna, y trabajos de la vida? Hé aquí cómo habia de ser el hombre, para ser en este mundo feliz; pero los míseros mortales nacimos para ser desgraciados, pues hasta la naturaleza misma siendo nuestra madre, mas tratándonos como madrastra, nos priva de todo cuanto puede alegrarnos verdaderamente, y aun nos niega el hasta esa felicidad que concede á los peñascos. Así hablaba el Conde, y como el enfermo que se esfuerza á levantar el cuerpo lánguido y desfallecido, y no pudiendo incorporarse, cae luego mucho mas fatigado, así el Conde hacia servir á su antigua y pesada tristeza cuanto se le decia para alivio.

4 Iba á responderle la Princesa, cuando vieron que de una cabaña, que estaba en lo alto de la montaña frontera, salia á trabajar un venerable anciano; el que con los cansados golpes de su azada, que de cuando en cuando se oían resonar en las piedras, queria obligar al suelo ingrato á que le pagase el sustento lo que él le daba en sudores. Al compás de los golpes iba cantando; pero el viento esparcia las voces, y privaba á la Princesa de la inteligencia de la letra. Los

pajarillos atraídos naturalmente de la armonía, venían saltando de unas ramitas en otras, y puestos en los árboles de enfrente, respondían á los versos en su agraciado y natural estilo.

5 Impaciente el Conde con el deseo de percibir la canción, iba con la hermana corriendo á lo largo del río en busca de paraje mas oportuno; y cuando el viejo callaba, reparaban en su gesto y su figura. El cabello blanco del todo, la barba venerable, el semblante hermoso, y su aire noble y afable les hacia sospechar en aquel varon un no sé qué de grande, que sin descubrirse bien, se dejaba conocer.

6 Continuaba su canción, y en una páusa que hizo el viento, pudieron percibir este final:

En mí tengo la fuente de alegría,  
Siempre la tuve, mas yo no lo sabía.

Oyen esto los dos hermanos, y mirándose mutuamente, se encontraron sus ojos y pensamientos. Consultan entre sí, y determinan atravesar el río y subir á la montaña, para saber del viejo aquel enigma. Adelantan el paso, y apenas llegan al puente cuando oyen de nuevo que el anciano proseguía el canto: páranse curiosos, escuchan atentos, y entienden que decía lo siguiente:

Dió principio al raudal monte eminente,  
Y en la tierra sus pasos ocultando,  
Á mi casilla viéneme buscando,  
Y me hace su señor independiente.  
De este modo el placer, que es don del cielo,  
De Dios viene corriendo ocultamente,  
Favor, que agradecido es fuerza cuente,  
Pues me me hace dichoso acá en el suelo.  
Dueño soy de la fuente y la alegría;  
Ambas son don de Dios, mas fácilmente  
Si en la tierra se pierden, totalmente  
Queda pobre quien rico ser podía.

7 Calló el viejo, y el Conde con nuevo ardor dice á la hermana que convenia examinar aquel caso, porque no podia haber en el mundo mejor encuentro. Reparó Miseno<sup>1</sup> (este era su nombre) en los dos pasajeros que se encaminaban á buscarle, y dejando pronto la azada bajó á recibirlos, ofreciéndose urbanamente á servirles en todo cuanto alcanzase su edad y triste estado.

<sup>1</sup> Nombre de disfraz, porque su nombre propio era *Uladislao*, rey que fue dos años de Polonia, entre *Miecislao III* su padre, y *Lesco* su primo.

8 ¡Triste estado! replicó Sofía admirada, pues ¿cómo os manifestais tan alegre y satisfecho? ¿no sois vos quien poco há cantaba, diciendo que en vos teniais la fuente de la alegría y que la poseiais sin saberlo?

9 Razon teneis, señora, le respondió, fue necedad de un viejo, que acostumbrado á tratar con las peñas y los troncos, tropezó luego que se vió obligado á hablar con personas de respeto. Llaméme triste á mi estado, porque así lo acostumbraban llamar los otros; mas corrigiendo mi expresión, digo, que si en mi estado feliz puedo servirlos, eso mismo aumentará increíblemente mi alegría y felicidad; por cuanto consuela mucho á un hombre poder hacer á otro hombre dichoso<sup>1</sup>. «El acercarnos por la imitación al Ser supremo, que es la «fuente y primer origen de toda felicidad, nos puede hacer en cierto «modo participantes de ella; y entiendo que le imitará muy noblemente quien concurriere á la felicidad de los otros<sup>2</sup>.»

10 No podeis tener mejor ocasion, dijo el Conde: á este tiempo habian subido ya la montaña, y Miseno les dió asiento bajo de un emparrado, á manera de un gabinete muy gracioso. Allí los largos pámpanos, que al rededor colgaban, figuraban un dosel; servia la verde yerba de alfombra, y el espaldar era una empalizada, en la que enlazándose con ligazon odorífera los rojos y enroscados caracoles con otras enredaderas, trepaban hasta la cima, y formando allí como un pabellon le impedían al sol la entrada, para que no les molestase. Aquí, pues, sobre almohadas de deliciosa grama recibió Miseno á sus honrados huéspedes.

11 Estaban estos pasmados de lo que veían y oían, admirándose que Miseno hubiese hallado la alegría en tanta soledad y escasez, cuando ellos con suma ansia la habian buscado inútilmente toda su vida.

12 De cuanto puede desearse en el mundo, decía el Conde, para vivir alegre, de tanto he gozado; mas jamás pasé un dia perfectamente contento. He andado corriendo de ciudad en ciudad, de reino en reino, de clima en clima, siempre en pos de la imágen de la

<sup>1</sup> *Nil addo divinum habet homo, quam benefacere.* (S. Gregor. Nazian.).

<sup>2</sup> El Filósofo incógnito censura de extravagante la sentencia puntuada cotejada con lo que dijo Miseno: á saber, segun el mismo Incógnito, lib. III, número 17: *Que para ser feliz es menester coger la azada, é irse al monte, etc.* Falso testimonio, porque ni en los ocho números antecedentes ni en toda la obra asienta Miseno proposicion semejante; antes bien siendo en el monte feliz, para ser mas feliz dejó la azada y el monte. (Véase lib. XV, núm. 18, y lib. XXIV, núm. 36).

perfecta alegría, y jamás he podido darle un alcance. Era para mí como la sombra, que cuanto mas corremos tras ella, se empeña mas en huirnos: yo tenia hecho concepto que era cosa imposible lograr en esta vida alegría perfecta. Mas ahora, asegurándome vos que la habeis hallado, conozco que soy mas infeliz de lo que pensaba; pues veo que pudiendo ser dichoso, los hados injustos me formaron solo para ser desgraciado.

13 ¡Desgraciado! replicó la hermana, en verdad, pues, que no conozco persona que con menos razon se pueda quejar de la fortuna. Esa deidad soberbia, que si mira con agrado á los mayores monarcas los deja satisfechos y ufanos, á vos os ha tratado siempre como á su hijo querido. Verdad es que refirmando los inconstantes piés en su rueda voluble, hace andar al mundo entero en un perpétuo giro; mas para vos siempre ha sido firme y estable. Esa loca, solo inconstante en ser mudable, que si nos muestra el semblante afable y alegre, luego lo muda en terrible y espantoso; que cuanto mas la lisonjean y adoran, tanto mas desprecia y ultraja, para vos siempre ha sido leal é invariable. Si para los demás es diosa, para vos es esclava. Los demás la idolatran, y ella les huye; vos la despreciáis siempre, y ella nunca dejó de buscaros. Ved, hermano mio, cuán injustamente os llamis desgraciado.

14 ¿Y de qué me sirve la fortuna, le replicó afligido, si nunca me ha dado la alegría que busco? Confieso que cuantos bienes me franqueaba, me parecian como un mayorazgo enajenable de mi persona: pero la tristeza me era como una pension aneja á este mayorazgo. Yo bien queria formar con la mayor industria un círculo tal de divertimientos, que mi alma, atrincherada en ellos, quedase impenetrable á la melancolía; mas ella con nuevo artificio en las mismas diversiones me asaltaba. Es verdad que yo las apetecia con excesiva ansia, y que experimentaba en ellas notable gusto al principio, mas con la continuacion me fastidiaban; y si me hacia fuerza para proseguir con ellas, me servian de un tormento insufrible.

15 Cual enfermo que tiene perdido el gusto, y con la imaginacion ociosa discurre por todo el mundo sin encontrar cosa que le excite el apetito; así era yo, que solo por ver todo lo queria probar, pero apenas lo llegaba á la boca, cuando luego lo nauseaba.

16 Del reereo de los sentidos pasaba á la satisfaccion de mis pasiones. Ningun freno les ponia, cumplia todos mis deseos; pero tambien todos me engañaban. Prometíanme un contento fino, delicado y duradero: mas apenas comenzaba mi corazon á alegrarse, cuando

una nube negra venia de repente, como sucede á veces en los prados, y me dejaba sombrío; y esto cuando todos los demás que estaban en mi compañía se alegraban. Así he vivido, así corrió la Europa, y así llegué á casa de mi hermana por ver si á lo menos en el amor insípido y sincero de la naturaleza hallaba algun consuelo para mi alma desesperada.

17 Para daros en pocas palabras, añadió Sofia, una idea bien justa de la melancolía del Conde, bastará repetiros un artículo de cierta carta que me escribió despues de salir de París, en la cual, á pesar de las Musas, que las hacia hablar por darme gusto, se veia bien que la tristeza del corazon lo dominaba; porque despues de referirme los divertimientos de aquella corte, añadia:

Hermana, sabe, pues, que la tristeza  
En mí pasa ya á ser naturaleza.  
Triste me halla la noche, triste el dia,  
Triste la luna nueva, y á porfia  
Triste cuando en menguante y en creciente,  
Triste cuando está llena y refulgente.  
Triste el sol, que á su ocaso se avecina;  
Triste cuando al helado Sur camina.  
Triste me es el verano, y triste me era  
El otoño, el invierno y primavera.

De aquí podeis inferir, concluyó Sofia, que no podia ser mas obstinada su tristeza.

18 ¡Ah hijo mio! dice el viejo, permítase á mis años, y al afecto con que os estimo, usar de este cariñoso nombre: ¡y qué venturoso os será este encuentro, si tomáseis mis consejos! Allá en los postreros años de vuestra vida prolongada, y en los mas remotos climas á que podran llevaros vuestros empeños, yo os aseguro que no podreis olvidaros de este peñasco en que estais, de ese rio que veis, ni de este viejo que os habla. Seguid, hijo mio, el camino que yo os mostraré; y os prometo que seréis enteramente feliz.

19 No obran con mas prontitud las palabras de un encanto, que obraron estas en los corazones de Sofia y el Conde. El alborozo interior se les veia en los ojos, y toda el alma queria salirse por ellos á ver el camino que el viejo les enseñaba. Sofia temiendo que solo el Conde fuese atendido en la receta prometida, quiso tambien informar á Miseno de las dolencias que su corazon padecia; y á la verdad que su tristeza era mas bien fundada que la del Conde; bien que continuamente andaba luchando contra ella, y la vencía.



20 No penseis, le dice la Princesa, que siendo los dos hermanos compañeros en el mal, sea tambien en ambos semejante el motivo de tenerle. Mi hermano ha buscado la alegría en las diversiones, riquezas y apetitos: yo la he buscado por muy diferentes medios, mas de ambos se ha burlado la suerte; y prometiéndonos alegría completa, nos hallamos con una tristeza muy arraigada. Esto dijo; y al modo que sale con ímpetu la saeta que se dispara del arco que estaba largo tiempo oprimido y encorvado, dejó salir un profundo suspiro y un torrente de lágrimas, que lo quiso comprimir, pero no pudo; sin embargo, despues de enjugarlas algun tanto, continuó diciendo: Permitase á mi corazon apretado suspirar al fin con desahogo entre las peñas y montes, y sepan por lo menos estos quién es la desgraciada Sofia. ¡Ah, y cuánta violencia me ha sido necesario hacerle á mi corazon, para manifestarle alegre en obsequio del Conde!

21 Poco menos ha de dos años<sup>1</sup>, que ciñó esta cabeza la corona de *Constantinopla*, y otro tanto tiempo hace que sin el menor motivo me la arrancaron de ella. En el espacio de veinte y cuatro horas me levantó la fortuna sobre el trono del imperio y me hizo caer de él. *Efímera*<sup>2</sup> de las emperatrices, el mismo sol, sin descender de su carro, me vió vasalla y soberana, y otra vez reducida á lo que antes era. Os referiré el suceso por si lo ignorais.

22 Ya sabeis cuán funestas han sido en *Constantinopla* sus catástrofes, despues que el impio Alejo III para subir al trono encerró en una mazmorra á su hermano el emperador Isaac Ángelo II y le arrancó los ojos; y que Alejo IV *el Mozo*, hijo de este, y de él sobrino, lo puso en la precision de huir por no caer en la misma desgracia que su padre. Sabeis tambien que este Alejo perseguido, convocando en su auxilio los caballeros de la Cruzada, hizo huir al tirano intruso, y que restituyendo al trono al ciego Isaac su padre, á nombre suyo reinaba. Él era tirano en las costumbres, aunque no lo fuese en la injusticia de empuñar el cetro<sup>3</sup>. Á su gloria se siguió el desagrado de los pueblos, que bajo su pesado yugo gemian, suspirando por el momento feliz en que le pudiesen sacudir, que tan violento les era. Aprovechóse de esta ocasion *Alejo V Ducas*, llamado *Murtzulfo*<sup>3</sup>, para sus depravados y bien ocultos intentos; y viendo

<sup>1</sup> Fue coronada Sofia el año 1204.

<sup>2</sup> *Alejo Angelo Commeno III* fue tan impio, que á mas de lo dicho asoló á *Constantinopla*; sin embargo, Voltaire lo elogia, y á los Cruzados que lo destronaron los infama; eran estos *cristianos*, aquel *cismático*, y Voltaire el mayor enemigo de nuestra santa Religion.

<sup>3</sup> Así llamado por las grandes cejas que le caian sobre los ojos.

en mi esposo Nicolao Canabo virtudes mas dignas del trono que lo era la sangre de Alejo, persuadió á los pueblos (¡ah falso! mas en tu crimen encontraste el castigo<sup>1</sup>), persuadió, digo, á los pueblos que serian felices, si arrancando la corona de la cabeza de Alejo, la pudiesen en la de mi esposo, á quien la sangre real, adornada con las virtudes que ninguno ignoraba, le hacian merecedor de ella. Como lo dijo se hizo; que tanto estimaban los pueblos al uno cuanto abominaban al otro. En el magnífico templo de Santa Sofia<sup>2</sup> proclamaron emperador á Nicolao, y subimos ambos al trono; de suerte, que una corona sola nos ciñó ambas cabezas: todo era alborozo, todo júbilo, todo alegría.

23 Y hé aquí que aparece en el templo una paloma blanca volando de un lado á otro, trayendo en el pico un ramo de oliva, simbolo sin duda de la paz que prometia á los pueblos el carácter suave del Emperador proclamado. Mi alma se transporta, teniendo por buen presagio esta circunstancia misteriosa. En esto veo entrar una águila negra, que se arroja furiosa como un rayo sobre la paloma inocente, la hace presa, y desahócese con ella entre las uñas. Veo, callo y desfallezco. El corazon fiel me pronosticaba un no sé qué, que ni él mismo lo sabia. Suenan por todas partes cánticos de alabanza, vivas de alegría y danzas de júbilo. Al rededor de mí no veia sino incienso y elogios. Toda *Constantinopla* se daba los parabienes, que tan aborrecido era el tirano. Entonces *Murtzulfo*, teniendo ánimo de abatir en un solo día, y poner bajo sus piés dos emperadores<sup>3</sup> para subir injustamente al trono, vuela ligero á avisar á Alejo para que huya y oculte su persona á la furia del pueblo, que acababa de proclamar en el templo á un nuevo emperador. Oye Alejo el nombre del monarca, y tiembla: aturdido al mismo tiempo con el horror de sus propios vicios, y el resplandor de la virtud ajena, no se atreve á competir con mi esposo ni á disputarle el mérito ni el derecho: no atina con el discurso, no halla consejo. Pálido, débil y trémulo iba á perder los sentidos, cuando *Murtzulfo* le toma de la mano, fingiendo amistad y celo; y con pretexto de ocultarlo á la cólera de los amo-

<sup>1</sup> Habiendo gobernado pocos meses le sacó los ojos su suegro Alejo, y murió precipitado de lo alto de la columna de Teodosio, año 1204.

<sup>2</sup> Entre tres mil templos que se contaban en *Constantinopla*, el de *Santa Sofia*, asombro del arte y la riqueza, era el principal. Los turcos le convirtieron en mezquita que destruyó el terremoto del año 1754, y el incendio del año 1783 le abrasó.

<sup>3</sup> Fueron tres: Nicolao Canabo, Alejo IV é Isaac II, á quien con el mismo intento que á los otros dos le mandó dar veneno el año 1203.

tinados le encierra en un lugar subterráneo; mas quitando luego la máscara á su perversa intencion, le manda poner grillos y esposas, le despoja de sus reales vestiduras, y adornándose con ellas, se presenta en público, esparciendo riquezas inmensas á dos manos. Embriagado el pueblo con el oro, y respetando las insignias reales le sufre; poco despues le teme, y por fin le adora: contentándose con solo verse libre de la opresion de Alejo, sin mas escupulizar en la iniquidad de los medios.

24 Interin que el pueblo, medio loco con todo este alborozo, va sin saber lo que hace, repitiendo vivas; Murtzulfo por medio de un confidente suyo avisa particularmente á mi esposo, en ocasion que entraba en palacio, y le dice que Alejo viene á la frente de todas sus fieles tropas á arrancarle de la cabeza su vacilante corona; que como amigo le aconseja se retire pronto á cierto castillo seguro, mientras que él va á juntar las tropas de los caballeros de la Cruzada, que todavia se hallaban en el puerto de Constantinopla<sup>1</sup>; y que como ellos estaban quejosos de Alejo, no dejarían de vengarse de él en ocasion tan oportuna.

25 Cae el inocente en el lazo, y se ve tambien preso. ¡Oh, si al menos le conservase la vida! Mas ¡ah! que su virtud se hacia temible aun entre cadenas y hierros, y Murtzulfo, si se ha de asegurar en el trono, solo puede ser á fuerza de crímenes (único medio de reinar cuando no hay merecimiento); y en efecto, poco despues dió á entrambos presos la muerte, habiéndosela dado antes con veneno á Isaac Ángelo. Mónstruo de malicia, que sin ejemplar supo destruir en un mismo dia dos emperadores, sin mas armas que el engaño, y subir al trono sin mas mérito que el delito<sup>2</sup>. Ved ahora si tengo mas razones que el Conde para vivir siempre triste. Dijo; y las lágrimas, el fuego y la nobleza de sus pensamientos dieron tal fuerza á las palabras, que Miseno se sintió penetrado su corazon herido; y luchando interiormente consigo, le vieron suspenso, sin resolverse á declarar lo que en su mente se le estaba proponiendo.

26 Pasado un breve intervalo, en el que se serenó el corazon de Sofia, la respondió Miseno de este modo: Si supiéseis, señora, quién es este viejo que tiene el honor de hablaros, sin otra cosa mas sentiriais algun consuelo en vuestra pena; pero no es preciso, porque

<sup>1</sup> Este puerto tiene una vista muy deleitable, y pasa absolutamente por el mayor del universo: tiene una legua de longitud, y de latitud media.

<sup>2</sup> Por su propia mano ahogó al jóven emperador Alejo, año 1203. Véase núm. 23 antecedente.

aunque lo ignoreis, os puedo dar otro remedio mejor. Vos y vuestro hermano estais en el camino de la sólida felicidad: solo está la dificultad en saberlo seguir. Por él alcancé yo la que gozo, que no puede ser mayor en esta vida; pero os aseguro que no la conseguiréis por ninguno de los caminos por donde la habeis buscado. Esos mismos anduve yo igualmente; pero cuanto mas andaba, mas me perdía. Tambien viví triste, triste y casi desesperado. Si á vos, hijo mio, os siguió la fortuna como esclava, por el contrario á mí la negra y furiosa desgracia me trajo muchos años arrastrando, enroscado miserablemente en su abominable cola. Esos infernales mónstruos de la *envidia* y del *odio*, soltándose de los abismos, y revolviéndose con furia en el mar del mundo, lo pusieron para mí tan turbado, tan negro, tan alterado y tempestuoso, que fue un prodigio no haber naufragado. Me he visto por momentos casi casi sumergido del todo. El cielo llovía sobre mí una infinidad de trabajos; las aguas amargas de las aflicciones calaban toda mi alma; mi corazon estaba lleno de hiel y veneno; y ya sin aliento, sin fuerza, sin esperanzas iba á perecer del todo, cuando ¡ah que feliz día! hallé el secreto de sobrenadar en todos los males, escapar de la tormenta, y establecer el trono de mi alegría sobre una firme é inalterable roca. Desde allí veo esos furiosos dragones erguiendo el soberbio cuello, preparando sus garras crueles, y sacudiendo sus astas puntiagudas para embestirme. Los veo venir de léjos, los veo llegar de cerca, y no me asusto, porque el Omnipotente me tiene asegurado; sí, el mismo Omnipotente me tiene prometido<sup>3</sup>, que con su mano derecha me ha de esconder, y que con su brazo poderoso ha de estar pronto á defenderme. Ved aquí por qué ahora desafío al mundo, á la suerte y á los abismos, que en vano se conjuran para perderme, porque sin mover un pié cerraré gustoso los ojos, y dormiré descansado en el seno de la Providencia. El Ser supremo me aconseja que deje en sus brazos mis solicitudes; que él cuidará de mí como la madre cuida de un hijo que está criando á sus pechos<sup>2</sup>: así ninguna fuerza puede haber que me arranque del corazon esta firme esperanza, ni la paz, sosiego y alegría que ella me ocasiona.

27 Aturdidos quedaron Sofia y el Conde con la narracion de Miseno; pues cuanto ella tenia de mas inaudita y misteriosa, tanto fue

<sup>1</sup> Este dia se declara en el libro III.

<sup>2</sup> Sap. v, 17: *Quoniam dextera sua teget eos, et brachio sancto suo defendet illos.*

<sup>3</sup> Psalm. LIV, 23: *Jacta super Dominum curam tuam, et ipse te enutriet.*

mayor la curiosidad que causó en ellos; por lo que queriendo Sofia aclarar este punto, se explica así: La autoridad de vuestra persona, y la fuerza irresistible que da vuestra fisonomía á todo lo que decís, me obligan á que os dé crédito, aunque estaba persuadida, como tambien el Conde, que no era posible gozar en la vida estado semejante. Yo seguia en esto la máxima de un poeta, que dijo:

Feliz llamo al que es menos desdichado,  
Y contento al que menos ha llorado.

Pero vos me dais otra idea de mucha mayor alegría y de felicidad mas completa.

28 Tengo por feliz, responde Miseno, á quien vive del todo contento y satisfecho; y habeis de saber que hace ya *cuatro años* que vivo en este estado<sup>1</sup>. Nada me acontece que me dé pena; nada de lo que deseo me falta: ni el mundo, ni la suerte, ni los abismos tienen nada conmigo, porque vivo exento (hablando, amigos, con la frase del vulgo), vivo exento de la jurisdiccion de los hados. En efecto, desde lo empinado de esta montaña veo las dos fatales hermanas, quiero decir, la *fortuna* y la *desgracia*, que se andan burlando y haciendo mofa de todo el género humano: aquella prepara el camino por donde esta ha de venir, y ambas de concierto tienden las funestas redes en que caen los mortales. La *fortuna* los llama con atractivos, la *desgracia* los espanta con terrores; todo para hacer que caigan en el lazo. Ahora yo, viendo de léjos sus astucias me rio de ellas; y por eso los pesares y placeres, los oprobios y alabanzas, la riqueza y la penuria, todo es para mí lo mismo; nada me inquieta ni me alboroz.

29 El Conde estaba en la mayor confusion que podia imaginarse. Ni se atrevia á admitir ni podia despreciar lo que escuchaba. Era este idioma para él como lengua del *Japon*<sup>2</sup>, y no podia entenderla. La figura y gesto de Miseno eran tan persuasivos, que no osaba condenarle de mentiroso ó de loco; mas no pudiendo comprender filosofia semejante, le replicó francamente: Insensible debe ser, amigo, vuestro ánimo, ó vuestro corazon se halla petrificado; y así solo para

<sup>1</sup> Estos cuatro años fueron desde que encontró las santas Escrituras, año 1202, hasta el día en que hablaba así, tres meses despues de vivir junto al *Niester*, año 1206. (V. lib. III, núm. 14, y lib. VIII, núm. 23).

<sup>2</sup> El *Japon* es un grupo de muchas islas en la parte oriental del *Asia*: se titula imperio, y como originario del *chino*: se usa en él un idioma que tiene cerca de veinte y dos mil caracteres, y sus palabras no pasan de quinientas; pero significan diferentes cosas, segun se escriben ó pronuncian.

vos puede servir esta singular filosofia; pero nosotros, hermana, ya podemos perder la esperanza de imitarle.

30 Creed, dice Miseno, que mi genio ha sido bastantemente fogoso, y las membranas de mi corazon sumamente delicadas; por eso los primeros encuentros de la llamada *desgracia* me dejaron muy herido y ensangrentado, con un dolor tan vivo, tan intenso é insoportable, que me llegué á ver casi muerto, ó por lo menos loco y desesperado. Mas esta *divina filosofia*<sup>1</sup> me animó de manera, que para mí fue un bálsamo saludable que curó mis heridas antiguas, y me infundió valor para mirar con desprecio las que pudiese recibir de nuevo. Esta luz superior, que no dudaré comunicaros si gustais, esta es la que me ha puesto en el estado en que me veis.

31 Nunca creí, dijo el Conde, y perdonadme, amigo, la sinceridad: jamás podré persuadirme que pueda haber en este mundo gozo cumplido. Siento ofenderos; pero la recta razon me está gritando que no la quiera prostituir al error infame, aunque este se me presente revestido con los adornos mas artificiosos, y apoyado en vuestra grande autoridad. No puedo creer tal, ni mi razon debe rendir tributo sino á solo Dios.

32 No me ofendeis, respondió el viejo, cuando tan fielmente reverenciáis la recta *razon*<sup>2</sup>. Yo tambien la respeto y venero; y porque á ella y á solo Dios rindo, como vos, vasallaje, por eso asentí á las máximas que os voy declarando. Aquí se suspendió un poco Miseno, como quien medita el modo de explicarse. Bien sabia él que no era sola la luz de la razon natural la que le habia hecho conocer cuál era su felicidad eterna<sup>3</sup>, y cuál podia ser su felicidad en esta vida.

<sup>1</sup> Es la *revelacion* ó *santas Escrituras*, luz ciertamente del cielo, superior á las de la naturaleza.

<sup>2</sup> La recta razon es una luz que difunde el Autor de la naturaleza en el alma. (*Psalm.* IV, 7). La cual puede ser *pasiva* ó *activa*. La *pasiva* es un número determinado de primeros principios que Dios ha impreso en nosotros, y una emanacion de la verdad eterna; por lo que, no puede inducirnos á error. Á esta reina todos debemos rendirle vasallaje. (*Joann.* X). La *razon activa* es la facultad de combinar y aplicar los principios de la *razon pasiva*: mas sin embargo que esta tambien es don del cielo, está sujeta á falsedad, por la debilidad ó pasiones del hombre que usa de ella.

<sup>3</sup> Si el estudio de las verdades celestiales se confiara á solas las luces de la razon, resultarian tres inconvenientes: 1.º Que pocas personas adquiririan este conocimiento. 2.º Que aun los que le tendrían, lo lograrían muy tarde. 3.º Que casi siempre estaria mezclado de falsedades y errores. (*S. Thom. lib. I contra Gentes, cap. 4*). Para evitar dichos inconvenientes es necesaria la *luz sobrenatural* de la *doctrina revelada*; pero sin despreciar las luces de la razon, pues

El misterioso encuentro de las sagradas Escrituras, que veremos adelante <sup>1</sup>, fue el que le habia ilustrado la recta razon que naturalmente tenia; y la doctrina del santo Evangelio la que obró en su entendimiento y corazon tan maravillosa mudanza <sup>2</sup>. Pero no quiso deslumbrar con el lleno de esta luz superior á sus huéspedes, dándoles de repente con toda ella en los ojos; sino que á manera de quien abre una ventana al enfermo que está en tinieblas, que poco á poco deja entrar la luz por entre alguna cortina, hasta que acostumbrados los ojos puede sin ofenderlos ponerles patente el sol; así lo hizo Miseno, dando y escondiendo con economía la luz revelada que habia recibido en los Libros sagrados. Habiendo, pues, hecho una breve páusa como quien piensa lo que va á decir, habló á sus huéspedes de esta manera: Si tuviéreis paciencia para oirme, os declararé los fundamentos que me convencieron, cuando estaba mas tenaz, de que se podia hallar en la tierra este tesoro de la verdadera alegría, y que Dios lo tenia escondido en ella para consuelo de sus hijos, los cuales conocia bien su sabiduría que habian de suspirar siempre por esta felicidad. Mas quiero que reparéis con atencion que este tesoro solo nos viene de Dios, y que solo acercándonos á él le podemos encontrar <sup>3</sup>.

33 Poco menos que extáticos quedaron Sofia y el Conde esperando el discurso de Miseno, como de un oráculo del cielo; y habiéndole prometido toda la paciencia que quisiese, les habló así

34 El gran deseo que tenemos de ser felices en la vida, prueba hasta la evidencia que este estado es posible. No hay sed tan ardiente, ni hambre tan insaciable, como la que tenemos de la felicidad. La aguja tocada al iman, bulliciosa, desasosegada é inquieta, no descansa hasta hallar su norte; ya se mueve á un lado, ya á otro, anda, y desanda hasta encontrar con él, y solo entonces se sosiega. Está enhorabuena el polo allá en el fin del mundo, cubierto con las

el concilio Lateranense, sess. 8, manda á los filósofos que sirvan con sus razonamientos á la manifestacion de las verdades de nuestra santa Religion.

<sup>1</sup> Lib. III.—Juan Jacobo Rousseau, jefe de los Deístas, decia en el Emilio: *La majestad de las santas Escrituras me palpa, y la santidad del Evangelio me habla al corazon.*

<sup>2</sup> Bayle, aquel pirronista cuyo entendimiento ponderan los falsos filósofos, asienta, que la razon sola no es buena sino para que conozca el hombre sus tinieblas, y la necesidad que tiene de la revelacion, que es la fuente del Evangelio.

<sup>3</sup> Psalm. XXXIII, 6: *Accedite ad eum, et illuminamini. Id est, percipite lumen consolationis et laetitiae.* (Bellarmin.).

aguas del mar Glacial\* <sup>1</sup>, no importa, la aguja quiere poner en él sus ojos, al menos de léjos, y en divisándolo, queda como absorta é inmóvil, y sin pestañear le está siempre mirando; y por mas que el mundo se vuelva ó se revuelva sobre su eje, no le pierde de vista. Pues así es el corazon del hombre con el deseo de la felicidad, vos lo sabeis.

35 Pero ¿de dónde nos vino, amigos, este deseo innato? ¿De dónde, sino del Ser supremo? Bien lo veis vosotros, que él fue quien por su mano formó el corazon que nos dió, y sin duda él es quien plantó en nuestra alma esta inclinacion tan fuerte á una completa alegría; porque no son estos deseos como otros, que tambien sentimos, y solamente proceden de la corrupcion de la naturaleza y de su depravacion. Decidme ahora, ¿nos ha de obligar Dios á desear un imposible? Si este Padre universal no tuviese en todo el mundo ni una sola gota de agua, ¿á qué fin nos habia de dar la sed? ¿Solo para tener el gusto de vernos secar sin remedio? No, no puede Dios obrar de ese modo, y así, ó me abeis de negar que tenemos este deseo innato de ser felices en la vida, ó conceder que es posible llegar á conseguir este estado. Dijo Miseno, y calló.

36 Á la verdad, hermano mio, respondió Sofia, que bien reflexionado, este deseo de la felicidad completa, este sentimiento tan vivo y general, y tan profundamente grabado en nuestras almas, es una voz de la naturaleza, que sin consultar nuestro albedrío, habla á nuestro corazon y le obliga á que la busque. Yo observo que todo lo que procede de la voluntad humana está sujeto á la variedad y capricho, y jamás se convino el mundo todo, sino en lo que es impetu innato de la naturaleza <sup>2</sup>. Dios que la formó es quien con su mano nos impele, excita y obliga á que deseemos el estado feliz: luego él es quien me persuade sin cesar á que lo busque, y por consiguiente ha de tener infaliblemente en este mundo el tesoro que con tanto empeño quiere que solicitemos: porque la naturaleza nada hace en vano <sup>3</sup>. Á lo que respondió Miseno:

37 Para conocer que fue Dios quien puso en nosotros esta ansia, oid lo que me sucedió. Cuando mas ardía mi corazon en estos vehementes deseos, cuando me atormentaba mas la sed de mi felicidad, cuando la tristeza, repasando todas mis entrañas, me tenia reduci-

\* El polo del Norte á 150 leguas en contorno está cubierto por el mar Glacial.

<sup>2</sup> *Omni in re consensio omnium gentium, lex naturae putanda est.* (Cicer. lib. I de Tusc. quaest. num. 13).

<sup>3</sup> *Natura nihil aget frustra.* Máxima de todos los filósofos.

do á un cási delirio: en este estado una sentencia divina, escrita con caracteres de oro, se presentó á mis ojos; al mismo tiempo una voz interior hablaba á mi entendimiento, y cierta mano superior, que despues conocí, sosegaba mi corazon. (Yo os diria otras circunstancias si hubiese de contaros toda mi historia<sup>1</sup>). Decia, pues, la sentencia: *Alégrate siempre en tu Dios; vuelvo á decir que te alegres*<sup>2</sup>. Me pasmé, volví á leer, y aun no podia persuadirme que mis ojos no me engañaban. *Alégrate siempre en tu Dios*; aquí paraba suspenso en aquel gustoso *siempre* que me envolvía todos los sucesos de la vida. *Vuelvo á decir que te alegres*: aquí ya mi corazon se sentia conmovido con esta admirable esperanza. Dios no me puede engañar, me decia yo á mí mismo; y si él ó álguien en su nombre me aconseja que viva siempre alegre, es señal cierta que es posible tener en la vida este estado. Volví algunas hojas atrás, y encontré un héroe como nadando en medio de un mar de júbilo<sup>3</sup>. Cierro el libro, y me entrego á una reflexion profunda; pero inquieto vuelvo á abrirle, como quien quiere recapacitar lo que he leído; y ved que encuentro en otro lugar diferente, escrita con letras nada menos brillantes, esta otra sentencia<sup>4</sup>: *En todos los sucesos me he alegrado, porque caminaba delante de mí esta sabiduría*. Luego de discurrir y conocer las cosas como deben ser, inferia yo para mí, me ha de venir esta celestial alegría que deseo, y que el cielo me aconseja. Apenas entendí esto, cuando mi discurso entró á hablarme de este modo:

38 Dios para algun fin me crió, porque nada hace sin fin; y mi corazon inquieto, cuidadoso y solícito me da á entender que él busca este fin, sea el que fuere. Ahora bien, si por el movimiento de la piedra se conoce el centro en que ha de descansar; si por la inquietud de la aguja se descubre el norte; tambien por los movimientos de mi corazon se podrá ver cuál sea su término, y en el que se ha de quietar. La experiencia general nos persuade que el corazon humano solo en Dios halla sosiego<sup>5</sup>, porque solo para sí lo podia haber formado el Criador: luego teniendo yo un alma tan noble en sus deseos, tan hidalga en sus afectos, y tan incapaz de satisfacerse con cualquiera cosa, no es posible que esta alma haya sido formada por

<sup>1</sup> Lib. III.

<sup>2</sup> *Gaudete in Domino semper: iterum dico gaudete.* (S. Paulus ad Philipenses, IV, 4).

<sup>3</sup> *Circumdediti me laetitia.* (David, Psalm. XXIX, 12).

<sup>4</sup> *Laetatus sum in omnibus, quoniam antecedebat me ista sapientia.* (Sapient. VII, 12).

<sup>5</sup> *Inquietum est cor nostrum donec requiescat in te.* (S. Aug.).

la mano celestial para contentarse con una criatura. Dios solo para sí podia formar mi corazon tan grande. Es, pues, certísimo, que mi corazon únicamente gozando de Dios se puede alegrar perfectamente: solo entonces tendrá paz, sosiego y contento cumplido; y entonces solo quedará como la piedra en el centro, y la aguja en el norte, quieto y alegre con alegría de Dios<sup>1</sup>. Mas ¿cómo será esto posible, me preguntaba á mí mismo, cómo será posible en esta vida presente? Á esta pregunta oí una voz sonora y agradable que así me decia; era en un bosque:

Fija tu voluntad á aquel estado,  
Que te inspire Dios, y en esta vida  
Gozarás la alegría prometida  
Á quien busca su fin con gran cuidado.

Oí la cancion medio enajenado, y sentí como correr una cortina que me descubrió mil cosas que antes no alcanzaba; y entendí que así como la piedra detenida y suspensa en el aire de una gruesa cadena, no goza del centro al que tiene propension, sino que inmóvil, quieta y en sosiego se va enderezando hácia él, gozando del modo posible la tranquilidad futura; así como la aguja, suspensa en el eje, no goza del norte, pero sí queda quieta é inmóvil cuando le mira, disfrutando á su modo del objeto á que se dirige; así mi alma detenida en la prision de esta vida, mientras no se ve sumergida en el piélago inmenso de las delicias eternas, para las que su entendimiento y voluntad fueron criadas, posee del modo mas asequible su felicidad, dirigiéndose toda á su fin; esto es, conformando su juicio y corazon con el objeto para el cual fueron formados. Aquí teneis toda mi filosofía.

39 Cuando Miseno hablaba así, observó en sus huéspedes que el gusto con que le atendian al principio se les iba disminuyendo; que acostumbran ser los ojos como criados parleros, que declaran sin ser preguntados todo lo que pasa en el gabinete del alma. Entonces cortando de golpe la explicacion de esta sana teología y sólida metafísica, á que su espíritu allamente ilustrado se iba encaminando, quiso guardar esta doctrina para ocasion mas oportuna, ciñéndose solamente por ahora á persuadirles que era posible en esta vida la alegría verdadera que Dios les aconsejaba. Desde aquí empezó á hablar en frase mas clara y vulgar el elocuente anciano; y á manera de un rio caudaloso, que comenzando á arrancar los diques, no puede contenerse, dejó salir en aguas llanas y amenas el torrente

<sup>1</sup> *Dediti laetitiam in corde meo.* (Psalm. IV, 7).

profundo de razones, de que su pensamiento abundaba; y dijo de esta manera:

40 Ved lo que Dios hizo para recreo de los sentidos del cuerpo, y de aquí podeis inferir si es creible que dejase á nuestra alma sin su felicidad. Reparad en la hermosura encantadora del universo. Y no os pido que reflexioneis por ahora en los objetos mas brillantes, cuya pompa y magnificencia de bellezas nos dejan aturcidos; sino que veais con atencion los objetos mas viles y despreciables. Reparad en esos toscos peñascos, que pendientes y casi despegados de la montaña, están amenazando al rio. ¿Y qué veis? Esa grama delicada, que á modo de terciopelo verde los está vistiendo y adornando; unas menudísimas florecillas blancas les sirven de matiz agraciado; y hasta esas quebraduras que parecian defectos, si las observais de cerca, veréis que la naturaleza industriosa las convirtió en adorno, porque de lo mas interior de ellas hace nacer unas ramitas delicadas, que luego que llegan á la puerta de la cárcel en que estaban, se esparcen, ya trepando, ya descendiendo, y ya saliendo por uno y otro lado; pero que tímidas se agarran bien al peñasco, como hijos tiernos que no quieren apartarse de los brazos de la madre que les dió el ser.

41 En esta filosofia, dijo la Princesa, no podeis hallar persona mas dócil que yo, porque despues de mi infelicidad soy una continua observadora de la naturaleza; las cosas mas ordinarias me suspenden. Esta yerba que tenemos debajo de los piés, bien considerada, es una alfombra mas delicada que todas cuantas tiene el famoso Saladino<sup>1</sup>, sultan<sup>2</sup> de Egipto<sup>3</sup>, y conquistador de Persia<sup>4</sup>. Estas florecillas que pisamos, si hubiese quien las imitase perfectamente, aun cuando se estuviere establecida en el trono de Constantinopla, las pondria con gran gusto sobre mi cabeza. ¡Qué gracia no tienen esos árboles silvestres en sus informes troncos! ¡Con qué inimitable variedad y gentileza se tuercen, y van entrelazando sus verdes ramas! Á cualquier parte que volvemos los ojos encuentran gusto, recreo y consuelo. Ved aquella fuentecilla que por entre toscas

<sup>1</sup> Saladino fue el que conquistó la Persia, y los sarracenos, y murió el año 1191.

<sup>2</sup> Sultan en lengua persa significa rey de reyes.

<sup>3</sup> Egipto es país de África, cuya capital es el Cairo, ciudad de muchas fábricas, especialmente de tapices de Turquía.

<sup>4</sup> Persia, reino en el Asia, que cada año produce mas de 20,000 balas de seda de 216 libras cada una; su principal comercio consiste en excelentes tapices, alfombras, y otras telas de oro y plata.

piedras nace tan clara que parece de cristal ó plata; apenas sale de la cárcel, cuando va corriendo suelta por la tierra y saltando por entre las piedrezuelas, de modo, que unas veces las cerca lisonjera, otras se les esconde por debajo, y muchas las salta por encima; aquí se enfada y murmura, allá desconfía y muda de senda hasta apartarse de ellas del todo. ¡Ah! que esta materia, Miseno, es mi mayor diversion en este retiro y soledad: me tocaste en la herida, y no pude dejar de interrumpiros; pero disculparéis mi viveza. Á lo que respondió Miseno:

42 Vos, señora, con lo que habeis dicho dais mas fuerza á mi argumento, porque si Dios puso con empeño en este mundo tanta satisfaccion para los ojos, con mayor razon debia de atender á los castos deseos del alma. ¡Cosa pasmosa! En toda la vasta redondez del orbe no hallaréis un solo palmo de tierra sin que esté adornado. En todas partes hallan los ojos como puesta la mesa para regalarse á costa de la Omnipotencia. ¿Y será posible que sola nuestra alma se abra-se en sed sin remedio, suspirando por la alegría, sin poder alcanzarla? ¡Qué extraña incoherencia en la Sabiduría suprema! Nuestro cuerpo, quiero decir un poco de barro, le merece tantos desvelos; y el alma que es una efigie de la Divinidad, ¿dirémos que quedó olvidada?

43 ¿Qué satisfaccion no manifiestan estos pajarillos en sus gorjeos graciosos; esos corderillos que vemos brincando y saltando, en fin, toda la naturaleza que parece estarse riendo? La misma mano soberana que los hizo á ellos, igualmente formó al hombre; ¿y habrá quien llegue á persuadirse que fue mas liberal con aquellos que con nosotros? ¿Creeréis acaso que este comun Padre de familias dió á los brutos por legítima la satisfaccion y el contento, y que solo para el hombre reservó la afliccion y la tristeza?

44 No puedo creer tal, dijo el Conde afligido: mi corazon se llena de horror al querer fijar los ojos en semejante absurdo. Pero ¿en dónde está esa alegría, si por todas partes nos persiguen los trabajos? Sola esta dificultad destruye todos vuestros discursos. Si yo, que siempre he tenido á mi disposicion la fortuna, y sin reparar en nada he dado satisfaccion y hartura á todos mis apetitos; si á pesar de todo esto nunca estuve perfectamente alegre, ¿quién habrá que lo esté? ¿Serán los pobres, los enfermos, los perseguidos ó los calumniados? ¿Qué será de esos infelices inocentes que parecen destinados por el cielo para víctimas de la ambicion, del capricho y de la crueldad de los hombres? Unos esclavos en la paz, otros heridos en

la guerra, unos sumergidos en los mares, otros encerrados en las mazmorras. Y para no ir mas léjos, si las prendas, la virtud y la ilustre sangre de mi hermana no le han valido para eximirse de la jurisdiccion de los hados; ¿quién podrá hallar en este mundo alegría completa?

45 Si para vivir contentos, dice Miseno, fuese preciso no experimentar trabajos, seria necesario salirse del mundo quien quisiera ser feliz; mas no consiste en eso la verdadera felicidad del hombre, y creed, hijos míos, lo que os digo.

46 ¿En qué, pues, la poneis vos? replicó el Conde. La pongo, dice Miseno, en lo que pertenece al alma<sup>1</sup>, y no en lo que pertenece al cuerpo<sup>2</sup>. El cuerpo, á la verdad, es como un vestido viejo con que se cubre el espíritu. Los trabajos, y todo lo que está fuera de mí, como solo me puede tocar en el cuerpo, son estocadas que no pasan de la ropa. Por eso, si el alma se sabe portar como enseña la buena filosofía, en medio de los mayores tormentos y desprecios vive alegre y contenta; goza de una paz inalterable, de un regocijo que llena y satisface del todo, y experimenta un consuelo interior, que ningun acontecimiento se lo perturba jamás. En este feliz estado se burla de la desgracia, triunfa de los hados, desprecia la envidia, no teme la muerte: no se asusta de los enemigos, é independiente de todo lo que no es el Ser supremo, queda sólidamente grande y superior á todo el mundo. Ved aquí en qué pongo la felicidad completa, que podemos tener en esta vida. Esta sólida filosofía es un tesoro oculto á los hombres; mas yo no haré misterio de declarar el modo con que vine á descubrirle.

47 Mucho deseaban los dos hermanos oír la historia de Miseno; pero era ya tarde y no convenia tocar ligeramente materia de tanta importancia. Entonces Sofia pidió á Miseno llevase á bien que el día siguiente volviessen á hora mas oportuna para oír de su boca el secreto que tanto deseaban. No tendréis, sin duda, inconveniente, le dice, de repartir con nosotros el tesoro que descubristeis, porque estas riquezas, cuanto mas se reparten, tanto mas se aumentan. Si teneis en vos la fuente de la verdadera alegría, no debeis negaros á esta condescendencia, porque es justo que hagais lo que hace cualquiera fuente, que despues de tener llena su propia concha, se derrama toda por un lado y por otro para provecho ajeno. Tal vez las

<sup>1</sup> En los bienes pertenecientes al *alma* establecian la felicidad *Séneca* y *Zenon* con los Estóicos, y *Aristóteles* con los Peripatéticos.

<sup>2</sup> *Epicuro* y *Platon* con los Académicos la ponian en lo tocante al *cuerpo*.

macilentas ovejas buscan que roer en los campos áridos, unas los duros troncos, otras los espinos secos, por no tener ni una sola yerba que las sustente: aquí trepan unas por coger una hoja verde que divisaron de léjos, y desfallecidas resbalan: allí otras no pudiendo negarse á los tiernos corderillos que las cercan, en lugar de la leche, que ya no tienen, los van alimentando con su propia sangre, obligándolas el amor á que se dejen dar gustosas la muerte por los mismos á quienes dieron la vida. ¡Ah, y qué desórdenes, qué males, qué horrores no se verian en la naturaleza, si la fuente ambiciosa y avarienta tuviese encerrados dentro de sí sus tesoros! Dios le manda remediar estas necesidades, y ved aquí por qué ella cuidadosa, queriendo acudir á todo, va corriendo apresurada; aquí tropieza en las piedras, allí cae en los peñascos, y allá se precipita gustosa, solo por remediar á las pobres ovejuelas que suspiran por ella muy sedientas. Y bien, ¿no haréis vos ahora otro tanto con esa fuente pasmosa que habeis hallado dentro de vos mismo? Aquí teneis vuestras ovejuelas que están en semejante estado; repartid, pues, con nosotros del agua preciosa que os sobra, que por eso no disminuiréis esa admirable alegría que vemos está rebosando por vuestros ojos y por todo vuestro semblante.

48 Sosegaos, señora, responde Miseno, que no soy avariento de la luz, ni ambicioso de los bienes que pueden hacer á otros felices. Haria secar el origen de mi felicidad, si solamente la quisiese encerrar dentro de mis cortos límites, asi como sucede á quien tapa la abertura de una abundante peña, obligando al agua á que no salga: porque tal vez, retrocediendo, abre otra salida, y viene á quedar la primera fuente seca del todo. Así podeis ambos quedar muy descansados y satisfechos, que no me negaré á cuanto pueda contribuir á vuestra felicidad.

49 Bajo esta palabra, entre mútuas señales de benevolencia, se despidieron el Conde y la Princesa de Miseno; el cual continuando en su rústico trabajo esperaba el sosiego de la noche para entregar su alma á la consideracion de las maravillas de Dios, y sus miembros cansados al necesario reposo.

## LIBRO II.

La pasión de la tristeza convoca en el infierno á las demás pasiones contra Miseno.—Para impedirle á este los progresos de su doctrina en Ibrahin y el Conde, sale el espíritu del error de los abismos.—De la serenidad de la noche inferen los dos hermanos ser posible la felicidad en esta vida.—Explica el Conde la mudanza de su corazón con el símil de un piloto despues de una noche borrascosa.—No se puede encontrar en la pasión de amor la felicidad verdadera.—Cuánto dañan los celos.—Solo en el campo se encuentra la alegría, y en la corte las penas.—Niega el Conde la alegría en el campo, la Princesa la defiende.—Polidoro, privado de Balduino, toma parte en la disputa.—Describe la primavera en el campo, el verano, el otoño y el invierno.—Hácese una hermosa alegoría de las bellas letras.—Llegan á la quinta la Princesa, el Conde y Polidoro: encuentran á Ibrahin en el jardín.—La Princesa y Polidoro votan por la alegría, y que no se halla en las cortes.—El Conde lo resiste.—Ibrahin se declara á favor de las ciencias, y el espíritu del error poseía á este filósofo, núm. 34 hasta 43.—Problema de la corona de Arquímedes, aplicado por Ibrahin á su sistema.—Opónese el Conde al argumento.—Prosigue el filósofo defendiendo que la puerta de la felicidad no puede estar abierta para todos.—Niega la alegría verdadera entre trabajos.—El espíritu del error desde el entendimiento de Ibrahin pasa á combatir al del Conde.—Cúbrele una nube espesa, se aflige y se entristece.—Acude Sofía á socorrerle, mas en vano, por no saber disolver los argumentos de Ibrahin, y empezando á triunfar el error del entendimiento de todos, se vuelve ufano al abismo, á dar cuenta de la victoria á que había dado principio, sosegando todas las pasiones amotinadas, y estas, animadas con las esperanzas del error, se ofrecen de nuevo á la tristeza entre el Conde y Miseno.

1 Deseosos y resueltos á seguir la doctrina de Miseno se retiraban los dos hermanos, consultando entre sí quién sería este héroe, y por qué medio habria desterrado de su corazón para siempre la pertinaz melancolía. Observó esto esa desabrida y desesperada furia infernal, que acostumbra inspirar á los mortales la terrible pasión de la *tristeza*; y saliendo de los espesos y sombríos bosques de la Transilvania<sup>1</sup>, donde tiene su ordinaria residencia, iba por montes y valles dando terribles lamentos y formidables alaridos. Entra precipitada por una tenebrosa gruta formada en la concavidad de dos mon-

<sup>1</sup> Transilvania, provincia de Europa, y aneja á la Hungría, confina con Polonia, Moldavia y Valaquia, y es su capital *Hermanstadt*, con una plaza muy fuerte, gobernada de un *vaiyoda*, tributario de los turcos.

tañas, las que los geógrafos llaman *Krapatz*<sup>1</sup>, situadas en los confines de Polonia, y penetrando los profundos abismos, va á convocar todas las demás furias que presiden las pasiones de los mortales para que le suministren socorro. Acuden todas asustadas, y teniéndolas al rededor de sí la *tristeza*, bañada en lágrimas, desgredándose la cabeza, y arrancándose con rabia los cabellos, les habla de este modo: ¡Oh negligentes compañeras! ¿cómo estais tan descuidadas? nuestro imperio está perdido, si no acudís prontamente á sujetar un enemigo terrible que se ha levantado contra nosotras, y trabaja por destruirlo. Un indigno viejo se ha atrevido á declararme guerra: me ha combatido, me ha vencido y arrastrado, y aun pretende alcanzar nuevos trofeos. En vano la fortuna y la desgracia, mis compañeras inseparables, han empeñado todos sus esfuerzos para resistirle, porque de ambas ha triunfado. Una le levantó hasta ponerle en el trono<sup>2</sup>: otra sin la menor causa le derribó de él; pero todo fue inútil, porque el viejo siempre inmóvil, siempre en paz, y de alegría lleno, recibe risueño todos mis golpes, y se burla de ellos. Estoy del todo perdida, pues si hasta ahora tenia entrada franca en los corazones de los mayores monarcas, y en todos los demás á quienes favorecía la fortuna, de aquí adelante, ni en los de la ínfima plebe, ni aun en los que fueren arrastrados por la desgracia podré hallar asilo. Vosotras ahora todas debéis empeñaros en vengarme de este comun enemigo, y estorbar que á nadie comunique sus detestables sistemas. Ya que á todas os he abierto tantas veces la puerta para entrar en los corazones de los mortales, y facilitado los mas difíciles triunfos; todas debéis ayudarme ahora en este empeño.

2 ¿Cuál es la pasión que no tenga lugar en los corazones de los hombres, si yo entro en ellos primero? Un corazón muy triste está dispuesto á cometer los mayores desatinos. Si yo llego á dominar, ni la razón gobierna, ni la naturaleza habla, ni el mundo es respetado: todo queda en un tenebroso caos, y la pasión mas débil triunfante. Por una sola victoria que os haya preparado la alegría, podréis contar diez mil de las que yo os he conseguido. Mi ruina es preludio de la vuestra; y para que veais que son bien fundados mis recelos, allí teneis al Conde de Moravia, caballero mozo, de quien por mi respeto habeis recibido los mayores sacrificios, y vedle ya que

<sup>1</sup> Todo el Norte de Hungría y Transilvania se divide de Polonia por una cordillera de montes que se llaman *Krapatz* ó *Carpacios*.

<sup>2</sup> En el trono de Polonia desde 1203 hasta 1205, ó 1206. (*Anécdotas de Polonia*).



está casi rebelado. Él tenía todas las cualidades para ser un héroe en nuestro servicio: yo le veía con fuego, allivez y presuncion, veía en él astucia y malicia; mas ahora por los prudentes consejos de este mi enemigo seguirá sus pisadas, y triunfará de todas nosotras. Antes, pues, que este mal acontezca, es preciso cortar sin tardanza sus raíces. Tú, ó espíritu del *error*, corré ligero á cerrar las puertas de su entendimiento, para que en él no entre la sólida filosofía, porque si una vez ella consigue establecer en el mundo su imperio, ¿qué será de nosotras? ¿Qué podrán hacer las pasiones donde la luz de la razon manda? Así habló, y dando terribles bramidos en las subterráneas bóvedas, se salió desesperada. Las demás furias se conmovieron con el discurso que la *tristeza* les acababa de hacer, y tomando todas á su cargo la causa que era comun, mandaron al *error* que sin perder tiempo corriese á trabajar en esta empresa, mientras que ellas deliberaban lo que se debía de hacer en adelante.

3 Sale, pues, de las cavernas un enormísimo furioso mónstruo, por la cara ciego, por las espaldas Argos; por cuanto nunca vió, sino despues de haber pasado el suceso: sale, digo, y corre ligero á apoderarse del entendimiento de *Ibrahim*, filósofo mahometano<sup>1</sup>, que se hallaba en casa de la Princesa con el encargo de enseñar á sus hijos. Este, ya muy inquieto por la tardanza del Conde y de la hermana, se estaba paseando en sus jardines sin saber á qué atribuir dilacion tan desacostumbrada.

4 Estaba la noche tan clara y apacible, que los dos hermanos no echaban menos el resplandor del día, porque la luna por sí sola, sin las incomodidades del calor, daba casi la misma belleza á la faz de la tierra; y cuando ellos venian atravesando el puente, les ofrecian las aguas un espectáculo tan agradable, que no acertaban á separarse del sitio; tantas eran las hermosuras que á un mismo tiempo les lisonjaban los ojos. Las ondas parecian estrellas, que inquietas, trémulas y bulliciosas centelleaban en el cielo movedizo de las aguas; por un lado se veía como un *cardumen*\* de estrellas que formaban un mar de plata; mas á lo léjos aparecian otras, que desconfiadas ó fugitivas, se iban retirando mansamente; ahora aparecian de nue-

<sup>1</sup> Los mahometanos son unos deistas acomodados, segun Mr. Pluche (*Spect. de la natur. tom. 11, convers. 2, pág. 22*). Deistas, materialistas, libertinos y epicurianos son sinónimos. (*Nonet, tom. 2, De los errores, cap. 3, núm. 6*). Y así Ibrahim bajo el nombre de filósofo mahometano representa en este poema el papel de todos los falsos filósofos. Véase aquí como no fue descuido, sino eleccion sábia del P. Almeida introducir al moro Ibrahim en su poema con el disfraz de ayo.

vo, y de allí á poco volvian á esconderse con alternativa graciosa.

5 Tiene razon nuestro viejo, decia el Conde, porque si puso Dios en este mundo tan deliciosa satisfaccion á los ojos, sin duda que en alguna parte la tendrá puesta para nuestro corazon y nuestra alma; pues esta, como imágen de la Divinidad, le merece mas atenciones que la grosera tierra que la cubre.

6 Yo espero, dijo la hermana, que este día sea para nosotros la época de nuestra felicidad. Este hombre no nos engaña; su figura va delante de sus discursos, previniéndolos con agrado; de forma, que aunque yo quisiese sospechar que él era un engañador, no podría hacer á mi entendimiento semejante violencia. Él es franco y sincero, y tiene impreso un carácter en su aspecto, que por sí solo persuade. Sabed vos, que ya os veo con otro aire, otro modo, otra fisonomía, y me hacen creer que vuestra alma siente ya alguna mudanza.

7 No os engañais, la respondió el Conde: voy ahora á descubrir un secreto que ha mucho tiempo le tengo en mi pecho muy encerrado. Si no fuera por este feliz encuentro, no tuviérais hermano para muchos días; porque desesperado andaba ya meditando modos de quitarme la vida, por no poder sufrirme á mí mismo. Pero ahora aquella negra sombra que ofuscaba mi entendimiento, está medio disipada. Mi corazon, que no sabia moverse sino con ímpetu y furia, está mucho mas moderado y tranquilo; ya se dilata y respira; ya se alienta y se refuerza; ya el aire no me parece turbio; ya me es agradable el cielo, y amena la tierra; y ya no me aborrezco á mí mismo. ¿Visteis vos un piloto que en una noche tempestuosa se ve con el navío sobre la costa, metido entre bancos y peñascos, ya tocando en unos, ya rozándose en otros, envuelto en tinieblas, combatido de olas, impelido de vientos, perdida la aguja, aturrido el juicio, sin atinar con consejo; y que al fin apareciéndole la aurora, respira, y sale del peligro? Pues así me hallaba yo hasta ahora, mas ya me siento mudado. El punto está en saber de qué modo podré conseguir lo que este hombre me promete, y yo deseo con ansia.

8 Esa es, dijo la hermana, toda la dificultad de esta grande empresa. Yo estoy con la mayor impaciencia que se puede imaginar por descubrir este secreto, no solo por lo que á vos toca, sino por lo que á mí me interesa. Confieso que mi melancolía no es tan desesperada como la vuestra, mas no deja de afligirme; y si no fuera porque trabajo siempre en distraerme, estaria tal vez reducida á peor estado que vos. Mas ¿por qué camino habrá hallado este hombre tanta

alegría? Yo lo ignoro, responde el hermano; pero una cosa puedo aseguraros, que ciertamente no es por la satisfacción de los apetitos; porque si en eso estuviese la alegría, ninguno estaría mas alegre que yo.

9 Pues, ¿y qué? la pasión de amor, replica la Princesa, que tanto enloquece la mocedad y la transporta de gozo, ¿no ha sido capaz de alegraros? ¡Ah querida hermana! dejadme desahogar, ya que tocásteis en la vena donde está todo mi mal; y diciendo esto dió un suspiro, que bien se conocía salía del fondo del corazón.

10 Al principio, dice el Conde, no hay bebida mas suave que el amor; es un delicioso néctar, como el de los dioses, que embriaga y enajena, mas despues que un miserable traga todo el veneno, es tal su amargura, inquietud y ansia interior, que por fuerza estalla y revienta. Luego que el amor nace, es como un gusanillo quieto y manso que se cria en el corazón, el que revolviéndose dentro de él lentamente, le causa un gusto muy fino y delicado; pero despues que á costa del mismo corazón crece y toma fuerzas, es una víbora que nos roe las entrañas, y se convierte en horrible dragon, que interiormente nos despedaza. Y si por desdicha esta maldita fiera toca en cierta fibra del corazón, de modo se perturba el cerebro, y el entendimiento se oscurece de tal forma, que el hombre queda loco y frenético. Quiera uno, ó no quiera, por fuerza ha de ir por donde le arrastra el amor. Ha de despojarse de todo como hacen los dementes, solo por conseguir lo que pretende; y entonces, ya se ve, que adios salud, adios hacienda, adios honra: en este triste estado, intereses, ocupaciones y estudio todo vuela, todo desaparece. Yo, yo que estoy hablando, picado de esa fiera, he hecho acciones indignas, tales, que jamás hubiera creído que una persona de nacimiento ilustre pudiese ejecutarlas; pero las hice. Mas si al cabo de todo esto consiguiese un hombre estar alegre, y alegre á satisfacción de su alma, menos malo era; pero os aseguro, mi querida hermana, que el corazón se halla entonces penando dentro de un vivo infierno. La desconfianza, la envidia, el temor, la inconstancia, los celos... ¡ah, que esto es preciso experimentarlo para poderlo conocer!

11 En cuanto á los celos, dijo Sofía, teneis razon, y razon bien fundada. De donde entran los celos, huyen, pero muy léjos, la alegría y el contento. El que una vez fue picado de este escorpion, está perdido del todo. El semblante se le muda, los ojos se le enfurecen, la sangre le hierve, el sueño huye, el juicio enloquece, la vista se turba, los sentidos se confunden, todo se gusta, todo se ve, y todo

se oye al revés. Si teneis celos, la mayor inocencia es para vos delito, la fidelidad traicion, el candor disfraz, y la prudencia no es sino fingimiento: si teneis celos, seréis un verdugo de vos mismo; y, lo que es mas, un tirano de ese mismo objeto caro que mas tiernamente amáis. Vos mismo, á fuerza de quererlo, le haréis exhalar en vuestros brazos la vida, y le haréis ir muriendo á fuego lento. Pues si esto acontece á los celosos, añadió la hermana sonriéndose, serán felices los que no dieren en esta manía.

12 En toda mi vida, dijo el Conde, encontré ni un solo amante que estuviese perfectamente satisfecho; ninguno ví que tarde ó temprano no anduviese pensativo, inquieto y cuidadoso. Todos son unos *Tántalos* \* sedientos del mismo bien que poseen, gozando sin gozar con satisfacción de lo mismo que verdaderamente tienen. Doy gracias á mi fortuna de estar por ahora libre de semejante locura.

13 En estos discursos se entretenían los dos hermanos mientras estuvieron sentados en el puente; mas siendo preciso dejarle, la Princesa, para continuar la conversacion que parecia tan útil, quiso dar su voto.

14 En cuanto á mí, dijo Sofía, creo que solo en el campo se podrá encontrar este tesoro. Despues que en Constantinopla fui el ludibrio de la fortuna y de los hados, vivo en esta quinta; y aunque al principio extrañé mucho la mudanza, ahora, conociendo las ventajas de esta vida, estoy casi tentada á creer que en ella consiste la felicidad completa. Por lo menos aquí soy señora de mí misma; cuando en las cortes era esclava de otros. ¡Cosa increíble! Allá me daban el título de señora, y yo ni de mi tiempo lo era, ni de mi semblante, ni de mi juicio, ni aun de mis mas escondidos afectos. ¡Cuántas veces comprimía mi corazón dentro del pecho, sin consentir que diese un gemido que pudiera oirse! En la corte tendréis atravesada vuestra alma con una cruel lanza, y habréis de contener la sangre, sin curar la herida; porque allí no es lícito que lleguen las lágrimas á los ojos, que eso es flaqueza: una alegría prestada os ha de servir de triste remedio; remedio que mas reconcentra el mal, que le cura. Vuestro juicio no ha de ser libre para dar su voto; habeis de traer preparados un *sí* y un *no* para serviros indiferentemente de ellos, segun viéreis que lo desean. Para eso será preciso poner en cuestion de tormento á vuestro entendimiento, á vuestra conciencia y á vuestro honor: es fuerza reventar; pero paciencia: de otra manera ¿qué dirán de vos? ¡Ah dulce retiro del campo, gustosa libertad del corazón, agradable desembarazo del entendimiento! Aquí sí que goza

el alma de una paz suma, y los sentidos del mas puro y mas inocente remedio.

15 Á este tiempo entraron por un bosque donde los ruiseñores estaban cantando á porfia: parecian como soldados de centinela guardando cada cual su puesto<sup>1</sup>, y desde allí se competian mutuamente. Quién se esforzaba en prolongar el canto, quién se desvanecía por tener la voz mas sonora: uno se engreía por lo agraciado de sus gorjeos, otro por la variedad de sus trinos: era un gusto el oírlos. Saliendo del bosque oyeron otro que estaba graciosamente engañado con su mismo eco. Era el combate muy nuevo, compitiendo la ave-cilla consigo misma, y muy picada porque no se excedía. Empeñábase presumida en su canto; y no bien acabada, cuando aplicaba el oído á escuchar si la respondian: no tardaba la respuesta; y oía que fielmente la imitaban. Entonces variaba los trinos de mil modos; pero oye que la imaginada competidora en nada le cede. Desconfía y calla, esperando que la contraria cante primero para sobrepujarla en despique; escucha, y no oye nada. Alégrase creyendo ya cansada á su émula, y entonces canta como quien celebra el triunfo; pero halla á la competidora tan vigorosa y tan agraciada como ella misma. No pudo el Conde contener la risa viendo el agradable engaño del inocente pajarillo; y de aquí tomó la hermana argumento para persuadirle que solo en la vida campestre se puede hallar la alegría verdadera.

16 Á esto oponia el Conde la igualdad de las diversiones que ofrece el campo, las cuales por fuerza han de producir cansancio y fastidio. Nuestras pasiones, decia, acostumbradas á los movimientos impetuosos que le son naturales, se adormecen con la paz uniforme y continuada. Por eso ningun gusto dura, si es largo; lo que es agradable un mes, será insoportable un año: cuando falta la variedad, falta la sal que excita el apetito.

17 Esta misma objecion me atormentaba, responde Sofia, cuando comencé á vivir en esta casa de campo; pero ya la experiencia me ha enseñado que hay aquí una gran variedad en las diversiones. No hablo de los rústicos que teniendo ocioso el uso de la razon, viven sin mas reflexion que la que hacen sus ojos: con igual paso caminan la oveja, y el mastin tras ella, sin que en el conocimiento de la naturaleza pase uno mas adelante que otro. Y así, en cuanto á esos vivientes teneis razon. Mas los que ponen á su entendimiento en ejercicio, saben como las abejas sacar deliciosa miel de las mas viles flores

<sup>1</sup> Esta es la propiedad de los ruiseñores, que cada uno tiene su árbol señalado en el que canta todas las noches.

del campo; y á medida que se varian, y mutuamente se alteran las cuatro estaciones del año, así se diferencian las inocentes delicias que gozamos en él.

18 En la primavera cualquiera de esas florecillas que hollamos con los piés es un prodigio incomprendible para quien ha leído y sabe observar lo natural. Á este punto vieron á lo léjos un caballero que venia á encontrarlos. Era *Polidoro*, griego de nacion, que habia sido gran valido del emperador Balduino. Venia á visitar á la Princesa, y darla el parabien de la llegada del Conde. Este, antes que el caballero llegase, quiso inquirir de su hermana quién era, y la Princesa en pocas palabras le informó diciendo: Despues que el intolerable é infame Murtzulfo cometió en un solo dia el execrable parricidio de despojar del reino y de la vida á dos emperadores de Constantinopla, Alejo y Canabo mi esposo, obró tantas y tales tiranias, que se hizo el horror de todos. Viendo esto los caballeros de la Cruzada, que habian puesto á Alejo sobre el trono, venciendo á Teodoro Lascaris, yerno del tirano, persiguieron de forma á Murtzulfo, que le obligaron á huir una noche al Asia, atravesando el estrecho para salvar la vida<sup>1</sup>. Entonces eligieron emperador de Constantinopla á Balduino<sup>2</sup>, conde de Flandes, de Gelandia y de Henao; y Polidoro, hombre de gran prudencia y valor, le sirvió mucho para pacificar los pueblos, y para que le coronasen solemnemente en el templo de Santa Sofia. Sabia Balduino estimar á Polidoro como lo merecia: procuraba este servirle con tanto empeño, como si la amistad del Príncipe no fuese premio y paga, y en la infeliz batalla de Andrinópolis<sup>3</sup>, á donde se habia retirado con los griegos el emperador Lascaris, peleando Polidoro al lado de su Soberano, le levantó dos veces de la tierra, atravesándose heroicamente delante de él, ofreciéndose á las saetas y lanzas, y comprando con sus heridas la vida de Balduino. Pero no pudo arrancarlo de las cadenas con que Juanizio, rey de los *bulgaros*<sup>4</sup> y de *Valaquia*, le prendió al fin y le

<sup>1</sup> En 8 de junio de 1203.

<sup>2</sup> El año de 1204, siendo de edad de treinta y dos años *Balduino*, fue elegido primer rey latino de Constantinopla, cuya eleccion la confirmó Inocencio III, y le envió las insignias imperiales. Por este tiempo el imperio de Oriente pasó de los griegos á los latinos en mayo de 1204. Se volvió á perder por Balduino II el año 1260.

<sup>3</sup> *Andrinópolis*, ciudad muy poblada y famosa en la *Romania* ó *Tracia*, queda al Norte de *Constantinopla* sobre el rio *Mariza*, y en ella residen los Sultanes por la bondad del aire mas puro que el de *Constantinopla*.

<sup>4</sup> La *Bulgaria* pequeña confina por el Norte con la *Valaquia*, y ambas son

encerró en una mazmorra. Polidoro no desistió de procurarle en ella todo socorro. Mas sabiendo que el bárbaro con nunca oída crueldad le habia cortado los piés y los brazos, y que se servia de su cráneo, á manera de los escitas, como de copa para beber en los banquetes de mayor ceremonia <sup>1</sup>, llevo de horror se ausentó de aquel país, dejando sobre el trono de Constantinopla á Enrique, hermano de Balduino, que actualmente está reinando <sup>2</sup>. Desde entonces vive aquí retirado en una casa de campo poco distante de la mia: estimaré que le conozcais, porque es hombre que mereció mi amistad, y sé que ganará la vuestra. Á este tiempo se acercaba ya Polidoro, y la Emperatriz viuda de Canabo le recibió con el agasajo que la amistad y su mérito pedian.

19 Saluda á la Princesa y al Conde, y despues de los cumplimientos que exigia la política, habiendo percibido de léjos que Sofia hablaba con empeño, pidió, instó, y no quiso dar un paso sin que la Princesa le prometiese continuar la misma conversacion que estaba tratando; lo que hizo ingénuamente de esta manera:

20 Hablábamos sobre la amena diversion que ofrece el campo en los diversos tiempos del año, porque andamos en el empeño de saber dónde se hallará la verdadera alegría, cosa que un viejo nos ha probado hoy con evidencia que existia en el mundo. Ahora nos hallais como á un avariento á quien dijeron que tenia en su propio campo un gran tesoro; el cual alborozado, aquí cava, allí profundiza, mas allá revuelve, gira, busca, mina, trabaja, y con un *puede ser que aquí esté* fijo en el pensamiento y en la boca, no sosiega, ni duerme, ni descansa: así estamos nosotros. Yo decia que solo el campo puede esconder tan gran tesoro: ¿cuál, pues, es vuestro parecer?

21 Gran secreto, señora, tendréis en mí, responde Polidoro, mas yo quisiera oiros primero para justificar mi pasión. Sofia continuó diciendo á ambos así:

22 Aunque el teatro sea el mismo, la diversidad de los *dramas*\* que se representan nos varia el gusto, el cual por este medio puede continuar sin fastidio: pues así es el campo en varios tiempos del año; en cada estacion sale al teatro la naturaleza á representar á los ojos un nuevo enredo, y cada cual á competencia pretende llevarse

provincias de la Turquía europea, sobre el mar Negro, que las baña por el Oriente de estas provincias. Sofia es la capital de Bulgaria y Bucharest de Valaquia.

<sup>1</sup> Ab. Choyssi, lib. 22, n. 13.

<sup>2</sup> Año 1203, el Ab. Vertot en la *Historia de Malta*.

la primacia en la recreacion del alma. Si reflexionamos con juicio en las obras de la naturaleza, ¿qué encanto puede haber mayor que el de la primavera? Si fuese ahora de día, en la primera florecilla que encontrásemos en el camino os haria admirar tales bellezas, que quedaríais absortos: la delicadeza de sus pequeñas hojas, lo agraciado del recorte, la viveza de los colores, la idea de la pintura, la galantería de su hechura, la variedad del talle, el buen gusto de los matices; en una palabra, la gracia y delicadeza con que todo está dispuesto hace ver con claridad que solo una mano divina podia ser autor de esta gran obra. Y cuando en la primavera toda la naturaleza se desata, y como que se desentraña en flores, el alma reflexiva á la vista de tantas maravillas se halla tan asombrada, que no sabe á cuál atiende. ¿Qué me decís, Polidoro? Yo, señora, convengo enteramente con vos; pero si dais licencia á mi sincera ingenuidad, aun admiro mas el *estío*, porque sus delicias embriagan mas los sentidos. El *verano* á un mismo tiempo recrea los ojos, el olfato y el gusto. Ver las rubicundas cerezas, que como son la primera fruta que sale al campo, aparecen como avergonzadas, á escondidas por entre las verdes hojas. Ver la hermosura de los melocotones, los granados llenos de bellas granadas, los peros coronados, las naranjas de oro, las sandías de carmin, los melones de bálsamo, en fin, todas las frutas de néctar. Ver como de la insulsa tierra, de la agua insípida, y de los duros, feos y ásperos troncos salen tan sabrosas delicias para recreo del hombre; ver, señora, todos estos prodigios, encanta totalmente el juicio, y deja al corazón anegado en el placer mas inocente.

23 Si me desafiáis, Polidoro, responde la Princesa, con vuestras juiciosas reflexiones, aun prefiero yo mucho mas al *otoño*. Las abundantes cosechas, incentivo y premio del labrador, y el premio de los Estados, el consuelo de los pueblos, y el muelle real de toda esta máquina civil del mundo. Quitad el otoño, y todo perece, todo se acaba: quiero decir, cuanto es útil; si hablamos de lo que puede recrear el entendimiento, esta estacion mas que todas las otras me transporta el alma, la que aturdida de unas maravillas pasa con nuevo pasmo á otras, á proporcion de lo que el año se adelanta.

24 ¿Qué gusto no da reflexionar en una pequeña semilla de las que esparció el viento sobre la tierra? Ella se ve hollada por el pesado pié del buey tardío, él la entierra en el lodo, y allí se pudre y se muere: mas despues la naturaleza la toma por asunto de sus prodigios. Cuando viene el tiempo oportuno, resucita muy hermosa:

una pequeña planta comienza á salir de dentro de ella, y con la cabecilla retorcida forcejea á levantar y romper la tierra que la oprime; al fin, cuando abre la cárcel y ve el aire libre, entonces respira, endereza el cuello, despliega las hojillas tiernas, y va viciosa creciendo. El sol la visita, la tierra la sustenta; el viento la lisonjea, el rocío la alegra: entonces toma fuerzas, y extendiendo á todas partes sus agraciados ramos, va produciendo poco á poco nuevos retoños y tiernecillos hijuelos: brota despues ramilletes de lindas flores, pronósticos de los frutos que á su tiempo ha de repartir con abundancia. Cuando, si no se los quitaren, ella liberal los irá dejando caer en tierra, ó cansada de guardarlos, ó enfadada de que no lleguen á pedirselos. En sus brazos abiertos está ofreciendo descanso á los fatigados pajarillos, y juntamente abrigo á los animales terrestres, cuando se ven oprimidos de la calma. ¿Y qué tesoros no pisan ellos entonces en los secos despojos de los maduros frutos? ¡Qué número infinito de delicadísimas plantas se encierra en sus simientes, cada cual capaz de producir tantos frutos, cuantos la primera planta de que ellas nacieron! Parece que el sol pródigo quiere dejar en su numerosa descendencia el cuidado de mantenernos, viendo que él cansado con los años no lo podrá hacer por sí mismo. Preguntaos ahora, ¿quién fue el que dió á la naturaleza, como ley constante, esa continuada série de tantos portentos? Y veréis que el entendimiento se pierde á fuerza de quedar embriagado con un tan casto deleite.

25 Convencisteis, señora, le dice Polidoro, á quien ni ánimo tenia de contradeciros. Muchos tiempos há que estaba yo en ese pensamiento que vos misma me inspirásteis; y aun me acuerdo del hurto que os hicis: hurto de que estoy tan vanidoso, que ningun rubor tengo de confesarlo; y os protesto que desearia mucho la repetición del crimen, si tuviese oportunidad de hacerlo.

26 No entiendo, dice el Conde, esos enigmas: no me dejéis, os pido, confuso el entendimiento: esa cláusula última, Polidoro, me ha suspendido notablemente. Declaradme, pues, el secreto.

27 Son unos versos, le responde, que el año pasado robé del gabinete de vuestra hermana, bien análogos á lo que acaba de decirnos; los que no queria que yo me llevase, porque aun no les habia pasado la última vez la lima para la obra en que habian de servir; y fue tal la atención con que los leí, que todavía me acuerdo de ellos, y si gustais, yo os los repetiré, que son pocos.

28 Menos que esto bastaba para excitar la curiosidad del Conde,

que siempre hallaba particular energía en todo lo que componia su hermana, y Polidoro obedeció repitiendo el siguiente soneto:

Quando veo en la tierra estar brillando  
Entre yerbas el sol, me voy llegando,  
Y hallo un vidrio quebrado, que lucia  
De tal forma, que un sol me parecia.  
Así yo brillar miro la hermosura  
Del gran Dios en toda criatura:  
En las flores del campo, y en los brutos  
Contemplo los divinos atributos,  
Pues cuanto su poder dejó formado,  
Del carácter divino está sellado.

Ved, señor, añadió Polidoro, si tuve razon para cometer el hurto, y motivo para lisonjarme de él; y si tambien tiene razon la Princesa de gustar tanto de la vida campestre. Á lo que el Conde, entre complacido y repugnante, respondió de este modo:

29 Si el hombre no fuese sino entendimiento puro, muy contento viviria en el campo, siendo compañero de las aves. Si contemplásemos esas maravillas que decís, veríamos lo capaces que ellas son de transportar toda el alma; pero á pesar de toda filosofía, el cuerpo necesita de recreo, quieren su sustento los sentidos, el corazon suspira por las delicias, y nada de esto se halla sino en las cortes ó ciudades populosas. El hombre, que fue hecho para vivir con hombres, ¿qué gusto puede tener habitando entre piedras, troncos y brutos? Dios todo lo hizo con proporcion: crió á los hombres para las ciudades, las aves para el aire, los peces para el mar, y para los campos los árboles. Decidme ahora: ¿quién hay que pueda sufrir un invierno en una casa de campo sin grandísimo tormento? ¡qué bella y deliciosa perspectiva es ver los montes pelados, las aves mudas, la tierra húmeda, los prados encharcados, los campos estériles, y todas las campiñas de lodo! Por cierto que es un recreo ver el cielo oscuro, el aire sombrío y el tiempo lluvioso. ¡Qué lindo efecto hace á la vista una calle de árboles secos, que parece una hilera de esqueletos consumidos! Los espesos nublados envuelven el día entre las sombras de la noche, el sol no aparece, la luna se esconde, y las estrellas huyen. Salís á paseo, y el tiempo os engaña, el viento os descompone, la lluvia os asalta, y los atolladeros os enfadan. ¡Ah, que no se puede negar, hermana mia, que es un paraíso vivir en el campo en tiempo de invierno!

30 Muy bien, dice Sofía, dibujásteis el invierno; mas para ha-

cer su retrato, en lugar de pincel tomásteis un carbon muy negro: pero dadme licencia para que yo lo pinte con su verdadero colorido, y no os parecerá tan feo. No penseis que os quiero delinear un dia bello, en el cual el sol claro, hallando el aire limpio, el cielo de visivimo color, ó azul agraciado triunfa de las nubes, y hace la mas brillante ostentacion de sus rayos. No quiero que considereis los campos vestidos de lino de un lindisimo verde que jamás puede imitarse: no hago caso de ver la superficie de la tierra, ó cubiérta de plata cuando cae la nieve, ó convertida en cristal en tiempo de hielo. Todo esto es nada, porque otras bellezas mas delicadas encantan mi espíritu y enamoran mi alma. En mi gabinete tengo mayores delicias que las que fuera de él puedo encontrar.

31 En el junto una asamblea escogida de personas las mas bien instruidas en las ciencias, las mas amenas en la conversacion, y mas distinguidas en la elocuencia. Ninguna me falta á la hora que quiero: tengo tal felicidad, que sin agraviar á ninguna, solo habla aquella con quien tengo mas gusto. Si estoy en sazón de probar de las amenidades del Parnaso, tengo poetas admirables; si apetezco noticias de paises remotos, siempre hay quien me informe con menuencia y verdad. Si me recrea la historia, tengo arte para hacer venir á mi presencia los héroes mas famosos que produjeron los siglos, y que me representen en el pequeño teatro de mi casa los mas raros sucesos que acontecieron en el mundo.

32 Estaba el Conde admirado, no pudiendo comprender lo que la hermana decia: mas reflexionando sobre esta última cláusula, conoció que hasta allí habia hablado de los libros con una continuada alegoría; y celebrando con Polidoro el gracioso engaño con que les habia deslumbrado el entendimiento, le pidió que continuase el discurso en el mismo estilo.

33 Sofía, viendo que su hermano manifestaba alegría con estas juiciosas travesuras de su ingenio, mezclando una agradable sonrisa, que la daba cierta gracia inimitable, prosiguió diciendo: Vos bien veis que todo cuanto he afirmado es una pura verdad; sea, pues, en buen hora que el tiempo inexorable haya llevado muy lejos de mí los sucesos á que yo quisiera haber estado presente; y aún tambien que entre mí y ellos medie el intervalo de muchos millares de años, nada quiere decir, nada importa: como yo quiera le he de hacer volver al tiempo atrás su furiosa rueda, y á su pesar me ha de poner presente donde yo le señale el mas antiguo suceso. Diga enhorabuena ese inflexible viejo tirano que sus leyes son indispensables, y que

el objeto de mi curiosidad ya cayó en el insondable abismo de la nada; sea como fuere, si yo lo mando, han de resucitar todos esos personajes, y han de comparecer y estar en mi presencia, mientras yo me entretengo en especular y observar todo cuanto hicieron.

34 Si quiero mudar de diversion, salgo de casa, y en un bosque vecino coronado de laureles, y cercado de nueve doncellas que me sirven, canto y oigo cantar á la lira de Apolo canciones que me recrean mucho, y cuando Pegaso lo consiente

Muy contento voy volando  
Como pajarillo erguido,  
Que buscando el dulce nido,  
Por el bosque va pasando:  
Cuando al pasar voy tocando  
Los laureles, van cayendo  
Las semillas, y saliendo  
De los ramos sacudidos  
Pajarillos, que escondidos  
Estaban dentro durmiendo.

35 No pudo el Conde contener la risa, y le pidió que no volara tanto que se le escapase y desapareciese del todo; porque ni la podia seguir en sus vuelos, ni queria perder su amable compañía. Á este tiempo llegaron á la quinta: y la admiracion de Ibrahin, por la no esperada tardanza, interrumpió el discurso, y obligó á los dos hermanos á que en pocas palabras le instruyesen del motivo; mas como el fuego de la conversacion venia tan inflamado, no era posible se apagase de repente: y así los tres fueron continuando sus discursos, y la Princesa dijo á Polidoro que prosiguiese declarando su pensamiento, á lo que él obedeció en estos términos.

36 Quien tiene como yo juicio limitado, á falta de reflexiones profundas, debe gobernarse por la propia experiencia. La verdadera alegría, señores, me persuado que depende de la paz y de la tranquilidad; mas esta no se ha de buscar en las cortes ó ciudades muy populosas. Si en cosas tan nobles me es permitido usar de comparaciones rateras, yo comparo las cortes á un estanque de peces donde se arrojan algunas migajas, y todos andan bullendo por arrebatarlas. Siendo el espacio corto, los peces muchos, y las migajas pocas, es indispensable que se muerdan y que riñan, ó al menos que se encuentren y estorben mutuamente.

37 En las cortes las pasiones no son como un céfiro blando que lisonjea y refresca, sino como un huracan desesperado que todo lo

quiebra, todo lo derrumba y todo lo hace pedazos. Si por infelicidad vuestra sois árboles frondosos y elevados, flores, frutos y hojas todo va por los aires: las ramas se tuercen, el tronco gime, y por fuerza os habeis de doblar hasta barrer con la corona de vuestra cabeza la tierra que los demás pisan; y aun no será esto bastante, porque el remolino furioso os arrancará del todo, y revolviendo en medio de los aires raíces con ramas, flores con hojas, y unos frutos con otros, os arrebatará como ligera pluma, y os llevará hácia donde no quede memoria vuestra. Decidme ahora si esto se experimenta en el campo.

38 Allí cada cual goza de sí, come con gusto, duerme con sosiego, vive en paz: su entendimiento se recrea, la voluntad inocentemente satisfecha le contenta, la conciencia no le remuerde, ni el honor le perturba. Por el contrario, en la corte los negros cuidados hierven como insectos ó gusanos en hormiguero al rededor del corazon humano, y en un continuo desasosiego le muerden, pican y horadan, atravesándolo por mil partes, entrando y saliendo, pasando y repasando, y siempre á roerle las entrañas del alma: ahora, id allí á buscar la verdadera alegría.

39 Todo es así, dice el Conde; mas la soledad del campo ¿cómo puede contribuir á la alegría completa? Sin la sociedad las pasiones se adormecen, el corazon lánguido queda sin movimiento, y el alma se hinche de tedio insoportable, de suerte que cada uno se es pesada carga á sí propio: el día se le hace largo, la noche eterna, y el tiempo perezoso. No sabe un hombre qué hacerse. La imaginacion loca corre y se le cansa, los pensamientos ociosos se apoderan del entendimiento, la variedad de los afectos del corazon, y todo le enfada. Poseído de un insufrible fastidio, deja ir su voluntad, ya á una parte, ya á otra, pero á nada se aficiona: todo en la soledad es fastidioso, todo es insípido. ¡Ay mi amigo, Dios me libre de vivir siempre en el campo, porque creo que en él reventaría oprimido de la negra tristeza! ¿Qué decís, Ibrahin? Este es punto en que la filosofía se interesa.

40 Era Ibrahin un hombre estudioso, consumido, seco, altivo y satisfecho de sí mismo. En la escuela de *Epicuro*<sup>1</sup> habia hecho sus estudios, los habia exornado con los de *Euclides*<sup>2</sup> y *Arquimedes*<sup>3</sup>, y

<sup>1</sup> *Epicuro*, filósofo de Atenas, y discípulo de *Sócrates*, ponía el sumo bien en el placer de los sentidos.

<sup>2</sup> *Euclides*, filósofo griego insigne en matemáticas.

<sup>3</sup> *Arquimedes*, siracusano, geómetra nobilísimo.

afectando un aire de oráculo, en tono decisivo respondió de esta suerte: No es el lugar, sino la ocupacion del hombre lo que le puede hacer feliz. Las ciencias naturales, cuando se estudian con moderacion y sin quererlas levantar á un punto empinado y escabroso, son las que le dan su felicidad al entendimiento humano; mas solo en la entera satisfaccion de las pasiones consisten las delicias de la voluntad: por lo que para ser uno completamente feliz, es preciso unir una cosa con otra. Las delicias del entendimiento por medio de las ciencias, confieso que son difíciles de adquirir; pero no se puede negar que causan un gusto finísimo y delicado, el cual no son capaces de percibir almas groseras; y es esto una verdad tan firme, como os lo demostraré por un cálculo no menos evidente que sencillo, por el que se verá que las delicias del entendimiento exceden mucho á las de los sentidos. Ved si es concluyente.

41 El gusto que sentimos en cualquiera cosa, es á proporcion del paladar en que se recibe: ahora si comparamos la delicadeza y sensibilidad del entendimiento con la de los sentidos, hallaremos tanta diferencia, como entre las manos callosas de un rústico grosero, y las suaves de una señora delicada. De aquí se saca por consecuencia, que cuando la verdad descubre al entendimiento toda su belleza encantadora, queda de tal modo enajenado, que no atinando con las expresiones propias de su júbilo, parece loco. ¿No os acordais de lo que sucedió al famoso *Arquimedes*<sup>\*</sup> cuando estaba en el baño, y halló el célebre problema de la corona de oro, cuya solucion habia inútilmente buscado muchos años? Brilla á sus ojos de repente la luz de la verdad, salta de gusto, pierde el seso, no puede contenerse, y corriendo desnudo y como demente, grita por las calles y las plazas: *Lo he hallado, lo he hallado*. Presentadme ahora un gloton, que habiendo satisfecho plenamente su apetito, sale á correr y grita: *Me harté, me harté*. Luego queda demostrado que son mas finas y superiores las delicias del entendimiento con la verdad, que las de los sentidos del cuerpo con los objetos que le pertenecen.

42 No pudieron Sofia ni los demás contener la risa que les causaba el argumento de Ibrahin, y el tono silogístico con que se habia explicado, como si hablase en las aulas: entonces el Conde le opuso

<sup>\*</sup> Habiendo dado el rey gran cantidad de oro para que se le hiciera una corona que pesara tanto como el oro que habia dado, dudó si el artífice habria mezclado liga, suprimiendo alguna porcion de oro. *Arquimedes* halló por la *Hidrostatica* modo de averiguarlo sin tocar levisimamente la labor de la corona, y halló que habia hecho fraude el artífice.

la dificultad que tienen muchos para aplicarse á los estudios, siendo cierto, segun la doctrina del viejo Miseno, que para todos estaba abierta la puerta de la felicidad.

43 El filósofo que llega á merecer este nombre, responde Ibrahin, tiene en su entendimiento una como piedra filosofal, con que saca preciosísimo oro de la materia mas vil. Cuando el resto de los mortales no ve en este gran palacio del mundo sino su exterior fachada, el sábio admira todas las bellezas de su interior, por donde se pasea su entendimiento, sin que se le reserve ni aun el gabinete mas retirado. Pero, como bien decis, no es para todos semejante dicha, ni fuera ella tan estimable si fuese para el vulgo. Decir que la puerta de la felicidad verdadera está abierta para todos, es absurdo manifiesto, porque todo cuanto hay bueno es raro, y la felicidad completa por fuerza ha de ser rarísima. Mas cuando por la parte del entendimiento pudiese cada cual conseguir la mayor satisfaccion, ¿quién hay que pueda llegar á ella por lo que toca á la voluntad? Deseamos y no conseguimos: andamos en una perpétua lucha, ya con los elementos, ya con los hados, ya con los hombres, y hasta con nosotros mismos luchamos. Y con tanta fatiga, ¿quién podrá ser feliz? Las enfermedades nos molestan, los sucesos nos afligen, los trabajos nos cansan. Por una parte los enemigos nos persiguen; de los amigos, unos nos faltan, otros nos hacen sentir sus males: si miramos á los que están encima de nosotros, vemos que nos oprimen: si á los inferiores, hallamos que nos desobedecen: si á los iguales é indiferentes, ó nos desprecian altivos, ó nos arman celadas envidiosas. En nosotros mismos tenemos una continua angustia; porque el corazon se queja, el espíritu se cansa, la voluntad nos inquieta, la edad pasa, y todo por arte inexplicable nos atormenta. ¿Ahora podremos ser en semejante vida felices? Decid á quien os persuadió tal quimera, que busque hombres sin cuerpo, alma sin voluntad, corazon sin apetitos, entendimiento sin confusion, y que de estas partes quiméricas ponga su feliz imaginario.

44 En este tiempo el espíritu del error, dejando bien atado el entendimiento de Ibrahin, pasó á atacar el del Conde; una nube espesa le oculta cuanto Miseno le habia enseñado, y nada se le acuerda; ninguno de sus argumentos le ocurre; pasa la negra sombra de la cabeza al pecho, del entendimiento al corazon, y entra otra vez la tristeza en él, de donde la sencillá luz de la razon le habia expelido ya. Esa desesperada furia quiere apoderarse mas fuertemente que antes de la presa que se le iba escapando, y con sus sangrientas uñas le

aprieta y traspasa el corazon. El Conde se aflige, la tristeza se le aumenta, Ibrahin instigado del dicho mal espíritu, que en el cerebro de este filósofo tenia su gustoso domicilio, renueva con encono los asaltos, y redobla la batería cuando ya el Conde no resiste. Sofía pretende socorrerle; mas en vano trabaja por aliviarle de la melancolía que empezaba á dominarle de nuevo, porque no era bastante para disolver los argumentos de Ibrahin; y hallándose todos con gran dificultad en persuadirse que puede haber en la vida felicidad completa, triunfa el error imperceptiblemente del entendimiento de todos, y se vuelve á los abismos á dar cuenta de la victoria á que habia dado principio: procura sosegar las furiosas pasiones amotinadas; y esforzadas todas estas con las nuevas esperanzas del error, se animan á urdir nuevos lazos y diversas trampas, en las que el mancebo, á pesar de los bríos de la sabiduría, y de la diligencia de Miseno, llegase á caer en lo futuro, á cuyo fin se van á ofrecer todas á la *tristeza*, esperando en ella que les dé entrada, lo que les promete desde luego; y en el ínterin, cesando esta conversacion, introdujeron otra de muy distinta materia.



## LIBRO III.

Pintase el nacimiento del sol.—Duda el Conde de la doctrina de Miseno, y se encuentra con él.—Comienza Miseno á contar su historia.—Elogia á Miecslao, su padre, y á su abuelo Boleslao.—El modo con que Miecslao subió al trono, y sus desgracias.—Huye Miseno de Cracovia, muda traje y nombre, le domina la tristeza, y busca sitios melancólicos.—Descripción de un bosque horrible, núm. 12.—Encuentra en su centro una gruta luminosa, núm. 14, y en ella el cadáver de un varón venerable y las santas Escrituras, núm. 13.—Forma nueva idea del verdadero heroísmo y de la felicidad, núm. 16.—Con esta lección de las Escrituras siente que se le muda el corazón; sale de la gruta, sueña que ve la sabiduría.—Reflexiona en el sueño, ve que conforma con la santa Escritura, y que está en nosotros mismos la fuente de la alegría.—Dice el Conde que está la de la tristeza: conviene también Miseno.—Prueba la Princesa que el *hado* no nos puede hacer infelices, ni que hay *hado*.—Pregúntale al Conde quién puede hacer á uno infeliz, sin que él mismo concorra con sus acciones.—Responde el Conde que Dios.—Miseno le convence de que es error.—Origen del hombre.—Dios le crió para ser feliz.—Las criaturas, dice la Princesa, son la causa de nuestras desdichas.—Miseno no conviene sino en que Dios no deja ir sin gobierno el carro de este mundo para que nos atropelle.—La Providencia nos lleva por los trabajos á la felicidad.—Encuentra Miseno en Silesia al príncipe Alejo, hijo de Isaac Ángel, preso en Constantinopla.—Trátale Alejo de que Polonia le ayude para restituir á su padre al trono.—Disuádeselo Miseno.—Inquiétase con sus trabajos Alejo.—Acompáñalo Miseno para contenerle y disuadirle de las opiniones de Epicuro.—El Conde se inclina al sistema de Epicuro, de que la felicidad consiste en la satisfacción de las pasiones.—Miseno prueba que solo pertenece al alma, y que no pende de la fortuna ni de los hombres la felicidad verdadera.—La infelicidad de la vida viene del error.

1 Todavía no aparecía el sol en el horizonte, cuando el Conde impaciente y confuso convidó á pasear á su hermana, deseoso de ir á visitar á Miseno. La mañana serena, el aire fresco y el cielo alegre estaban convidando. El camino estaba divertido: por una parte veían al labrador alegre, que con paso lento iba tras de su arado cantando, entretenido con la consideración de que aquel hierro corvo le abría el comun tesoro. Por otra les llamaban la atención los rebaños de ovejas, y que en pos de ellas iban los pastores alegres tocando sus flautas rústicas con aire armonioso, á lo que respondían las serranas con bien ajustadas cantinelas. Todos emprendían el trabajo con la misma alegría que lo habían dejado. Esta era la materia de la con-

versacion; mas el Conde siempre se inclinaba á sus reflexiones melancólicas. Reparó en esto la Princesa, y para disiparle la negra sombra que le venia cayendo sobre el corazón, valiéndose de su aire jocoso, comenzó á divertirle con el nacimiento del sol. ¡Ved, le decía, cómo se levanta tarde el perezoso! Si viene rubicundo, razón tiene para venir avergonzado; pues hasta ahora no había abierto las cortinas de las nubes para darnos los buenos días. Toda la naturaleza lo estaba esperando impaciente, y él muy descansado. Las montañas parece que levantan las cabezas para verle primero, y los pajarrillos, subiéndose á las últimas puntas de los mas altos ramos, desde allí lo quieren descubrir para ir volando á ganar las albricias, publicando por todas partes que el sol ha nacido.

2. Salían á este tiempo de las yerbezuelas que pisaban varias y lindas violetas, que con sus primorosos matices convidaban la atención de los pasajeros, y Sofia ponderaba como toda la naturaleza estaba risueña, é infería de aquí con mucha energía no ser creíble que solo el hombre estuviese condenado por fuerza á vivir triste.

3 Yo bien veo, le respondió el hermano en tono impaciente, que á pesar de los discursos de Ibrahin, será tal vez posible la felicidad de la vida: mas ¿de qué me sirve saber que es posible, si yo no puedo lograrla? Toda esta noche ha pasado mi entendimiento en una continua lucha, sin sacar otro fruto de los discursos que hacia ya en sueños, ó ya despierto, que fatigarme, y quedar cada vez mas confuso. Hállome como el viajante perdido, que sin atinar con el camino ni con la vereda, incierto, errante y vagamundo, anda y desanda. Ya huye de lo mismo que desea, ya se entierra y se confunde, ó ya cae y se precipita sin saber qué hacerse. Así estoy ahora, todo para mí es un caos, un enredo, un laberinto. Mas si una vez llego á encontrar el atajo para salir de toda esta aflicción, yo os protesto que á toda costa he de seguirlo. En estas consideraciones pasaban el tiempo el Conde y Sofia, cuando dieron de repente con Miseno, que habiéndole visto de lejos, les salió al encuentro.

4 No se arroja con tanta fuerza el hierro al mas poderoso iman, como el Conde y Miseno se abrazaron; y la Princesa, pasados los cumplimientos de urbanidad, le refirió en pocas palabras todas las opiniones de la noche antecedente, deseando oír sobre ellas su dictamen: en esta conversacion llegaron á la cabaña, donde tomando asiento, les habló Miseno de esta forma:

5 Si quereis dar crédito á mi experiencia, solo ella bastará para enseñaros el sendero de la verdadera felicidad. No suspiramos por

otra cosa, le dijo el Conde alborozado; y Miseno continuó diciendo: Voy, pues, á fiaros un secreto que ni le he confiado á las peñas mudas, ni á los inanimados troncos: pero hablo con quienes le sabrán dar el valor justo para guardarlo cerrado en el gabinete de la mas honrosa fidelidad; lo que ellos prometieron. Y Miseno prosiguió así:

6 Comenzaré desde el principio la série de mis (segun las llaman) desgracias, para declararos el origen de mi ventura. Miecslao III, cuyo merecimiento é infelicidades tienen ocupada en nuestros dias la trompeta de la fama, ya sabeis que fue el tercer hijo de Boleslao III *el Invicto*<sup>1</sup>, soberano de Polonia. No ignorais que despues de sus dos hermanos le sucedió á su padre en la corona; corona que muchos años antes se la hubieran puesto los pueblos sobre su cabeza, si las leyes del amor fuesen las de la justicia; pues su prudencia era tanta, y tanta la madurez de sus consejos y acciones, que todos desde muy niño ya le llamaban *el viejo*<sup>2</sup>. Parece que aun le estoy viendo. ¡Ah venerable figura, y qué agradable eres á mi memoria! Dulce ilusion de mi fantasia, ¡qué suaves afectos me despiertas! En esto, á pesar de la violencia con que Miseno se reprimia, se le saltaron algunas lágrimas, quedando los dos hermanos admirados de esta ternura en un hombre tan circunspecto; mas ellos no sabían que él era su hijo, y continuó diciendo: Disculpád, señores, el desahogo de mis ansias, porque todo me lo merece Miecslao. Mas para daros un retrato de este gran Principe, que muy pocos conocieron, acordaos de las heróicas virtudes de su padre Boleslao, de quien él las heredó antes de heredar el cetro. No debe olvidarse jamás aquel singular valor con que Boleslao triunfó de sus enemigos, pareciendo á todos que traía la victoria atada á su triunfante carro. Aun se acuerda la *Silesia* de cómo venció al grande Enrique emperador de *Alemania*<sup>3</sup>: aun está fresca en la *Bohemia*<sup>4</sup> la memoria del singular desafio que sostuvo con un formidable gigante<sup>5</sup>; gigante que con solo el aspecto llenaba de horror á todo el ejército, menos á Boleslao, que intrépido á los primeros golpes, le hizo exhalar el

<sup>1</sup> Llamado *Bopatorcida*. (V. Com. hist. v. Boleslao III).

<sup>2</sup> V. Com. hist. v. Miecslao III.

<sup>3</sup> *Alemania*, antiguamente *Germania*, reino situado en medio de Europa con título de Imperio Romano, confina con Hungría, Polonia, mar Báltico, Francia é Italia: *Viena* en Austria es su capital, tiene arzobispo y universidad.

<sup>4</sup> *Bohemia*, reino de Europa, de casi 80 leguas de largo y 60 de ancho, confina con la *Misnia*, la *Lusacia*, *Austria*, *Baviera*, *Silesia* y *Moravia*. Su figura es orbicular, su capital *Praga*, tiene arzobispo y universidad.

<sup>5</sup> En el año 1114 fue esta victoria.

alma feroz entre bocanadas de negra sangre. En toda la *Europa*<sup>1</sup> aun hoy se alaba y admira la prudencia con que disfrazaba y sufría que su hermano *Sbignee* levantara repetidas veces la mano sacrilega para quitarle la corona de la cabeza. Ahora, cuando os acordáreis de todas estas virtudes, habréis hecho en una pintura sola el retrato del padre y del hijo; á quienes solamente hallo yo diferentes en esta precisa circunstancia: que Boleslao la única vez que por la falsedad del Palatino de Cracovia fue vencido, cedió luego á la desgracia y murió de pena<sup>2</sup>; mas Miecslao III supo triunfar repetidas veces con ánimo inmóvil y constante de la desgracia importuna. Tal fue mi padre. ¡Qué he dicho! No oigan los peñascos esta palabra, que en secreto inviolable escondo en vuestro pecho para que la ocultéis hasta de mí mismo. Yo fui *Uladislao* su hijo, heredero y sucesor en el trono; pero ya no soy el mismo que fui en otro tiempo: soy Miseno, un simple particular, que con azada en la mano, y su filosofia en el pecho, se burla de todas las grandezas, y no teme las desgracias.

7 Descansad, señor, le dijeron la Princesa y el Conde, haciéndole una grande reverencia; descansad, que el secreto será fielmente guardado, ya que lo ordenais así; mas no podréis impedirnos la interior veneracion que vuestra persona y este mismo secreto nos merecen. Dicho esto continuó Miseno:

8 Tal fue Miecslao antes de subir al trono<sup>3</sup>; mas, ó fuese ma-

<sup>1</sup> *Europa*, la menor de las cuatro partes del globo, es sin duda la mas excelente. Su situacion amenisima, el aire mas puro, su terreno mas fértil y bien cultivado; y sus villas y ciudades mas bien edificadas, mas pobladas y numerosas que las otras. Europa sola ha producido mas héroes y santos que todo el resto del mundo. Es el centro de la verdadera Religion, y con mucha verosimilitud se computan en ella 450 millones de almas.

<sup>2</sup> En el año 1137 fue vencido por los rusos, porque huyó el Palatino de Cracovia: *Boleslao le regaló una piel de liebre, una rueca y un huso*; y el Palatino al ver el regalo se murió de pena, y Boleslao, que nunca habia sido vencido, murió de pesar. (*Anéc. de Polon.*)

<sup>3</sup> El modo con que *Miecslao III* subió la primera vez al trono fue el siguiente: *Boleslao III*, su padre, en su última disposicion, repartió sus Estados en sus cuatro hijos mayores, *Uladislao*, *Boleslao*, *Miecslao* y *Enrique*; y teniendo *Casimiro* su hijo quinto muy pequeño, respondió que sus cuatro hermanos eran las cuatro ruedas del carro de *Casimiro*. Muerto Boleslao en 1143, su hijo mayor *Uladislao II* subió al trono y despojó á sus hermanos de sus legítimas; mas ellos se unieron en 1147, é hicieron que huyese de Polonia; subió al trono *Boleslao IV*, su segundo hermano; este Principe se burló del emperador *Conrado*, y despues de *Federico Barbaroja*, los que se habian empeñado en restituir al trono al primogénito *Uladislao*: por compasion le cedieron la *Silesia*, que desde este tiempo se agregó á *Alemania*, porque los hijos de *Uladis-*

ligno influjo del cetro, ó malevolencia de los descontentos, tres años despues de empuñado le depusieron los pueblos con el pretexto de que Mieceslao no era el mismo que antes. No te quiero culpar, *Gedeon*, obispo de Cracovia, que fuiste el autor de esta rebelion<sup>1</sup>, por cuanto si adoro los consejos de la Providencia, no debo reparar en los instrumentos de que ella se quiso valer.

9 Depuesto Mieceslao ofrecen el cetro á Casimiro, el último de los cinco hijos que Boleslao habia dejado, porque ya los otros tres, Uladislao, Boleslao y Enrique habian muerto. Tiembla Casimiro de horror al oír la propuesta, no se atreve á tocar un cetro que no le pertenece, tiene por sacrilegio mandar como vasallo á su soberano legítimo. Mas como era preciso que el Estado cayese en una funesta *anarquía* no cediendo Casimiro, tomó en sus manos el cetro, pero mas como depositario que como usurpador. Claman los pueblos alegres *vivas*, y Mieceslao sereno. Pasan cuatro años, y la constancia de Mieceslao no pasa. Casimiro cada vez lo estima y lo respeta mas: las virtudes de mi padre le daban en los ojos, y le hacian mas impresion que su brillante corona. Medita y determina restituirla al mérito y á la justicia, y para eso convoca una *Dieta*<sup>\*</sup> general. Habla, perora, insta para que la corona se ponga en la cabeza de su hermano Mieceslao; resistenlo los pueblos; él insiste; los pueblos se obstinan, mas al fin cede Casimiro, y Mieceslao no se altera. Catorce veces corrió el sol todos sus signos y otras tantas fue testigo de su incontrastable constancia. Observaba mi padre que en Casimiro reinaba la virtud, y esto le satisfacía, porque era lo que mas ansiosamente deseaba; pero al fin la oscureció Casimiro en los últimos años: y una triste muerte finalizó aquella vida, que fuera gloria, si no degenerara en afemada<sup>2</sup>. Mieceslao entonces cobró ánimo, suponiendo que ni Lesco, á quien el Rey habia dejado menor de cinco años, ni la Reina regente tendrian fuerza bastante para sostener el cetro si quisiesen quitárselo con las armas. Se engañó: porque la desgracia aun no estaba cansada. Perdió Mieceslao la batalla, y en ella á Oton, príncipe de Polonia, mi hermano el mayor, y desde este dia quedé yo heredero, no sé si de su corona ó de sus infelicidades; mas

lao, separados de los polacos, se trataron como alemanes. En 1173 murió *Boleslao IV* en una batalla contra los prusianos, y subió al trono su tercer hermano *Mieceslao III*.

<sup>1</sup> No hay que culparle, sino al mismo Príncipe que se hizo sordo á los sábios y prudentes consejos de este Prelado.

<sup>2</sup> V. Comp. hist. v. *Casimiro III*, año 1177.

como mi corazon juvenil era mas flaco que el suyo, no pudo tolerar tantos golpes. Sin embargo, mi padre supo sufrirlos con su acostumbrada constancia; y aunque el cuerpo se le iba ya debilitando con el peso de los años<sup>1</sup>, su corazon, á manera de una roca, ni se abatia ni flaqueaba, ni aun se conmovia con tan furiosas tormentas.

10 Viendo los hados (ya os pedí licencia para hablar en frase ordinaria, aunque en el dia hago uso de lenguaje muy diferente), viendo los hados que la desgracia no podia alterar á tan grande héroe, quisieron que la fortuna probase las armas levantándole al trono; para que allí estuviese mas expuesto á los tiros de la malevolencia y de la envidia. La Reina regente, no pudiendo abarcar con sus manos delicadas un cetro guerrero, cedió á mi padre la regencia de los Estados, con la condicion de que adoptase por su hijo á Lesco, sin escrupulizar sobre mi perjuicio. Aun llegué á ver á mi padre segunda vez en el trono<sup>2</sup>; quedando yo nuevamente excluido de la esperanza de ocuparle. Pocos meses le duró este triste gusto, pues se le cayó de la cabeza la corona que tenia mal asegurada por habérsela puesto mano inconstante. O fuera que mi padre hubiese fallado á la adopcion prometida, ó que las manos de la Reina tuviesen deseos del cetro con que se adornaban; lo cierto es, que mi padre fue segunda vez depuesto del trono<sup>3</sup>.

11 Yo no pude entonces resistir á tantos vaivenes de la fortuna. Confuso, afligido, desesperado, tomo arco y flechas, mudo traje y nombre, y salgo incógnito por los montes y bosques de Silesia, entregándome del todo á la tristeza, que me roía y despedazaba las entrañas. Mi alma se hallaba en un caos tenebroso: la luz de la razon se me habia retirado totalmente; y si alguna vez aparecia, era como un relámpago, que solo servia de hacerme visible los errores que me cercaban. Mis desgracias estaban tan arrimadas á mi memoria, que á cualquier parte que volvía los ojos del entendimiento, no veía delante de mí otra cosa.

12 Cual hombre solitario, que en campaña rasa y noche tempestuosa, acosado de la lluvia y de los vientos, cercado de lobos, en medio de barrancos y precipicios, cuando los relámpagos le ciegan,

<sup>1</sup> Tenia entonces sesenta y cinco años á lo menos.

<sup>2</sup> En el año 1200, ó 1199.

<sup>3</sup> Toda esta narracion de la virtud de *Mieceslao* es conforme á la pasion que debia tener por ser su hijo; pero si consultamos la historia, *Mieceslao* despues que subió al trono degeneró, y esta segunda vez que empuñó el cetro fue por intriga y falsas promesas, y por intervencion de Nicolao, palatino de Cracovia: aun ascendió tercera vez al trono, en el que murió el año 1203.

los truenos le atemorizan, los rayos continuados le llueven, cuando los ve caer por detrás, por delante y por los lados, y sin acabar de morir, á cada momento muere; así me veía yo por esos valles y montes. Los sitios mas escondidos y tristes eran los que mas apetecía: y hé aquí que cierto día, bajando de un monte, vi hácia la parte de Breslau un valle donde los árboles, dejados al descuido, habian formado un bosque sumamente espeso. Allí me dirigí, y me fui embrenando poco á poco hasta lo mas interior de él. ¡Ah bosque, bosque, qué funebre me era entonces tu imagen; pero qué agradable me será toda mi vida tu memoria! Allí fue, amigos, donde mi alegría permanente tuvo principio, cuando estaba sumergido en la tristeza mas profunda y mas desesperada.

13 Parece que aun estoy viendo aquel sitio. Allí hice juicio que estaba la perpétua vivienda de la noche, la cuna de la melancolía, el país del pavor, y en la frase de los poetas, el reino de *Pluton* \*. Allí no se veían sino funebres cipreses, arbustos entretejidos, matorrales espesos, selvas enredadas, y una enmarañada breña: allí se oía el mochuelo gimiendo siempre á compás: allí habitada el feo murciélago y la lechuza nocturna: allí gritaban las ranas, silbaban las serpientes y hervían todas las demás sabandijas; y en medio de todos estos horrores mi corazón, embalsamado de melancolía, palpita, y no me cabía en el pecho.

14 Hé aquí que veo una luz extraña que salía de la concavidad de una gruta, y allí me llevó la curiosidad á examinar aquella maravilla. Voy á entrar en ella, y veo (¡qué pasmo!) una habitacion celestial. Las peñas que á lo natural abovedadas formaban aquella concavidad, parecían de cristal puro, que brillaba como los diamantes. El verde mar que habia nacido por entre las hendeduras parecia un agraciado esmalte de esmeraldas. Á este tiempo un olor suavísimo transportaba mis sentidos, que estaban absortos y embriagados, sin que yo supiese cuál era el origen de aquel encanto. Mas recobrada mi alma poco á poco del primer espanto, descubro en lo mas retirado de la caverna un viejo venerable, inmóvil y de rodillas. Quedo suspenso: su barba larga y del todo blanca le llegaba hasta la cintura: las manos blanquísimas, pero secas y descarnadas, se afirmaban en un cayado corvo para servir de apoyo á la cabeza, que

\* Año 771 acaeció en las montañas de Jaca un suceso muy semejante á este, en el sitio, en el ermitaño muerto, y en el caballero que encontró en él el principio de su verdadera felicidad. (P. Pedro Abarca, *Anales de Aragon*, p. 1, fól. 21).

estaba reclinada sobre ellas. Yo tímido y curioso me fui llegando, cuando veo en la tierra en caracteres bien formados, que lo cercaban, esta inscripcion pasmosa: *Tú, Uladislao, que por mano superior serás conducido aquí, darás sepultura á mi cuerpo: y en ese libro hallarás tu premio y tu modelo* <sup>1</sup>.

15 Pasmado al ver mi nombre escrito, vuelvo á leer lo que ya habia leído, y mi admiracion se aumenta; reparo en la postura del ermitaño, y me parecia vivo, cuando la inscripcion, el silencio y la inmovilidad le hacian sospechar muerto. En efecto lo estaba; y al tocarlo ligeramente cayó en tierra: dí como pude sepultura al cadáver, y tomando el libro que me pertenecía por legado, le abrí: leí, y hallé en él á primera vista un héroe (el *santo Job*) el mas famoso que vieron los siglos: héroe, que sin depender de ejércitos numerosos, ni de capitanes de valor, ni de favores de la fortuna, sin socorro humano, con solo el esfuerzo de su corazón ilustrado de Dios, y fortalecido por su mano omnipotente supo triunfar de sí, del mundo y de los hados: héroe que supo hacerse sólidamente feliz, y conservarse en el trono de su felicidad, á pesar de los hombres, de los elementos y de los abismos que se habian conjurado para perderle. Pasmado de tan insigne heroicidad, y reflexionando prudentemente sobre lo que habia leído, me digo á mí mismo:

16 ¡Qué falsa es la idea que se forma del verdadero heroísmo y de la felicidad sólida! ¿Á qué se reduce toda la gloria de un *Alejandro en Asia*? ¿de un *Escipion Africano*? ¿de un *Temistocles en la Grecia*? ¿y de todos los emperadores romanos que aturdieron al mundo? Examinado todo á la luz de la verdad, se reduce á derramar sangre humana, á devastar regiones, arruinar imperios, arrasar soberanos; en una palabra, á hacer infelices. Otro tanto, decía yo, harían los osos, los tigres, los leopardos y las furias infernales, si les dejasen suelta la cadena con que las detiene el brazo omnipotente. ¡Qué errado modo de pensar! Porque estos hombres se asemejaron á los brutos ó á las furias de los abismos, ¿deben ser coronados como semi-

<sup>1</sup> Era la *santa Biblia* 6 libros sagrados, á los que llama san Gregorio papa cartas que el mismo Dios nos ha enviado.

<sup>2</sup> *Alejandro*, rey de Macedonia, en guerras sangrientas venció á *Dario*, rey de Persia, conquistó el Asia, el Egipto, la India, y murió en Babilonia envenenado.

<sup>3</sup> *Escipion el Joven* deshizo los ejércitos de Cartago en África, á Aníbal su general le dió la ley, y el renombre de *Africano* fue su única recompensa.

<sup>4</sup> *Temistocles*, ateniense, destruyó la armada naval de Jerjes, rey de Persia, que era de 1,200 naves, y por no tiranizar á su patria se quitó la vida.

dioses en la tierra? ¡qué pasmosa diferencia entre los demás héroes y este que se me ofrece aquí para modelo de mis empresas!

17 Ved aquí una gloria que satisface toda mi ambición de grandeza: no depender, para conseguirla, de criatura alguna de cuantas contiene el universo, ser superior á los hados, poderse burlar del mundo entero, ser el espejo de la buena razón, el modelo de los verdaderos héroes, y merecer de la suma y eterna Sabiduría el testimonio que ella dió de este héroe que me ofrecen por ejemplar<sup>1</sup>. *No hay otro semejante á él en toda la redondez de la tierra.* ¡Ah! ¡y quién me diera que el Príncipe de Polonia fuese la copia del Príncipe de la tierra de Hus<sup>2</sup>, que le propusieron para su dechado, y que Uladislao fuese imitador del famosísimo Job! Mas yo no nací, me decia á mí mismo, para tan gran felicidad. Á este tiempo ví asomar la antigua tristeza que volvía á ganar mi corazón, de donde habia salido desterrada en el mismo punto que entré en la gruta.

18 Es verdad que esta lección habia mudado el objeto de mis deseos; mas no habia extinguido la melancolía que ellos me causaban: entonces ya no era la corona de Polonia la que me atormentaba; la felicidad á que aquel héroe habia llegado, era solo lo que me causaba envidia. Bien como el halcón, que con los ojos tapados está sosegado; pero apenas ve la presa deseada, se desespera, bate las alas, amenaza con el pico, despedaza la cadena; y cuanto mas desea, tanto mas padece por no poder volar donde vuela su corazón. Así me hallaba yo sentado en la gruta, y lamentando mi infelicidad, sin ver de qué modo podría conseguir aquel estado feliz que se me acababa de proponer.

19 El temor que acompaña todas las empresas que son raras, iba llamando la tristeza; y una como nube oscurísima me queria eclipsar la luz primera, en que se veía bañado mi entendimiento. Vuélvome al libro en que tenia todo mi tesoro; y la mano suprema conducia de manera la mia, que siempre abriese donde hallase la respuesta á mis ansiosos cuidados. Ved aquí que abro y encuentro en los Evangelios la mas alta doctrina, la moral mas sublime, todo lo que puede hacer á una alma verdaderamente grande. Aquí fue donde ví el modo práctico para imitar el gran modelo que superiormente me fue dado: aquí es donde en las sentencias maravillosas de

<sup>1</sup> *Numquid considerasti servum meum Job, quod non sit ei similis in terra?* (Job, 11, 3).

<sup>2</sup> *Vir erat in terra Hus, nomine Job.* (Ibid. 1, 1). *Eratque vir ille magnus inter omnes orientales.* (Ibid. 1, 3).

que ayer os hablé, descubrí el origen de la verdadera alegría, y al mismo tiempo que iba leyendo y meditando, una mano superior é incógnita<sup>1</sup> mudaba mi entendimiento y transformaba mi corazón. Las pasadas ideas con que el mundo me habia educado desaparecieron como imágenes de sueño, ó errores de la infancia; quitóseme un velo de los ojos, una nube del corazón y un peso del pecho. Póngome en pié, hálleme ligero y ágil; salgo del bosque, subo á un otero, miro á un lado y á otro, me hallo en nuevo clima; y aun á mí mismo me desconozco. De antes una sangre negra y espesa, parándose á cada paso, se me condensaba en las venas: los miembros trémulos, frios y cuási paralíticos me faltaban en medio de los movimientos; pero desde este momento un espíritu dulce, pasando con suavidad de vena en vena, me fué visitando todos los miembros, y me dejó vigoroso, animado y alegre.

20 Así pasé aquel día, paseándome contento por aquellos mismos sitios que antes habia habitado melancólico y muy triste. El paseo demasadamente largo me hizo llegar cansado á la noche: al cansancio se siguió un dulce y pesado sueño, que comenzó á embargarme los sentidos, de manera que me rendí gustoso á su fuerza suave. Mi alma voló prontamente á la region del reposo, y comencé á gozar engaños bien agradables. Parecíame que estaba en la Arabia<sup>2</sup> Desierta, donde se pasan leguas y leguas sin encontrar hoja verde ni el menor arroyuelo que pueda refrigerar la sed. Mis entrañas secas y tostadas se abrasaban y ni hablar podia: cuando hé aquí que veo bajar por los aires una celestial *Ninfa*<sup>\*</sup> en refulgente nube, que descendiendo poco á poco paró en la cumbre de una peña que le sirvió de trono. Era su rostro bello y majestuoso al mismo tiempo. Tenia en la mano un cetro de oro, y en la cabeza le servia de corona una luz tan resplandeciente como el sol, aunque mas benigna, de suerte que sin ofender la vista recreaba á cuantos la veian. Sus ojos eran vivos, luminosos y penetrantes. Reparé que miraba hácia mí con particular agrado; y luego que la admiración me dió lugar á sen-

<sup>1</sup> Esta era la divina gracia.

<sup>2</sup> La Arabia llamada Desierta por sus llanuras áridas, montes de arena y montañas escarpadas, tiene al Norte la Arabia Petrea, donde está el monte Sinai, al Sur la Arabia Feliz, donde se ven Moka, Aden, Fontahuc. Se extiende por el Oriente hasta el golfo de Persia y el estrecho de Ormuz; al Poniente está el mar Bermejo, y casi sobre su margen Meca, patria de Mahoma, y Medina, donde está su sepulcro en una mezquita sostenida de cuatrocientas columnas, y al rededor mas de tres mil lámparas de plata, siendo falso que la urna del Profeta esté en el aire en virtud de la piedra iman.

tir la sed, iba ya á pedirle socorro; mas aun no habia formado la primer palabra, cuando me dijo la Ninfa de esta manera:

21 Penetro tu pensamiento y deseos, sin que te sea preciso declararlos; porque ni en los cielos, ni en la tierra, ni en los abismos se me puede ocultar cosa alguna. Á mí me rinden vasallaje todos los sábios del mundo, y se tienen por felices cuando en remuneracion de sus obsequios les envío por entre las nubes algun rayo que los ilumina. Yo soy la sabiduría, ó como otros me llaman, *la filosofía verdadera*, de cuyo nombre se sirve á veces sacrilegamente el monstruo del error, mi capital enemigo; mas por los efectos me conocerás. Comprendo la causa de tu afliccion, tus deseos y tu sed; mas para remediarla te digo que no procures fuera de tí lo que dentro de tí puedes hallar. Este peñasco es tu imagen; mira, repara y aprende.

Á este punto, saliendo un rayo de luz de la cabeza de la diosa, y rompiendo la nube, cae de golpe sobre el peñasco y lo parte por medio; hé aqui que sale de sus entrañas un torrente tan copioso, que en un instante quedó toda aquella región transformada. Las peñas ásperas y secas eran bellisimas cascadas, y el arenal tostado se convirtió en amena floresta; de manera, que á cualquiera parte que mirase encontraba agradables perspectivas: por aquí árboles cargados de frutas, por allí jardines llenos de flores; por un lado campos sembrados; por otro rebaños comiendo yerbas aromáticas; y en tan agradable confusion todo me encantaba, de modo que no sabia á qué objeto dar la preferencia. Quise volverme á la divinidad que me hablaba; y ví que habia desaparecido. ¡Ay de mí! ¡ay de mí! dije entonces, dando un lastimoso gemido; y este grito me despertó del sueño, y toda aquella ilusion encantadora desapareció en un momento.

22 ¡Ah pobre de vos! interrumpió la Princesa, ¡qué triste y desconsolado quedaríais cuando os hallásteis distante de esos jardines, prados y florestas! No me compadezcáis, señora, la dice Miseno, porque si me hallé sin aquellas bellezas engañosas que habia soñado, encontré otras verdaderas, y mucho mas capaces de recrear el entendimiento y el alma. Púseme de intento entonces á reflexionar sobre lo maravilloso del sueño, repasé muchas veces las palabras que se me habian dicho: *Esta roca es tu imagen, no busques fuera de tí lo que dentro de tí puedes hallar*. Y á vista de todo me decia á mí mismo: Un rayo de luz desprendido de la cabeza de la deidad ha hecho brotar de la roca la abundancia de aguas que dentro de si ocultaba: esto concuerda con lo que leí en aquella sentencia admirable:

<sup>1</sup> Sap. vii.

*En todos los sucesos he hallado alegría; porque la verdadera filosofía me ha gobernado*. Pues ¿qué mas quiero? Para convertir mi corazón árido, amargo y seco con la tristeza en un paraíso de alegría, bastará que mi entendimiento se deje ilustrar y gobernar de la sabiduría celestial: entonces llegaré á este nobilísimo y verdadero heroísmo por el cual mi alma suspira: llegaré tambien á la perfecta felicidad, al vencimiento de mis pasiones, y por fin al triunfo de los hados; y si esto así es, no dependo para ser feliz de los hombres, ni de la fortuna, y ni aun del mundo dependo.

23 Dicho esto me entregué á la filosofía, y discurriendo con sosiego, sin pasión ni espíritu de partido, vine á conformarme con las máximas que me han hecho feliz: siendo la conclusion de todas ellas que en nosotros tenemos la fuente de la verdadera alegría. Y para prevenirme contra el natural olvido, ó cualquiera tribulacion que me pudiere ofuscar el juicio, formé unos dísticos, los cuales acostumbro cantar cuando trabajo, y ahora os los repetiré, porque nada os he de ocultar que pueda conducir á vuestra utilidad.

Sé que de Dios cualquiera bien proviene,  
Y así el placer que busco de allí viene.  
No está lejos de mí<sup>1</sup>, no entra de fuera,  
Viene del corazón que á Dios venera;  
Y si Dios está en él, su ley<sup>2</sup> y gracia,  
¿Qué mal me podrá hacer cualquier desgracia<sup>3</sup>?

24 Admirados quedaron la Princesa y el Conde cuando acabaron de oír á Miseno; y pasados algunos discursos confesaron con ingenuidad que les era muy difícil acabar de creer que pudiese el hombre tener en sí mismo la fuente de la sólida felicidad. Si nos dijérais, añadió el Conde, que en nosotros tenemos la fuente de toda tristeza, os creería fácilmente; mas jamás podréis persuadirme ese vuestro sistema. Perdonadme, señor, si os ofendo.

25 No me ofendeis, hijo mio, con una duda prudente, porque yo tambien estaba ajeno de creer lo que os digo, antes de haberlo reflexionado y meditado; y mas me ofenderíais con una docilidad afectada que con una duda sincera. Ahora bien, ya que deseais conocer la verdad, os la mostraré claramente, mas sabed que en parte

<sup>1</sup> *Quamvis non longe sit ab unoquoque nostrum. In ipso enim vivimus, et movemur, et sumus.* (Act. xvii, 27, 28).

<sup>2</sup> *Sed quid dicit Scriptura? Prope est verbum in ore tuo, et in corde tuo: hoc est verbum fidei, etc.* (Ad Rom. x, 8).

<sup>3</sup> *Non timebo mala: quoniam tu mecum es.* (Psalm. xxii, 4).

tambien soy de vuestro parecer : y digó que en nosotros se encierra tambien el origen de toda tristeza. Los errores de nuestro entendimiento y las pasiones de nuestra voluntad son los padres de este horrible mónstruo que nos roe las entrañas : la tristeza , digo , que es la que nos hace desgraciados *mas por la misma razon me habeis de conceder que tenemos el origen de nuestra alegria en las máximas santas que nos ilustran la recta razon , y en la virtud heróica que domina nuestras pasiones : lo que todo está dentro de nosotros mismos <sup>1</sup> ; y no viene de los hombres , ni depende de la suerte ni de la fortuna.*

26 La Princesa manifestaba luchar consigo misma , y pidió á Miseno , que pues él habia sido obligado por la buena filosofia á asentir á aquella máxima , quisiese por los mismos discursos obligarlos á ellos á convenirse en ella : á lo que Miseno satisfizo prontamente diciendo así :

27 Si yo no quiero ser infeliz , ¿quién puede obligarme á serlo ? ¿Dios , ó sus criaturas ? Yo os dejo libre la eleccion ; cualquier camino que sigais vendréis á dar en el precipicio. Ni una cosa ni otra , dijo el Conde : el maldito *hado* es quien , cuando toma por empresa el perseguirnos , se obstina en ello de modo , que no descansa hasta vernos en la sepultura. La hermana no podia contener la risa por mas que se esforzaba en reprimirla ; y obligándola el Conde á que declarase el motivo de reirse , respondió politicamente que no queria interrumpir el discurso en materia tan grave ; pero que cuando estuviesen solos , y le fuese permitido hablar en su tono jocosó , no tendria mucha dificultad en convencerlo. Miseno entonces le pidió con instancia que rehusase ayudarle , y que ya que era tan interesada en la victoria , debia suministrarle las armas.

28 En ese caso , dice la Princesa , hablaré en mi acostumbrado estilo. Decidme , pues , mi amado Conde , ¿esto de *hado* es algun animal , es cosa viva , es muerta ó inanimada ? Si es cosa viva , y tal vez alguna fiera , muy vieja debe ser ; porque muchos siglos há que todos se quejan de sus estragos , y me admiro que siendo tan vieja , aun tenga fuerza para hacer mal á tanta gente. Mas si el *hado* no es cosa viva , ¿cómo puede ver á los miserables que huyen de él , para irlos persiguiendo hasta los últimos fines de la tierra ? Podréis decir que no tiene cuerpo el *hado* , sino que es un mero espíritu. Y en tal caso será algun espíritu diabólico de grande autoridad , pues tiene

<sup>1</sup> *Regnum Dei intra vos est. (S. Luc. xvii, 21). Non est enim regnum Dei esca, et potus: sed justitia, et pax, et gaudium in Spiritu Sancto. (S. Paul. ad Rom. xiv, 17).*

usurpado , sin pertenecerle , el derecho de gobernar la mayor parte del mundo. Me haréis un gran favor , hermano mio , si me explicais bien este punto que nunca he podido entender.

29 Recibió el Conde con gusto el argumento de la Princesa , y confesó que él hablaba en sentido metafórico , como suele hablar el vulgo : á lo que instó la Princesa con gracia : Luego dais por causa de unos males verdaderos , que realmente nos atormentan , una cosa fabulosa que jamás existió sino en la loca cabeza de la gente baja. Por lo que á mí toca , Miseno , sabed que no creo que haya *hado* , ni *fortuna* , ni *desgracia* , aunque me sirvo de estos nombres de que todos se valen ; y vé aquí mi razon : si esas fabulosas divinidades existiesen , ó Dios seria muy débil , si ellas le arrancasen el cetro de las manos , ó seria negligente , si por indolencia ó flojedad se lo alargase buenamente. Necesito , pues , hermano , que me expliqueis lo que debemos entender por estas palabras de que todos usamos , sin saber lo que decimos <sup>1</sup>.

30 La mano suprema , dijo Miseno , que con altos y justos designios va gobernando este mundo , no siempre nos deja ver cuáles son sus fines soberanos. Nosotros ignorantes y ciegos , siempre que vemos ciertos acontecimientos , sin poder descubrir el motivo de ellos , juzgamos desde luego que no hubo designio alguno premeditado ; y de este modo antes queremos suponer el defecto en Dios , juzgando que deja ir todo este mundo sin gobierno , que considerar en nosotros el defecto , confesando nuestra ignorancia y ceguedad. Veis aquí , pues , lo que llaman *hado* ó *acaso* : un acontecimiento del cual se ignora el motivo : de manera , que si el suceso , cuya causa se ignora , fuere favorable , le llaman *fortuna* , y si adverso , *desgracia*. Mas es cosa pasmosa , señora , que muchos filósofos , que hacen vanidad de serlo , hablen de esta gran quimera como de una cosa real y positiva <sup>2</sup>. Sin ser divinidad , le atribuyen mayor poder que al Omnipotente ; porque al *acaso* y no á Dios atribuyen la mayor parte del bien ó mal que sucede en el mundo. En esto hay grande incoherencia , porque si el *hado* es inteligente , como era preciso para perseguir á

<sup>1</sup> Los gentiles entendieron por *hado* el órden inevitable de las cosas. Los astrólogos la disposicion de las estrellas en que alguno es concebido , ó nacido. Mas el *hado activo* , católico cristiano , no es otra cosa que la *voluntad y providencia de Dios* , que desde la eternidad gobierna lo que sucede y ha de suceder á todos y á cada uno ; y el *pasivo* es la disposicion que tienen por Dios las causas segundas para producir sus efectos.

<sup>2</sup> Tal fue *Diágoras* , autor de los Ateistas , y entre los falsos filósofos *Epicuro* y su escuela.

unos y favorecer á otros, si tiene voluntad para ser amigo ó enemigo, si tiene un poder al que parece que la misma Omnipotencia concede, llámenle el hado *Dios*, y destierren como indigno de serlo ese otro que antes suponian. Mas no hagamos á esta locura el honor de impugnarla.

31 Poniéndome, pues, de parte de esos fabulosos principios de lo que sucede en el mundo, insisto. Conde, en preguntaros: ¿quién me ha de hacer infeliz en este mundo, si yo de mi parte no presto el menor concurso para serlo? ¿Á quién me señalais por origen de mi desgracia? ¿á Dios, ó á sus criaturas?

32 Cual peregrino solitario, que llegando á la division de dos caminos se para, duda, discurre, y decide con mucho recelo, y con intento de volver atrás si llegase á conocer su yerro; así hizo el Conde, respondiendo tímido, que de solo Dios podía venir nuestra suerte, y que él con autoridad suprema hacia á unos felices, y á otros desgraciados.

33 ¡Dios hace desgraciados! responde Miseno con suma admiracion. No es esta, señor, la idea que tenía yo de un Ser de bondad infinita. Primero veréis que el Niester retroceda en medio de su furiosa carrera, que yo admita semejante absurdo. Decidme que el sol os oscurece, que el fuego os hiela, que la lluvia os seca, que os entristece la luz; mas fácilmente os concederé todas estas paradojas, que convenir en que sea Dios por sí solo la causa de ser yo infeliz. Discurramos, amigos, con sinceridad. ¿Por qué razon me privaria Dios de lo que yo con tanta ansia apetezco? ¿Acaso por solo tener en eso su gusto? ¡Ah! no finjais un Dios cruel, porque no hay quimera que mas repugne á la razon. ¿Sería, pues, eso por un simple interés, y porque dependia de mi desgracia, para ser en sí mas feliz y glorioso? ¡Ah! y qué pobre sería el Omnipotente, si necesitase de mi ténue felicidad para aumentar y completar la suya! ¿Qué indignos son tales pensamientos! ¿Creeis que yo he de ser el que haga feliz á un Dios, y que en vez de recibir de su mano mi felicidad, él la haya de recibir de la mía? Pues qué, ¿no es *Dios el manantial inagotable de todo bien*, de donde sale en continuos torrentes para repartirse y derramarse por todas las criaturas? ¡Oh! no hagais, hijos míos, tanta violencia á vuestro entendimiento, ni tan grande injuria á vuestra razon.

34 ¡Gran diferencia hay de los monarcas de la tierra al supremo Monarca del universo! Los hombres, cuando quieren sobresalir y levantarse sobre otros iguales suyos por naturaleza, es preciso que

los pongan debajo de los piés para que les sirvan de peana. Por ejemplo, *Saladino*, el gran sultan de Egipto<sup>1</sup>, que en nuestros dias tiene asombrado el mundo, como un segundo Alejandro; ¿os parece que haria tan grande figura, si no pusiese su alto y pesadísimo trono sobre las cabezas de los príncipes que gimen bajo su dominacion? Aquí bien se ve que la felicidad de unos depende de la desgracia de otros; pero Dios, infinito en grandeza, infinito en su propia y esencial felicidad, ¿cómo podrá tener precision de quitarme ni una gota de la felicidad por la cual estoy suspirando? Ni para añadirla al mar inmenso de los bienes que goza, ¿querrá privarme de ese pequeño bien que deseo, dejándome bañado en lágrimas, y alampándome de sed? Léjos vaya de mí, y muy léjos de cualquier entendimiento semejante absurdo.

35 Confuso estaba el Conde y arrepentido de haber dado semejante respuesta. Muy convencido estaba, pero la confusion le embargaba la lengua. Entre tanto seguia Miseno con igual ímpetu la corriente de su elocuencia, y la extendió mas, diciendo:

36 Ya que tocamos de punto, subamos á examinar el origen del hombre, para saber si Dios, por su gusto, nos puede privar de la felicidad, por la cual cada uno de por sí anda suspirando. ¿Á qué fin y por qué razon pensais vos que la bondad infinita de Dios se resolvió á criarnos? No es permitido á un mortal entrar con paso atrevido en los consejos de la Divinidad; pero es lícito observar por los efectos las causas: por ende, al modo de quien con la cabeza baja y humilde por el movimiento de la sombra extendida sobre la superficie de la tierra, investiga en el cielo los movimientos del sol, en quien no se atreve á fijar la vista; así harémos ahora nosotros con la Deidad.

37 El Ser supremo, infinitamente feliz en sí mismo, redundaba en gloria y suma felicidad: sus atributos pedian desahogo, y sus perfecciones ejercicio; y no queriendo contener en solo sí mismo (permitaseme esta impropia expresion en una materia que excede toda frase), no queriendo contener en solo sí mismo el lleno de tanta felicidad, determinó derramarla fuera de sí para hacer á otros felices. Á este fin le fue preciso criar de la nada los objetos de su bene-

<sup>1</sup> Este *Saladino*, de oficial de las tropas árabes, no contento de usurparle el reino de Egipto á su soberano *Neuredin*, quiso desposeer á su familia de los Estados que tenia en Siria, y al fin se hizo sultan de *Alepo*, de *Damasco*, y dueño de casi todo el Oriente. (¡Podrá darse codicia mayor!) (*El arte de verificar las datas*, fol. 403, yel *Ab. Nonote contra Voltaire*, cap. 8).



volencia, y fue uno de ellos el hombre; pero aunque criatura tan excelente era muy pequeño vaso para tanta abundancia, y muy vil objeto de la estimacion de un Dios. Parecia injurioso á la rectitud de su ánimo amar lo que no fuese amable, y ser pródigo de su estimacion con un objeto que no fuese digno de ella. ¿Qué hizo, pues? ¡Ved qué idea tan admirable! Al criar al hombre, le insculpió su imágen soberana, hizo que reverberasen en él los rayos de la Divinidad, y por este modo quedó el hombre digno del afecto de un Dios, sin embargo de ser prestada toda su belleza; además, quedó destinado para participar del torrente caudaloso de la felicidad suprema, la que desde luego empezó á derramarse sobre él con excesiva afluencia<sup>1</sup>. Mirad si es creible que este mismo Dios quiera hacer al hombre desgraciado por su propia mano, sin que el hombre concurra para serlo. Discurred, amigos, como quisiéreis, y creed ciertamente que cuando somos infelices, no es Dios la causa de nuestra infelicidad; y así buscadle otro origen.

38 No se atrevia el Conde á tomar otro camino, recelando caer en semejantes absurdos; mas la hermana<sup>2</sup> que se interesaba en la disputa, respondió por el Conde, que solo las criaturas eran la causa de nuestras desdichas. Quien tuviere sondeado, decia ella, el corazón del hombre, ha de conocer que en todo el mundo no hay fiera tan cruel con otra fiera como lo es un hombre con otro. No se vió jamás entre los tigres y osos lo que vemos cada dia entre los hombres. Si un dia nos conviniésemos todos en no perseguirnos mutuamente, la tierra se convertiria en cielo, y el mas inculto terreno seria un delicioso paraíso; pero id ahora á mudar el carácter de todo el mundo para conseguir semejante felicidad. De dia en dia se hace de peor condicion.

39 Bastará que yo me mude á mí mismo, responde prontamente Miseno: persiganme cuanto quisieren los mortales, que si yo no quiero, no puedo ser desgraciado. Esta gran carroza del universo no penséis, no, que se mueve sin gobierno, pues el Omnipotente tiene las riendas en la mano, y no hay fuerza que baste para torcerle el brazo. Tasquen enhorabuena los brutos el freno entre los dientes y cor-

<sup>1</sup> Dios nos crió para ser felices. Su Majestad es el manantial de nuestra felicidad, núm. 22 *antecedente*, 23 y 25. Ni el Criador ni la criatura nos pueden hacer desgraciados, si nosotros no contribuimos, núm. 23, 37 y 39. La fortuna es un capricho del vulgo. El mundo enemigo de nuestra alma, núm. 23 y 29. Luego nuestra felicidad verdadera no puede pender del mundo ni de la fortuna, sino de Dios y de la virtud; y así decir lo contrario será error conocido.

ran desbocados: no os asusteis, que quien todo lo gobierna haciendo del descuidado, los dejará correr, si, pero solamente en cuanto viere que le sirven en sus altos designios; pero en desviándose de ellos un punto, cualquier levísimo accidente basta para que todo rueda y se derrote en un instante. El Autor de todo, todo lo tiene en la mano, y nada le resiste. Desde su allísimo trono, apenas comienza á quererle insinuar, cuando ya todo está hecho. Cielos, tierra, mar, abismos, hombres y fieras, todo obedece: un instante le basta, y todo el mundo en peso se resuelve para obedecerle sin réplica. Esto supuesto, ved si podrá alguno privarme de mi felicidad sin orden suprema. Vos bien sabeis que si las criaturas me hiciesen por fuerza desgraciado, podria yo volver mis quejas contra Dios; porque si por acaso, no pudiendo desviarme, me atropellase una carroza, ninguno habia de disculpar al cochero. Así dejad gobernar al Omnipotente, y veréis que las criaturas mas adversas os conducirán, aun sin querer, á vuestra felicidad. Digo esto, porque cuantos pasos he dado desde el suceso que os referí, otras tantas confirmaciones he tenido de esta verdad.

40 No podeis extrañar, dice la Princesa, que nosotros sin esa experiencia y sin vuestra filosofia abrazásemos hasta aquí un error tan generalmente seguido; pero sosegad, que estamos ya bien convencidos. Contadnos, pues, vuestros sucesos, para que vuestra experiencia nos confirme en el modo de hallar la felicidad.

41 Quince dias pasé, continuó Miseno, viviendo solitario en los montes de Silesia, meditando, leyendo y reflexionando, y llegué hasta desconocer mi entendimiento. Creo que algun númen celestial me conducia como por la mano de verdad en verdad, de forma, que una série de máximas importantes, pasando sucesivamente por delante de mis ojos, dejaban á mi alma instruida é ilustrada, sin la menor fatiga ni trabajo. Con todo, yo debia ser enseñado por la experiencia, no me bastaba la especulacion ociosa, y por esta causa la Providencia me condujo por los trabajos que se me siguieron; y aun tal vez se me seguirán mas, si Dios quiere adelantarme en esta ciencia.

42 Descendí, pues, de los montes á poblado, y encontré un príncipe mas infeliz que yo (hablo en frase del vulgo); porque aunque tuvo menos trabajos, no sacó de ellos tanta utilidad. Este era Alejo el IV, Ángelo, hijo de Isaac Ángelo, emperador de Constantinopla; el cual venia atravesando la Silesia, cuando me encontró en una posada. Su vestido, tren y comitiva declaraban su persona, y mi traje encubria la mia. Con todo, conoció por el acento que yo era polaco;

y despues de algunos discursos, se resolvió á llamarme aparte para comunicarme sus intentos. En efecto, despues de recomendarme el mayor sigilo, me habló de esta manera:

43 No extrañeis, caballero, que un infeliz ande todos los caminos, llame á todas las puertas, y tiene todos los medios para escapar de los hados que le persiguen: á fuerza de diligencias puede ser que obligue á la fortuna inconstante á que al fin se pare y vuelva atrás su terrible rueda: rueda fatal, con que ha seis años que me oprime<sup>1</sup>. Puede ser que la Polonia sea el afortunado instrumento de mi felicidad, ya que en toda Alemania no encuentro proporcion ni socorro. Todos saben, y no podeis ignorarlo, que el infame Alejo Ducas, que hoy ocupa el trono de Constantinopla, quebrando los sagrados fueros de la sangre, de la justicia y del cetro, con horror de la naturaleza y escándalo del mundo, prendió á Isaac Ángelo, mi padre, prendió á su legitimo soberano y á su propio hermano: prendióle y le aprisionó en un calabozo (¡ah, cielos injustos, que no le castigásteis!); ya encarcelado le arrancó los ojos<sup>2</sup>. El tirano goza hoy en paz el fruto de su iniquidad, cuando el inocente no encuentra quien le proteja. Felipe de Suabia<sup>3</sup>, á quien mi padre dió en casamiento á Irene, su propia hija, bien desea vengar la injuria paterna; pero se halla embarazado con Oton, duque de Sajonia<sup>4</sup>, que le disputa el imperio de Alemania<sup>5</sup>; y bien sabeis que cuando se trata de ceñir en la propia cabeza una preciosa corona, ambas manos están ocupadas, y á ningun otro, aunque sea deudo, pueden socorrer. Tal vez la Polonia me podrá ayudar en este empeño.

44 Si así lo hiciese, os aseguro que esta nueva alianza le seria muy ventajosa para sujetar los húngaros y los búlgaros, que median entre nosotros; por ne dándonos recíprocamente la mano, ¿quién podrá perturbarle á Polonia sus dominios? No teniendo que temer por la parte del Mediodía, ni por la de Oriente, ¿quién podrá detener la rápida corriente de su guerrero esfuerzo contra la Prusia y contra

<sup>1</sup> Decía esto el año 1201.

<sup>2</sup> El año 1193.

<sup>3</sup> Este fue Felipe I, duque de Suabia, en Austria, hijo segundo de Federico, y hermano de Enrique VI, emperador de Alemania.

<sup>4</sup> Oton, duque de Sajonia, duque de Alemania, fue conde palatino, y cuñado de Ricardo, rey de Inglaterra.

<sup>5</sup> El S. P. Inocencio III dispuso que el Duque de Suabia permaneciese emperador de Alemania en el año 1197, y que Oton casase con su hija única, y fuera su sucesor del Imperio; lo fue el año 1208, que recibió la corona imperial en Roma de mano del santo Pontífice. (*Ab. Choyssi, Histor. gener. lib. 22*).

los moscovitas<sup>1</sup>? Al punto que supe que Miecslao III ocupaba el trono por cesion de la Reina regente, cobró mi ánimo grandes esperanzas, y estoy casi cierto que un político tan grande no perderá esta ocasion, la mas favorable para sus vastos Estados, porque si mi cuñado llega á empuñar el cetro, como lo espero, del Imperio<sup>2</sup>, ¿qué proteccion y qué seguridad no se deberá prometer la Polonia?

45 Esta sola accion podrá ser bastante para sepultar en un perpétuo olvido todas aquellas quejas antiguas, que desde el tiempo del emperador Conrado III, y su sucesor Federico I, llamado *Barbaroja*, tienen teñidas de sangre las fronteras que dividen estos Estados. En efecto, aun están en Alemania alterados los ánimos contra los hijos de Boleslao III, por haber despojado del trono á su primogénito Uladislao, á pesar de la proteccion que aquellos dos Emperadores le franqueaban. El desprecio que los polacos hicieron de las águilas del Imperio, cediéndole el cetro á Boleslao IV, contentándole con darle á Uladislao II y á sus hijos la Silesia en que estamos, no dejó de fomentar en los alemanes un odio oculto contra la Polonia. Esta passion cruel, una vez encendida entre naciones vecinas, cuando mucho, se cubre con las cenizas de la simulacion; pero apagarse del todo, rara ó ninguna vez se ve. Ahora, pues, esta expedicion que voy á proponerles parece adaptable, pues podrá ser la época de una perpétua union entre los dos Soberanos. Porque Felipe protesta que igualmente desea ver la corona de Constantinopla en la cabeza de su suegro Isaac Ángelo, hoy prisionero, como la de Alemania en la suya propia; y promete que mirará siempre á Polonia como á origen de su tranquilidad; pues es cierto que no puede gozar de ella viendo á su esposa amada bañada en continuas y amargas lágrimas, mirando á su padre emperador, y juntamente preso; y verme á mí, su hermano, príncipe heredero por naturaleza de aquellos Estados, errante, vagamundo y fugitivo. Decidme, caballero, ¿no os parece verosimil mi esperanza? Esto dijo Alejo, y con aire de confianza manifestaba estar seguro de conseguir lo que pretendia: tan frecuente es la ilusion de los deseos.

46 Oí con respeto y atencion todo el discurso de Alejo, y como me preguntaba mi parecer, hallé que debia desengañarle; y díjele

<sup>1</sup> Era grande la proporcion, porque confinando Polonia con Hungría, podia tener á raya á los húngaros: y el Emperador de Constantinopla á los búlgaros por confinar Bulgaria con Tracia, y tener en esta su residencia los Emperadores de Oriente.

<sup>2</sup> Se le cumplió la esperanza. Véase la nota 3 anterior.

que sus esperanzas, aunque bien fundadas en su idea, en la realidad se debian desvanecer; por cuanto el gobierno de Polonia volveria á las manos de la Reina, y que no era verosímil que estando el Estado en perpétuo susto de una guerra civil, á causa de los malcontentos, se implicase con otra guerra tan difícil y llena de peligros, como era derribar del trono á un emperador tirano. Añadí que la Polonia está siempre con las armas en la mano por causa de los prusianos y de los rusos sus vecinos, y que hácia la parte de los griegos, tan distantes como próximos al Asia<sup>1</sup>, ni podia dilatar sus conquistas, ni recibir de ellos socorro contra los pueblos del Norte. Á mas de que la justicia era la base de la paz y de la guerra, y no habia derecho que diese autoridad á los polacos para invadir á los griegos, de quienes ninguna injuria habian recibido. Mas que yo no era quien habia de decidir aquel negocio: que podia ir á Cracovia<sup>2</sup> á representar á la Reina su pretension, y que ella ó sus ministros le darian la respuesta que juzgasen conveniente.

47 Dejóse Alejo persuadir de mis razones; pero lo mismo fue perder las esperanzas, que casi perder el juicio. Todas las pasiones á un tiempo jugaban con su corazon, de manera que perdia el norte. El amor paterno, las lágrimas de la hermana, el deseo de la gloria, el clamor de la justicia, la venganza de la injuria, todo le impelia á desear el abatimiento del tirano; pero cuanto mas lo deseaba, tanto mas imposible le parecia. El juicio cansado se confundia, á la confusion se seguia la tristeza, á la tristeza la desesperacion, y á esta el furor. Medio loco se despedia de mí, y manifestaba en el apartamiento que este le era muy costoso. Yo viendo esto, quise seguirle para impedir los desórdenes de un ánimo que no era señor de sí, ni sabia sujetar las pasiones que le arrastraban; y como yo no tenia designio cierto, ambos en compañía atravesamos la Moravia. En este tiempo, siguiéndole la conversacion, le apunté diferentes medios de que podia valerse para salir bien de su justa empresa; y para ganarle el entendimiento, y disuadirle de algunos errores que le perdian, juzgué á propósito ganarle primero el corazon y la voluntad. Poco á poco me fué cobrando afecto, oia mis reflexiones con gusto, y me

<sup>1</sup> La Grecia, país de Europa, por donde menos dista de los polacos, que es por el mar Euzino ó Hellesponto, está de Cracovia, capital de Polonia, 190 leguas.

<sup>2</sup> Cracovia era entonces la capital y corte de Polonia, ciudad magnífica. Ascendió á mas de 50 millones de florines de Polonia el destrozo ocasionado en Cracovia con motivo del sitio de los rusos por los años de 1768.

proponia con tranquilidad todos los motivos de su pena; y como yo habia sido herido del propio mal, quise aplicarle el mismo bálsamo que á mí me habia curado. Fue empresa ardua; y la mayor dificultad estuvo en disuadirle de la falsa doctrina de Epicuro, y de otros filósofos antiguos, que ponian la felicidad de la vida en el deleite de los sentidos, y en la entera satisfaccion de las pasiones, aun las mas groseras<sup>1</sup>.

48 Bastante trabajo os costaria, le dice la Princesa, disuadirle de esa opinion. Yo le conocí en Constantinopla desde su primera edad; mi esposo fue su compañero en las diversiones de la puericia, y testigo de todas sus inclinaciones y sistemas. ¡Infeliz anuncio de que en un mismo dia habia de acompañarle en un fin igualmente desastrado! Todavía me acuerdo de una conversacion que tuvimos. Él probaba que los dioses de la gentilidad no hallaron otra bienaventuranza que la satisfaccion de las pasiones. La Mitología\* nos hace ver, decia, los amores de Júpiter y Alcmena, las pasiones desenfrenadas de Juno, Marte, Venus y Saturno. No conocemos otra diferencia entre los dioses y los hombres, sino que estos pueden dar menos cumplimiento que aquellos á sus deseos, y por eso gozan de menor felicidad. Ahora, si no hay otra bienaventuranza despues de la muerte, sino la satisfaccion de las pasiones, cuanto mas las pudiéremos satisfacer en esta vida, tanto mas nos acercaremos á aquel estado feliz. Esto le oí con bastante escándalo de la razon<sup>2</sup>; mas á un príncipe jóven, fogoso, y que habla en tono tan absoluto, ¿quién osa contradecirle? En esta edad son los príncipes apasionados, como una nube turbulenta, negra, espantosa y llena de fuego, que si otra la toca, aunque levemente, le dispara un rayo, y la claridad repentina de la llama en que arde, declara despues del estrago la causa de él. Vos, Conde, ¿qué decís á este sistema de Alejo?

49 El Conde, poco consiguiente, respondió así: Digo que la experiencia es buen testigo de la verdad, y que esa opinion, no obs-

<sup>1</sup> De todas las sectas filosóficas que pasaron de Atenas á Roma, la que mas prevaleció fue la de Epicuro, que hacia consistir la bienaventuranza del hombre en el placer de los sentidos. En todos sus autores príncipes como Virgilio, Horacio, Juvenal y otros, si se les rastrea algun vestigio de filosofia, es la de Epicuro.

<sup>2</sup> Júpiter, adúltero; Juno, incestuosa y vana; Marte, sanguinoso é impío; Venus, obscena y disoluta; Mercurio, ladron; y Saturno, tan feroz y voraz, que se comia sus hijos: todos eran falsos dioses de los paganos, cuya secta, abrigo de costumbres hediondas y corrompidas, la abomina la recta razon, como nefanda é infame.

lante ser escandalosa á la razon fria de una señora de buena educacion, no deja de ser seguida de la mayor parte de los caballeros jóvenes, á quienes aun no ha desengañado la filosofía; y si Alejo tuviese tantos soldados en su seguimiento, como sectarios de su sistema, le sobrarian fuerzas para derribar al tío del trono que indignamente ocupa.

50 Yo, dice Miseno, solo de un argumento me quiero valer para impugnarle. Vos veréis si es justo. Nosotros en cuanto al cuerpo somos semejantes á los brutos, somos como ellos en el uso de los sentidos y en la fuerza de las pasiones, que en ellos son bien patentes; y aun en esto nos exceden mucho, si bien lo reflexionamos. ¿Quién puede competir con los osos en la fuerza, con el leon en la bravura, con el lince en la vista, y en el olfato con cualquier perdiguero? El ruiseñor nos excede en la suavidad de la voz, los pajarillos en la belleza y natural aseo. ¿Qué dama tuvo jamás la elegancia de cuerpo y garbo que vemos en una paloma? ¿Quién igualó la bizarria de un pavo real, que con la hermosura de su penna desafia á un mismo tiempo á las flores mas bellas de los jardines, al color encantador del oro, y al azul admirable de los cielos? ¿Cuándo tendrán los hombres la astucia de una raposa, el brio de un caballo enjaezado, la gloria de un elefante, la cólera de un tigre, y la venganza de las onzas? Ahora bien, es cierto que el gusto y el deleite son á proporcion que la pasion es mas vehemente y vigorosa, y los sentidos mas delicados; por fuerza, pues, han de ser los brutos mas felices que nosotros, si es verdad que en el deleite de los sentidos y pasiones consiste la felicidad de la vida. ¿Será, pues, digno de un hombre, que hace capricho de serlo, le pregunté á Alejo, será digno de un príncipe aspirar con la mayor ansia á la felicidad que cualquier bruto posee? Enmudeció Alejo, y no halló modo de responderme. Ved, vos, Conde, ahora si ocurre alguna respuesta. Calló el Conde algun tiempo, como quien está pensativo, y este pasado, dijo:

51 La respuesta que os doy es, que ahora conozco la razon por que he sido despedazado toda mi vida de la cruel furia de la tristeza. Seguía la opinion comun, y buscaba la felicidad por el camino que mas me desviaba de ella. Mi alma, criada sin duda para mayor bienaventuranza, no se daba por contenta con la que solo es propia para contentar los brutos; y si entonces experimentaba los efectos de este error, ahora conozco la causa.

52 Yo no lo conocí, dice Miseno, sino despues que medité y reflexioné mucho, mucho. Yo me hacia este argumento: la felicidad

del hombre debe ser diferente de la de los irracionales, porque su naturaleza es muy desemejante: mas nosotros solo nos diferenciamos de ellos por el entendimiento y por la voluntad: luego solo en el buen uso de estas facultades espirituales podrá consistir nuestra felicidad; por cuanto *la felicidad de cualquier criatura únicamente consiste en que ella goce del fin para que fue hecha, y le goce del mejor modo que pudiere en su estado.* En esta inteligencia, cuando el alma llegue al centro para que fue criada, entonces el entendimiento quedará absorto con la vista clara de la verdad infinita, y por consiguiente en el mas claro conocimiento de la nada, que era todo lo que estimaba en el mundo, y de lo mucho que valia todo lo que en la vida temporal podia conducir á su estado feliz. Del mismo modo la voluntad (permitaseme decirlo así) quedará santamente embriagada en el abrazo eterno de la hermosura infinita, detestando por consiguiente, con un horror sin afliccion, todo lo que en la vida hubiese sido desórden, y cualquier vicio. Este ha de ser el complemento sumo del entendimiento y de la voluntad con que se ha de satisfacer toda el alma, porque para este fin fue criada. Entonces el entendimiento y la voluntad serán elevados por una *virtud divina*<sup>1</sup>, para poder llegarse de cerca á objetos tan altos, que son infinitamente superiores á la naturaleza.

53 Esto será entonces; pero ahora, mientras la vida mortal nos detiene acá en el mundo, toda nuestra posible felicidad consiste, segun los mismos principios, en que el entendimiento ilustrado por Dios le conozca del mejor modo que pueda, y que haga del Ser supremo y del mundo el debido concepto<sup>2</sup>. Tambien consiste en que ayudada nuestra voluntad de superior movimiento le ame, abrazando la virtud, detestando el vicio, reprimiendo las pasiones que nos apartan de nuestro último fin, y conformándose siempre en cuanto sea dable nuestro querer con el de Dios; pues para este fin nos dió el Señor el entendimiento propenso á la verdad, y la voluntad inclinada al bien y á la virtud. Supuestos estos principios tan sólidos:

54 Vosotros bien veis que aquí no hay ni puede haber depen-

<sup>1</sup> Esta virtud divina, respecto de la voluntad, es la *caridad*, respecto del entendimiento, el *lumbre de gloria* ó auxilio sobrenatural, que eleva al entendimiento sobre la esfera de su naturaleza, para ver clara é intuitivamente á Dios. Decir que el alma con solas sus luces naturales sin este auxilio sobrenatural, ó *lumbre de gloria*, puede ver á Dios, es error de los *Begardos* y *Beguiñas*, condenados en el concilio general *Vienense*, bajo *Clemente V*, año 1211.

<sup>2</sup> Este concepto no se puede formar con sola la razon natural, si no la ilustra la fe.

dencia de los hombres, ni de la que se llama fortuna; pues que solo consiste en el modo con que cada uno debe *discurrir* y debe *obrar*: y así, si yo *usare bien de mi entendimiento*, que Dios no deja de ilustrarme, él me pondrá en camino seguro de felicidad, haciendo el debido concepto de Dios y del mundo; y si *usare bien de mi voluntad*, amando con el auxilio de Dios la sólida virtud, ella me pondrá en la posesion de la bienaventuranza que puedo tener aquí, y en la firme esperanza de otra mayor, á que esta se encaminará.

55 Por tanto, creedme, hijos míos, que los que viven tristes, una de dos puertas abren á su desgracia y afliccion, pues ó yerran en la idea que tienen de Dios y de los bienes y males de la vida, ó yerran en el modo de servirse de sus pasiones. Aquí en suma teneis declarado en dos palabras todo el misterio de mi filosofía. Cuando me despedí de Alejo, le di por último este consejo resumido á un solo dístico para que no se le olvidase, y por la misma razon os lo repetiré á vosotros:

En juicio y voluntad muestre cordura,  
Quien quisiere lograr dicha logura.

56 Ved aquí descubierto el tesoro que buscáis: tesoro de alegría, á que nos conduce la filosofía verdadera: tesoro que yo ignoraba, siendo él el origen de innumerables bienes, y tesoro que lo es para cuantos le quisieren; ni yo lo escondo á ninguno, sino que lo comunico sin envidia, porque así lo encontré escrito<sup>1</sup>. Si no le veis brillar con la luz encantadora que esperábais, no os desconsoléis, porque aun está el oro lleno de tierra y los diamantes en bruto; pero luego que el discurso labre á estos, y acrisole á aquel, entonces veréis su verdadera preciosidad. Yo no os puedo comunicar en un instante todas las razones que me convencieron, porque las fui descubriendo poco á poco; y á proporcion que se variaban los acontecimientos, me venian las reflexiones. Mi alma se instruía en los trabajos, é instruyéndose se hacia fuerte para triunfar del todo. Al modo que un soldado bisoño, que padeciendo se ejercita, y el ejercicio es el que lo hace fuerte é insensible á la fatiga é incomodidades de la guerra; así ha sido la continuacion de mis trabajos, y la repeticion de lecciones que la verdadera filosofía me ha dado.

57 Á esto respondió la Princesa: No pretendemos ser instruidos

<sup>1</sup> *Laetatus sum in omnibus, quoniam antecedebat me... sapientia, et ignorabam quoniam horum omnium mater est; quam... sine invidia communico, et honestatem illius non abscondo, infinitus enim thesaurus est hominibus.* (Sap. VII, 12).

en esta filosofía en una sola palabra, porque las ciencias se aprenden poco á poco; y esta mas que todas juntas pide una larga série encadenada de máximas importantes. Nuestra alma para nutrirse y hacerse fuerte no ha de tomar de una vez toda la sustancia de las verdades; sino que conviene que despues que el entendimiento hubiere digerido bien una, y sacado de ella el jugo vigoroso que necesita, vaya inmediata y sucesivamente recibiendo las que se siguen. Continúad, pues, vuestra historia.

## LIBRO IV.

Va Miseno á Zara.—Se halla en una conversacion de los cruzados.—Disputa entre Neville y Grafton sobre la suprema Providencia.—Cuando Dios gobierna, hace lo mejor, núm. 11.—Desafío literario con Neville, á quien convence Grafton, núm. 12.—Diferencia de los que confían en la *Providencia* á los que la murmuran.—Á los primeros les sucede lo mejor.—Utilidad de la ceguera.—Doctrina de la *Providencia*.—Expedicion de la Cruzada para tomar á Constantinopla.—La aprueba Miseno.—La reprueba Grafton.—Confírmase la utilidad de los trabajos con el símil de una madre que hace sangrar á su hijo, y se apropia á la *Providencia*.—Huye Miseno de la corte y le roban.—Recógese á una cabaña de pastores, se admira de su hospitalidad, y se ofrece á ser hijo; *hijo* del pastor Polibio en el amor, y en el *servicio* criado y esclavo.

1 Partió el príncipe Alejo á Praga<sup>1</sup>, continuó Miseno, para comunicar con el *Duque de Suabia*<sup>2</sup> el consejo que yo le habia dado. Mas yo tomé el camino de *Zara*, capital de la Dalmacia veneciana<sup>3</sup>, que no está muy distante de *Trieste*, porque sabia que aun se mantenian allí los caballeros de la Cruzada, que acababan de conquistarla de la mano de los húngaros para entregarla á los venecianos<sup>4</sup>; pues esta habia sido una parte del precio estipulado por el

<sup>1</sup> *Praga*, capital y corte del reino de Bohemia, una de las grandes ciudades de Europa, y la mas populosa de Alemania sobre el rio *Mulda*, á 54 leguas de *Viena*, capital de Austria.

<sup>2</sup> *Felipe I* casado con *Irene*, hermana de Alejo, reinó en Alemania desde el año 1197 hasta 1208, lib. III, núm. 43.

<sup>3</sup> *Zara*. Esta ciudad era del antiguo patrimonio de la república, se habia rebelado y entregado á *Bela*, rey de Hungría.

<sup>4</sup> Fue la entrega el año 1200.

dencia de los hombres, ni de la que se llama fortuna; pues que solo consiste en el modo con que cada uno debe *discurrir* y debe *obrar*: y así, si yo *usare bien de mi entendimiento*, que Dios no deja de ilustrarme, él me pondrá en camino seguro de felicidad, haciendo el debido concepto de Dios y del mundo; y si *usare bien de mi voluntad*, amando con el auxilio de Dios la sólida virtud, ella me pondrá en la posesion de la bienaventuranza que puedo tener aquí, y en la firme esperanza de otra mayor, á que esta se encaminará.

55 Por tanto, creedme, hijos míos, que los que viven tristes, una de dos puertas abren á su desgracia y afliccion, pues ó yerran en la idea que tienen de Dios y de los bienes y males de la vida, ó yerran en el modo de servirse de sus pasiones. Aquí en suma teneis declarado en dos palabras todo el misterio de mi filosofía. Cuando me despedí de Alejo, le di por último este consejo resumido á un solo dístico para que no se le olvidase, y por la misma razon os lo repetiré á vosotros:

En juicio y voluntad mues- y cordura,  
Quien quisiere lograr dicha y fortuna.

56 Ved aquí descubierto el tesoro que buscáis: tesoro de alegría, á que nos conduce la filosofía verdadera: tesoro que yo ignoraba, siendo él el origen de innumerables bienes, y tesoro que lo es para cuantos le quisieren; ni yo lo escondo á ninguno, sino que lo comunico sin envidia, porque así lo encontré escrito <sup>1</sup>. Si no le veis brillar con la luz encantadora que esperábais, no os desconsoléis, porque aun está el oro lleno de tierra y los diamantes en bruto; pero luego que el discurso labre á estos, y acrisole á aquel, entonces veréis su verdadera preciosidad. Yo no os puedo comunicar en un instante todas las razones que me convencieron, porque las fui descubriendo poco á poco; y á proporcion que se variaban los acontecimientos, me venian las reflexiones. Mi alma se instruía en los trabajos, é instruyéndose se hacia fuerte para triunfar del todo. Al modo que un soldado bisoño, que padeciendo se ejercita, y el ejercicio es el que lo hace fuerte é insensible á la fatiga é incomodidades de la guerra; así ha sido la continuacion de mis trabajos, y la repeticion de lecciones que la verdadera filosofía me ha dado.

57 Á esto respondió la Princesa: No pretendemos ser instruidos

<sup>1</sup> *Laetatus sum in omnibus, quoniam antecedebat me... sapientia, et ignorabam quoniam horum omnium mater est; quam... sine invidia communico, et honestatem illius non abscondo, infinitus enim thesaurus est hominibus.* (Sap. VII, 12).

en esta filosofía en una sola palabra, porque las ciencias se aprenden poco á poco; y esta mas que todas juntas pide una larga série encadenada de máximas importantes. Nuestra alma para nutrirse y hacerse fuerte no ha de tomar de una vez toda la sustancia de las verdades; sino que conviene que despues que el entendimiento hubiere digerido bien una, y sacado de ella el jugo vigoroso que necesita, vaya inmediata y sucesivamente recibiendo las que se siguen. Continúad, pues, vuestra historia.

## LIBRO IV.

Va Miseno á Zara.—Se halla en una conversacion de los cruzados.—Disputa entre Neville y Grafton sobre la suprema Providencia.—Cuando Dios gobierna, hace lo mejor, núm. 11.—Desafío literario con Neville, á quien convence Grafton, núm. 12.—Diferencia de los que confían en la *Providencia* á los que la murmuran.—Á los primeros les sucede lo mejor.—Utilidad de la ceguera.—Doctrina de la *Providencia*.—Expedicion de la Cruzada para tomar á Constantinopla.—La aprueba Miseno.—La reprueba Grafton.—Confírmase la utilidad de los trabajos con el símil de una madre que hace sangrar á su hijo, y se apropia á la *Providencia*.—Huye Miseno de la corte y le roban.—Recógese á una cabaña de pastores, se admira de su hospitalidad, y se ofrece á ser hijo; *hijo* del pastor Polibio en el amor, y en el *servicio* criado y esclavo.

1 Partió el príncipe Alejo á Praga <sup>1</sup>, continuó Miseno, para comunicar con el *Duque de Suabia* <sup>2</sup> el consejo que yo le habia dado. Mas yo tomé el camino de *Zara*, capital de la Dalmacia veneciana <sup>3</sup>, que no está muy distante de *Trieste*, porque sabia que aun se mantenian allí los caballeros de la Cruzada, que acababan de conquistarla de la mano de los húngaros para entregarla á los venecianos <sup>4</sup>; pues esta habia sido una parte del precio estipulado por el

<sup>1</sup> *Praga*, capital y corte del reino de Bohemia, una de las grandes ciudades de Europa, y la mas populosa de Alemania sobre el rio *Mulda*, á 54 leguas de *Viena*, capital de Austria.

<sup>2</sup> *Felipe I* casado con *Irene*, hermana de Alejo, reinó en Alemania desde el año 1197 hasta 1208, lib. III, núm. 43.

<sup>3</sup> *Zara*. Esta ciudad era del antiguo patrimonio de la república, se habia rebelado y entregado á *Bela*, rey de Hungría.

<sup>4</sup> Fue la entrega el año 1200.

transporte de la armada hasta la Tierra Santa <sup>1</sup>. Yo que queria establecerme á mucha distancia de Polonia y del trono que tanto me habia inquietado, tenia el pensamiento de alistarme bajo las banderas de la Religion, ó para acabar mis días en aquella empresa, ó para vivir desconocido toda mi vida en regiones muy remotas. Mas una mano invisible conducia mis pasos á otros fines muy diversos.

2 Entré en la ciudad, declaré mi intento, y los caballeros cruzados viendo en mí apariencias de valor, me trataron con cariño y estimacion. Antes, pues, que tomase la cruz y me alistase, sucedió que una noche estando en plena asamblea, sobrevino una lluvia tan fuerte y continuada, que se prolongó la conversacion mucho mas allá de lo acostumbrado. Por casualidad se trataba de los desórdenes de la fortuna, materia vasta, en la que el que menos podia exponer muchos artículos de acusacion contra esa loca divinidad.

3 Rodaba la conversacion de una á otra parte. Todos contaban sus infelicidades y desgracias, como otras tantas injusticias de esa diosa falsa. Estaba allí un caballero francés, ingeniero aventajado, mozo de pocos años, de gran viveza, y mucha gracia en todo cuanto decia. Tenia un genio particular para morder y criticar; pero con tanto chiste, que se llevaba tras sí los aplausos de los concurrentes. Llamábase el caballero de *Neuville*. Este habia formado un laberinto compuesto totalmente de desórdenes y de desgracias, encadenadas en todas las calidades, estados y condiciones de los hombres, de modo, que en su opinion esta fábrica del mundo venia á ser una obra la mas enorme y monstruosa que podia imaginarse <sup>2</sup>. *Grafton*, caballero inglés, hombre maduro, y que en la toma de Zara habia perdido la vista, estaba á mi lado, y advertí que oia con suma atencion y silencio el discurso de *Neuville*; mas dejando escapar una sonrisa, mostró compasion y desprecio de quien así discurria. Esto picó notablemente al francés, que no estaba acostumbrado á semejantes elogios, y le pidió que se sirviese declarar delante de aquella asamblea el motivo de su risa; á lo que *Grafton* respondió muy político y sosegado, diciendo de este modo:

4 No extrañéis, amigos, que seamos tan diferentes en las ideas,

<sup>1</sup> Por este transporte ofrecieron los cruzados á los venecianos ochenta y cinco mil marcos de plata; y no pudiendo satisfacerles mas de cincuenta mil, en pago del resto pactaron con el dux *Dandolo* recuperarles á Zara en Dalmacia. Así se hizo, y cubrieron la deuda los cruzados. (*Ab. Choyssi*).

<sup>2</sup> Parece que se alude aquí al *Optimismo*, ó la *Cándida* de *Voltaire*, obra de suma impiedad.

como lo somos en el rostro. Nuestra alma moldeada en cierto modo por el cerebro de cada uno, sigue en sus pensamientos la misma diferencia de los moldes. Por lo que habeis discurrido no queda el Autor del universo con muchos créditos de que haya acertado en esta grande obra, en la que parecia haber empeñado su poder, sabiduría y riquezas; y ya veo que mucho mejor mundo podríamos tener, si quien hizo este hubiese tenido la advertencia de consultar con vos, antes de hacerlo, y de pedirós la planta. Á la verdad es lástima que no fuéseis vos de aquel tiempo para enseñarle á enmendar su obra, siguiendo vuestros dictámenes. Mucho teneis que agradecerle por haberos dado juicio claro para conocer tantos defectos, cuando guardó para sí la ignorancia que le hizo caer en ellos. Pero no obstante que vos de comun acuerdo quereis enviar á la escuela al Omnipotente; las altas ideas que yo tengo de sus acciones en el gobierno del mundo son sumamente diferentes, y me dirijo por una máxima totalmente opuesta á las vuestras, que es de cierto poeta que decia así:

En cualquier suceso, si es Dios el autor,  
Nadie desconfie, que hará lo mejor.

Alteróse la asamblea, y unos con mofas, otros con dicitios, y los mas enfadados oprimian á *Grafton*, de suerte que ni hablar podia. Hallábase allí el famoso dux de Venecia, *Enrique Dandolo*, que era el comandante de toda aquella escuadra <sup>1</sup>, hombre que pasaba de ochenta años, mas de juicio tan seguro, y de ánimo y valor tan firme, que juntaba con el ardor de la mocedad la madurez y experiencia de los años. Este, pues, no pudiendo sufrir la licenciosa libertad de *Neuville*, y de los otros caballeros mozos <sup>2</sup>, les dijo con autoridad: Señores míos, los hombres de buen juicio disputan con razones, las mujeres con palabras, y los rapaces con mofas. Oigamos las razones de este caballero, y despues diréis vosotros las vuestras; y quien las tuviere mas sólidas, quedará victorioso. Luego que dijo esto, al modo que en un naufragio despues de lamentos, alaridos y gritos confusos, en el instante que la nave se va á fondo, todo de repente ca-

<sup>1</sup> El abate *Vertot*, *Hist. de Malta*.

<sup>2</sup> *Juan Rousseau*, á quien los falsos filósofos no tendrán por sospechoso, dice: Es necesario, ó quedarse sobre una autoridad y regla viva que decida los dogmas, ó atenerse á la razon sola. En el primer caso están los católicos: en el segundo los deístas, epicurianos, socinianos, fatalistas, etc. Tales á estos se manifiestan en este pasaje *Neuville* y los caballeros mozos. (*Cart. I de la Montaña*, pág. 53, 54).

lla, así se vió en aquella asamblea, porque despues que habló el Dux, parecia que ninguno respiraba.

5. Entonces Grafton con aire muy sosegado se explicó así<sup>1</sup>: Antes que hable en la materia, y os estreche en el argumento, mientras vuestro espíritu alterado se tranquiliza y se dispone para entender verdades delicadas, quiero daros nuevas armas contra mí contándoos un caso funesto que me aconteció, y como todos sois caballeros de honor, os lo quiero consultar para saber si me faltaron á él.

6. No hace muchos dias que cierto personaje, que decia ser hombre de bien, se ofreció á guiarme en la oscura noche de mi ceguera: me manifestó muy gran afecto, y llegó á asegurarme que me podía fiar de él, como de mi propio padre. Díle la mano, y le seguí los pasos sin la menor resistencia. Era el dia claro, la calle real, el camino sabido; mas tuvo tal arte para conducirme, que sin saber cómo, caí en mil despeñaderos, y quedé tan magullado y herido que fue felicidad no quedar muerto. Pero mi conductor no tuvo la menor lesion, y se salvó muy bien. Ved aquí otro crimen mas contra el Autor del universo. Pero lo que ahora suplico es, que me digais sinceramente si debo tener por hombre de bien, y digno de nuestra estimacion, á quien así me trató.

7. Quien así obra, dijo el Dux inflamado en cólera, no sabe qué cosa es honor; tan léjos está de ser hombre de bien, que ni merece el nombre de hombre: si no es loco, yo le tengo por un mónstruo; y bajo de figura humana debe ser algun aborto informe de la naturaleza. Mas dejando este punto que no nos interesa, vamos á nuestra cuestion.

8. En ella estamos, dijo el ciego, y solo me falta saber de vosotros si el Gobernador de todo el universo será persona de bien, si obrará con honor, y si yo podré sin peligro entregarme á que conduzca mis pasos. Él ya sabe dónde quiero ir, él mismo me lo ha aconsejado: dice que es mi padre; no me engaña en eso, porque de él recibí el ser y la vida; mándame que de él me fie. Decid ahora si puedo hacerlo sin peligro<sup>2</sup>. Calló un poco el ciego esperando la respuesta; y como ninguno hablaba, tomó fuego, y prosiguió diciendo: Ó me habeis de decir que Dios no tiene honor, y que es un

<sup>1</sup> Desde aquí empezó Grafton á explicar como católico el dogma de la divina Providencia, el cual niega Newville como deista.

<sup>2</sup> Bien podeis arrojaros seguros en el seno de su infinita bondad (dice N. P. S. Pedro), porque es cargo de su Providencia cuidar siempre de vosotros... Y si sois constantes en el bien, ninguno os podrá dañar. (*Epist. I, III, V*).

mónstruo de crueldad, ó habeis de confesar que cuando nos dejamos conducir por su mano paternal, siempre nos ha de llevar al bien<sup>1</sup>.

9. Así como un céfiro blando que moviendo dulcemente los árboles de un frondoso bosque, causa sin algun estruendo un sordo susurro, lo mismo hizo en toda aquella asamblea el discurso de Grafton. Mas él no perdiendo tiempo fué tirando nuevas saetas á los contrarios que comenzaban á rendirse, y decia así: Gran diferencia hay entre la delicadeza del honor del Ser supremo, y la que tenemos los caballeros que hacemos timbre de él. Á nosotros los mortales unas veces la ignorancia, otras la flaqueza, y otras el propio interés, tal vez nos disculpan de no buscar lo mejor para aquellos que confian en nosotros: el deseo que cada cual tiene de su propia ganancia le ofusca la vista para no ver, ó le tuerce el corazon para no desear, ó le enmudece la lengua para no decir: habiendo de escoger lo mejor para álguien, de ordinario cada uno lo reserva para sí, y queda para los otros lo peor; porque tienen particular interés, y no puede quedarles á ellos el bien que dieran á los demás.

Esto acontece á los hombres; mas á Dios, ¿qué interés le puede cegar, si es infinito en su felicidad? ¿qué ignorancia se le estorbará? ¿No sabrá pesar todo lo de una parte y otra para escoger lo mejor? la flaqueza del brazo ¿le hará temblar la balanza? la confusion del juicio ¿le parará en los caminos? ¿querrá ir á lo mejor, y no atinará con los medios? ¿Qué disculpa, pues, tendrá el Ser supremo, si entregándome á él con toda confianza no me condujese al bien, á lo mejor, y á lo que mas me conviene? Estoy cierto que muchos de vosotros por vuestra generosidad y honor no me conduciréis á lo peor: ¿y quereis que Dios me conduzca? Vosotros tal vez sacrificariais vuestros propios intereses por mi sólido bien, tanto fio de vuestro corazon noble, ¿y quereis que yo finja un Dios menos noble, menos generoso y honrado? No por cierto, amigos míos: estoy bien seguro que ninguno de vosotros admitirá en su entendimiento absurdo tan desmedido. Ved aquí todo el fundamento de mi sistema, y creo tendré disculpa si yerro.

10. El Dux, viendo que Grafton callaba, pidió á Newville que

<sup>1</sup> Entrégate todo en cuanto puedas á Dios, y nada permitirá que te suceda sino lo que ha de ser para tu mayor bien, aunque no lo conozcas. (*S. Agust. en los Solil. c. 13*).

<sup>2</sup> No hay otro Dios sino el Ser supremo, que desde lo sumo del cielo á lo ínfimo de la tierra todo lo mueve, lo ordena y dirige fuerte, suave y útilmente. (*Sap. VIII et XXII; S. Bern. de Gratia, et lib. arb.*).



dijese su parecer sobre aquel punto, porque toda la asamblea estaba interesada en él. El caballero respondió con mil expresiones de política; mas cual astuta y maliciosa serpiente que se vuelve, dobla y revuelve, y tomando mil formas se mete debajo de los piés para morder con disimulo, así lo hacía él, afectando estar convencido. Sin embargo, poco á poco fué desenvolviendo su ironía, de suerte que no pudo ocultar el veneno. No se puede negar, decia, que es lo sumo de la perfeccion esta infinidad de miserias <sup>1</sup> en que nadamos en la vida. ¿Qué seria del mundo, si no hubiese tantos pobres, mancos y sordos? Ninguno niega que los innumerables enfermos y afligidos hacen el mas brillante adorno de esta grande obra de Dios, y que la propia miseria nos encanta, que las lágrimas ajenas nos consuelan, y que los repetidos y continuados gemidos hacen sonora armonía en el ánimo de un corazon bien formado. ¿Cuántas veces los horrores que á cada paso estamos viendo nos hacen correr toda la sangre por las venas, retirándose helada al abrigo del corazon oprimido? ¿Cuántas nos vemos obligados á suspirar por la muerte, y tal vez á procurarla con medios violentos, por sernos mas insufrible la vida? ¿Dirémos entonces que este es el primor de las obras del Omnipotente? Y vos, caballero, debeis rendir gracias á Dios por vuestra ceguera, mucho mas que por el resto de los beneficios que habeis recibido de su mano.

Así hablaba Neuville: y por este estilo fué encadenando tantos chistes, mofas y piques, ya declamando en tono de teatro, ya admirándose, ya quedándose suspenso, y ya volando con entusiasmo poético á pensamientos aéreos, y esto con tal velocidad y mudanza de tonos, que los oídos y el entendimiento tenian trabajo en seguirle. Su elocuencia en un violento remolino ya se levantaba á la mas extraña y quimérica metafísica, ya se arrastraba por tierra, tropezando en la mas grosera ignorancia. Los ojos, las manos, el cuerpo, todo hablaba, hacia mil preguntas, y no daba lugar á la respuesta. Llevado de un torrente que le arrebatava, quebraba á cada paso el hilo del discurso, traspasaba los diques de la política y cortesía, hasta que en una pequeña páusa que el ciego halló, les dijo á los mas vecinos con gracia: *Cuando pase la tormenta, continuaré la jornada.* Una risa general interrumpió á Neuville, que sin reparar en nada, proseguía con furia, hasta que informado de lo que pasaba, dió lugar á Grafton, quien con mucho sosiego le dijo así:

11 Amigo Neuville, como sois ingeniero tan insigne, no será

<sup>1</sup> Argumentos de Voltaire en su Optimismo.

para vos lenguaje extraño, si os propusiere una objecion en tono geométrico \* y un desafío de honor en todo rigor de verdad. Ya sabeis que la matemática es la pasión dominante de los ciegos, porque su imaginacion preservada del viento, que suele entrar por las ventanas de los ojos, conserva mucho mas fácilmente las líneas que traza el entendimiento, y ya que me daís en rostro con mi ceguera, lo tomaré por asunto del argumento presente. Llevemos, pues, este punto en método rigoroso, y estilo seco y sencillo. Manteneos fuerte, y negad todo cuanto pudiéreis; pero os requiero como á hombre de bien, que siempre que viéreis claramente la verdad delante de vuestros ojos, no hagais la desatencion de cerrarle la puerta. No perdamos palabras, que es tirar lanzas al viento, ni me aturdaís con admiraciones, espantos ni chistes, porque eso nada concluye. Solo os consiento por respuesta un *no* y un *sí* secos, y verémos lo que sale al fin del discurso. Mirad si admitis este duelo.

12 No puedo dejar de aceptarlo, dijo Neuville, siendo el mas honroso desafío que jamás tuve en mi vida. El Dux y toda la asamblea estaban alborozados, y yo mas que todos, deseando ver aquel combate. Hecho el ajuste de que todos fuimos testigos, dijo Grafton de esta manera:

13 Un espíritu inteligente y sábio ¿puede obrar sin tener algun fin, como hacen los tontos? *No*, responde el francés. Luego tuvo Dios algun fin cuando me privó de la vista, replicó el ciego, ¿y este fin, ó fue malo ó bueno? Si fue malo, hizo la bondad infinita una accion cruel é indigna. Hacer mal solo por hacer su gusto, es cosa vilísima; y si admitis este absurdo, confundis al Omnipotente y al Ser sumamente grande y perfecto con el hombre mas bajo de la plebe. Solo los rapaces traviesos hacen su diversion de verme topar con las paredes. ¿Hará Dios otro tanto? *No*, respondió Neuville; y replicó el ciego:

14 ¿Luego fue algun bien el fin que Dios tuvo cuando me en-  
vió la ceguera? (Concedióle esto el contrario). Y fue bien para mí, continuó el ciego, porque de otra manera, si este bien solo lo fuese para Dios, seria demasiado pobre el supremo Monarca, pues que para ser feliz en sí mismo tuvo necesidad de arrancarme los ojos; y si eso no le fue muy preciso, ¡cuán cruel ha sido, pues sin necesidad me ha hecho tanto mal! Habeis, pues, de concederme por fuerza, que cuando Dios me trató así, fue para *hacerme algun bien.* Vióse atacado Neuville, y no ocurriéndole solucion, respondió con mofa:

15 Así es; pero os salió muy caro ese *bien*, no le quisiera yo por el tanto. ¡No le quisiérais por el tanto! dijo Grafton muy admirado. ¿Luego sabéis cuál es ese bien que Dios me prepara? No por cierto, le responde; y el ciego le replica: ¡Qué nuevo y extraño modo de juzgar! Hablais de un bien, no sabéis qué bien sea, y hallais que es un bien muy caro. ¿No lo quereis por el precio? Nuevo modo de pensar. Si el bien que la suprema inteligencia me prepara por este medio tan trabajoso no vale el precio que por él me pide, inícuo será Dios é injusto, pues me vende un pequeño *bien* por un *mal* muy grande. Respondedme ahora: ¿Teneis por injusto al Ser que es el centro de todas las perfecciones posibles? *No*, respondió Neuville. Luego precisamente habeis de confesar que Dios por este *mal* intenta conseguir algun bien; que este *bien es para mí*, y que es un *bien mucho mayor que el mal* por cuyo medio lo he de conseguir. Decidme ahora si debo quejarme, y si puedo, sin que la razon clame, dudar que Dios en cuanto dispone por sí mismo, *lo hace todo por ser lo mejor*. He dicho, Neuville. Impugnadme ahora con las mismas armas, si podeis, que yo sufriré vuestros golpes, y no os admito otro combate.

16 Vió Neuville tan satisfecha la asamblea, y se halló tan imposibilitado para impugnar del mismo modo al inglés, que solo respondió que cada uno era señor de su entendimiento para abrazar ó reprobar el sistema presente; que él ni lo impugnaba, ni lo seguía. Grafton viendo á su contrario aturdido con el primer golpe, quiso repetir otros muchos para rendirle del todo.

17 No confundamos, decia él en tono ya mas moderado, no confundamos, amigos, á los que insultan la *Providencia*, con los que se rinden á ella. Si Fileno, por ejemplo, no cesa de criticar este gobierno del universo: si en todo lo que Dios ha hecho y ordenado halla defectos y yerros: si de todo murmura, y Dios para su castigo se acomoda á sus locas ideas; entonces él es, y no Dios, quien dispone y gobierna. Siendo esto así, si Fileno queda perdido, ¿de quién podrá quejarse?

18 Si Cleonte á fuerza de ruegos está siempre importunando al Gobernador supremo: si no obstante la resistencia que en Dios ex-

<sup>1</sup> El dogma de la *Providencia* es tan sagrado, tan necesario al bien del género humano, que ningun hombre de bien debe exponer á los lectores á dudar de esta verdad. Jamás miré yo este *dogma de la Providencia universal* como un sistema, sino como una cosa demostrada á todos los espiritus racionales. Esto dice Voltaire, aunque deísta. (Pref. del Dic. fl. p. 7).

perimenta, él insta, insiste, porfía, y casi obliga á Dios á condescender con su voluntad, y entonces Dios irritado lo despacha: si despues todo se pierde, ¿á quién echará la culpa?

19 Si cuando la mano divina va trazando en sus inescrutables consejos la planta de nuestra felicidad, nosotros imprudentes, en vez de dejarle la mano libre, le empujamos el brazo para que siga nuestro proyecto, ¿qué resulta se puede esperar? Si cuando Dios va conduciendo sobre las ruedas volubles de los tiempos el carro de nuestra fortuna futura, nosotros atrevidos echamos la mano para tomarle las riendas; irritado Dios las alarga, y todo va segun nuestro deseo: al principio todo es gusto, alborozo y regocijo; pero á lo mejor de la carrera nuestras pasiones toman fuego, se levantan nubes de polvo que todo lo ofuscan, no se ve el peligro ni el precipicio, el carro vuelca, los brutos se espantan, todo se trastorna: ayes, gritos y desgracias es lo que se oye: ¿de qué, pues, nos quejarémos?

20 Amigos míos, cuando viéremos que suceden desgracias, observemos quién fue el que gobernó y les dirigió los pasos. Si fue la criatura, si hubo empeño, temeridad ó diligencia demasiada, si los medios fueron inícuos; pero no fue la natural y suprema disposicion de la *Providencia* quien nos condujo á ellas: en este caso no le imputemos el mal, porque la *Providencia* no tuvo allí accion. Mas si á pesar de nuestros deseos, ruegos y diligencias, lo dispone Dios así: si le dejamos dirigir los sucesos segun su beneplácito, sin importunarle con súplicas, ni ofenderle con desconfianzas, ni murmurar contra sus ideas, podrémos estar seguros y bien seguros que aquello que dispone es para nuestro bien. Puede ser, caballeros, que este sistema no os agrade; dejadlo: que yo con él me acomodo, y consiento en que Dios me conduzca por el camino que quisiere, y sin réplica obedezco á los movimientos de su mano soberana; porque estoy cierto que yendo siempre con él, ó serémos ambos felices, ó él conmigo será desgraciado, lo que es imposible pensarse.

21 Á este tiempo ya la sorda aprobacion de toda la asamblea comenzaba á declararse, de manera que el Dux, por ser ya muy tarde, se levantó á abrazar al ciego, y todos los caballeros le siguieron, distinguiéndose por una política bien fria su contrario Neuville, el cual queria por este medio recoger las palabras que habia proferido imprudentemente, y no acertando con interpretacion verosímil, se deshacia en cumplimientos. El Dux entonces nos convidó, y particularmente á mí, para ir á comer á bordo el dia siguiente, diciendo que tenia que tratar conmigo un negocio importante. Dejé que to-

dos se fuesen, y quedé conversando con Grafton, á quien no podia explicarle bastantemente cuánto me habia agrado su discurso, y cuán útil esperaba yo que me fuese al principio de la ciega carrera que emprendia. Dijele en pocas palabras mi situacion, sin declararle mi nacimiento; y él entergado me prometió ayudar con todas las reflexiones que la ociosidad de los ojos le habian facilitado.

22 Como no puedo mirar á los otros, decia, me miro á mí mismo, y en el espejo de la reflexion me estoy siempre mirando y remirando para componer mi alma; y así conozco que cuando tenia yo mi vista, era mas ciego de lo que ahora soy. Entonces no tenia justa idea de la *Providencia*<sup>1</sup>, ni de los *bienes* y *males* de la vida: ideas de suma importancia, y de que depende esencialmente la felicidad del hombre: ideas que merecen toda la atencion de quien quiere ser feliz, y en las que debeis estudiar siempre, si es que lo deseais ser. Yo soy ahora como el buey descansado, que rumia á oscuras lo que pasó en el claro dia, donde veo que mi entendimiento hace mejor digestion, mas puro quilo, y sangre mas perfecta para nutrir mi alma. Pero hablaremos mas despacio, me dijo, que ya es muy de noche, y es forzoso separarnos. Hícelo en efecto, prometiendo buscarle el dia siguiente para irnos á bordo del comandante.

23 En esto la Princesa, no pudiendo reprimir mas tiempo el ímpetu de su admiracion, le dijo: Esa idea de la *Providencia* es la mas digna de Dios, y al mismo tiempo la mas propia para consolarnos en todos los trabajos de la vida. Todo lo que de esta materia habia oido, me parecen ahora palabras dichas al viento, que solo pueden dar un consuelo imaginario, cuando el discurso de Grafton es para mí un verdadero bálsamo, con el cual siento aliviadas las heridas de mi corazon, y espero que del todo me las cure. Á lo que Miseno respondió, que aun se confirmaria mas en ese pensamiento, si supiese todo lo que Grafton habia añadido el siguiente dia, mientras iban á buscar la nave del comandante.

24 Daba gusto, decia, verle disputar despues de la victoria. Pa-

<sup>1</sup> La mejor idea de la *Providencia* nos la propone el *Eclesiastés*, v y xii. No digais, dice, en secreto delante de vuestro Ángel no hay *Providencia*, no se enoje Dios sobre vuestras palabras, y disipe todos los trabajos de vuestras manos: donde se sueña mucho hay muchas vanidades... mas tú, hijo mio, teme á Dios, no te escandalices de ver calumnias contra los pobres, ni juicios violentos; ni porque en tu presencia se trastorne la justicia, no os sorprendais; porque esto arguye que sobre un excelso hay otro mas excelso, y sobre este otros mas excelentes, y sobre toda la tierra un Rey, á cuyo imperio sirven todas las cosas.

recíame estar viendo un leon valiente en medio del anfiteatro, que despues de destrozár todas las otras fieras que habian tenido el atrevimiento de resistirle, hallándose victorioso y con ambicion de nueva gloria, sin encontrar competidores, da bramidos, desafia los aires, sacude las doradas crines, y levantándose sobre los piés, juega con las crueles garras amenazando los vientos. Así me parecia el ciego. Creed, amigo, me decia apretándome fuertemente el brazo, creed que es locura grande querer cada uno dirigir el camino de su propia felicidad. Sabed que la region de lo futuro, á donde caminamos de noche y de dia, sin parar jamás en la carrera, es sumamente oscura, y no hay vista que la alcance. Por eso á cada paso tropezamos algunas veces de repente con lo que no esperábamos, y otras vamos á coger lo que imaginábamos junto á nosotros, y nos hallamos burlados. Ahora en esta oscurísima incertidumbre, por entre mil peligros que no veo, estoy cercado de una niebla espesa que aun me ofusca mas: ¿quién, sin nota de temerario, querrá conducir el carro en que va toda su felicidad? ¿No será mas acertado consentir que lo gobierne el que en la oscuridad de lo futuro sabe ver con tanta claridad, como en el pasado y presente? Amigo, tomad mi ejemplo, y dejaos dirigir enteramente de la suprema *Providencia*. Sea enhorabuena Grafton ciego, mas no sea temerario para perderse.

25 En esto llegamos á bordo, y nos vino á recibir el comandante con los principales capitanes de aquella escuadra. Siguióse un banquete espléndido, y despues de varias conversaciones, nos llamó el Dux á consejo para leernos una carta del príncipe Alejo, en la que solicitaba el auxilio y socorro de los caballeros de la Cruzada, á fin de arrojar del trono de Constantinopla á su tío Alejo, y restituir á su posesion á Isaac Ángelo, ofreciéndoles la recompensa que él, despues de dejar la corona segura en la cabeza de su padre, iria en persona con todo el poder de los griegos á ayudarlos en la conquista de la Tierra Santa<sup>1</sup>; y al fin añadía que podia conferir este negocio con un caballero polaco que se hallaba en Zara, el qual era intérprete fiel de su corazon, y que aceptaría todas las condiciones de esta empresa que él juzgase convenientes. Esto escribia el Príncipe porque yo le habia inspirado este pensamiento. Leida que fue la carta, me preguntó el Dux si yo estaba informado del negocio. Á lo que le respondí, exponiéndole las grandes conveniencias que po-

<sup>1</sup> No omitió las promesas que los griegos solian hacer siempre que necesitaban del socorro de los occidentales, que era de reunirse á la Iglesia romana. (Año 1202, *Ab. Choyssi*).

dian resultar á los caballeros si entrasen en aquella empresa, y las dije en esta sustancia :

26 Caballeros, nada puede estimular tanto el deseo de la gloria, como dar imperios y abatir tiranos, y para eso jamás hubo ocasion tan favorable como la presente. Cási sin desenvainar la espada podeis conseguir una y otra cosa, solo con presentaros delante de Constantinopla, llevando en vuestra compañía al príncipe Alejo. Vuestro nombre ha llenado de miedo y de espanto á todo el Oriente : de estimacion y respeto á la *Grecia*<sup>1</sup> y al *Ponto*<sup>2</sup>. De los altos torreones de Constantinopla aun se ven humear los pasados estragos de la *Siria*<sup>3</sup>, y desde *Antioquia*<sup>4</sup> hasta el *Egipto*<sup>5</sup>, vos sabeis que no hay quien no tiemble solo con oír el nombre Cruzada : ¿ cómo, pues, no temblará el tirano, viendo que todo vuestro poder va á caer como un rayo sobre su cabeza? Creed que no se atreverá á esperar el golpe sobre ella, y que su fuga (único asilo de los flacos) os dará una importante victoria sin el menor combate. Y aun sin veros, su mismo delito basta para inquietarle. El dios que conoce en los vasallos le intimida, y la toma de Zara le tiene asustado. Tiembla solo en pensar que la Alemania puede dar socorro al sobrino. Ved qué hará cuando viere que la flor de toda la Europa se junta para ayudarle. Sin duda que aturdido no atinará á hacer la mas pequeña resistencia, y sin la menor contradiccion os cederá la victoria.

27 Mas cuando quiera resistir, ¿ qué fuerzas tiene un tirano aborrecido de los suyos y perseguido de los extraños? Cuantos soldados

<sup>1</sup> La *Grecia*, parte de la Turquía meridional, celebrada por lo mucho que florecian en ella las ciencias y las artes, hoy está cuási inculta; comprende seis provincias rodeadas de varios mares, menos por el Norte, que confina con la *Servia* y *Bulgaria*.

<sup>2</sup> El *Ponto* de Galacia, el de *Tolemaida* y el de *Capadocia*, en los que predicó N. P. S. Pedro, son partes de la *Amasia*, provincias del Asia Menor, llamada hoy *Natolia*, á la costa meridional del *Ponto Euxino*, con *Bitinia* al Ocaso, y *Paslagonia* al Oriente.

<sup>3</sup> La *Siria* ó *Suristan*, provincia del Asia, se divide en tres gobiernos: 1.º el de *Alepo*; 2.º el de *Tripoli*; 3.º el de *Damasco*. La poseyeron los persas, despues los griegos, luego los romanos, en tiempo de *Miseno* el Sultan de Egipto, y en el día los turcos.

<sup>4</sup> *Antioquia*, ciudad de Asia donde tuvo su primera silla san Pedro, fue corte y capital de *Siria*, patria de san Juan Crisóstomo, donde se celebraron muchos santos concilios. La conquistaron á los árabes los cruzados en 1097: hoy es de los turcos, á seis leguas del Mediterráneo.

<sup>5</sup> El *Egipto*, país considerable del África, su capital el *Cairo*, contiene la antigua *Tebaida*, soledad poblada de Santos; desde el año 1317 que la conquistó *Selim I*, obedece á la Puerta Otomana.

tiene, tantos enemigos debe contar; porque los griegos nada desean con mayor ansia que colocar en el trono á su legítimo Soberano, y arrastrar, si pudiesen, á un mónstruo de crueldad que así los tiene tiranizados. Quien á su propio hermano llegó á arrancarle los ojos, ved lo que habrá hecho en la fuerza de su furor con los pobres vasallos, á quien mira como si fuesen brutos.

28 Pero cuando vosotros, caballeros míos, no seais sensibles á la gloria que se os prepara en esta empresa, cuando no os hubiéseis consagrado unánimemente á los intereses de la Religion; sabed que no podeis dirigir vuestros pasos con mas segura prudencia al fin destinado por otro medio mejor que por el que este Príncipe os ofrece. ¿ Quién ignora que la falsa politica de los Emperadores de Constantinopla desde *Manuel Commeno*<sup>1</sup> hasta ahora ha sido el mas terrible escollo en que han tropezado y se han perdido las fuerzas de la cristiandad, reunidas en repetidas cruzadas? Toda la Asia estaria conquistada si estos Emperadores hubieran facilitado el paso á las tropas de Europa que allí llegaban para pasar el estrecho<sup>2</sup>. Pero ahora este nuevo Emperador, tomando la cruz con toda la flor de su imperio, puede acometer á Egipto para divertir al terrible Saladino, mientras vosotros, con todos los príncipes latinos que están esparcidos por la Siria, reduceis toda esa region al imperio de la cruz. Las tropas de *Alemania*, de *Suecia*<sup>3</sup>, de *Hungria*<sup>4</sup> y de *Polonia*, que sucesivamente vienen bajando para socorrer á los caballeros que militan en la *Palestina*, tendrán desde ahora el paso franco, y sin perder tiempo en las vueltas que son indispensables para buscar puerto de mar oportuno, sin verse expuestas al capricho de los mares, ni á la inconstancia de los vientos, os podrán dar socorro en el momento preciso que lo necesiteis. ¿ Qué tiempo no se pierde, qué dispendios no se hacen, qué estorbos no se encuentran en los transportes ma-

<sup>1</sup> Reinó desde 1143 hasta 1180.

<sup>2</sup> Dos son los estrechos por donde tiene comunicacion Europa con Asia: el de *Constantinopla*, sobre el que está situada la ciudad del mismo nombre, el cual se llamó antiguamente *Bósforo de Tracia*, y el de *Galipoli*, distante del primero algunas millas, llamado *Helesponto*, que une y comunica el Archipiélago con el mar de *Mármora*.

<sup>3</sup> *Suecia*, uno de los reinos mas septentrionales de Europa, su capital *Stokholmo*, confina con el Océano, el mar Báltico, la Rusia y la Noruega.

<sup>4</sup> *Hungria*, reino de Europa sobre el *Danubio*, de 140 leguas de largo y 100 de ancho, confina con Polonia, Alemania y la Turquía europea. Llámense *húsares* sus soldados de á caballo. *Heydugues* los de infantería. *Presburgo* es la capital de la Alta Hungría, y *Buda* de la Baja.

ritimos? Ahora, una alianza perpétua os abre para siempre la puerta y os asegura el paso.

29 Ni os parezca que esta empresa os retardará el glorioso fin de vuestro destino, porque mas vencen las fuerzas reunidas en un dia, que dispersas en un años. ¿Y cuándo las tuvo Saladino para resistir á toda la Europa junta? Á mas de que estoy persuadido que el mismo Sultan de Egipto temerá el castigo de su usurpacion tiránica, viendo tan severamente castigado á su vecino por semejante delito; porque, en fin, las armas acostumbradas á expeler los tiranos, son muy formidables á quien injustamente ocupa el trono.

30 Fuera de que, si contra el Sultan de Egipto y Palestina tenéis las esperanzas en el cielo, bien podeis esperar tambien su socorro contra el tirano de Constantinopla, porque si el celo de la propagacion de la fe es agradable á Dios, no lo será menos la proteccion de la inocencia. Castigar la injusticia, es hacer en la tierra las veces del Ser supremo. Ninguna victoria será mas acepta al Dios de los ejércitos, que la de derribar la caben de un impío que se atrevió á levantar la mano contra su legitimo soberano, precipitándole del trono, encerrándole en una mazmorra, y (lo que no se puede decir sin horror) arrancándole los ojos, siendo propio hermano suyo. Yo creo que este monstruo es mas abominable en el tribunal supremo, que los impíos que en la Tierra Santa oprimen á los Cristianos, porque ellos ignoran á Cristo. La misma ley celestial que ordena el culto de Dios en la cruz, manda la obediencia á los Príncipes en su solio, y ultraja demasiado á nuestra Religion quien ofende las leyes de la justicia, y llega á quebrantar los fueros de la humanidad. Luego es justo que con un mismo celo os inflame para la defensa de las leyes del cielo, y sea con el mismo furor sagrado abatais á ambos tiranos, el de Jerusalem y el de Constantinopla, porque igualmente han ultrajado á Dios y escandalizado al mundo. Esto les dije, y haciendo un cumplimiento político, los dejé á que resolvieran lo que les pareciese mas acertado.

31 El Dux me oyó atentamente, y los caballeros que le asistian estaban suspensos, esperando su respuesta como de oráculo, y queriendo penetrar por el semblante los pensamientos de su alma. Mas el negocio no era tan leve que pudiese resolverse en un momento. El comandante respondió que me daria parte de la resolucion que el consejo de guerra juzgase mas á propósito: á lo que yo añadí, que la respuesta se debia enviar al príncipe Alejo; porque no teniendo yo la honra de ser su embajador, solo tenia la de interesarme en el

cumplimiento de sus deseos. Y de este modo me despedí con mi ciego, de quien fui compañero inseparable todo el tiempo que allí estuve. Pero os quedaréis admirados de cómo este me trató el dia siguiente. Os confesó que de él aprendí mucho, y que las luces de su entendimiento eran muy superiores á las mías.

32 Caballero, quienquiera que seáis, me dijo, permitidme que os hable como amigo, y que sin falsa política os declare mi pensamiento, aunque sea contrario al vuestro. Ambos deseamos el bien, y ambos amamos la verdad pura, y de esto no podemos dar mejor prueba que avisarnos mutuamente cuando nos desviáremos de nuestro fin. Esta expedicion á Constantinopla, que por una parte vos creéis ser conducente á la Religion, al honor y á los intereses de la Cruzada, y por otra al bien del príncipe Alejo y de su infeliz padre, podrá no ser conveniente, si lo reflexionamos bien. No todo lo que nos parece mejor, lo es en realidad. Para una vez que acertemos en nuestros juicios, errarémos muchas mas. Dadme atencion.

33 Las armas de la Cruzada, amigo mio, no deben emplearse contra los que adoran la cruz. Los griegos no son enemigos de los latinos, sino sus hermanos<sup>1</sup>, ¿y cómo será laudable volver contra nuestros propios hermanos y hermanas inocentes las mismas espadas desenvainadas contra los enemigos comunes? Si los griegos impidiesen esta Cruzada, como lo han hecho en otros tiempos, tendrian disculpa nuestras armas en acometerlos. Mas ¿qué impedimento nos ponen esos pueblos ahora, cuando navegamos los mares que nos facilitan el camino? Confieso que la tiranía del Emperador intruso merece castigo; pero ¿quién nos dió á nosotros autoridad para castigar á quien no es nuestro súbdito, ni nuestro enemigo? Solo al cielo está reservado tomar venganza de los Soberanos, cuando ellos llegan á ofenderle.

34 Además que, si el celo y amor á la justicia os inflama, dejad que el cielo irritado contra Isaac Ángelo le haga conocer en la prision sus delitos. Vos tal vez ignoraréis la inaudita crueldad de ese Monarca preso. ¿No sabeis que para subir al trono, que no era suyo, hizo escala de la injusticia, de la violencia, de la mala fe y de la inhumanidad, arrojando á Andrónico, que reinaba legítimamente? Yo no disculpo á Andrónico, sé que él hizo perecer en secreto á su sobrino y pupilo, hijo del difunto emperador Manuel Commeno, de quien era el trono. Que fue homicida de la madre y tirano del imperio. Confieso que él fue el primero que manchó con sangre este in-

<sup>1</sup> Griegos y latinos todos eran entonces cristianos.

felicísimo cetro de Constantinopla; pero ya muerto el hijo único del emperador Commeno, Andrónico quedó heredero legítimo de su corona imperial; su sangre le daba el cetro, aunque manchado con la de su sobrino; y aunque manos injustas pusieron en su cabeza la corona, despues de sus crímenes la *justicia* se la aseguró firmemente en ella. El mismo Isaac Ángelo le juró vasallaje; y poniendo la mano sobre los Libros santos, protestó doblar siempre la rodilla delante de aquel á quien despues vió arrastrar por las calles con la mayor crueldad <sup>1</sup>.

35 De todos los mónstruos que hasta entonces habian salido del infierno al mundo, ninguno igualó á Isaac Ángelo en la crueldad con que hizo perecer á Andrónico en los mas inauditos tormentos. El cielo lo vió, y fue testigo, y él mismo es ahora su juez. Ved aquí el derecho que tuvo Isaac Ángelo al trono de Constantinopla, y las virtudes por donde lo mereció: ¿y quereis impedir que el cielo le castigue? Dios sabe servirse de un malvado para castigo de otro. Andrónico quitó la vida á su sobrino, hijo de Manuel Commeno, en castigo del delito de su padre en hacer morir las tropas de la Cruzada con agua envenenada <sup>2</sup> y pan amasado con yeso y cal <sup>3</sup>. Isaac Ángelo castigó á Andrónico: Alejo á Isaac Ángelo; y si el Príncipe desterrado llega á destronar al tío, tal vez con el tiempo no fallará quien haga otro tanto con él.

36 Buen profeta fue el ciego, interrumpió aquí la Princesa, porque no fue Nicolao Canabo, mi esposo, el autor de su desgracia; los delitos de ese Príncipe, y la tiranía que usó despues que los caballeros de la Cruzada le restituyeron al trono, fueron los que irritaron al cielo y á la tierra. Nicolao Canabo no subió al trono sino por sus méritos y las aclamaciones del pueblo. ¡Ah! y si no fuese por el infame Murtzulfo, ¿quién no envidiaría ahora la felicidad de Constantinopla, teniendo por emperador un príncipe virtuoso, lleno de clemencia, y amante de la paz? Mas disculpadme el interrumpiros, Miseno, porque cuando el corazón está herido, no puede dejar de sentirse si le tocan. Continúad, pues, y decid lo que os pasó con el ciego.

<sup>1</sup> Armado el pueblo de furor, echándose sobre él, le sacaron un ojo, y montándole al revés en un jumento para que hiciese cetro de su cola, con una ristra de ajos por corona le pasearon ignominiosamente por las calles, y colgándole de un lazo murió á manos de mujeres que lo despedazaron.

<sup>2</sup> El Abate Vertot, *Hist. de Malta*.

<sup>3</sup> P. Florez, *Clave hist.*

37 Todo cuanto él me dijo advertí, señora, que era fruto de su reflexion madura y de su gran prudencia. Confieso, decia el ciego, que el amor paterno obliga al príncipe Alejo á buscar todos los medios para restituir al trono á su padre. Hace bien, porque es hijo ofendido; mas nosotros no lo somos. Convengo con vos en que á los caballeros les será muy fácil salir triunfantes de esta empresa, porque el crimen del tirano intruso clama al cielo por castigo: mas ¿quién nos confirió autoridad para dárselo? Si á todos fuera permitido salir por el mundo á castigar maldades y tiranías, ¿qué confusión, qué anarquía, qué horrores no se vieran á cada paso, haciéndose cada uno por su propia autoridad juez de todos los otros? Amigo, dejad este empeño á la direccion de la Providencia, que obra siempre con acierto, con justicia y con seguridad. No confundais trabajos con infelicidades, y sabed que si somos muchas veces felices, es porque padecemos trabajos. Tal vez Isaac Ángelo será menos infeliz en la cárcel que sobre el trono, y el príncipe Alejo, desterrado será mas dichoso que en suando el cetro, por cuanto *los trabajos son casi la única medicina que, ó nos cura, ó nos preserva del crimen*. Ahora creeréis que *solo el crimen es el que nos puede hacer infelices*. Enmendemos los nuestros, no nos mezclemos con los ajenos, y seremos verdaderamente dichosos. Así remató Grafton su reprehension, despues de la cual hablamos de otras materias diferentes, y se retiró dejándome muy confuso de lo que habia hecho, sin poder apartar de la memoria aquellas palabras: *Los trabajos son la medicina que, ó nos cura, ó nos preserva del delito, y solo este es el que nos puede hacer infelices*. Esta máxima, que yo repasaba mil veces en mi entendimiento, me sirvió de mucho en el camino por donde hallé mi felicidad.

38 El Conde, que hasta entonces habia escuchado á Miseno con suma atencion, oyendo ahora una máxima tan contraria á las que hasta entonces seguia, se vió obligado á exponer su gran dificultad.

39 No se puede negar, decia, que la doctrina de Grafton parece buena; mas la naturaleza tiene horror á todo lo que es afliccion y molestia; y no entiendo cómo nos podrá consolar en un mal presente la esperanza incierta de un bien futuro. Buscar la felicidad de la vida, y comenzar por los trabajos y disgustos, es lo mismo que descender á los abismos, queriendo subir al Olimpo. Esto dijo el Conde; y levantándose con un aire impaciente, algun tanto mezclado de desprecio, queria cortar la conversacion; mas la hermana, que para entrambos la juzgaba muy importante, lo serenó con gracia, diciéndole con modo cariñoso y eficaz:

40 No es tan nueva, querido hermano, esta filosofía como tal vez os parece, y pues á cada paso la vemos practicada, decidme: ¿cuándo se consiguió un gran bien sin mucho trabajo y fatiga? Esto en realidad es un mal, pero este pequeño mal sirve para impedir otro mayor, y así viene á ser un gran bien. ¿Cuándo se curó una enfermedad sin remedios desagradables y costosos? Estos son un mal: mas librándonos de otro mayor, el mal viene á ser un bien. Ahora dejadme valer de un argumento propio de mi sexo, de lo que vos fuisteis testigo hace tres días.

41 Cuando yo tenía á mi hijo y vuestro ahijado recostado al pecho, apenas por el calor que sentía en el seno, conocí la fiebre ardiente del niño, ¿qué es lo que hice? Me levanté pronta, viva, diligente, acudí resuelta á la sangría, porque la fiebre de mi amor no me consentía tardanza. Yo misma aseguré el cuello á mi rico hijo, hijo amoroso y querido, y manifestando el semblante sereno y el corazón esforzado, le ofrecí al hierro. El pequeño apenas vió que el tético y severo cirujano sacaba la lanceta para herirle, ¿qué es lo que no hizo para evitar el tormento? Clama, llora, grita, vuélvese hácia mí de mil maneras deshecho en amargo llanto, y yo insensible. El inocente no sabía qué hacerse. El nombre de madre era su mayor defensa y en mí esperaba encontrar su asilo; mas por el contrario, veía que lágrimas, lloros y cariños, todo era perdido. Jamás había hallado en mí rigor semejante. Entre tanto, haciéndome violencia, afectaba un corazón de hierro, y ahogaba los sollozos en el pecho. Yo con mi misma mano extendía su propio bracito para verlo traspasar con el acero; y solo cuando ví derramar la sangre de mi caro hijo, fue cuando respiré. Solo entonces tuvo sosiego mi corazón que estaba bien despedazado por haber luchado con razón. Decid ahora: ¿no fue esto amor? Pues así hace Dios con sus hijos cuando ve que sus vicios necesitan remedio<sup>1</sup>.

42 ¡Ah, qué bien decís, señora! acudí Miseno. Nuestra naturaleza está muy enferma, y necesita de hierro y de sangría. Además de eso, somos niños, y no sabemos mas que una criatura lo que nos hace bien ó nos es nocivo. Conviene absolutamente que la suprema Providencia, como madre universal, nos dé la fuerza ó remedio, obligándonos con copiosa crueldad á derramar lágrimas y llorar sangre.

<sup>1</sup> Los castigos de Dios, con los que somos corregidos como siervos, debemos creer que nos acontecen para nuestro remedio, no para nuestra perdición. Así la famosa Judith, VIII, 26 y 27.

43 Creed, hijos míos, que cuida mucho mas de nosotros la Providencia, que la madre mas amorosa de su tierno hijo; porque nosotros mas somos hijos de Dios, autor de nuestro ser, que de nuestros padres, que solamente fueron los instrumentos. La mano todopoderosa fue la que sacó del insondable abismo de la nada este espíritu que nos anima, y la que por una serie de maravillas enlazadas, y hasta ahora incomprendibles á los mayores sábios del mundo, coordinó los órganos de nuestro cuerpo, y formó estos miembros de que gozamos. Su poder nos protege, su fuerza nos sustenta, su ley nos guía, su beneficencia nos favorece, su liberalidad nos regala. ¿Y creeréis que si nos entregamos á su paternal cuidado se descuidará su Providencia?

44 Por lo menos yo desde aquel día, persuadido por el ciego, me dejé gobernar de la Providencia con grande confianza; y bien arrepentido del consejo que habia dado, escribí al príncipe Alejo y al Dux, que por motivos particulares no me alistaba en la Cruzada; y despidiéndome de Craffton, me embosqué por lo interior de aquellos Estados, huyendo del tumulto de las armas y de las cortes. Desde Zara atravesé toda la Dalmacia\*; entré por Bosnia en la Servia, en Misia, pasé á Tracia ó Romania, y aquí escondido por la parte del Sur con los montes de Filipópolis, y por la del Norte y Oriente con las montañas que llaman Costeñas, vivía muy sosegado y contento. Aun cuando paseaba, solía meditar y reflexionar mucho, siendo mi paseo acostumbrado por las riberas del Mariza, que allí no es muy caudaloso; pero sabe compensar con lo divertido y agradable de su corriente lo que le falta de magnificencia ruidosa.

Paseando, pues, un día por sus márgenes, sucedió por mi desgracia, que por entre el traje de cazador que llevaba, se llegó á traslucir algun indicio ó señal de mi nacimiento; y hé aquí que de repente me cerca una tropa de salteadores. ¿Habeis visto una caterva de perros cuando encuentran en el monte presa gustosa? Uno la ase de un lado, otro la muerde por otro, cual se le tira á la cabeza, cual á la espalda: aun es pequeña su piel para tantas bocas como pretenden despedazarla: de forma que mutuamente se impiden y estorban: los ladrillos bastan para aturdirlos, los encuentros los derriban, los dientes los arrastran, sin que la pobre presa pueda respirar; pues así me ví en medio de los bandidos, no siendo presa insípida para dientes tan hambrientos. Despojaronme del todo, y solo me dieron un trapo viejo con que evitar la indecencia. Bien precisa me fue en este lance toda la doctrina de la filosofía; pues la sangre me hervía,

la novedad y extrañeza del suceso me consternaba; y comprimiendo con ambas manos mi corazón alterado, le reduje poco á poco á estado de escuchar las voces del entendimiento, que le repetía la doctrina del ciego. Con ella fué mi alma entrando en un descanso dulce, cesó mi alteracion, y me hallé en sosiego. Esto es para mi bien, me decía yo. Gobiérne quien sabe gobernar, quien puede, y quien desea conducirme á mi felicidad. Esto mismo estuve repitiendo sin cesar toda aquella tarde: y experimenté una nueva alegría, un descanso jamás conocido en tan inopinado suceso, de suerte, que me admiraba de mí, y sin saber dónde iba, caminaba por donde los pasos inciertos me llevaban.

45 En esto veo un casal á lo léjos, y un viejo venerable sentado afuera de la puerta, esperando que al caer el sol entrasen sus ovejas. Antes que yo le hablase, habló por mí mi figura, y fue tal la impresion que hizo en el buen viejo, que forcejeando dos veces sobre su corvo cayado, y las dos veces siendo inútiles sus esfuerzos, pudo al fin levantarse la tercera vez, y trepando en sus años, con las manos trémulas y los brazos abiertos vino á abrazarme al camino. No pudo parar las lágrimas viéndome en aquel estado, ni yo de ternura pude contener las mías. Sin decir palabra nos abrazamos, que no era preciso que tuviese uso la lengua, cuando los ojos hablaban. Salió despues la mujer y dos hijas á rodearme enternecidas, y en un momento me ví cubierto y vestido como pastor, consolado por el fuego, y regalado con los manjares que ofrecía el campo. Cual me pregunta quién soy: cual á dónde dirigia mis pasos; y cual con indignacion quiere saber en qué parte me asaltaron los ladrones. Mas *Polibio* (este era el nombre del anciano) con pocas palabras les satisfizo, diciendo: No depende, hijos míos, de la calidad del sujeto, ni del conocimiento de sus enemigos el bien de que necesita. Hacedle el que pudiéreis y el que deseárais encontrar si vosotros os viérais en semejante caso. Por lo que á mí toca, hijo mio, podréis estar seguro que si gustais, tendréis aquí una cabaña, en este viejo un padre, y en estos mis hijos hermanos. Bástame el veros; mi ánimo se enternece, mi voluntad se os inclina; y no sé por qué mas, mi corazón os ama.

46 No os sabré explicar la conmocion que obraron en mí las expresiones de *Polibio*. Estaba hasta entonces acostumbrado á ver hombres; pero los miraba siempre con aquel aire altivo que infelizmente inspira el trono; mas desde este momento comencé á verlos en otra disposicion muy diferente, conociéndolos muy superiores á mí. Ad-

miré esta accion grande de *Polibio*, y hallé que era su corazón verdaderamente noble. Corrí ligeramente por mi memoria como bastidores de teatro las acciones de mi vida pasada, cuando miraba á los abatidos como animales de otra especie, teniendo de ellos menos compasion que de los caballos y perros que me servian en la caza, y me hallé tan pequeño en comparacion del venerable anciano, halléme tan poco hombre, que de vergüenza me vinieron las lágrimas á los ojos, y la sangre á las mejillas. Díjele entonces con la mayor política, que cuando no me obligase la necesidad, que solo el ánimo sincero y generoso con que me quería recibir, sin conocerme, me permitia en la dulce precision de aceptar su gran favor. Llamástemelo *hijo*, le dije, y lo seré en el amor; pero en serviros *criado*, y *esclavo* en el rendimiento. No pensaba yo que la ocupacion de pastor podia dar al corazón del hombre tan hidalgos afectos. Desde ahora mismo la abrazo, y os aseguro que prefiero el cayado á todo, y aun al cetro, pues este nos inspira muchas veces la ambicion, la injusticia y la inhumanidad: y os aseguro, que si hoy me ofreciesen la púrpura mas brillante, la despreciaría por la zamarra de que me veo vestido. Vos no me conocéis y me amais; y yo os protesto que no os pesará del amor que me teneis. Siguióse á esta respuesta verme abrazado de nuevo por toda la familia junta, mezclándose en los rostros de todos las lágrimas con el regocijo. El dia siguiente tomé el cayado y seguí tras las ovejas en el campo.

47 ¿El Príncipe heredero de Polonia, interrumpió la Princesa, se vió zagal de ovejas? ¡Ah, Dios mio! es preciso tener un corazón muy fuerte para resistir á una transformacion semejante.

48 Creed, señora, replicó *Miseno*, que esta ocupacion me fue de suma utilidad, pues en ella, ya subiendo á los montes, ya bajando á las riberas del Mariza, conversaba con las peñas y las aguas, como lo hago aquí; y en esta muda conversacion aprendí las máximas que mas me han servido y servirán en esta vida para ser feliz verdaderamente. Entonces fue cuando reflexionando sobre los bienes y males del mundo, llegué á conocer que casi siempre andan cambiados los nombres. Ví que llaman *bien* á lo que es *gran mal*, y *males* á lo que nos es grande *ventura*. Os doy por testigo al tiempo y á la razon; y si teneis la paciencia de escucharme, espero que abrazaréis este modo de pensar.



## LIBRO V.

Se lamenta la Princesa del suceso de Miseno.—Paralelo entre un general y un pastor.—Pintura brillante del cargo de un general.—Los bienes y males suelen tener los nombres trocados.—Disputa de dos pastoras sobre la belleza extraordinaria.—Elogios de la rara belleza.—Descuentos de la belleza extraordinaria.—Sus raras cualidades son castigo.—Descripcion de la envidia.—Prepárase en el mar Adriático la expedicion contra Constantinopla.—Sabe el tirano de esta capital el consejo que dió Miseno, y le hace buscar por todas partes.—Consulta á los magos, y por su consejo entra en una caverna subterránea.—Compone Miseno una discordia entre los pastores, y se hacen cánticos á la paz, que él introdujo en los campos, núm. 39.—Por la fama del *Pastor extranjero* le descubren, y lo llevan preso á Constantinopla.—Se conforma y saca utilidad de sus trabajos, valiéndose de las máximas de su filosofía.

1 El Conde no podía volver en sí del espanto que le causaba la narracion de Miseno. El respeto debido á su persona le detenia para no sospechar que exageraba; pero la contradiccion de sus máximas, con las que el mismo Conde seguia, le dificultaba darle asenso. De este modo, luchando consigo mismo, cuanto más disputaba en su interior, tanto mayor silencio guardaba en la lengua, y así mudo é inmóvil estaba escuchando atento. Mas la hermana, queriendo conocer las heridas del corazon del Conde para darles remedio, las tentaba con frecuentes preguntas, obligándole á declarar su concepto, lo que él hizo, aunque con aire impaciente, de la suerte que se sigue:

2 No puedo decir nada, cuando mi entendimiento se halla tan confuso. La diferencia, señor, entre vuestra persona y ese estado en que estuvisteis, poco diverso del en que ahora vivís, es capaz de hacer perder el juicio á quien se deje llevar de su discurso. Yo, amigo, no sé qué os diga, solo sé que en todo hay misterios, y vuestra vida es para mí uno de los mayores.

3 Mucho habíais de gustar, dijo Miseno, de hablar con mi buen viejo Polibio, porque en cuanto á esto lo hallaríais enteramente conforme á vuestro dictámen. Él pensaba que yo vivia interiormente muy afligido, y que cuando salia con las ovejas al campo, solo era para desahogar mi pena entre las peñas y bosques. Se me olvidaba decir que yo le habia declarado parte de mis secretos, porque juzgué ser indigno de un hombre de bien ocultarme del todo á quien

me manifestaba con generosidad todo su corazon. Dijele que anteriormente habia servido en las tropas, y comandado en jefe los ejércitos, cargo que me habia dado el rey Mieceslao la segunda vez que subió al trono; mas le callé mi nacimiento, añadiéndole, que razones muy fuertes me habian obligado á salir de la patria desconocido. Él tambien habia servido en el Ejército del emperador Manuel Commeno<sup>1</sup>, y despues de muchos años de servicio, y no pocos de edad, se habia retirado á vivir en sus haciendas, que hacia cultivar por sus criados é hijos, queriendo por este medio hacerlos felices; pero mas con la abundancia y sencillez rústica, que con el lujo y la ambicion de la corte.

4 Como ambos éramos militares, ya veis que era regular entretenernos frecuentemente con los sucesos de la guerra. Él aun conocia en mi espíritu marcial, y viéndome pastor de ovejas, no podia persuadirse que yo viviese contento y satisfecho.

5 Á la verdad, señor, dice la Princesa, que tenia razon Polibio: en cuanto á mí no hay ni puede haber en el mundo cosa que mas lisonjee la vanidad del corazon humano, que la gloria, el respeto y la estimacion debida á un general en jefe. Si hemos de hablar con ingenuidad, creo que esta gloria excede á la de los mismos Soberanos. Como ambos lo fuimos, podemos confesarlo sin recelo. Los Monarcas están en cierto modo obligados á inclinar el cetro y bajar algun tanto la corona, para que ellos se la aseguren en la cabeza, cuando se les va á caer. ¿Y dónde mejor que en los brazos de un general puede reposar un soberano, para dormir con sosiego? Aun se conservan mas vivos en los anales de la posteridad los nombres de los grandes generales, que los de los soberanos que no juntaron la espada con el cetro. Y vos, señor, que enlazásteis una gloria con otra, ¿vivís ahora contento? ¿Y vivíais contento entonces cuando guardábais cuatro ovejas en un monte? ¿Y esto despues de haber visto doblar la rodilla en vuestro acatamiento á todos los ejércitos, y á todos los pueblos de tan vastos dominios? Digo lo que mi hermano, que vuestra vida es para nosotros verdadero misterio.

6 Yo os lo explicaré, dijo Miseno. Los bienes y los males de esta vida habéis de saber que andan con los nombres trocados. Este es el fruto de las reflexiones maduras y tranquilas que hacia yo á las riberas del Mariza, mientras las ovejas pastaban, y ahora os haré el mismo paralelo que hacia entonces á Polibio cuando hablaba con él de este mismo asunto. Como ni él ni vos, hijo mio, aunque servís-

<sup>1</sup> Reinó este Emperador desde 1143 hasta 1180.

teis en la guerra, jamás ocupásteis el puesto supremo, no conocísteis los famosos capitanes, sino por haberlos visto pintados en la historia con todos los penachos poéticos y los adornos fabulosos de la lisonja y mentira. Mas yo puedo deciros lo que se pasa en uno y otro estado; porque de ambos tuve experiencia. Os pondré delante de vuestros ojos como ellos son en realidad, y vosotros seréis jueces para decidir quién queda mas cerca ó mas léjos de la felicidad de la vida.

7 Comencemos por la *independencia*, que yo reputo la basa de la humana grandeza. ¡Cuán dulce y suave es la independencia de un pastor en su cabaña retirada allá en retorcidas y quebradas de los montes! Él puede decir, en cierto modo, que es señor absoluto, y que de Dios abajo no reconoce superior en toda la haz de la tierra: la lana de su ganado le viste, su leche le sustenta, sus corderitos lo regalan, nada mas apetece, nada le falta.

8 Por otra parte, ¡qué indispensable, qué continuada, y qué servil es la independencia de un guerrero, si llega á ser general en jefe! Primeramente para subir á este puesto, ¡cuántas humillaciones le fueron precisas, hasta arrastrarse tal vez indignamente por tierra! Despues que pudo subir, ¡qué fina política, qué adulaciones, qué lisonjas, qué viles contemplaciones, qué apretados torcedores de su conciencia y de su honor no le son necesarios para no llegar á caer! Si se ofrece la ocasion de salir á una campaña, ¿de quién no depende este gran guerrero? Depende del soberano ausente; bien que esa dependencia no le es pesada, porque es justa y precisa; depende del Consejo, depende del Gabinete, y depende de personas que, pasando de los blandos lechos de pluma á los teatros del amor y de la vanidad, quieren gobernar desde allí la sangre ajena. Depende de personas, que saliendo de los brazos encantadores del sueño, ó de los de las sirenas que embelesan con el gusto y con el deleite, van á decidir fácilmente, y como á sangre fria, sobre asaltos y brechas, sobre heridas y estragos, sobre peligros, horrores y muertes. Depende de los subalternos, que están en espera para aprovechar la menor ocasion de arruinarle, porque muchas batallas se han perdido solo por la malicia y mala voluntad de enemigos ocultos, que no dudaron sacrificar á su ciega pasion el bien público, el honor del soberano, la sangre de sus compatriotas, la vida de sus parientes, y la destruccion de su patria. Depende el general, además de sus soldados, de la disposicion del terreno, de los tiempos y de las borrascas; de los correos y espías, gente mentirosa, venal y astuta: gen-

te, que si no tiene estas cualidades, no vale nada, y si las tiene debe temerse. Depende de la perfidia de muchos descontentos, que si los compramos con dinero, por el dinero nos venden. Depende, en fin, de la ciega fortuna, que sin razon ni motivo da ó arranca de la mano la palma de la victoria. Ahora decidme, ¿á tanta dependencia del mundo podrémos llamarla, sin injuria de la razon, grandeza verdadera?

9 Toca el pastor su flauta en los montes, y todo se alegra; al sonido de ella acuden las serranas engalanadas danzando, respondiendo á una alegría con otra: mas el guerrero hace sonar la horrisona trompeta, y todo se asusta. Los peñascos y montes rechazando el sonido funesto, lo envian de unos valles á otros, y por todas partes se van anunciando horrores, estragos y muertes. ¿Quién es mas feliz?

10 Cuando el pastor canta, nada le perturba, nada disminuye su alegría; pero el guerrero nunca cantó sus victorias sin oír la disonancia de lamentos tristes. Este forma toda su felicidad de la desgracia ajena, y aquel solo se pone en lo que es útil para todos. ¡Qué bien dijo cierto poeta, cuando cantó así:

Queda alegre el pastor, queda sereno,  
Si el tarro de la leche encuentra lleno:  
La tristeza al soldado le enajena,  
Si no tiñe el acero en sangre ajena.

Uno siembra los campos, otro los quema. Uno hace de ellos nacer la hermosa abundancia, otro hace salir de los abismos la hambre descarnada. Uno procura la vida á los mortales, otro la muerte. El uno es el instrumento de las bendiciones del cielo, y el otro es el azote de su terrible ira. Decidme ahora, ¿si viéndome pastor de ovejas en la cabaña de Polibio, despues de haber sido general en jefe en los Estados de Polonia, debia reventar de pena, ó rebosar de gozo?

11 Si miramos, dice el Conde, estas cosas como vos lo haceis, poca duda queda; mas ¿pensais acaso que un guerrero puede discurrir entonces como vos discurrís ahora? La gloria, á que esos héroes aspiran, los deslumbra, de modo que encantados totalmente con la belleza de esa divinidad, aunque sangrienta, quedan absortos, y viven una vida dichosa. Consultad, señor, vuestra propia experiencia, y hallaréis que os teníais por el hombre mas dichoso del universo cuando acabábais de conseguir una victoria completa.

12 Ya que me citais para el tribunal de la propia experiencia, debemos oír su deposicion; pero antes que ella hable, supongo que

no poneis la felicidad del hombre en verse con el morrion emplumado, montado en un brioso caballo con jaeces de terciopelo y de oro, cercado por todas partes de ricos y brillantes uniformes de gentiles caballeros, espadas relucientes, pabellones y tiendas pomposas, etc. Amigos míos, dejemos esa gloria para los pavos reales, ó para las muchas cabezas locas que ponen su gloria en las plumas<sup>1</sup>. Lo que creo de vosotros es, que la felicidad del hombre solo la poneis en el corazon y en el alma. Aquí se sonrió la Princesa, y consolaron ella y el Conde que esa gloria de los adornos, vanidad y susto, era indigna de un racional que se precia de serlo. Esto supuesto replicó Miseno:

13 Yo os aseguro bajo la fe de quien soy, que no hay estado mas deplorable que el del corazon de un general, cuando se prepara para una accion de importancia. Él ve que no solo su vida, que ya entonces la reputa por nada, sino que tambien su fama están pendientes de una suerte; y que á la vuelta de un dado va á jugar la sangre de sus compañeros, la libertad de su patria, la corona de su soberano, el honor de su nacion, y de millares de compatriotas la vida. Mira que la fama está alerta con el clarin en la boca para publicar por todo el mundo su deshonor, si el éxito es infeliz; y el susto le está dando garrotes continuos al corazon. Esto sucede antes de entrar en batalla; mas luego que en la batalla entra, la escena se muda, pero no en menos horrible; pues todo un infierno vivo le arde en el pecho. Todo es espanto cuanto miran sus ojos. La ira, la cólera, la rabia y la venganza le traen el pensamiento y el corazon en un remolino tan furioso, que mas parece tigre que hombre.

14 La sangre de millares de enemigos es poca para saciar su sed ferina. Desea ver sembrados los campos de cadáveres y de cuerpos palpitantes, y enviar á los infiernos en un solo dia todo cuanto le hace oposicion sobre la haz de la tierra. Todas las víboras de los abismos le roen las entrañas: una sangre negra y espesa le corre por las arterias: su corazon lleno de hiel y de veneno no respira sino ruinas, estragos y muertes. Tiemblan delante de él las villas, tiemblan las ciudades, y hasta las campiñas tiemblan. Toda la naturaleza le mira con horror, y justamente, porque todos los rayos del cielo, y todas las furias de los abismos no causarían mas ruinas que las que él solo causa. Así se ve, que por donde va pasando todo es horror, todo desgracias, todo lamentos y gemidos. Todo lo tala,

<sup>1</sup> Esto es vanidad vanísima. (Eccles. 1, 2).

lo destruye, arruina, quema y abrasa. Ved cómo es este hombre dichoso. ¿Y no es esto la verdadera felicidad?

15 Verdadera infelicidad diría yo, responde la Princesa; pues vos me haceis temer solo con la pintura de la imaginacion. ¡Qué sería si yo os viese en el campo de batalla! ¡Ah, señora! ninguno conoce lo que pasa por el interior de un general en guerra, sino el que de ello tiene experiencia propia. Para salir bien, le es preciso hacer una combinacion pronta de diez mil sucesos fortuitos, diferentes y encontrados. Es preciso tener una balanza justa en el entendimiento que no vacile, ni aun en la mayor tempestad ó borrasca. Es preciso tener una vista fina que penetre hasta la region de lo futuro. Debe tener al mismo tiempo el sosiego de quien está en el gabinete, y el fuego y actividad de que la accion necesita. Su corazon se ve impelido juntamente del furor y de la venganza, y derretido por los sentimientos de la humanidad: por aquí ve los estímulos de la gloria, y por allí los de los dictámenes de la prudencia. Finalmente, debe cautelarse de los enemigos, desconfiar de los compañeros, y temerse de la inconstancia de la fortuna. Ahora, pues, en semejante conflicto ¿podrémos llamar á este hombre feliz?

16 Esto prueba, dice el Conde, que es muy difícil abrir esa puerta á la felicidad; mas una vez abierta, cuando el general descansa en los brazos de la victoria: cuando esta divinidad encantadora con una mano le pone en la cabeza la corona de laurel, y con la otra le concede la palma que jamás podrá marchitarse: cuando por todas partes oye los aplausos, los vivas y las aclamaciones de los pueblos: cuando los mismos soberanos bajan de su trono para abrazarle como amigo: cuando la fama cantando lleva de reino en reino, de clima en clima, y de un hemisferio á otro su glorioso nombre: cuando él lo ve grabado por los historiadores y poetas en el eterno templo de la gloria; decid si puede haber igual satisfaccion á la vanidad del corazon humano.

17 Pero vos, señor, respondió Miseno, ¿suponeis que es lo mismo entrar en una batalla con todos los peligros y medidas que yo os dije, que salir de ella victorioso? Mas, ¿cuántas veces sucede que despues de haberse el general lisonjeado dulcemente con la esperanza de la gloria, pierde la batalla, y se ve escarnecido de los contrarios, abominado de los nacionales, murmurado de los extranjeros, mal visto de su soberano, y maldecido hasta de la ínfima plebe? De la ínfima plebe, que no duda insultarle en su propia cara, por mas que él haya expuesto su vida por defender ese mismo pueblo

que le insulta, habiendo tal vez obrado con mayor valor y prudencia que ningun otro general el mas famoso.

18 Pero supongamos que nuestro general saliese victorioso. ¿La calma el primer ímpetu del aplauso, ¿qué enjambre de enemigos y envidiosos no le nace bajo los piés? ¿No habeis leído las historias de los generales griegos y romanos? ¿Y cuántos de un mérito superior á todo elogio leemos en ellas que murieron olvidados ó desgraciados? Muchas veces los mismos que os están abrazando cariñosos, si pudieran, á puñaladas os atravesarian por las espaldas. Creed, amigos, lo que os digo; y si no lo creéis, os aseguro que aun no conoceis el mundo, como yo tampoco lo conocia cuando era de vuestra edad; solo cuando oprimido de mis trabajos me ví pastor de ovejas, solo entonces tuve lugar y sosiego para reflexionar estas verdades. Al paso que las ovejas pacian, yo rumiaba lo que habia leído y visto, y concluía siempre, *que la mayor parte de los bienes y males del mundo andan con los nombres trocados*. Mi buen viejo Polibio tambien se me resistia como vos; pero poco á poco se dejó convencer de la verdad; y al fin vino á persuadirse que era mi alegría la mas sólida y sincera. Lo que me hizo conocer mejor la generalidad de esta máxima, fue una singular disputa que *Zefia é Iria*, dos hijas de Polibio, tuvieron entre sí, á la que estuve presente, porque me constituyeron juez. Estadme con atencion.

19 Un día que nuestros rebaños andaban un poco distantes, vino *Iria*, la hija menor, dotada de gran belleza, á convidarme para decidir cierta cuestion que tenia con su hermana, y decirme que tuviese á bien conducir mis ovejas á la otra parte de un collado que nos separaba los términos. La cuestion venia á ser: si una singular hermosura, en extremo rara, era favor del cielo, ó si por el contrario era castigo, como su hermana *Zefia* porfiaba. Réime de la proposicion, como vos ahora os reís; mas no quise sentenciar sin oír las dos partes.

20 Yo sin oírlas, dijo el Conde, sentenciaría á favor de la belleza; porque es cosa tan clara que no sufre duda: yo por lo contrario, replicó la Princesa, sigo el parecer de *Zefia*, y juzgo que Miseno no lo tendrá por despropósito. Proseguid, que no queremos interrumpiros.

21 *Zefia* podia hablar muy bien, dijo Miseno, porque excedia á su hermana, no solo en la belleza, sino tambien en el juicio maduro y reflexivo, lo que ya yo habia sospechado, viendo la suma atencion con que escuchaba mis conversaciones con Polibio: sin embargo,

*Iria* fue la primera que habló; y sentados los tres en un lugar alto á la vista de nuestros rebaños, se explicó en estos términos:

La belleza por extremo rara es el mas precioso don de naturaleza que una mujer puede recibir del cielo. Las mismas reinas que se ven privadas de la hermosura, no perdonan expensas, diligencias ni aun tormentos para suplir esta falta. Y de aquí infiero, que aun las coronas mas ricas y brillantes reciben de la hermosura un nuevo lustre y realce. Una simple pastora, sin mas adorno que su agraciado rostro, dejando su dorado cabello, parte suelto y ondeado sobre los hombros, y parte atado con gracioso descuido, puede hacerse envidiable de las señoras mas encumbradas. ¿Quién estimó jamás á una mujer sin esta prenda? El juicio es la prenda de los hombres, la fuerza de los brutos, la melodía de los pájaros; pero de las mujeres, solo lo es la hermosura. De manera, que segun dicen los pastores que mejor lo entienden, muchas veces una sola belleza ha causado grandes revoluciones en reinos enteros; y jamás se rindieron al juicio, ni al valor, ni á lo armonioso tantas adoraciones como se tributan á la beldad. Yo por lo menos, si tuviese este dote de naturaleza, me contaría por la mas feliz de todas las pastoras de estas campiñas. Así hablaba *Iria*.

23 Ciertamente, replicó el Conde, que tenia mucha razon en su parecer. Creed, hermana mia, que le debeis mas á Dios por la hermosura que os concede, que por la corona de Constantinopla con que os la realzó.

24 Agradézcoos, hermano, la política; pero quisiera oír el voto de *Zefia*, al cual puede ser que yo añada mis reflexiones; pero primero oigamos de la boca de Miseno lo que *Zefia* respondió. Á lo que él satisfizo de esta suerte:

25 Así discurría yo, dijo *Zefia* á su hermana *Iria*, así discurría cuando el verdor de los años me retardaba la madurez del entendimiento; pero cuando ya empecé á pesar con balanza justa las comodidades é incomodidades de una rara belleza, mudé de dictámen. Y sino, decidme, *Iria*, ¿de qué sirve esta hermosura extraordinaria á la pobre miserable sobre quien cayó este rayo? Todo el mundo se alborota en descubriéndose ella á la vista, todos en ella fijan los ojos, todos la miran con atencion, ya no es señora, ni de dejarse ver, ni de mirar; porque hasta sus mas mínimos movimientos la observan, y cuantas personas se hallan en su pueblo, son otras tantas centinelas que la guardan y la observan.

26 Así es, respondió *Iria*; mas ¡con qué gusto ve tantas como

le doblan la rodilla! Por todas partes encuentra adoraciones: todos á competencia desean excederse en los votos: todos sacrificios. No podeis negar, hermana mia, que todo esto lisonjea mucho el corazón, y le agrada sumamente.

27 Supongamos que es así, dice la hermana prudente, y aun adelanto mas. Quiero que en presencia de esa beldad presumida se encienda el fuego por todo su alrededor, que todos los corazones ardan en holocausto, que suban hasta las nubes los inciensos olorosos que se le tributan; y aun quiero que llegue á derramarse sangre en presencia de sus altares. Mas todo esto bien considerado no puede dejar de causarle un tormento increíble á la infeliz que es el objeto, si juntamente con la belleza tiene virtud y honor; porque la sangre que por semejante respeto se vierte, deja una mancha tal, que jamás podrá lavarse. El vapor espeso que exhalan tales corazones impuros es de un hedor intolerable: el humo tan negro, que tizna y sofoca; y aun cuando la belleza fuera tan feliz que las llamas no prendan en ella, nunca podrá librarse, que las llamaradas la chamusquen ó ennegrezcan. Ved ahora todos estos obsequios de qué le sirven.

28 Sea juiciosa y prudente, responde Iria, y no tiene que temer. Á esta respuesta advertí que Zefia cobraba valor, y admirándose mucho, decia: ¿No tiene que temer? ¿y cómo puede su prudencia evitar que los aplausos públicos degeneren en culpas de la inocente en el tribunal de las envidiosas?

Cada uno de los pretendientes, ciego de su pasión, solo pone la mira en seducirla y perderla, cueste lo que costare; de suerte, que para muchos viene á ser gloria grande solo el entrar en el número de los que disputan la preferencia. Vos decís que sea juiciosa; ¿y de qué le vale el juicio? Cuanto mayor es su mérito, tanto mas vivo es el estímulo para las alabanzas y el incentivo para los deseos. La infeliz no puede escapar del lazo. Si admite los obsequios, está perdida; y si no los admite, ¿de qué le sirve el ser prendada?

29 Basta solo la chusma de las feas para hacerle una guerra disimulada, pero cruel é interminable; y en las hermosas la envidia le prepara otra guerra mas abierta (dejádmelo explicar así), mas encarnizada. Aquí es donde la infeliz tiene mucho que sufrir; porque todas las que pretenden adoraciones de ningun modo han de consentir ver delante de sí otro ídolo mas elevado que las haga sombra. Bien sabeis que las pequeñas divinidades necesitan basa mas alta; y no pudiendo tenerla en sus propios méritos, la quieren formar de las

ruinas ajenas. Si encuentran un gran coloso, una belleza que sea la maravilla de su siglo, no se desaniman, se unen, y minan desde los pies hasta desenterrar los huesos de los antepasados para dar con el ídolo en tierra, y formar de sus ruinas pedestales á su propia vanidad. Con estas y otras razones, de que no hago memoria, apretaba fuertemente Zefia á su hermana, y yo reía interiormente viendo como Iria se esforzaba para responderla; pero no hallaba camino.

30 Parecíame una ligera corza cuando siente los monteros saltando las matas, que salta de un cerro á otro, que corre veloz á un profundo valle, que luego aparece en el collado de enfrente, y allí recelosa, viva y espantada mira á todos lados, va á salir por uno, y lo encuentra tomado, vuelve en un instante al otro, pero ya no es tiempo; hasta que en fin, apretado el cordon y estrechado el cerco, se ve obligada á rendirse: así hizo Iria; mas al fin se convinieron ambas sin que yo profríese palabra hasta despues de ver á las dos acordadas.

31 Confieso que quede admirado viendo como una pastora hablaba con tanta noticia de los peligros de la belleza extraordinaria en las cortes; pero despues me informó Polibio su padre, que Matilde su esposa, cuando vivía en palacio, habia pasado grandes trabajos por su singular hermosura, y que Zefia, su hija mayor, habia adquirido con los documentos y avisos de su madre todo el horror con que miraba las prendas extraordinarias de la naturaleza. Yo aplicándome la leccion de la pastora, saqué para mi provecho, que desear exceder considerablemente á los demás en cualquiera prenda, sea la que fuere, es procurar su propio tormento y su infelicidad.

32 Luego que calló Miseno, dando la Princesa un suspiro que le salió de lo íntimo de su corazón, le dijo al Conde: ¡Ah, hermano mio! nunca oísteis máxima mas importante para la vida feliz, ni que sea mas generalmente ignorada. Si os distinguís demasiado en vuestra esfera, ya sea por un juicio fino y delicado, ó por una nobleza sin equivocacion mas pura y mas antigua, ó por el valimiento con los príncipes, ó por los dones de la fortuna y de la naturaleza; preparaos, porque tendréis tantos enemigos, cuantos fueren vuestros inferiores.

33 La envidia es un dragon que vuela siempre á lo alto, no se arrastra por la tierra como las demás serpientes, nunca tuvo ojos para mirar hácia bajo. Salta, embiste y acomete á cuanto mira superior. Si os quereis liberrar de ella, no os fieis en la inocencia, por-

que vuestro mismo mérito es nuestra perdición. La virtud es su presa mas gustosa, á la persecucion es mas perniciosa. Cuanto tanto mayor ímpetu da para morderla y destrozarla á los celientes de fiera. Ad este mónstruo, como se formó y salió de los abismos tenebrosos, todo lo que brilla le da en ojos. Por lo que si os ve alucir, hiérve luego inquieto y desesperado; y revolviendo furiosamente la cabeza con la cola, se despedaza mientras no ve en sus manos lo que anhela. La ditacion no le cansa, ni le acobardan las fatigas; antes parece que con el tiempo se le refina el veneno, y cada vez asalla con mayor ímpetu, dándole la desesperacion fuerzas y la rabia atrevimiento. Aun antes de heriros, con solos los silbos os aterrará. En una palabra, Conde, quien quisiere escapar del dragon de la envidia, ó no ha de brillar, ó ha de huir. En efecto, Miseno, es feliz la habitacion de los campos donde no vive este cruel mónstruo, pues todas sus presas están en las cortes y en las ciudades populosas.

34 ¡No llega al campo, dice Miser q admirado! Llegóme á mí cuando era pastor, y por mas que mi vida era retirada, y en la opinion de muchos acreedora de lágrimas, la envidia me juzgó digno objeto de su sed infernal, y halló medios de perseguirme. Esto os parecerá extraño, pero mi vida está llena de sucesos no vulgares. Voy á referiros el caso.

35 Los caballeros de la Cruzada habian aceptado las ofertas de Alejo, y accedido á sus proposiciones. En consecuencia de esto ya habia venido el Príncipe á embarcarse en la armada, que aun estaba en el mar Adriático, la que cada dia se hacia mas poderosa con los continuados socorros que sucesivamente le llegaban. El Dux y el príncipe Alejo me buscaban con diligencia para que los acompañase en la expedicion que yo habia persuadido tanto; pero sus diligencias solo sirvieron de publicar mi nombre, y el empeño que habia manifestado en aquella empresa. Hervia en aquel golfo una multitud infinita de vasos de todas formas, unos que traian, otros que se preparaban para el transporte. Venecia<sup>1</sup> estancaba todas sus fuerzas, porque era grande el interés que la animaba. Venia el sol acercándose al Norte, los mares se calmaban, los vientos eran favo-

<sup>1</sup> Venecia, república, su capital del mismo nombre, ciudad hermosa de Italia, situada entre lagunas en el mar Adriático, fundada sobre pilares, que forman 72 isletas; su vecindario 210,000 almas, en sus Estados 3,000,000, 40,000 hombres de tropa, 80,000 de milicias, 6,000 caballos, y sus rentas 8,000,000 de ducados.

Y cada bruto, le...  
 ...por de dice garbuse dejaba ver al mismo  
 ...las islas del golfo...  
 ...Dalmacia<sup>1</sup>, esperando que se juntasen arreaba á los mu-  
 para dar un golpe tal sobre Constantinopla que no le... el fuego; de

36 No dormia el tirano con tanto ruido, inquietaba á quemar las el remordimiento de su propio delito, porque jamás pueden se veían descansado un traidor. Tenia por todas partes espías: todo lo que oía hasta las mismas palabras con que yo á bordo del comandante... exhortado los caballeros á esta empresa, y ya veis que yo deb con el objeto principal de su cólera. Era increíble la agitacion de su alma, su susto, su cuidado y su sobresalto. Refuerza los baluartes, alista soldados, prepara municiones, y ofrece premios á quien le descubra el autor de aquella empresa: llegó á prometer la mitad de sus dominios al que me entregase vivo ó muerto, porque son fáciles en ofrecer los que no lo son en cumplir. En este tiempo, mi corazon sosegado apacentaba las ovejas de Polibio, bien ajeno de los trabajos que se me estaban preparando. Como ave inocente, que volando por la region de las nubes, ignora y nada la detiene de lo que agita los mortales en toda la superficie de la tierra, hasta que una saeta, saliendo del enmarañado bosque, la va á encontrar de improviso en los aires para tirarla contra la tierra; así me sucedió en ese tiempo.

37 Ardía el tirano en furor, ardía la corte, y todo el imperio ardía. Por montes, por valles, por lo cerca y por lo léjos, todos me buscaban; pero mi vestido, mi ocupacion y mis discursos me escondian. Cansasele el cerebro revolviendo pensamientos: su saña apura todos los arbitrios, y no sabe qué hacerse para descubrirme. Va, en fin, á consultar á los magos, los cuales aprovechándose de tan ciego empeño, quisieran hacer revivir las frias cenizas de la credulidad, conservadas únicamente entre la vil ignorancia de la plebe. Ellos le prometen que nada podrá escaparse á sus secretos y encantos. Piden tres dias de término: era largo intervalo para su deseo impaciente; pero acortan el plazo, con tal que se resuelva á un sacrificio nocturno. El tirano tiene horror del crimen, y teme: la impresion débil que aun le ha quedado de la religion despreciada le detiene un poco: pero trátase de una corona, se decia á sí mismo, y todo el horror se le dissipaba. No se atreve á dirigir sus votos al cielo, porque hacia mucho tiempo que no levantaba tan arriba los ojos, y así era forzoso buscar su oráculo en los infiernos. Entra, pues, por consejo de los

<sup>1</sup> Albania y Epiro, provincias de la Turquía europea, confinantes entre sí con Dalmacia, y las tres con el golfo de Venecia.

que vuestro mismo mérito es vuestra perdición. La virtud es su presa mas gustosa, á la que se adormida con los sacrificios de tanto mayor impetuosa me queriendo entrar en ella, los ruidos de fieras, de búscas, la voz se le añuda en la garganta, recelamos tenebrosas la pasión le impele, y luchando consigo propio, alucir, hiciste lleno de furor, ahora duda temeroso, ahora prosigue empujando; mas los horrores de la cueva se le hacen cada vez mas esdrújulos. Sucedió que las aves nocturnas perturbadas en sus domicilios hasta entonces ocultos á los mortales, salian furiosas; y el tirano lleno de pavor cree que son los espíritus malignos que allí asistían á su príncipe, cuyo oráculo deseaba. Los cabellos se le erizan, un temblor general se apodera de sus miembros, cúbrese de un sudor frío, la cabeza empieza á desvanecerse, siéntalo en una *trípode* \* infernal, y las rodillas se le baten una con otra; mas los magos le sostienen por ambos lados, y le representan que tanto pavor es crimen, y que la corona se le va á caer de la cabeza si no la asegura á toda costa. Esta sola palabra lo despierta. El mismo se esfuerza, y como que se avergüenza de no ser héroe en sus delitos. Levántase y jura que irá hasta los infiernos con paso intrépido y valeroso por solo descubrir y haber á las manos al autor de su desgracia. Consiente que le pongan una venda sobre los ojos, que una mano desconocida le guie los pasos, que de uno á otro lado le enseñen las ceremonias nefandas, y en fin, con mano trémula deja caer el sacrilego incienso sobre el altar infame. Entonces una respuesta equívoca lo entretiene en la esperanza y en el error, y al fin se retira casi en los brazos de los ministros de la maldad; y mientras estos prometen interpretar las palabras confusas del oráculo, Alejo se esfuerza á juntar las tropas, y prepararse para una vigorosa defensa.

38 Al mismo tiempo que el tirano sudaba en medio de los horrores del *Tártaro* \*, yo vivia descansado en una especie de campos Eliseos. Las montañas de *Filipópolis* †, y las riberas del *Mariza* eran para mí la mas deliciosa vivienda, á causa de la suavísima paz que allí gozaba; mas ¡ah! que el amor excesivo de esa paz fue el origen de que yo viniese á perderla, porque ese fue el motivo de ser descubierto y preso. El caso sucedió así:

39 Habia á la otra parte del rio una gran fiesta, donde se celebran varios juegos con ciertas ceremonias supersticiosas, mezcla de la religion y barbarie de aquellos pueblos, á la que debian asistir todos los pastores y pastoras del contorno. Como los años le impe-

\* Vid. lib. IV, núm. 45, hist. núm. 22, 23.

yo me iba á ver de dice garboso con bizarría: Desdichado de mí, que me acordéis, esa vida que os acantaba. ¿No sabia Zefia cuánto estimaba á los formidables que propio para componer cierta contienda muy remota estaba cubierto res de la vecindad, la que habia perturbado todas aquellas y morriónas. El origen habia sido que *Fileno*, pastor rico, altivo, odiaba á la pedia injustamente como deuda un carnero á *Adriano*, pastor indobien que honrado. Estaba la justicia de una parte, y de la otra fuerza: esta por costumbre temerosa, y aquella esencialmente con fiabilidad. Ninguna de las dos cedia, de suerte que la discordia y la asentado su imperio en los campos de la paz, y esta íbase huyendo muy léjos de ellos.

40 Despues de varios juegos, puestos todos los pastores en rueda, y agitada la cuestion, fué cada uno votando, segun el órden que le daban sus años; mas yo como extranjero tuve en esta consulta el último lugar para la decision. Todos con voz unánime iban condenando á *Fileno*, porque era manifiesta su injusticia, y cada voto era una saeta que le iban clavando, hasta que en fin se levanta con furia, da patadas, grita, jura y protesta que ha de perseguir al contrario hasta perderlo del todo, aunque se pierda á sí mismo: como si la promesa de cometer muchos delitos fuese justificacion del primero. Salíale fuego por los ojos, la boca le espumaba, temblábale el habla; y perdiendo el respeto á toda la junta, se retiró con ademan descompuesto.

41 Quedaron todos aturdidos; pero Zefia pidió que se continuasen los votos porque queria oirme. Llegóme en fin la ocasion de hablar, y le dije á *Adriano*, á quien tenia frente á frente:

42 Si juzgais, amigo, que vuestro sosiego vale un carnero, no dudeis comprar la paz por precio tan limitado. No os digo que lo deis, os aconsejo sí que lo vendais, y que sea á muy alto precio. Dadlo á trueque de vuestra salud, de vuestra tranquilidad, y de vuestra cabeza que la teneis casi perdida por tan injusta demanda. ¡Cuántas veces, amigo, os he encontrado errante, pensativo y medio loco, dejando por los montes á discrecion de los lobos vuestro rebaño que cada dia se va disminuyendo! Sacrificad, pues, ahora esta víctima á la diosa de la paz tan venerada en estas campiñas, y ella os conservará esas pocas ovejas que teneis, y tal vez las aumentará en muy poco tiempo. Si temeis que vuestro contrario se ria de vos, reíos vos primero de él y quedareis pagados. Reíos, que bastante razon teneis para hacerlo, porque mas pierde él que vos, pues

que vuestro mismo mérito sea vuestra perdición. La virtud es su presa mas gustosa, á la ceder vuestra tranquilidad es sacrada. Cuanto mayor ímpetu os da la justicia, reparará el castigo de fieras que en vuestra mano está el castigar su delito. Si vos tenebranza, vengaos pero de modo que él sea solo el caducir, hijad, pues, caer sobre él todo el peso de su sinrazon; y conviene que seais generoso y liberal, porque esta contradicción hará parecer mayor su ambicion é injusticia. Estad cierto que seguiré mi dictámen, la memoria de su delito hasta en los tiempos que videros servirá como de basa á vuestro mérito. Todos los amantes de la paz contarán á sus hijos, como un plausible ejemplo, lo que por su respeto supo hacer Adriano. Las lenguas siempre dispuestas á criticar los defectos de los antepasados no podrán condenar á Fileno, sin exaltar vuestra fama. Esto y otras cosas que entonces me ocurrieron, le dije; y sin darme tiempo á que acabase el discurso, se levanta Adriano, viene á abrazarme estrechamente, y sale á ejecutar mi consejo. Fue general en todos contento, y quedaron tan pagados de su generosidad, que los pastores mas ricos, que eran muchos, se convinieron en regalarle á Adriano una oveja cada uno en reconocimiento del gusto que á todos habia dado.

43 Era ya la hora del convite, el cual fue servido con ciertos ritos y ceremonias que me hacian reir, porque gustaba infinito de ver la general alegría que reinaba en aquella concurrencia. Acabado el banquete, trae Adriano á nuestra presencia el mas pingüe carnero de su rebaño, adornado con ramos de olivo en las puntas, entretejidas de flores. Fue entonces llamado Fileno, y delante de todos le dice Adriano de este modo: *Conviene, amigo Fileno, que venga engalanada la víctima que se consagra á la diosa de la paz, y ya que me volveis el sosiego que me quitásteis, es justo y muy justo que os dé todo cuanto pedís.* Enmudeció Fileno aturdido con el lance inopinado: rehusa aceptar la oferta, sin atinar con la razon de rehusarla; pero era por dejarse llevar ciegamente de la costumbre de no concordar con su contrario. Porfia que le es debido el carnero de justicia; mas al mismo tiempo duda recibirlo, y balbuciente se embaraza consigo mismo sin saber qué responder. Insta Adriano, instan los amigos, y él resiste, y ved aquí otra nueva contienda. El uno, habiendo tomado gusto á la generosidad, no quiere privarse de ella: el otro avergonzado de verse vencido en lance tan noble, repugna ceder al contrario tan gloriosa victoria: fué llamado otra vez para decidir la cuestion, y para hacerlo les dije así:

LIBRO III.  
Y sacbruto, le vinbra... ser de dice garboso con bizzarria: Des-  
cuanto... esa vida que os aca-  
en lance de generosidad... formidables que  
os debe, ...debeis impedir un acto de justicia... estaba cubierto  
y debe ser siempre la basa de la paz y de la armonia... y morrion  
hombres; y si vuestro ánimo bizzarro no disputa por el... adian á la  
pieza que pedís, sino solo por la verdad del derecho que a... inde-  
neis, despues que este queda satisfecho por la aceptacion d... ca-  
os parece, si aun quereis proceder mas garboso, ninguno po... con la  
mites á vuestra natural generosidad; y no os faltarán mil... ta las  
para manifestarla en los lances á que ella os estimulará. Esto...  
que yo haria si estuviese en vuestro lugar. Pero no quiero que os  
preciseis á tomar el consejo de un pastor extranjero; sin embargo  
tengo derecho á pedirlos, y pedirlos con instancia á nombre de mi  
mayoral Polibio, á nombre de toda esta asamblea (y no me atrevo  
á decir que tambien á nombre mio), que concedais á la justicia lo  
que ella pide, á la paz lo que ella solicita, y á vuestro corazon amante  
de una y otra lo que desea, y esto para eterno destierro de la dis-  
cordia que tantos tiempos ha tenido perturbado y entristecido este  
delicioso reino de la paz.

45 Cede Fileno, se da por entendido, acepta el carnero; y abra-  
zándose mutuamente los dos competidores, ambos lo fueron de toda  
la asamblea. Retiróse Fileno con el trofeo de su victoria, y entre  
tanto que los zagales y pastoras danzaban y decian mil alabanzas á  
la diosa de la paz, hizo preparar Fileno los dos mas gruesos carne-  
ros de sus numerosos rebaños, y adornados de mil flores, acompa-  
ñado de todos sus criados y serranas, al son de flautas y otros ins-  
trumentos pastoriles, entró en el concurso para presentarlos á Adria-  
no. Este nuevo lance colmó de alegría toda la asamblea; y Zefia con  
su hermana Iria comenzaron á cantar á competencia en estilo pas-  
toril y sencillo seis canciones que yo tenia en memoria, y las repetia  
muchas veces, porque me servian de grande enseñanza. Si gustais  
os las diré. No deseaba otra cosa la Princesa, y Miseno logró la oca-  
sion de lisonjearla repitiéndolas.

## I.

Esta paz no tiene precio,  
Vale mas que plata y oro;  
De cuanto el mundo hace aprecio,  
Sin la paz todo es vileza;  
La carestía y pobreza,  
Teniendo paz, es tesoro.



que vuestro mismo mérito sea nuestra perdición. La virtud es su presa mas gustosa, á la que se entrega con tanta mayor impetuosa á manos llenas clientes de fieras. Está libre y seguro de aflicciones ni de penas, Y el pobre mas desdichado ducir, hijo En paz, está regalado mente Con un poco de pan duro <sup>1</sup>.

## III.

Vive afligido el monarca,  
Si de la paz el semblante  
Se le esconde; y de la parca  
Temiendo el golpe, desprecia  
Honra y riqueza, y no aprecia  
Cetro y corona brillante.

## IV.

Canta alegre el pobrecillo,  
Siempre que la paz le espera  
Con dulce rostro y sencilla  
La envidia no le enflaquece,  
Y goza cuanto apetece,  
Teniendo paz verdadera.

## V.

La envidia y discordia fiera,  
Que en esta tierra habitaban,  
La han dejado, ya están fuera:  
Á los abismos bajaron,  
Y á todos horrorizaron  
Con los bramidos que daban.

## VI.

Aquesta de la paz diosa,  
Con modo que nos encanta,  
Ejecuta toda cosa.  
En las nubes ha nacido,  
Del cielo y de Dios ha sido  
Producida fuerza tanta.

Razon teneis, dijo Sofia, porque quien quiera reflexionar cada cláusula, le dará mucha materia. Aquí se ve verificado vuestro sistema de que la mayor parte de los bienes y males del mundo andan con los nombres cambiados; pues Adriano rindiéndose quedó vencedor, y Fileno con apariéncia de triunfo quedó verdaderamente

<sup>1</sup> *Melior est pugillus cum requie, quam plena utraque manus cum labore, et afflictione animi.* (Eccles. IV, 6).

bruto, le vinbra en un ser de dice garboso con bizarría: Desbravada á las victorias? Pero esto no puedeis; esa vida que os acaba amor de la paz os fue ocasion de cosas formidables que

46 Desde este dia, continuó Miseno, me llamaba estaba cubierto dre de la paz, y como ignoraban mi nombre y mi nacimiento y morrion me conocian por el *pastor extranjero*. De todos aquellos alrededores andian á la y aun de mas léjos me buscaban para componer sus discordias por indeco en los valles, y de monte en monte, de sierra en sierra, con la en otero llegó el eco de mi fama á los que por todas partes pla las las mas eficaces diligencias para descubrirme. Estaba yo tan distante de lo que pasaba en Constantinopla, que ni memoria tenia de lo que se habia tratado en Zara. Cuando hé aquí que en el mas profundo silencio de la noche me veo preso y arrebatado cual ave inocente y descuidada que se siente llevar por los aires entre las uñas del gavilan ó del milano. Véndame los ojos, y me atan piés y manos: cuerdas, cadenas, esposas, grillos, todo viene á un tiempo. En fin, me llevan, y no sé por dónde ni á dónde: parecíame que volaba por la region de otro mundo; pues mis sentidos nada percibian de lo que pasaba en este; de suerte, que ni veia, ni oia hablar, porque un total silencio tenia enmudecidos á los que me conducian; hasta que en fin me encuentro en una oscura prision en compañía del infeliz Isaac Ángelo <sup>1</sup>.

47 ¡Ah, y que vos sois tan feliz como él! exclamó el Conde; ¿y aun, señor, insistís en decir que por los trabajos hallásteis vuestra felicidad? No me conduzcais, os ruego, por tan escabroso camino, porque mi naturaleza es sin duda muy diversa de la vuestra, ó vuestra alma fue formada en molde particular que Dios ideó para vos; molde, que sin duda lo quebró luego el Omnipotente para que no sirviese á la formacion de otra.

48 No es mi alma de molde particular, responde Miseno, es de la misma especie y masa que la vuestra; y ya os dije que reconozco en vos los mismos pensamientos y las pasiones mismas que yo tenia cuando era de vuestra edad. La divina filosofia me la formó, no toda de una vez por fundicion en molde preparado, sino en muchas veces, y poco á poco, como estatua de piedra á fuerza de mazo, del escoplo y cincel; y cada golpe que yo me daba, ayudado de la soberana mano que me corregia, venia á ser un defecto que me qui-

<sup>1</sup> Esta cárcel estaba en Constantinopla. Véase lib. VI, núm. 30.

que vuestro mismo mérito es nuestra perdición. La virtud es su presa mas gustosa, á la que se arrojan con tanta voracidad, como los perros á la carne, y los otros para correr á los ruidos de fieras. Una vez que yo comencé á ver las cosas diferentes de los tenebrosos comun de los hombres, luego que vi los bienes en el mundo, más solo veían males, y descubrí mal grande en lo que me rodeaba: entonces el ímpetu de la naturaleza, que nos impulsa á correr tras el bien, condujo mis pasos al revés del comun de los hombres.

Para adquirir esta luz que me hacia ver que en los bienes y males andan por la mayor parte los nombres encontrados, ya veis, hijo mio, que no bastaban los golpes ligeros que cada uno se suele dar con miedo á sí mismo. Verdad es que los discursos frios que yo hacia en los montes apoyado sobre mi cayado, me dispusieron mucho para esta mudanza de entendimiento; mas los golpes de la experiencia fueron los que me llegaron á enseñar del todo. Ninguno puede conocer el valor de una alba sin tomar las pesas en la mano, examinarla de cerca, y calcular su peso. Así me fue á mí preciso experimentar y sufrir en mi propio todos los trabajos de la vida (y aun creo que me faltan muchos, que tal vez vendrán á su tiempo) para aprender esta admirable ciencia<sup>1</sup>.

50 Nosotros somos felices, dijo la Princesa á Miseno, que nos podemos aprovechar de vuestras luces, y gozar sin trabajo de vuestra felicidad. Decidnos ahora lo que en esta cárcel pasásteis.

<sup>1</sup> *Qui est magis patiens, magis est sapiens.* (S. Thomas, lib. de Con. Princip. c. 34).

## LIBRO VI.

Describe la cárcel de Constantinopla, núm. 1.—Avivanse á Miseno y á la Princesa, se duerme, y sueña que ve en el mar un peñasco, y dentro de él un príncipe.—Habla con Isaac Ángelo, tambien preso, el que se dilata con el tiempo se desespera.—Miseno serena al Emperador, probándole que con la posición de la Providencia los males atraen bienes.—Hace una fea pintura de sí mismo cuando afortunado.—Se confiesa el Emperador digno de ser castigado, pero se desespera, porque no lleva bien sus trabajos.—Óyese en la ciudad tocar á rebato.—Ganan los presos al centinela con dádivas, suben ambos á lo alto de la torre.—Informa Miseno á Isaac de lo que ve, núm. 32.—Atacan la ciudad.—Promete Isaac á Miseno recompensas si llega á reinar.—Entran los latinos en la ciudad.—Sacan de la cárcel á Isaac para el trono, y dejan preso á Miseno.

1 No os sabré pintar, amigos, prosigue Miseno, el horror de aquella lúgubre prision. La oscura noche era allí nuestra inseparable compañera. Contábamos las horas, pero confundíamos los tiempos, y podíamos decir con un poeta moderno:

Media noche contaba y medio día,  
Distinguir estos tiempos no sabia.

De forma, que Isaac Ángelo sin ojos, y yo con ellos, estábamos igualmente ciegos. Cuando con la comida nos hacian bajar desde el techo una pálida, muerta y melancólica luz, mas que de consuelo me servía de tormento; porque entonces veía los increíbles horrores de aquella sepultura de vivos. El ruido de las aguas, que batian sin cesar contra las murallas de la fortaleza donde estábamos encerrados, nos aturdió de manera, que á mas de ciegos, estábamos casi sordos.

2 El primer día que estuve solo, me sentí asaltado de una vehemente melancolía, y así como el que pasa repentinamente del calor del sol á los estanques de nieves y hielo, que se siente todo penetrado de frio, así se sintió mi alma. Mis pasiones, que no estaban muertas, sino adormecidas, despiertas con este nuevo estímulo, se amotinaron. Advertí á mi entendimiento confuso, al alma fuera de sí, y casi en términos de verse precipitada; por cuanto en el largo descanso en que habia vivido, estuve sin cuidado de las riendas que la

que vuestro mismo mérito es nuestra perdición. La virtud es su presa mas gustosa, á la que se arrojan con tanta voracidad, como los perros á la carne, y los otros para correr á los ruidos de fieras. Una vez que yo comencé á ver las cosas diferentes de los tenebrosos comun de los hombres, luego que vi los bienes en el mundo, más solo veían males, y descubrí mal grande en lo que me rodeaba: entonces el ímpetu de la naturaleza, que nos impulsa á correr tras el bien, condujo mis pasos al revés del comun de los hombres.

Para adquirir esta luz que me hacia ver que en los bienes y males andan por la mayor parte los nombres encontrados, ya veis, hijo mio, que no bastaban los golpes ligeros que cada uno se suele dar con miedo á sí mismo. Verdad es que los discursos frios que yo hacia en los montes apoyado sobre mi cayado, me dispusieron mucho para esta mudanza de entendimiento; mas los golpes de la experiencia fueron los que me llegaron á enseñar del todo. Ninguno puede conocer el valor de una alba sin tomar las pesas en la mano, examinarla de cerca, y calcular su peso. Así me fue á mí preciso experimentar y sufrir en mi propio todos los trabajos de la vida (y aun creo que me faltan muchos, que tal vez vendrán á su tiempo) para aprender esta admirable ciencia<sup>1</sup>.

50 Nosotros somos felices, dijo la Princesa á Miseno, que nos podemos aprovechar de vuestras luces, y gozar sin trabajo de vuestra felicidad. Decidnos ahora lo que en esta cárcel pasásteis.

<sup>1</sup> *Qui est magis patiens, magis est sapiens.* (S. Thomas, lib. de Con. Princip. c. 34).

## LIBRO VI.

Describe la cárcel de Constantinopla, núm. 1.—Avivanse á Miseno y á la Princesa, se duerme, y sueña que ve en el mar un peñasco, y dentro de él un príncipe.—Habla con Isaac Ángelo, tambien preso, el que se dilata con la vida, luego se desespera.—Miseno serena al Emperador, probándole que con la posicion de la Providencia los males atraen bienes.—Hace una fea pintura de sí mismo cuando afortunado.—Se confiesa el Emperador digno de ser castigado, pero se desespera, porque no lleva bien sus trabajos.—Óyese en la ciudad tocar á rebato.—Ganan los presos al centinela con dádivas, suben ambos á lo alto de la torre.—Informa Miseno á Isaac de lo que ve, núm. 32.—Atacan la ciudad.—Promete Isaac á Miseno recompensas si llega á reinar.—Entran los latinos en la ciudad.—Sacan de la cárcel á Isaac para el trono, y dejan preso á Miseno.

1 No os sabré pintar, amigos, prosigue Miseno, el horror de aquella lúgubre prision. La oscura noche era allí nuestra inseparable compañera. Contábamos las horas, pero confundíamos los tiempos, y podíamos decir con un poeta moderno:

Media noche contaba y medio día,  
Distinguir estos tiempos no sabia.

De forma, que Isaac Ángelo sin ojos, y yo con ellos, estábamos igualmente ciegos. Cuando con la comida nos hacian bajar desde el techo una pálida, muerta y melancólica luz, mas que de consuelo me servia de tormento; porque entonces veía los increíbles horrores de aquella sepultura de vivos. El ruido de las aguas, que batian sin cesar contra las murallas de la fortaleza donde estábamos encerrados, nos aturdió de manera, que á mas de ciegos, estábamos casi sordos.

2 El primer dia que estuve solo, me sentí asaltado de una vehemente melancolía, y así como el que pasa repentinamente del calor del sol á los estanques de nieves y hielo, que se siente todo penetrado de frio, así se sintió mi alma. Mis pasiones, que no estaban muertas, sino adormecidas, despiertas con este nuevo estímulo, se amotinaron. Advertí á mi entendimiento confuso, al alma fuera de sí, y casi en términos de verse precipitada; por cuanto en el largo descanso en que habia vivido, estuve sin cuidado de las riendas que la

que vuestro mismo mérito es vuestra perdición. La virtud es su presa mas gustosa, á la que se arrojan los ojos de los sacerdotes, como á tanta mayor impetuosa arria verdaderamente, ó que se arrojan los dientes de fieras, á mar explayado, y en medio de las olas, en peñascos y montes tenebrosos estaba como enterrado cierto príncipe; mas de tal ducir, había allí metido, que solo podía ver lo que pasaba por en frente. Observé tambien que por delante de esta isla iba una carreta de oro, azul, verde, amarillina, bella, pomposa y triunfante, la que yo veía venir desde muy lejos rodando sobre las aguas, tirada por una larga y sucesiva serie de mónstruos marinos de todas figuras y formas. Unos eran como peces, ya de escamas de plata, ya de finísimo oro: otros de un carmin vivísimo como las langostas: otros de aire feroz y figura horrible. Todos tiraban, unos de otros, y á lo último venia muy soberbio el brillante carro. El príncipe nada veía sino lo que le pasaba por delante, y cada vez que descubría algun disforme mónstruo, le disparaba con su arco venenosas saetas. En fin, vió uno mucho mas horrible que los otros, y esforzándose por herirlo mas de cerca, salió de la concavidad, y ya iba á atravesarlo con una lanza, cuando oyó una voz que le decía: *No hieras, que te pierdes*. Suspendió el golpe, y pudo entonces ver el carro que ya venia cerca, en el cual luego que llegó al peñon, fué arrebatado y llevado en él como en triunfo. Lo mismo fue ver esto, que desaparecíseme todo de la vista. Me entregué al nocturno descanso, y el dia siguiente la curiosidad me obligó á reflexionar en la representacion pasada.

3 Iba á hacerlo, cuando oígo que me abren una puerta que correspondia á la pieza donde estaba el Emperador, permitiéndonos desde entonces que nos comunicásemos. Él se alegró con mi infelicidad, y yo me compadecí de la suya. Á lo menos, decia él, tendré compañía en los males, consuelo en vuestras palabras, y alivio en mi espantosa soledad. No quisiera tener complacencia de vuestros trabajos, mas ella se me escapa á pesar de los sentimientos de la humanidad; y tengo pena de que mi corazon se alegre con ellos. Pero vos, caballero, quienquiera que seais, perdonaréis esta contradiccion de afectos.

4 Era muy natural, interrumpió la Princesa, toda esa aparente contradiccion. La compañía en los trabajos causa siempre consuelo, y juntamente dolor en las almas que tienen el corazon sensible. Pero vamos á ver cómo pudisteis resistir á la melancolia.

5 Este encuentro, dijo Miseno, con otro mas infeliz que yo, me distrajo al principio; pero luego vino la filosofía en mi socorro. Res-

LIBRO III.  
Y sacó bruto, le vino á ser de dice garboso con bizarría: Des-  
deis; esa vida que os aca-  
que nada puede hacer un  
nes formidables que  
estaba cubierto  
y morrion  
rápida é inconstante rueda de la fortuna, cuando retrocedian á la  
mente; arrancar de los abismos de la tristeza al miserable caído por inde-  
levantarle á la suave y deliciosa region de la tranquilidad, sus ca-  
ciones que llenan un corazon noble de placer el mas puro y de-  
so que podemos gozar en esta vida. Así respondí á Isaac Ángelo, con la  
del modo con que le hablé, conoció que mi corazon era sincero, y  
que no eran mis palabras nacidas de un fingimiento estéril.

6 No es tan agradable la fresca fuente al enfermo que arde en fiebre, y que á escondidas se va arrastrando hasta poder beber de ella, como lo fueron á Isaac Ángelo mis palabras. Aquel corazon herido, no pudiendo desahogarse, ni aun por una sentida queja, estaba como entumecido, y ahora comenzando á desangrarse, ya por las palabras, ó ya por las lágrimas, tenia notable alivio.

7 Así fue en los primeros dias; mas despues vino á ser veneno lo que habia sido triaca: á fuerza de ponderar á Isaac Ángelo sus males, se fué agravando la herida de su corazon, de suerte, que enfurecido contra el hermano, blasfemaba contra él, contra la tierra, y aun contra el mismo cielo blasfemaba. Era su ira un torrente tan impetuoso, que no pudiéndola reprimir de modo alguno, todo lo arrebatava. La cólera, la rabia, la venganza degeneraban en desesperacion, y esta en locura, frenesí y delirio.

8 Os confieso que el mal ajeno me sirvió de selecta medicina; entonces ví cuánto importaba mantener siempre tirante la rienda, y no dejar tomar fuego á las pasiones, aun á las mas justas; porque es muy difícil pararlas en medio de la carrera, si una vez llegan á romper el freno. Advertia yo en el Emperador que tenia mas ciega el alma que el cuerpo; porque no veia cuán bien merecido tenia cuanto pasaba en castigo de sus crímenes y tiranias, ejecutadas contra Andrónico. *Sola la affliction da la luz al entendimiento para que se conozca el criminoso*. ¡Ah, me decia yo, y cuán difícil es conocerse uno á sí mismo! Por este medio la gran ceguera de Isaac me abrió infinito los ojos. Entonces reflexioné tambien en mi sueño ó vision, y entendí esta máxima importante, que todos los sucesos de la vida

<sup>1</sup> *Tantummodo sola vexatio intellectum dabit auditui.* (Isai. xxviii, 19).

que vuestro mismo mérito es vuestra perdición. La virtud es su presa mas gustosa, á la que se entrega con tanta facilidad. Tanto mayor ímpetu me dio el Conde, nos tira á nosotros, á quienes de fieras á lobos, acudió Miseno, como dejemos el gobierno de nosotros á quien nos formó para ser felices. Ya disputamos, y al punto, y así debemos estar persuadidos, que cuando no nos interrumpos la serie de los sucesos de la vida, desde el punto en que por la mente suprema, el fin siempre ha de ser dichoso; porque la Bondad suprema dispone por sí sola, todo se encamina á la felicidad.

Con esta doctrina que comuniqué al Emperador, despues que le conté el sueño que en la noche precedente habia tenido, se dulcificó notablemente su cólera, y mitigó su furor. No penseis, señor, le decia yo, que nuestra vida es un monton de sucesos, que cayendo tumultuariamente unos sobre otros, llenen el vacío que se halla entre nuestra cuna y sepultura. Así habia de ser, si el *hado* ó *acaso* fuesen los autores del universo; pero es tan grosera la idea que nosotros tenemos de la obra y de su Autor. La vida del hombre viene á ser una *serie* bien ordenada de acontecimientos, los cuales están enlazados unos con otros, de forma, que solo uno que quisiéramos arrancar violentamente, ó romperle, todo se descompondria, se descuadernaria todo. Entre tanto esta *serie* va pasando, nosotros somos como el príncipe en la concavidad del peñasco: solamente vemos lo presente; mas lo que despues de esto se ha de seguir, todos lo ignoramos. Todo para nosotros está cerrado en la sala oscura de lo futuro, de donde poco á poco y uno á uno van saliendo todos los sucesos. Ahora, pues, ignorando nosotros lo que se ha de seguir á esta nuestra prisión, no podemos juzgar si ella nos traerá algun mal, ó nos conducirá á algun bien verdadero. ¿Cuántas veces nos hemos engañado con lo que nos parecia un grande bien, y despues vimos que no era sino una puerta grande para el mal? Años pasados estábais sobre el trono gobernando los pueblos, y yo montado en un brioso caballo mandando en jefe á casi todos los vasallos de mi soberano. ¿Quién no nos juzgaria entonces felices? Pero estaban ocultos los sucesos que con aquellas honras venian encadenados. Ahora podremos tener otro engaño feliz. ¿Quién sabe lo que nos está determinado en el libro del destino? ¿y si tal vez estos sucesos monstruosos vendrán tirando del carro de vuestra felicidad y de la mia?

11 Así como la tierra seca bebe gustosa la lluvia suave, que entrando poco á poco por las aberturas, va regando sus áridas en-

LIBRO II.  
Y sacbruto, le vino á ser de dice garboso con bizarría: Des-  
vairad que se extendia, su voz se oyeis, esa vida que os aca-  
traban un discurso seguido. Viene á ser formidable que  
le tranquilaban, proseguí con la comparacion si estaba cubierto

12 En una máquina de gran composicion y artificiosa y morrion viendo suelta una pieza sola quisiese criticarla, publicaria á la rer su poco juicio; pues sin ver las demás piezas con las que se juega, ni conocer el fin á que está destinada, no se puede acada ver si tiene ó no defecto. Tal vez la que parece mas fea, y con la regular y mas imperfecta, será la mas ingeniosa. Convenia Ispla las esto; y cuando le hacia yo la aplicacion á diversos acontecimientos de la vida, no podia negar que era gran temeridad dar nombre de *mal* á todo suceso desagradable, ó el de *bien* á lo que lisonjea nuestros deseos. Luego es preciso, concluia yo, verlo todo, y saber el *por qué* y el *para qué* de cualquier acontecimiento para poderle llamar ó un *bien* ó un *mal*. Si el conductor de nuestra vida, quiero decir, si la Razon suprema y eterna se dignase explicarnos los motivos y los fines del suceso mas desagradable, tales y tantas causas nos daria, que veríamos en él una perfecta armonía y proporcion con nuestros principales intereses; de manera que aturdidos y confusos, con los labios cerrados y la cabeza baja, confesaríamos en el corazon, que todo era admirable, maravilloso y perfectísimo; y que solo un entendimiento divino podia disponer las cosas con modo tan excelente. Dejemos, pues, señor, que la Providencia obre en nosotros segun su entender, porque seguramente lo entiende mejor que nosotros. Adoremus sus consejos, y esperemos á ver el fin; pues fin dispuesto por un entendimiento el mas prudente, y por un corazon el mas justo y de mayor bondad, no puede dejar de ser bueno.

13 No estaba el Emperador acostumbrado á las frases sinceras y libres con que yo le hablaba. El tono meliflúo de la adulacion con que siempre se habla á los príncipes le habia corrompido el corazon y el entendimiento, y me confesó que esta era la primera vez que oia en toda su vida el tono de la verdad. Yo que le ví dispuesto, aproveché la ocasion para hacerle conocer las llagas de su alma, y que estimase el cauterio con que la Providencia queria curárselas. Mas como siempre cuesta descubrir una llaga envejecida, y despegar las vendas que la ocultan, dispuse que en mis defectos conociese los suyos, y en mi remedio viese la utilidad de lo que la Providencia le ofrecia.

14 Una larga experiencia, señor, le dije, me ha hecho mirar los

que vuestro mismo mérito sea nuestra perdición. La virtud es su presa mas gustosa, á la que los ojos han sido sacrificada. Es tanto mayor ímpetu en la fiebre de mis pasiones, y que yo soy el enfermo de fieras. Mientras la rueda de la fortuna me lisonjeaba en un punto mas alto, fui débil, ligero y loco; no habia en lucir, ni en mis palabras prudencia, ni rectitud en mis acciones. Mi entendimiento ciego se abrazaba muy estrechamente con las perniciosas y venenosas serpientes del error y la mentira, creyendo que eran la verdad, única esposa á quien mi corazón adoraba; y en la infinita chusma de aduladores me escondia esta esposa pura, y se introducía en su lugar una concubina corrompida; y esto solo porque entraba á la parte de sus intereses. Después de tales engaños, por los cuales los lisonjeros me pedían premios y recompensas, mi corazón criado para seguir el verdadero bien, ya no corría sino tras el mal verdadero. Así pasaba mi vida suspirando por la alegría, sin poderla alcanzar. La lisonja era mi confidente, la mentira mi consejero, el desorden mi regla; y mi presunción y satisfacción solo era de lo que me debía avergonzar. De aquí se seguía, que ingrato á la luz de la razón, la despreciaba, é insensible á los afectos de la humanidad, los reprimía. Hombre en la figura, pero bruto en las obras, no hacia caso de la virtud, solo las pasiones me guiaban. Infiel á mi palabra, la negaba fácilmente; y perjuro á mi Religión, quebrantaba sus sagrados fueros. Mi voluntad era mi única ley, la ambición la regla de mi justicia, y en fin, mi apetito era todo mi Dios. Así vivía, señor, antes de ver trabajos; mas después de ellos estoy enteramente mudado. Juzgad ahora si los debo reputar por un mal, ó al contrario por un gran bien, y bien verdadero.

15 Recibía el Emperador esta doctrina con admiración y espanto. Veíase en el retrato que yo le habia puesto delante de los ojos, y la fuerza de la razón le convencia: mas la novedad lo pasmaba. Su alma, ya mas cerca del equilibrio que debe tener para pesar los bienes y los males de la vida, balanceaba, ya hacía un lado, ya hacía otro; hasta que en fin, me respondió que ya no dudaba que los trabajos fuesen un bien para los que sabían sacar de ellos utilidad; pero que para él, que no habia aprendido la nueva filosofía, eran un mal desesperado. La misma medicina, me decía, que haciendo su efecto saca á unos de la sepultura, á otros los lleva á ella, si no produce el efecto que se desea. Por esta razón, siendo nosotros dos enfermos del mismo mal, vos sanásteis con el cauterio, pero yo no he conseguido otro efecto que quemarme y consumirme. Si yo su-

LIBRO II.  
y sacado bruto, le viaba á un ser de diez garboso con bizarría: Des-  
graciado por la aurosa que yo veis, esa vida que os aca-  
ha sido muy tribulado.

16 Conozco, añadió, que lo tengo merecido, y que me morrion  
Inteligencia en la justa balanza de su inflexible equidad. Me dan á la  
una parte tantos castigos, cuantas enormidades he puesto por inde-  
otra. Veo que la sangre de Andrónico clama contra mí, y que mi  
alma desde los infiernos grita pidiendo venganza. Confieso con la  
el horror de los cielos y de la tierra, y que hasta los abisuelos de las  
detestan. Ahora veo que todas las criaturas están armadas contra mí  
para vengar al Omnipotente, á quien ultrajé. Veo que el Todopoderoso  
deroso lleno de cólera dispara contra mí todas las saetas de su in-  
dignación, y hace que el trono de Constantinopla, que fue el atrac-  
tivo de mi ambición, sea ahora mi cadalso. Así no tengo que esperar  
remedio ni apariencia de consuelo, porque nada puede resistir  
al Omnipotente. Nací para ser infeliz, y no podré parar la incontra-  
table rueda del destino. Así remataba el desgraciado Isaac Ángelo  
sus discursos, que degeneraban en desesperación.

17 Como una ave herida que no puede sostener el vuelo por mucho tiempo sin caer en tierra, de donde con gran trabajo se habia levantado, así estaba el Emperador. Su corazón herido y desangrado apenas podia mantener los esfuerzos que hacia para levantarse del lánguido estado en que se hallaba.

18 No hay violencia que dure, replicó Sofía. La naturaleza siempre reclama sus derechos, de forma que la tristeza una vez señoreada de un corazón, vuelve á ganar fácilmente el terreno de donde fue arrojada. Mas ¿cómo os hubisteis con el Emperador en esta disposición?

19 Dí tiempo al tiempo, dice Miseno, y en el día inmediato le propuse con disfraz la siguiente comparación, que llevaba escondido algún remedio á su dolencia: El deudor rebelde, á quien confiscan los bienes y le ponen en prisión, repugna, oculta, embarga, trapaceá, y hace todo cuanto puede por eludir la sentencia, ó negar la deuda; pero los años pasan, los plazos se cumplen, los bienes se venden, las rentas se cobran, quedan satisfechos los créditos, y el deudor absuelto. Del mismo dictámen fue Isaac Ángelo, y continué diciendo: El hijo travieso á quien la madre prudente castiga, se defiende, resiste, pernea, clama, grita, quiere escaparse, implora con rabia el socorro; mas nada le libra del azote; y acabada la corrección, queda el delito castigado y perdonado el hijo. ¿Convenís tam-

que vuestro mismo mérito sea nuestra perdición. La virtud es su presa mas gustosa, á la que se aca-  
 tanto mayor impetuosa nuestra afliccion, le responde con el  
 dientes de fieras. Dios no castiga con pasion ni con rabia, por-  
 mos tenebrosos. El impetu ciego, de la cólera, como los hombres tene-  
 lucir, finalmente la razon suprema es la que le hace levantar el bra-  
 mente castigo; y la misma razon eterna le hace cesar de él. Que se  
 der es y revuelva todo el mundo en peso, que se confundan los cie-  
 fu de los abismos, los mares con las estrellas, las noches con los  
 rca y se reduzca todo á su primitivo caos, nada importa: quien  
 zas de mal, ha de ser castigado: mas una vez castigado el delito, no  
 dará Dios nueva pena; ni de una deuda sola pedirá su suma recti-  
 tud dos pagas. Así, si somos castigados una vez, sea por nuestra  
 voluntad, ó contra ella, las deudas contraídas, en todo, ó á lo me-  
 nos en parte, quedarán pagadas. Confieso que el rendimiento vo-  
 luntario es de gran mérito; mas el merecimiento que la repugnan-  
 cia pierde, no es la satisfaccion del delito que hablamos. Ved, se-  
 ñor, que los trabajos de la vida encierran un gran bien que despre-  
 ciamos; porque necesariamente disminuyen la deuda, cuya paga es  
 del todo indispensable, y esto es á lo que se encaminaban las dos  
 comparaciones que os propuse. Quedó tan suspenso Isaac Angelo,  
 que ni podia responder, ni se atrevia á conformarse conmigo.

21 En verdad, dice el Conde, que es demasiada filosofia para un  
 encarcelado. Un afligido no está para hacer discursos delicados. ¿Y  
 un afligido, replicó Miseno, está obligado á no tener juicio, ó á no  
 servirse de él si le tiene? ¿En qué materia, pues, puede uno em-  
 plear con mas razon todas las delicadezas del discurso, que en dis-  
 minuir sus males? Cuando padecemos en algun miembro del cuer-  
 po, todos los demás se esfuerzan á aliviarse cuanto pueden. ¿Por qué,  
 pues, no harémos otro tanto en los tormentos del alma? Si mil dis-  
 cursos nos afligen en una cárcel, ¿no es justo que en la cárcel nos  
 consuelen otros discursos? Isaac Angelo hacia trabajar su entendi-  
 miento para afligirse, y yo lo hacia trabajar para convertir en ale-  
 gría toda su natural afliccion.

22 Eso ahora, decia la Princesa, es mucho mas que disminuir el  
 tormento. Creo que dificultosamente reduciriais á Isaac Angelo á  
 pasar alegre un solo instante mientras vivió preso; y si lo conseguís-  
 teis, podeis gloriaros mas de esa victoria, que de los triunfos que  
 alcanzásteis en Bohemia y en Rusia, porque jamás rindió vuestro  
 brazo enemigo tan poderoso.

Y acbruto, le vubra ser de dice garboso con bizzaria: Des-  
 en una serena, podeis, esa vida que os aca-  
 cedente desesperacion, la pe nes formidables que  
 gria. Mas me desvanezco de la victoria, porque estaba cubierto  
 nes no es el hombre quien triunfa, sino la verdad, y y morrion  
 solo tiene el mérito de gobernarle el carro para que ella se dian á la  
 de sus enemigos; porque es tal su belleza, que lo mismo es or inde-  
 brirse claramente, que deslumbrarlos, arrojarlos en tierra, os sea-  
 dirlos, y esto es lo que yo hice con Isaac Angelo.

24 Un dia en que le hallé muy desanimado y afligido, fin  
 yo tambien estaba desconsolado por verme preso sin saber la  
 sa, y por consiguiente sin el consuelo de esperar el término de aque-  
 lla muerte lenta. Dejé caer un poco mi corazon para que se uniese  
 al suyo herido y desangrado, á fin de que levantando el mio des-  
 pues, tambien el suyo se levantase; dejé escapar algunos suspiros,  
 y advertí que esta conformidad de afectos le era sumamente agra-  
 dable. En cierto modo, de él, hallo que sois aun mas infeliz que  
 yo, porque yo pago las deudas de mis crímenes, y vos padeceis ino-  
 cente. Yo solo padezco los tormentos; vos padeceis los tormentos y  
 la injusticia, que mortifica mucho mas que ellos. Esto me decia Isaac;  
 pero yo, cuando él me consideraba mas desalentado, hacia una re-  
 flexion con que me condenaba á mí mismo, reconviniéndome con va-  
 lor de esta suerte:

25 ¿Qué es lo que hago? ¿Para qué me dejo vencer de los ha-  
 dos, si un héroe puede siempre triunfar de ellos? Ánimo, Miseno,  
 vuélvase contra tí con cuanta furia quisiere la terrible rueda de la  
 desgracia; conjúrense contra mí todos los hombres; llegue la con-  
 juracion hasta los abismos; que en el Ser supremo, que todo lo go-  
 bierna, y que á todo es superior, puedo encontrar consuelo que me  
 recompense, y me haga sólidamente feliz.

26 Aquí quedó suspenso el Emperador; y yo que habia cobra-  
 do fuego, sin pararme, proseguí diciendo: Solo de Dios y de mí  
 pende el ser verdaderamente dichoso; porque si en esta infernal cár-  
 cel obrare bien, y me portare de suerte que agrade al Gobernador  
 del universo, es imposible que no sea venturoso y digno de grande  
 envidia. Todo consiste en agradarle, de suerte que guste de mí quien  
 todo lo gobierna en este mundo y en el otro; y ahora, para esto no  
 dependo de ninguno mas que de Dios y de mí mismo. Ved, señor,  
 si me engaño.

27 La suprema inteligencia que todo lo ve como es en la reali-

que vuestro mismo mérito sea vuestra perdición. La virtud es su presa mas gustosa, á la codicia de Dios no obra pesada, como tanto mayor impetuosa, que gustan muchas veces en vanos clientes de fieras, no toman aversion á otro, sin que tenga culpa algunos tenebrosos. No puede obrar, obra con razon, porque es la rectitud, hiciste. Soy del mismo parecer, respondió el Emperador, y yo ¿Qué cosa mas justa y laudable que conformarse un hombre seguido sin causa, rendirse enteramente á los decretos suyos, y sin averiguar los motivos, ni argumentar consigo mismo, las manos, doblar las rodillas, inclinar la cabeza y decir á las: *Obrad, Señor, como fuere mas de vuestro agrado, que yo á todo estoy dispuesto?* Imposible es que Dios no me estime, que no me ame, y que no me bendiga. Siendo esto así, no haré caso de las criaturas; y ya que Dios me ilustra con esta reflexion de su gracia, y me ayuda con su mano, quiero hacerlo; y así os protesto sinceramente que á todo estoy preparado, venga lo que viniere, prision, tormentos y muerte, todo es nada, solo por agradecer al supremo Autor del mundo, y de todo cuanto en él hay. Que el Omnipotente para probarme me escoja por blanco de sus fulminantes saetas; que conmoviendo las columnas del firmamento, haga caer sobre mí de golpe las bóvedas celestes; ó que faltándome de repente el suelo, me vea ir rodando por todos los despeñaderos hasta los abismos infernales; allí mismo reducido á cenizas veneraré sus consejos; y mientras fuere cayendo, le diré: ¡Oh Señor!

Cuán alto te encumbraste,

En saber, en poder, en fortaleza,

En cuanto hiciste, y en cuanto sentenciaste!

Y aun caído, será mi única palabra: *Que Dios es justo, y que sus acciones son la norma de toda equidad.*

28 Confieso, dice Isaac Ángelo, que Dios no podrá impedir que su entendimiento os elogie, ni á su corazon que os ame, ni á su mano generosa que tarde ó temprano os haga venturoso; y aun cuando su brazo airado estuviere levantado para daros el último castigo, tengo por cierto, que oyendo las voces rendidas de vuestra alma, quedaria desarmado, y os abrazaria tiernamente con cariño. ¡Ah, Miseno! Feliz el que pudiere hacer lo que vos haceis, porque obrando con ese generoso rendimiento, ó Dios ha de ser injusto, ó el hombre ha de ser dichoso; pues cuando Dios ama, ninguno le puede atar las manos para que no derrame sobre su amigo señales de su

<sup>1</sup> Job, xii, 16.

LIBRO VI.  
y ca bruto, le vibra el alma ser de dice garboso con bizzaria: Des-  
o vainad que f os haceis, y soñame, o deis; esa vida que os aca-  
gancia al amargura y la desesperacion, que nos formidables que  
29 C Todo, yo ví que desde ese dia la luz estaba cubierto  
aclaraba poco á poco. Su corazon se dilataba, y tomaba y morrion  
dificultad, algunos suaves movimientos: de modo, que baidian á la  
llegó á decir: ¡Ay amigo! ahora conozco que los juicios de Dios inde-  
pecto de mí, son justos, aunque rigurosos. Tal vez algun dia se ha-  
ser favorables: mas ¡cuán fría es esta mi esperanza! Con te con la  
le animaba cuanto podia, y él de su parte no hallaba expreata las  
con que agradecerme el bien que le habia causado con mis consejos.  
Si algun dia, me aseguraba el apretándome la mano, si algun dia  
llego á salir de esta mazmorra á mi trono, ¡ah, que vos seréis quien  
en él ha de reinar; porque mi voluntad no conocerá otro norte, ni  
mi juicio otro gobierno! Mas ¡qué locos son los sueños de un infeliz  
que no tiene otro alivio que su imaginacion engañosa!

30 En esto nos entreteniamos cuando un dia en que estábamos  
bien descuidados, oimos una extraña revolucion en toda la ciudad.  
Las centinelas que nos guardaban desampararon la puerta de la cár-  
cel, porque todos clamaban: *al arma, al arma.* No podiamos alinar  
con el motivo de semejante novedad, porque yo casi habia perdido  
la memoria de lo que pasó en Dalmacia. Crecia mas á cada momento  
el alboroto, porque de las torres de Constantinopla se avistaba que  
la armada habia embocado en los *Dardanelos*<sup>1</sup>, y una centinela que  
se volvió á su puesto, nos notició que era el príncipe Alejo acompa-  
ñado de una formidable escuadra que venia sobre Constantinopla.  
Entonces le conté al Emperador lo que me habia pasado con Alejo  
en Silesia, con el Dux y caballeros franceses en Zara<sup>2</sup>, dándole el  
parabien de la esperanza que podia tener de su libertad, y quedó  
como fuera de sí de gozo y contento.

31 Ya por toda la ciudad se oyen los tambores que tocaban á re-  
bato, ya suenan las trompetas, los clarines y timbales. La caballe-  
ría marcha á galope desempedrando las calles, la infantería corre á  
las murallas. Por la ciudad huye el pueblo despavorido; unos tro-

<sup>1</sup> Dos fuertes castillos de Turquía, uno en la *Romania*, otro en la *Natolia*, situados en la costa del estrecho ó canal de *Galipoli*, ó Brazo de San Jorge, llamado antiguamente *Helesponto*; estrecho que une el *Archipiélago* ó mar Blanco con la *Propóntide*, ó mar de *Mármora*: distan 40 á 60 leguas S. O. de Constantinopla.

<sup>2</sup> Véase lib. III, núm. 43 y sig.



que vuestro mismo mérito sea nuestra perdición. La virtud es su presa mas gustosa, á la que se arrojan lágrimas de los sacrosantos ríos de fierro, que pasa el cerrojo por dientes de fierro. ¿Qué se debe que hacerse: *enemigos, enemigos*: esto es lo que nos tenebrosos, y lo que respondian otros. En los principales de lucir, habian encontrados los afectos. Unos llenos de temor, otros llenos de furor; segun estaban contentos ó disgustados del actual Gobierno.

El saac Angelo impaciente pide, ruega, insta, y promete gracias á una sola centinela que nos habia quedado para que nos subiera á lo mas alto de la fortaleza en que estábamos, pues las últimas puertas de hierro eran bastantes para responder de nuestras personas. Añadió á las promesas ciertas dádivas, y esta llave de oro principalmente, y despues las de hierro, nos abrieron finalmente las puertas, y subimos ambos á lo mas alto acompañados de la centinela.

33 Ya las galeras se venian acercando, y las filas de los remos batiendo las olas á compás acelerado, me parecian las alas de las aves cuando vuelan ligeras. Todo el mar estaba cubierto. Parecian los vasos como un enjambre de abejas al rededor de su colmena; y en poco tiempo las galeras se embocan en el estrecho, abordan á la playa, y no léjos de la ciudad saltan en tierra los soldados, y el ejército se forma.

34 Eran seis mil franceses, ocho mil venecianos, y pocos mas extranjeros: los que venian á atacar una ciudad guarnecida por doscientos mil griegos. Los sitiadores peleaban en tierra ajena sin mas socorro que el de su valor: los sitiados combatian en su propia casa; y el amor de la patria, de las mujeres y de los hijos, junto al de sus intereses, les daba un ánimo multiplicado á los pechos que no estaban hambrientos; mas observando sus movimientos, parecia que los unos adivinaban su victoria, y los otros su ruina.

35 Yo veia al tirano corriendo en persona todos los puestos de la ciudad, exhortando á los cabos, amenazando á los soldados, pero intimidando á todos; pues en vez de animarlos, les comunicaba la propia pusilanimidad ó cobardía, porque traia impresos en el semblante el crimen y el miedo. Á veces se valia del rigor, y otras de la vil adulacion y baja, sin acertar jamás con el justo medio que debe guardar una majestad benévola. Con todo, volaba ligero de una

<sup>1</sup> Hasta cuarenta mil cuenta el *Abate Choyssi*, año 1202.

<sup>2</sup> El *Abate Vertot*, *Historia de Malta*.

bruto, le vino á ser de dice garboso con bizarría: Des-  
vaina á las cuatro partes del horizonte; esa vida que os aca-  
cio, órdenes y contraórdenes. De una parte se veian formidables que  
ros azufre, pez, resina, y semejantes materiales estaba cubierto  
otra piedra enormes, estas para arruinar y aquellos para y morrion  
máquinas que se acercasen á las puertas ó á las murallas. Indian á la  
sino dardos, flechas, arcos y armas ofensivas. Unos arrojan inde-  
sinos haces de leña y de sarmientos, materias fácilmente inflamas, y  
otros llevaban sacos de lana, de arena y de tierra para empujar con la  
golpes de los arietes, ó para apagar el fuego cuando no fuera la  
luno. Por aquí se cortaban los puentes, por allí se minaba por de-  
bajo los muros para hacer caminos cubiertos, ó impedirselos á los  
contrarios. El pueblo parecia un hormiguero cuando lo descubren  
de repente: unos con otros se revolvian, y á la fuerza de la multi-  
tud se embarazaban mutuamente.

36 Por el contrario el campo de los latinos todo era orden, to-  
do alegría, todo valor. Los caballos de la Cruzada marchaban con  
un aire tan intrépido, noble y despejado, como si viesen, no el com-  
bate, sino el triunfo. Sobresalia entre todos el famoso dux de Vene-  
cia, Enrique Dandolo ó Dandolo. Las canas que se le descubrian por  
debajo el capete le hacian mas respetable que los emplumados  
morriones de los otros capitanes que mandaban. Á pesar de su avan-  
zada edad, él era quien daba las órdenes, y venia á la frente de todas  
las tropas reunidas. Traia á su lado al príncipe Alejo, montado en  
un hermoso caballo ricamente enjaezado, el cual ostentaba al mismo  
tiempo en la preciosidad de los arneses y de las armas que era un  
príncipe rico; y en el valor, ánimo y denuedo, que era un conquis-  
tador valeroso. Comandaban diferentes cuerpos, entre otros capita-  
nes que yo no conocia, el gran Montmorenci, el Marqués de Mont-  
ferrato, los Condes de Bloy, San Pablo, Bolonia, Percha, y el Con-  
de de Flandes, que despues se tituló *Balduino I*. Este caballero de  
ningun modo esperaba entonces la corona de Constantinopla que la  
fortuna le preparaba, ni menos temia la infelicidad á que le condu-  
cia su misma fortuna.

37 De todo iba yo informando al Emperador ciego; y cuando le  
nombre á su hijo, se enterneció su corazon paterno, de modo que  
me ví obligado á dejar correr algunas lágrimas. Si llegas á reinar,

<sup>1</sup> Gobernaba su República hacia nueve años, y aunque de edad de ochenta,  
la gobernaba con acierto y entereza: tomó la insignia de cruzada, y dirigió la  
toma de Constantinopla.

que vuestro mismo mérito sea vuestra perdición. La virtud es su presa mas gustosa, á la que yo me he dedicado. La virtud es su tanto mayor impulso, quanto mas gusto me hará morir á sus mandamientos de fieras. Los movimientos de tan excesiva alegría me tenebrosos á mi lado sobre el trono, y mas que desde allí me lucir, he de transferir luego al trunfo. Pero no me consiente la infente en un gran consuelo: no, no seré yo tan feliz que te vea victorioso. Ah cruel hado! ¿Por qué me conservaste la vida hasta un momento tan peligroso? De este modo me lo estaba mirando, ya transformado en júbilo, ya desfallecido de tristeza; tímido en los deseos, zeloso en las esperanzas, y siempre atormentado en sus afectos. Yo te hacía saber cuanto pasaba, y la centinela me instruía en el conocimiento de los griegos que yo jamás había visto.

38 Llegaron en fin los latinos cerca de las murallas de la ciudad, cuando la luz del sol se les retiraba. Entró la noche imponiendo á los mortales la ley del silencio y del descanso. La una fue obedecida, y la otra despreciada, procurando cada cual el día siguiente sorprender á su contrario con el trabajo hecho á beneficio de las tinieblas; mas á la madrugada siguiente, los dos que pretendían engañar, se hallaron engañados.

39 Estaban ya dispuestas las formidables máquinas con que se habían de escalar los muros, y arrancar las puertas. Los ingenieros discurrían por todo el circuito de la ciudad á ver por dónde se podía formar el ataque. En esto se hallaban ocupados los principales jefes, cuando de improviso salió un destacamento de caballería para embarazarlo. No se sueltan con mas furia los vientos, cuando rotas las cadenas que los detienen, van por valles y montes á destruir todo lo que encuenan, como se vieron venir precipitados los griegos sobre los latinos. Hallábase el tirano en la escaramuza, aunque disfrazado, siendo igualmente medroso y temerario, degenerando alternativamente en estos dos extremos opuestos: efecto propio de quien se gobierna por la pasión, sin consultar al entendimiento. Llegó á conocerlo el príncipe Alejo, que no estaba disfrazado, ni tenía á su lado sino al Dux y otros pocos capitanes. Quiso, mas no pudo reprimir la cólera, y corrió como un rayo contra el tío con la lanza enristre\*. No advirtió el tirano el peligro á tiempo de evitarlo, y picando al bruto, corrió contra el sobrino. Quiébranseles con el golpe las lanzas, y pasaron los brutos adelante. Alejo perdió el capacete, y el tirano salió fuera de la silla. Echa el Príncipe mano del alfanje, y vuelve diestro el caballo sobre el tirano que ya se iba cayendo: viólo casi en tierra; mas señor de su cólera, le dió la mano, le detuvo

LIBRO VI.  
y el bruto, le vuela el temor ser de dice garboso con bizzarria: Des-  
vaina el dardo para defender, si podeis, esa vida que os aca-  
no de dar calascargaronse de parte á parte y los formidables que  
se oian y resonaban á larga distancia. El Príncipe estaba cubierto  
con solo su escudo, y el tirano con una de malla, visera y morrion  
de finísimo acero. Acuden de una y otra parte los que atendian á la  
seguridad de semejantes personas, y trábase la pelea con calor inde-  
cible: hé aquí que una saeta desconocida le hiere en los ojos el ca-  
ballo del Príncipe: pierde el bruto el gobierno desesperado con la  
vehemencia del dolor, y dando desordenados brincos, revienta las  
cinchas, y el jinete á caballo en la silla, va por el aire á caer entre  
los enemigos, y á los piés del tirano. Ingrato este á la generosidad  
del sobrino, levanta el brazo, y con un dardo iba á clavarle con la  
tierra, cuando el Príncipe se salió por debajo del caballo del tirano,  
y al pasar dejó herido al bruto mortalmente. Á este tiempo un paje  
del Dux toma al Príncipe en brazos, y poniéndole á la grupa de su  
caballo, lo arranca y lo salva del peligro. Conoce el tirano que su ca-  
ballo desatándose en sangre iba á caer en tierra, y monta en el de  
Constantino su valido, quien abrazado con él, muere atravesado de  
un dardo que le disparó el Dux. Huyó desanimado el tirano: quiere  
seguirle el sobrino, mas el Dux le detiene del brazo, y con la auto-  
ridad del empleo y de los años lo hace parar inmóvil, reprendiéndole su disculpable y gloriosa temeridad.

40 Entre tanto por la parte del mar se hacia un vigoroso ataque  
siguiendo las órdenes de Balduino; y mientras se armaba un formi-  
dable ariete\* para batir una de las puertas de la ciudad, los honde-  
ros con piedras, y los demás con saetas desbaraban todo lo que se  
asomaba á los muros, para impedir los trabajos. Acude la mayor  
fuerza de los griegos á esta parte, temerosos del peligro; y para  
abrasar la máquina que ya estaba pronta y comenzada á obrar con  
fruto, arrojan sobre ella muchos haces de leña mezclada con pez y  
resina; y eran tantos y tan continuos, que parecia llover fuego del  
cielo. Manda Balduino retirar á toda prisa la máquina, y preparar  
todo lo necesario para formar nuevo puente, dejando caer todo el  
fuego sobre el que habia, para que con el pábulo de su maderaje se  
quemase la puerta. Era el viento favorable, é inclinaba hácia ella las  
llamas, llevando el humo contra los muros, de modo, que se prendió  
en la puerta el incendio, á pesar de las diligencias que hacian  
los cercados para apagarlo. Parecia el sitio un infierno. Empieza á

caer el puente, y ardiendo las maderas, se iban mayor actividad á las llamaradas que abrasaban la puerta. Mas, el calor y el humo impedían á gran distancia que nadie se acercase á la muralla. Advierte Balduino que á lo largo de la puente se iba extendiendo el fuego, y que ya las nuevas vigas serian cortas para suplir por las que se quemaban. El mismo echa pié á tierra, toma un destal para ir á atajar el incendio; pero dos soldados intrépidos se lo arrebatan de las manos, y van casi al medio de la hoguera á poner coto á las llamas, y decirles: *De aquí no paseis*: obedece el voraz elemento indómito: atraviéanse las vigas en el puente, y se disponen las tropas para entrar con espada en mano, luego que la puente y las llamas les franqueen la empresa.

41 En este tiempo, el gran Montmorenci con cinco mil venecianos y dos mil franceses preparaban una escalada por la parte del puente, donde los muros estaban mas bajos. Ya las escalas estaban puestas, y los soldados disputando el honor de la primacia. Mas el Dux sagaz, fingiendo haber perdido la esperanza de este puesto, manda retirar de repente cuatro mil venecianos y mil franceses, y que á las órdenes del Marqués de Montferrato fueran á atacar por otro sitio que parecia mas oportuno. Quería hacer division de sus tropas, y con eso engañar á los enemigos delante de sus propios ojos; y para asegurarlos mas en el engaño, muy poco despues se llevó consigo otros mil y ochocientos hombres, dejando solos doscientos soldados al mando de Montmorenci, que estaba bien instruido de la estratagemas.

42 Cuando los griegos vieron que los sitiadores abandonaban el sitio, corrieron á sostener el que juzgaban mas peligroso. Ardia entonces con la mayor fuerza la puerta de hácia la parte del mar, dando Balduino calor á su proyectada empresa. Montferrato no desconfiaba ser el primero que entrase en la ciudad, á cuyo fin trabajaba con estruendo. La noche habia ya extendido su tenebroso manto sobre Constantinopla; pero los baluartes brillaban con el fuego marcial que los sitiados encendian para arrojarlo sobre los que los cercaban, y sus formidables máquinas. Servia esta iluminacion para su ruina; pues los latinos disparaban sus saetas con puntería cierta, y los griegos á tienta.

43 En este medio tiempo maniobraban los marineros de industria, forzando los remos con gran ruido, mezclando muchas voces de alborozo y contento, para hacer creer que les habia llegado socorro

al Dux. Acostumbrado á temer ser demasiado crédulo, y como las tinieblas siempre fueron las madrinas del engaño, todas las industrias del Dux le salieron como las habia premeditado.

44 Entonces el príncipe Alejo, viendo que aquella parte del muro que atacaba Montmorenci estaba casi abandonada de los griegos, despachó aviso al Dux para que pusiera en ejecucion la escalada. En efecto, él fue gloriosamente el primero que subió atrevido, y echó valerosamente mano al muro; mas al querer montarlo, le faltó un pié y cayó; pero con la felicidad de que en la caída encontró dos valerosos soldados que subian tras de él, y precipitándose juntamente con ellos, fue el golpe del Príncipe menos funesto. Desde abajo animaba á los otros que iban subiendo envidiosos de su suerte, cuando vió que una piedra disforme rodando desde lo alto de la muralla, vino en fin á caer y quebrar la escala por donde los salteadores trepaban, quedándose en el sitio, unos muertos y otros estropeados. Mas glorioso y mas funesto fue el sucesor del gran Montmorenci; porque habiendo subido con felicidad por entre una lluvia de saetas que caian sobre su escudo, al llegar encima los muros lo atravesó una lanza por el pecho, y lo envió coronado de laurel al templo de la gloria, depositando su cadáver en el de la fama. Ya en este tiempo habian acudido el Dux y Montferrato con la fuerza de sus tropas, dejando en los lugares que atacaban todos los pifanos, tambores é instrumentos músicos, los cuales sonando, como si allí hubiese tropas, ocultaban á los sitiados su ausencia. No estaban los griegos prevenidos para tan vigoroso combate por aquel sitio que juzgaban abandonado: por eso se peleaba ya en los muros pecho á pecho. Quince soldados franceses llegaron á montarlos; mas ni uno solo escapó con vida, aunque tres de ellos antes de perderla consiguieron entrar en la ciudad, y la dejaron de antemano gloriosamente vengada. Vió el Dux que á esta parte de los muros habia acudido tal multitud de griegos, que á cada caballero correspondian muchos miles; y teniendo grande esperanza en la empresa de Balduino, mandó tocar á recoger para reservar soldados y fuerzas.

45 Conociendo esto el Emperador ciego, baja de la garita donde estábamos, temiendo el suceso funesto de combate tan peligroso. Yo le animaba con esperanzas, sin pasar los justos límites de una prudente incertidumbre, y ponderaba alguna de las razones con que en Zara habia dado ánimo á los caballeros cruzados para entrar en aquella expedición. Entonces el Emperador no sabia cómo darme

<sup>1</sup> Lib. IV, núm. 27 y 28.

á entender su agradecimiento, y me decía: Si llego á salir de la cárcel, os juro por cuanto el cielo y la tierra tienen de más sagrado, que no tomará alimento mi cuerpo, ni mi sed refrigerio, ni mi cabeza descanso, sin que vos esteis á mi lado. Vos seréis el báculo de mi vejez, la luz de mis ojos, el consuelo de mi alma, el gobierno de mis pasos y el consejo de mis resoluciones. Vos seréis el conductor de Alejo en el trono, ya que lo fuisteis en el desierto. La mitad de nuestra corona será vuestra, porque toda ella se os debe; y si por cúmulo de mi infelicidad pereciese mi hijo en el combate, vos seréis el regente de mi cetro, hasta que mis tiernos nietos puedan empuñarle. Tomo por testigo al Dios que me castiga, y le pido que descargue sobre mí todo el furor de su justa venganza, si yo me olvidare de lo que ahora prometo en su presencia. Falten á mis brazos los nervios, oscurezcase mi entendimiento, quede mi lengua sin fuerza, olvidense de mí mis vasallos, si Isaac Angelo se olvidase de Misenno... Mas iba á decir; pero le interrumpí con urbanidad, porque ví que se enardecía, y solamente le dije:

46 Nada merezco, señor, y nada espero, porque obro principalmente por mí. El satisfacer las obligaciones de humanidad, de honor y de mi carácter, es lo que me anima á ayudar á cualquier afligido, y cuanto más á un príncipe desterrado, y á un emperador preso. En la dulce satisfacción de mi genio, y en lo que á mí me debo, logro un premio muy grande; y así, si tuviere el gusto y la dicha de que por medio de esta empresa vos y el Príncipe seais restituidos gloriosamente á la libertad y al trono, no podrá haber en el mundo galardón más ilustre, y que más llene mi corazón, que decirme á mí mismo con verdad: *Arranqué de las garras de la desgracia dos príncipes beneméritos, que sin mí naturalmente perecerían en ellas.* Así, señor, no ocupeis vuestro entendimiento con la idea de gratificar mis servicios, porque cuando me diésteis toda vuestra corona, no me podríais dar recompensa tan noble y gloriosa como la que puedo tener quedando en esta mazmorra. Tal vez os parecerá extraña esta mi filosofía; pero debéis entender que ha mucho tiempo que deseo hacer bien, solo por la satisfacción de haberlo hecho. Con esto le dejé descansar el breve intervalo que el sueño le ocupó los sentidos, y me puse de centinela á la puerta de mi corazón, para que no esperase paga de hombre alguno, por cuanto esta esperanza es la puerta más ordinaria de nuestra inquietud y desasosiego. Quien confía en los hombres se halla por lo común engañado; y nada aflige más vivamente un corazón sensible, que una justa esperanza frus-

y su caída, como sucede á aquel que en un camino tenebroso va á poner el pié con confianza en el suelo, y poniéndolo en falso, se precipita. Vos veréis despues que mi corazón fue buen profeta.

47 Llegó, en fin, la madrugada siguiente; pero aun no se sabía por qué parte del horizonte había de tomar la aurora, y ya en el campo sonaban los bélicos instrumentos y los preparativos para un horrible asalto. Fué poco á poco esclareciendo el día, y parecía que toda la tierra se desentrañaba en gente; el murmullo del vecindario, multiplicado por todos los del pueblo y por los sitiadores, se asemejaba al susurro estruendoso del mar agitado contra las peñas. En toda la noche no había cesado el Conde de Flandes de preparar un nuevo puente para avanzar la puerta que las llamas habían abierto, y á los primeros rayos del sol estaba ya el puente preparado, la puerta abierta, y Alejo á la frente de todas las tropas. Estaban los ánimos de los sitiadores impacientes, hasta los caballos lo estaban. Sonaban las trompetas y los timbales; pero aun no era esta la señal para entrar en la ciudad. Bajaban los frenos, y á pedazos caía la espuma que formaban de rabiosos y bravos: golpeaban la tierra, que temblaba y que resonaba bajo los piés de los brutos. Los relinchos, los brinco, los movimientos del cuerpo desconcertaban las filas. Dóblase la impaciencia de la caballería, cuando suena la señal de marchar la infantería á paso redoblado. Mas de cien mil griegos estaban dispuestos á defender la puerta, y los restantes sostenían todos los otros puestos peligrosos. Fiados en su ventajoso número repartían entre sí los despojos, antes de entrar en la pelea; y en su idea, cuantos caballeros venían, otras tantas víctimas destinaban á su furor y venganza. *Teófilo* y *Parmenas* eran los dos generales que comandaban las tropas de la plaza, y habían dispuesto que todos esperasen á pié firme á los sitiadores dentro de la ciudad, para que cercados por todas partes, ninguno pudiese escapar con vida del furor sangriento de sus armas.

48 Al llegar la infantería más cerca de los muros, se dispara de golpe una lluvia tan cerrada y tan espesa de saetas, que tropezaban unas con otras en los aires, y se perdían muchos tiros. Caen de uno y otro lado los compañeros muertos, y los que sobreviven heredan luego de los difuntos el ánimo, el ardor y la rabia para la venganza. Ábrese en dos columnas la infantería al llegar al puente, y entra la caballería de golpe haciendo paso á la infantería. Trábase la pelea. Todo en la ciudad es horror, todo es confusión, todo mortandad. Como lobo voraz en medio de un numeroso rebaño, así andaba

la muerte con la funesta y desapiadada guadaña, envolviendo en cólera igualmente á los valerosos que á los flacos, á los latinos que á los griegos, á los caballeros que á los soldados rasos. Distingúase entre los griegos *Timoteo*, joven de gran valor, que algun día se criaba con el príncipe Alejo, y tenia con él íntima amistad. Estimulado este entonces de la obligacion de su cargo, hacia prodigios de valor; y su brazo era el mas formidable que podian temer los latinos. Dirigióse á él sin conocerle la cólera de Alejo, y con un dardo arpadado le acomete, le embiste, y le rinde á sus piés. Hé aquí que en el mismo instante de esta particular victoria ve el Príncipe que los griegos suspenden las armas, aun estando por la mayor parte victoriosos: ve que los brazos desanimados se les caen frios y lánguidos, que ni se atreven á avanzar, ni tienen fuerzas para huir. Teme el Dux alguna gran celada, ignorando el motivo de esta novedad, y suspende tambien sus acciones. En esta incertidumbre cogen un prisionero, y este les declara el motivo. Huyó, les dice, esta noche el emperador Alejo Ángelo, *Murtzulfo* virtilo, en una barca con su mujer, familia y tesoros<sup>1</sup>. No bien oyó el príncipe Alejo Ángelo IV la noticia, cuando de repente se le mudó el semblante, el ánimo y el corazon. Empieza ya á mirar á los griegos como á hijos, y á los latinos como extranjeros, aunque amigos. El gran Dux da las órdenes propias á esta novedad; Alejo reconoce á su antiguo amigo; la sangre que á borbollones le sale del pecho le enternece, y ver que á quien tiene á sus piés medio muerto es Timoteo, le aflige. Aun no habia espirado: aun oyó que el Príncipe era su soberano, y con los ojos moribundos, con la mano débil y pálida, sin poderse explicar, se explica: que el amor para todo tiene arte. Alejo entonces se apea del caballo y le abraza, quiere, mas teme arrancarle la arpada lanza con que le habia atravesado. ¡Ay amigo! le dice. ¡Ay príncipe mio! le responde por señas: entonces ya parece virtud y heroismo á los ojos de Alejo lo que en el anterior instante era motivo de rabia y de venganza. Revivensele en la memoria los dulces entretenimientos de los años juveniles, en que la distancia del cetro permite mas confianza á la amistad. El corazon se le enternece, y llora: las lágrimas se mezclan con la sangre del amigo, que él mismo la hacia correr, y afligido le va á arrancar el hierro; mas sin advertirlo multiplica y aumenta la herida, y viene el amor á concluir el homicidio que comenzó la rabia. El corazon de Timoteo ya no palpita, sino con

<sup>1</sup> Alejo III llevando el oro y plata que pudo, siguiendo el rumbo del Bósforo, se refugió en *Jagora*, ciudad de Tracia.

ys alientos del amor: el alma se le quiere separar; pero él presindiendo el último suspiro, se esfuerza, le pide la mano á Alejo, y llegándola á sus labios ya frios, espira. En este tiempo los príncipes cruzados vieron venir hácia ellos los habitadores de la ciudad en procesion á pedir misericordia. Concedéronles la vida, permitiendo el saqueo á sus tropas, con tal que guardasen el decoro á las mujeres<sup>1</sup>.

49 Ya el Dux, Balduino, Montferrato y todos los cabos rodean á Alejo, y él los recibe con los ojos bañados en lágrimas; pero cuando los señores griegos se le acercan, las enjuga fácilmente. Perplejo no sabe á quién abraza primero, si á los enemigos que ya no lo son, ó á los amigos, que lo son ó lo fueron. Lloro la sangre de los griegos por ser sus hijos; siente y agradece la que los latinos derramaron. Llévanlo todos en triunfo, sin que hubiese victoria, y toman el camino de la cárcel para buscar á Isaac Ángelo.

50 Nosotros estábamos pasmados viendo la repentina suspension de las armas. ¡Ah! que es muerto mi hijo, decia Isaac. Es muerto mi hijo, y con su vida se acaba el derecho y todas mis esperanzas. Cesarán las armas, pues ya ninguno las tomará por mí, ciego, encarcelado y medio muerto. En este tiempo, viendo el centinela que corrian á la fortaleza, nos hizo bajar precipitadamente, porque creía que el tirano mandaba reforzar las guardias para asegurarse de los presos. Métenos en calabozos separados, y duplica las cadenas y las llaves; mas apenas me habian encerrado, cuando oigo en la cárcel vecina vivas, adoraciones y parabienes, todo en agradable desorden. Oigo la voz de Alejo, la del Dux y la de los principales cabos, que conocí en Zara: oigo que los griegos postrados en tierra dan á Isaac Ángelo las adoraciones de emperador, y que lo pasan desde las cadenas al trono, llevándolo en palmas al templo de Santa Sofia, en compañía de Alejo su hijo, para que este se declare allí tambien asociado en el cetro<sup>2</sup>. En ese grande alborozo ninguno se acuerda de Miseno, y Miseno queda olvidado y encerrado en la cárcel; pero ¿qué importa, si queda estudiando en el libro de la experiencia lo

<sup>1</sup> Hallaron en la ciudad inmensas riquezas de oro, plata y pedrería, tanto (dice la Crónica de Ville-Balduino) que jamás se vió en parte alguna saqueo tan rico. Entre franceses y venecianos se repartieron 800,000 marcos de plata. (*Abate Choysi*, 1204).

<sup>2</sup> Coronado Alejo, inmediatamente escribió al Sumo Pontífice, reconociéndole por cabeza de la Iglesia universal, prometiéndole obligar á sus vasallos á renunciar el cisma. (*Ab. Choysi*, lib. 22, 14, año 1204).

<sup>3</sup> El Abate Vertot. (*Hist. de Malta*). Sucedió esto año 1203.

poco que vale la palabra de un hombre cuando muda de fortuna, cuán loco es y cuán infeliz el que obra bien, solo con la confianza del agradecimiento de los hombres <sup>1</sup>? Doctrina que me valió mas que todos los cetros y coronas del mundo.

## LIBRO VII.

El Conde y la Princesa se irritan contra la ingratitud de Isaac Angelo, y Miseno procura sosegarlos.—Motivos políticos por que fueron ingratos Isaac y su hijo.—Llevan á Miseno atado á otra prision muy distante, y procura consolarse á sí mismo.—Canta en la mazmorra, y Hermilla, hija del gobernador de la fortaleza, le visita y le habla, lamentándose de su futura infelicidad.—Responde Miseno con ánimo heróico, y queda suspensa Hermilla de su filosofía.—Pinta Miseno unos cuadros alegóricos de una quinta en Mariemburgo, con lo que responde á Hermilla, y concluye diciendo: que todos los sucesos tienen un rostro apacible y otro desagradable, que podemos tomarlos por el lado hermoso, y que muchos trabajos nos conducen al bien sin que lo percibamos.—Dale Hermilla á entender que le orden para quitarle la vida.—Responde Miseno con valor.—Se va Hermilla, y queda Miseno revolviendo en el pensamiento cuanto Hermilla le dijo, y se le amotinán las pasiones en el pecho.—Aparécesele el Ángel protector de Polonia, y le consuela con agradables presagios.—Llega orden de Alejo para que prontamente se le quite la vida á Miseno con el mayor secreto.—Lee Hermilla la orden que no admitia réplica, y medita el modo de libertarle.—Una gruta subterránea, en donde entraban las aguas de un rio por debajo de la cárcel, la ofrece especie oportuna para su intento, núm. 26.—Intima Teodoro á Miseno la sentencia, y este queda sereno y admirado.—Toma Hermilla á su cargo poner en ejecución las órdenes del Emperador para salvar mejor al preso.—Sale Miseno del fuerte por debajo del agua en una *boya*, y encuentra á su bienhechora en la playa.—Háblale Miseno la contesta, núm. 30.—Respuesta de Hermilla á Miseno, núm. 32.—Sale Miseno de los dominios del Emperador.—Entra en la Bulgaria para pasar á Hungría y Polonia.—Embárcase en el *Esker* con dos húngaros, el uno que va á felicitar á Miecslao su ascenso al trono.—Discurre Miseno sobre el derecho de Lesco á la corona, y el Embajador sobre las incomodidades del cetro.—Finalmente llega Miseno incógnito á Polonia.

1 No podía la Princesa contener su admiracion y espanto á vista de la ingratitud de Alejo, y de su padre Isaac Angelo. El Conde saltaba impaciente solo de oír la relacion de semejante suceso, y uno

<sup>1</sup> *Maledictus homo (infelix) qui confidit in homine... erit enim quasi myrica in deserto.* (Jerem. xvii, 5). J. B. Duhamel hic. *Myrica*, vulgo, la *bouyère*, *jara* ó *taray*, arbusto pequeño, que segun Plinio, lib. 249, si es hortense, da el fruto áspero, si silvestre, ninguno.

y otro descargaban crueles golpes de justa indignacion sobre tales desconocidos, concurriendo cada uno con los colores mas vivos, y las mas negras sombras que podian, para hacer sobresalir la fealdad de los retratos que de ambos ingratos se habian figurado en su imaginacion <sup>1</sup>. Miseno entonces, como sangre fria, intentando tranquilizarlos, les dice que no se admiren del caso, porque no habia motivo para ello. No cae, les dice, no cae bien la admiracion sino sobre lo que es raro, y no hallaréis en el mundo cosa mas comun que hombres ingratos. Los mismos que declaman con mayor horror contra este monstruoso vicio, lo adoptan muchas veces como á su hijo querido, por cuanto solo es feo por el aspecto que mira al bienhechor; así como por el que mira á los ingratos es agradable; y es la razon, porque á los favorecidos los dispensa de la obligacion del reconocimiento, que siempre oprime; pues cuanto mayor es el beneficio que se recibe, tanto mayor es la esclavitud en que queda constituido el beneficiado; y como muy pocos gustan arrastrar estas cadenas, con solo un simple <sup>2</sup> se libran de su pesadez. Amigos míos, quien no quisiere vivir con ingratos mucho trabajo ha de tener, si ha de vivir en el mundo. Infeliz será el hombre que no experimente ingratitudes, porque muy poco bien habrá hecho á los demás. Por lo contrario creed que cuantos mas ingratos hiciéremos, tanto mas noble es el fin que nos mueve á obrar bien. Esta es la condicion del corazon humano. Si halla correspondencia, insensiblemente la busca, y ya entonces obra con los ojos en ella; mas si no la encuentra, obra con ánimo noble y heróico haciendo el bien, solo porque es bien, sin otro fin ni motivo que fomenta el interés, ó disminuya el valor. El que hace bien solamente á los agradecidos, comercia; mas el que lo hace á los ingratos, obra por pura liberalidad. El uno siembra los beneficios, el otro los derrama: uno procede como hombre, el otro como Dios, y este siempre tiene el delicado y agradable consuelo de haber obrado bien, que es el gusto mas deleitable que puede lisonjear el paladar de una alma bien formada.

<sup>2</sup> Este era mi único consuelo en la cárcel. Verdad es que de cuando en cuando mi naturaleza gemia, y alguna queja ó sentimiento se me escapaba, por mas que me decia á mi mismo todo cuanto vos habeis insinuado, y á esto me incitaba tambien el soldado que estaba de centinela el dia de la batalla, quien siempre me quedó afi-

<sup>1</sup> Año 1203 fueron exaltados al trono, el 1204 su deudo Alejo Murtzullo quitó la vida con veneno á Isaac, y pocos dias despues ahorcó por sus manos á Alejo. (B. M. Florez en su *Clave*).

poco que vale la palabra de un hombre cuando muda de fortuna, cuán loco es y cuán infeliz el que obra bien, solo con la confianza del agradecimiento de los hombres <sup>1</sup>? Doctrina que me valió mas que todos los cetros y coronas del mundo.

## LIBRO VII.

El Conde y la Princesa se irritan contra la ingratitud de Isaac Angelo, y Miseno procura sosegarlos.—Motivos políticos por que fueron ingratos Isaac y su hijo.—Llevan á Miseno atado á otra prision muy distante, y procura consolarse á sí mismo.—Canta en la mazmorra, y Hermilla, hija del gobernador de la fortaleza, le visita y le habla, lamentándose de su futura infelicidad.—Responde Miseno con ánimo heróico, y queda suspensa Hermilla de su filosofía.—Pinta Miseno unos cuadros alegóricos de una quinta en Mariemburgo, con lo que responde á Hermilla, y concluye diciendo: que todos los sucesos tienen un rostro apacible y otro desagradable, que podemos tomarlos por el lado hermoso, y que muchos trabajos nos conducen al bien sin que lo percibamos.—Dale Hermilla á entender que le orden para quitarle la vida.—Responde Miseno con valor.—Se va Hermilla, y queda Miseno revolviendo en el pensamiento cuanto Hermilla le dijo, y se le amotinán las pasiones en el pecho.—Aparécesele el Ángel protector de Polonia, y le consuela con agradables presagios.—Llega orden de Alejo para que prontamente se le quite la vida á Miseno con el mayor secreto.—Lee Hermilla la orden que no admitia réplica, y medita el modo de libertarle.—Una gruta subterránea, en donde entraban las aguas de un rio por debajo de la cárcel, la ofrece especie oportuna para su intento, núm. 26.—Intima Teodoro á Miseno la sentencia, y este queda sereno y admirado.—Toma Hermilla á su cargo poner en ejecución las órdenes del Emperador para salvar mejor al preso.—Sale Miseno del fuerte por debajo del agua en una *boya*, y encuentra á su bienhechora en la playa.—Háblale Miseno la contesta, núm. 30.—Respuesta de Hermilla á Miseno, núm. 32.—Sale Miseno de los dominios del Emperador.—Entra en la Bulgaria para pasar á Hungría y Polonia.—Embárcase en el *Esker* con dos húngaros, el uno que va á felicitar á Miecslao su ascenso al trono.—Discurre Miseno sobre el derecho de Lesco á la corona, y el Embajador sobre las incomodidades del cetro.—Finalmente llega Miseno incógnito á Polonia.

1 No podía la Princesa contener su admiracion y espanto á vista de la ingratitud de Alejo, y de su padre Isaac Angelo. El Conde saltaba impaciente solo de oír la relacion de semejante suceso, y uno

<sup>1</sup> *Maledictus homo (infelix) qui confidit in homine... erit enim quasi myrica in deserto.* (Jerem. xvii, 5). J. B. Duhamel hic. *Myrica*, vulgo, la *bouyère*, *jara* ó *taray*, arbusto pequeño, que segun Plinio, lib. 249, si es hortense, da el fruto áspero, si silvestre, ninguno.

y otro descargaban crueles golpes de justa indignacion sobre tales desconocidos, concurriendo cada uno con los colores mas vivos, y las mas negras sombras que podian, para hacer sobresalir la fealdad de los retratos que de ambos ingratos se habian figurado en su imaginacion <sup>1</sup>. Miseno entonces, como sangre fria, intentando tranquilizarlos, les dice que no se admiren del caso, porque no habia motivo para ello. No cae, les dice, no cae bien la admiracion sino sobre lo que es raro, y no hallaréis en el mundo cosa mas comun que hombres ingratos. Los mismos que declaman con mayor horror contra este monstruoso vicio, lo adoptan muchas veces como á su hijo querido, por cuanto solo es feo por el aspecto que mira al bienhechor; así como por el que mira á los ingratos es agradable; y es la razon, porque á los favorecidos los dispensa de la obligacion del reconocimiento, que siempre oprime; pues cuanto mayor es el beneficio que se recibe, tanto mayor es la esclavitud en que queda constituido el beneficiado; y como muy pocos gustan arrastrar estas cadenas, con solo un simple <sup>2</sup> se libran de su pesadez. Amigos míos, quien no quisiere vivir con ingratos mucho trabajo ha de tener, si ha de vivir en el mundo. Infeliz será el hombre que no experimente ingratitudes, porque muy poco bien habrá hecho á los demás. Por lo contrario creed que cuantos mas ingratos hiciéremos, tanto mas noble es el fin que nos mueve á obrar bien. Esta es la condicion del corazon humano. Si halla correspondencia, insensiblemente la busca, y ya entonces obra con los ojos en ella; mas si no la encuentra, obra con ánimo noble y heróico haciendo el bien, solo porque es bien, sin otro fin ni motivo que fomente el interés, ó disminuya el valor. El que hace bien solamente á los agradecidos, comercia; mas el que lo hace á los ingratos, obra por pura liberalidad. El uno siembra los beneficios, el otro los derrama: uno procede como hombre, el otro como Dios, y este siempre tiene el delicado y agradable consuelo de haber obrado bien, que es el gusto mas deleitable que puede lisonjear el paladar de una alma bien formada.

<sup>2</sup> Este era mi único consuelo en la cárcel. Verdad es que de cuando en cuando mi naturaleza gemia, y alguna queja ó sentimiento se me escapaba, por mas que me decia á mi mismo todo cuanto vos habeis insinuado, y á esto me incitaba tambien el soldado que estaba de centinela el día de la batalla, quien siempre me quedó afi-

<sup>1</sup> Año 1203 fueron exaltados al trono, el 1204 su deudo Alejo Murtzulfo quitó la vida con veneno á Isaac, y pocos dias despues ahorcó por sus manos á Alejo. (B. M. Florez en su *Clave*).

cionado, y cuando le tocaba la guardia se entretenia conmigo, contándome lo que de mí se decia ó se pensaba.

3 En efecto, Isaac Ángelo queria sacarme de la cárcel, y hacia de mí muchos elogios á su hijo Alejo; pero este viéndose árbitro despótico del cetro, que su padre no podia sostener con manos trémulas, ni gobernar sin ojos, de ninguna manera queria tener á su lado quien le ayudase á sostenerlo y manejarlo. Su ímpetu fogoso tampoco queria ser reprimido por la prudencia de otro; y así cuanto mas me elogiaba Isaac Ángelo, tanto mas Alejo me temia. Acordábase de los discursos que habíamos tenido en la Silesia<sup>1</sup>; pero esta memoria le confirmaba mas en el dictámen de no ser conveniente que su padre me tuviese á su lado. Para evitar en fin todos estos sustos, le persuadió que yo habia muerto, y me mandó llevar de noche con toda cautela á una fortaleza situada sobre el *Esker*<sup>2</sup>, casi á la raya de la Bulgaria<sup>3</sup>.

4 Cuando hé aquí que me veo de nuevo preso y manialado, cadenas en los piés, esposas en las manos, argolla de hierro al cuello, y soldados por uno y otro lado, que acompañaban el carruaje en que era conducido. Al referir Miseno este suceso, el Conde impaciente y admirado le atajó, diciendo, que ó su corazon era de otra naturaleza, ó que algun encanto superior le habia insensibilizado el alma. Á lo que Miseno respondió, confesando que en esta ocasion su corazon fluctuaba, unas veces sumergiéndose oprimido de tantas injusticias, y otras sobrenadando, sostenido de las resoluciones precedentes. Si yo tuviera delito, añadió Miseno, la buena razon pedia que abrazase con resignacion el castigo; mas ahora pide la misma razon que lo sufra con gusto, padeciendo inocente; porque estándolo, apenas tengo que tolerar la mitad de la pena. Cuando hay delito, el aguijon del remordimiento hiere el alma con mas vivo dolor y mas importunos y repetidos golpes que todo cuanto aflige al cuerpo. El horror del crimen que en nosotros conocemos, nos hace detestables á nosotros mismos; y como siempre nos estamos viendo, venimos á padecer sin cesar. Mas cuando uno está inocente, el alma se halla en paz, en reposo, y en una satisfaccion inexplicable. Contenta de sí propia, no se aflige, no teme, no recela, no se avergüenza. El inocente afligido

<sup>1</sup> Lib. III, núm. 43.

<sup>2</sup> El *Esker*, *Ischa* ó *Ciabro* es un pequeño rio que nace en las faldas del *Hemo*, corre hácia el Norte, y desemboca en el Danubio, ocho leguas al Poniente de *Nicópoli*, ciudad de Turquía en la Bulgaria.

<sup>3</sup> Era la Bulgaria pequeña.

se dice á sí mismo: si soy perseguido en el país de la mentira, seré feliz y estimado en la region de la verdad. Á mas de esto, siempre tenia presente la doctrina de Grafton acerca de la Providencia; y el pensamiento sosegado me decia como en secreto: *Eso que parece ser tu ruina, será para tu mayor bien*; y con efecto lo fue.

5 No me retardeis el gusto, dijo la Princesa, de saber cómo os librásteis de tan protervo enemigo, cual fue ese mónstruo de Alejo; á lo que Miseno satisfizo de este modo. Encerrado en una mazmorra, nada mejor que la primera, sin mas compañía que los hierros, ni mas consuelo que el del cielo, me hallaba una noche resistiendo á los importunos ataques con que la melancolía me molestaba, especialmente cuando me hallaba solo; y para divertirme cantaba acompañándome al son de mis cadenas, y repetia muchas veces esta copla:

Si conozco yo el cabal  
Valor del bien por el precio,  
Con que en mi dicha aprecio,  
Padeciendo tanto mal.

Al finalizar la copla, noté que me habian escuchado; y en efecto, pasado poco tiempo veo abrir la puerta de la cárcel, y entrar una doncella, que me asombró mas con su modesta belleza que con la novedad de la visita. En mi vida habia visto persona mas hermosa, y al mismo tiempo tan modesta, y de tal decencia y virginal pudor, que me aturdia. Era *Hermilla*, hija del gobernador de aquella fortaleza, á cuyas llaves y secreto estaba yo encargado. Habíala Dios favorecido con un juicio vivo, y ella lo cultivaba con la leccion de *Homero*<sup>1</sup>, y otros poetas excelentes, que la inflamaban el corazon naturalmente noble, y que estimaba la virtud heroica. Advirtió mi admiracion, quiso hablarme, pero no pudo explicarse con las voces. Víle temblar los labios, y asomársele al rostro un nuevo y admirable carmin, que poco despues fue salpicado con las perlas de sus lágrimas. Hacíase fuerza para reprimirlas, mas era inútil la diligencia. Los diques estaban rotos, y era precisa la inundacion de sus mejillas. Hube yo de hablar el primero, y despues de las expresiones á que la polítea y compasion me movieron, la obligué á que me declarase el motivo de su visita, y la causa de su llanto, lo que hizo despues de sosegarse un poco, diciéndome así:

<sup>1</sup> *Homero* fue elocuentísimo, el máximo de los poetas, y fuente de los demás poetas griegos: escribió la *Iliada*, que trata de las guerras de Troya, la *Odisea*, de Ulises, y varios himnos, etc.



6 Nunca imaginé que pudiese ser tan grande mi infelicidad como ahora; y paró. Insté, y continuó diciendo: Veo que la ilustre sangre y las heroicas acciones de mis ascendientes elevaron á mi padre al puesto que tiene en la guerra, y á la amistad del Príncipe, y por eso al desgraciado empleo de gobernador de esta fortaleza, en la que estais preso: ¡ay de mí! ¡con qué estrella he nacido para ser instrumento de vuestra afliccion, y tal vez verdugo de vuestra vida, pues no podréis resistir una cárcel tan penosa! Quisiera no haber nacido, quisiera á lo menos no conoceros, ni haber oido vuestra voz, ni los discursos que haceis, cuando hablais solo con vos mismo. Quisiera, ¡ah mi Dios! quisiera antes morir que ver lo que veo, sentir lo que siento, y temer lo que temo. Vuestra heroicidad me admira, vuestra paciencia me encanta, vuestra virtud me saca fuera de mí; y cuanto mas me admiro, mas os estimo y mas os respeto, tanto mayor es el forcedor que atormenta mi alma, cuando veo por entre las sombras de lo futuro... mas no puedo proferir lo que sospecho; y aquí le faltaron las palabras, porque las lagrimas se las embargaban.

7 No es posible, amigos, deciros la impresion que hizo en mí este discurso. Mi alma enternecida descubrió entonces toda su sensibilidad. Veia en esta doncella un carácter tan igual, tan sincero, tan noble y tan veraz, que conocí todo cuanto tenia en su corazon como si lo viese con los ojos. El cristal puro de su rostro, á manera de un vidrio muy trasparente, mas servia de manifestar que de encubrir su ánimo enternecido y generoso. Entonces intenté curar con un bálsamo dos heridas, la suya y la mia, comunicándole las razones que me consolaban en mis infelicidades, para que mis trabajos no le fueran mas sensibles.

8 Venga lo que viniere, la dije, venga lo que venga en lo futuro, nada podrá acontecer que no sea para mi bien, si yo dejo á Dios que gobierne. Cuando del insondeable caos de la nada salió este mundo en que vivimos, sabed, señora, que ni los bienes quedaron puros, ni los males sin tener algun bien mezclado. Todo tiene dos semblantes; si el uno es feo y horrible, el otro será bello y hermoso. Mas Dios, cuyo entendimiento es tan superior á todos los sucesos, quanto su excelso trono lo es á todos los lugares de la tierra, todo lo ve, todo lo combina, y á todo atiende, de suerte que el mismo acontecimiento, que visto por el aspecto inferior que está puesto hácia nosotros parece conveniente, visto por la parte superior que se presenta á la eterna Inteligencia es tal vez muy dañoso y terrible. Por el contrario, otro que nos llena de espanto y hace helar la sangre en

las venas, visto por los ojos de la Verdad eterna será felicísimo, y fuente de todo nuestro bien. No es Dios como los hombres, que obran sin discurso, ó discurren sin pensar, ó pesan con balanza falsa. Dios mirándolo todo con un aire majestuoso y despejado, con una simple mirada lo conoce todo, compara los fines y los medios, los efectos y las causas, las dificultades y el modo de desatarlas; y con tal prontitud, que apenas miró, vió ya cuántas utilidades se pueden sacar de un mal, y las consecuencias nocivas que se pueden seguir de cualquier bien. Ahora, Dios por una esencial rectitud de su ánimo justo, jamás puede hacer sino lo que fuere bueno, ni jamás podrá consentir sino lo que fuere útil. Así en cualquier acontecimiento siempre hay un aspecto que merece la aprobacion divina por bueno, ó el consentimiento por útil: ¿y seré yo acaso mas entendido que Dios para reprobar lo que él aprueba, ó seré mas delicado para no sufrir la enormidad que la suprema razon consiente?

9 Supuesto, pues, este principio, jamás quiero considerar los sucesos que me acaecen por el lado horroroso; solo los contemplo por la faz mas hermosa y agradable. Puesto á la mesa de este universal banquete, en el que los acaecimientos sirven de vianda á nuestra alma, encuentro infinita variedad de alimentos. Pues si tengo regalos saludables con que mi ánimo se recrea, ¿para qué he de echar mano del veneno amarguísimo con que otros revientan? Todo, señora, lo debemos tomar por la mejor parte, y así viviremos siempre alegres.

10 Quedó Hermilla suspensa con esta filosofia que jamás habia oido, y dice: Vos sois como las industriosas abejas, que hasta del áspero abrojo sacan miel deliciosa, cuando yo voy á ser como las espantosas arañas, que hasta de las suaves rosas no sé sacar sino veneno mortífero. Con todo, tengo tal corazon, que siento los males ajenos, y los padezco como propios. ¡Ah, si supiéseis cuántas lagrimas he derramado por ver oprimida la virtud, y que no os puedo valer! Pero soy desgraciada, y por suerte cruelísima me destinaron los hados para participar de todas las infelicidades de los otros. Quisiera tener un corazon duro; mas no, no quisiera tenerlo, porque entonces seria un mónstruo. Padezco infinito por el corazon que tengo, y no quisiera dejar de padecer, si para eso habia de ser preciso mudar de corazon.

11 Debeis, señora, le respondí, hacer con los otros lo mismo que yo hago conmigo. Á fin de inculcarla bien esta doctrina, le pedí licencia para entretenerla con un suceso galante. Pasando yo por Ma-

riemburgo<sup>1</sup>, un caballero prusiano me hospedó en su casa de campo, que para su mayor recreo la habia alhajado con mucha riqueza y gusto exquisito, aunque extravagante. Entre otros gabinetes tenia uno todo adornado con pinturas de un primoroso dibujo, bello colorido y feliz invencion. Parecia que la naturaleza se habia reproducido en los cuadros, que tan propias eran las imágenes que en ellos se representaban; mas todos tenian la singular propiedad de estar pintados por ambas caras, y con figuras bien contrapuestas.

12 Véase en uno la risueña primavera en la figura de una gallarda jóven coronada de flores, en ademan de conducir por la extremidad del vestido al encalmado estío, figurado en un robusto manco. Este se manifestaba fatigado, sudando y casi sofocado, en accion de preparar los frutos para entregarlos al pródigo otoño, hombre ya maduro, el cual si con una mano los recibia, con la otra los dejaba caer en tierra. Estaban tan propios los frutos, y tan natural la accion de cada una de las figuras, que solo ver esta pintura encantaba. Al contrario, en el reverso es dibujado con color triste y sombrío el erizado invierno, en figura de un viejo ya caduco, que en una piedra sentado se calentaba á la lumbre, con las manos ambas trémulas puestas casi sobre las mismas llamas. Estaba todo tirando de frio retirado á una esquina del cuadro; los vestidos empapados en agua, la cabeza cubierta de nieve, los cabellos sueltos y duros, el semblante feo y triste, y el cuerpo seco, arrugado y flaco. En lugar de árboles solo se veian sus esqueletos. El fondo del lienzo representaba las nubes negras de una fea tempestad, rotas por aquí, por allí y por allá con algunos rayos que causaban horror. Todo el campo se representaba solitario, agreste y triste, é igualmente lo quedaba el ánimo de quien miraba esta pintura.

13 Por el mismo estilo se veia la bella aurora en su brillante carro de azul celeste orleado con frisos de oro, el cual venia tirado de una infinita multitud de pajarillos. Parecia vivamente que con la mano izquierda hacia señal á los planetas para que se retirasen, y con la derecha señalaba el lugar en donde habia de amanecer el sol, y allí se empezaban á ver sus caballos tan fogosos, que parecia que querian saltar por encima de las trincheras del horizonte. Mas por el aspecto opuesto tenia el mismo cuadro pintada la melancólica noche, representada en una negra feísima, sentada en un carro pardo

<sup>1</sup> Mariemburgo es la capital del palatinado de este nombre en la Prusia polaca; queda poco distante del Vistula al naciente de este rio, y á pocas leguas al Sur de Dantzich, ciudad de las mas considerables de Europa.

atezado, tirado por lechuzas, murciélagos y mochuelos. Venia extendiendo su vastísimo y negro manto, con el que cubria la superficie de la tierra, en cuyas densas tinieblas aquí naufragaba un navío, allí se precipitaba un caminante, y allá se hacian los robos. De esta parte se impacientaban los enfermos, y de aquella venian por los aires volando varios delitos, que como hijos de la noche la seguian todos en figuras horribles.

14 Por este mismo término en todos los lienzos habia un lado agradable y otro pavoroso. Mas entre todos, el que me dió mas golpe fue uno, que representando por una parte las cuatro edades de la vida con colorido é invencion la mas bella y admirable, figuraba en su reverso la espantosa muerte, con una idea muy fúnebre. Veíase el esqueleto de un gigante con hoz muy corva en la mano, pisando igualmente cabañas y tronos. Aquí caian degolladas delicadas doncellas; allá niños inocentes; aquí héroes famosos; allá padres de familia muy necesarios. Á lo léjos se veian varios géneros de muertos: allí un moribundo acaba á la violencia de los dolores; mas allá un malhechor colgado en un patíbulo con movimientos horribles. De esta parte un asesinado en las tinieblas; de la otra muchos ahogados en las olas: mas allá muchos sofocados de las llamas; y en medio, para causar mayor horror, un tigre despedazando á una pobre mujer, cebándose en las entrañas palpitantes su innata sevicia.

15 Cada vez que yo entraba en este gabinete volvía de forma los cuadros, que las caras tristes estuviesen hácia la pared, porque me afligian demasiado, y las hermosas y agradables hácia la vista, porque me recreaban; mas observé que cuando volvía el dia siguiente lo hallaba todo al contrario. Esta era la mano del dueño de la casa, que solo queria ver imágenes tristes, retirando de propósito la vista de las agradables y hermosas. ¿Qué os parece, pregunté á Hermilla, de este estragado gusto del caballero prusiano?

16 No puedo, me dijo ella, acabar de creer que hubiese genio tan mal formado, ni pasión tan melancólica. Podeis creerlo, le repliqué, y creerlo de manera, que tal vez en vos misma hallaréis el convencimiento de que es verdad todo lo que os he referido. Aumentóse su admiracion, no entendiendo que yo hablaba por parábola, y se la declaré, diciendo que era muy poco racional cualquier hombre que pudiendo considerar las cosas por el aspecto agradable, solo se las ponía delante los ojos de la imaginacion por el melancólico y fúnebre. Señora, continué yo en tono firme, creed que nada me puede suceder, excepto el obrar mal, que me haga infeliz. De

mí es de quien temo, no de ningun otro de este mundo. Todos cuantos trabajos pueda forjar en su imaginacion la malicia de Alejo, me pueden ser buenos y muy provechosos. Un bajel impelido furiosamente de los vientos, agitado de los mares, y desmantelado por las tempestades, muchas veces sin advertirlo se irá acercando al puerto conveniente, del cual se fallaba muy léjos. Así puedo ser yo. ¿Quién sabe los designios de Dios sobre mí, y si queriendo Alejo hacerme el mayor daño posible, tal vez sin pensarlo trabaja en mi felicidad?

17 Y si la muerte... me dice Hermilla; mas apenas pronunció esta palabra, cuando ví que se arrepentia y la queria recoger; pero era ya tarde, y hubo de explicar su pensamiento. Y si la muerte cortase el hilo de vuestros dias, ¿qué felicidad podréis esperar? La que esperan los héroes, le respondí prontamente. ¿No sabeis que de ordinario es la muerte el premio que han dado los hombres á los mas beneméritos? El alma de los héroes no muere, porque seria Dios injusto, y esta su máquina del mundo <sup>no</sup> a la mas imperfecta que hubo jamás. En fin, Dios no seria lo que es, si la muerte impidiese la felicidad de quien siempre obra con la rectitud que debe. No, señora, yo estoy bien cierto de que seré mas feliz que Alejo, si siempre obrase bien; y en esta inteligencia podeis francamente declararme todos vuestros temores, porque si hay orden para quitarme la vida, con la misma serenidad me veréis entrar en las lobregueces de la muerte para pasar á la region de la verdad, que me vísteis entrar en esta cárcel, tal vez para no salir de ella.

18 Pasmada quedó Hermilla con esta respuesta; y en fin, viendo mi dilatacion, tambien ella se comenzó á serenar, y me dice que por lo comun enviaban á aquella fortaleza á los reos de Estado, á quienes querian dar muerte oculta sin estrépito ni formalidad de justicia, ó dejarlos en el olvido para que nunca mas apareciesen; y que este era el motivo del susto que la obligaba á derramar lágrimas compasivas y desinteresadas.

19 La procuré consolar persuadiéndola que Dios, por quien reinan los Príncipes, no habia dejado á los hombres el absoluto gobierno del mundo: que estos no eran sino un simple instrumento, del que la suprema Providencia se valia para la ejecucion de sus altísimos designios: que yo estaba bien persuadido que ningun mal me habia de acontecer, sino el que fuese útil para mi sólido bien, si de mi parte no pusiese algun estorbo á la mano divina, y dejarla ir delineando á su gusto todo el plan de mi felicidad.

20 En este mismo instante oyó Hermilla un ruido, y temiendo que los guardias pudiesen percibir su visita, se retiró apresurada, sin acabar de decirme á qué venia.

21 Comencé entonces á revolver en mi imaginacion cuanto me habia dicho, y este momento fue para mí muy terrible. La memoria me representaba cuanto habia hecho por los dos ingratos Emperadores: el entendimiento me formaba mil discursos funestos, y la imaginacion me pintaba su ingratitud con tan vivas, tan negras, tan espesas sombras, que me consternaban. Comenzó la razon á oscurearse, y mi corazon inquieto no cabia en el pecho, présago de lo futuro: me parecia ver á lo léjos *espectros* \*horribles y figuras espantosas. El espíritu del error me ponía una venda sobre los ojos para que nada viera de lo que hasta entonces veia. Todas las razones que podian consolarme se me barrian de la memoria, y me hallaba sumergido en un piélago insondable de amargura y de tristeza. Todas las pasiones salieron de lo mas recóndito de mi interior, como harian las arpias del *Cocito* si se soltasen de los infernales calabozos, y me asaltaron de improbo, de suerte que Miseno ya no era Miseno: yo mismo me desconocía.

22 Suspiraba con una afliccion indecible. Todo á un tiempo se ofrecia á mi idea, lo pasado, lo presente y lo futuro, los bienes y los males, los trabajos y las felicidades, la muerte y la vida, los amigos y los enemigos, los hados, las fortunas, las desgracias: en fin, todo, y en un tal laberinto, confusion y tumulto, que ni yo sabia en lo que pensaba. De tal suerte, que la carne sentia ya la enfermedad del alma, el pecho se quejaba, los brazos se me caian, la sangre fria se iba helando en las venas, y el cuerpo débil desfallecia.

23 Cuando hé aquí que de repente se aparece una luz celestial que ilumina toda la cárcel. Creyera fácilmente que era ficcion de mi fantasia debilitada, si despues no me hubiera convencido de la realidad del suceso. Veo un gentil mancebo, que despidiendo de su rostro rayos mas bellos y mas dulces que los del sol, sin deslumbrarme me dejaban encantada la vista. El cabello de oro agraciadamente desordenado le aumentaba la hermosura. En sus dos alas de nieve se veian los extremos dorados. Las ropas eran de un carmin vivísimo como el del horizonte herido del sol, y todo junto hacia la mas agradable vista que jamás gozaron mis ojos. Apenas entró en el calabozo, me levanta de la tierra en que yacia desmayado, y me dice así: Uladislao, no te dejes vencer de esta pusilanimidad. Dios, en cuya providencia descansas, cuida de tí, ni todo tu amor propio pu-

diera tener mayor vigilancia que la que él tiene sobre todas tus cosas. Su bondad para contigo es mayor de lo que piensas. Sabe que dentro de poco tiempo te verás sobre el trono; mas no será esta tu mayor ventura; porque si fueres constante, otra ventura mucho mayor te espera. Dijo, y batiendo las alas con un movimiento plácido, y al mismo tiempo ligero, noble y agraciado, ví que iba penetrando las nubes, dejando en la cárcel el mas suave olor que jamás habian percibido los sentidos.

24 Suspenso quedé con esta novedad; y el sosiego de mi alma competía á mi extrema admiracion. Veíame en una cárcel, y casi condenado á muerte, y me hablaban de tronos; pero lo que me causaba mayor alegría era la seguridad de que estaba protegido de la suprema Providencia. No sabia yo entonces que en este mismo dia habia subido tercera vez mi padre al trono de Polonia<sup>1</sup>, y que el Ángel tutelar de aquel reino era el que por orden soberana habia venido á infundirme valor.

25 Á este tiempo Hermilla se hallaba en la mayor afliccion que pudo experimentar jamás un corazon de mujer. Al retirarse de la cárcel, su padre Teócrito le mostró la orden de la corte, para que prontamente se me quitase la vida con el secreto mas inviolable, y él habia sospechado de mí tales crímenes, que yo le era su horror, como reo de estado. Lee Hermilla la orden, que no admitia réplica, ni permitia tardanza. Quédansele suspensas las lágrimas á la fuerza del dolor. Inmóvil su alma no sabe qué camino tomar; y como viajante perdido en noche oscura, entre espesos robles y confusas breñas, que oye el bramido de las fieras, sin saber dónde guardará la vida, ó encontrará la muerte, así se hallaba ella. Un ímpetu de furor contra Alejo le ocupa el corazon, y comienza á hablar con fuego; pero advierte el peligro, y vuelve contra mí con disfraz y disimulo todo su aparente odio. Serénase con esto el padre, el cual habia admirado la afliccion que á su hija le cubria el semblante, y consultan ambos cuál será el medio mas á propósito para la ejecucion de las órdenes imperiales, en cuanto á la muerte, en cuanto al secreto y en cuanto á lo pronto. Persuade Hermilla que me dejen perecer de hambre, queriendo ganar tiempo para socorrerme, y desde este momento no admite su compasion otra idea, obstinándose en el pensamiento de darme libertad. Era la empresa tan difícil, que tocaba en la raya de imposible; pero la misma dificultad le inflamaba el deseo: capricho propio de corazon de mujer, que no se con-

<sup>1</sup> Año de 1202.

tenta con lo fácil. El ardor con que un emperador jóven gobernaba, y el empeño con que esta orden venia, le hacian temer la última desgracia de su padre, ó de sí propia, si por acaso se llegase á sospechar el crimen. Sin embargo, de cualquier modo que discurria, el remate de todos estos discursos siempre era que me habia de dar libertad. Está era como el centro del laberinto en que se hallaba, y á donde la conducia siempre su noble generosidad.

26 Pierde el sueño y la apetencia, fastidiala toda conversacion y divertimento; anda solitaria y pensativa, parecia que iba consultando las paredes, los árboles y las peñas. Un dia que estaba echada de pechos sobre el parapeto de la fortaleza, mezclando con las aguas del rio las que derramaban sus ojos, advirtió que las olas entraban por debajo la cárcel, introduciéndose por una gruta subterránea. Acordóse entonces haber oido decir que la cárcel tenia cierto sumidero oculto por donde antiguamente habian sido entregados algunos prisioneros á las aguas y á la muerte; y esta especie le presentó el arbitrio de salvarme, y que por aquella puerta de la muerte podia darme la vida. Habiéndolo, pues, preparado todo segun su idea, le persuade á su padre que sería lo mas conveniente arrojar al prisionero por el sumidero, para dar mas pronta respuesta á la impaciencia de Alejo. Aprueba el odio de Teócrito el consejo que discurrió la amistad; y sin demora, él mismo quiere ser mi verdugo, para no fiar de otro el secreto imperial. Hermilla quiere, y no puede persuadirle que dilate la ejecucion al dia siguiente. Ella necesitaba hablarme primero, y dar ciertas disposiciones á la parte de afuera para poder salir bien con la empresa; mas habiendo poco tiempo, juzga que ha sido el mas cruel verdugo de quien tanto estimaba, y arrepentida del consejo, sufocaba en su pecho el dolor mas cruel y mas desesperado. Heis aquí que veo entrar en la mazmorra al resuelto Teócrito. ¡Dios mio! ¡qué admiracion fue la mia cuando leyo la orden imperial! Todas las esperanzas, que á pesar de mi cautela habia concebido mi corazon, se desvanecieron de repente. Mira aquí el trono, me decia yo á mi mismo: mira aquí tu felicidad; ¡oh infeliz! Pero luego como si hubiese pasado una nube, me vio la luz de la razon, y confirmándome eficazmente en la idea que tenia hecha de la Providencia suprema, y en la de los bienes y males del mundo, me sosegué y respondí á Teócrito, que me daba mil satisfacciones: Justo es, amigo, que obedezcais á vuestro soberano; en nada me ofendeis, y nada tengo que oponeros. Como vos no sois el juez, es inútil alegaros mi inocencia; pero quiero pedir os que cuan-

do diéreis parte al Emperador de la fiel ejecución de sus órdenes, le escribais que aquel mismo Miseno, á quien en los bosques de Sicilia dió la mano de amigo; aquel Miseno á quien por sus diligencias debe la corona que los caballeros de la Cruzada acaban de ponerle en la cabeza; aquel Miseno á quien el emperador Isaac su padre juró perpétua amistad por todo cuanto hay en el cielo, y cuanto tiene la tierra de sagrado; ese Miseno mismo no se aflige con esta recompensa que de ellos recibe. Decidle de mi parte lo que dije muchas veces á su padre, cuando yo tambien preso por amor de entrambos le consolaba en la cárcel, repitiéndole: *que solo quien obra mal es infeliz*: y así, que ni él con toda su tiranía y poder, ni la muerte con todos sus horrores me podrán privar de la sólida felicidad que espero; que soy condenado por quien me debe el trono; pero que no me arrepiento de los beneficios que le hice, porque jamás me pesó de obrar bien. Decidle que le agradezco el darme ocasion de ejercitar con mérito esta heroicidad, y que sepa que ningun amigo me puede hacer tanto bien como yo me hace ahora siendo mi enemigo, por cuanto me obliga á la acción mas heroica que puede hacer un mortal, que es perdonar ingratitud semejante. Esto dije, y quedé con un ánimo tan sereno como el que ahora tengo, de suerte que hasta de mí mismo me admiraba. Juzgad vos cuál seria el asombro de Teócrito. Pierde el color del rostro, los brazos se le caen, el cuerpo le tiembla, quiere hablar y no puede; y en fin se retira confuso.

27 Hermilla, que oia nuestra conversacion, viendo á su padre aturdido, y que no se resolvía á ejecutar la orden, ni á resistirla, se revistió artificiosamente del deseo de ser la ejecutora de la sentencia, y que pues el rey no la contradecía, le seria menos penosa. Alega que ninguno podia escapar del furor de Alejo, porque si en efecto habia llegado á manchar sus reales manos en la sangre de un amigo inocente, mucho mas las teñiria en la del vasallo culpado que intentase eludir sus decretos; y así, que ella queria estudiar los medios mas á propósito, y que desde luego se ofrecia á persuadirme en la noche siguiente que yo mismo me entrase en el sumidero, en la suposicion de que no dificultaba hacerlo. Consiente Teócrito; y Hermilla teniéndolo ya todo prevenido de antemano, á hora oportuna entra en la cárcel con paso resuelto, y me declara todo el secreto de su generosa amistad, advirtiéndome, que por debajo del sumidero hallaria una especie de barca ó *boya* de corteza, que habia mandado poner allí por medio de un pescador, ciego con el oro, y engañado

con ciertos pretextos, y que una cuerda atada á la boya me conduciría fuera de la caverna, y que en la playa habria quien me esperase para darme el socorro necesario. No me dió tiempo á la respuesta, porque los momentos de la noche eran muy preciosos, y lo mándome del brazo me hizo bajar al precipicio.

28 ¡Ah! si hubiérais visto aquella alma luchando entre la ternura y el valor, entre peligros de muerte y deseos de vida, entre el crimen y el miedo, entre el secreto y la luz; en una palabra, entre los conatos de su corazón y los movimientos involuntarios de su semblante, hubiérais visto tambien como retiraba de mí cuanto podia su rostro bañado en lágrimas, y como sosteniéndome con sus manos trémulas, llegó al fin á dejarme caer en lo profundo.

29 La caída me sumergió del todo en las olas; mas braceando, me puse sobre ellas, encontré luego la barca aparejada, y poco despues sentí que me iban tirando y conduciendo por todos aquellos horrores subterráneos. En fin, salgo del rio echándome fuera de la caverna, como si resucitara de un sepulcro; poco despues veo la lumbre y vestidos que mi bienhechora me tenia preparados en la concavidad de dos peñas para recobrarne del frio y de la humedad; por fin, recuperado el calor y reparado del susto, veo venir hácia mí á Hermilla, que me habló de esta manera:

30 En efecto, ya estais libre, honrado caballero: os doy el parabien, y me le doy á mí misma por ser el instrumento de vuestra vida y libertad. Nunca tuve mayor gusto, y doy mil gracias al cielo por haberme dado este pensamiento y fuerzas para ejecutarlo. Sí, doy mil alabanzas al cielo, porque en esta acción no me conozco á mí misma. No fue Hermilla quien os conservó la vida, fue la Providencia suprema, en cuya proteccion confiábais. Ahora huid, retiraos antes que yenga el dia, y subiendo á lo largo del rio, pasaos luego á Bulgaria, para que ninguno sepa jamás de mi delito; pues de otra manera, yo y mi padre, que lo ignora todo, estamos perdidos. ¡Ah, si supiérais á qué riesgo me expongo solo por libraros! Mas no, no importa. Protesto la virtud, y esto me basta; pero no quisiera que me hubiese visto el cielo: tengo temor de esas nubes que nos observan, de esas aguas que murmuran, de esos arbustos que estorban el paso, temo hasta de estos mudos peñascos, y aun á mí misma me temo. Sí, porque el corazón retratado en el semblante podrá tal vez descubrirme. Quisiera ignorar lo que hice, y que ni aun vos lo supiérais. Quisiera que totalmente os olvidáseis de mí, y me fuérais siempre ingrato. Ved á qué extravagante exceso llega mi

corazon afligido. Caballero, borrad de la memoria cuanto estais viendo, para que no pueda vuestra voluntad agradecida, acaso sin advertirlo, pronunciar mi nombre. El corazon me está palpitando: el susto me está oprimiendo, y el miedo ahogando mientras os veo. Adios, caballero, adios para siempre, que nunca mas os he de volver á ver. Mas ¡para qué, triste suerte, me hicisteis conocer persona tan benemérita! Pero está bien. Adios, acordaos siempre de mí, mas no... olvidaos. Yo no sé lo que digo. Este es el camino, apartaos.

31 Yo me aparto, le dije; pero hácia dentro de la gruta, donde moriré, porque no corrais peligro, y si sospechase que tenais el menor riesgo, de ningun modo hubiera aceptado vuestro favor, no siendo justo comprar tan cara mi vida y mi libertad. ¿Quereis que vuestra vida inocente y tan preciosa la ponga en balanza con el resto miserable de mis días, días de tribulacion? Aun cuando yo en lo venidero la hubiese de tener deliciosa y dilatada, ¿qué gusto podria lograr en ella, sabiendo que vos y vuestro padre corriais riesgo de perderla por mí? No por cierto. Hállome con valor para soportar la muerte mas horrorosa; pero no para vivir con semejante disgusto. ¿Qué vil flaqueza es la que me aconsejasteis? Veo venir rodando sobre mí desde lo alto un peso inmenso de trabajos, y ahora que llega el punto terrible de quedar oprimido, le hurtaré medrosamente el cuerpo para que caiga sobre vos? ¿sobre vos, inocente? ¿sobre vos, á quien los cielos no los destinaban? ¿sobre vos, para que quedeis del todo perdida? ¡Ah! no. Primero caerán las esferas hechas pedazos, ó faltará del todo la tierra: primero se trastornarán los montes y valles, que no haga una injuria tan grande á la inocencia, tal oprobio á la virtud, y semejante afrenta á mí mismo. No: perezca mil veces Miseno, ya que los cielos así lo quieren: mas no perezca por su causa la inocencia. Esto dije, y sin saber lo que hacia, me arrojé á buscar la gruta de donde habia salido.

32 ¿Á dónde vais, ingrato? exclamó Hermilla. Ingrato, ¡qué! ¿quereis perderme del todo?

33 Este nombre *ingrato* me hirió, como si hubiera sido un rayo. Me paro, vuélvome, y veo á Hermilla ahogada en sofocos y lágrimas que la sofocaban, y que con un furor extraño me decia: ¡Qué nueva especie de política es esta! ¡Despreciar un beneficio que tanto me ha costado! ¡Pisarlo primero, y despues tirármele á la cara! Si no apreciáis la vida por lo que es en sí, estimadla por ser dádiva mia. Creed que no pudiera el infierno sugeriros medio mas propio para

hacerme morir con disgusto, y reventar de pena. Si sois caballero, no ignoraréis los fueros que me da mi sexo; y si despreciáis ruegos, no desobedeceréis preceptos. Quiero y mando que acepteis el favor que os hago. ¿Fiais tanto de la Providencia en lo que os toca á vos, y tan poco en lo que á mí me toca? Por ventura, ¿no tengo yo el mismo Dios que vos teneis? ¿ó solo para mí ha de ser Dios descuidado? No resististeis á la mano soberana, cuando por medio de una criatura os encarceló, y resistís cuando por medio de otra os da libertad? ¿No es mi mano digna de ser instrumento de Dios, cuando lo fue la del tirano Alejo? ¿Qué es lo que quereis hacer? ¿Ser homicida de vos mismo? ¿Y en dónde hallásteis religion que os lo permita? ¿ley de capricho ó de honor que os lo tolere? Decid, ¿á quién pretendéis agradar en esta bárbara accion? ¿Á Dios que la prohíbe y detesta, al mundo que la ignora, ó á mí, á quien en esto haceis la mayor injuria y afrenta? Finalmente quedé asombrado de sus razones, que las mezclaba con lágrimas, y con una elocuencia de que no son capaces los hombres. Quise responderle agradecido; mas atajando todos mis discursos, me dijo con aire imperioso y seco: Yo os creeré agradecido, cuando os viere obediente. Partid; y si quereis huir del crimen de ingrato, retiraos de aquí luego, luego, luego.

34 Juzgué que no debía resistir á la Providencia: comencé á caminar á lo largo del *Esker*, y trepando las montañas del Hemo, entré en la Bulgaria, y dejando á la izquierda la ciudad de *Sofia*, me fuí internando por donde ya estaba libre del poder de Alejo<sup>1</sup>. Comenzaba la aurora á dorar las cumbres de los montes, de donde bajaban los pastores conduciendo sus ovejas, y yo parado en tierra, adoraba la suprema Providencia. Una mano incógnita me guiaba, y yo, sin saber á dónde, iba caminando. Al mismo tiempo alcancé á ver que venian hácia mí dos húngaros que me habian visto en *Zara*, pocos meses despues que los caballeros de la Cruzada la habian sacado del poder de su soberano. Sabiendo estos que yo era polaco, me brindaron politicos con su compañía en una embarcacion que bajaba por el *Esker*, y los llevaba al Danubio, por donde habian de subir hasta *Buda*<sup>2</sup>. El mas joven de ellos estaba nombrado para ir

<sup>1</sup> Alejo como emperador de Constantinopla dominaba en *Tracia* ó *Romania*, no en *Bulgaria*, provincia que en tiempo de Miseno era de los reyes búlgaros, de quienes era su corte y capital *Andrinópolis*, ciudad situada sobre el rio *Mariza*.

<sup>2</sup> *Buda* ú *Osen*, capital de la *Baja Hungría*, y de todo este reino, ciudad

en calidad de embajador á dar el parabien de parte de su soberano á mi padre, que tercera vez habia subido al trono de Polonia. El otro era Andrés Brancan, caballero ya bastante viejo, muy maduro y experimentado. Acepté la oferta, viendo que no conocian mi nacimiento, y comenzamos á viajar.

35 El Embajador me informó que ya la Regente, mujer de Casimiro, habia conocido por la persuasión de Nicolao, palatino de Cracovia, que los crímenes, por los cuales Miecslao habia sido depuesto del trono, eran falsos, y que sus manos, aunque caducas por los muchos años, eran el mejor depósito para guardar en ellas el cetro que queria poner á su tiempo en las de su hijo Lesco.

36 Ahora, decia él, ningun susto puede tener la Reina, porque Lesco no tiene competidor en los hijos de Miecslao. El de mayor edad murió en una batalla: Uladislao, que era el segundo, no se sabe de él; y no habiendo rival, ¿quién duda que Miecslao cumplirá la palabra que habia dado, de adoptar á su sobrino? Entonces sin la menor contradicción pasará el cetro de sus manos á las de Lesco, que es hijo de Casimiro por sangre, de Miecslao por adopción, y heredero del mismo trono por dos títulos diferentes. Mas si Uladislao pareciere, se preparan grandes guerras, porque cada uno de los dos primos tiene derecho muy fuerte, y como los dos Soberanos tienen la infelicidad de que solo la fuerza es el juez de sus causas, la sangre de los pobres vasallos es la que ha de decidir la disputa.

37 Tan extraña me fue toda esta conversacion, como si jamás hubiese vivido en las cortes. La sangre fria, el espíritu tranquilo, y mi corazón inmóvil; ninguna alteracion sentia, aun oyendo disputar en mi presencia sobre mi derecho á la corona. Tan diferente estaba, entrando en la Polonia, de cuando salí de ella, que lo mismo que entonces apetecia con desesperacion, ahora lo detestaba con desengaño. Semejante al águila que despues de volar largo tiempo, mira altanera y con desprecio las mismas nubes y vapores viles, que antes de levantar el vuelo miraba y admiraba como cosa celeste.

38 Temia intrincarme en esta conversacion, recelando que por alguna palabra pudiesen conocerme; mas para no hacer mi silencio sospechoso, les dije lo que entendia, aprobando la resolucion de la Reina, y añadiendo, que aunque Uladislao pareciere, ningun derecho tenia á la corona, por ser Lesco hijo del último rey, que en su

muy hermosa, con una ciudadela la mas fuerte del reino: desde que fue reconquistada de los turcos por el Duque de Lorena el año 1686, permanece en la casa de Austria: dista de Constantinopla 226 leguas.

nombre habia reinado. Que Lesco representaba á su padre Casimiro; y Uladislao representaba á Miecslao. Y habiendo sido preferido para el trono á Miecslao Casimiro, por la misma razon se debia juzgar la preferencia en los hijos. Dije mas, que subir Miecslao al trono, solo era en virtud de la cesion que en él habia hecho la Reina como regente, y que la regencia del reino jamás ha dado derecho contra el pupilo: que bien memorables eran las desgracias de los griegos desde que Andrónico, regente del Imperio, en la menor edad de su sobrino, le habia usurpado la corona; y que las mismas desgracias sucederian en Polonia si Uladislao quisiese invadir el trono.

39 Convenia conmigo el Embajador en lo que toca al derecho; pero opinaba, que siempre habria guerras si Uladislao se descubriese, porque siempre hallan derecho los soberanos para disputar el cetro cuando para eso tienen fuerzas. Referíame lo que mis abuelos habian hecho (no sabia él con quién hablaba). ¿Qué derecho tenia *Poplier II*, decia, para matar á sus tios, solo porque le reprendian de sus grandes excesos y vida monstruosa? ¿Qué derecho tenia *Uladislao I* cuando subió al trono por muerte de su hermano *Boleslao II*, para matar con veneno á su sobrino *Miecslao*, heredero legitimo de la corona? ¿Qué derecho tenia *Uladislao* para privar á sus hermanos *Boleslao* y *Miecslao*, que hoy reina, y á *Enrique* de las legitimas que su padre *Boleslao III* les habia dejado<sup>1</sup>?

40 No es preciso ir mas léjos para ver que el infeliz trono de Polonia es el teatro de mil injusticias: actualmente lo vemos. ¿Qué derecho tenia *Casimiro* para arrojar del trono á su hermano mayor *Miecslao*, siendo *Casimiro* excluido de él por el silencio de su padre, el cual dividió sus Estados entre sus cuatro hijos primeros, dejando fuera á *Casimiro*<sup>2</sup>? ¿Qué mucho será que el príncipe Uladislao, que anda oculto, siga el ejemplo de los otros dos, y que á fuerza de armas excluya á Lesco del trono, vengando ahora á un hijo en otro la injuria que los padres le habian hecho? Además, que si los delitos de Miecslao, verdaderos ó supuestos, le hicieron indigno de la corona que ceñia, no pasando los vicios á su hijo, ninguno le puede negar el cetro. Dios libre á la Polonia de que Uladislao se manifieste, porque no puede dejar de ser muy disputada la corona á fuerza de armas. Callé, porque no convenia hablar. Entonces Brancan con juicio tan maduro como su edad, ponderaba el desórden de estas dis-

<sup>1</sup> Véase el Comp. hist. desde el año 830.

<sup>2</sup> Véase la nota 3 del lib. III, núm. 8.

putas. ¡Qué locura, decía, comprar con la sangre de los hijos propios la vanidad, la aflicción y la suerte mas infeliz que se halla en el mundo! Admiróse el Embajador de la proposición de Brancan, y este cobrando mayor calor del que prometían sus años, comenzó á discurrir de manera que si hasta allí estaba yo con indiferencia al cetro, despues de esta conversacion le cobré un horror muy grande.

41 Un verdadero filósofo, decía Brancan, no estima las cosas por el nombre, ni por la ciega estimacion del vulgo, sino que estableciendo el principio ó la esencia de la felicidad de la vida, la va aplicando como piedra de toque á todo lo que le ofrecen, y entonces conoce qué quilates de bondad tiene cada cosa, para saber si merece el precio que por ella le piden.

42 Apenas oí este principio, dije entre mí: Ved aquí un hombre que se puede llamar hombre, porque discurre solidamente; y con mis palabras y preguntas le hice proseguir esta conversacion, que me sirvió de mucho para asegurarme mas en varias máximas que tenia ya establecidas, y para conocer otras de nuevo. Examinemos, decía él, todo lo que puede haber en un trozo, para disculpar la ambición con que se solicita. En primer lugar supongo que la basa de toda la ambición que puede tener un hombre, según las ideas del amor propio, ha de ser la independencia. ¿Y quién es mas esclavo que un príncipe soberano? Las leyes del trono le aprisionan, de suerte, que no puede moverse de un lugar á otro sin llevarse tras sí media ciudad, ó tal vez medio reino: ¿y qué atadura mas fuerte tiene un esclavo amarrado á un cepo? Todas sus acciones son vistas y publicadas. ¿Y qué mas tiene un preso con centinelas de vista? No hay quien no se atreva á examinar y criticar todas sus acciones, palabras y aun pensamientos. Veréis que la mas indigna concurrencia de la gente de la plebe se toma autoridad para llamar al monarca á juicio, y en su ausencia acusarle sin exámen y condenarle sin réplica. Unos le notan de injusto, otros de cruel, otros de avaro, etc. Ahora, ¿qué mas infeliz sería un reo, arrastrado de tribunal en tribunal, sin poderse defender? ¿Qué aflicciones no trae consigo este encanto de la corona? ¿Cuántas espinas tienen los colchones de pluma, que no dejan cerrar los ojos con la inquietud y cuidado? El príncipe, aunque revuelva en su pensamiento los sucesos mas peligrosos, ha de procurar tener el semblante sereno. Tenga enhorabuena en el corazón la pena mas aguda, el disgusto mas cruel, el susto mas bien fundado; pero ha de hacer de modo que no ha de manifestarlo, no ha de dar que hablar, no sea que se diga en las gacetas que el prin-

cipe está afligido; porque es deshonor del corazón real dejarse vencer de los afectos de la infima plebe. ¿Y quién vió prision mas cruel? ¿estado mas infeliz? ¿no ser señor de su corazón, ni de su semblante, ni de su alma? Con estos y otros discursos nos fuimos los tres entreteniendo, ya conviniendo, ya discordando, hasta que cerca de *Belgrado* me separé de ellos, dejándolos seguir el Danubio para ir á Buda; yo tomé por el *Tibisco* arriba cortando derecho á Polonia, dejando este río entre *Kasmeti* y *Dob*, y siguiendo por las márgenes del *Tariza*, llegué á las famosas montañas de *Krapat*, que dividen la Polonia de Hungría por la parte hácia Silesia, y en ellas me detuve algunos dias viviendo en las cabañas con sus pastores, como si fuese uno de ellos. Á pocos dias que allí estuve, supe que mi padre se hallaba muy débil y gravemente enfermo: quise sufocar en mi pecho el amor filial, temiendo los embarazos y perturbacion de la corte; pero sabiendo que de dia y de noche no suspiraba sino por su hijo *Uladislaio*, un ímpetu, de que no pude ser señor, me llevó incógnito y volando á sus brazos.

## LIBRO VIII.

Entra Miseno en Cracovia desconocido.—Sabe que su padre está á la muerte y que por él suspira.—Abrazase con él ya moribundo.—Túrbase el palacio con esta novedad.—Muere Mieceslao.—Cumplimientos entre Lesco y Miseno sobre quién ha de subir á ocupar el trono.—Discurso del conde *Skrins* á nombre del pueblo.—Respuesta al pueblo de *Lesco*.—Revístese de soberano como hijo de *Casimiro*.—Manda como tal, y como á quien quiere que le obedezcan.—Renuncia su derecho al reino, y por su misma mano corona rey de Polonia á *Uladislaio III* su primo, llamado Miseno, núm. 7.—Descripción de un monarca recién colocado en el trono.—Suspira Miseno por su estado antiguo.

1 Al paso que Miseno contaba sus sucesos, crecía en la Princesa y el Conde el deseo de saber el éxito de ellos; y sin pestañear ni distraerse le oían sumamente atentos. Miseno omitiendo todo lo que era inútil, solo atendía á darles, bajo la cubierta agradable de su entretijida historia, la saludable doctrina de que necesitaban; y al llegar al punto mas crítico de toda su vida, les previno que solo les contaría lo que fuese conveniente al intento de su filosofía, y prosiguió así:

<sup>1</sup> *Tibisco* en latin, en aleman *Teyssa*, *Tissa* en húngaro.



putas. ¡Qué locura, decía, comprar con la sangre de los hijos propios la vanidad, la aflicción y la suerte mas infeliz que se halla en el mundo! Admiróse el Embajador de la proposición de Brancan, y este cobrando mayor calor del que prometían sus años, comenzó á discurrir de manera que si hasta allí estaba yo con indiferencia al cetro, despues de esta conversacion le cobré un horror muy grande.

41 Un verdadero filósofo, decía Brancan, no estima las cosas por el nombre, ni por la ciega estimacion del vulgo, sino que estableciendo el principio ó la esencia de la felicidad de la vida, la va aplicando como piedra de toque á todo lo que le ofrecen, y entonces conoce qué quilates de bondad tiene cada cosa, para saber si merece el precio que por ella le piden.

42 Apenas oí este principio, dije entre mí: Ved aquí un hombre que se puede llamar hombre, porque discurre solidamente; y con mis palabras y preguntas le hice proseguir esta conversacion, que me sirvió de mucho para asegurarme mas en varias máximas que tenia ya establecidas, y para conocer otras de nuevo. Examinemos, decía él, todo lo que puede haber en un trozo, para disculpar la ambicion con que se solicita. En primer lugar supongo que la basa de toda la ambicion que puede tener un hombre, según las ideas del amor propio, ha de ser la independencía. ¿Y quién es mas esclavo que un príncipe soberano? Las leyes del trono le aprisionan, de suerte, que no puede moverse de un lugar á otro sin llevarse tras sí media ciudad, ó tal vez medio reino: ¿y qué atadura mas fuerte tiene un esclavo amarrado á un cepo? Todas sus acciones son vistas y publicadas. ¿Y qué mas tiene un preso con centinelas de vista? No hay quien no se atreva á examinar y criticar todas sus acciones, palabras y aun pensamientos. Veréis que la mas indigna concurrencia de la gente de la plebe se toma autoridad para llamar al monarca á juicio, y en su ausencia acusarle sin exámen y condenarle sin réplica. Unos le notan de injusto, otros de cruel, otros de avaro, etc. Ahora, ¿qué mas infeliz sería un reo, arrastrado de tribunal en tribunal, sin poderse defender? ¿Qué aflicciones no trae consigo este encanto de la corona? ¿Cuántas espinas tienen los colchones de pluma, que no dejan cerrar los ojos con la inquietud y cuidado? El príncipe, aunque revuelva en su pensamiento los sucesos mas peligrosos, ha de procurar tener el semblante sereno. Tenga enhorabuena en el corazon la pena mas aguda, el disgusto mas cruel, el susto mas bien fundado; pero ha de hacer de modo que no ha de manifestarlo, no ha de dar que hablar, no sea que se diga en las gacetas que el prin-

cipe está afligido; porque es deshonor del corazon real dejarse vencer de los afectos de la infima plebe. ¿Y quién vió prision mas cruel? ¿estado mas infeliz? ¿no ser señor de su corazon, ni de su semblante, ni de su alma? Con estos y otros discursos nos fuimos los tres entreteniendole, ya conviniendo, ya discordando, hasta que cerca de *Belgrado* me separé de ellos, dejándolos seguir el Danubio para ir á Buda; yo tomé por el *Tibisco* arriba cortando derecho á Polonia, dejando este rio entre *Kasmeti* y *Dob*, y siguiendo por las márgenes del *Tariza*, llegué á las famosas montañas de *Krapat*, que dividen la Polonia de Hungría por la parte hácia Silesia, y en ellas me detuve algunos dias viviendo en las cabañas con sus pastores, como si fuese uno de ellos. Á pocos dias que allí estuve, supe que mi padre se hallaba muy débil y gravemente enfermo: quise sufocar en mi pecho el amor filial, temiendo los embarazos y perturbacion de la corte; pero sabiendo que de dia y de noche no suspiraba sino por su hijo *Uladislaio*, un ímpetu, de que no pude ser señor, me llevó incógnito y volando á sus brazos.

## LIBRO VIII.

Entra Miseno en Cracovia desconocido.—Sabe que su padre está á la muerte y que por él suspira.—Abrazase con él ya moribundo.—Túrbase el palacio con esta novedad.—Muere Mieceslao.—Cumplimientos entre Lesco y Miseno sobre quién ha de subir á ocupar el trono.—Discurso del conde *Skrins* á nombre del pueblo.—Respuesta al pueblo de *Lesco*.—Revistese de soberano como hijo de *Casimiro*.—Manda como tal, y como á quien quiere que le obedezcan.—Renuncia su derecho al reino, y por su misma mano corona rey de Polonia á *Uladislaio III* su primo, llamado Miseno, núm. 7.—Descripción de un monarca recién colocado en el trono.—Suspira Miseno por su estado antiguo.

1 Al paso que Miseno contaba sus sucesos, crecía en la Princesa y el Conde el deseo de saber el éxito de ellos; y sin pestañear ni distraerse le oían sumamente atentos. Miseno omitiendo todo lo que era inútil, solo atendía á darles, bajo la cubierta agradable de su entretendida historia, la saludable doctrina de que necesitaban; y al llegar al punto mas crítico de toda su vida, les previno que solo les contaría lo que fuese conveniente al intento de su filosofía, y prosiguió así:

<sup>1</sup> *Tibisco* en latin, en aleman *Teyssa*, *Tissa* en húngaro.

2 Entré en Cracovia desconocido, porque el traje, figura é idioma favorecian el disfraz. Mi padre andaba sumergido en una profunda tristeza, lamentándose de mi muerte, pensando que solo ella me pudiera haber ocultado su elevacion al trono. No cesaba de pronunciar mi nombre y de mirarse mi retrato. Todas aquellas bóvedas, segun me contaban, repetian en ecos las palabras del acongojado anciano, y no decian sino: *Uladislao, hijo mio, mi querido Uladislao*. Sabiendo esto entré en palacio de repente, y postrado á sus piés le abracé. Asústase el buen viejo al principio, temiendo algun insulto: un poco despues extraña el afecto con que se ve abrazar tiernamente, y no me conoce, porque mi rostro, profundamente inclinado, le estaba escondido. No pude entonces reprimir mis lágrimas, porque la filosofia no me habia quitado la naturaleza, solamente la habia corregido, y entre los sollozos se me escapó esta palabra: ¡Padre mio!

3 ¡Oh, viérais al angustiado y venerable príncipe acometido de un torrente de gozo, de que ya no espera paz! Hijo mio, me dice echándome los brazos, y apenas lo dice, se empieza á temblar la voz, no puede soportar la fuerza del contento, y cae en mis brazos desfallecido. Acuden los caballeros que le asistian: el susto, la pena, la alegría perturban á todos los que veían este nuevo espectáculo. Yo era el mas aturdido, viendo en el único objeto á que atendia motivo para dos afectos opuestos, pues ni su estado me permitia el júbilo de verle, ni la complacencia repentina de abrazarle me dejaba sentir su desmayo y su flaqueza.

4 Entonces ví que la Providencia me conducia con su mano juiciosa á la escuela donde debia aprender á conocer las cosas como ellas son verdaderamente en sí mismas. El palacio, teatro de engaños el mas común, fue para mí la mejor escuela del desengaño. Cual enjambre de abejas cuando entra en él algun insecto extraño, que hierve todo inquieto y amolinado, ya dentro, ya fuera de la colmena, zumbando todas y murmurando, entrando y saliendo, encontrándose unas con otras, sin saber á dónde van, teniendo todas la misma inquietud y el mismo susto; así veía yo el palacio. El Rey, restablecido de su desmayo, no cesaba de apretarme entre sus brazos: yo sentia caer en mi rostro sus ardientes lágrimas; lágrimas de gusto y de pena, gusto de verme, y pena de verme privado de la corona, por la adopcion que habia hecho de Lesco.

5 Penetraba la Reina madre el interior del corazon del Rey. Un aire frio y un agrado violento me hacian ver en sus cariñosas palabras

el susto interno que la ocupaba, y sus ojos inquietos daban á conocer bastantemente la turbacion y desasosiego de su ánimo<sup>1</sup>. Habia en la corte un cisma terrible, porque, segun los particulares intereses, unos se inclinaban á Lesco, otros se le retiraban. Tenia Lesco un valido íntimo y amigo verdadero, con quien repartia el corazon y el alma. Eran en la apariencia dos, mas en la realidad Lesco y Gouborek no hacian sino una misma persona. Él se llevaba toda la estimacion del Príncipe por sus sólidas y constantes virtudes. No entendia el lenguaje vil de la adulacion ni el de la mentira, reprendia en el Príncipe sus mas leves defectos; pero con tal amistad, cariño y prudencia, que sus reprensiones mas podian desearse que temerse. Tenia un juicio sano, un ánimo íntegro, el corazon grande, el alma intrépida, y sobre todo una balanza justa y delicada. Nunca miraba el bien, sin pesar el mal que suele acompañarle. Muy léjos de considerar los bienes y los males, como la chusma de los arbitristas, que fingen las cosas en su imaginacion falsa y venal, como mejor les conviene; Gouborek consideraba todo como acostumbra suceder en la realidad, esto es, males mezclados con bienes, y bienes mezclados con males. Hablaba del hombre como el hombre es, y como siempre ha sido *despues de la creacion del mundo*<sup>2</sup>. No esperéis, decia á Lesco, *hacer lo que Dios jamás ha hecho, esto es, hacer á los hombres absolutamente perfectos*<sup>3</sup>. Desterrad las esperanzas de establecer en vuestros Estados la república de Platon<sup>4</sup>; procurad solo en la nueva planta de gobierno que quereis formar, disminuir los defectos generales é indispensables, y establecer la felicidad pública. Pensad en cultivar la Religion y la sólida filosofia<sup>5</sup>, entendiendo que

<sup>1</sup> La reina Gertrudis estaba justamente sentida, porque Miecislao, su cuñado, le quebrantó el juramento de declararle á su hijo Lesco heredero de la corona, y de haberla usurpado una gran parte del ducado de Sendomir.

<sup>2</sup> Dice *despues de la creacion del mundo*; porque cuando Dios crió al hombre lo hizo recto (*Eccles. vii, 30*), esto es, inocente, justo, santo, adornado de todas las virtudes. (*S. Damasc. lib. 2 de Fide, cap. 12*).

<sup>3</sup> Esto se entiende despues que Adan pecó; porque como dice el concilio Arausicano II, cán. 1, y el Tridentino, ses. 5, cán. 4, todo Adan pasó por el pecado original á peor estado en el cuerpo y en el alma. Y como no solo traspasó Adan la muerte y penas corporales á todo el género humano, sino tambien el pecado, que es la muerte del alma, *idem*, cán. 2, es cierto que despues que Adan pecó ya no produce Dios hombres absolutamente perfectos: exceptúanse Jesús y Maria.

<sup>4</sup> Platon queria que como no hay mas que un mundo, no hubiese mas que un reino, en el que todos los hombres viviesen bajo de unas mismas leyes, y que tuviesen unas mismas costumbres.

<sup>5</sup> Esta es la moral evangélica, ó ciencia del Crucificado. (*San Bernardo*).

para todo esto conviene ganar los corazones de los vasallos, para conducirlos como hijos, y manejarlos como miembros de un mismo cuerpo, de quien vos debéis ser la cabeza. Así oí muchas veces que le hablaba á mi primo; y os confieso que nunca encontré hombre mas digno que Gouborek para estar al lado de un príncipe; y por eso era aborrecido de todos los que intentaban introducirse con Lesco. Yo lo observaba todo, y todo lo guardaba.

6 Entre tanto mi padre se acercaba al sepulcro á largos pasos: era increíble la negligencia con que le asistían en su enfermedad. Todos se volvían á adorar el sol que nacia, y daban las espaldas al que estaba en el ocaso. Allí aprendí á conocer bien lo que era una corona, porque la ví por ambos lados, y con ánimo tan indiferente la veía como si fuese el mas extraño; en fin, aquel héroe, que tan grandes disgustos habia padecido en su vida, salió de ella superior á los hados, constante en las adversidades, y siempre igual á sí mismo. Fue el primer monarca que con paso sereno é imperturbable supo subir muchas veces al trono, y descender de él otras tantas, sin que con el alborozo se engriese, ni se inmutase ó descaeciese con la injuria. En fin, acabó mi Rey, mi padre y maestro, quien aun despues de muerto me enseñó el medio de ser feliz en este mundo.

7 No pudo aquí Miseno contener las lágrimas que la ternura le sacaba á los ojos, y pasado algun intervalo, en el que pagó el tributo de amor, continuó diciendo: Despues de cumplidas las ceremonias del régio funeral, yo fui el primero á rendir vasallaje á Lesco en presencia de la Reina madre y de toda la corte. Quedaron todos atónitos, porque estaban persuadidos que mi venida á la corte solo habia sido para disputar á mi primo la corona, que nuestros dos padres habian ceñido en sus sienas. Pero aun se admiraron mas al ver que Lesco resistía mis reverentes obsequios, y que tomándome en sus brazos me decia: No soy yo, primo Uladislao, no soy yo el sucesor del trono que vuestro padre acaba de ocupar. Todo el derecho que puedo tener á él, os le cedo, porque vos podeis gobernar por vos mismo, y yo necesito del socorro de manos ajenas para sostener el cetro; circunstancias que no agradan á los pueblos. Y para evitar de una parte su disgusto, y de otra el temor de violar mi conciencia, quiero que de las manos de vuestro padre pase el cetro á las vuestras. Oí, me pasmé, y resistí hasta llegar mi excusa cási al extremo de violencia; pero Lesco persistía. Jamás vieron los siglos contienda semejante. Al fin, pidiendo licencia al público, me vi obligado á hablar á Lesco en estos términos:

8 Siendo vos, señor, un príncipe justo, no habeis de dar principio á vuestro reinado por una injusticia manifiesta. Por noble y generoso que sea vuestro ánimo, no debéis negar á los pueblos su derecho, á las leyes su justicia, á los Soberanos su autoridad, á vuestra sangre la gloria, ni á vuestros méritos el premio que los cielos le destinaron. Casimiro vuestro padre, por una general determinacion de los vasallos, fue preferido al mio, y de las manos de Miecslao pasó el cetro á las tuyas; y si últimamente mi padre volvió á empuñarlo, solo fue como regente á causa de vuestra menor edad. Ahora, no habiendo en vos culpas ni defectos, ¿quién podrá sufrir la injusticia de que seais privado del trono que vuestro padre honró, y os le dejó por herencia? El alma de Miecslao desde el supremo solio en que la considero, fulminaria contra mí el formidable rayo de su indignacion, si yo contradijese su voluntad. Él os adoptó por su hijo, prefiriéndoos á mí, á quien engendró. Tanta era su rectitud, y tan superiores á los míos vuestros méritos y derechos. Ahora, pues, haríais injuria á Casimiro, que os nombró heredero de la corona; injuria á Miecslao, que os adoptó por hijo; injuria á la Reina vuestra madre, testigo é intérprete de la voluntad absoluta de estos dos Soberanos; injuria á los pueblos, que os dieron el derecho en la persona de vuestro padre; injuria al cielo, que os dotó con todas las virtudes dignas del trono; y finalmente, injuria á vos mismo, procediendo como no debéis proceder. Así no os admireis que siendo yo vasallo, y debiendo postrarme delante de vuestro trono, os resista abiertamente: y lo haré mientras que persistiéreis en contradecir al cielo, á la tierra, á los pueblos, á las leyes, á la razon y hasta á la misma naturaleza.

9 No se muda con tanta prontitud el triste semblante de la noche cuando la luna llena se descubre en el horizonte, como se mudó el rostro perturbado de la Reina. La alegría de su alma se derramaba por los ojos, y bañaba su semblante risueño; y volviéndose hácia mí con el mayor agrado, iba á confirmar mi representacion, cuando Lesco le pidió licencia para hablar, respetándola en esto como á reina, y honrándola como á su madre. Toda la corte estaba suspensa presenciando este inopinado combate, y dice el Príncipe de este modo:

10 Cuando el mundo, amado primo, no tuviese noticia como yo tengo de vuestras virtudes, solo este lance bastaba para dárselas á conocer; pero no quiero apoyar mi resolucion en un fundamento que solo se esconde á vuestra modestia, porque tengo otros motivos mu-

cho mas fuertes. Sé que es odiosa toda comparacion entre los méritos de los príncipes de quien tenemos la sangre, y cuya memoria respetamos. La naturaleza hizo á nuestros dos padres hijos de Boleslao el invicto, el cual á ambos les dió con la sangre y el ejemplo las virtudes dignas del trono. En esto fueron iguales; pero no pudiendo los cielos dejar de anteceder al uno en el órden de los tiempos, fue preferido vuestro padre al mio. Miecslao fue el tercero, y Casimiro el quinto de sus hijos; y en esto ya veis que los cielos se declararon á vuestro favor, porque vos representais aquel á quien el nacimiento dió la preferencia, y yo represento al preferido. No quiero examinar los motivos por que mi padre subió al trono estando aun vivo el vuestro, porque los sucesos que dependen de la voluntad del reino son un misterio que conviene siempre dejarlo escondido. Mas confieso que las leyes no pueden ser obedecidas con repugnancia de la voluntad, y que el bien del Estado depende esencialmente de la concordia de los pueblos. Ahora yo bien conozco en estos que me escuchan, que me verian <sup>en el</sup> al trono con mucho júbilo. Tan grande fue el amor que profesaron á mi padre, que desde la cuna me aman; mas desean ver en el trono á Lesco sin alma. Sí: quieren que yo aparte á Gouborek de mi lado, y esto seria separar de mí la virtud cuando mas la necesito. Tengo muy poca edad, y ninguna experiencia; y os juro por los cielos y la tierra, que solo sus talentos, su práctica, su rectitud inflexible pueden ser el único apoyo de mis brazos débiles para manejar un cetro de tanto peso. Él nació para ayo de un príncipe que en sus tiernos años apenas conoce al mundo, y se halla en su propio país como extranjero, y así no puedo tomar sin timidez en mis manos ignorantes y de pocas fuerzas las riendas de un gobierno sumamente difícil y arriesgado; y ya que las vuestras son mas robustas, á ellas las alargó. Yo os conozco, esto me basta. Y vosotros, pueblos, que me estais ofreciendo la corona, sabed que jamás podré daros mayor muestra de gratitud al amor que me teneis, que la que ahora os doy. Porque si yo antes quiero obedecer á un soberano como Uladislao, que empuñar el cetro, considerad cuál será el príncipe que os doy, cuando en él renuncio todo el derecho á la corona. Esta nueva accion, que os deja atónitos, debéis entender que no es movimiento impetuoso de un ánimo alterado, sino resolucion madura de quien solo mira vuestra felicidad. Á vosotros, pues, es á quien toca vencer la repugnancia que él tiene al cetro, pues que de eso dependen el público sosiego y el bien de la monarquía.

11 Admirado quedé con esta respuesta del Príncipe. La Reina pálida, y todos los que habian urdido sus largas esperanzas sobre el gobierno de un príncipe jóven, con natural bondad y sin experiencia, quedaron como pasmados. Ninguno me podia amar á mí, porque me conocian poco, y así era forzoso temerme; pero aun temian mucho mas al valido. Por otra parte la nobilísima accion que el Príncipe acababa de hacer prefiriendo un hijo á un reino, les desagradaba sumamente. Tanta era su preocupacion contra Gouborek, y tanto el deseo de hacer doblar la tierna planta de Lesco segun la inclinacion de sus particulares pasiones é intereses. Un susurro se oia en toda la sala, que como torbellino de viento, que suena á lo lejos y poco á poco se viene acercando, se aumentaba muy sensiblemente. Mas luego que el susurro dió lugar á la atencion, se levantó el conde *Skrins*, hijo de aquel á quien mi tío Uladislao II mandó sacar los ojos <sup>1</sup> por consejo de su mujer Cristina; y pidiendo licencia para hablar en nombre del pueblo, dijo:

12 Debo, ó príncipes, en nombre de todos los pueblos que tuvieron el honor de obedecer á vuestros padres, protestar con la mayor sinceridad el sumo gozo con que estamos prontos á rendir vassallaje á cualquiera de sus hijos: á cualquiera de sus hijos, digo: porque no sé si habrá obediencia en los polacos al gobierno de alguno que, no teniendo sangre real, se quiera entrometer en el trono. Pero al mismo tiempo el amor á la patria me obliga á representaros con el mas profundo respeto las terribles consecuencias que pueden seguirse de esta nunca vista contienda, si insistiereis en ella. Esta disputa, la mas noble á los soberanos, es la mas injuriosa á los vasallos. Cede en nuestro descrédito que dos tan grandes príncipes desprecien á competencia el gobernar unos Estados que ha mas de setecientos años que han sido objeto de la ambicion de sus monarcas <sup>2</sup>. La grandeza de vuestro ánimo generoso, superior á todo lo que

<sup>1</sup> Por los años de 1114, andando de recreacion el rey Uladislao II con el conde *Skrins*, su valido, díjole en chauza: «Ahora andará la Condesa paseándose muy contenta con el abate N.» El Conde picado le respondió con fuego disfrazado en aire de gracia: «Nunca tendrá tanto gusto como la reina Cristina N. divirtiéndose con F.» Supo la Reina esto, y obligó á su marido á que le hiciese arrancar los ojos: lo que se ejecutó.

<sup>2</sup> Aunque la sociedad de Polonia y su primera ciudad *Gnesne* tuvieron principio el año 550, teniendo su cabeza *Leco* el título de duque; despues de *Vismir*, hijo de *Leco*, se formó un Senado de doce vaivodas, palatinos ó guerreros, y habiéndose introducido entre estos discordia por los años de 700 en la era cristiana, se eligió por príncipe á *Craco*, uno de los doce del Senado, quien fundó á *Cracovia*, que fue corte muchos años. (Véase *Cat. hist.*)

hay de mas elevado en la tierra, con este vuelo rápido nos hace caer en el mayor abatimiento en la reputacion de los extranjerios. Ahora no sé si la equidad os permite que triunfeis de la ambicion mundana, á tanta costa de los pueblos, por quanto nuestro honor será la víctima de todos esos sacrificios de alabanza que todo el mundo os ha de consagrar.

13 Mas cuando los príncipes y la reputacion del Estado, que os dieron la cuna y la corona, sean un objeto indigno de vuestros elevados pensamientos, no lo sea la sangre de vuestros vasallos, que ha de ser derramada en las guerras mas horrosas. Yo estoy ya previendo lo que no tardará muchos dias á suceder, si hoy mismo no sube al trono de Polonia uno de vosotros para recibir nuestro vasallaje.

14 Aun me acuerdo de las guerras espantosas, en que por causa de Uladislao II, vuestro tio y sus hermanos, se vió la Polonia nadando en sangre. Quería él por ser el mayor privar á los hermanos de los dominios que Boleslao su padre habia dejado, y esa impiedad le acarrió que Miecslao con sus hermanos<sup>1</sup> lo destronasen y le obligasen á huir á Alemania<sup>2</sup>. En vano imploró el auxilio del emperador Conrado, é inútilmente se fatigó el poder de Federico Barbaroja su sucesor para restituirle al trono; porque apenas pudo conseguir por bien de paz que la Polonia le cediese la Silesia, que gozó muy poco tiempo; que no consienten los cielos sobre la tierra... Perdonad, príncipes, lo que la lengua no llega á proferir, y disculpad mi dolor viendo á mi padre con los ojos arrancados por un príncipe que le honraba con los abrazos de la mas sincera amistad. Mas los hijos de Uladislao, continuó el Conde<sup>3</sup>, aun viven en la Silesia, son vuestros primos hermanos, y no están olvidados de que ese cetro que regentais, primero estuvo en la mano de su padre que pasase á las de los vuestros; y se puede temer que al primer pensamiento de esta altercacion, ¡quién lo creeria! entrarán con mano armada á invadir un trono desocupado. Pero ¡cuál será el vil vasallo que no exponga su vida por impedir que vengan á gobernarnos príncipes que ya reputamos por extranjerios! ¡qué guerra civil no se va á encender con este suceso! ¡qué anarquía! ¡qué confusion! ¡qué horror! ¡qué sangre! ¡qué mortandad! ¡Ved si todo esto no clamará al cielo contra vosotros! Esta es, ó príncipes, la representacion

<sup>1</sup> Eran Boleslao el Crespo, Casimiro y Enrique.

<sup>2</sup> Lo expelieron el año 1143.

<sup>3</sup> Eran Boleslao, Miecslao y Conrado.

de los pueblos; y nuestra firme resolucion es, que ninguno de vuestros vasallos habemos de salir de ésta sala sin que tengamos un monarca; porque no puede un cuerpo vivir un instante sin cabeza, ni sostenerse en pié un estado sin un príncipe supremo. Un solo momento de dilacion es nocivo, y una leve tardanza es accidente mortal. Decid, pues, ó príncipes, de vosotros dos cuál es el que ha de gobernarnos; porque sea el que fuere, como sea hijo de nuestros buenos reyes, eso nos basta. Tal vez habré excedido á fuerza del patrio celo los límites que prescribe el respeto debido á las majestades. Tal vez el primer acto de vuestro gobierno será castigar en mi persona vuestra ofensa. Á todo estoy prevenido; pero sírvame de disculpa el celo por el bien comun, que comprende el de la patria y el de los príncipes, y que no se diga que la Polonia desmereció tener por soberano un rey tan digno, como ambos lo sois.

15 Así habló el Conde; y animada toda la asamblea con este discurso, comenzó á clamar que queria por su rey á uno de los dos, y que ninguno saldria de allí sin que todos rindieran homenaje al monarca que los hubiese á gobernar.

16 Vió Lesco que los espíritus estaban alterados, y que nuestra generosidad comenzaba á degenerar en tumulto; y en tono de soberano, y al mismo tiempo de patricio, dijo así:

17 Ninguno, pueblos y amigos míos, ninguno es mas interesado que yo en el amor de la patria: ninguno desea mas sinceramente la felicidad pública. Este anhelo es el que me obliga á renunciar el trono; porque siendo tan débiles mis fuerzas para llevar el pesado gobierno de la monarquía, todos mis yerros cederian en perjuicio vuestro; y así tan léjos está de ser esta renuncia desprecio, que mas bien es estimacion muy sincera. Vosotros exponeis la vida por el bien de la patria ya en la paz ó ya en la guerra, y yo empiezo por sacrificar al público interés una corona que siempre fue disputada y apetecida; reservando solo para mí el participar con vosotros del honrado peligro de perder la vida en las guerras de Estado. Mas sabed que si no me viéreis vuestro monarca, me veréis vuestro general y comandante en las empresas militares. Soy jóven, y debo aprender en el campo de Marte la ciencia necesaria para el trono, y para este tendréis á mi primo, que ya la tiene aprendida en la guerra y en la paz. Y si yo por hijo de Casimiro, si por ser legitimo heredero del cetro tengo autoridad para mandar, ninguno la puede tener para resistírseme desde el momento en que yo llegue á manifestar mi absoluta voluntad. En esto se levanta; y con un aire que me

hizo temblar de respeto, echa mano de la corona, y me dice: Yo que puedo poner esta corona en mi cabeza, quiero y mando que la consintais en la vuestra; en esto, sin la menor tardanza, clama todo el pueblo: *Viva Uladislao III rey de Polonia, viva*. La Reina me alargó el cetro, y todos como por fuerza me condujeron al trono, al cual subí como llevado en brazos, por cuanto un sudor frio me cubria los miembros, y estaba casi inmóvil. Entonces Lesco fue el primero que me rindió vasallaje; siguióse toda la corte, y últimamente el conde Skrins de parte del pueblo<sup>1</sup>. No os puedo explicar lo que en esta ocasion pasó por mí.

18 Cual ave que contenta y remontada surca por la region de los aires, bebiéndose las luces al sol con toda libertad y desahogo, mas herida de una saeta improvisa cae de repente en un pozo, donde se arrastra luchando con tinieblas y dolores, medio muerta y encarcelada; así me vi yo en este punto. Pero ¡ah, y qué leccion fue esta para conocer bien las que llaman felicidades del mundo!

19 Pasé repentinamente de la region de la verdad á la de la mentira. Una chusma de aduladores me cercaban dia y noche, y nada veía de lo que ver deseaba. Por entre el espeso humo de los incensos que me descomponía el cerebro, nada alcanzaban mis ojos que no estuviese ofuscado con mil dudas y mil recelos de engaño. ¡Oh Dios mio, y qué teatro de mentiras! Entonces ya mis yerros eran aciertos, mis defectos virtudes, las de Lesco flaquezas, y el celo del conde Skrins atrevimiento. La misma accion que por la mañana era crimen, si yo la aprobaba, se convertia de repente en relevante mérito; y cuanto mas me esforzaba á conocer la realidad, tanto mas enredado me veía. Ah, y cuántas veces corrí con el corazon y los brazos abiertos en pos de la verdad, y me hallaba con un monstruoso y feísimo error, que me tenían maliciosamente encubierto! ¡Cuántas veces me arrepentí de lo que hice con la mejor intencion que podia desearse! En fin, entre el arrepentimiento de lo que hacia y el temor de lo que habia de hacer, pasaba mis dias, velaba las noches, y perdía el ánimo, la paciencia y el tiempo.

20 Buscaba para mi alivio un amigo: un amigo, tesoro riquísimo, que cualquier miserable le halla en otro miserable con quien se

<sup>1</sup> Sucedió esto el año 1203. (*Anécdotas de Polonia*). Desde la muerte de Casimiro el Grande, año 1370, es este reino el único electivo en Europa; cuya eleccion se hace ahora por el Senado y la Nobleza en Dieta general en un campo raso llamado *Kolo*; á media hora de *Varsovia*, donde se levantan tiendas muy cómodas, etc.

consuela, y solo yo no podia encontrarle en todo mi reino. Pero ¡cómo lo habia de hallar si un muro alto de interesados me cercaba por todas partes! Los que tenían mérito para ser mis amigos no me buscaban; y estando apartados de mí, mal los podia conocer: y los que no merecian serlo, eran los que me daban todas las señales de amistad sincera. Un aire risueño, un deseo de agradarme, una asistencia continua, una tierna compasion de mis aflicciones interiores, me iban persuadiendo a veces que yo era amado. Mas luego un momento de reflexiones bien corto me hacia conocer que todo era ficcion, todo interés, todo engaño.

21 Encerrado entonces en mi gabinete estudiaba á solas sobre el bien público, imaginando los medios de la general felicidad; mas al mismo tiempo se estudiaba en los congresos particulares cómo me habian de armar el lazo, en el cual buscando yo el bien general, cayese en lo que solo servia al interés particular de algunos, aunque ello fuese con ruina del público. Si gemia en mi corazon, habia de manifestar el rostro risueño para hablar con agrado: si desconfiaba de un vasallo, debia ocultar con toda cautela la desconfianza. Si mi corazon se inclinaba á otro cuyo mérito me agradaba, debia violentarme por no hacerle conducto ó instrumento de la deslealtad ó traicion ajena.

22 ¡Pobre de mí, decia yo, y cuánto mas alegre me hallaba en las riberas del Mariza, ó en las cárceles de Turquía! ¡Cuánto mas dulce me era aquel cayado que este cetro, aquellas cadenas que esta corona! Mi único consuelo era solo esta palabra: *Yo no obré mal en aceptar la corona*. La razon me obligaba, el Ser supremo lo queria; y así no debo afligirme. Si perdí el sosiego no pedí el socorro divino que en todas partes me asiste para obrar como debo. Si así lo cumpliero, Dios está obligado á hacerme feliz. En este estado allá á lo léjos, como entre una oscura posibilidad, veía lucir tal cual endeble esperanza de que se mudase la fortuna.

23 No tardó mucho. Dos años goberné todos mis pueblos, aplicado á establecer el bien y reprimir el mal, recompensar la virtud, contener el vicio y castigarle, creyendo que un monarca es un vicedios en la tierra, y que lo debe tener por ejemplo en todas sus acciones. Ahora ya veis que era muy regular que yo tuviese enemigos ocultos, y mil vasallos descontentos, y que ciertamente seria infeliz si de mí gustasen los perversos. Entre tanto Lesco con el ardor propio de su edad reprimia los enemigos del Estado, abatiéndoles el orgullo y castigándoles las insolencias. Sucedió que ganó á los rusos

una batalla campal y cumplidísima victoria. Alegró con ella á mi nacion belicosa, ya enfadada de la tranquilidad de mi gobierno; y sin guardar límites algunos en sus demostraciones de júbilo, aclamaron á Lesco como conquistador, como guerrero y como á su soberano. Esta voz fue seguida de todos los descontentos, y de los que siempre gustan de novedades; pero fue resistida de los vasallos fieles, que se pusieron en armas para mantenerme la corona en la cabeza. Ya mi primo con el gobierno militar habia tomado el gusto al mando, y la adulacion y lisonja habian ganado la entrada en su corazon inocente: ya los áulicos le habian inspirado unos venenosos celos, y derramado en su pecho ciertas simientes de arrepentimiento de la generosidad con que habia procedido; y así preparado, no le disgustaba oír las aclamaciones de los soldados y del pueblo.

24 Hervian los bandos y partidos, y la sedicion y guerra civil estaba declarada. Viendo yo esto, monto á caballo, y poniéndome á la frente de mis fieles tropas, salgo de la Cracovia para encontrarme con Lesco que venia triunfante. Qué láse asustado apenas me vió en la vanguardia del ejército: pensó lo mismo que todos pensaban, que yo queria disputar con las armas la misma corona sobre la que habíamos tenido reñida pelea; pero se engañó. Hice alto; mandé que ningun soldado hiciese el menor movimiento sin mi órden expresa; y viendo él que yo me avanzaba solo, y con la espada envainada, conoció que mi idea era muy diversa de la que se habia figurado; y mandando tambien á sus tropas que parasen, se adelantó para salirme al encuentro. Al punto que nos juntamos, sin darle tiempo á decir una palabra, le hablé de esta manera:

25 Primo y soberano mio, no puedo daros mayor testimonio de lo mucho que estimo la gloria de vuestro triunfo, que viéndoos con la corona de laurel de vencedor, añadir á esa corona la del Estado. Vos sabeis que por obedeceros la acepté violento; ahora por agradaros os la devuelvo gustoso. En este mismo instante ya me habia quitado la corona de la cabeza, y la puse en la suya, que Lesco retiraba flojamente. Despues de esto le entregué el cetro, y desenvainando la espada, di vuelta, y poniéndome á su lado, dije en alta voz á mi gente militar: Esta es la corona que ceñí monarca, ahora la desenvaino vasallo para dar la vida, si fuere preciso, por el mismo á quien acabo de ceder la corona. Juzgad vosotros cuál seria la suspension de Lesco, cuál la admiracion de unas y de otras tropas. El Príncipe nadando en júbilo no acertaba á formar períodos largos, los que yo cortaba con mis expresiones para disimular la turbacion de las su-

yas. De este modo mezcladas nuestras tropas entramos los dos triunfantes en la corte, él por haber ganado una victoria y un reino, y yo por haber adquirido el trofeo de mi libertad. Restituidos á palacio, le pedí permiso para salir de sus Estados, atendiendo á su tranquilidad y á la mia; y con traje y nombre desconocido aquí me escondí hace tres meses<sup>1</sup>, para que jamás lleguen á saber los nacionales ni los extranjeros de mi nacimiento ni de mi persona. Ved, pues, si es importante el secreto que os he confiado.

26 Quedaron suspensos el Conde y la Princesa, deseando cada uno no ser el primero á interrumpir el silencio; y levantándose ambos, protestaron á Miseno su respeto, disculpándose con su ignorancia de cuanto le hubiesen faltado; y asegurándole de nuevo la fidelidad en el secreto encargado, dijo Sofia así: El concepto, Miseno, que habeis hecho de nosotros juzgándonos dignos de tan grave secreto, nos lisonjea infinito; y podeis estar seguro de que no os hallaréis defraudado ni arrepentido. Cuanto mas precioso es un tesoro, tanto mas fiel debe ser quien lo conserva en depósito. Sosegad, que no saldrá jamás de mi boca lo que mi memoria encierra; porque aunque de mis secretos soy señora, de los ajenos solo soy depositaria: de los propios puedo disponer á mi gusto, mas de los extraños nunca me permiti la mas pequeña libertad; porque siempre es hurto alargar un depósito, aunque puede ser virtud comunicar los propios tesoros. ¡Ah, señor, y qué grande es vuestro corazon! ¡qué sólidos vuestros principios! ¡qué confirmada vuestra experiencia! Ved, Conde, si tenia Miseno razon... Os doy prueba en el modo con que os trato, que hasta de vos mismo quiero ocultar tan precioso secreto. Ved si tenia Miseno razon cuando nos aseguraba que en este mundo todo tenia el nombre trocado, que los males se llamaban bienes, y que los mas sólidos bienes pasaban por infelicidades. Su filosofía bien conoceis que se funda en su propia experiencia, y así no puede ser mas sólida.

27 Entonces el Conde, recobrado de la suspension en que le habia dejado esta historia, confesó que ninguna doctrina podria tener persuasion mas eficaz que el ejemplo de Miseno para buscar la felicidad por el verdadero camino. Á manera, decia él, de una escena de teatro en que los bastidores se mudan de repente, y sin saber cómo se halla uno en países nuevos, nuevos climas y nuevo estado, así me veo ahora. Todo en mi imaginacion se halla mudado. Hasta aquí las riquezas, los honores, los gobiernos, las delicias componian

<sup>1</sup> Año 1206. (Véase *Com. hist.*.)

la agradable perspectiva del engaño, que me hacia ver lo que en la realidad jamás podia existir ni consolar mi alma; pero ahora entre montes ásperos, bosques secos y agrestes, entre peñas y precipicios horribles, que vistos por uno y otro lado asustaban mi alma, y me llenaban de espanto; veo quérda paz, la virtud, la independenciam y la verdadera heroicidad me desombran la senda por donde he de caminar seguro á la felicidad que apetezco, á la perfecta alegría que tan ansioso he buscado. En esta repentina mudanza de escenas permitid, señor, que mi entendimiento descansa, porque quiero dar tiempo á la reflexion y comodidad á la lluvia celeste, para que vaya calando poco á poco el interior de mi alma. Demasiado larga ha sido la conferencia hoy, y por tanto, hermana mia, yo dijera que dejásemos reposar á Miseno, y mañana, si nos fuese permitido, repetirémos la visita, pues no es justo privarle del casi único bien que le resta, que es el sosiego.

28 No me privais de él, responde Miseno, cuando empleo el tiempo en hacer á un hombre feliz, obra de Dios. Si consiguiere esta empresa, seria mi regocijo mayor que el vuestro, porque por una especie de reverberacion vuelve á nosotros la felicidad que á otro comunicamos, y el bien ajeno aumenta el propio, cuando sinceramente se desea. No quiero molestaros mas con tan prolivos discursos, pues demasiado tiempo os he tenido suspensos; pero os suplico que no me priveis del gusto que para mañana espero de volver á veros en esta cabaña.

29 Descansad, le dice la Princesa, que cuando la amistad, el respeto, la obediencia y la confianza que se os debe no nos obligasen á venir, nuestro propio interés no consentirá la desatencion de faltarnos, ni se franquearia al sentimiento de no oiros. No aprobó Miseno el estilo de Sofia, juzgándole menos acomodado al intento importante de abrir el corazon del Conde, curar sus heridas, desentredar su entendimiento y aclarar sus dudas; y le pidió que dejase aparte todo lo que fuese respeto y cuanto pudiese hacer alusion, aun de muy léjos, á su estado antiguo; y dando al estilo naturalmente sério, pero no seco, un cierto aire jocoso, como el mas propio para darles toda libertad, les dice así:

30 No me compadezcáis, amigos, en este estado, ni me tengais por menos feliz que en aquel que os dije hace poco, porque no es tan humilde como á primera vista parece. Bien sólido y bien elevado trono es este peñasco; mas precioso es que si fuera de diamantes: aquí tengo el cortejo que me hacen las ondas de dia, y mucho mas de

noche: ¿y pensais que no es de estimar la solicitud con que ellas vienen desde tan léjos á arrojarse obsequiosas á mis piés? Este ruido de las aguas ¿no imita bien el bullicio de la corte? ¿No domino aquí los mares? Y habitando esta region aérea ¿no me veis aquí superior al resto de los hombres? Aquí recibo el ingénuo obsequio de los pajarillos, la lisonjera adulacion sencilla de los arroyuelos: el sol es mi vecino, las estrellas mis compañeras, el rocío mi regalo, los cuidados no saben que vivo en el mundo, los trabajos no se atreven á acercármeme, la tristeza huye de mí, la alegría no se me aparta un instante; y yo descansando en los brazos de la paz, vivo verdaderamente feliz.

31 No es en nosotros compasion, dijo el Conde, sino envidia el afecto que vuestro estado nos excita. Quiera el cielo que podamos imitaros, y que no tardemos á conseguirlo; y en esto se despidieron.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN

AL DE BIBLIOTECAS



## LIBRO IX.

Van los Príncipes con Ibrahin á visitar á Miseno.—Pintura del sol para dilatar al Conde.—Otra de la noche para que el mismo Conde no deje triunfar al error de la verdad.—Reprueba Ibrahin que los trabajos sean útiles á la felicidad.—Responde á Ibrahin la Princesa con la conducta de Miseno.—Búrlesele Ibrahin á Miseno de su fortuna, apenas llegaron á la cabaña.—Comienzan á discurrir sobre los beneficios negativos, y en comprobacion hace ver Miseno, que desde lo alto de su montaña ve llover sobre la tierra lanzas y saetas, las que no le dañan por estar protegido de la Providencia suprema, al paso que en sus compañeros hacen mil estragos, dejando á unos muertos, ciegos á otros, etc., núm. 13, 14 y 15.—Los males no hacen mayores á los bienes, sino mas sensibles.—Dice Ibrahin que compararnos con otros es origen de tristeza.—Respóndele Miseno á esta objecion, y la Princesa confirma lo que dice Miseno.—Dase por motivo de alegría estar libre de los males que otros padecen.—El Conde tiene mayor placer que Miseno para alegrarse.—La tristeza se presenta al Príncipe de las nieblas pidiendo socorro contra Miseno, y salen las furias contra él.—Retrase la Princesa con su familia á una cabaña de pastores, precisada de una tempestad.—Pinta Sofia á sus hijos la tronada con alegría.—Salen para retirarse á su quinta, pero se vuelven á la cabaña, por estar los campos inundados.—Ibrahin se affige.—Exhorta Sofia á sus hijos á llevar bien las incomodidades de la vida.—El Conde se desconsuela, y la hermana le arguye y reprende.—Ibrahin pasa la noche en una cueva aislada.—Duermen en la cabaña la Princesa y su familia.—Salen el dia siguiente, encuentran á Ibrahin medio muerto, y Sofia exhorta nuevamente á sus hijos á que sufran con gusto los trabajos.—Válese de un similitud muy particular para el intento, y con semejantes discursos fueron continuando el camino.

1 Era increíble la admiracion y espanto que habia causado á la Princesa y al Conde la historia de Miseno. No cesaban de hablar de los sucesos extraordinarios de este héroe; y cuando el dia siguiente salieron los dos hermanos de paseo, para volver á su cabaña como se lo habian ofrecido, se convidó Ibrahin á ir en su compañía, porque deteaba conocer con curiosidad tan grande hombre. El concepto que hacian de él ambos hermanos era muy diverso del que Ibrahin formaba; porque sus máximas, decia Ibrahin, solo son una ligera idea de algun descuadernado cerebro, y sus sistemas unos delirios al parecer bien formados de hombre muy extravagante. La Princesa se hallaba como atada, por no poder revelar el secreto tocante á la cualidad de la persona, pues esto podia sin duda ser bas-

tante para que Ibrahin diese otra estimacion y peso á los discursos de Miseno; semejantemente el Conde, como no estaba diestro en manejar las armas de la razon, casi siempre que le era preciso defender á Miseno, iba á echar mano de la autoridad de la persona; pero la retiraba al instante viendo que era una prohibida. De este modo quedaba confundido con los sofismas y enredos de Ibrahin, el cual ya por costumbre despreciaba todo lo que no era suyo, y solo tenia por acertado lo que su propio capricho forjaba por la invencion, ó á lo mas lo que leia por sus propios ojos sin que otro se lo enseñase: pues eso solo bastaba para que él diese á las doctrinas el bello colorido de *mío*, colorido que tanto agrada á los que presumen de sábios.

2 No podia sufrir el Conde esta altivez de entendimiento, y así comenzó luego la disputa á alterar los ánimos, y por consiguiente á perturbarlos. La Princesa sumamente cuidadosa en conservar la paz interior del Conde, tan necesaria para plantar en su corazon la nueva filosofia, atajó la disputa inútil, y con espíritu jocosos y astuto tiró á distraer la conversacion arrogante y enfadosa, teniendo siempre la mira en el intento de reducir al Conde á mejor sistema de vida; y aprovechándose de la circunstancia en que se hallaban, ponderaba la excesiva calma que hacia, por cuanto el deseo impaciente de la conversacion con Miseno les habia hecho adelantar la hora del paseo mucho mas temprano de lo que permitia la estacion. Pero tenia tal arte Sofia, que aun en las mas jocosas galanterías le envolvía algun consejo saludable, y en una abertura que dejaron sus argumentos, dijo así: Ahora, gracias al cielo, que ya el sol se sosegó en su rápida carrera. Ese envanecido monarca desde que nació no tiene otro cuidado que el de subir, subir y mas subir; mas ahora sus fogosos caballos, fatigados y sudando, ya no pueden caminar hácia arriba; y así ese soberbio príncipe se ve obligado con rubor suyo á venir bajando; que tal es el fin, hermano *mío*, de quien quiere subir mucho. Parece que le puedo pronosticar una gran caída, porque cuando el carro comienza á desandar, cada vez cae con mayor ímpetu, y estoy viendo que el sol, coche y caballos, todo junto va á dar de golpe en el mar.

3 Tambien yo, dice el Conde, sin ser profeta ni grande astrónomo, puedo asegurar resueltamente que en breve veremos semejante *catástrofe* \*. ¿Qué decís, Ibrahin?

4 Este filósofo, desdeñándose de hablar como los demás hablaban, respondió que esas eran las ideas del vulgo; pero que él esta-

ba bien léjos de engañarse como él: y queria desenvolver mil cálculos matemáticos acerca del movimiento del sol y otras cosas semejantes, cuando el Conde le interrumpió su bien mal aplicada erudicion suplicándole que la guardase para la instruccion de sus sobrinos, pues él era ya viejo para ser semejantes doctrinas; y volviéndose hácia la hermana, le dijo: Esa descripción de la carrera del sol me excita el deseo de acordarme de otra igual pintura, que ha muchos tiempos me hicisteis de la contienda de ese planeta con la noche; pero no puedo acordarme. Repetidmela, querida hermana, si la teneis en memoria; porque despues de mi profunda melancolia, ya sabeis que estoy muy necesitado de estas descripciones jocosas, y de ellas podréis vos, Ibrahin, sacar alguna moralidad apreciable, así como el sábio alquimista \* que con su piedra filosofal sabe sacar finisimo oro de la materia mas vil.

5 La hermana, cuyo ánimo era ir envolviendo en sus gracias festivas moralidades adaptables al Conde, aceptó prontamente el convite, diciendo, que no obstante ser los unos familiares como hechos entre hermanos, poco dignos de conservarse en memoria, que ella esforzaria la suya para acordarse de lo que en la amenidad de los jardines y ociosidad del paseo habia producido su imaginacion traviesa; y parando un poco, continuó diciendo:

## I.

La Noche ya señora de este mundo,  
Con cadenas de sueño el mas profundo  
Los mortales tenia aprisionados,  
Que mas muertos están que embargados.

## II.

Sabe el Sol lo que emprende la insolente,  
Y en su dorado carro diligente  
Monta lleno de ira y rabia ciega,  
Empuña rayos, y corriendo llega.

## III.

Ocupa las trincheras de Horizonte,  
Y la Noche mirando á Factonte,  
Empezando á temblar, huir desea,  
Donde el Sol no la alcance ni la vea.

## IV.

Corre de un lado á otro: ¿pero á dónde  
La pobre ha de escapar? En fin se esconde  
De una selva sombría en la espesura,  
Y aun allí no se tiene por segura.

## V.

Corre el Sol detrás de ella, disparando  
Sus encendidas flechas, y en llegando  
Á lo alto del cielo, á ver aspira  
Donde la oscura Noche se mira.

## VI.

Tal vez no puede conseguir su intento,  
Por mas que todo lo registra atento:  
Contra la tierra flechas tira airado,  
Y alcanzar á la Noche no ha logrado.

## VII.

Entre tanto ella absorta y asombrada,  
Á lo inculto del bosque retirada,  
Oye rodar el carro rutilante,  
Que con curso veloz pasa adelante.

## VIII.

Con lo que el pavor, susto ni miedo,  
Volviendo en sí con ánimo y denuedo,  
Como del susto libre ya se mira,  
Entre placer y júbilo respira.

## IX.

Oculto entre el arbusto, entre la rama,  
Ve que retira el Sol su ardiente llama,  
Y al notar que en el mar se ha sepultado,  
Deja al bosque, y alegre sale al prado.

## X.

La aumenta su placer verse servida  
De una tropa de estrellas, que lucida  
Con brillos, con reflejos y fulgores,  
Para obsequiarla son sus batidores.

## XI.

La Luna en su carroza va delante,  
Hermosa, plateada y rutilante,  
Porque así de la Noche los capuces  
Triunfar saben del padre de las luces.

## XII.

Todo cede al empeño de la Noche:  
Despues de haber pasado el rubio coche,  
¡Oh! ¡quién imaginara, quién creyera,  
Que de la Noche el manto al Sol cubriera!

## XIII.

La verdad de este modo resplandece,  
Como el Sol que las nieblas desvanece:  
Mas el error que ha sido conocido,  
Tambien algunas veces ha vencido.

## XIV.

Porque si de mi labio los consejos,  
Ó no se escuchan ó se escuchan léjos,  
Vuelve el engaño, vuelve la ignorancia  
A aquella que ocupó primera estancia.

Ninguno tiene, dice el Conde, semejante arte para instruirme y recrearme á un mismo tiempo. Yo no estaba preparado para el remate, ni de vos esperaba la moralidad. Esperábala, sí, de las sábias reflexiones de Ibrahin, á quien yo tenia convidado para eso. Estaba ella tan á la vista, dijo la Princesa, y me pareció tan bien, que como fruta bella y madura quise cogerla por mi mano para ofrecérsela obsequiosa.

6 No dejaré de aprovecharme; y os prometo, dijo el hermano, que todos los consejos, todos los dictámenes de Miseno, si son brillantes como la *luz del dia* cuando me sacan de las tinieblas, no lo serán en la ligereza con que pasa adelante para dejarme en los antiguos errores de la *noche*. Ya que la Providencia me da medios de estudiar esta noble filosofía, como los dió á Miseno, seré dobladamente infeliz si no me aprovechase como él, pues que mi escuela es mucho menos costosa que la suya.

7 Bien pudo, dice la Providencia, dice Ibrahin, si queria ilustrar á ese hombre, venderle sus luces por precio mas acomodado, porque un verdadero filósofo cerrado en su gabinete descubre mas verdades que las que él podia alcanzar en medio de tantos trabajos: pues para descubrir secretos es preciso tener el espíritu sosegado.

8 Á proporecion, dice la Princesa, que los trabajos le sucedian, iba él aprendiendo. Como el Danubio, que allá en las fronteras de la *Alsacia* heredó el principio de sus riquezas, y cuanto mas terreno atraviesa, y mas giros y vueltas da, tanto mas se enriquece con los rios que en sí absorbe<sup>1</sup>; así fue Miseno: despues de la luz que le comenzó á rayar en un suceso misterioso, cada vez iba cobrando mayores luces en los trabajos que iba pasando.

<sup>1</sup> *Alsacia*, provincia de Francia, confina por Poniente con *Suabia*, gran círculo de Alemania, y aquí nace el *Danubio* en el ducado de Witemberg en la

9 Pero si tan benigna fue la Providencia con él, replica Ibrahin, ¿por qué no le comunicó esas luces sin tanto trabajo y fatiga? ¿Y por qué vos no adquiristeis, replica la Princesa, las luces de vuestra filosofía sin tanto afan de estudios y de cálculos que os tienen seco el cerebro? La fuente saludable de agua fresca y cristalina nunca es tan estimada como cuando uno arde en fiebre, ó viene fatigado abrasándose de sed. Ninguno conoció bien las delicias del sueño, sin haber experimentado la vigilia ó el cansancio, por cuanto la contraposicion de dos contrarios es la que realza la diferencia de ellos, y causa la debida estimacion. Lo mismo viene á ser de los trabajos y de la felicidad. Fuera de que, ¿dónde hallásteis vos mejor libro que el de la experiencia para aprender la sólida filosofía?

10 En esto llegaron á la cabaña de Miseno, y pasados los cumplimientos de política y saluciones de amistad, la Princesa presentó á Ibrahin á Miseno, y lo instruyó de lo que acababan de disputar; y Miseno respondió de esta manera:

11 Yo era, amigos míos, como los *cafres* del *Monomotapa*<sup>1</sup>, ó como los *negros* de la costa de *Guinea*<sup>2</sup>, que pisando el oro y los diamantes, no gozan de esos mismos bienes de que abundan. Sin la experiencia de los trabajos, ninguno sabe dar el precio á los bienes opuestos que despues de ellos goza<sup>3</sup>; y sin haber estado enfermo, ¿quién hay que estime como debe la salud? Toda esa innumerable multitud de bienes con que la divina liberalidad me ha enriquecido, no me pudieran hacer feliz sino con los trabajos que he sufrido: á ellos, supuesta la superior luz del que todo lo gobierna, y á mi filosofía, debo la gran felicidad de que gozo.

12 Quien os oyere hablar, dijo Ibrahin, pensad que el cielo os hizo un Alejandro conquistador del mundo, ó un Cresos señor de in-

Selva Negra, y despues de recibir en sí mas de sesenta rios grandes, atravesando la *Suabia*, *Baviera*, *Austria*, *Hungría*, *Esclavonia*, *Servia* y *Valaquia*, se arroja sumamente caudaloso en el mar Negro ó Ponto Euxino.

<sup>1</sup> La *Cafrería*, gran país del África meridional, se divide en muchos reinos, de los cuales el *Monomotapa* está situado en su parte oriental en el golfo de Sofala debajo el *Mozambique*, frente de la isla de Madagascar ó San Lorenzo: por sus minas de oro y arenas de oro que llevan sus rios, es llamado su soberano el *Emperador del oro*.

<sup>2</sup> *Guinea*, país grande de África, confina con la *Nigrícia*: sus naturales son muy negros, llamados de los antiguos *etiopes occidentales*: tiene dos costas, la *costa de los Dientes* y la *costa de Oro*, llamada así por los muchos polvos de oro que se hallan en ella.

<sup>3</sup> *Castigasti me, et eruditus sum.* (Jerem. III).

mensas riquezas; pero es cosa pasmosa, pues yo no encuentro en vos sino pobreza, miseria y motivos de aflicción. Dios me libre de verme en vuestra felicidad, porque moriría de pena.

13 Y yo también, acudió prontamente Miseno, si acaso no hubiera pasado por donde he pasado. Vos, amigo, ¿no contáis por mercedes verdaderas del cielo los beneficios negativos, esto es, el vernos libres de los males con que nosotros en otro tiempo, ú otros nuestros iguales viven actualmente afligidos? Sabed, amigos, que cuando me dejo llevar del discurso y de las consecuencias que se siguen sucesivamente una tras otra, me siento como transportado de admiración y de gusto. Desde lo alto de esta montaña estoy viendo flotar sobre la haz de la tierra una como gruesísima piedra de mil males é infortunios, y observo que un escudo soberano, puesto encima de mi cabeza, me está defendiendo para que no me toquen. Siento que antes de llegar á mí todas se resbalan, ya á un lado, ya á otro, sin que me ofendan.

14 Veo cruzar por los aires delante de mis ojos las flechas como en el mayor calor de las batallas, y veo que no me hieren. Por un lado y por otro me pasan las lanzas y los dardos, y veo que solo se emplean en mis compañeros: yo los veo caer, unos quedan muertos, otros ciegos, otros tullidos y otros estropeados: oigo lamentos de todas partes; y de todas partes gritos, desesperación y clamores, y yo muy quieto y tranquilo. Ahora decidme en esta feliz situación, ¿no debo contar todos esos males que no padezco como otros tantos bienes de que gozo? No tengais esto por figura fabulosa de un entusiasmo acalorado. Imaginad, os ruego, la haz de la tierra como ella se halla en la realidad, y decidme, ¿cuántos ciegos hay que viven en una noche continua en medio de la región de la luz? Yo no tengo mas derecho á tener vista que el que ellos tienen. Sin embargo, el Autor del universo de una misma masa separó dos porciones; á mí me dió luz, á ellos las tinieblas. ¿Y por ventura no es este favor, y favor muy grande? ¿Cuántos sordos hay, mancos y cojos? y yo nada de esto tengo. ¿Cuántos esclavos exhalando sus almas tristes bajo el peso del trabajo y de las cadenas? y yo estoy libre. ¿Cuántos enfermos gimiendo en sus lechos envidiando la suerte mas desgraciada de los que tienen perfecta salud? y yo gozo de ella. ¿Cuántos molestados por deudas? y á mí todo me sobra. ¿Cuántos, cuyo corazón es un hormiguero de cuidados, sin que puedan respirar de día ni de noche? y la paz es mi trono. ¿Cuántos cercados de enemigos ocultos ó manifiestos, de envidiosos y de traidores? y yo estoy

cierto que no tengo en todo el orbe de la tierra ni un solo enemigo. Ninguno me aborrece, ninguno me envidia. Ahora con todo esto, ¿no me daréis licencia, amigo, para que me tenga por feliz y favorecido del cielo?

15 No sea de obstáculo á vuestro juicio este humilde estado en que me veis. El corazón del hombre siempre suspira por elevaciones, mas para su mal. La ave tímida que recela los lazos armados en los valles y en los campos, vuela ligera á lo alto de las montañas; mas allí siendo mas vista y envidiada, se ve sin saber cómo herida de las saetas, cuando se creía mas segura. Así, pues, se hallará infeliz el que huya del estado humilde y retirado, el que tema la pobreza, el olvido y el desprecio, y bata las alas de sus deseos para volar tal vez á las dignidades, á los puestos y á los tronos: pues allí se verá herido con saetas muy penetrantes. ¿No os acordais, amigos, de lo que sucedió en nuestros días aquí bien cerca en Constantinopla? ¡Ah, pobre emperador Andrónico, muerto con mayor crueldad que el malhechor malo de la plebe! ¡Pobre Isaac Ángelo, hoy con la corona en la cabeza y mañana sin ojos! ¡Pobre Alejo, ahogado cruelmente por las manos de su mayor valido! ¡Pobre Murtzulf, fugitivo y muerto! ¡Pobre Balduino, vencido por el Rey de los búlgaros, con los brazos y piés cortados, y aserrado el cráneo! Todos eran emperadores de Oriente, y todos fueron infelices. Ahora yo que ni en los valles del estado humilde caí en los brazos enemigos, ni en las montañas de las honras fui herido de tiros, ¿creéis que sin ser Alejandro ni Cresos no me puedo dar por feliz? ¿No he de creer que la liberalidad divina me tiene enriquecido de bienes verdaderos, cuando me ha librado de tan verdaderos males?

16 Mas ni todos los monarcas han sido infelices, dice Ibrahin, ni todos los generales desgraciados, ni todos los ricos tristes, ni todos los poderosos andan gimiendo. Todo eso lo pudierais tener y vivir tan contento como vivís ahora. Cesad, pues, de encarecer con hipóboles vuestra felicidad, que mas bien debéis tener compasión de vos mismo que complacencia y gozo.

17 Yo no dije, replicó prontamente Miseno, que la liberalidad divina me concedió todos los bienes que encierran los inmensos tesoros de su omnipotencia. Algunos tengo, y son muchos mas los que no me ha concedido, porque es imposible que el corto, pequeño y estrecho vaso de una criatura pueda recibir y dejar exhaustos los inagotables tesoros de la Divinidad. No, no dije semejante paradoja. Únicamente conté los bienes que tengo por los males que podia te-

ner, y de que la sabia Providencia me quiso librar. Voy ahora á responderos.

18 En estos mis trabajos que padezco, aun no os mostré mis tesoros sino solamente por fuera: para conocerlos bien, conviene abrir el impenetrable secreto del corazón humano, y entonces veréis en los males de esos que llamais felices, cuántos son los bienes de que yo aquí puedo enriquecerme. ¡Qué horribles tormentos no sufre el corazón del hombre, si le devora la envidia, si los celos le roen, si la desconfianza le forma sus espantosas fantasmas! Cuando las llamas del amor le abrasan, cuando el interés le ciega, cuando la ambición lo revienta, ¡qué aflicciones no padece! Unas veces el odio le llena de hiel las entrañas, otras la venganza le hace furioso, otras la desesperación de no poder ejecutarla lo despedaza; y cuando la fortuna llega á burlarse de sus deseos, cuando le persigue la desgracia, cuando se ve hecho el ludibrio de los hados, ¡qué gritos tan horribles no da el corazón en la concavidad del pecho!

19 Discurrámos ahora como filósofo. Y de esos que llamais felices, con los que me quereis alucinar, haced una discreta separación: id poniendo á una parte todos aquellos en quienes domina el amor, ó gobierna el interés, ó manda la ambición; y ya veis que estos no son felices: poned tambien aparte los que tocó el odio ó la venganza, ó les mordieron los celos; porque todos estos bien léjos están de la felicidad. Apartad tambien á aquellos á quienes persigue la desgracia, á los que la fortuna les falta, á los que los amenazan los hados; y finalmente, á todos esos á quienes las pasiones traen en una rueda de navajas para despedazarles las entrañas, todos los cuales no son dichos ciertamente. Contad ahora los que restan, y veréis cuán pocos son los que podrian entrar en duda, si yo acaso quisiere trocar con ellos mi suerte. Ahora, pues, amigos, hablemos con sinceridad: ¿no es verdadero beneficio del cielo librarne de los incentivos de las pasiones que tantos tormentos causan? Así habló Miseno, aplaudiéndolo mucho el Conde; pero Ibrahin quedó inmóvil y taciturno.

20 Suena á veces en las entrañas de la tierra un ruido sordo, cuando la naturaleza se prepara para romper en algun horrible volcan<sup>1</sup>. La cólera de los elementos se reune, el fuego se amontona y se ahoga en las estrechas cárceles subterráneas: apenas pueden re-

<sup>1</sup> Así se experimentó en el célebre terremoto de Lisboa de 1755; porque muchas veces antes que temblase la tierra se sentia un susurro como de muchos coches á lo léjos, é inmediatamente empezó á estremecerse y sacudirse la tierra.

primir su violencia los peñascos, y por los poros de la tierra sale un humo espeso que anuncia el futuro terremoto. No de otro modo se hallaba el interior del filósofo. La soberbia de su corazón no sufría que el Conde prefiriese á su modo de pensar el de Miseno. Veíasele el semblante mudado, el aire inquieto, los movimientos impetuosos, el gesto enfadado, y que murmuraba consigo mismo; con lo que sin explicarse, explicaba bien claramente lo que queria decir. Por esta primera vez los respetos debidos á la Princesa y al Conde lo contenian, y con una afectada condescendencia procuraba disimular el desprecio que interiormente hacia del razonamiento referido.

21 Entonces Miseno que todo lo observaba, viendo que tambien la Princesa manifestaba no estar enteramente convencida, les dice así: Suponed, señora, que el infeliz Balduino, cuando despues de haber pasado de Conde de Flandes á Emperador de Oriente, se vió preso en Andrinópolis por el Rey de los búlgaros, con los piés y brazos cortados, los ojos arrancados y próximo á sufrir el último golpe; suponed, digo, que se le arrebató de improviso de una resplandeciente nube, y que sin saber cómo, se hallaba restituído á la perfección de sus miembros y á su libertad, y que se hallaba aquí entre nosotros como nosotros estamos: ¡qué repentina no sería la mudanza de su triste corazón! ¡qué torrente de júbilo no inundaría su alma! Se me está figurando que le veo poner la mano sobre los ojos, palpándolos, y no acabando de creer que los tiene, que da vueltas y revueltas por todas partes, incrédulo de lo que experimenta; que se pone en pié, que mira y remira, que extiende las manos, que alarga los brazos, y que aturdido de lo que ve y de lo que siente, no atina á creer si es sueño, ilusion ó realidad lo que le pasa; pero que al fin conoce que no es engaño. Decidme, ¿podria este príncipe en semejante estado dar lugar á la tristeza?

22 Solo lo podria dar, dijo la Princesa, si el excesivo júbilo le hubiera trastornado el cerebro por no tenerle acostumbrado á trabajos, como muchas veces sucede; y el Conde añadió, que ningun hombre mortal podria jamás tener tan bien fundado contentamiento, pues por grande que fuese su gozo, aun no podia igualar á su motivo. A esto dijo Miseno que no se conformaba con tal pensamiento: respuesta que admiró á todos. Porque aunque debia alegrarse, otros conozco yo, continuó Miseno, que tienen mucha mayor razon para vivir alegres; y despues que ambos instaron preguntando ¿quién, quién? respondió Miseno: ¿Quién? Vosotros, y mucho mas yo, pues tenemos de gracia lo que él hubiera comprado á mu-

*cha costa.* ¡ Os admirais! Suponed, pues, por un momento que el caso es verdadero, y que nos hallamos todos cuatro en esta misma montaña. Decidme, ¿quisiérais trocar con él vuestro estado? Ciertamente que no. Pues si no estimáris el cambio, es sin duda porque os teneis ahora por mas felices de lo que él entonces seria, y por consiguiente, que debe vuestro gozo presente ser mayor que lo seria el suyo en este imaginado suceso. Mirábanse los dos hermanos á un tiempo mutuamente, pidiendo socorro con los ojos para responder á Miseno; el cual viéndolos en silencio fué repitiendo los golpes, al modo que un valeroso guerrero, que apenas clava la espada, la retira luego para clavarla de nuevo, y postrar á su contrario en tierra.

23 Reparad bien, dice Miseno, que los males que preceden al bien que gozamos no lo hacen mayor, solo lo hacen mas sensible, por quanto la contraposicion realza su hermosura, mas no la aumenta. Para ser estimables los ojos que teneis, no es preciso que primero os los arranquen. ¿Acaso á vuestros miembros que jamás padecieron no los juzgais tan preciosos como los que por maravilla del cielo hubieren sido recuperados? Confieso que los males pasados dan un gran impulso á nuestra alma, y que fuertemente la mueven para que despierte del letargo en que estaba, sin advertir en los bienes que poseia; mas este violento impulso, que despierta nuestra atencion, no es el que nos hace ricos, solo hace que gocemos mas, ó que tomemos mas gusto á los bienes que ya poseiamos: así como el golpe furioso del martillo que despedaza el cofre, nos manifiesta las riquezas que se encerraban en él, sin que por modo alguno las aumente. Aquí, pues, es donde está la importante astucia de la buena filosofía, servirse cada uno de los males ajenos para despertar en sí el gozo de los bienes propios en que no advertia, sin esperar el aviso que nos acostumbran dar las desgracias padecidas por nosotros mismos.

24 Por este discurso solo sin haber sido cojo, ciego ni manco, tomo tanto contento de los ojos y de los miembros que tengo, como si los hubiese primero perdido; y así las ajenas infelicidades me sirven de gozar de toda la utilidad que sacaria de las propias, y esto con mas gracia y ventajas, porque no me dan la pena que siendo mias me ocasionarian. Ved, pues, amigos, si discurre como filósofo, y si es verdad que vosotros, y mucho mas yo, tenemos ahora mayor razon de alegrarnos que la que tendria Balduino en ese prodigioso caso.

25 Cual nave altanera, que con las velas sueltas y á banderas desplegadas va saliendo del puerto burlándose de las torres y fuertes que la detenian; pero que en el mismo momento que una bala le corta el palo mayor ó mástil grande, arria bandera, recoge las velas y se rinde humilde; así hizo la Princesa. Yo pensaba, dice ella, que me podia escapar de vuestras razones; mas en fin no pude resistiros. Á vista de esto, hermano mio, no hay duda que es mas abundante el tesoro de nuestros bienes de lo que nosotros imaginábamos; porque son infinitos los infelices, y muchos los males de que cada uno de ellos se ve oprimido. Ahora, comparándonos con ellos, y viendo que el cielo nos libra de la mayor parte de tales males, nos hallamos riquísimos de unos bienes cuya posesion ignorábamos. ¿Qué os parece? Creo, respondió el Conde, que de cuantas máximas nos ha declarado Miseno, ninguna nos ofrece mas frecuentes motivos de alegría que esta.

26 Ninguna en mi concepto, replicó el filósofo en tono de oráculo; ninguna es mas útil para desconsolarnos. Callaron todos con la no esperada respuesta, y él continuó diciendo: Si el compararme con los infelices debe alegrarme, viendo que no tengo los males que les afligen; comparándome con los afortunados me deberé entristecer, pues me niega el cielo los bienes que á ellos les ha concedido. Ahora, como los felices que se levantan todos los dias á nuestro lado nos llevan los ojos con mas razon que los desgraciados confundidos con el polvo de la tierra, y por mil veces que nos comparemos con los mas dichosos, apenas una sola vez entraremos en competencia con los infelices; de aquí se infiere que á cada consuelo frio que experimentamos corresponden mil aflicciones que nos penetran el alma. Así habló Ibrahin con tal presuncion, que paseándose de una parte á otra le parecia cosa indigna esperar respuesta; sin embargo, Miseno con la mayor serenidad le dice lo siguiente:

27 Vuestras juiciosas reflexiones, Ibrahin, son muy importantes; por quanto á fuerza de discurrir se conoce mejor la verdad. No niego que la fortuna de nuestros compañeros, la cual los remonta con elevado vuelo sobre las nubes, llama mas nuestra atencion que la desgracia de aquellos que metidos debajo de los piés del vulgo, apenas por un intervalo breve ven el cielo que los cubre. Confieso tambien que el compararnos con los que son mas afortunados que nosotros, nos entristece; mas de aquí solo se sigue que si yo hiciere lo que frecuentemente hacen los demás, vivirá tan triste como ellos; pero si usando de la buena filosofía me comparo solamente con los

infelices, ninguno me puede negar que debo á cada paso alegrarme. Ahora decidme, ¿para un afortunado cuántos infelices tenemos? Luego es evidente que para un motivo de pena que nos ofrece la envidia, nos descubre diez mil motivos de gozo la verdadera filosofía, si sabemos usar de ella.

28 Aturdido Ibrahin con la solución que no esperaba, y viendo Miseno que el enemigo alojaba en la furia con que lo había acometido, fué manejando la espada del discurso con tanto vigor y destreza, que lo hacia ir delante de sí, sin que se atreviese á rebatirle los golpes, y prosiguió diciendo: ¡Qué ligeramente discurremos, amigo, cuando nos comparamos con los afortunados para afligirnos! Somos artífices de nuestra tristeza, é ingeniosos para nuestro mal; inventamos trazas para engañarnos, forjando en nuestra imaginacion ideas quiméricas, pero que realmente son verdaderas y venenosas saetas para herirnos. Reflexionad bien en lo que voy á decir.

29 No hay en toda la superficie de la tierra *ni un mortal que por todos lados sea feliz*, por cuanto los males están de tal forma entrelazados con los bienes, que jamás hallareis felicidad pura, y ninguno que esté exento de todas las adversidades. Luego viene á ser un objeto quimérico, un fingido fantasma, un ídolo de la imaginacion ese objeto de nuestras envidias. Todos nosotros cuando nos comparamos con otros mas afortunados, los pintamos dotados de una felicidad totalmente libre de trabajos, caso que nunca hubo en el mundo: y así bien examinado el punto, esos objetos no los envidiamos como ellos son en realidad, porque tal vez perderíamos mucho si los cambiáramos por los nuestros; sino que los envidiamos como ellos no son, ni pueden ser. Tenemos envidia á unos felices sin trabajos, ricos sin cuidados, poderosos sin susto, ilustres sin disgusto, y afortunados sin envidia. Ved aquí como nos atormentamos con la envidia de un objeto fantástico.

30 Por el contrario, los motivos de consuelo que tenemos, viendo que el cielo nos libra de muchos males que otros padecen, son unos motivos tan verdaderos, que los palpamos con las manos, y tan frecuentes que no pueden nuestros ojos volverse á lado ninguno, sin que los encontremos á millares. Calló Miseno.

31 ¿No veis ya, Ibrahin, le dice la Princesa, la razon por que condujo la Providencia á Miseno por medio de tantos trabajos á la sólida filosofía que en el dia posee? Id, pues, ahora á murmurar de la Providencia y llamar á juicio en vuestra imaginacion al Ser supremo. ¿Cómo pudiera Miseno tomar el gusto á los bienes que go-

za, si no hubiese probado los males de que se halla libre? Todos los trabajos que pasó, y todos los que vió padecer á otros, son otros tantos incentivos de su júbilo, viendo que la Providencia lo libra de ellos. Decid, pues, lo que quisiéreis, que yo hallo esta máxima muy importante para que vivamos alegres. ¿Qué os parece, Conde?

32 Digo que Miseno tiene sobrada razon para vivir contento en el estado en que se ve, y que seria ingrato al cielo é ingrato á su misma razon, si habiéndole libertado la Providencia de tantas miserias, y habiéndole ilustrado la razon suprema con tan importante doctrina, se entregase como el resto del vulgo á una inconsiderada tristeza. Yo, que al principio os condenaba de insensible, ahora os condenaria de poco racional si no lo hiciéreis así; porque debeis despreciar la razon, ó despreciar la tristeza, como lo haceis. Si á mí me hubiese acontecido lo que ha pasado por vos, no cesaria de cantar con suma alegría alabanzas á la Providencia, que por modo tan singular me habia conducido á la verdadera filosofía.

33 Sonrióse Miseno, y dice en tono amoroso y afable: Pues cantad ahora esas alabanzas, ya que Dios os ha concedido sin tanto trabajo lo que me ha dado á mí á fuerza de penas. Vos estais libre de los males de que Dios me libró á mí: vos teneis las luces mismas con que el cielo me ha dotado, porque yo nada os niego, ni nada reservo para mí solo: pues si me condenaríais viéndome triste cuando estoy cercado de beneficios y luces celestiales, condenaos vos á vos mismo, que aun teneis motivo mayor para alegraros.

34 Cual toro valiente que escapa del *coso*\*, é intrépido con plena libertad corre montes y valles, y con la cola levantada y la cabeza erguida se burla de los vallados, que señor de caminos y de los campos amenaza los troncos, embiste contra los vientos, y acomete á todo cuanto pretende atajarle los pasos; pero luego que ve á su lado la consorte amada, manso y dócil pierde la furia, inclina la frente, y rinde la cerviz al pesado yugo; así hizo el Conde cuando vió tan claramente la verdad; la verdad, á quien su entendimiento únicamente amaba como á su esposa: conoció y confesó que no tenia respuesta que dar.

35 Á estas horas ya comenzaba á declinar el sol, y fatigado iba con priesa á descansar en el cristalino lecho. Juzgó entonces la Princesa que seria conveniente retirarse, porque se iba el cielo entoldando, y por otra parte no queria fatigar á Ibrahin con una conferencia mas larga, pues se hallaba angustiado, no pudiendo resistir, ni queriendo confesar lo que debia. Levantáronse, en fin, cortes-

mente los huéspedes, y se despidieron de Miseno, prometiéndole continuar las visitas en los dias siguientes.

36 Veníanse los tres retirando, y la Princesa se divertía con Ibrahin, obligándole á que le dijese su modo de pensar sobre la nueva doctrina; lo que él eludia con mil expresiones de civilidad. El Conde confesaba ingénuamente estar convencido, y que si su corazón siguiese al entendimiento, nada sería capaz de afligirle; pero que con una disonancia infeliz muchas veces el corazón repugnaba lo mismo que el entendimiento quería.

37 Mientras Miseno persuadía á los Príncipes las máximas referidas, ese espíritu infernal que inspira á los mortales la *tristeza* estaba desesperado, viendo que por aquella admirable doctrina no solamente perdía la presa del corazón del Conde, domicilio suyo muy antiguo, sino que de su ejemplo y de los consejos de la Princesa debía temer mucha ruina en todo su dilatado imperio. Lleno, pues, de furor, viendo que nada se había conseguido con las quejas y lamentos que había hecho á las demás pasiones y sus compañeras, se encaminó á quien pudiese dar pronto remedio á tan inminente peligro, y se presenta al Príncipe de las tinieblas; oyó este sus quejas, y dando un bramido, como de mil truenos y bombas si reventasen á un tiempo, hizo venir temblando delante de sí á todas las furias de los abismos; tuvieron consejo, y la resolución que tomaron fue: que convenia pereciesen, fuera como fuese, estos nuevos alumnos de la escuela de Miseno, ya que el *destino* celestial impedía que se llegase á la vida del héroe. Porque aun cuando ellos se viesen protegidos por fuerza superior, á lo menos siempre llenos de susto y pavor á vista de los peligros, querían frecuentar la escuela de este filósofo; lo que una vez conseguido, fácilmente se arrancarían de los corazones del Conde y de la Princesa las simientes recientemente plantadas. Esto dijo el Príncipe de los abismos, é inmediatamente se repartieron las furias por las cuatro partes del horizonte, á revolver contra la inocente Princesa y el Conde los elementos todos, los rayos, los vientos y las aguas.

38. Á este tiempo venían tambien paseando los hijos de la Princesa acompañados de sus ayas, y el paseo se dirigía á encontrar á su madre en el camino. Veníanse divirtiendo por las márgenes del río, y ya estaban cerca del puente, cuando vieron que el aire soplaba cada vez con mayor fuerza, y que comenzaban á caer gotas muy gruesas, anuncio de tempestad. Apresuraron el paso y se refugiaron en una cabaña de pastores que no estaba muy distante. En esto

vieron que su madre y tio corrían á refugiarse debajo de un árbol espeso y copado, y á gritos les avisaban de que allí tenían resguardo mas competente, en donde todos al fin vinieron á juntarse.

39 Apenas se habían puesto á cubierto, cuando los vientos furiosos rompiendo las cadenas con que la naturaleza los tenía aprisionados, corrían sin freno por todos aquellos valles y montes, de suerte que parecia querer arrancar hasta los mismos peñascos: oíanse quebrar los grandes árboles, no valiéndoles la enorme robustez de sus troncos; otros eran arrancados de raíz, y revueltos en los aires como si fuesen plumas ligeras. Los rebaños de ovejas que se venían retirando del pasto, parecían enjambres de abejas, unas apiñadas en el valle, y otras esparcidas por las campiñas. El dia se oscurece de repente, y las negras nubes puestas de uno y otro lado comienzan á combatirse con furia desesperada, y todo es fuego. Los relámpagos encienden los aires; los truenos como si fuesen gruesas bombas se revientan sobre las cabezas, y todos quedan aturcidos. El sonido funesto y horroroso parecia que, retumbando en las bóvedas del firmamento, y haciendo eco mas allá de los horizontes, iba á dar aviso en el otro hemisferio de lo que pasaba; cuando ved aquí que van saliendo nuevos ejércitos de nubes para auxiliar en la pendencia á las compañeras; refuerzanse de una y otra parte los enemigos, y la pelea se enciende mucho mas. Las lanzas de fuego se cruzan por los aires, y mil saetas perdidas bajan á la tierra. Allí cae un pastor herido de un rayo; allá revienta hendido hasta la raíz un altísimo fresno. Una centella derriba aquí una elevada torre: mas adelante se quedan pasmados dos pasajeros, y con solo el susto caen en tierra medio muertos. Hierve en los prados la meteteria de gruesísima piedra, que todo lo troncha, todo lo arrasa; y del ganado que venia corriendo á guarecerse, unas ovejas quedan muertas en el campo, otras heridas, otras embisten con furia por donde estaba la Princesa, las mas espantadas con sus hijos, y por poco los atropellan. Era una gran confusion dentro del casal donde estaban, porque de un lado se oía mugir los becerros, de otro balar los corderillos, que aturcidos con los estruendos de la tronada, se metían por entre las felpudas ovejas. De esta parte lloraban sin consuelo los hijos de Sofia, abrazándola por sus dos lados: de otra caían las ayas con desmayos, y el Conde confuso, triste y pensativo. Solo Ibrahin mostraba grande ánimo, observando el curso de las nubes, desenrollando mil consecuencias acerca de los *metéoros* \* unas detrás de otras, queriendo probar en estilo de escuelas, que en breve cesaria la tor-



menta<sup>1</sup>; pues que era tan abundante la lluvia, que parecía que desgajándose los cielos de repente, dejaban caer de golpe todas las aguas que contenian: hasta que en fin fué poco á poco aclarando el tiempo, y últimamente apareció la luna.

40 Entonces salieron todos de la cabaña algun tanto recobrados del susto pasado; y en este tiempo Ibrahin se explayaba explicando al Conde los fenómenos de la atmósfera. Sofia se aplicaba á animar á sus hijos, que estaban pálidos y quebrantados, haciéndoles reir para recobrarlos de la afliccion que habian tenido; y hablándoles en el lenguaje de la *Mitología* \* que Ibrahin les enseñaba, les decia: ¿Qué os parece de esta celeste batalla? Bastantes diligencias ha hecho *Faelonte* \* para serenar la pendencia. Yo le vi forcejear para romper por entre las nubes enemigas; mas viendo él que todo el poder de sus rayos y flechas era inútil, y que la batalla iba degenerando en tumulto, se retiró del firmamento, y medroso se fué á esconder allá muy debajo del horizonte. Despues bien visteis que vino la *noche*, á quien el sol dejó en su ausencia el gobierno del hemisferio; y ella queriendo poner término á la batalla, dejó caer su extendido manto para ocultar mutuamente á unos enemigos de otros; pero se engañó, porque la misma ceguedad aumentaba el furor y la saña, y las saetas se despedian á *remolque* \*. La *luna* no quiso aparecerse hasta ahora al fin de todo; reparad como viene pálida por el susto; hasta las estrellas salen á ver curiosas el campo de la pelea, y no obstante estar allá tan á lo lejos, mirad como todas están temblando de miedo. Oyendo esto los niños comenzaron á reir con estas jocosas alegorías, de modo que ya no se acordaban del susto pasado.

41 Ibrahin y el Conde, que iban delante, se vieron embarrancados en el camino, porque la demasiada lluvia habia hecho muchas quebras en la tierra, anegado todas las veredas, y engrosado de forma los riachuelos, que no podian pasarlos: el Conde y la Princesa eran de sentir que se volviesen á la cabaña pastoril á pasar la noche entre las ovejas; mas Ibrahin tenia tal horror á pasar una mala noche, que solo esta idea le alteraba.

42 A dar oídos á sus discursos, esta era la mayor desgracia que

<sup>1</sup> Cuando llueve, las gotas de agua que caen se llevan consigo todos los vapores que encuentran en el camino, y como cuando llueve mucho sea difícil que haya lugar por donde alguna gota de agua no pase, se sigue que la lluvia abate los vapores que estaban debajo de la nube que empezó á llover; y como de los vapores se forma la tempestad, despojados estos, cesa la tempestad brevemente.

pòdia acontecer á un hombre. Lamentábase que Dios hubiese guardado de propósito para él todas las calamidades del mundo, y con una agitacion desmedida acusaba su indiscreta cortesía por haber intentado la visita de Miseno. Ved aquí, decia, el fruto de las extravagantes doctrinas de ese loco. Su ridiculo autor se debe ahora estar riendo de habernos obligado á padecer estos trabajos, que ciertamente no estaban preparados para nosotros; y de este modo siguiendo su pensamiento, porfiaba en volverse á casa, no obstante ver que la Princesa con toda su familia se tornaba á los pastores para pedirles albergue.

43 No permitió Sofia que sus hijos tomasen el mal ejemplo de su maestro, ni que cobrasen tanto horror á las incomodidades de la vida; y mientras los pastores turbados preparaban alguna refaccion para sus huéspedes, daba la Princesa á sus hijos sustento mas importante.

44 ¡Ah, hijos míos, les dice, qué infeliz es el que se compara únicamente con los que son mas felices! Ibrahin solo tiene el pensamiento en los que estan de dormir en blanda pluma bajo de preciosas colgaduras, despues de haberse regalado con una abundante y delicada cena. Este hombre irreducible, haciendo esta consideracion, por fuerza ha de padecer mucho, y dudo que llegue á casa. ¡Cuánto mejor le fuera compararse con estos pobres pastores que tenemos á la vista, todos encharcados en agua, afligidos con la pérdida del ganado, y con la ruina de sus campos; pues entonces precisamente habia de alegrarse! Sabed, hijos míos, que los monarcas sentados en tronos de marfil esmaltados de oro, nosotros en almohadas de terciopelo, y estos pobres en haces de paja, todos somos iguales. Solo tenemos esta diferencia, que la providencia suprema á ellos les privó siempre de esos regalos, y á nosotros sola esta vez nos los ha negado. Hoy pasaremos como han pasado ellos toda su vida, lo que nos es muy útil para conocer de lo que Dios nos ha estado siempre librando.

45 Mas ellos, replica el Conde medio afligido, á fuerza de sufrir incomodidades están ya acostumbrados á sobrellevarlas; pero á nosotros, siendo esta la primera vez, necesariamente nos ha de ser muy sensible. Pues pedid á Dios, dice la hermana, que os acostumbre de aquí adelante, y no tendréis de qué quejaros. Eso no, le respondió, como escandalizado y pesaroso de lo que habia dicho. En esto los pastores les presentaron fresca nata, tiernos quesos y abundante leche, manjares que sazonados con el hambre se les hicieron muy sabrosos.

46 Entre tanto Ibrahin, habiendo pasado con trabajo algunos arroyos, se vió absolutamente detenido á la orilla del rio, el cual habiendo salido furiosamente de todos sus límites, le habia cortado el paso. Quiso entonces retroceder, pero no le era posible, porque habian crecido demasiado los troncos y riachuelos que antes habia vadeado. Gritaba en este apuro, y ninguno le oia. Volvió otra vez un resto de la tronada: las nubes se deshacian en agua, y no tenia el pobre con que resguardarse de ella. Las tinieblas, los vientos, el ruido de las olas le representaban un espectáculo de horror; y su enfado, su impaciencia y la desesperacion formaban en su alma un interior infierno. Tiritaba de frio, corria á uno y otro lado: aqui resbalaba, allí casi se hundia; mas allá se enterraba en el lodo, hasta que trepando por una escarpada roca llegó al hueco de una peña, donde pasó la noche medio muerto de rabia, de cólera, de desesperacion y de frio. Entonces se arrepentia, aunque tarde, de su demasiada delicadeza, y confesaba que por querer evitar una pequeña incomodidad, habia caido en tanta. Le parecia sumamente deliciosa la cabaña pastoril que habia despreciado; y lo mismo que él habia reputado calamidad horrible á la que la Providencia injustamente lo habia condenado, conocia ahora que era un exquisito regalo de la misma Providencia, del que lo habia hecho indigno su delicadeza. Poco despues volvía á su desesperacion y rabia, y á las blasfemias contra Miseno, el cual de todo, segun él decia, habia tenido la culpa, como si su inocente doctrina hubiese roto las *cataratas* \* del cielo, desenfrenado los vientos, anegado los campos, y á Ibrahin le hubiese endurecido la cabeza para resistir á los prudentes consejos de Sofia y del Conde.

47 A este tiempo ya el cansancio habia preparado en la cabaña las camas de heno para la Princesa y su familia, tan acomodadas, que las ballaron blandas y deliciosas. El sueño ó *Morfeo* \*, como los poetas le llaman, que de largos años tenia en aquel lugar su residencia, no hizo distincion alguna de personas; á todos igualmente envolvió en sus dulces lazos, é hizo gustar á todos por algunas horas su delicioso néctar. Desatóles al fin siguiendo su costumbre, luego que la aurora apuntó sobre el horizonte. Este se descubria limpio y despejado, compensándose así con la hermosura del dia la tenebrosa noche que habian pasado. Ya los caminos estaban transitables; y saliendo de la cabaña los honrados huéspedes, encontraron á poca distancia á Ibrahin casi muerto por lo que habia acontecido. La Princesa dispuso que fuese luego llevado á su casa, y las ayas le

siguieron con paso cuidadoso, mientras Sofia se retiraba acomodándose al paso lento de sus hijos, y les iba haciendo por el camino este discurso:

48 ¿No veis, hijos míos, verificado todo lo que yo habia predicho? Vuestro ilustre nacimiento no libra de ser hombres; y nosotros por precision, teniendo la misma naturaleza del género humano, habemos de sufrir las cargas y pagar el tributo que á todos nos impuso el Monarca supremo. El que mas se resistiere á pagarlo, tendrá mas trabajo, porque le arrancarán á fuerza de castigos lo que debia pagar voluntariamente. El ave que mas forcejea para librarse del lazo, mas se ahoga con él, y cuanto mas impacientes y arrastrando llevamos la carga á que con nudos indisolubles estamos atados, tanto mas nos oprime y mortifica. Suframos, pues, con gusto lo que soportamos por necesidad, y entonces padecerémos menos. Imitadme á mí, cuyo sexo, nacimiento y cualidad me hacen mas delicada que á vosotros, y imiteis á Ibrahin, cuya soberbia le hace creer que es de otra masa que el comun de los hombres. Comparaos siempre con los que padecen mas que vosotros, y viviréis siempre alegres. La fortuna inconstante, que de otro modo os haria tristes, por este consejo mio os será sumamente gustosa. Acordaos, hijos míos, de esta doctrina por la comparacion ó símil que os hago; atendedme. El mismo cerro ó montecito mediano que el soberbio Olimpo desprecia, teniéndole puesto á sus piés como una grada ínfima de su trono, os parecerá á vosotros una montaña tan sublime que toque con la cabeza en las nubes, si puestos en los humildes valles junto á su raiz os poneis á mirarla desde acá abajo; si, pues, no os lleve la atencion vuestra tal cual felicidad en este mundo, mirándola desde un lugar aéreo y mucho mas eminente, porque entonces os parecerá muy pequeña. Meditadla de otro modo, poniéndoos con la imaginacion en estado muy abatido, lleno de miserias y de trabajos, y entonces vuestra condicion os parecerá felicísima.

49 En estos y otras discursos fueron continuando el camino, cuando el *espíritu de las tinieblas*, desesperado por ver que la Princesa y el Conde habian escapado de la muerte que las furias infernales les habian maquinado, se habia vengado bien, haciéndoles en su palacio un inexplicable destrozo. Habia derribado todos los diques con que la industria humana acostumbra represar las aguas de los rios, y embargado con un pesadísimo sueño á los criados de Sofia. Habia tambien alterado los vientos y revuelto todo con un huracan repentino para inundar y anegar todo el palacio. Ya los jardines estaban

cubiertos de agua, y habiendo entrado el torrente en las habitaciones, nadaban los muebles preciosos: habia perecido el ganado en los corrales, y huido por las ventanas los que pudieron salvarse; y algunos juntando el sueño con la muerte, hallaron el sepulcro en lechos blandos. El rio recibiendo de todas partes las caudalosas corrientes que el diluvio nocturno habia juntado, no cabiendo en sus márgenes, tenia convertidos en mar los campos, y el palacio parecia una isla puesta en medio.

## LIBRO X.

El espíritu de las tinieblas inunda el palacio de la Princesa.—Se desespera Ibrahin con la pérdida de sus papeles.—La Princesa le convence de que Dios le ha hecho favor.—La misma Providencia remedia los daños.—El Conde busca á Polidoro.—Todas las pasiones acontecen al Conde, y desesperado va á precipitarse.—Polidoro le saca del riesgo.—Llegan á casa, y el Conde reflexiona sobre el peligro.—Polidoro declama contra la tristeza.—Dispone la Princesa unas arias en música, que contienen la doctrina de Miseno.—Disputase la doctrina de las arias.—Tienen consejo las furias infernales para impedir la doctrina.—La pusilanimidad va á tentar á Miseno, núm. 19.—Bánale la luz del cielo, y le infunde fortaleza, núm. 20.—Triunfa, y se anima á padecer trabajos, ibid.

1 En este estado halló Ibrahin el palacio cuando allí llegó acompañado de las aguas, ya algun tanto recobrado con los socorros que solícitas le habian procurado en el camino. Ve, y se pasma en las ruinas. Los lamentos de las criadas hacian bella consonancia con su ánimo desesperado, y de todo era la causa, decia Ibrahin, aquel hombre loco, por cuyo motivo han acontecido tantas infelicidades.

2 Cuando la Princesa venia ya cerca de su casa se vió acometida de todas las criadas á un tiempo, las que despavoridas y con las manos en la cabeza le anunciaban á gritos la novedad mas funesta. Unas á otras se impiden mutuamente, queriendo cada cual con ridiculo empeño ser la primera en dar la noticia del fatal suceso. Asústanse el hermano y los hijos. Todo es alaridos, confusion y lamentos, y fatigándose la Princesa en preguntar qué habia de nuevo, solo oia la confusa respuesta de que todo estaba perdido. Llegó en fin á ver con sus ojos el estrago. Acudió luego Ibrahin con sus importunos discursos, laméntase de la pérdida de sus libros y manus-

critos, fatiga de tantos años, fruto de muchos estudios, y parto de su ingenio; y sin moderar el natural sentimiento, se queja de su infelicitísima desgracia, diciendo que Dios le habia hecho nacer para ludibrio de la fortuna, irrisión de los hados, y blanco de todos los infortunios. Que mas valia no haberle dado la vida, si en ella habia de ser tan perseguido: que todo el universo se habia conjurado contra él, y que los cielos con colera, los elementos en desorden, y los abismos llenos de furor se habian empeñado en perderle. Acompañaba el semblante á todos los movimientos de su desesperado corazon, y la furia estaba pintada en su fisonomía. Parecia que se le saltaban los ojos: volvíase en un instante hácia las cuatro partes del mundo: no podia acabar un periodo sin interrumpirle con otro, y sus palabras mas frecuentes eran, *soy desgraciado*: pudieron mas los hados que la justicia, nada valen para con la Providencia los méritos. En el curso ciego de la naturaleza está envuelto el sábio con los brutos, y los que consultan las estrellas con los que cavavan la tierra: entre tanto se descansa en su bienaventuranza al son de nuestras quejas, lleno de gloria infinita, mas sin que se la perturben los que acá padecen.

3 Tan impiamente hablaba Ibrahin desatinado y blasfemo, sin que la razon pusiese freno á su lengua. Aquí le contuvo la Princesa, diciéndole con aire de señora é ironía capaz de ser reprehension y castigo: Por cierto, Ibrahin, que el Gobernador supremo de los cielos y tierra ha sido para con vos injusto, pues sabiendo que teniais en vuestro gabinete tan preciosos manuscritos, debió forzar las leyes de la naturaleza para que todos los elementos les tuviesen respeto. Hizo muy mal en salvar la vida al autor, cuando perecer sus obras, y tal vez hubiera obrado mejor si hubiese trocado las suertes para conservar tales preciosidades. Abrid ahora los ojos. ¡Os quejábais de Miseno! Pues á él le debeis la vida; si vuestra curiosidad no os hubiese hecho salir de casa, y las lluvias no os hubieran cortado el paso á la retirada, os hubiérais hallado esta mañana en vuestro lecho muy descansado, cuando entraron repentinamente las aguas en el palacio y cubrieron vuestra cámara, ahogando á los que estaban en las mismas circunstancias en que vos ciertamente hubiérais estado. ¡Y no veis, Ibrahin, que la muerte disparando sus envenenadas flechas, las habia apuntado contra vuestra cabeza, y que la Providencia, apartándoos de vuestro lecho que era el blanco de la punteria, que hizo solamente en él, emplease los tiros que se dirigian á la persona! ¡Por cierto, pues, que teneis mucho de que quejaros! Si

cubiertos de agua, y habiendo entrado el torrente en las habitaciones, nadaban los muebles preciosos: habia perecido el ganado en los corrales, y huido por las ventanas los que pudieron salvarse; y algunos juntando el sueño con la muerte, hallaron el sepulcro en lechos blandos. El rio recibiendo de todas partes las caudalosas corrientes que el diluvio nocturno habia juntado, no cabiendo en sus márgenes, tenia convertidos en mar los campos, y el palacio parecia una isla puesta en medio.

## LIBRO X.

El espíritu de las tinieblas inunda el palacio de la Princesa.—Se desespera Ibrahin con la pérdida de sus papeles.—La Princesa le convence de que Dios le ha hecho favor.—La misma Providencia remedia los daños.—El Conde busca á Polidoro.—Todas las pasiones acontecen al Conde, y desesperado va á precipitarse.—Polidoro le saca del riesgo.—Llegan á casa, y el Conde reflexiona sobre el peligro.—Polidoro declama contra la tristeza.—Dispone la Princesa unas arias en música, que contienen la doctrina de Miseno.—Disputase la doctrina de las arias.—Tienen consejo las furias infernales para impedir la doctrina.—La pusilanimidad va á tentar á Miseno, núm. 19.—Bánale la luz del cielo, y le infunde fortaleza, núm. 20.—Triunfa, y se anima á padecer trabajos, ibid.

1 En este estado halló Ibrahin el palacio cuando allí llegó acompañado de las aguas, ya algun tanto recobrado con los socorros que solícitas le habian procurado en el camino. Ve, y se pasma en las ruinas. Los lamentos de las criadas hacian bella consonancia con su ánimo desesperado, y de todo era la causa, decia Ibrahin, aquel hombre loco, por cuyo motivo han acontecido tantas infelicidades.

2 Cuando la Princesa venia ya cerca de su casa se vió acometida de todas las criadas á un tiempo, las que despavoridas y con las manos en la cabeza le anunciaban á gritos la novedad mas funesta. Unas á otras se impiden mutuamente, queriendo cada cual con ridiculo empeño ser la primera en dar la noticia del fatal suceso. Asústanse el hermano y los hijos. Todo es alaridos, confusion y lamentos, y fatigándose la Princesa en preguntar qué habia de nuevo, solo oia la confusa respuesta de que todo estaba perdido. Llegó en fin á ver con sus ojos el estrago. Acudió luego Ibrahin con sus importunos discursos, laméntase de la pérdida de sus libros y manus-

critos, fatiga de tantos años, fruto de muchos estudios, y parto de su ingenio; y sin moderar el natural sentimiento, se queja de su infelicitísima desgracia, diciendo que Dios le habia hecho nacer para ludibrio de la fortuna, irrisión de los hados, y blanco de todos los infortunios. Que mas valia no haberle dado la vida, si en ella habia de ser tan perseguido: que todo el universo se habia conjurado contra él, y que los cielos con colera, los elementos en desorden, y los abismos llenos de furor se habian empeñado en perderle. Acompañaba el semblante á todos los movimientos de su desesperado corazon, y la furia estaba pintada en su fisonomía. Parecia que se le saltaban los ojos: volvíase en un instante hácia las cuatro partes del mundo: no podia acabar un periodo sin interrumpirle con otro, y sus palabras mas frecuentes eran, *soy desgraciado*: pudieron mas los hados que la justicia, nada valen para con la Providencia los méritos. En el curso ciego de la naturaleza está envuelto el sábio con los brutos, y los que consultan las estrellas con los que cavavan la tierra: entre tanto se descansa en su bienaventuranza al son de nuestras quejas, lleno de gloria infinita, mas sin que se la perturban los que acá padecen.

3 Tan impiamente hablaba Ibrahin desatinado y blasfemo, sin que la razon pusiese freno á su lengua. Aquí le contuvo la Princesa, diciéndole con aire de señora é ironía capaz de ser reprehension y castigo: Por cierto, Ibrahin, que el Gobernador supremo de los cielos y tierra ha sido para con vos injusto, pues sabiendo que teniais en vuestro gabinete tan preciosos manuscritos, debió forzar las leyes de la naturaleza para que todos los elementos les tuviesen respeto. Hizo muy mal en salvar la vida al autor, cuando perecer sus obras, y tal vez hubiera obrado mejor si hubiese trocado las suertes para conservar tales preciosidades. Abrid ahora los ojos. ¡Os quejábais de Miseno! Pues á él le debeis la vida; si vuestra curiosidad no os hubiese hecho salir de casa, y las lluvias no os hubieran cortado el paso á la retirada, os hubiérais hallado esta mañana en vuestro lecho muy descansado, cuando entraron repentinamente las aguas en palacio y cubrieron vuestra cámara, ahogando á los que estaban en las mismas circunstancias en que vos ciertamente hubiérais estado. ¡Y no veis, Ibrahin, que la muerte disparando sus envenenadas flechas, las habia apuntado contra vuestra cabeza, y que la Providencia, apartándoos de vuestro lecho que era el blanco de la punteria, que hizo solamente en él, emplease los tiros que se dirigian á la persona! ¡Por cierto, pues, que teneis mucho de que quejaros! Si

vuestro profeta Mahoma tiene tan indignas ideas de la Providencia, como se dejan ver por vuestras quejas, mas acertado y respetuoso es el concepto que nuestra Religion nos persuade del Ser supremo. ¿Cuánto mas razonable es el discurso que nosotros hacemos, teniendo por beneficio especial de la Providencia el que quiera velar de tal modo sobre nuestro bien, que cuando tal vez nuestro corazon está sordamente murmurando de ella, la misma Providencia entonces nos está salvando la vida? ¿Quién os diria, hijos míos, esta madrugada, cuando vuestros miembros frios y mojados extrañaban la dureza de la cama, quién os diria que entonces estábamos recibiendo de la mano bienhechora del Omnipotente una vida nueva? Por cuanto la primera, si no hubiera sido por este amoroso lance de su Providencia, ya estuviera en este momento acabada. Porque si en vuestras camas hubiérais estado durmiendo, en ellas muriérais sin falla, si la mano de Dios benévola no nos hubiera llevado á dormir á la cabaña.

4 El aire de desagrado con que la Princesa respondió á Ibrahim le dejó confuso y mudo. Viendo ella en las que poco desaguaba el rio, mandó que en los cuartos altos é intactos se preparase habitacion para todos, y cuarto decente para Ibrahim; y mientras Sofia se ocupaba en ir á consolar á los afligidos, á remediar los daños, y providenciar para lo futuro, el Conde, para dejarla mas libre, se fué á buscar á Polidoro que no estaba muy distante.

5 Aquí fue donde todas las pasiones que habian dominado al Conde le estaban esperando para asaltarle cuando estuviese solo y sin esperanza de socorro. La *tristeza*, que habia residido muchos años en su corazon, ahora ansiosa por la presa que se le iba escapando, le embistió furiosamente, y con su hija la *desesperacion*, acompañada del espíritu del *error*, le fué á ofuscar el entendimiento. Pierde el Conde el tino, y se halla embrenado en un espeso bosque; anda y desanda, y todos los *espectros* mas espantosos se ofrecen á su imaginacion confusa y enferma. La negra *melancolia* derrama una amarguísima hiel en su corazon herido, la luz de la razon se retira, la *impaciencia* le inquieta, la *deseconfianza* le desanima. ¿Qué ha de ser de mí? decia él en una angustia desesperada. Ya corría á un lado, y una horrible cueva le intimidaba; ya se volvía al opuesto, y la *deseconfianza* le hace creer que va perdido, cuando tal vez estaba cerca del camino real. Clama en medio del bosque, y le engañan sus ecos pensando que le hablan; y cuanto mas se fatiga por llegar al lugar de donde vienen las voces, tanto mas le faltan (que no responde el eco á quien le habla de cerca). Desfallece, y se deja caer en tierra en

la mas profunda hipocondria. En esta disposicion el espíritu del *error*, aprovechando ocasion tan oportuna, hablándole á lo interior del alma, le dice: ¿Ves como no hay fuerzas que puedan resistir á los hados? Naciste infeliz, é infeliz has de acabar á pesar de tu filosofia. Que vengan los discursos de Misisipo á sacarte de las uñas de la *desgracia* que te tiene enredado en este laberinto de que no puedes desembarazarte. La *suerte* se venga de ti, porque las estrellas le dieron el derecho sobre tu vida; y cuanto mas quisieres eludirla, tanto mayor será la furia con que te ha de perseguir. Escapaste de la muerte en el naufragio doméstico; ahora naufragarás en medio de estos árboles. ¡Desgraciado Conde! Ves ahí la loca confianza de ese hombre que tantas vueltas al rededor ha hecho dar á tu cabeza, para que te imagines feliz en el centro mismo de la mayor infelicidad. Los tiempos están cumplidos, tus dias se acabaron, y si tu muerte ha de ser cruel á discrecion de las fieras, mas vale que sea suave en la heroica resolucion de un brazo valeroso que siempre debe mostrar que no la teme. Sabe que toda vida por fuerza ha de ser triste; y así acaba pronto tus dias, para que tus tormentos se acaben. Tu noble corazon no debe perecer como un vil animal haria, cediendo á la voracidad de las fieras: triunfa, pues, de la *desgracia* antes que ella triunfe de tí, y da generosamente lo que te quieren arrancar con tiranía. Dígase que el Conde de Moravia despreció heroicamente la vida, porque las grandes almas la desprecian, no queriendo ser el ludibrio de los hados; y ya que la suprema Providencia hace injuria á tu nacimiento envolviéndote en las *desgracias* comunes, hazte justicia á tí mismo, saliéndote gloriosamente del teatro en que ella te ha hecho representar un papel tan indigno. Andó, y precipítate de la cumbre de aquella peña, porque un simple querer te basta, y no puedes temer que tu brazo flaquee en medio del golpe. Una vez arrojado, inútil es todo arrepentimiento: arrepentimiento que de nada te servirá, sino de ponerte en precision de reiterar la resolucion, y multiplicar las angustias.

6 Ya la *muerte*, oyendo estos funestos consejos, salia de los infernales abismos á recibir la presa que se les destinaba, y la *desesperacion* con el *furor* se daban toda prisa para completar el sacrificio que les consagraban. Entra, pues, el *furor* á dar garrotes á aquella alma, clava en ella sus sangrientas garras; y el Conde adelanta el paso con ímpetu desesperado. Sus ojos confunden la luz del cielo con las sombras infernales, no sabe dónde pone los piés, ni hácia dónde se dirigen sus pisadas: ved aquí que cuando iba ya á ejecutar el

desgraciado intento, llega Polidoro, á quien la fama habia contado los peligros de la Princesa y de su familia: venia pensativo y á galope atravesando el bosque: ve de repente al Conde. Párase: mas su figura mudada y la novedad de la situacion le hacen dudar de lo mismo que ve. Un aire furioso, un semblante melancólico, el color cetrino, los ojos denegridos, el paso ya lento, ya furibundo, hacian sospechar á Polidoro que el Conde habia enloquecido; observa que se iba encaminando á lo alto de una roca descarnada, que estaba pendiente sobre los abismos. Y sin demora soltando la rienda, y picando al brioso bruto, corre como si volase sobre las alas de los vientos, y se arroja delante de él para impedirle el precipicio. Abrazale dándole el parabien de verle con vida, cuando le lamentaba ahogado con toda su familia. Entonces el Conde como si volviese de un frenesí, ó como despertando de un profundo sueño, reconoce á su amigo; y turbulento con voz trémula y un aire tétrico corresponde friamente á las excesivas demostraciones de gozo que en Polidoro hallaba, y ambos se dirigen hácia la Princesa en busca de la Princesa. Iba el Conde avergonzado, y Polidoro confuso. El uno rebozando gozo, y el otro medio muerto de tristeza.

7 Apenas llegan á la casa, se deja ver la Princesa, y no hallan suficientes expresiones para decir cada uno lo que quisiera explicar. Por los discursos de Polidoro y las relaciones de Sofia fué el Conde conociendo poco á poco el peligro de ahogarse, de que se habia librado la noche antecedente, y como que se encuentra de nuevo la vida de tanta mas preciosidad quanto le habia sido concedida por gracia especial de la mano suprema. Acuérdate tambien del riesgo en que en el bosque se vió, y no acaba de admirar bastantemente la gran providencia con que Dios le habia preservado de su perdicion. Y en esta ocasion, decia él ya mas alegre y dilatado, si tantas veces me concede el cielo la vida cuantas me liberta de la muerte, hoy debo contar tres vidas, viéndome libre ó de fenecer ahogado en mi lecho, ó despedazado por las fieras en el bosque, ó precipitado por mi negra y furiosa melancolía en los abismos. Pasmado estoy de ver cuán poco tiempo basta para caer un hombre en el último desalino, si se deja llevar de la tristeza. Salí de casa contento dando gracias al cielo de no haber perecido en la inundacion, y poco despues me ví tan perdido de melancolía, que si vos, Polidoro, no me hubierais encontrado casualmente, en un momento estaba despedazado.

8 Cuando el corazon va á caer, dice Polidoro, no conviene alargarle la rienda; porque si una vez llega á postrarse, todo se descom-

pone y desconcierta. El peso de los males le oprime, los movimientos le hieren, una nada lo estorba, á sí mismo se ofende; dá vueltas y revueltas, gime, suspira, se le ofusca la vista, y nada puede ver; por lo que cayendo de un precipicio en otro, de un abismo en otro abismo, se despeña y queda despedazado. Mas todos estos males se remedian fácilmente teniendo con cuidado la rienda en la mano, cuando el ánimo comienza á tropezar en la tristeza. Libraos, amigo, de esta maldita pasion<sup>1</sup>. La prudente señora, oyendo el peligro en que habia estado el Conde, afligióse sumamente, y conociendo que la enfermedad aun no estaba curada, discurre é imagina varios medios y modos para favorecer su curacion, y despues de bien pesados, vió que convenia absolutamente buscar alguno para conservar impresas en la memoria las doctrinas de Miseno. Era la medicina en sí un poco ingrata al corazon triste; empero procuró con tino y sagacidad endulzar el remedio, para que atraído el Conde de la suavidad, continuase en usarlo saludablemente. Á este intento, pues, previno un concierto de música para por la noche, con la idea de recrear con su melodía los ánimos afligidos de las incomodidades pasadas, y darles al mismo tiempo en esta recreacion al Conde y sus hijos un remedio preservativo de los males que atacaban al uno, y podian acometer á los otros.

9 Toda la tarde los entretuvo con el juego, queriendo con esta distraccion inocente desterrar de sus corazones toda la perturbacion que podia impedir el efecto del remedio que les preparaba. Y al modo que la hermosa luna en ausencias del sol preside la tierra, y sin apartar de él los ojos, toda la luz que recibe de este brillante astro la envia fielmente al mundo para ilustrarlo de su luz; así hacia la Princesa en ausencia de Miseno. Toda la luz y doctrina que de Miseno habia recibido, quiere, como si fuese luz propia, comunicarla de nuevo á su hermano y á sus hijos en ciertas arias de música, para que les quede impreso en la memoria un epílogo de la doctrina que de este hombre verdaderamente admirable habia recibido.

10 Ya llegó la noche, y teniéndolo la Princesa dispuesto todo con arte, mandó tocar varios conciertos, y despues dijo á *Eukalia*, su aya querida, que cantase; lo que ejecutó con voz admirable y gran destreza, diciendo del modo siguiente:

## ARIA I.

Cuando el sol en el golfo resplandece,  
Cualquiera ola un vivo sol ofrece;

<sup>1</sup> La tristeza mata á muchos, y no causa provecho alguno. (*Eccli. xxx, 22*).

## EL HOMBRE FELIZ.

Así en nosotros Dios se ostenta fino,  
 Haciéndonos su retrato peregrino.  
 Ve en su obra copiada su hermosura,  
 Que logrará abundante la ventura,  
 Si la guía la diestra soberana;  
 Y el que dió perfeccion y la alegría  
 Al cuerpo y á los brutos,  
 Negarla no podría  
 Á aquella propia obra, en que veía  
 Reducir sus divinos atributos<sup>1</sup>.

Ninguno esperaba esta graciosa travesura de la Princesa para estampar en el espíritu de la asamblea con caracteres indelebles la máxima de Miseno: *De que nos es posible en la vida alegría verdadera.* Conocía muy bien esta señora el poder particular que tienen la poesía y música juntas para encantar al alma, y que este era el modo mas suave y eficaz de introducir hasta en lo íntimo del corazón tan saludable remedio. Y correspondiendo á sus designios el efecto, fue general la novedad que se notó en todo el ingreso. El Conde estaba alegre, Polidoro suspenso, é Ibrahim penetrado de la fuerza de las sentencias; mas detenido á fuerza de su preocupacion, manifestaba en sus movimientos inquietos tener su alma confusa, viéndose perplejo entre un *sí* y un *no*, sin saber á qué determinarse. Todo se lo adivinaba Sofía por el semblante, y cual cazadora diligente que viendo á la corza herida con la primera saeta, y antes que recobrada de ella se escape y se embrene en la espesura del bosque, saca otra de la aljaba, la sacude, encorva el arco y la dispara zumbando por los aires; así hizo la prudente señora. Mandó que *Zarina*, otra aya suya, cantase y demorase el papel que le pertenecía, lo que ella ejecutó ingeniosa, supliendo con el gusto de la música, y con la expresión viva y animada, todo lo que le faltaba en la voz; y así concillió los agrados de la asamblea, diciendo:

## ARIA II.

Dios una alma nos dió tan deseosa  
 De buscar su contento, que suspira  
 Por la dulce alegría; y si Dios viera  
 Que esta vida no puede ser dichosa,  
 ¿Cómo fuera creíble,  
 Que queriendo afligirnos, nos hiciere  
 Aspirar con tal ansia á un imposible?  
 Y que también quisiese,

<sup>1</sup> Lib. I, núm. 40-43.

No mas que por su gusto ¡cosa rara!  
 Darnos sed, retirando el agua clara<sup>1</sup>.

Pidió Polidoro que se repitiese esta aria con empeño tan eficaz, que acabado el retorneo, obedeció *Zarina* excediéndose á sí propia, animada de nuevo con el gusto que veía en los asistentes; y sin embargo de ser la letra la misma, fue nuevo el golpe que dió en los ánimos de los que la oían, como cuando se arranca el puñal de la herida para clavarle mejor. Pidió el papel Polidoro, le leyó, le meditó, y quiso oír el parecer de Ibrahim, quien no estando preparado para aquel género de disputa, ó sincera ó solo políticamente, todo lo aprobó. Respiraba el Conde viendo ya al antagonista de Miseno rendido á sus doctrinas; y antes que pasase adelante el divertimento, les preguntó la Princesa si las máximas ya expuestas eran de su aprobacion; todos con urbanidad las celebraron, y ella continuó diciendo:

11 Siendo, pues, cierto que es posible la alegría verdadera en esta vida, y que desesperar conseguirla es fruto de la ignorancia ó de la pereza; conviene averiguar por dónde se puede alcanzar para que no trabajemos en vano. *Lukalia* nos va á decir sobre este punto una verdad importante: oídla; en esto comenzaron el retorneo los músicos, y ella cantó de este modo:

## ARIA III.

Si una suerte feliz me es destinada,  
 El mundo aunque mas quiera,  
 Y emplee contra mí su fuerza entera,  
 Nada hará, porque en mí no puede nada.  
 De esta grande carroza  
 Toma la rienda el Todopoderoso;  
 ¿Y quién hay tan brioso,  
 Que á su valor exceda?  
 ¿Quién que su fuerte brazo torcer pueda,  
 Cuando irritado todo lo destroza?  
 ¿Podré temer acaso,  
 Que á la instable fortuna el hado loco,  
 Por no querer, mi Dios, dar algun paso,  
 Le deje este cuidado, que no es poco,  
 Y que los bienes y felicidades  
 Nos vengan de quiméricas deidades<sup>2</sup>?

El palmoreo de los concurrentes dió un general testimonio de la aprobacion de todos. Ibrahim estaba absorto en la meditacion de es-

<sup>1</sup> Lib. I, núm. 34 y 35.

<sup>2</sup> Lib. III, núm. 39.

tas verdades, y él era el blanco de los ojos de todos, como el mas duro y difícil en rendirse á las máximas de Miseno. La Princesa entonces acordándose de lo que habia oido á este maestro, amplió con toda energía el mismo argumento, mientras descansaban los músicos.

12 El Conde reproducía las mismas dificultades que habia propuesto á Miseno, y su hermana declaraba las respuestas; mas Ibrahim mudo, atento y circunspecto dejaba con su profundo silencio todo el lugar á la reflexión de Polidoro y á la convicción de su juicio, que no estaba preocupado; y en fin y por remate confesó Polidoro ser verdad infalible, que ni las criaturas sin nuestra cooperacion, ni tampoco los hados podian impedir nuestra felicidad. Esto supuesto, siguiendo *Zarina* su turno, dijo con igual gracia, y aun con mayor desembarazo que la primera vez, la siguiente aria:

## ARIA IV.

Si yo, como es razon, al fin supremo  
Me dejo conducir, ¿qué es lo que temo?  
Al estado feliz voy caminando,  
Su bondad natural siempre gozando;  
Si queriendo padezca, el mal me envia,  
Cuanto ejecuta, para dicha es mia:  
De otro modo un Señor cruel seria  
Cuando á su gusto obrase,  
De infel se preciaría;  
Pues de mis rendimientos abusando,  
Iba su bien al mio anticipando:  
Mas si pobre lo juzgara,  
¿Por qué ser mas feliz necesitase  
Que del bien que apetezco me privase?

Habia oido el Conde de boca de Miseno estas máximas mismas. Mas, ó fuese que la melodía de la música hubiese ablandado su corazón para que en él se imprimieran con mas facilidad, ó que la armonía que todas juntas mutuamente tenian hiciese á este sistema mas encantador; lo cierto es, que él se hallaba mas poderosamente convencido.

13 En esta ocasion Ibrahim, rompiendo el profundo silencio en que habia estado, confesó claramente que era de suma evidencia la máxima que acababan de cantar; la Princesa, reuniendo todo lo que se habia concedido, resumia y declaraba que, si ni los hados, ni las criaturas, ni Dios por sí solo podian privarnos de la suerte feliz, á

<sup>1</sup> Lib. IV, núm. 14 y 15.

que el corazón humano aspira, solo de nosotros, supuesto el auxilio celestial, dependia nuestra suerte<sup>1</sup>; y que así solamente de sí propios, y no de la Providencia, se debian quejar los infelices. Aquí Polidoro repugnaba y contradecía; y era gusto ver á la sábia Sofia manejar con suma graciosidad y destreza las arias que se habian cantado, de forma que por cualquier parte que Polidoro intentaba escaparse, se hallaba cogido en el lazo que le tenia la Princesa diestramente armado. Polidoro oponia los continuos trabajos en que se hallan envueltos los mortales, rodando de unos en otros hasta precipitarse en la sepultura; y la Princesa, bien instruida de Miseno, le respondia que no era lo mismo *trabajos* que *infelices*: que aquellos son *remedio*, y estas *enfermedad*, y que la enfermedad y remedio se diferencian en mucho aunque aflijan ambos, mas que una cosa era tanto mas preciosa (aunque debajo de apariencia triste) cuanto la salud nos era gustosa y estimable; y pidiendo licencia para terminar el concierto con las dos arias que á ella le tocaban, prometió á Polidoro desvanecer el horror que tenia á los trabajos, y cantó de esta manera:

## ARIA V.

Todo mal su bien tiene conveniente  
Quien rige á los humanos,  
No lo sufre sin ver que es conducente  
Para sus rectos fines soberanos.  
¿Acaso tú tendrás mejor juicio,  
Cuando el mal con el bien has cotejado?  
¿Ó tendrás corazón mas delicado,  
Que no sufra el mas leve perjuicio?  
El objeto mas vil, mas horroroso  
Á su bien te conduce;  
Porque en él se trasluce  
Cierta aspecto que le hace muy hermoso:  
Luego yo buscar debo  
El rostro para mí mas apreciable,  
Si la alegría apruebo,  
Huyendo del que fuere abominable<sup>2</sup>.

Bien se vió en los movimientos de Ibrahim que se le ofrecia mucho que decir sobre las sentencias de esta aria; pero el respeto le contenia. Lo notó la Princesa; y respondiéndole con los ojos llenos de urbanidad y agrado, le dió á entender que en cesar la música le

<sup>1</sup> La suerte infeliz viene del hombre: el auxilio celestial de solo Dios. *Perditio tua Israël: tantummodo in me auxilium tuum.* (Osee, xiii, 9).

<sup>2</sup> Lib. VII, núm. 11.



satisfaria. Polidoro, ó fuese ingénuo convencimiento de su mente, ó política artificiosa, dijo que no se podia resistir al argumento que Sofia acababa de proponer; y cual enamorado lisonjero, que sintiéndose por casualidad herido en la caza de su prenda adorada, besa mil veces la saeta con que le hirió; así Polidoro dando mil vueltas á las palabras del aria cantada por la Princesa, hallándole cada vez nueva fuerza en su estimacion atenta, confesó gloriosamente que lo habia del todo penetrado.

14 Sabia Sofia despreciar con arte y agrado cuanto tenia señales de adulacion, queriendo solo el convencimiento sério del juicio; y remató con la última máxima de los beneficios negativos, exponiéndola en estos términos:

## ARIA VI.

La santa mano miro repartiendo  
El bien y el mal á toda criatura,  
Y que juiciosa va distribuyendo,  
Cuando el trabajo con el mal mistura.  
Oigo quejas, gemidos y lamentos;  
La vista viendo, y en otros compadezco  
Mil angustias, mil penas y tormentos  
Que yo sufrir podía, y no padezco.  
Así contemplo que este mal penoso,  
De que mi Dios clemente me ha librado,  
Acto de su bondad es generoso  
El que yo logro, y á otras ha negado;  
A contar me apresuro  
Los motivos que tengo de alegría,  
Y los que conjeturo  
Pasan otros de llanto cada día<sup>1</sup>.

Todos pidieron la repeticion de esta última aria, y la Princesa juntó á la melodía del estilo un nuevo espíritu, nueva alma, nueva gracia, segun la inteligencia de los pensamientos, y la energía de las palabras de su composicion; y como águila valiente que arrebatando la presa, y levantándola en el aire es señora de llevarla donde quiere, sin que se le pueda resistir; á este modo la Princesa, arrebatando los ánimos y dejándolos como transportados con la suavidad del canto, persuadia sin resistencia las mas importantes máximas.

15 Siguióse un bellissimo concierto de instrumentos por remate de la diversion; y la Princesa con el Conde y Polidoro quisieron oír

<sup>1</sup> Lib. IX, núm. 13.

de boca de Ibrahin sus dificultades; mas ó fuese cortesania, ó flaqueza del adversario, no se atrevió á combatir con tales competidores: solamente dijo que pedian reflexion madura máximas de tanto peso, y que despues de meditarlas atentamente diria su parecer sin parcialidad ni lisonja. Entre tanto Polidoro recogió todos los papeles que se habian cantado, queriendo copiar las letras.

16 En ese mismo dia las furias infernales se habian juntado tumultuariamente en las cavernas subterráneas. El espíritu del error llegó despues desanimado, no habiendo salido bien de la empresa que habia tomado á su cargo. La *verdad* habia triunfado de él, y se lamentaba de que esta divinidad, su perpétua enemiga, hiciese cada dia nuevas conquistas; que ya la Princesa, Polidoro, el Conde y los inocentes sobrinos estaban rendidos; que seria en vano esperar de ellos alguna victoria, pues que las máximas de la verdad estaban en sus almas profundamente arraigadas; que por último esfuerzo habia llamado en su auxilio á la *tristeza*; á la tristeza, la mas violenta passion que se conoce en todos los dominios infernales, la cual con la *desesperacion* su hija, cuando estaban ya á punto de conseguir la mas completa victoria, el *destino* les habia arrebatado la presa de las manos, como todo lo podian testificar esas dos furias. A este tiempo la *desesperacion*, saliendo rabiosamente de la profundidad de una cueva oscura, en donde se habia escondido avergonzada, se presentó en el conciliábulo, dando tales alaridos, que se estremecieron las montañas, y pararon de repente las negras aguas de *Cocito* \*. Ya se arroja en el suelo, ya se levanta desconcertada, mordiéndose con sus feroces dientes, y arrancándose las serpientes de la cabeza, que eran sus mismos cabellos. Apenas formaba periodo, sin cumplirle con sollozos. Las palabras le salian de la boca envueltas en bramidos, que asustaban aun á las demás pasiones menos fieras; y en fin les hace relacion del precipicio, á que ella, junta con el error, tuvieron reducido al Conde; pero que otro mayor poder habia dirigido de manera los sucesos, que todos sus esfuerzos habian quedado inútiles.

17 Oyen esto las furias congregadas, y al modo de una ardiente bomba, que volando por los aires revienta en medio de la plaza de armas, y despide al rededor de sí mil astilleros, como otros tantos rayos; así salen de los abismos subterráneos mil furias, destinadas todas á impedir, sea como fuere, los intentos de Miseno. Parte la *politica* á Polonia, la *ambicion* á Moravia y familia del Conde: el *amor* de la belleza va á varias partes: la *soberbia* al corazon de Ibrahin: la *condescendencia* al de la Princesa: la *adulacion* al de Polidoro: la

*pusilaninidad* y la *tristeza* al de Miseno: y la *desesperacion*, la *inconstancia* y la *falsa alegría* al del Conde, y todas se dan las manos para impedir que se sigan los dictámenes de la filosofía verdadera.

18 Bien descuidado se hallaba Miseno en el retiro de su choza, reposando por la noche de la fatiga del trabajo, cuando se vió sorprendido de la *pusilaninidad*. Sentía en sí un gran temor, mas sin saber qué temía. Mirábase agitado de mil ideas confusas; pero tan mezcladas, que no podía discernirlas. En esta turbacion nocturna oye una voz, que interiormente le anunciaba que se le preparaban largos trabajos, si no desistía de la empresa de comunicar á los otros las máximas de su filosofía, y destruir por este medio el reino de las pasiones y de los vicios. Ya cuando tú eras pastor, le decia secretamente el espíritu de la *pusilaninidad*: cuando pastor, ya te perdiste tu filosofía, y aun ahora gozarías de las suavísimas delicias de aquella inocente paz, si solo para tí hubieras guardado tus consejos. La fama te descubrió á Alejo, y bien sabes cuántas adversidades te se han seguido. Trata, pues, de ser prudente, que los años y los trabajos lo piden; y pues la providencia te condujo á una vida escondida, retírate de caballeros, retírate de filósofos, retírate de principes, pues todos van á publicar por el mundo que aquí vives, y no dejarán de inquietarte, ya por las nuevas revoluciones de Polonia, ya por otros mil escondidos sucesos que te se ocultan en el dilatado campo de lo futuro. ¿Qué fruto puedes esperar de un mancebo que jamás buscó sino las diversiones, y nunca se aplicó á conocer la verdad? Si la prudencia y cariño de su hermana, princesa de tanto juro, no le ha podido reducir, ¿qué harás tú, pobre viejo, rígido, austero? Y cuando te lleve el deseo de hacer bien, ya les tienes dados bastantes dictámenes. Los demás resérvalos para tí, ó para quien los sepa estimar mejor y ponerlos en práctica. Que discurren sobre los que les habeis dado, que los sigan fielmente y serán felices; y si no los abrazaren, que de sí mismos se quejen. Además, que tú ya conoces cómo tratan los grandes á los que están en baja fortuna: no los miran sino como á meros instrumentos de su voluntad: tráenlos en palmas mientras les sirven, y en no necesitar de ellos, los despiden. De aquí á dos dias serás tú el desprecio de su mal humor, la fábula de sus discursos y la risa de sus amigos. ¡Tú no acabas de conocer que solo buscan su interés! Mira como han faltado á la promesa de venir hoy á visitarte, y que el menor entretenimiento los distrae. Atiende, pues, á tu sosiego, y ya que el cielo no te ha puesto para presidir á los otros, vive solo

para tí; y cuando no busques las criaturas para tu bien, no las consientas para tu mal.

19 Así hablaba interiormente á Miseno el espíritu de la *pusilaninidad*; mas reparó este héroe que el entendimiento lo tenia ofuscado, que el corazon inquieto le paraba con fuerza extraordinaria, y que su ánimo habia perdido el ser como hasta allí el asiento de la paz. Entonces cerrando de golpe la puerta á todo discurso, reservó para otro tiempo el exámen de la causa, y recurrió al cielo, de donde le venia siempre la luz y la fortaleza.

20 Vino en fin la siguiente aurora, y á medida que la esfera se iba bañando de la luz matutinal, su alma se sentía mas esparcida. Salió á su trabajo, y cantando segun su costumbre, bendecia con los astros del dia al Autor que los crió. Estaba mas hermosa que nunca la estrella de la mañana; y toda la naturaleza recibiendo sus benignos influjos, parece que saltaba de alegría, cuando de pronto se vuelve á mirar al cielo, siente que un rayo de luz celestial ilustra su mente, y le corrobora el corazon. ¿Pregunta á sí propio: Miseno, Miseno, y ¿qué es lo que ayer tanto te afligia y perturbaba? ¿Qué corazon tienes tan pequeño! ¿Qué lejos estás de la verdadera heroicidad, pues aun temes de ese modo los trabajos! ¿Acaso tu corazon, fiel adivino, te pronostica muchas calamidades, mil tribulaciones y otros disgustos por causa de esos caballeros, á quienes haces beneficios tan continuados? Sea enhorabuena así. Pero ¿y qué importa que todo eso te suceda? Tú hasta aquí no obraste mal: no lo hagas, pues, desde aquí en adelante, y serás verdaderamente dichoso. Un mortal nada puede hacer mejor que imitar al Ser supremo, que tu alma es en cierto modo una porcion de la Divinidad, que le sigue; ahora, si Dios no hiciese bien sino á los agradecidos, pocas veces abriría sus tesoros. Da, pues, de gracia, y no vendas el bien que quieres hacer. No mires jamás á la recompensa, cualquiera que esta sea, ó de injurias ó de agradecimiento: haz el bien solo porque es bien: obra segun te dicte la razon, y deja que hagan los demás lo que quisieren. Por cierto que los delitos ajenos, ni sus alevosías é ingratitudes no te harán menos agradable al Ser supremo, de cuya benévola liberalidad pende únicamente todo tu bien. Así, si te piden consejo para obrar con rectitud, no rehusés darle: si te preguntan el camino de la verdadera felicidad, enséñale. Repara que es tu hermano quien te pregunta, y que desagradarías á quien te gobierna si callaras. ¿Quieres escasear la luz á quien pelagra en las tinieblas?

Platon la llamó *estirpe divina*, in *Tim.*

¿La luz, que es el único bien que se reparte, sin que jamás se disminuya? ¿Quieres encerrar dentro de tí los rayos del sol? ¿Poner en cadenas los brillos de la razón? ¿Los resplandores de la razón, que son los rayos de la Divinidad? Ah, y qué vil pusilanimidad es tu tentadora! ¡Temes los trabajos! ¿Y ahora te viene este recelo, después de haber triunfado de tantos? ¡Temes los trabajos! Y ¿por qué precio has de comprar la importante ciencia de lo que te resta saber? ¿No han sido ellos los mejores maestros de tu filosofía? Pues ¡qué ruin pensamiento no será temer las aflicciones de esa manera, como haría cualquier hombre de la plebe, sin experiencia, sin luz, sin valor! ¿No te acuerdas que eres príncipe? ¿que tienes la sangre de tantos héroes que no supieron temer? ¿que fuiste rey, y que tu filosofía te hizo despreciar la corona y el cetro? Y quien tuvo valor para burlarse de aquellos contratiempos, ¿teme ahora á esas aéreas fantasmas que la pusilanimidad te forma de los trabajos futuros? Que vengan: *obre Miseno como debe obrar, y Miseno será siempre feliz.*

21 Así hablaba consigo; y cantando proseguía en su rústico trabajo: cuando hé aquí que la *tristeza*, viendo que la *pusilanimidad* totalmente desconfiada había abandonado la conquista del corazón del héroe, toma ella á su cargo la empresa, y le prepara un nuevo y mas peligroso asalto. Y bien así como cuando el mar está sereno, y es del cielo un espejo cristalino, acontece muchas veces que una negra y tenebrosa nube saliendo debajo de los horizontes, y volando sobre las alas de los vientos, viene de repente á descargar sobre él un turbión formidable. En un momento las aguas puras y claras se hallan negras y turbas; las piedras se equivocan con las ondas, la vida con la muerte, y los bismos se confunden con las estrellas: no de otro modo la *tristeza*, que en otro tiempo había dominado en el corazón de Miseno, quiere ahora probar nueva lucha, para despícar-se del mal suceso que tuvo en la empresa del Conde. Observa cuando el héroe estaba mas alegre y ocupado en su trabajo, después de haber triunfado de la *pusilanimidad*, que lo había inquietado tanto, y de repente se deja caer de peso sobre su corazón. No es mas ejecutivo el efecto del rayo, que lo fue el de la *tristeza* sobre el corazón de Miseno. Hállase improvisamente turbado, y con el entendimiento oscurecido no puede descubrir la luz de la razón, ni el norte de su verdadero fin. El cielo se le confunde con la tierra, la filosofía con las pasiones, el bien con el mal, la virtud se le equivoca con el vicio, ni sabe lo que desea, ni de lo que huya.

22 Por la costumbre quería llamar en su socorro á la verdadera y celestial *filosofía*; pero una falsa *razón* le engaña. Su discurso era furioso, oscuro y turbulento. Desconociáse Miseno, pues veía que no era esta la voz suave de la filosofía á que estaba acostumbrado, porque hasta entonces la paz y la tranquilidad le abrían las puertas á su entendimiento, y este poco á poco se desenvolvía las tinieblas mas espesas, para conocer dónde comenzaba el vicio, y dónde terminaba el medio razonable de la virtud: hasta entonces distinguía estas cosas con tal evidencia, que jamás las equivocaba: mas ahora todo lo extraña, y en esto mismo advierte su peligro.

## LIBRO XI.

La tristeza acomete á Miseno de repente.—Recurre al cielo, y es llevado á la region de los planetas.—El templo de las pasiones.—Se avergüenza de ver los sacrificios que se hacen, y las abomina.—Se ofrece de repente en el país de la razón.—Ve en él al príncipe Filoteo.—Muda de este que en este su país no hay pasiones.—Miseno lo admira; y para que sepa que las hay, bien que allí son gobernadas por la razón y ley eterna, le enseña en un carro tirado de leones lo conduce á la cueva de Ubaldina, para que esta señora le enseñe tan importante materia: en efecto, llegan á su cueva, donde le hallaron trabajando cestillos de palma con su criada.—Preséntalo el Príncipe á Miseno, núm. 26.—Este se ofrece á ser su discípulo.—Lo admite Ubaldina.—Instrúyelo en que las pasiones no se han de destruir, sino perfeccionar.—Dale lecciones de amar á Dios.—Se despiden.—Miseno se vuelve á su cabana pensativo.

1 Puesto Miseno en este conflicto sintiéndose una violencia moral, levanta los ojos y las manos al cielo para invocar al Ser supremo, revístese de grande ánimo, y le dice de esta manera: Razón eterna, que os comunicais á todo entendimiento que de Vos dimana, si os busca con voluntad sincera, no os escondáis ahora para que yo pueda seguirlas. El brazo de la criatura es muy flaco, si vuestra mano poderosa no le asiste: yo siento en mí una fuerza extraña que me impele, que me ofusca, que cuási me derriba; pero Vos que me ilustrásteis cuando yo no os llamaba, no podeis desampararme cuando os busco en mis aprietos.

2 Apenas dijo esto, cae en tierra desfallecido, por cuanto no pudiendo ya el corazón resistir al empuje que le hacia la violencia de este esfuerzo, queda por un espacio de tiempo como muerto, y poco

¿La luz, que es el único bien que se reparte, sin que jamás se disminuya? ¿Quieres encerrar dentro de tí los rayos del sol? ¿Poner en cadenas los brillos de la razón? ¿Los resplandores de la razón, que son los rayos de la Divinidad? Ah, y qué vil pusilanimidad es tu tentadora! ¡Temes los trabajos! ¿Y ahora te viene este recelo, después de haber triunfado de tantos? ¡Temes los trabajos! Y ¿por qué precio has de comprar la importante ciencia de lo que te resta saber? ¿No han sido ellos los mejores maestros de tu filosofía? Pues ¡qué ruin pensamiento no será temer las aflicciones de esa manera, como haría cualquier hombre de la plebe, sin experiencia, sin luz, sin valor! ¿No te acuerdas que eres príncipe? ¿que tienes la sangre de tantos héroes que no supieron temer? ¿que fuiste rey, y que tu filosofía te hizo despreciar la corona y el cetro? Y quien tuvo valor para burlarse de aquellos contratiempos, ¿teme ahora á esas aéreas fantasmas que la pusilanimidad te forma de los trabajos futuros? Que vengan: *obre Miseno como debe obrar, y Miseno será siempre feliz.*

21 Así hablaba consigo; y cantando proseguía en su rústico trabajo: cuando hé aquí que la *tristeza*, viendo que la *pusilanimidad* totalmente desconfiada había abandonado la conquista del corazón del héroe, toma ella á su cargo la empresa, y le prepara un nuevo y mas peligroso asalto. Y bien así como cuando el mar está sereno, y es del cielo un espejo cristalino, acontece muchas veces que una negra y tenebrosa nube saliendo debajo de los horizontes, y volando sobre las alas de los vientos, viene de repente á descargar sobre él un turbión formidable. En un momento las aguas puras y claras se hallan negras y turbas; las piedras se equivocan con las ondas, la vida con la muerte, y los bismos se confunden con las estrellas: no de otro modo la *tristeza*, que en otro tiempo había dominado en el corazón de Miseno, quiere ahora probar nueva lucha, para despiciarse del mal suceso que tuvo en la empresa del Conde. Observa cuando el héroe estaba mas alegre y ocupado en su trabajo, después de haber triunfado de la *pusilanimidad*, que lo había inquietado tanto, y de repente se deja caer de peso sobre su corazón. No es mas ejecutivo el efecto del rayo, que lo fue el de la *tristeza* sobre el corazón de Miseno. Hállase improvisamente turbado, y con el entendimiento oscurecido no puede descubrir la luz de la razón, ni el norte de su verdadero fin. El cielo se le confunde con la tierra, la filosofía con las pasiones, el bien con el mal, la virtud se le equivoca con el vicio, ni sabe lo que desea, ni de lo que huya.

22 Por la costumbre quería llamar en su socorro á la verdadera y celestial *filosofía*; pero una falsa *razón* le engaña. Su discurso era furioso, oscuro y turbulento. Desconociáse Miseno, pues veía que no era esta la voz suave de la filosofía á que estaba acostumbrado, porque hasta entonces la paz y la tranquilidad le abrían las puertas á su entendimiento, y este poco á poco se desenvolvía las tinieblas mas espesas, para conocer dónde comenzaba el vicio, y dónde terminaba el medio razonable de la virtud: hasta entonces distinguía estas cosas con tal evidencia, que jamás las equivocaba: mas ahora todo lo extraña, y en esto mismo advierte su peligro.

## LIBRO XI.

La tristeza acomete á Miseno de repente.—Recurre al cielo, y es llevado á la region de los planetas.—El templo de las pasiones.—Se avergüenza de ver los sacrificios que se hacen, y las abomina.—Se ofrece de repente en el país de la razón.—Ve en él al príncipe Filoteo.—Muda de este que en este su país no hay pasiones.—Miseno lo admira; y para que sepa que las hay, bien que allí son gobernadas por la razón y ley eterna, le enseña en un carro tirado de leones lo conduce á la cueva de Ubaldina, para que esta señora le enseñe tan importante materia: en efecto, llegan á su cueva, donde le hallaron trabajando cestillos de palma con su criada.—Preséntalo el Príncipe á Miseno, núm. 26.—Este se ofrece á ser su discípulo.—Lo admite Ubaldina.—Instrúyelo en que las pasiones no se han de destruir, sino perfeccionar.—Dale lecciones de amar á Dios.—Se despiden.—Miseno se vuelve á su cabana pensativo.

1 Puesto Miseno en este conflicto sintió una violencia moral, levanta los ojos y las manos al cielo para invocar al Ser supremo, revistese de grande ánimo, y le dice de esta manera: Razón eterna, que os comunicais á todo entendimiento que de Vos dimana, si os busca con voluntad sincera, no os escondáis ahora para que yo pueda seguirlas. El brazo de la criatura es muy flaco, si vuestra mano poderosa no le asiste: yo siento en mí una fuerza extraña que me impele, que me ofusca, que cuási me derriba; pero Vos que me ilustrásteis cuando yo no os llamaba, no podeis desampararme cuando os busco en mis aprietos.

2 Apenas dijo esto, cae en tierra desfallecido, por cuanto no pudiendo ya el corazón resistir al empuje que le hacia la violencia de este esfuerzo, queda por un espacio de tiempo como muerto, y poco

á poco va volviendo en sí, y se halla interiormente mudado. La paz y la tranquilidad se vuelven á su habitacion acostumbrada, y el corazón á sus movimientos pacíficos y regulares: quiere dar gracias al Criador por la victoria que acaba de darle contra la tristeza; pero siente que su entendimiento se le va, su imaginacion se enajena, y otra mano superior mas pacífica se apodera de él, sin saber cómo, ni si el cuerpo lo acompaña ó su pensamiento.

3 En este momento se le representa que es transportado á una region extraña y nueva. Un conductor celeste se le agrega, y lo lleva por veredas luminosas y desconocidas. Atraviesa la region de las nubes, y ve por uno y otro lado formarse relámpagos y dispararse contra la tierra saetas de fuego. Poco despues pasa por un globo como de plata, suspenso en medio del vacío; admírase, y la guia le dice que es la luna: observa en ella de paso sus montañas como de nieve, sus mares y sus lagos<sup>1</sup>; mas de allí á poco el mismo globo que le pareció inmenso se iba disminuyendo á sus ojos, y ve que desaparece como un punto en medio de los otros. Ve luego otros globos mucho mayores que el celestia conductor da los nombres de Mercurio, Venus, Marte, girando todos por los espacios inmensos al rededor del sol: del sol, á quien ve como una masa enorme ardiendo en vivas llamas, las cuales siempre humeando, dejaban sobrenadar en atmósfera varias nubes, que los habitantes de la tierra llaman manchas<sup>2</sup>. Mas adelante encuentra á Júpiter dando velocísimas vueltas sobre el eje, con el lado de sus cuatro satélites<sup>3</sup>; finalmente mira á Saturno con un movimiento mas numeroso, girando al rededor de él tambien en un momento, que su multitud hacia aparecer un continuo ruido. Poco despues toda aquella máquina se le queda muy pequeña, y esa familia del sol desaparece del todo; y Miseno apenas lo puede distinguir á larga distancia, como una pequeñita estrella. Otros globos de fuego, muchos de ellos mayores que el sol<sup>3</sup>, se le presentan por un lado y por otro tan multi-

<sup>1</sup> Ningun astrónomo duda que la luna tenga montes; pero que tenga mares y lagos, aunque lo aseguran muchos con Wolfio, lo niegan otros con Keili. (Introd. ad Hyperamphilos. sec. 9).

<sup>2</sup> El autor original de este poema en sus *Recreac. filos.* t. 6, trat. 30, escribe que mirando al sol con el telescopio un dia, 10 de abril, le contó cincuenta y una manchas. Estas manchas, segun la comun de los astrónomos modernos, son unas nubes gruesas y espesas que se levantan de la superficie del sol, al modo que nuestras nubes de la superficie de la tierra. (El mismo).

<sup>3</sup> El golfo del sol lleno de la gloria del Señor (Eccli. XLII, 16), 1.326,480 veces mayor que el volúmen de la tierra. (Bescherelle, art. SOL.).

plicados, que Miseno se confunde. Aquí queda Orion<sup>\*</sup>, le dice su guia, formado de mas de dos mil estrellas, de las cuales muy pocas alcanzan á ver los moradores de la tierra; aquí quedan las dos Urrsas<sup>\*</sup>: allá Casiopeya y Perseo<sup>\*</sup>: á este lado Arturo<sup>\*</sup>, hácia aquel la Balanza<sup>\*</sup>, y los demás signos celestes. ¡Qué grandes y magníficos son estos objetos para tu idea! le dice. Sabe, pues, que todo esto es nada en comparacion de lo que á su tiempo te espera, y que aun no te es permitido ver.

4 Tan penetrado estaba Miseno de la admiracion, que su alma inmóvil no atinaba con los discursos: solamente pudo decir al Ángel: Si todo esto siendo tan grande, es nada, ¿qué será lo que queda allá bajo en la tierra? ¿En la tierra, que ni es posible descubrirse desde esta inmensa distancia? ¡Qué ridículos y qué periles son los juicios de mis semejantes, cuando se afligen tanto por lo que les sucede, y se dejan arrastrar de las pasiones que tienen en objetos tan pequeños y viles!

5 No quiero, pues, decir al Ángel, que sea lo que en la tierra pasa. En ese bellissimo espejo azul, que como abovedado sobre tu cabeza, conocerás mejor que si estuvieras en el mundo lo que hacen las pasiones allá bajo. En el mismo instante ve Miseno representado en ese cóncavo y luminoso céfiro un templo magnífico, al que conducian cuatro grandes graderías vueltas hacia las cuatro partes del mundo. El atrio del templo quedaba en el centro de ellas; á su entrada estaban de uno y otro lado dos matronas majestuosas que la prohibian á todos; mas en ambas mostraban una sencillez, decoro y simplicidad en su atavío, que inspiró lo que se debe á ellas. Se admiró Miseno, y preguntando á su conductor: ¿quién son aquellas matronas? le respondió: Son la razon y la virtud, y si reparas bien en sus insignias, te será fácil conocerlas. La primera matrona tiene como ves sobre la cabeza una llama, que con postura irregular baja derecha desde el cielo; por cuanto la luz de la razon es una cierta emanacion del entendimiento divino, que descende del cielo para los hombres; la segunda, que es la virtud, ciñe sobre el pecho una cadena de oro, para mostrar cómo se deben sujetar los ímpetus del corazón y sus deseos, gobernándolos por la regla de la justicia, que está representada en aquella regla de oro que tiene en la mano, y la sostiene siempre levantada delante de los ojos. En este punto vió Miseno que la multitud de los que tumultuados deseaban entrar en el templo, echaba por tierra á las dos matronas, atropellándolas sin atender á sus gemidos. No te admires, le dice el Ángel, que este templo

qué ves es el de las pasiones, y ninguno entra en él á sacrificar sin poner bajo sus piés á la *virtud* y á la *razon*. Á este tiempo, ya el espejo celestial representaba lo interior del templo, diferenciándose las escenas al paso que se adelantaba en Miseno la inteligencia <sup>1</sup>. Vió tres tronos inferiores con sus divinidades, las cuales servian de basa á otro trono superior y mas magnífico. En este presidia un soberbio y respetuoso varon, viejo en la edad, mas en la viveza y robustez mancebo: entendió Miseno que era el *amor propio*, cuyos tres hijos, el *interés*, la *gloria* y el *amor sensible*, estaban mas abajo como divinidades subalternas, y por mano de ellas recibia las ofertas que le sacrificaban, como padr: desvanecido que se complace en la gloria de sus hijos, y tiene por sonja propia los obsequios que á ellos se les tributan.

6 Reflexionó sereno en los tres tronos inferiores, y vió que el *amor* tenia cuernos de buey, ojos vendados, arco ligero, saetas de fuego; que le servian de peana los corazones y de trono las llamas. En el del *interés* brillaba el oro, los diamantes y todo género de piedras preciosas; y estaba en tanta confusion, que no sabian los ojos á qué atender. La divinidad de la *gloria* se adornaba toda con plumas evaporándose al rededor de su altar humos aromáticos, y se veía de cuando en cuando una imprevista luz como de relámpago, que no tenia mas consistencia que la precisa para dejarnos deseosos de ella.

7 Como el entendimiento de Miseno estaba acostumbrado á estas figuras alegóricas, sin haber ya explicacion de su guia penetraba los símbolos que se le presentaban. Empero á esta especie de pasmo se le siguió un momento tan vehemente, que si no por la asistencia del conductor se hubiera perdido la vida, al ver los horribles sacrificios que se ofrecian á las divinidades aparentes. Entonces conoció Miseno perfectamente como las pasiones enloquecen á todos los que las siguen. Vió á un viejo que se arrojaba con ansia á recibir del *interés* un cofre lleno de oro y esmaltado de diamantes; pero que la divinidad le repelia con indignacion, interin que no le hacia el sacrificio de ahogar entre sus manos paternas á dos hijas muy hermosas, que detrás de él estaban. No dudó el bárbaro parricida ofrecérselas, y á ambas hizo exhalar la vida entre sus brazos, acompañando accion tan inhumana con lágrimas fingidas. No te admires, dice el Ángel, porque todos los dias verás estos horrores en el mundo. ¿Quién siguió nunca las acciones del *interés* sin sofocar entre sus

<sup>1</sup> Cótjese el interior de este templo alegórico con el que vió y escribe el profeta Ezequiel al cap. VIII.

manos y poner bajo sus piés la *paz* y el *honor*? Bien ves que por lo general todos aman estas dos doncellas, hijas muy queridas del alma, mientras sigue la *virtud*; mas cuando se trata del *interés*, todo se olvida. Riquezas grandes con *paz*, ¿dónde las viste? Modo de adquirir las con honor, ¡oh! cuán raro, cuán difícil es! Verdad es que los que sacrifican á esta diosa no piensan que les será preciso ofrecer víctimas tan caras; pero la divinidad se obstina en no conceder grandes riquezas sino á semejante precio.

8 Confuso quedó Miseno y enseñado; y cobró tal horror al ídolo de esta insaciable pasión, que ni podia mirarlo. Mas la guia celeste le obligó á ver varias escenas que se representaban en aquel espejo cóncavo de los cielos, el cual vuelto hácia el mundo lo hacia ver muy de cerca, y ponía bien distante de los ojos sus horrores. Esta primera escena, le dice el Ángel, representa á Alejandro y otros famosos conquistadores. Á un lado están los de Asia, y al otro todos los de la Europa. Ved que talan los campos y destruyen las provincias sin mas derecho de parte de los invasores, ni consentimiento de parte de los invadidos, que la ambicion, el interés, y la avaricia. Repara que violando el sagrado y comun derecho de las gentes, arruinan tronos, arrastran monarcas, degüellan imperadores, quemán ciudades, haciendo pábulo de las victorias de las llamas hasta las mujeres y los niños; ¿y esto se aplaude en el mundo?

9 Vuélvete ahora, le dice el conductor, á mirar la segunda escena que pinta los siglos venideros. Un nuevo mundo aparece en medio de unos mares, jamás navegados para la humanidad. Ve, le dice, las costas del antiguo hemisferio inabismables, que se burlan de la civilidad, de la razon y de la humanidad. ¿Qué reservas? Infinitos hombres solo en el color diferente, pero lo demás semejantes á tí; mas ellos reducidos á la mas dura esclavitud, pues que se hallan privados de la libertad: de la libertad, joya preciosísima que Dios concedió á cada uno de ellos como dádiva absoluta é irrevocable. Dios la dió, es verdad; mas si sus semejantes no se la roban, si no cometen estos crímenes, no pueden alcanzar las riquezas que desean. Sacrifíquese, pues, el *honor*, la *religion* y la *humanidad*, que todo es nada; y esto se ha de hacer á vista de todo el mundo; y esos mónstruos de la razon han de pasar por hombres de bien y muy honrados; y de otro modo la diosa del *interés* no los ha de despachar.

10 Mucha dificultad tenia Miseno en creer lo que la escena le representaba; pero el Ángel le declaró que él tenia por aquel momento las llaves de lo futuro; y que solo los tiempos venideros ha-

rian patente á todos lo que á él se le pintaba allí solo para su instruccion.

11 Todo esto pasaba con tal presteza, que no volaria mas veloz el pensamiento, y ya eran los sacrificios de la gloria los que se representaban á Miseno. Venia pues, á sacrificar un poderoso monarca acompañado de tres figuras, y una conoció Miseno ser la fortuna, la cual le iba delante convidando con una corona de laurel: la envidia lo detenia del brazo; y la temeridad lo agujoneaba por las espaldas con importunidad. Lleno él de fuego, y embriagado con el humo de sutiles y contagiosos inciensos que en aquel altar se quemaban, estaba como fuera de sí, no sabiendo cómo haria propicia la divinidad á quien deseaba hacer sacrificio.

12 Pídele la diosa por la corona de laurel que apetecía cincuenta mil cabezas de sus propios vasallos; y que exponga á la suerte, no solo la de sus hijos, sino tambien su misma vida. En nada se detiene el monarca ambicioso; y para eso va á declarar una guerra, presenta en diversos lugares batallas con sus enemigos, corren por varias partes arroyos de sangre: una multitud de almas son sepultadas en el Tártaro: su propio hijo exhala el alma atravesado de una lanza; por otro lado y por otro se ven humear las ciudades mas opulentas reducidas á cenizas, y todo es horror. Mas el monarca, deseoso de la victoria, pierde todos los sentimientos de humanidad, y alega á la diosa como servicios todos los destrozos que acababa de cometer, brama de oír la naturaleza, y temblando las paredes del templo, con un ruido de ruidos estragos. Iba ya la divinidad á concederle en un momento la corona deseada, cuando la envidia se le arrebató de las manos, y el héroe se ve precipitado en las cavernas del Tártaro, donde se hallaban debajo del trono de la gloria, en donde entre formidables alaridos oyó Miseno, que perdía la propia vida.

13 ¡Qué leccion esta para mí, dijo entonces Miseno á quien le acompañaba! ¡Qué leccion para mí, que como un loco corria tras de la gloria, cuando gobernaba las armas! Yo ciertamente me hallo reo de muchos de estos crímenes; pero nunca conocí la verdad tan claramente como ahora.

14 Este es el privilegio, le responde la guia, de quien puede leer en este libro celeste. Los espejos de la tristeza son falsos y oscuros. Este espejo en que estás viendo estas cosas es puro, es verdadero, es muy terso. En este instante fueron pasando todos los héroes infelices, que corriendo tras la gloria, solo se hallaban con el vituperio:

y este momento de la representacion celestial instruyó á Miseno, mejor que pudieran hacerlo en largos años todos los fastos de la historia. Quería Miseno reflexionar y preguntar al Ángel algunas cosas necesarias para su inteligencia; mas de repente, sin pronunciar palabra, halló en su entendimiento una mas clara y sólida doctrina, y la respuesta á todo; y ya comenzaron á representarse en el espejo los sacrificios de amor.

15 Aquí sintió Miseno que el Ángel le tocaba en el corazon para confortárselo, porque de otra suerte el horror á que se preparaba le hiciera perecer de repente. Un inmenso tropel entra por las puertas del templo, y todo se perturba. Risas, lágrimas, llantos, júbilos, gemidos, sinfonías y luchas, todo se oia á un mismo tiempo. Allí venian los mayores emperadores mezclados con la infima plebe. Venian mancebos, cuya sangre les hervia en las venas, interpolados con los viejos que abrigaban bajo sus canas, en nieve llamas impuras. Venian doncellas de la mas alta calidad mezcladas con las del pueblo mas abatido. No habia diferencia de sexos, de edad, de fortuna ni de nobleza, de color ni de tiempo. Todas las hachas en las manos venian á sacrificar á la diosa del amor. Unos se entregaban danzando coronados con guirnaldas de flores; otros con el mismo sangre humana en desafíos y duelos: cuales con la bolsa abierta esparciendo riquezas con ambas manos; cuales emplumados como Adonis, compitiendo con las aves mas desvanecidas. Allí venian unos sombríos y melancólicos con el corazon carcomido de las envenenadas y roidas de los celos, y otros con un aire sin embargo alegre; mas de cuando en cuando se sobresaltaban como si temieran.

16 Al llegar al altar profano, el Ángel le tocó en él el corazon y el alma, lo que ninguno resistió. El amor les pedía muchas veces la salud y la robustez del cuerpo. Era preciso perder en mil ocasiones las riquezas y el honor; el honor, así propio como ajeno; en nada se debía poner el menor embarazo, porque el amor queria sacrificios prontos. Pedía esta divinidad que se le consagrarse el entendimiento, y que el hombre mas juicioso quedase como un estólido jumento, paciendose solamente en el vil deleite, que es comun á todas las bestias. En nada se paraban, y el amor se sonreía, burlándose por este medio hasta de los mas juiciosos; de forma, que cuanto mas excelentes eran los personajes, tanto mas horribles eran las oblationes; y no obstante esto, el amor con mucha urbanidad les volvía las espaldas, y los dejaba desesperados.

17 Bien advertia Miseno que esto le tocaba mucho, y que se ha-

llaba en mil ocasiones retratado; pero se consolaba con la consternacion que ahora sentia; porque cuanto mas se aborrece un vicio, tanto mas lejos estamos de cometerle. Entonces Miseno, lleno de horror y espanto, queria arrancar de su corazon todas las pasiones, conociendo los absurdos á que las le conducian.

18 No pienses en eso, le dice el Angel, porque esa empresa te será imposible é inútil. Pues ¿cómo podré, replica Miseno, libertarme de todos los horrores que acabo de ver, sin arrancar de mi pecho las pasiones que me arrastran á tales desconciertos? No pienses arrancarlas, le dice, cuida solo de refrenarlas, conducir las y gobernarlas por la *razon eterna*. En este momento desapareció toda aquella imaginaria representacion del templo de las pasiones, y se vió Miseno en un país delicioso, mucho mas que aquellos fingidos campos *Eliseos* de los antiguos poetas; pero se halló sin el Angel que le acompañaba. Los habitantes de este sitio eran por la mayor parte hombres ancianos, cuando menos, todos tenian un aire prudente, aunque sumamente alegre. Entre otros uno que venia en un carro tirado de leones y tigres, y otros animales feroces; pero tan mansos y domésticos que Miseno se admiraba. Un rayo de luz celestial bajaba de lo alto y descendia hasta la cabeza del principe Filoteo: este era su nombre. Acercóse al carro adonde Miseno estaba, y descendiendo el Principe que lo conducia, hablóle á Miseno de este modo:

19 Veo tu admiracion, vengo á instruirte de todo lo que desees saber. Aquí las *pasiones* de la *razon*. Si ella acompañada de fuerza superior refrena las pasiones, las hace enmudecer, y las hace ser un momento orgullosas, sino como animales domesticados y obedientes. Pero la verdadera sabiduría las sujeta á la ley eterna, reduce á los habitantes de este país á una inexplicable bienaventuranza, porque siendo una, única, y la misma ley por donde todos los hombres se gobiernan, forzosamente ha de haber entre todos la misma armonía que se halla en los movimientos celestes. Aquí cada familia y cada república forma un cuerpo, cuyos miembros se estiman, se celan y se aman reciprocamente como nues-

<sup>1</sup> La *razon es reina*. (Santo Tomás sobre san Juan, fol. 703). El enemigo declarado de esta soberana son las *pasiones*, porque como ella debe ser quien las sujete, y ellas no gustan sino de lo que las halaga, se le tumultúan.

Abiudque Cupido,  
Mens aliud suadet.

(Ovid. Metam. lib. 7).

tras dos manos se sirven una á otra, y cada cual mira como propio el interés y comodidad del otro miembro. Esta es la gran diferencia de este país á los demás donde reinan las *pasiones*, y es esclava la *razon*. Como las pasiones son muchas, y en cada hombre son diferentes, habiendo millares y aun millones de leyes, á veces muy opuestas, forzosamente ha de haber contrariedad y oposicion entre los hombres; y no es posible formarse un cuerpo de varios miembros que estén animados de espíritus diferentes. Mas cuando la *ley* de la *razon* gobierna sin que las pasiones sean oidas, entonces es uno solo el espíritu que reina en todos; porque es una sola la luz de la *razon*, dimanada de la misma *razon eterna*, por la cual hasta el mismo Dios se gobierna: así, lo que uno quiere, es lo mismo que lo que el otro desea, y ninguno apetece sino lo que Dios quiere.

20 No se sabe aquí qué cosa sea disputa ni mentira, engaño ó fingimiento. Aquí la *justicia* tiene su imperio, la *paz* su trono, y el *orden* su dominio. Aquí los hijos soberanos duermen, descansando en los brazos de sus vasallos. Sean vasallos descendidos á la sombra del amor paternal de su soberano. Aquí hay tantos amigos verdaderos, cuantos individuos; el pobre tiene padre, el pobre sólidos tesoros, el peregrino compatriotas, ninguno derrama lágrimas por la propia afliccion, que no halla en el mismo consuelo en las que ve correr de los ojos ajenos, por el efecto de verdadera compasion.

21 En tan feliz habitacion, dijo Miseno, creo que los hombres habrán nacido de otro origen menos que el nuestro, y que en sus corazones no se hallarán á lo que se ve en los otros. Los males, quiero decir, las *pasiones*, ni se hallan en los otros, ni son hombres en la figura semejantes á aquellos con los que yo he vivido; pero serán de otra masa muy diferente, pues se ven distintos los hallo en sus proceder. No te engañes, dice Filoteo, cree que son de la especie misma, y tienen las mismas pasiones que se hallan en los otros; pero las saben gobernar por la *razon* y *ley eterna*: saben alimentarlas con objetos propios en proporcion justa y nunca demasiada. El *amor propio* y la *ambicion* tienen aquí sus justos límites, y así no verás en este país ningun ciudadano ocioso. Comenzando por el monarca, y descendiendo hasta el ínfimo vasallo, todos se ocupan, por-

<sup>1</sup> Las pasiones son once, seis en el apetito concupiscible, y cinco en el irascible. Las primeras son: amor, odio, deseo, furia, gozo y tristeza. Las segundas: pereza, desesperacion, temor, audacia é ira; y de estas se componen otras innumerables.



que la *razon*, nuestra soberana suprema y celestial, dice, *que todo hombre nació no para procurar satisfaccion á sus apetitos, sino para trabajar, empleando en ocasiones propias de su estado los sentidos, los talentos y los miembros*. Tampoco verás á ninguno engolfado en el avaro deseo de acumular riqueza, porque la *razon* dicta *que estas se hicieron para servir al hombre, y no el hombre para ser esclavo de ellas*.

22 Del mismo modo, el *deseo de gloria* en el descubrimiento de la *verdad*, como tambien la *vanidad* de la perfeccion de las artes, no degeneran en vicio; porque la *razon* hace de todo virtud: por eso verás que las ciencias se cultivan aquí con un ardor pacífico, cual conviene para descubrir la *verdad* creada, y subir por ella á la increada; y en este descubrimiento de las verdades recónditas no hay aquella acrimonia de envidia, de tema, ni el espíritu de las escuelas ó de partido, que es la puerta mas franca y el medio mas seguro para introducir en el entendimiento de los hombres los errores mas absurdos. Las artes se adelantan de dia en dia, porque nuestra soberana *razon* hace la utilidad y el fin para el que se fue inventada cada obra; lo que sirve para conducir las á su última perfeccion.

23 El idioma del *amor propio* es aquí bien entendido, porque el bien público interesa á los individuos mucho mas que el suyo particular, y todos con gusto hacen sacrificio al comun de sus propios intereses, y de este modo por un maravilloso círculo recae en beneficio de cada uno lo que se hizo para el bien de todos. Con tan admirable armonía las empresas mas arduas se facilitan, porque los brazos de todos se unen de repente en un esfuerzo insuperable.

24 Aquí en un momento *justicia* jamás pasa de sus límites. Si algun extranjero se desvia del territorio de las pasiones, y habiendo cometido algún delito en él, llega á este; en entrando en nuestras tierras es el mas severo juez de sí propio. Él se condena antes que el juez externo le imponga el justo castigo; y sucede, que de su verdadero arrepentimiento saca muchas veces el público mayor utilidad de lo que había sido el daño que causó su delito. Los demás ciudadanos en vez de escandalizarse del crimen, se compadecen del delincuente; y bien lejos de descubrir su pecho, divulgando con falso celo á los que lo ignoran, procuran encubrirlo, dejando la herida ó llaga manifiesta, únicamente á quien pueda curarla; haciendo todos en el cuerpo político lo que en los miembros del cuerpo natural harian.

25 Entonces Miseno le dice admirado: Pues ni la *pasion de amor* es aquí desordenada, sin duda, señor, deveis ser de corazon frio é

insensible, formado de hielo, donde no pueden prender las ardiertes y penetrantes llamas de esta *pasion*, que al mismo tiempo es dulce y furiosa, pues nunca ella se deja sujetar de la *razon*, y siempre ignora sus leyes, siempre las desprecia; á lo que Filoteo respondió:

26 Para darte la respuesta sube en este carro, y ven conmigo á donde la *Providencia* celestial me manda que te conduzca. En este punto fue Miseno transportado con Filoteo á regiones desconocidas. Reparó y vió árboles que nunca había visto, pirámides de disforme grandeza<sup>1</sup>, pájaros de extraño plumaje; y bajando ambos del coche, Filoteo le guia, le conduce y lleva por entre peñascos, cuyas avanzadas puntas, entrando mutuamente por los cóncavos de otros dos peñascos de enfrente, daban tránsito muy oculto y disimulado á un campo sumamente alegre, que en parte era silvestre, y en parte cultivado. Allí en una pequeña cueva formada en la roca, rodeada de árboles, tosca por fuera, y por dentro singularmente adornada, encontraron una hermosa doncella, llamada Ubaldina hija de

27 Por una abertura que se veían los ramos de álamos entrelazados, entraban como á martadillas algunos rayos del sol, que visitaban á Ubaldina, la que toda ocupada con sus labores de tejer cestillos de palma<sup>2</sup>, no reparaba en los rayos que se le caían encima, ni en los sobresaltos que le llegaban. Mas advirtiéndole en ellos un sobresalto, le hizo salir al rostro el pudor virginal, que aumenta su belleza, la que igualmente realizaba su modestia. Saludada Filoteo, y con un aire superior la dice así: Vos, que sirviendo al Altísimo gobernador de cielos y tierra, habeis huido de los honores, de la hermosura y de la gloria, ¿cómo os venís á orden del Soberano os traigo aquí otro anacoreta, para que de vos aprenda el motivo de vuestro silencio, y para que le digais quién os inspiró los pensamientos que os animan; y os doy por señal, que en la noche precedente os hizo ver en sueños nuestras figuras. La misma Majestad, pues, os ordena que nada ocultéis á vuestro alumno de lo que saber desea: dijo, y á manera de una blanca nube, que sin saber cómo se disipa con los rayos del sol, así desapareció Filoteo á la vista de ambos, sin que pudiesen alcanzar el rumbo por donde se les ausentaba.

28 Entonces Ubaldina, levantando mudamente los ojos y las manos al cielo, adorando al Ser soberano que la gobernaba, confesó á

<sup>1</sup> Las famosas pirámides de Egipto.

<sup>2</sup> En estas regiones son muy abundantes las palmas, y están muy en uso los tejidos de sus hojas.

Miseno que en la noche precedente habia visto en sueños las imágenes de ambos, y que una voz celestial le decia: *No encierres en ti la luz, que puede ser útil á quien la busca, y sabe que de mi orden será conducido á verte y hablarte.* Desperté, dijo ella, y desprecié como sueño idea tan extraña; mas ahora conozco que fue orden superior, á la cual no debo ni puedo resistir. Sentémonos junto á esta fuente, y yo os comunicaré todo cuanto quereis saber de mí: que quien solo por amor de la verdadera sabiduría huyó de la comunicacion de los mortales, no la debe evitar, cuando por amor de la misma sabiduría se ve buscada.

29 Miseno entonces asegurado en que era la mano suprema quien le conducía para aprender de aquella solitaria las máximas de su filosofía, le pidió que se las participase, y ella lo ejecutó de esta manera:

30 Después de haber pasado por el famoso Saladino<sup>1</sup>, dice Ubaldina, pasando de Damasco<sup>2</sup> á Senaar se hizo tan poderoso é insolente, mi familia, que es de las más nobles de Alejandria, no puede gozar de la paz, ni de los honores de los Estados que el nacimiento nos habia dado. La Religion me prohibia aceptar las delicias que me prometia el tálamo de cierto príncipe, gran sectario de Mahoma, que con sus riquezas queria comprar mi mano, mi amistad y mi alma. Resistí cuan-

<sup>1</sup> Tenia estas muchas partidas buenas, y otras muy malas; fue cruel enemigo del nombre cristiano. Con pretexto de besarle el pié asesinó al califa Hadac, para asegurarse el imperio de Egipto; cautivó la santa cruz de Nuestro Señor Jesucristo en Jerusalen, la conquistó con traicion: al golpe de su sable cortó de rey su mano la cabeza del príncipe Arnaldo, y la de Renauard en un momento mártir en la *Hist. ecles. de Fleury*. Á este Sultán, no se le llama Ubaldina insolente. El autor de este poema lo pinta así. El Filósofo incógnito lo defiende, el filósofo Voltaire lo elogia en bismia causa que increpa á san Luis rey de Francia. Juzgue ahora el público si el Filósofo incógnito merece premio ó castigo.

<sup>2</sup> Damasco, ciudad muy antigua de Asia en la Fenicia, capital de la Siria, fue patria de san Juan Damasceno, situada sobre el rio Vavadi á cuarenta y cinco leguas de Jerusalen, y las mismas de Antioquia.

<sup>3</sup> Siendo Senaar señor de Egipto por la muerte de Hargano, su enemigo, faltó á las promesas que habia hecho á Norandino que le habia dado socorro. En castigo del perjurio mandó Norandino á Sicarron ó Siracono, su general, que fuese á combatirle, y le tomó á Belbeis y á Alejandria, donde dejó á su sobrino Saladino, poco conocido por entonces, pero muy famoso despues.

<sup>4</sup> Alejandria ó Escandaria, ciudad patriarcal de Egipto, su capital que fue, y de toda el África; queda sobre el Mediterráneo situada en la costa septentrional de África sobre una de las embocaduras occidentales del Nilo; no dista mucho del Cairo, ni de la antigua Memphis, si de Jerusalen cuatrocientas millas.

to pude, y ví que su interés comenzaba á llevarlo á la violencia. Luego que esto advertí, determiné para conservar mi pureza retirarme á esta soledad<sup>1</sup> con una fiel criada que me quiso seguir. Aquí vivo de la cultura de este pequeño terreno, incógnito á los mortales, que tienen estas rocas por impenetrables. El trabajo de mis manos me ocupa, y la consideracion de mi entendimiento me recrea; y este, dirigido por superior luz que me ayuda y fortalece, me enseña á dar á mis pasiones un alimento propio, pero inocente. De este modo no me ha sido preciso destruirlas, solo sí encaminarlas; y cuanto mas puro y propio es el sustento que les doy, tanta mayor es la satisfaccion que por medio de ellas gozo.

31 Querer que vivamos sin pasion, es querer que seamos de otra naturaleza, ó que dudemos del ser que nos dió quienes nos formó<sup>2</sup>. Nuestro corazon fue hecho para amar, y nuestra alma, por un comercio íntimo acostumbra seguir sus movimientos. Ella debe maniatarle ni impedirle los pasos; pero debe encaminarlos, hijos de con diligencia al bien; hace como el agua que no puede impedir la caída natural de las aguas que siempre descienden, pero se aprovecha del peso de ellas, gobernándolo de suerte que sirva para el movimiento de las máquinas mas útiles é importantes. Imaginar, en vez de hablar conmigo misma allá en Alejandria, cuando balanceaba sobre mi resolución, imaginar un corazon que no ame, es fingir un fuego que no queme, un peso que no caiga, una llama que no queme. Dios le hizo para amar, así como formó los ojos para ver, y la lengua para hablar; y así es imposible darle otro movimiento, así ilustrada pide que elijamos un objeto que lo que nos mueve á amar; y para decirnos ingénuamente la verdad, esa ni se puede negar principal que me obligó á tomar la resolución que veis.

32 Yo huí de los mortales, porque allí en todos ellos quien mereciese mi corazon entero, y yo no quiero repartirlo. Parezca esto soberbia, ó sea filosofía, nada me importa. Porque la razon me obliga, y yo no puedo resistir á esta soberana, que es señora de todas mis acciones. Fuera del Ser supremo no ha podido hallar mi discurso otro objeto á que yo pueda entregarme por donacion irrevocable, con total confianza y satisfaccion completa, y sin susto, que es lo que

<sup>1</sup> La Tebaida está en el Alto Egipto. Véase núm. 41.

<sup>2</sup> Dios crió al hombre con pasiones indiferentes de su naturaleza. Las tuvo Adan en el estado de su inocencia, y Nuestro Señor Jesucristo toda su vida: en su Majestad estaban ordenadas; en nosotros son rebeldes. (S. Thom. Opusc. de Hum. Christ.).

deseo. Vosotros los hombres, disculpadme si os agravio, vosotros los hombres no podeis conocer tanto como nosotras, á qué punto de sensibilidad llega un corazon que ama, y que ama bien como se debe amar. Los guereadores tienen corazon de hierro. Los filósofos los tienen áridos y secos: quien <sup>1</sup>quiere de carne como yo, si una vez yerra en la eleccion del objeto de su inclinacion, siente un dolor que no le puede conocer sino quien tuviere la infelicidad de experimentarlo. Por el contrario, si halla objeto digno de su afecto, y que le da una satisfaccion completa, ¡ah, que no sabeis cuál es el júbilo y el gozo interior en que el alma se ve anegada! El deseo de esta satisfaccion, y el temor de aquella pena fueron los dos principios que, sin intentarlo yo, me elevaron como por fuerza á escoger por objeto de mi corazon á aquel Señor soberano que me le formó. Reparó Miseno en la expresion de Ubaldina cuando dijo que *por fuerza sin que ella lo intentase* <sup>2</sup>hecho aquella eleccion, y le suplicó que le declarase estas cosas; á lo que Ubaldina contestó francamente:

33 Señor, flores y rosas sin espinas, como las de Alejandria, mi patria, siendo flores bellas de todas, no dejan de tenerlas muy agudas. Solo quien <sup>3</sup>llega al pecho sabe lo penetrantes que son. Quiero en esto decir que todos los objetos, aun los mas amables, tienen defectos; y quando los amamos ó allegamos al corazon, nos punzan y nos hieren. Solo mi Criador no los tiene, siendo en sí la suma perfeccion sin el menor defecto. Á mas de esto, todos los demás objetos, ¡qué vanidad son! ¡qué mudanzas de fortuna están sujetos, que <sup>4</sup>de repente se mudan sin motivo! Mudanzas que el tiempo introduce en un momento, estable de la naturaleza: mudanzas de la voluntad, que <sup>5</sup>de las piedras las promesas y de los mas firmes y sólidos juramentos, es bismarckable que una hoja de árbol en sitio ventoso y desamparado, <sup>6</sup>no puedo fijar mi voluntad, y ser señora de ella como quisiera, ¿qué esperanza puedo tener de asegurar la voluntad ajena para que no me falte?

34 Pero supongamos que soy señora de ella: ¿cómo podré indemnizarme de la tiranía de la muerte? De la muerte, que cuando yo tuviere el objeto de mi amor mas estrechamente apretado entre los brazos de mi alma, entonces haria alarde de arrancármelo con violencia, llevándoseme la mitad del corazon. Entonces os desengañaréis que el objeto que reputabais sólido y muy firme, se disipaba como humo, y huía como sombra, dejándoos un deseo verdadero que os atormenta, asija y mate. Siendo, pues, esto así, yo quiero para mi amor un objeto que no pueda morir, un objeto que ni se pueda

mudar, un objeto de cuya correspondencia pueda yo tener una total é infalible certeza; y como no le hallo sino en el *Ser supremo*, á él solo quiero; y solo á él puedo dar mi corazon con gusto y con una entera confianza, quietud y descanso <sup>1</sup>.

35 Al decir Ubaldina estas palabras se enterneció, y le salieron de sus ojos algunas lágrimas que daban notable fuerza á sus expresiones; y despues de conceder á su espíritu un dulce desahogo, prosiguió diciendo: ¡Ah, que en la amistad de este Soberano no teneis que temer, como en la de los monarcas terrenos, las ocultas é impenetrables tramas de vuestros enemigos; vuestro mismo corazon es vuestra propia defensa! Vuestro amante no os atormentará con dudas, ni os pedirá juramentos ni protestas; y si vuestro corazon suspira por él, primero vió él vuestro suspiro, que vuestra alma lo sintiese.

36 Bien entendia Miseno este lenguaje; mas, enra dar motivo á que Ubaldina continuase, fingió que dudaba de su doctrina; y le dice estas razones: Todo lo que decís es verdad Señor, pero hay una distancia tan grande entre nosotros y el Ser supremo, que me parece estará nuestro corazon sumergido en un profundo respeto, sin que, dejadme explicar así, sin que se atreva á echarle los brazos á quien ama, para percibir la dulzura de un íntimo abrazo, ni aquella dulzura que se siente entre dos almas iguales cuando se aman mutuamente. Á lo que respondió Ubaldina:

37 No está fundada esta amistad que tengo con quien me crió, en lo que las amistades de los hombres <sup>2</sup>para a esta vez de la amistad es un mútuo interés ó reciprocidad, lo que <sup>3</sup>asimismo obliga á entrelazar los brazos de sus almas. Mas ni temer, ni hablar con el Ser soberano es de un modo muy diverso <sup>4</sup>de mi parte quien me obliga es la propension de mi corazon á él me lleva <sup>5</sup>. Dios le formó de propósito para que le ame; de suerte que es trabajo inútil pretender fijarlo en otro objeto distinto. Solo en este norte sosiega mi iman, solamente en este centro queda descansando el corazon, que á solo Dios se inclina. Mil veces me preguntaba yo á mí misma cuando fluctuaba confusa, con esta duda que me proponéis, y mil veces

<sup>1</sup> ¡Oh alma mia! ¿por qué andas vagueando por las criaturas? Ama un uno, que es Dios, y descansarás segura y alegre. (S. Agust. Sol. c. 11).

<sup>2</sup> El divino Platon con sola la luz natural sentia tal inclinacion á amar á Dios, que decia: *Filosofar no es otra cosa que amar á Dios, y que filósofo no es otro que el amador de Dios.* (San Francisco de Sales, p. del amor de Dios, lib. 1, c. 17).

me decia : quien te formó el corazon, es quien le dió esa propension que en él estás sintiendo; con que es evidente que Dios quiere que le ames : pues que con una fuerza tan grande, bien que suave y sin violencia, te conduce á este objeto supremo <sup>4</sup>; si Dios no quisiere mi amor, ¿á qué fin por entre la pesada nube del cuerpo se me habia de manifestar tan hermoso y tan amable, que me encanta los ojos del alma? ¿Para qué es esto, sino para que le quiera? Bien como un padre amoroso que se abaja al tierno hijo, y con sus manos le toma, y le levanta los delicados bracitos, y se los pone sobre sus hombros para que el niño pueda abrazarle y le diga que es su amigo; así hace conmigo este Padre soberano; descendiendo de su inefable grandeza, y asiéndome en el poder de su gracia de los afectos de mi alma, me levanta para que con ellos le abraze. Ved, pues, cómo, aunque colocado en el trono de su incomparable majestad, quiere y aprecia que le amemos, porque que seamos pequeñas y vilísimas criaturas.

38 Bien es, dice Miseno, que de vuestra parte le améis, porque el corazon os desea; mas ¿cómo es la parte de que él os ama, y que por este recíproco amor tenéis con vuestro Dios una verdadera amistad y satisfacción completa?

39 De parte de Dios, responde Ubaldina, lo que le mueve á amarnos no es, como entre los hombres, el interés que particularmente tenga en el consuelo que recibe, sino que es una efusion de su corazon, propension á amar y hacer bien á sus criaturas. La rectitud esencial de su voluntad es lo que le obliga á detestar á los que le resisten, y por ende á preparar á los que le obedecen; y aun cuando esta voluntad de su voluntad fuese ignorada, ¿podrian por un momento los niños, los favores y los beneficios con que cada día me favorece, nada hace su entendimiento soberano sin algun fin, y no sobre la tierra ni una gota de agua sin que la destine al paraje que conviene, esa lluvia celestial de sus favores que sobre mí cae, ¿vendrá sin que Dios la envíe, y sin que la envíe de propósito para mí? Estoy persuadida que todos los beneficios que de su mano recibo, son presentes multiplicados con que su divina liberalidad me regala. ¿Cuántas veces conozco claramente que él va delante de mis deseos á preparar muchos años antes con su providencia lo que sabia que despues me habia de ser preciso; y esto aun cuando yo no podia prever de léjos mi futura necesidad? Jamás

<sup>4</sup> La gracia tiene una violencia santa y suave, para infundir amor á nuestra voluntad sin lesion del libre albedrio. (El mismo san Francisco de Sales).

encontré tan fiel correspondencia: ¿y queréis que yo dude todavía de su finísimo amor?

40 Si bien reflexionamos, dice Miseno, todos recibimos de este soberano Sol las influencias benignas de sus rayos; y los que le aman sinceramente dándole todo su corazon, por precision han de experimentar especial benevolencia. Los que distinguiéndose del comun de los hombres ponen todo su cuidado en agradarle, juzgo que son como los montes que se levantan de la tierra para acercarse mas al sol, y ser privilegiados en sus influencias, porque las van á buscar mas de cerca. Así ya confieso que tenéis razon para creer que vuestro Criador os ama.

41 Ved ahora, dice Ubaldina, como todas las pasiones tienen por este medio una satisfaccion cumplida, hallando en Dios solo el objeto amable que le es mas propio y mas adecuado. Yo no tengo una desmedida vanidad. Mirad, pues, si no os está bien contenta esta pasion, viendo que mi amante es el Todo poderoso. Estoy cierta que me concederá cuanto pida, si él quiere que sea conveniente. Ved si mi corazon puede estar tan satisfecho. En el instante revolverá todo el universo, parará el curso de la naturaleza (lo que es mas de su genio) hará sin estrépito de milagros ni obras estupendas que todo venga á suceder como yo quiera. Como es el Principe del futuro siglo, conducirá con suavidad el presente, de forma, que parezca que todo es un puro acaso lo que en realidad es una anticipada disposicion. Todas estas expresiones tal vez os parezcan indignas de la suprema Majestad, y yo la habré para vosotros pensando pensamientos que deberian estar encerrados en lo que es imposible. El corazon se me aflige, el entendimiento se enreda en lo que es imposible. ¿Qué os retireis, pues ya he satisfecho vuestro siglo. Él dijo, y como un relámpago se escondió, entrándose en lo interior de la gruta, dejando á Miseno indeciso de lo que debía hacer.

42 Él ignoraba el terreno, la distancia de su cabaña era suma, los caminos desconocidos; con todo, animado de un espíritu interior, se puso en marcha sin saber á dónde iria; cuando hé aquí que ve que el terreno se iba desapareciendo pasando por debajo de sus piés, sin que se le siguiese fatiga, que los montes se allanaban, que los valles se henchian, y que delante de él todo el camino era muy llano y derecho. Ve tambien que á la diestra y á la siniestra se le iban quedando atrás sierras, montes, bosques, rios, campos y florestas, y en poco tiempo se halló en su acostumbrada rústica casilla, sin que advirtiese por qué parte, ni por dónde habia llegado á ella. Tan pen-

satiyo y absorto venia de lo que habia visto y le habia pasado, que á ningun otro objeto atendia. Sin embargo, sentia en sí un sumo horror á las pasiones desordenadas, no pudiendo olvidarse de lo que en el espejo celestial habia estudiado; mas por otra parte se consolaba al considerar que si á las dichas pasiones se les propusiese el objeto propio que les es debido, ellas servirian al alma para el bien, así como desordenadas sirven al mal. Cada vez se confirmaba mas en que no habia cosa peor ni que mas se opusiese á la felicidad que una pasion, fuese la que fuese, corriendo descaminada y sin freno; al paso que si fuesen bien gobernadas por la recta razon, á semejanza de los brutos dirigidos por el diestro cochero, todas conducirian el alma á su recto fin; y como la pasion del amor es la que tenia Miseno por la mas rebelde é indomable, las máximas de Ubaldina sobre el mejor modo de amar, y las, fueron las que mas vivamente imprimió en su mente nuestro protagonista, y se las repetia á sí mismo muchas veces.

43 En el instante que Miseno era regalado con estas luces superiores, la principal filosofía procuraba divertir y recrear á su hermano el Conde y conmovidos con la música y máximas que referimos.

## LIBRO XII.

Confuso Ibrahin con la música que habia sobre admitir ó despreciar la doctrina de Miseno.— Miseno le habla, núm. 1.— Va con el Conde á visitar á Miseno.— Miseno le dice que las pasiones hacen imposible su doctrina.— Miseno dice que un momento las pasiones son precisas en el mundo, usa estilo hiperbólico.— Miseno responde con prudencia; y le demuestra que el uso de las pasiones buenas ó malas, núm. 15.— Dice Ibrahin que es imposible sujetarlas á la razon.— Ve el Conde que un rayo de luz celestial ilustra la cabeza de Miseno, núm. 16.— Discurre sobre el origen y desórden de las pasiones.— Estado del hombre cuando fue criado, su caída y tristes consecuencias.— Convéncese Ibrahin.— Con esta ocasion prueba Miseno que hay pecado original, y concluye que las pasiones hacen la virtud mas meritoria, no imposible.

1 Muy confuso y conmovido quedó Ibrahin con la música que habia oido; y la letra mucho mas que la solfa se le habia impreso en el alma tan vivamente, que cuando se retiró á su cuarto para descansar, no hacia su imaginacion otra cosa que repetir los armoniosos acentos y las importantes sentencias que habia escuchado. Todo por un aspecto le parecia admirable; mas por otro veia en las pasio-

nes de los hombres una dificultad tal, que el sistema de Miseno le parecia imposible. Quería conciliar las máximas del entendimiento con el uso de la voluntad; su juicio vivo, agudo y pronto le ofrecia mil sistemas, y ninguno de ellos dejaba de encontrar muchos absurdos. En esta situacion se enfadó contra la nueva doctrina, perdiendo en su estimacion por ser ajena lo que por nueva hubiera merecido en su opinion; en fin se determina, y la desprecia como fabulosa. En este momento, el espíritu del engaño hallando al filósofo dispuesto, con una elocuencia suave y lisonjera le habla de este modo: Cosa extraña es que un hombre que manifiesta no haber frecuentado desde su mocedad los libros, haya descubierto antes de tí un secreto tan importante. Miseno será cuando mucho algun caballero desgraciado, y cuando mas un general descontento; sea lo que fuere, jamás habrá hecho como tú tan profundas reflexiones sobre el corazón del hombre, sobre el estado del mundo, enre las influencias de la esfera, y en fin, sobre el universo entero. ¿Hijos é cosa hay desde el centro de la tierra hasta el cielo de las esferas, que se escondan á tu comprension? Los astros siguen obediendo á la carrera que les tienes señalada. El sol y la luna parece que no se eclipsan sin consultarte primero. El mar en el Océano no surge mas cuando mas furioso se ensoberbece, ni se atreve á bajar en su serenidad, sino siguiendo las leyes que tus cálculos declaran. ¿Quién hay que como tú penetre las causas de los vientos, el origen de los rios, la naturaleza de las nubes, el curso de los cometas? ¿Será creíble que ahora un hombre criado en el remotísimo desierto de la soledad de los bosques pueda descubrir lo que tú descubriste? Sin pasiones ¿cómo puede haber alegría ni tristeza? ¿Qué diminuta y fastidiosa no ha de ser? Esto sin duda es una ridícula quimera, propia solamente para enganar ingenios femeniles ó espíritus ligeros. Á tí es á quien ha de deber el mundo el triunfo de este error, que es tan plausible, y que si no le cortan los vuelos se llevará tras sí los votos de todos. Solo tu ingenio es propio para esta empresa. No te será difícil confundir esta doctrina en sus principios, y delante de los mismos que tanto la quieren aplaudir, debes procurar aniquilarla; y esto no con arrogancia digna de una verdad triunfante, sino con la astucia de una raposa sagaz, por cuanto no deben los sábios sacar la espada de sus argumentos en forma, sino contra otros sábios iguales que tienen uso en manejarla: así el desprecio seria el mas oportuno combate; pero la política pide algun rebozo ó ficcion, y sobre todo constancia.

satiyo y absorto venia de lo que habia visto y le habia pasado, que á ningun otro objeto atendia. Sin embargo, sentia en sí un sumo horror á las pasiones desordenadas, no pudiendo olvidarse de lo que en el espejo celestial habia estudiado; mas por otra parte se consolaba al considerar que si á las dichas pasiones se les propusiese el objeto propio que les es debido, ellas servirian al alma para el bien, así como desordenadas sirven al mal. Cada vez se confirmaba mas en que no habia cosa peor ni que mas se opusiese á la felicidad que una passion, fuese la que fuese, corriendo descaminada y sin freno; al paso que si fuesen bien gobernadas por la recta razon, á semejanza de los brutos dirigidos por el diestro cochero, todas conducirian el alma á su recto fin; y como la passion del amor es la que tenia Miseno por la mas rebelde é indomable, las máximas de Ubaldina sobre el mejor modo de amar las, fueron las que mas vivamente imprimió en su mente nuestro protagonista, y se las repetia á sí mismo muchas veces.

43 En el instante que Miseno era regalado con estas luces superiores, la principal filosofía procuraba divertir y recrear á su hermano el Conde y conmovidos con la música y máximas que referimos.

## LIBRO XII.

Confuso Ibrahin con la música que oye, no sabe sobre admitir ó despreciar la doctrina de Miseno.— Miseno le habla, núm. 1.— Va con el Conde á visitar á Miseno.— Miseno le dice que las pasiones hacen imposible su doctrina.— Miseno dice que un momento las pasiones son precisas en el mundo, usa estilo hiperbólico.— Miseno responde con prudencia; y le demuestra que el uso de las pasiones buenas ó malas, núm. 15.— Dice Ibrahin que es imposible sujetarlas á la razon.— Ve el Conde que un rayo de luz celestial ilustra la cabeza de Miseno, núm. 16.— Discurre sobre el origen y desórden de las pasiones.— Estado del hombre cuando fue criado, su caída y tristes consecuencias.— Convéncese Ibrahin.— Con esta ocasion prueba Miseno que hay pecado original, y concluye que las pasiones hacen la virtud mas meritoria, no imposible.

1 Muy confuso y conmovido quedó Ibrahin con la música que habia oido; y la letra mucho mas que la solfa se le habia impreso en el alma tan vivamente, que cuando se retiró á su cuarto para descansar, no hacia su imaginacion otra cosa que repetir los armoniosos acentos y las importantes sentencias que habia escuchado. Todo por un aspecto le parecia admirable; mas por otro veia en las pasio-

nes de los hombres una dificultad tal, que el sistema de Miseno le parecia imposible. Quería conciliar las máximas del entendimiento con el uso de la voluntad; su juicio vivo, agudo y pronto le ofrecia mil sistemas, y ninguno de ellos dejaba de encontrar muchos absurdos. En esta situacion se enfadó contra la nueva doctrina, perdiendo en su estimacion por ser ajena lo que por nueva hubiera merecido en su opinion; en fin se determina, y la desprecia como fabulosa. En este momento, el espíritu del engaño hallando al filósofo dispuesto, con una elocuencia suave y lisonjera le habla de este modo: Cosa extraña es que un hombre que manifiesta no haber frecuentado desde su mocedad los libros, haya descubierto antes de tí un secreto tan importante. Miseno será cuando mucho algun caballero desgraciado, y cuando mas un general descontento; sea lo que fuere, jamás habrá hecho como tú tan profundas reflexiones sobre el corazón del hombre, sobre el estado del mundo, enre las influencias de la esfera, y en fin, sobre el universo entero. ¿Hijos é cosa hay desde el centro de la tierra hasta el cielo de las esferas, que se escondan á tu comprension? Los astros siguen obediendo á la carrera que les tienes señalada. El sol y la luna parece que no se eclipsan sin consultarte primero. El mar en el Océano no surge mas cuando mas furioso se ensoberbece, ni se atreve á bajar en su serenidad, sino siguiendo las leyes que tus cálculos declaran. ¿Quién hay que como tú penetre las causas de los vientos, el origen de los rios, la naturaleza de las nubes, el curso de los cometas? ¿Será creíble que ahora un hombre criado en el remotísimo desierto de la soledad de los bosques pueda descubrir lo que tú descubriste? Sin pasiones ¿cómo puede haber alegría ni tristeza? ¿Qué diminuta y fastidiosa no ha de ser? Esto sin duda es una ridícula quimera, propia solamente para engañar ingenios femeniles ó espíritus ligeros. Á tí es á quien ha de deber el mundo el triunfo de este error, que es tan plausible, y que si no le cortan los vuelos se llevará tras sí los votos de todos. Solo tu ingenio es propio para esta empresa. No te será difícil confundir esta doctrina en sus principios, y delante de los mismos que tanto la quieren aplaudir, debes procurar aniquilarla; y esto no con arrogancia digna de una verdad triunfante, sino con la astucia de una raposa sagaz, por cuanto no deben los sábios sacar la espada de sus argumentos en forma, sino contra otros sábios iguales que tienen uso en manejarla: así el desprecio seria el mas oportuno combate; pero la política pide algun rebozo ó ficcion, y sobre todo constancia.

2 Así hablaba á Ibrahin el *espíritu del engaño*, y el filósofo en el sosiego de la noche escuchaba con sumo gusto y embeleso sus voces encantadoras. Ya preparaba argumentos, ya dicterios graciosos, ya burlas manifiestas para cuando viese á su contrario postrado en tierra, presumiéndose victorioso antes de entrar en la batalla; mas de cuando en cuando la luz de la verdad le contenía un poco; y cual soberbio combatiente que con el caballo levantado en el aire, la lanza en la mano á plomo, va á herir y derribar á sus piés una aparente fiera, pero oyendo voz humana, y viendo una encantada belleza, queda cortado y suspenso; así le sucedió á Ibrahin esta noche. Al querer despreciar la doctrina de Miseno, le daba clamores la voz de la razón: veía como en un encanto la hermosura inocente de la verdad, y tímido no osaba tocarlo. Dábale vueltas entonces al discurso, y el espíritu del error tornaba á engañarle. Pasea de un lado á otro: vuelve y revuelve el pensamiento, y nada concluye. Confuso se sienta, y fatigado descansa la cabeza sobre la mano izquierda; ciñe con ella la arrugada frente, cierra de industria los ojos, y quiere meditar mas atento. Le dice el sueño, con quien acostumbraba andar en continua guerra, que andole así ocupado, acude á sorprenderlo. Derriba sobre sus sentidos las adormideras encantadoras, y poco á poco prende con suaves cadenas todos sus miembros, esperando señorearse del alma. Mas hallase engañado, porque en sueños se le escapa de las manos, y se va á disputar con Miseno: los sentidos reposaban embotados; mas al despertar, estudia y trabaja. Avergonzado el sueño viéndose despreciado, se retira veloz, llevando consigo todas las cadenas que ataba los sentidos; y queda Ibrahin despierto. Conoce que se adelanta, y ve que aun tardará mucho el día: cuanto mas suspira por irse adelante, tanto mas se detiene. Quéjase entonces de que pinten al tiempo con alas, porque á este decrepito viejo, decía, que anda con pasos lentos como arrastrando, mas propiamente lo debían pintar con muletas; pero al fin llega el día; y saliendo el Conde á caza, le expone Ibrahin sus dudas, y ambos resuelven ir á consultar con Miseno.

3 Decírale Ibrahin en el camino el estorbo que llevaba en las pasiones para lograr la felicidad de la vida. Por cuanto, decía, si las sacais del corazón del hombre, le quitais el origen del gusto, la fuente del placer, y la raíz de toda alegría: si las quereis contentar, os lo impedirán mil obstáculos, y os disgustarán mil tédios, desazones y contratiempos; y así nunca se podrá tener gusto cumplido y perfecto. Concordaba el Conde con Ibrahin, testificándole con su pro-

pia experiencia que no se podía intentar satisfacer las pasiones, sin tener muchas molestias y disgustos, persuadiéndose por esto que para poseer alegría perfecta, era preciso resistir y renunciar todas las pasiones y sus deleites ciegos. Uno y otro ignoraban la doctrina celeste, que sobre este punto habia recibido Miseno.

4 Rióse Ibrahin entonces, y á manera de un gran mastin que no quiere entrar en contienda con un perrito faldero, y solo con un simple desprecio, en el modo de mirar con gesto sañudo, se digna responderle; así se portó el filósofo con el Conde. Mas creyendo que no era decente á un sábio hablar sin algun discurso seguido y razones bien ponderadas, se explicó así:

5 Sabed, señor, que la voz de la naturaleza es la voz de Dios, quien por sus obras nos habla. Consultad, pues, á las criaturas, y hallaréis que solo tienen su tal cual alegría, cuando se hallan satisfechas sus inclinaciones. Corre la fuente hácia el mar, la aguja busca el iman, la piedra el centro, la llama sus hijos, y hasta que cada una llega donde desea, no se quieta, y sear de quedar contenta. Por la misma razón desean los ojos la vista, los oídos la música, el olfato los olores, el paladar lo suave de los manjares: y ¿quién podrá alegrarlos, sin darles lo que piden? ¿Cómo, pues, Conde, quereis un corazón alegre, sin que se contenten ni satisfagan sus pasiones?

6 No haya pasiones, dice el Conde, y entonces sin el menor disgusto habrá perfecta alegría. Si el complacer las pasiones es imposible, si entretenerlas muy difícil y penoso; para no padecer los disgustos y evitar la pena de luchar contra imposibilidades, ¿cómo morir las pasiones, y la razón pura será entonces el origen de nuestra alegría. Yo sé que la puede haber en esta vida, y aun la veo en ese héroe que vamos á consultar; y no pudiendo conciliarla con las pasiones, será preciso destruirlas y triunfar primero de ellas para ser verdaderamente dichosos.

7 ¿Qué engañado estais, señor! le respondió Ibrahin con aire de compasión; bien mostrais que vuestros años y viajes no os han permitido reflexionar sobre el interno mecanismo del mundo. Si quitais del hombre las pasiones, arrancais de raíz toda su alegría y contento. Lo mismo sería desterrar las pasiones del mundo, que arrancarle á este cuerpo universal el alma que lo vivifica y mueve, y reducirlo á un cadáver pesado, inmóvil y corrompido. En esta gran

<sup>1</sup> Este discurso que se sigue es la falsa doctrina de los impíos, á que después se responde.

máquina del hombre, las pasiones son como el muelle real, que le da todo el movimiento : quitadlas por un solo instante, y todo parará de repente. Sin *ambicion*, sin *interés*, sin *vanidad*, sin *amor de gloria*, ¿qué puede haber en este mundo? Quitad el *odio* y la  *venganza*, quitad la *emulacion* y la *preferencia*, quitad las ocultas intrigas del amor ; ¿y qué es lo que entonces queda en la tierra? Una sordida ociosidad se derramará por todas partes. El corazon frio, entorpecido y como pasmado se hallará sin movimiento, y entrará en una casi irremediable gangrena, que lo hará incapaz de todo sentimiento, y por consiguiente insensible á toda pena, y aun al mas excesivo gusto. ¿Quereis una comparacion bien clara? Cotejad ese lago que la inundacion pasada dejó en esos valles, comparadlo con el mar agitado, ya sea el mar Negro vecino, ya el Océano distante, y veréis en él una viva imagen de las pasiones del hombre. ¡ Ved con qué orgullo se levanta contra los peñascos, y ataca sin miedo su incontrastable firmeza! ¡ Cómo porfiado los combate sin desistir de la empresa! ¡ Cómo se agita y lo amolina todo! Qué ruido, qué bulla, qué tumulto entre las ondas! Unas saltan por encima de las otras : no hay razon ni órden entre ellas, ni hay ley, ni gobierno : todas andan á cual mas puede : las que quedan vencidas pasan disimuladas por debajo de las vencedoras, para volver de nuevo á asaltarlas y sorprenderlas. Ahora, ¿qué imagen mas viva quereis del disimulo, del fingimiento, de la inconstancia y pasiones de los humanos?

8 Ved ahora un charco inmundo, donde el agua sin movimiento camina á la imbecion y contagio de los lugares vecinos. Todo es agua, y la imbecion como en el corazon del hombre, solo consiste en estar inmundo. Ved cuál os agrada mas, y despues id á quitar las pasiones del mundo para conseguir esa imaginaria y loca alegría, cosa que solo os la puede persuadir quien jamás estudió profundamente en el corazon del hombre.

9 El Conde, como soldado bisoño, no sabia desembarazarse del estrecho en que Ibrahin lo ponía. No queria convenir en su pensamiento, pero tampoco sabia defenderse de él ; é Ibrahin era como la araña maliciosa, que luego que siente enredada en su tela á la descuidada mosca, salta sobre ella multiplicando hilos sobre hilos, y aunque ténues y delgados, la enreda de tal forma, que la deja inmóvil ; así, pues, hizo Ibrahin con el Conde, embelesándole con mil chistes y dichos, con ironías y preguntas enfáticas, y siempre burlándose de la doctrina de Miseno. El Conde se afligia ; mas Ibrahin triunfaba. En esto arribaron al puente, y el Conde señalando

hácia el viejo que venia de léjos, le dice : Allí teneis quien os dará la respuesta : verémos cómo os desenredais de sus argumentos.

10 Vino Miseno á saludarlos con su acostumbrada urbanidad ; y despues que le dieron parte del suceso infeliz que habian tenido á la retirada de su última visita, dieron principio á la importante conferencia, diciendo Ibrahin de esta manera :

11 *Yo soy enteramente libre, mi entendimiento es soberano absoluto*, que á ninguno de Dios abajo rinde vasallaje ; mas con todo dobla la rodilla á la verdad. Ella para conmigo es como una gentil dama que tiene la gracia de ganar los afectos de su monarca, y sin deslustrar su corona, ni tocar ligeramente su cetro, sabe inclinarlo, rendirlo y cautivarlo del todo. Así hace en mí la verdad <sup>1</sup>. Con ella un niño tiene fuerza para rendirme ; sin ella, ni la autoridad, ni la sabiduría, ni los años son capaces de convencerme ; y lo que es mas, ni mis propios pensamientos, hijos de mi talento, encuentran en mí el afecto de padre, si llevo á conocer que no son hijos de la verdad, esposa única á quien mi entendimiento adora. Sean ellos enhorabuena parto de mi ingenio, hayan recibido de mí el ser y la vida que gozan en el mundo, si no fueren hijos legítimos de la verdad, nada les vale ; porque arrojándolos en tierra, con las paternas manos los sofoco, y debajo de mis propios piés les hago exhalar la vida, que engañado les habia dado. De este modo mis propios errores, que vivos eran enemigos de la verdad, muertos vienen á servir de víctimas á su sacrificio, y de trofeo á su victoria. Tal es mi carácter, tal debe ser el de todo hombre de bien, y tal por fuerza ha de ser tambien el vuestro. He tenido estos dias el gusto de vuestra doctrina : parecióme al principio que era la verdad, y quando iba ya á doblarle la rodilla y abrazarla, quando felizmente reparé y ví que no era lo que parecia. He reflexionado mas, y hallo tales dificultades, que temo sea un error. Por eso vengo ahora á consultarlo con vos ; y estoy bien cierto de que como hombre racional no os desdeñaréis rendiros á mis razones, así como yo tampoco lo haré, si las vuestras fuesen victorias.

12 En la hinchazon del estilo, y en lo estudiado de las frases conoció fácilmente Miseno el modo de pensar de Ibrahin, su genio, su inteligencia, su carácter, y respondiéndole con urbanidad le dice : Como hombre estoy sujeto á errores, y cuantos voy conociendo

<sup>1</sup> Con apariencia de amante de la verdad, habla aquí Ibrahin como filósofo libertino, conformándose con la libertad de discurrir de los *paganos*, apoyada de *Newton* y *Voltaire*. (P. Ceball. tom. 1).



en mí, otros tantos voy detestando sinceramente. Mas los ojos del alma son como los del cuerpo, que no se pueden ver á sí mismos. Por tanto, para conocer cada uno sus defectos, necesita tener de la parte de afuera un espejo fiel que se los represente como ajenos, y por eso vos me hariais el mayor favor si me los descubriérais, y si me librárais de mis yerros. Os doy mi mano; y mi mano y mi palabra que no perturbaré vuestros discursos, que os escucharé atento, y que no seré incorregible.

13 Animado Ibrahin con este prelude, creia que ya habia triunfado; y habló en estos términos: Vuestro sistema, le dice, es una gentil quimera, hermosa en la apariencia de la teórica, pero del todo imposible en la práctica. El hombre nació con pasiones, con ellas vive, y con ellas ha de morir. Si las resistes, ¿qué alegría puede tener con tal violencia? Y si procura satisfacerlas, ¿á cuán pocos tocará esta fortuna, siendo siempre los deseos mayores que las fuerzas? *Feliz seria el que de la naturaleza ó de la fortuna heredase caudales con que pudiese saciar todas las pasiones*, porque en efecto viviria alegre, satisfecho y contento, y seria el fénix de la fortuna. Pero disponed vos el medio seguro de que ella vuele siempre en socorro de cualquiera que la llame, y entonces os concederé que tiene cada uno en su mano con que poder ser feliz. Mientras Ibrahin hablaba manifestaba el Conde en el semblante y gesto, deseo y grande impaciencia de hablar sobre el punto; y advirtiéndolo Miseno, apenas calló el filósofo, le suplicó al Conde que dijese lo que juzgaba, á lo que satisfizo de este modo:

14 Si el cuerpo lleno de balas y heridas tiene particular derecho para hablar de batallas, creo que ninguno le tiene mayor que yo para discurrir sobre las pasiones, pues que ellas han reducido mi corazón al estado mas deplorable. Yo las comparo á las fieras indómitas, habitadoras de las breñas; porque si por desgracia cae en sus garras alguno <sup>1</sup>, *bien se defienda valeroso ó se deje caer desfallecido*, siempre quedará hecho pedazos. Así son las pasiones. Dios para castigo de los mortales dejó salir de los abismos esos monstruos, que deberían estar allá bajo perpétuamente cerrados, si es que la verdadera alegría se ha de llegar á establecer en este mundo, porque á la verdad no tiene otros contrarios mas ter-

<sup>1</sup> Aunque á las pasiones, despues del pecado de Adán, se les ha juntado en pena la *concupiscencia*, que tanto inclina al mal, sin embargo no son *tan fieras*, que puedan dañar al que con la gracia se defiende valeroso, antes bien este saldrá coronado. (V. *Conc. Trident.* sess. 5, 5).

ribles. El corazón es la burla de las pasiones, porque si le hacen señas con algun placer que lo enamora y atrae, corre á él á carrera tendida; mas lo mismo es ir á tocarlo, que clavarle las pasiones una lanza hasta lo mas vivo del alma, y así lo dejan, ó muy afligido, ó muerto. Yo, Ibrahin, seguí mis pasiones, y tú siempre con qué satisfacerlas; porque jamás me negó la fortuna su socorro; pero siempre viví triste; triste, y casi desesperado, porque en la misma satisfaccion de mis pasiones encontraba un veneno mortífero. Dicho esto, refirió á Miseno las razones que Ibrahin le habia opuesto en el camino, exponiéndole tambien las suyas; pero con tal afluencia y tal fuego, que Miseno estaba pasmado, é Ibrahin no lo conocia acordándose de haberle visto mudo y confuso, con sus argumentos, cuando venian por el camino.

15 Semejante al cachorrillo delicado que viéndose solo y acometido de un sañudo mastin, va huyendo medroso, arrastrando su felpuda cola, sin atreverse á abrir la boca; pero luego que se ve refugiado en los brazos de la dama que le acaricia, grita, ladra é insulta á su mismo enemigo; así el Conde al lado de Miseno.

16 Este, despues que le oyó con sumo gusto, dijo á Ibrahin de esta suerte: Es propio de los viejos ir siempre en pos de los otros; y como ya los dos habeis dicho primero vuestro parecer, debo tambien ahora en el fin dar mi dictámen para que podais elegir el que mas os guste. Pero debo advertir antes de darlo, que hasta aquí solo he probado que la verdadera alegría era posible, y cuáles son los medios por donde nuestro entendimiento debe conducirnos á ella; mas ni una sola palabra he dicho de lo toca á las pasiones y á la voluntad. En este punto vió el Conde como un rayo de luz mas clara que la del sol, atravesando por entre las nubes, iluminaba la cabeza de Miseno, y sin darse por entendido observa lo que él decia. Dos peñascos fuertes <sup>1</sup>, uno despues de otro, decia Miseno, nos ocultan este precioso tesoro de la alegría, y quebrantando el primero, aun resta allanar el segundo; porque vencidos los yerros *del entendimiento*, aun quedan por vencer los *desórdenes de la voluntad*, para poder gozar de la alegría completa, que es la que ambos obstáculos impiden. Mas para que no trabajemos en vano, decidme, Ibrahin, ¿qué es lo que entendeis vos por pasiones?

17 Por *pasión*, respondió el filósofo, *entiendo yo aquella inclinación que sentimos hácia una cosa, antes que el entendimiento nos persuada que debemos buscarla.*

<sup>1</sup> Estos dos peñascos son el *error* y la *malicia*, dos enfermedades que contraemos con el pecado original. (S. Thom. tom. 2, 1, 83).

18 Justa es, dice Miseno, vuestra idea: esa es la misma que yo tengo. Ya veo que en esto concordamos todos tres; pero también veo que discordais los dos en su origen y en su utilidad. Ibrahin las supone necesarias y venidas del cielo; vos, Conde, las teneis por muy perniciosas y salidas de los infiernos. Uno las estima como primer móvil del mundo, y otro las detesta como origen de todos sus desórdenes. Ahora entre pareceres tan contrarios, hay licencia para que yo diga el mío, el cual le explicaré despacio, porque no quiero tropezar corriendo en camino escabroso, y este lo es bastantemente.

19 Para que esta gran máquina del mundo hiciese los efectos que había ideado el Artífice supremo, eran en ella indispensablemente precisas dos cosas: una que le diese el movimiento, otra que según reglas lo moderase. Las *pasiones*, como vos, Ibrahin, habeis dicho, son el muelle real y primer móvil del mundo. Ellas son las que dan el movimiento á todo; mas la *razon* es quien las ha de gobernar por las leyes, como es justo. Si alguno quisiere quitar del mundo las pasiones, dejaria un reloj <sup>sin</sup> muelle ó pesas, un cadáver sin alma, un cuerpo sin movimiento. Mas también si dejáramos á un lado la *razon*, todo sería ruina, todo desórden, todo horror.

20 Quitad de cualquier máquina el *moderador* <sup>1</sup> ó *péndola*, que es lo que contiene el impetu de los movimientos, y en pocos minutos se desconcierta todo. Las ruedas que eran proporcionadas al movimiento templado, no lo serán al impetuoso; cuando las pesas se precipitan á rueda suelta, todo va por los aires. Unas piezas estorbaban á otras, y las que se hacían jugar forzadas, estas se tuercen; otras saltan de los ejes, y se hacen pedazos; y con poco crédito del autor se ve su obra inevitable reducida á lastimosos fragmentos.

21 Las *pasiones*, como bien dijisteis, hijo mío, son fieras. Vos y yo conocemos por experiencia propia que no las hay más horribles, si una vez llegan á romper el freno de la *razon*; pero subyugadas con él, son como los brutos, de que nos servimos ó para los triunfos, ó para la labor, ó para los mas importantes empeños <sup>2</sup>.

<sup>1</sup> En los relojes el *peso* ó *muelle* real es el *motor* ó agente, que mueve todas las ruedas, y la *péndola* es el *moderador* que impide que el movimiento sea precipitado, y de aquí es que según la *péndola* se acorta ó se alarga el movimiento del reloj es mas tarde ó mas apresurado; y de que los movimientos alternativos de la *péndola* sean siempre iguales, depende que el movimiento del reloj sea siempre constante.

<sup>2</sup> Las *pasiones* desatadas son *fieras*; sujetas á la *razon*, útiles á la virtud. (S. August. de Sp. et An. cap. 1).

¿Qué sería de nosotros, si no las hubiese? Mas también, ¿qué sería si no las sujetase el freno de la *razon*? Ellas desenfrenadas, ó con freno, siempre son las mismas pasiones; pero no son lo mismo. ¿Qué comparación tiene un toro trabajando bajo el yugo á paso lento, y tirando del arado, con el mismo toro impetuoso y suelto, que parece un león desesperado, que arañando la tierra atruena los aires, embiste, derriba, hiere, estropea y mata? Pues así son las pasiones.

22 Admirado quedó el Conde viendo como conciliaba Miseno tan opuestos pareceres, y con pasmo suyo conocía que la misma doctrina propuesta por Miseno le ilustraba, y como la explicaba Ibrahin le llenaba de horror: semejante á la luna cuando está entre el sol y la tierra, que por la parte del sol está clara y bellísima, y por la parte de la tierra se ve oscura y fea, siendo con todo la misma. Confesó, en fin, estar satisfecho del todo. Miseno entonces le dice:

23 ¡Ah, hijo mío! *gobernad por la razon vuestras pasiones, y ninguno podrá impedirlos el ser sumamente dichoso*. Grabad en el corazón esta máxima, y no caáis en el vuestra felicidad. La *razon*, que el Ser supremo os dió para vuestro gobierno, es una participacion de su *razon eterna*, y así el guiaros por la *razon*, es dejaros guiar del mismo Dios <sup>1</sup>.

24 Buen consejo le dais, dijo Ibrahin sonriéndose, si él fuese practicable; mas ¿quién puede poner freno á sus pasiones y gobernarlas por la *razon*, si á pesar de nuestros esfuerzos las pasiones nos arrastran, y el pobre corazón es el escarnio de ellas, andando en continuos vuelcos como una ligera barca en medio de un mar alborotado? Decidme, ¿de qué sirve al piloto querer llevar á buen puerto su viaje, si los vientos, los mares y los temporales hacen imposible su intento? Figuraos, como yo me ví saliendo de Chipre, figuraos, digo, en una tormenta desesperada, cuando el navío sacudido de las olas salta como si fuera pelota, y de los mástiles unos se doblan y gimen, otros rechinan y se quiebran. Cuando el timon se arranca, las velas se rompen, la bomba se desconcierta, los relámpagos ciegan, los truenos atemorizan, los rayos asombran, y hasta la aguja pierde su gobierno. En este conflicto, decid al piloto que siga su derrota derecha. Si el navío casi se despedaza, si los mares, ahora le tragan, ahora le vomitan: si aquí se hunde, allá aparece: si el cielo se confunde con la tierra, el día con la noche, las nubes con las olas, ¿qué ha de hacer el

<sup>1</sup> La *razon* corrige los errores de los *sentidos*, la fe los desaciertos de la *razon*; cuando la *razon* habla callen los *sentidos*; cuando habla la fe calle la *razon*; y así todo irá bien. (*Pensamientos teológicos*).

pobre piloto? Todo está negro, todo oscuro, ninguno se entiende, todo es alaridos, todo clamores, todos andan luchando con los vientos, con los mares, con la muerte. Ahora decidle al piloto, que muy sosegado y tranquilo con el compás en la mano examine la carta, tire sus líneas, haga sus triángulos y que trace el rumbo. ¿No sería esto inútil? Pues no lo es menos el consejo que vos le dais al Conde. Si poneis, pues, la felicidad en el gobierno de las pasiones, y no, como yo digo, en la entera satisfaccion de ellas, bien podemos perder la esperanza de ser jamás felices.

25 Todo este discurso agradó mucho al Conde, excepto la última cláusula, que no le sonaba bien; pero dejó la exacta discusion de este punto á Miseno, quien con modo urbano les dice á los dos: Para discurrir bien sobre esta materia es preciso tomar las cosas desde su raíz, y examinar como las pasiones que al principio obedecian rendidas á la razon, vinieron despues á triunfar de ella; en órden á ver si en los fueros de nuestra libertad todavia se halla fuerza competente para que la *razon*, ayudada de la *gracia* humana suprema, pueda sujetar de nuevo á las pasiones rebeldes. Ahora, mis caros amigos, si tanta metafisica no os fastidia, yo tendré mucho gusto de explicaros mi pensamiento.

26 Á un filósofo de profesion, respondió Ibrahin, no puede dársele mayor placer que el de un discurso sério sobre materia tan importante. Esto supuesto, habló Miseno así:

27 Cuando el Omnipotente ideó la formacion del hombre, su intento fue hacerle una imágen suya<sup>1</sup>. Infundióle una alma<sup>2</sup>, que es como una parte de su divinidad, y comenzó á poner en ella su posible semejanza á Dios, es la *razon eterna*, y nos dió la luz de la *razon*<sup>3</sup>, pequeño es el cuerpo, pero fiel, en quien reverberan con modo particular los rayos del entendimiento divino. Todo lo que Dios aprueba, lo aprueba nuestra razon, y ella tambien detesta todo lo que Dios detesta; y aunque ya en solo esto se parecia mucho el retrato á su original, con todo, otro retoque aumentó mucho mas la similitud.

28 Es Dios señor absoluto, y quiso que tambien lo fuese el hombre<sup>4</sup>. Para esto le entregó todo el universo en peso, todo se lo puso

<sup>1</sup> Lo hizo á su imágen y semejanza. (*Gen.* 1, 26).

<sup>2</sup> *Ibid.* II, 7.

<sup>3</sup> Semejante el hombre á Dios por la mente intelectual. (*S. August. lib. 6 in Gen.*).

<sup>4</sup> Semejante á Dios en el imperio sobre las criaturas que hizo por él. (*S. J. Chryst. hom. 10 in Gen.*).

bajo de sus piés<sup>4</sup>. Ved cuán alto fue el pedestal en que quiso colocar esta su estatua. Pónele el cetro en la mano, y manda que en todo el universo rinda vasallaje al hombre todo cuanto á Dios obedece. De su propio seno sacó la joya preciosísima de la libertad, con que le adornó y distinguió del resto de las demás cosas que habia criado en este mundo visible<sup>5</sup>. Con esto le dió una plena autoridad sobre sus pasiones, deseos y apetitos; de modo, que todo lo podia gobernar sin trabajo, para lo que tambien le infundió ciencia de todas las cosas naturales, y lo adornó de todas las virtudes<sup>6</sup>. Ved cuán propio era de Dios este retrato.

29 Mas la *razon eterna* pedia que el hombre, como criatura de Dios, le quedase siempre sujeto; ni podia Dios sin ofender la *razon* dispensarle de este vasallaje; pero ved con qué nobleza, con qué hidalguía le trata. Pónele un levisimo precepto<sup>7</sup>, en el cual no tenia Dios el menor interés; pero que era preciso para que el hombre reconociese la superioridad divina. Pónele, digo, el precepto, pero no le hace la menor injuria ni violencia: nada quiere que le oprima; dale sencillamente á conocer su obligacion, y con eso se satisface dejándole del todo libre, sin tocarle ni aun levemente en los fueros de su albedrío. Quiere que el hombre le obedezca, eso sí; pero quiere que lo haga, si él quiere hacerlo, y que ninguno le constriña: para que de este modo el hombre conserve su nobleza y privilegios, obrando porque quiere; y Dios pueda tomar ocasion del mérito de esta obediencia voluntaria y libre para remunerarlo, y dejar caer sobre él el torrente de su infinita bondad, que no tendria lugar, si la obediencia del hombre fuese forzosa.

30 ¡Oh qué noble es esta idea de Dios! ¡qué grande es de alabanza para el Criador! ¡qué honrosa para el hombre! He aquí el señor de su feliz suerte, poniéndosela como en la mano, en la libertad con que podia adquirirla. Ved qué obra tan admirable es el hombre, en el estado en que Dios lo formó. No puede haber, dice el Conde, una mejor imágen de Dios, porque á no ser Dios, yo no sé qué cosa puede haber que mas se parezca á esa grandeza infinita.

31 En efecto, continúa Miseno, vióse el hombre señor absoluto. La tierra, el mar, los vientos, las aves, todo lo gobierna<sup>8</sup>. Con

<sup>1</sup> *Omnia subiecisti sub pedibus ejus.* (Psalm. VII, 8).

<sup>2</sup> Semejante en tener voluntad libre. (*S. Hieron. epist. 4, 156*).

<sup>3</sup> *S. Thom.* 1 p. q. 94; *S. Amb. de Bono more*, cap. 5.

<sup>4</sup> *Del árbol de la ciencia del bien y del mal no comas.* (*Gen.* II, 17).

<sup>5</sup> *Et praesit piscibus maris, et volatilibus coeli, etc.* (*Gen.* I, 26).

una simple insinuacion todo le viene á sus piés : extiende sencillamente el cetro, y todo le dobla la rodilla : sus mismas pasiones le están sujetas, las domina, no se atreven á resistirle <sup>1</sup>; y solo desea lo que quiere desear; de forma que en él la *razon* es quien gobierna los movimientos del alma, que ahora los ejercita ó los reprime, ó los muda segun es mas justo y decente. Mirase rey soberano, y señor de todo lo criado por la Omnipotencia en este mundo visible; y lo que es mas, señor de sí mismo.

32 Tal era el hombre cuando salió de las manos soberanas que le formaron. Por la misma *razon eterna*, por la cual Dios se conducía, por esa se gobernaba el hombre; y así con una admirable armonía y consonancia él obraba lo que Dios queria, y Dios hacia lo que el hombre deseaba. Por este modo la propia felicidad eterna, en que vive el Omnipotente, se comunicaba aun en cierta manera imperfecta á esta su criatura; y el hombre nadando en la completa satisfaccion de todos sus deseos, redundaba en un gozo inocente, suavísimo é interior. Las pasiones le movian sin ruido, y el alma gobernaba sin trabajo; pero duró poco este estado feliz.

33 ¿Y cómo, dice el Conde, cómo pudimos nosotros perder tan gran dicha? Nuestra misma grandeza, le respondió Miseno, fue nuestra ruina. Colocado el hombre en tan superior altura, miró hácia todas partes y vió que nada se le asemejaba : mirase á sí, y se ve un casi Dios. Los cielos, la tierra, los elementos, todos son como otros tantos atributos que adornan su peana. Extiende la mano de su libertad, y halla enteramente suelta. Ve que nada le impide, y que si quisiera no hacer caso alguno del precepto que se le impuso; y en el ímpetu de su altivez y amor de su propia libertad, dice: *No quiero*. Dice esto, y en el mismo punto quedó perdido. Hallábase en tanta altura, se le desvaneció la cabeza, turbósele la vista, perdió el tino, y cayó precipitado.

34 En el mismo momento en que el hombre se rebeló contra Dios, todo se rebeló contra el hombre. Dios le arranca de las manos el cetro que le había dado, y todas las criaturas sensibles é insensibles que le obedecian sin repugnancia, rompen las cadenas de la obediencia con que le estaban sujetas, y todas se burlan del hombre, todas le persiguen, todas le castigan <sup>2</sup>, y por este medio, ese mismo

<sup>1</sup> *Sed sub te erit appetitus ejus, et tu dominaberis illius.* (Gen. iv, 7).

<sup>2</sup> Es doctrina del concilio Milevitan. cap. 1, *Arausicano*, 21, can. 1, y de san Gregorio y san Agustín, que hacen una elegante descripción de los bienes que perdimos en el paraíso, y de los males que nos acarreó el pecado.

que poco antes lo dominaba todo, ahora ni aun es señor de sí mismo. Su corazón se rebela contra el alma, sus apetitos le tiranizan, sus deseos le arrastran, su malicia le ciega <sup>1</sup>; y la pobre alma, siendo un rayo de la Divinidad, es ahora el ludibrio de su cuerpo, del cuerpo que antiguamente era su visirre esclavo. De este modo, esta obra perfectísima de Dios vino á quedar arruinada del todo por el pecado de Adán, de forma que al principio la *razon* era señora de las pasiones, y el hombre felicísimo por su estado; despues vinieron las pasiones juntas con la concupiscencia á ser nuestras tiranas <sup>2</sup>, y eso es lo que nos dificulta hacernos felices. Con todo, aunque ellas hicieron difícil este estado, no le hicieron imposible <sup>3</sup>.

35 ¡Gracias á Dios, le dice Ibrahin, que hallé lo que muchos años antes habia inútilmente buscado! Ahora sí que mi entendimiento con un simple vuelo ha descubierto lo que nunca habia visto. Jamás habia podido concordar la suma perfeccion del Ser supremo con la imperfeccion de su mejor obra. Todo lo que Dios hizo fuera del hombre, es perfectísimo en su género. Los mas viles insectos, las flores mas despreciadas, cada cual una obra tan acabada, tan sublime, tan admirable, tan incomprendible para quien las considera atento, que solo un Ser infinito pudiera haberlas formado. Ni todos los filósofos juntos podrán decir jamás cosa que satisfaga, si quieren explicar cómo en cada fruta, flor ó insecto se forma la simiente y principio de otros cuerpos orgánicos, que puedan formar y forman sucesivamente semejantes é interminables maravillas. ¡Qué astucia no se ve en los castores! ¡qué gobierno en las abejas! ¡qué geometría en las arañas! ¡qué artificio en los gusanos! ¡qué sagacidad en las hormigas! ¡qué lealtad en los perros! ¡qué nobleza en los elefantes! ¡qué brio en los caballos! Y todo obra de un mecanismo que la mano suprema formó, sin que allí haya espíritu inteligente que guie acciones tan portentosas. Todo me transporta.

36 Mas si vuelvo á considerar al hombre, que es el primor de las obras divinas <sup>4</sup>, veo en él tantas imperfecciones y defectos, tanta enfermedad y desorden, que bien se puede decir que es al mismo tiempo el hombre epilogo de las perfecciones divinas y compendio de to-

<sup>1</sup> S. Thom. 1, 2, q. 85, à 3.

<sup>2</sup> *Video aliam legem in membris meis, repugnantem legi mentis, et captivantem me.* (Rom. vii, 23).

<sup>3</sup> La gracia del Bautismo le hizo fácil, pues esta, como de sí dice san Gregorio Nazianceno, orac. 40, de viejo nuevo, y de humano me hizo divino.

<sup>4</sup> De todas las cosas maravillosas que hizo Dios por el hombre, el mayor milagro es el hombre mismo. (S. August. lib. 9 de Civ. Dei, cap. 13).

dos los defectos contrarios á esas mismas perfecciones. Tiene el hombre, á semejanza de Dios, la *inteligencia* para levantarse hasta la contemplacion de la Divinidad; pero al mismo tiempo es el centro de la *ignorancia*. Amamos el bien como Dios; pero todos nos *inclinamos al mal*. La virtud nos agrada, pero abrazamos el vicio. Ninguno es tan malvado que no guste de la verdad; mas ¿quién hay que no caiga en la mentira? Queremos el bien, que ninguno nos impide; pero obramos el mal, al que nadie nos obliga. Somos libres como Dios, y señores de nuestras acciones; pero en cierto modo somos como los esclavos arrastrados para hacer lo que no querríamos<sup>1</sup>. Tales defectos se ven en los hombres, que en ningun tiempo se encontraron en los brutos. ¿Cuándo se vieron fieras que despedazasen á sus semejantes? ¿Y cuántos millares de hombres perecen todos los dias á manos de otros hombres? Mas ahora ya lo entiendo todo, y todo lo puedo concordar. Las perfecciones de esta obra salieron de su autor, y las imperfecciones de quien le causó la ruina. Fuese quien fuese, que mi religion de Mahoma se diferencia mucho de la vuestra.

37 Ese vuestro discurso, dice Miseno, es una prueba innegable del pecado original, y de que no se halla el hombre como salió de las manos divinas que le formaron. Somos como un reloj de oro<sup>2</sup>, guarnecido de piedras preciosísimas, hecho por la mano del mejor artífice que conocieron los siglos; mas cayó el reloj en el suelo, y quedó desconcertado. Nosotros por la preciosidad de la materia, y por la delicadeza de la obra, conocemos el empeño con que le formó su autor. El nombre de él, la sabiduría de su mecanismo; mas por el desorden de los movimientos conjeturamos la caída y la ruina. Ninguno, pues, puede negar esta caída, viendo tan grande contradiccion entre las perfecciones y defectos del hombre; luego necesariamente debeis creer la doctrina que os he explicado, y es nuestro dogma: de otro modo os veréis obligado á concordar las mas irreconciliables contradicciones.

38 Sea como fuere, dijo Ibrahin, yo insisto en la misma dificultad que os propuse; ¿y de qué le sirve al Conde querer gobernar sus pasiones por la *razon*, si ellas le han de arrastrar por fuerza?

<sup>1</sup> *Non quod volo bonum hoc facio, sed quod nolo malum hoc ago, etc.* (S. Paul. Rom. vii, 19).

<sup>2</sup> El autor sabia muy bien que el primer reloj de faltriquera se inventó algunos años despues; pero se dispensó en este leve *anacronismo* con el ejemplo de otros grandes poetas, atendiendo á la propiedad de la comparacion en punto tan esencial.

39 Ahora, dice Miseno, podré explicar la respuesta. Si las pasiones despues de nuestra ruina hacen difícil el gobierno de la *razon*, no por eso lo hacen imposible. La *libertad* quedó herida, mas no quedó muerta<sup>1</sup>. No podemos obrar el bien con la facilidad que al principio podíamos; pero podemos. El alma experimenta *rebeliones civiles*<sup>2</sup>, mas aun está en el trono; y si voluntariamente no se rinde, ó por floja ó por cansada, ninguno puede echarla cadenas ni prenderla. Yo no hablo de los primeros movimientos que hacemos sin reflexion alguna: hablo solo de lo que cada uno hace sabiendo bien lo que hace; y en estos términos digo, que quien consulta su experiencia, conoce que cuando las pasiones, segun la frase comun, nos arrastran, siempre es porque flojamente nos dejamos llevar de ellas: por quanto si la voluntad absolutamente no quiere, *ninguno tiene fuerza para obligarla*<sup>3</sup>. Ponga cada uno la mano en su seno, tome bien el pulso á los movimientos de su voluntad, y conocerá que no hay fuerza criada que la obligue á que quiera hacer lo que ella positivamente no quiere. Quien reflexionare en sí mismo, allí se verá bien retratado; porque nosotros á pesar de toda la fiera de nuestras pasiones, sentimos que si absolutamente quisiéremos, podemos muy bien ó resistirlas ú obedecerlas<sup>4</sup>.

40 Ibrahin manifestaba no estar muy contento de la doctrina que se trataba, y con un aire de desprecio en lo exterior, mas interiormente confundido, queria dar á entender con un silencio afectado que le ocurría mucho que replicar; pero no eran dignos de las sutilezas de sus reflexiones oidos poco acostumbrados á estudios sublimes. Sin embargo, iba á decir algo, cuando una voz le interrumpió los discursos.

<sup>1</sup> El libre albedrio no quedó extinguido por el pecado original, aunque sí debilitadas sus fuerzas, é inclinadas al mal. (*El Conc. Trident. ses. 6, cap. 1.*)

<sup>2</sup> Ó *voluntades rebeldes*, como las llama la Iglesia en una coleccion.

<sup>3</sup> Dios constituyó nuestro libre albedrio libre de toda fuerza. (*S. Nisen. orat. 3.*)

<sup>4</sup> *Anima cognoscens liberum sui arbitrium, videt se posse uti corporis partibus ad utraque, ad bona et ad mala.* (S. Ant. Or. ad Gent.). *In virtutem dico, vel vitium.* (S. Cyp. ep. 53).

## LIBRO XIII.

Sofía sorprende á los tres amigos con una comida de campo.—Descripción del sitio.—Impugna Ibrahin los fueros de la libertad, y dice que las pasiones la destruyen.—Responde la Princesa á Ibrahin con ironía.—Prueba Miseno al Mahometano que aun entre las pasiones hay libertad.—Alega el Filósofo en su apoyo hechos de los malos príncipes de Polonia.—Satisface Miseno con el arrepentimiento de los mismos.—La furia del error toma la figura horrible de un pájaro negro monstruoso, rodea este por dos veces á Ibrahin y al Conde, y se precipita en el valle.—La Princesa y el Conde se asustan.—Ibrahin se burla, y Miseno se mantiene sosegado, núm. 28.—Ibrahin juzga que nos estaria mejor carecer de libertad.—Respóndele Miseno irónicamente.—Declara tambien como ayuda Dios á nuestra libertad, y lo prueba con la historia de Polonia.—Concuerda nuestra libertad con las pasiones y el mérito.

1 Habia advertido la Princesa la aspillera de Ibrahin y del Conde, y sospechando su destino, preparó una comida campestre en cuatro azafates de delicados mimbres, los cuales cubiertos con toallas finisimas, y sembrados de florecillas, mandó llevarlos á Miseno para regalar á sus huéspedes. Adelantóse ella pocos pasos á las criadas que los llevaban, y los encontró á los tres muy descuidados: con su gracia acostumbrada los increpa de la infidelidad que cometian trabajando á escondidas en el descubrimiento de un tesoro, y á los tres dejó embobados con la disculpa; porque tenia tal arte de reconvenir, por un gracejo y con viveza, que sin dar lugar á la respuesta, le dábalo unos golpes sobre otros, obligaba á una confesión muda del crimen; mas en fin, remitiéndolo todo al tribunal de la clemencia, les ofreció el perdon, con tal que le diesen parte de todo lo que hubiesen descubierto.

2 Convino en esto el Conde, y resumió todo lo que habia pasado en la conversacion, mientras Miseno destinaba á las criadas sitio competente para disponer la mesa; sitio tal, que parecia que la naturaleza muchos tiempos antes se habia esmerado en prepararlo. Tres robles antiguos muy altos y copados, entrelazando sus ramas, hacian una sombra muy espaciosa por la parte del Mediodía, que servia de obstáculo á los rayos del sol, que en la fuerza del estío podia incomodarles; y por la del Norte tenia la puerta abierta el blando y liсонjero céfiro para refrescar el paraje. Al mismo tiempo por entre los troncos separados salian con desahogo los ojos á pasearse por las ame-

nas y delicadas campiñas, donde los bosques y frutales interpuestos entre los campos y pedregales con rústica geometría y distribución campesina, componian un singular jardin, tanto mas deleitable, cuanto menos tenia de artificioso. En los alrededores nada encontraba la vista que no encantase los sentidos. Por los ásperos troncos de los árboles subian la hiedra lozana, las galantes enredaderas, los agraciados verdes caracoles, enroscándose en sí mismos, apareciéndose de mil colores como avergonzados, ó ya escondiéndose por entre las hojas, ó ya descubriéndose pendientes en racimos muy hermosos; recreando entre tanto con olor suavísimo el olfato. Á otro lado quedaba una pequeña fuente, que saliendo de una gruta tropezaba en un peñasco, y cayendo se precipitaba por entre las piedras, rodando de unas en otras hasta descansar en el hueco de una peña tosca que le servia de estanque.

3 Los pajarillos, aprovechándose en la fuerza de la calma de la frescura de este sitio, habian fijado allí su morada. Unos se bañaban en las aguas, otros brincaban por los ramos, otros se divertian dando gritos y danzando en los aires, riéndose á su modo, y conversando en su lenguaje, dándose el parabien de la frescura y descanso que allí habian hallado.

4 Cuando allí entraron los tres huéspedes quedaron como suspensos, y casi no se atrevian á pisar la delicada yerba sembrada de olorosas flores que alfombraban el terreno. Los rayos del sol empeñados en penetrar por entre las ramas, apenas podian divisar á los convidados: la linda vista á lo léjos, la variación deliciosa, el gorjeo de los pajaritos, que doblando sus cantos se escuchaban, el murmullo de las aguas, el susurro de las hojas, todo ofrecia una recreacion tan agradable y tan inocente, que estaban todos pasmados.

5 No quiso la Princesa perder tiempo, y mientras llegaba la hora de comer, pidió á Miseno que continuasen la conversacion interrumpida, dándole ella misma el hilo para atar el discurso, que, segun le habia dicho el Conde, quedó en la descripción de los inviolables fueros de nuestra libertad, á pesar de la rebeldía de las pasiones. Acordóse el Conde entonces que en otro tiempo le habia oido á su hermana una primorosa descripción de nuestro libre albedrío, y le pidió con instancia le diera el gusto de repetirla, si hacia memoria de ella. La Princesa, siempre pronta á concurrir al fin de lo que intentaba, discurriendo ligeramente por el gabinete de su memoria, satisfizo repitiendo unas coplas que en otro tiempo habia trabajado para cierto asunto de una academia.

## CANCION LÍRICA.

## I.

De un alma el albedrío  
¿Quién podrá precitar? ; Oh vano intento!  
El brazo y poderío  
Del fuerte Dios que rige el firmamento,  
Con auxilios y luces suele hablarla  
Cuando intenta solícito ganarla.

## II.

Mas si atenta ella fuere  
A la luz celestial que la ilumina,  
Y dócil consintiere,  
Libre entonces la voluntad se inclina;  
Pues nunca quiere Dios omnipotente  
Forzar la voluntad si está renuente.

## III.

Aunque el mundo la embudo,  
Con lanzas, con saetas, saetas de fuego,  
Y fiero la combata  
Con los rigores de un cruel despego,  
Queda en su libertad enteramente,  
Por mas que se le oponga y la atormente.

## IV.

Suba á mas el empeño:  
Tiemblen de todo el orbe los cimientos,  
Y un severo ceño  
Al cielo los bravos elementos;  
Tornando al mundo iras divinas,  
No se vuelva horror, todo ruinas.

## V.

Si el cielo se desploma,  
Y á la tierra la llama del infierno  
Por mil bocas se asoma,  
Envuelta entre los humos del averno,  
Insiste el alma libre en sus acciones,  
Para el sí ó para el no de sus pasiones.

## VI.

No la mudan horrores,  
Ni profundas cavernas infernales;  
Sus tenaces clamores  
Se escuchan desde el mundo, y los fatales  
Ecos que entre las rocas van subiendo,  
Un no, no, están siempre repitiendo.

## VII.

Ni de Angeles del cielo  
Las delicias, las gracias, los favores,  
Ni el espantoso anhelo  
Con que monstruos los habisten los terrores,  
Podrán á que ella quiera precisarla,  
Pues si *no quiere*, ¿quién podrá forzarla?

## VIII.

De un cuerpo delicado  
Los halagos, ó llanto repetido  
De un amigo estimado,  
Embisten á su pecho, aunque rendido  
Á pasiones de amor: todo es en vano,  
Pues si *no quiere*, á todo da de mano.

## IX.

La razon busca atenta,  
Que persiga su juicio claramente,  
Y hecha cuenta bien su cuenta,  
La voluntad responde libremente:  
Lo advierto todo, el daño considero:  
Sé que debo *querer*; pero *no quiero*.

## X.

Cesa aqueste conjunto  
De causas, no aspira al vencimiento;  
La voluntad al punto  
Á sí misma se muda en un momento,  
El sí repite; y dice: *quiero* ahora,  
Porque *quiero querer*, pues soy ser.

6 Todos aplaudieron la descripción, alabando la propiedad y verdad; y la Princesa les obligó á cesar en los elogios para continuar el discurso.

7 Quería hablar Miseno; pero Ibrahin como nube cargada y sombría, que despues de retener largo tiempo gran copia de piedra, se rompe con una general descarga, comenzó á alegar mil razones contra lo que Miseno habia propuesto. Todas eran tan ligeras como la piedra de la lluvia, mas tambien como ella tan multiplicadas, y proferidas con tanta furia, que los dejaron aturridos; concluyendo siempre que cuando las pasiones tenian un cierto grado de fuerza, la voluntad necesariamente habia de seguirlas<sup>2</sup>. ¿Qué puede la ino-

<sup>1</sup> Nada está tanto en nuestro poder como nuestro querer. (S. August. lib. 3 de Lib. arb. cap. 3).

<sup>2</sup> Las pasiones rebeldes inclinan al mal con una especie de necesidad, pero

cente paloma, decia él, cuando la ave de rapiña, avistándola desde las nubes, por donde vagamente se pasea, y encogiéndose de repente las alas extendidas, se precipita sobre ella? En un momento se ve traspasada de sus crueles uñas, y hecha presa de su furor; ensangrentada y moribunda es llevada á donde ese mónstruo aéreo la arrebatada. No de otra manera nuestra voluntad es la inocente presa de las pasiones violentas, cuando ellas toman vuelo y siguen su destino.

8 La Princesa, que preveía de lejos las abominables consecuencias que podían deducirse de este principio, queriendo atajar los daños de esta llaga solapada, intenta descubrirla del todo, á fin de que su mismo horror pusiese en huida al Conde, ó que los remedios de Miseno la cauterizasen; y con su estilo picante y jocoso habló á Ibrahin en estos términos:

9 Á lo que veo, Ibrahin, nos privais de la libertad, toda vez que las pasiones se encienden. Ahora todos os deberemos estar muy obligados, pues nos haceis parientes en principio de los brutos. Esta era la principal diferencia que nos distinguía de ellos, y ya en vuestra opinion todos somos iguales. En los brutos una série encadenada de sensaciones y de movimientos no libres sino naturales, que no están en la potestad del agente, los conduce, segun sus especies, por una ley correspondiente á los fines que les están destinados, conforme á lo que vos mismo me habeis enseñado, y evidentemente la razon lo persuade<sup>1</sup>. Sigue el galgo la liebre, el halcon la ave, y el novillo la consorte; y en unos movimientos necesarios; de suerte que cada animal busca por forzoso mecanismo de sus órganos el objeto que el orden de la naturaleza le determinó nocivo ó conveniente; y por eso vemos en todos, segun su especie, las mismas acciones y movimientos, como que son necesarios, y no libres. Solo en el hombre, en quien hay libertad, vemos una diferencia infinita en todo cuanto obra. Cada uno sigue no la uniforme carrera de los otros de su especie, sino su capricho ó su simple voluntad, porque como libre puede elegir; y ved aquí el origen de la innumerable variedad que hallamos en las acciones humanas. Esta razon sola, cuando no hubiese otras, me precisaria á creer que somos libres, aun en este triste estado á que quedamos reducidos.

vencible: mas consentir ó disentir, siempre es propio de la voluntad. (S. August. de Spir. et lit. cap. 34).

<sup>1</sup> *Actus naturales non sunt in potestate naturalis agentis, quum natura sit determinata ad unum.* (S. Thom. 1, q. 21, num. 2).

10 Ahora, pues, Ibrahin, como con vuestra sentencia nos condenais á obrar como los brutos, forzoso es que tambien en nuestros edificios se vea la misma uniformidad que se ve en los nidos de las aves de cada especie, y en las abejas, que todas en todo el mundo tienen las mismas celdillas. Segun esto tambien deberá ser uno solo nuestro sustento: lo que hace un hombre, todos los hombres lo deberemos hacer, porque así se ve practicado entre los brutos. Ninguno ha de salir de lo que hicieron sus padres y abuelos; porque tan hábiles son los animales de estos tiempos, como lo eran en el principio del mundo. De aquí adelante guárdese un hombre de inventar cosa nueva, porque nunca han sido inventores los brutos; lo que ciertamente solo procede de que ellos no tienen la libertad necesaria para variar en sus acciones; ahora, como esta libertad tambien vos la negais á los hombres, caeremos de consiguiente en una general *monotonía*\* ó uniformidad de operaciones. Pero sea como quisiéreis por lo que á vos toca, que yo declaro que mi libertad no la cedo, á pesar de vuestra filosofía.

11 No es creible el gusto que mostraba el Conde, al paso que Ibrahin se confundia mas. Procuraba responder con una disimulada política protestando que no era digno de disputar con personas de semejante cualidad; pero que otros juicios mas delicados que el suyo lo sentian así. Miseno, que conocia la importancia de la materia, no se contentó con que el *error* fuese vencido con solas armas mujéres, sino que tomó la empresa á su cargo.

12 No podeis negar, dijo Miseno, que Dios pone en nosotros la luz de la razon, luz que nos declara el bien y el mal, aun cuando la pasion nos tienta, nos instiga y nos impele. ¿Por qué, me, ahora, ¿de qué sirve ilustrar el alma, mostrándole el mal y el bien, si ella no tiene libertad para escoger? ¿De qué me sirve ver el buen camino y el precipicio, si me llevan á este, sin que yo pueda elegir aquel? Ver un despeñadero y no poder evitarlo, mas es tormento que gusto. ¿Por ventura mandaríais llevar una hacha encendida en noche tenebrosa delante de una barca, que sin piloto ni gobierno va arrebatada de las corrientes con inevitable destino? ¿Gritaréis á una piedra que va cayendo con ímpetu ciego, para que dirija de esta, de aquella ó de la otra suerte su movimiento? Pues igual locura seria ponernos Dios el farol del entendimiento delante de los ojos, y hablarnos por la luz superior de la razon, si nuestra alma fuese como la piedra que cae arrebatada de las pasiones y llevada á donde ellas las arrastran. ¿Qué pueril y qué ridículo seria el procedimiento del



Ser supremo, si por medio de su voz, que así podemos llamar á la *luz superior de la razon*, nos prohibiese una accion, y por las pasiones que él mismo nos dió, nos obligase á ejecutarla? ¿Por ventura nos abre los ojos para que veamos el bien, y para que no lo busquemos nos ata los piés, amarrándonos con cadenas indisolubles? ¿Nos hace ver el precipicio solo para llenarnos de horror, y sin culpa nuestra nos impele y hace caer en él? ¿Qué acciones tan indignas de Dios! Pues todo esto nos hace, si no nos da libertad para vencer las pasiones.

13 Reflexionad, amigo, que en todos los pueblos hay leyes, en todos hay consejos y amigables avisos; luego hay tambien libertad para seguirlos. ¿Qué nacion existió jamás en el mundo tan bárbara, donde no hubiese castigo para el mal, y premio para el bien? Pero seria todo inútil, si cada uno por un ciego é inevitable ímpetu fuese arrastrado hácia este ó aquel objeto por la pasion que le domina.

14 Nuestra alma respecto del cuerpo es como el caballero respecto del bruto en que va montado. Si el bruto es manso y bien enseñado, con descanso va el caballero andando por el camino recto, sin fatiga ni merecimiento grande; pero si el bruto fuere rebelde y furioso, trabajo tendrá el jinete; pero tambien mucho mas mérito y gloria, si impide que se desmande. Poca dificultad tenia el hombre para caminar derecho, cuando salió de las manos de su Autor, teniendo entonces sujetas y avasalladas todas las pasiones del ánimo, todos los apetitos de los sentidos. No estaban entonces las pasiones muertas, sino dormidas: cuando la rienda de la razon tiraba ligeramente, el animal luego obedecia. Por eso fue mayor su delito, y menos disculpable su prevaricacion, porque le era mucho mas fácil que nos es á nosotros el obrar como debía.

15 Mas despues de la rebelion de las pasiones y apetitos, tiene el caballero necesidad de vigilancia, de fuerza, de estudio y de constancia para impedir su ruina. No tiene culpa el jinete en los saltos impetuosos que da el bruto al principio, ó cuando intempestivamente se espanta: ni tampoco es culpable el hombre en los primeros movimientos de sus inclinaciones, cuando sin dar tiempo á la *razon*, obran los humores lo que ella impediria; pero una vez que la *razon* abrió los ojos, debe con todo esfuerzo tener la rienda segura, tirar de los cabezones, subyugar el bruto á toda costa, y esto aunque el caballero se canse, se fatigue y sude, porque trabaja para sí; y se trata de evitar la muerte ó el peligro de ella, que con certeza experimen-

taria, si flojamente se dejase llevar del furioso bruto; por eso toda fatiga es bien empleada, y mayor gloria tendrá y mayor merecimiento.

16 Diga enhorabuena el flojo y perezoso, y el que no quiere cansarse en domar sus pasiones: diga que lo arrebatan, alargue las riendas al bruto que le lleva, que su caída y ruina será el castigo de su indigna pereza; y los otros que van á su lado dominando siempre con estudio, cuidado y fuerza los brutos de sus pasiones, tal vez mas rebeldes y furiosas, estos que las conducen por la senda recta, sin permitirles saltar fuera del camino, echando por los derrumbaderos, por las barranqueras que ya de uno, ya de otro lado, se ofrecen, estos serán su condenacion, su afrenta, y de su inútil doctrina.

17 ¿Qué es, Ibrahin, lo que alabais en los héroes? ¿Acaso es el que ellos siguen sus pasiones? Otro tanto hace cualquier bruto. ¿Cuál es, pues, el mérito que tanto os obliga á celebrarlos? ¿Qué es lo que justamente ocupa los clarines sonoros de la fama? ¿Será el haber obrado bien, no teniendo que vencer? Pero ¿qué casta de mérito puede ser ese? ¿Vencer sin batalla, triunfar sin enemigos? Concluyamos, pues, que para conseguir el loor de héroe, me es preciso obrar bien, venciendo en esto grandes dificultades, y que en la grande que nos ofrecen nuestras pasiones furiosas, consiste el merecimiento de los héroes de la *filosofia* y de la *virtud*.

18 Si negais la libertad, yo de parte de la *recta razon* os prohibo desde este mismo punto el alabar á ninguno, y el condenar cualquier procedimiento. ¿Alabaréis por ventura al sol cuando saliendo del horizonte derrama con sus luces benéficas influencia sobre la superficie de la tierra? ¿Ó condenaréis á la *noche* cuando es el delincuente, porque con su tenebroso manto protege los delitos y os roba la vista, dejándoos casi ciego, cuando teneis los ojos sanos y perfectos? ¿Quién no tendrá por ridícula vuestra cólera contra los truenos y rayos, y por locas vuestras adoraciones políticas al céfiro blando que os recrea, siendo todos esos movimientos una consecuencia ciega y necesaria del orden del universo? Pues otro tanto debemos decir de lo que hacen los hombres, si en ellos no hay libertad, porque sin esta, ni merecen nuestros elogios, ni el menor vituperio. Esto dijo Misesno con tal fuerza y nobleza de espíritu, con tal afluencia y eficacia, que Ibrahin estaba aturdido, la Princesa admirada y el Conde rebozando contento, porque naturalmente aborrecia al filósofo por su insufrible orgullo. Mas Ibrahin precisado á responder, lo hizo, huyendo la dificultad, y dijo así:

19 No hay discurso contra la propia experiencia. Confiese cada uno la verdad, y verá que su corazón es llevado por fuerza á donde la pasión le arrastra. ¿Qué libertad os deja, Conde, vuestra ira, cuando recibís una injuria? ¿Qué libertad, cuando una rara belleza se os presenta á la vista? ¿Qué libertad, cuando Cupido os hierre? ¿No veis que el mas valeroso héroe corre como si fuese el mas infeliz pastor tras de una pastora, si el ciego amor le toca con su envenenada flecha? ¿Qué monarca no deja caer su corona por un lado y el cetro por otro sin pensar en cosa alguna cuando Vénus le provoca? ¿Cuál, pues, es la libertad que estas pasiones le dejaron?

20 Revolved los anales de Polonia, para no ir mas léjos, y veréis príncipes admirables que por desgracia fueron heridos de la pasión de amor, y perdiendo la libertad, hicieron lo que no era creíble que hiciesen gozando de ella. *Lesco III*, tan famoso en las guerras contra Carlo Magno<sup>1</sup>, ¿en qué abominaciones no cayó arrastrado de Vénus? *Poplier I* su hijo<sup>2</sup>, su nieto *Poplier II*<sup>3</sup>, y *Mieceslao II*<sup>4</sup>, que por el mismo motivo, siendo el dolo de los pueblos y de la razón, fueron el horror de la naturaleza; ¿pensais que gozaban de la libertad? *Boleslao II*<sup>5</sup>, verdadero Alejandro de su siglo, que daba y quitaba reinos, como si fuese depositario de la justicia suprema, que hacia temblar á los vecinos, y se hacia adorar de sus pueblos, ¿en qué brutalidades no cayó despues que las delicias de *Kiovia* le cautivaron el corazón? ¿Y habemos de decir que tenia libertad?

21 ¡Ah, Ibrahin! dijo la Princesa, si no la tenian, ¿quién puede culparlos? Tantas alabanzas merecen en ese caso por sus delitos, como por la gloria, porque en este supuesto la pasión de la gloria los llevó al merecimiento al bien, y la del amor los arrastró inculpablemente al mal. ¿Y hallais buena esta filosofía? Dios os libre que vuestros criados la sepan, porque en cualquier desórden que cometan, quedarán exentos de reprension y de castigo. La pasión me obligó, os dirán ellos, y no tuve libertad para hacer lo contrario. ¿Qué os parece, Conde?

22 El hermano le respondió, que su discurso le habia convencido del todo; pero que queria oír á Miseno. Ya veis todos vosotros, les dijo él, que no nos falta la experiencia, á la que vosotros, Ibrahin, habeis apelado del tribunal de la razón. Yo ahora os cito tambien para la experiencia general. Decidme, amigos, despues que pasó la furia de la pasión, si acaso la obedecemos contra los clamores de la razón,

<sup>1</sup> Mirese *Comp. hist.* desde el año 810. — <sup>2</sup> *Ibid.* — <sup>3</sup> *Ibid.* — <sup>4</sup> *Ibid.* — <sup>5</sup> *Ibid.*

¿cuántas veces sentimos remordimientos de la conciencia y arrepentimiento?

23 No pudo contenerse el Conde, y tomó á su cargo dar la respuesta que Miseno pedia á todos. Nunca me abandoné á las pasiones contra la luz de la razón, que despues no me hallase arrepentido, y en esto os digo sinceramente lo que en mi alma pasaba. En la mayor fuerza de la pasión sentía una voz mansa, juiciosa y serena, que me decia: *No lo hagas*: á pesar de esta voz un deseo impetuoso, vivo y turbulento venia con gran fuego, y, no sé cómo, me atarantaba de suerte, que le obedecía. Por entonces sentía un gran gusto, y mi alma nadaba en regocijo; pero despues de gustar la dulce fruta, sentía un amargor, un agrio, una hiel intolerable. Volvia entonces aquella voz mansa y serena que yo habia despreciado, y levantando el clamor poco á poco, me comenzaba á reprender, de forma, que me atormentaba. Era un aguijon que me clavaba y me decia siempre á mí mismo: *Hiciste mal*. Quería cerrar los oídos; pero dentro del alma sentía siempre esta voz, que me estaba condenando. El corazón se mordía y despedazaba, que así debo explicar mi arrepentimiento; mas no habia remedio. Esto es lo que pasaba por mí, y creo que por todos pasa lo mismo.

24 No puede Ibrahin negarlo. Esto supuesto, Miseno, al modo de cazador diestro, que no pierde un instante en disparar la saeta contra el ave que le pasa á tiro, acudió prontamente, y dijo así: ¿Cómo puede el hombre reprenderse y condenarse á sí mismo de lo que hizo, sin tener libertad? ¿Podrá un hombre de juicio arrepentirse de ser pequeño, ó ser magro? ¿de que padeció fiebre, ó tuvo sueño? ¿No seria objeto de risa quien tal dijese? Sin duda la razón de esto es clara, porque ninguno se arrepiente sino de lo que hizo, pudiendo no hacerlo; y si á un hombre le fuera imposible resistir las pasiones, no podría sentir mas arrepentimiento de haberlas obedecido, que el que tendria de la fiebre ó del sueño. Vos sois filósofo y amigo de discurrir y profundizar bien las cosas; hagámoslo, pues, ahora. No es lo mismo tener pena, que tener remordimiento y arrepentirse. Tenemos pena de lo que nos hicieron contra nuestra voluntad, y tenemos arrepentimiento de lo que hicimos por nuestra culpa. Tenemos pena de resbalar y caer: tenemos arrepentimiento de haber puesto el pié mal sin cuidado, pudiendo haberlo puesto en seguro. Id ahora á arrancar primero del corazón de todos los mortales el remordimiento ó arrepentimiento de haberse entregado á esta ó aquella pasión, y despues nos persuadiréis que no tuvieron libertad.

25 Sintió el Mahometano la fuerza de este golpe, y pálido, titubeando y casi enmudecido, acudió á defenderse débilmente, diciendo que muchos no se arrepienten de lo que hicieron contra la *razon*; á lo que replicó Miseno: Basta que un hombre se arrepintiese alguna vez, para estar obligado por el testimonio de su propio corazón á decir que tuvo libertad. Ahora, si la tiene un hombre, todos sin duda gozan de ella, porque todos somos de la misma especie y naturaleza. Así, pues, ó habeis de decir que todo hombre tiene libertad para reprimir las pasiones, ó que ninguno la ha tenido jamás; y por consiguiente, que ninguno hasta ahora se ha arrepentido, ni condenado á sí mismo de lo que ejecutó contra la *razon*.

26 No podia Ibrahin soportar el horror de todos estos absurdos, y no queriendo confesarse vencido, ni atreverse tampoco á contrastar verdad tan manifiesta, quiso eludir el golpe, declarando que él nunca habia negado la libertad, por mas que algunos dudaban de ella; pero que solo la tenia por inútil y nociva.

27 Como falso y astuto enemigo, viéndose destrozado del todo, sin trincheras ni resguardos; sin fuerzas, sin armas y sin tino, abandona el campo, y de repente se vuelve al lado opuesto á atrincherarse de nuevo, sin confesar la victoria; así hacia Ibrahin para cansar á su contrario; mas Miseno, que solamente miraba la instruccion del Conde, no se disgustaba de este combate, mientras que por un medio mas sólido prevenia al entendimiento del Conde contra los futuros ataques del *error*.

28 Á este tiempo la furia infernal, que habia tomado por empresa triunfadora, y verdad, daba en las cavernas profundas de la tierra unos ruidos tan furiosos, y unos ayes tan sentidos y penetrantes, que sus ecos resonaban en las grutas de aquellos fuertes peñascos. Luego vino en su socorro la furia de la blasfemia, cuyo atrevimiento á nadie respeta, ni en los cielos, ni en la tierra; y tomando la figura horrible de un mónstruo aéreo, quiso vengar la flaqueza de su compañera ya destrozada. Hé aquí que de repente corta el discurso una especie de trueno subterráneo, que por la parte del rio se prolongaba, repitiéndose y continuándose el estruendo en los sucesivos ecos de aquel valle. Al mismo tiempo una *ave desconocida, negra como los cuervos, mayor que las águilas, con ojos mas encendidos que los del buitre, las uñas horriboras, el pico grande y retorcido, rom-*

<sup>1</sup> Al contrario, es la *libertad* tan útil y provechosa, que sin ella no puede el hombre conseguir mérito, ni corona. (*S. Hieron. lib. de Nat. et Gratia, cap. 63*).

piendo la espesura de los árboles, atraviesa por junto á Ibrahin y el Conde, y con rápido vuelo, rodeándolos dos veces, se precipita en el valle que servia de lecho al caudaloso rio, sin que despues de esto tornase mas á ser vista. La Princesa y el Conde se asustaron. Ibrahin se burlaba de su flaqueza, y Miseno se mantuvo sosegado; mas despues que pasó el susto y sobresalto, notó la Princesa que el semblante del Conde se habia mudado, y que el de Ibrahin habia quedado mas fiero, soberbio y audaz, que se le habia conocido por otra vez; y despues de haber perdido algun tiempo en reflexiones inútiles sobre el pájaro, pidió á Ibrahin la Princesa, que continuase el importante asunto que habia interrumpido aquella casualidad.

29 Entonces el filósofo con un tono de desprecio y aire tan satisfecho como si hubiese triunfado de Miseno, dijo así: No son para tratarse en amigable conversacion con señoras los puntos de alta filosofía: la ignorancia causa novedad, la novedad espanto, y este hace que se escandalice de las verdades mas sólidas, cuando no son estas de las conocidas del mundo. ¿Quereis que los hombres tengan libertad? Ténganla enhorabuena; mas yo os protesto que de buena gana la renunciaria, si ella me habia de poner en la triste alternativa, ó de hacerme violencia, si quiero sujetar las pasiones á la *razon*, ó de hacerme culpable, cuando me entrego á ellas. Si no tuviese libertad, sin lucha ni tormento seria llevado mi espíritu á donde la pasion lo dominare, y entonces gozaria con placer del objeto que apetece la naturaleza, y pasaria en paz esta vida que Miseno quiere que pasemos en una batalla continuada.

30 Vos, Miseno, si he de hablar como dicta la *razon*, nos habeis enseñado el sistema de la tristeza, prometiendo llevar por el camino de la completa alegría. ¿Qué cosa podria afligirnos mas en toda la vida, que esta continua guerra con nuestro corazón y nuestra alma? ¿Qué violencia no es necesaria? ¿Qué estudio, qué vigilancia? La naturaleza se cansa, el ánimo se aflige, el alma gime, el corazón desfallece, ¿y en tan duro combate quereis poner la alegría? Dejadme ahora explicar con una comparacion que tenemos á la vista.

31 Esa galga que nos acompaña, ¿qué afliccion no experimentaria si al saltarle la liebre la atasen para no poder correr á su tiempo, cuando estuviesen ya cansadas las otras? Vos, Conde, lo tendrís experimentado mil veces. Apenas descubre la presa, salta, se tira, y quiere arrojarse con todo el cuerpo, y viéndose atada ladra, llora, grita, y á cada momento arremete, de suerte que me cansa.

No sabe qué hacer para soltarse; ya se vuelve hácia mí lamentándose á su modo, ya rabiosa muerde la cadena con que se ve sujeta; y entre tanto que con los ojos encendidos está mirando la presa que se le escapa, se roe interiormente y se está despedazando.

32 Pues ahí teneis la imagen de nuestro corazon cuando se ve oprimido; y por eso, si el Autor del mundo me hubiese consultado, le hubiera pedido que no diese á los hombres esa libertad, que les es origen de sus crímenes y de su tormento. Decidme vosotros: ¿de qué me servirá ser señor, si mis esclavos han de burlarse de mí, me han de arrastrar, y despues por no haberles contenido tengo de ser castigado? Pues lo mismo nos acontece por tener esa libertad que decís; por cuanto además del trabajo que es preciso, y éasi imposible tener para subyugar las pasiones, habemos de ser castigados si no lo hiciéremos.

33 Oyó el Conde este discurso con notable atencion, y dió los parabienes á Ibrahin de haber hablado en aquella materia de manera que le tenia enteramente encantado. Ya el Conde no era el mismo, porque el espíritu de la blasfemia tenia asombrado, y la aversion que hasta aquel momento habia tenido á Ibrahin, la habia ya torcido contra Miseno y su doctrina. Y con semblante triste é inquieto, con aire desconsolado y quejoso y vanamente presumido, preferia con muchas ventajas á nuestra suerte la de los brutos, los cuales sin ley, sin violencia, sin afliccion, siguen á rienda suelta el impetu de sus inclinaciones, viviendo felices á su modo.

34 Extrañó la Princesa este estilo del Conde tan semejante al de Ibrahin, y á ella se le fue que á ambos los habia cercado y rodeado aquella ave monstruosa. No acababa de admirarse de lenguaje tan atrevido, escandaloso á la *razon*, y ofensivo á la *Religion*. Era igual el atrevimiento con que Ibrahin discurria; y á manera de muchas llamas de fuego que separadas guardan ciertos límites, pero juntas suben furiosas á lo alto, y con sus lenguas, y amenazando las nubes á nada guardan respeto; así eran Ibrahin y el Conde hablando muy insolentes.

35 En esta sazón Miseno, dejando ver en su semblante aquel aire régio que su nacimiento le habia dado, sin perturbacion ni enfado, mas con un tono superior, cual jamás se le habia visto, les dijo así: Ya veo, caballeros, que Dios erró, y que á vosotros dió mas juicio del que guardó para sí. Conozco que aquel que estaba reputado por infinitamente sábio y perfecto sin la menor imperfeccion, halla ahora dos criaturas suyas que le pueden argüir y manifestar yerros en su

obra: en la obra en que puso mayor estudio y cuidado. Para bien os sea, señores míos, esta grande superioridad de ingenio. Á vosotros como á oráculos deberémos de recurrir todos, pues que sois en la inteligencia y buen discurso superiores á la Divinidad; á la Divinidad misma, que con una sola palabra dió existencia á todo este universo.

36 Mejor haria Dios, decís vosotros, si no nos diese libertad; y en esto quereis decir, que si Dios os hiciese como un palo, ó como una piedra que no tiene libertad para moverse, le quedaríais mas obligados que habiéndoos hecho unos éasi dioses por semejanza, ¡y no es esto un delito! ¡Llegó á esculpir en vosotros su imagen en la inteligencia y en la libertad, joyas que en cierto modo sacó de su cabeza y de su pecho para vuestro adorno, perfeccion y nobleza<sup>1</sup>, y decís que mas querriais ser arrastrados á su servicio con una cadena insensible como esclavos, que conducidos por los avisos y ruegos, como hijos herederos! ¡Quántos quisiérais ser semejantes á los brutos, llevados por impetu al fin de sus pasiones, que ser semejantes á Dios, caminando al bien por el movimiento nobilísimo de la libertad, y guiados de la razon! Ah, prueba grande dais sin duda de que es justa la balanza de vuestra *inteligencia*, cuando la despreciáis de manera que la diérais de buena voluntad por la satisfaccion que un perro ó un caballo encuentran en sus brutales apetitos! Digo esto porque quien renuncia la *libertad*, debe renunciar por fuerza la *inteligencia* y conocimiento del bien y del mal; el cual solo sirve á quien tuviere eleccion y libertad en sus operaciones. Muy obligado os estaria todo el género humano si Dios, como he dicho, os consultase, y por vuestro consejo nos privase á todos de la luz de la razon y de la libertad que nos ha concedido.

37 Mas quien de la libertad hiciere buen uso, y sojuzgase con fuerza las pasiones para obedecer á la razon, y en ella á Dios, ¿por qué derecho debe quedar privado de este honor, de este bien, y de la felicidad que le está aneja? ¿Solo porque el Conde de Moravia é Ibrahin antes quisieron entregarse negligentemente como animales viles á la satisfaccion descuidada de sus pasiones, que tener heroico dominio sobre ellas para avasallarlas? ¿No somos nosotros criaturas de Dios como vosotros, para que tambien seamos oídos? ¿Solo vosotros habeis de serlo? ¿Y pretendéis que todo el género humano debia renunciar la honra y felicidad que el Omnipotente nos dió, únicamente porque vosotros y otros de vuestro partido sois flojos y sois

<sup>1</sup> Mira lib. XII, núm. 28.

flacos? No, señores: seamos todos libres; pues á todos quiso Dios conceder esta nobilísima perfeccion; y use cada cual como quisiere de su libertad. Viva el flojo como bruto, viva el héroe como Dios: siga quien quisiere las *pasiones*, como si no tuviese inteligencia; sigan otros la *razon* como si no fúviesen pasiones; y haya diferencia de la virtud al vicio, haya alabanza y haya reprehension justa, haya premio para unos, y para los otros castigo.

38 ¡Qué bella sentencia pronunciaríais á vista de todo el mundo, si todo el mundo os oyese: ¡No haya libertad! Quereis decir: no haya ni pueda haber virtud, porque queremos ser viciosos. Ninguno pueda reprimir las pasiones, porque queremos que ellas nos arrastren sin resistencia. Ninguno tenga luz de razon, esto es, ninguno tenga ojos para ver los peligros, por no afligirse con su vista habiendo de caer en ellos. Ninguno tenga albedrio, esto es, ninguno tenga los piés desembarazados para librarse de los derrumbaderos, porque nosotros gustamos de ser precipitados sin susto, y afliccion ni remordimiento. ¡Qué excelente discurso, Conde!

39 Sabemos que Dios queria producir sobre la faz del universo una imágen suya; mas vos ordenais que lo suspenda, y que por ningun modo se atreva á hacerlo: quereis que se contente con producir un caballo ú otro cualquier animal, y hombres que se parezcan á ellos sin mas uso de razon ni mas libertad que la que en ellos hallamos. ¡Ah, señora! dijo volviéndose á la Princesa, preciso es tener los oídos del alma muy duros para no estremecerse de horror, oyendo absurdos semejantes. Dijo, calló, y ninguno se atrevió á hablar.

40 Al momento si desde la cumbre del monte de Arabia<sup>1</sup> el Ángel embajador entre truenos y relámpagos anunciase á los hombres los divinos preceptos; así parecia Miseno hablando á Ibrahin y al Conde. La Princesa viendo en el silencio de ambos la confusion que los suspendia, iba á disculpar á su hermano, cuando él acudió diciendo:

41 No puedo juzgar que yo tenga mas juicio que Dios, y conozco ser el último grado de locura querer un mortal notar yerros en la Sabiduría infinita. Tropecé en las expresiones, pero mi concepto era muy diferente. Ahora confieso ser nuestra libertad don precioso de Dios, y la razon igualmente, aunque sea trabajoso subyugar con ella las pasiones. Dicho esto volviendo en sí el Conde poco á poco de la pasada lucha, estaba atónito de que hubiese pronunciado tan enor-

<sup>1</sup> En la Arabia Pefrea se halla el monte Sinai, hoy Santa Catalina, en donde Dios dió la ley del Deuteronomio á los hombres.

mes blasfemias. Ibrahin, como entre dientes, daba no sé qué disculpa; lo que restableció entre los cuatro aquel aire amigable y familiar con que entre sí discurrían.

42 Mudó entonces Miseno de método como cirujano prudente, que con el bálsamo en una mano y el hierro en otra los aplica alternativamente segun lo pide la necesidad; y continuó diciendo: Escuchad, pues, los admirables secretos de la benevolencia y sabiduría divina.

43 No penseis, amigos, que Dios viendo nuestra flaqueza y desórden, se complace de vernos criados en tierra, ó que simplemente con sus preceptos y amenazas nos obliga á remar contra la corriente. No: muy diferente es su providencia, y muy otro su sistema. Sistema todo de amor y bondad, sabiduría y grandeza de ánimo, que todo brilla admirablemente en los misterios de nuestra *reparacion y ley de gracia*. Hizo de nuestra flaqueza basa para su clemencia, y de nuestra pobreza medida para su liberalidad.

44 Como guerreado poroso adornado de brillante *yelmo*\* y escudo impenetrable, con brazo fuerte y espada resplandeciente se pone á nuestro lado, y dice que desafiemos esas fieras indómitas de las pasiones, que tanto nos espantan, que está pronto para asistirnos. Entonces nos pone en la mano la espada vencedora de su *gracia*, y con ella nos mantiene el brazo, nos cubre con su escudo, y aterra nuestros enemigos. Nos da ánimo, fuerza y consejo, de forma, que muchas veces hasta una mano tierna, decrépita ó mujerial, con este soberano socorro hiere, destroza, sujeta, y si preciso es, despedaza las fieras mas indomables de las pasiones que parecen arrastrarla; y lo que es mas, despues nos cuenta esta victoria suya como si fuese propio nuestro triunfo. Hé aquí cómo Dios se porta con las criaturas, que ve luchar heroicamente con las pasiones rebeldes. No penseis que estas son ideas poéticas y fingidas: son realidades palpables con las manos, y testificadas cada dia con los ojos, además de ser dogmas de la *Religion*.

45 Todos esos héroes de la *razon* y de la virtud, á quien todo el mundo entero les consagra alabanzas (despues de la muerte digo que es cuando ellas son prueba del verdadero mérito) no se distinguieron del comun de los mortales por tener naturaleza mas fuerte, ni tampoco por no tener pasiones desordenadas; solo se distinguieron por el triunfo que alcanzaron de su ferocidad<sup>1</sup>. Por tanto, no sien-

<sup>1</sup> Qui se volet esse potentem, animos domet ille feroces. (Boecio, lib. 3, de Consolatione).

do este vencimiento por las fuerzas de la naturaleza, porque en todos es la misma, forzoso es que fuese por las de algun brazo extraño que les sostuviese el corazon en el combate, y se lo reforzase para la victoria.

46 Ahora, pues, Ibrahin, ya que estais tan versado en la historia de mi país, y me quisisteis probar, con la conducta de algunos de sus príncipes detestables, que ellos no tenían libertad para domar sus pasiones, por la misma razon estais ahora obligado á conceder que los buenos príncipes que triunfaron de ellas lo consiguieron por el socorro del brazo omnipotente. ¿Qué me diréis de Piasto el Filósofo<sup>1</sup>, del gran Mieceslao, de Boleslao su hijo, imágen de un príncipe perfecto, de Casimiro su nieto, admiracion de su siglo? ¿Qué me diréis del príncipe que hoy reina en el trono de Polonia, que sabe preferir un buen amigo á un reino? ¿Pensais que no tuvieron pasiones? Poco honor les haceis si por esto los colocais en la clase de los verdaderos héroes. Luego hay fuerza en la libertad humana, ayudada por la mano suprema, para triunfar de las pasiones mas furiosas; y si á todos da Dios ojos para ver la verdad, á todos dará piés para buscarlo: y si viere que se animan, á todos ayudará para conseguirlo.

47 Quiera el hombre moderar sus pasiones, quiera sériamente esforzarse, que sin saber cómo, se hallará fuerte para vencerlas. Un brazo invencible le ayuda, un vigor interno le corrobora, siente otra alma que anima la suya, otro espíritu que le da un esfuerzo superior á todo. Sean las pasiones como el tigre mas sañudo, ó como el toro mas feroz, ellas caerán á sus piés despedazadas; y qual esforzado Sansón se ve acometido de un leon bravo, el hombre intrépido y valeroso, poniéndole la rodilla doblada sobre su dorada guedeja, le hará gemir oprimido, y desquijarándole entre las manos, le obligará á que exhale entre bramidos su alma furiosa; así hace con sus pasiones el héroe de la *razon*, porque fuerza superior le anima.

48 De este modo reparó el supremo Hacedor su grande obra, habiendo visto que la habia desordenado la caída; y brillando entonces mas las perfecciones divinas del Artífice, cuando la reparó, que

<sup>1</sup> Vivía como un simple labrador, en *Kruswich*, cuando los vaivodas que iban á la asamblea general de eleccion de soberano, habiéndose hospedado en su casa, quedaron tan prendados de su sabiduria, prudencia y virtud, que le eligieron su *Duque*, que era el título que entonces tenían los soberanos de Polonia. (Núm. 2, 3, 4, 5, vid. *Comp. hist.*.)

cuando la hizo al principio, supo unir la hidalguía de nuestra libertad con la obediencia *fiel* á la *razon*, y concordar el fuego de las pasiones con el amor de la *virtud*. De esta manera bien veis que quedamos libres y señores de nuestra *fortuna*, como en el principio lo éramos; mas con mucha mayor gloria, mayor mérito, mayor lauro, porque la adquirimos con mucha mayor dificultad.

49 La Princesa que vió á su hermano rendido, teniendo poco empeño, y menos esperanza de reducir la rebeldía de Ibrahin, los convidó á tomar la refaccion que les habia traído, pues que era ya hora oportuna; y comenzaron las criadas á servir las viandas campesinas con tal aseo, primor y bizarría, que aun antes del paladar, ya se habian recreado los demás sentidos.

## LIBRO XIV.

Interin comen en el campo cuentan historias alegres.—Hospédase Miseno en un palacio encantado.—Explica la parábola diciendo que la alegría de las diversiones terrenas es falsa, como las viandas encantadas.—No se convence, sino que se desespera Ibrahin.—Toda diversion de los sentidos es detestable por prolija; señal de no ser sólida.—Miseno lo confirma, asienta que tienen mil aliciones los que dan libertad á los deseos del corazon.—El que no doma las pasiones se compara al cochero que no sujeta á los brutos del coche.—La furia de la política hace que Gouborek vaya de embajador á Miseno á ofrecerle el trono de Polonia.—Háblale del asunto, y Miseno responde negándose á la corona, núm. 19.—Hospédase Gouborek en casa de la Princesa.

1 Interin duraba la refaccion campestre, dejados de industria á un lado los discursos sérios, recreaba la Princesa los ánimos con la conversacion amena y graciosa que su carácter la sugería, y el Conde fué perdiendo del todo aquel aspecto feroz y orgulloso que de repente habia tomado. Solo Ibrahin parecia obstinado ó confuso. Sus palabras eran contadas, su aire sombrío, y sus modales duros; seco en las reflexiones, inflexible en las máximas, engreido en los pensamientos. Sazonaban el Conde y la Princesa las viandas con historias jocosas, y Miseno con semblante risueño y cándido, y con una sinceridad noble, celebraba lo divertido de la conversacion, añadiendo reflexiones muy juiciosas, como quien habia estudiado por los dos grandes libros de la experiencia del mundo, y de la meditacion solitaria. El Conde reprendía el excesivo lujo de la mesa entre los romanos y griegos, despues que unos y otros decayeron de su antigua y loable

do este vencimiento por las fuerzas de la naturaleza, porque en todos es la misma, forzoso es que fuese por las de algun brazo extraño que les sostuviese el corazon en el combate, y se lo reforzase para la victoria.

46 Ahora, pues, Ibrahin, ya que estais tan versado en la historia de mi país, y me quisisteis probar, con la conducta de algunos de sus príncipes detestables, que ellos no tenían libertad para domar sus pasiones, por la misma razon estais ahora obligado á conceder que los buenos príncipes que triunfaron de ellas lo consiguieron por el socorro del brazo omnipotente. ¿Qué me diréis de Piasto el Filósofo<sup>1</sup>, del gran Mieceslao, de Boleslao su hijo, imágen de un príncipe perfecto, de Casimiro su nieto, admiracion de su siglo? ¿Qué me diréis del príncipe que hoy reina en el trono de Polonia, que sabe preferir un buen amigo á un reino? ¿Pensais que no tuvieron pasiones? Poco honor les haceis si por esto los colocais en la clase de los verdaderos héroes. Luego hay fuerza en la libertad humana, ayudada por la mano suprema, para triunfar de las pasiones mas furiosas; y si á todos da Dios ojos para ver la verdad, á todos dará piés para buscarlo: y si viere que se animan, á todos ayudará para conseguirlo.

47 Quiera el hombre moderar sus pasiones, quiera sériamente esforzarse, que sin saber cómo, se hallará fuerte para vencerlas. Un brazo invencible le ayuda, un vigor interno le corrobora, siente otra alma que anima la suya, otro espíritu que le da un esfuerzo superior á todo. Sean las pasiones como el tigre mas sañudo, ó como el toro mas feroz, ellas caerán á sus piés despedazadas; y qual esforzado Sansón se ve acometido de un leon bravo, el hombre intrépido y valeroso, poniéndole la rodilla doblada sobre su dorada guedeja, le hará gemir oprimido, y desquijarándole entre las manos, le obligará á que exhale entre bramidos su alma furiosa; así hace con sus pasiones el héroe de la *razon*, porque fuerza superior le anima.

48 De este modo reparó el supremo Hacedor su grande obra, habiendo visto que la habia desordenado la caída; y brillando entonces mas las perfecciones divinas del Artífice, cuando la reparó, que

<sup>1</sup> Vivía como un simple labrador, en *Kruswich*, cuando los vaivodas que iban á la asamblea general de eleccion de soberano, habiéndose hospedado en su casa, quedaron tan prendados de su sabiduria, prudencia y virtud, que le eligieron su *Duque*, que era el título que entonces tenían los soberanos de Polonia. (Núm. 2, 3, 4, 5, vid. *Comp. hist.*.)

cuando la hizo al principio, supo unir la hidalguía de nuestra libertad con la obediencia *fiel* á la *razon*, y concordar el fuego de las pasiones con el amor de la *virtud*. De esta manera bien veis que quedamos libres y señores de nuestra *fortuna*, como en el principio lo éramos; mas con mucha mayor gloria, mayor mérito, mayor lauro, porque la adquirimos con mucha mayor dificultad.

49 La Princesa que vió á su hermano rendido, teniendo poco empeño, y menos esperanza de reducir la rebeldía de Ibrahin, los convidó á tomar la refaccion que les habia traído, pues que era ya hora oportuna; y comenzaron las criadas á servir las viandas campesinas con tal aseo, primor y bizarría, que aun antes del paladar, ya se habian recreado los demás sentidos.

## LIBRO XIV.

Interin comen en el campo cuentan historias alegres.—Hospédase Miseno en un palacio encantado.—Explica la parábola diciendo que la alegría de las diversiones terrenas es falsa, como las viandas encantadas.—No se convence, sino que se desespera Ibrahin.—Toda diversion de los sentidos es detestable por prolija; señal de no ser sólida.—Miseno lo confirma, asienta que tienen mil aliciones los que dan libertad á los deseos del corazon.—El que no doma las pasiones se compara al cochero que no sujeta á los brutos del coche.—La furia de la política hace que Gouborek vaya de embajador á Miseno á ofrecerle el trono de Polonia.—Háblale del asunto, y Miseno responde negándose á la corona, núm. 19.—Hospédase Gouborek en casa de la Princesa.

1 Interin duraba la refaccion campestre, dejados de industria á un lado los discursos sérios, recreaba la Princesa los ánimos con la conversacion amena y graciosa que su carácter la sugería, y el Conde fué perdiendo del todo aquel aspecto feroz y orgulloso que de repente habia tomado. Solo Ibrahin parecia obstinado ó confuso. Sus palabras eran contadas, su aire sombrío, y sus modales duros; seco en las reflexiones, inflexible en las máximas, engreido en los pensamientos. Sazonaban el Conde y la Princesa las viandas con historias jocosas, y Miseno con semblante risueño y cándido, y con una sinceridad noble, celebraba lo divertido de la conversacion, añadiendo reflexiones muy juiciosas, como quien habia estudiado por los dos grandes libros de la experiencia del mundo, y de la meditacion solitaria. El Conde reprendía el excesivo lujo de la mesa entre los romanos y griegos, despues que unos y otros decayeron de su antigua y loable

sobriedad, como tambien el que hoy se ve en las principales cortes de Europa, prefiriendo á todos esos banquetes aquella simple y gustosa refaccion que su hermana le habia preparado en tan agradable sosiego.

2 Ibrahin malicioso añadia tales reflexiones, que insensiblemente queria persuadir su abominable máxima de que solo en la satisfaccion de las pasiones podia consistir la alegría á que aspiraba todo viviente. Miseno, provocado de la Princesa, tuvo que contribuir á la recreacion de la sociedad con una historia divertida, que le recordó su memoria, y esta fue de un banquete bien extraño, al que él decia haber asistido, y la refirió de este modo:

3 En tiempo que el rey Casimiro, padre del monarca que hoy ocupa el trono de Polonia<sup>1</sup>, hacia grandes conquistas sobre los rusos, tuve yo precision de ir acompañado de solo dos caballeros á examinar cierto terreno y determinados puestos que nos podian ser ventajosos, porque el Rey me habia confiado esos proyectos, y yo no debia comunicarlos á otro. Partí, pues, por el camino que va á Czernigow; y hé aquí que ya de noche, dudosos en los caminos, cansados los caballos, helados los miembros, andando y desandando por un dilatado bosque, nos vimos como naufragando en medio de la tierra. Cuando caminábamos mas para salir de aquel laberinto, mas enredados nos veíamos en él. La luna se habia retirado, y las estrellas no osaban aparecer en aquella negra espesura. Un gran pavor se derramaba por los corazones, y perdíamos el juicio sin saber cómo salir de aquel encanto; cuando de repente nos hallamos en una hermosa alameda que daba entrada á una admirable casa de campo. Dos bellos torreones guarnecian la entrada, que nos conducia por admirables paseos de árboles á la puerta principal, que hallamos abierta y patente. No es tan agradable la aurora en su carro de oro á los ojos del mísero navegante, que en medio del Archipiélago<sup>2</sup> á cada momento va á perecer envuelto en tinieblas y peligros, como nos fue aquel maravilloso palacio. No podia desearse hospedaje mejor que el que nos hicieron aquellos caballeros y señoras. En las chimeneas ardían las maderas mas olorosas, las mesas estaban llenas de viandas sumamente delicadas, los vinos eran generosos y exquisitos, y los licores de toda especie; de suerte, que no acabábamos de creer

<sup>1</sup> Era Lesco V, que reinó desde 1194 hasta 1201.

<sup>2</sup> El Archipiélago es una porcion de mar entre la *Turquia de Europa* y el *Asia*, todo sembrado de istas pequeñas, en el que por esto es facilísimo naufragar en una noche oscura.

lo que estábamos viendo. Siguióse á la mesa la diversion del juego, y la fortuna parecia que iba en nuestra compañía, porque todos tres ganábamos con igual felicidad. Llegó, en fin, el tiempo en que fue preciso retirarnos cada uno á su cuarto para descansar de la fatiga. En una bella sala, que tenia comunicacion con nuestros dormitorios, hallamos con mucha admiracion refrescos con frutas, dulces y licores admirables, y otros mil regalos del mismo género que los de la cena. Á la admiracion de esto se siguió la risa y á esta la crítica de tan extravagante costumbre; pero poco despues una debilidad y hambre no esperada, que todos tres sentimos, nos obligó á acercarnos á las mesas, y á probar lo mismo que habíamos reprobado. El frio acompañaba á la flaqueza, las chimeneas lisonjeando solo la vista con unas llamas vivas y vapores aromáticos, no nos calentaban mucho. Como éramos militares, hacíamos motivo de zumba de nuestra misma incomodidad, viendo que ni en las camas ricamente adornadas conciliábamos el sueño, ni en las mesas hallábamos saciedad, ni calor en el fuego: pasada la noche, una inquieta alternativa, de las mesas á la cama, de la cama al fuego, y del fuego otra vez á la mesa, llegó al fin la madrugada; y queriendo salir muy temprano por comodidad de la jornada, y dejar á los criados que nos habian servido alguna señal de nuestra generosidad, visitando nuestros bolsillos, hallamos que cuanto habíamos ganado la noche precedente, habia desaparecido. Este nuevo chasco motivó con novedad la risa, la cual cesó á fuerza de admiracion, cuando al salir del palacio, queriendo fijar bien en la idea el sitio de tan extraordinaria vivienda, al volver los ojos, solo vimos un espeso bosque extendido en una gran conferencia, sin que hubiese en toda su redondez el menor vestigio de aquella casa de campo. Aquí, mirándonos unos á otros, hacíamos mil discursos, y al fin conocimos que todo habia sido un gracioso encanto ó ilusion de nuestra fantasía, con que quiso divertirse algun mágico benévolo.

4 Sin tardar tanto tiempo, dijo el filósofo, se podia conocer que nada era realidad. Fuego que no calienta, cama que no consuela, viandas que no sacian y vino que no vigoriza; bien pronto se ve que son una pura ilusion. Si á mí me aconteciese ese caso, diria al punto á los compañeros que estábamos encantados.

5 El Conde escuchaba, y entre admirado é incrédulo estaba luchando consigo mismo, y llegó á decir á Miseno, que si no fuese su autoridad, ninguna otra podia obligarle á dar crédito á semejante suceso; pues yo pensaba, dijo él, que ninguno lo habia de creer mas prontamente que vos, porque juzgo que muchas veces os habrá acon-



tecido cosa semejante. Esta respuesta inopinada dejó suspenso á Ibrahin y al Conde; la Princesa sonriéndose les dijo que era tambien del voto de Miseno; y esto los enredó mas notablemente, hasta que por último le pidieron que se sirviese explicar el enigma y correr el velo á la parábola, declarando la doctrina que envolvía.

6 Condescendió Miseno, y continuó de este modo: En mi mocedad no perdía ocasion de satisfacer mis pasiones y apetitos. Esta era mi máxima y ley inviolable, y en efecto, en esta jornada que hice con los dos palatinos de Polonia, nos divertimos mucho, alargando la rienda á nuestras inclinaciones y concupiscencias; con todo eso, mi corazón siempre sentía la misma sed de alegría; apenas pasaba la diversion, que solo me recreaba por un instante, cuando yo experimentaba el mismo vacío interior que antecedentemente; nunca mi pobre alma dejaba de padecer una especie de hambre canina, apeteciendo siempre divertimientos, deleites y regalos; y nada me saciaba, porque si despues de haberme divertido bien estaba una tarde solo, luego me hallaba triste é inquieto. Todo mi afán era enlazar con arte los placeres, de manera que se sucediesen unos á otros sin interrupcion, como vos, Conde, lo acostumbrais hacer tambien, según lo dijisteis. Sin embargo, nada era bastante para llenar el vacío de mi corazón, pues al fin de cualquier deleite venia inmediatamente la melancolía. Ahora, ¿no es esto lo mismo que estar comiendo, y quedarse siempre con hambre? ¿echar ropa, sin adquirir calor que nos consuele? ¿beber á cada momento y sentir la misma sed que antes? Pues ¿por qué no dirémos de los deleites con que nos lisonjean las pasiones, lo mismo que de aquellas viandas encantadas hemos dicho?

7 Las pasiones, amigos míos, si nos dan alegría, mas es una alegría falsa, fantástica y de ilusion, de suerte que jamás el corazón del hombre quedará satisfecho con ella. Vosotros lo experimentais, y ninguno puede negarlo, porque el ansia con que despues de una diversion se procura otra, y despues de conseguir un empeño nos ocupamos en otro, manifiesta que el corazón aun está vacío, que el alma se halla hambrienta, y que todo con lo que la entretenian, era puramente aparente. Decidme, si uno estuviese siempre embolsando dinero y mas dinero, y cuándo buscarse una moneda hallase la bolsa vacía, ¿quién se persuadiría que era verdadero el oro que en ella puso? Lo mismo digo de la alegría de las pasiones. Siempre andaba yo en busca de ella, y la atesoraba con ambicion y avaricia; en hallándome solo, iba á buscar en el fondo de mi corazón un poco de

alegría que habia juntado, y me hallaba desconsolado, descontento y triste<sup>1</sup>.

8 Jamás, dijo el Conde, nos hicisteis argumento tan concluyente, ni pintura tan clara de lo que por mí ha pasado en toda mi vida. Ved, Ibrahin, como era errado el camino que me enseñabais para la alegría sólida. Apelábais del tribunal del discurso al de la experiencia, y ahora veis que en este sois condenado igualmente. Si las pasiones diesen alegría, creed, Ibrahin, que ninguno la podría tener mayor que yo, porque ninguno habrá seguido sus pasiones con mayor empeño; y no obstante eso, jamás hubo persona mas perseguida de la tristeza.

9 No podía Ibrahin disimular la cólera interior que se le trasladaba por los ojos, y el incendio de sus pasiones humeaba por todo el semblante. Veíase convencido por quien no tenia como él profesion de estudios, que era lo mismo que verse un militar postrado en desafío por un paisano. La confusion le perturbaba, el discurso y la política le hacian reprimendas injurias, que es el último recurso de quien queda vencido, cuando la soberbia no le permite confesar la victoria. Esta lucha interior de su alma, que se batía con todas las pasiones á un tiempo, se dejaba ver tambien en el exterior: quería hablar, pero callaba sin que se conociese lo que quería decir.

10 La Princesa, que estaba empeñada en el triunfo, hallando á su enemigo aturdido, quiso, aunque con brazo femenino, correrle nueva lanza, á ver si lo rendia del todo, y le dijo así: Para entender, Ibrahin, que la satisfaccion de nuestras pasiones no puede dar alegría verdadera, basta ver que lo mismo que al principio nos da gusto, siendo continuado cansa, fastidia y finalmente aflige. La música mas armoniosa, la mesa mas delicada, el teatro mas completo, en pasando cierto tiempo comienza á enfadar, de suerte, que si nos obligasen por fuerza á proseguir en esos mismos deleites sin alguna variedad, por nueve ó diez horas continuas, nos sería un tormento desesperado. Haced, Ibrahin, anatomía de nuestra alma, y hallaréis que su paladar es por extremo delicado, y que fácilmente se embota; de manera, que á fuerza de continuacion, el gusto se muda en fastidio, el fastidio en angustia, la angustia en tédio, y el tédio en desesperacion. Ahora bien, ¿cuándo se vió jamás esta paradoja, que

<sup>1</sup> Aun cuando el hombre desea alguna cosa ilícita, busca siempre algun atributo de Dios, como *felicidad, alegría*; y como no la busca donde la debe buscar (que es en Dios) queda burlado, y siempre inquieto. (*Ex cap. 31 Soliloq. D. Aug.*)

*el origen de la verdadera alegría llegase á causar tristeza?* Perdonadme si me meto á filósofa, porque aunque mujer, como deseo tener parte en el descubrimiento de este tesoro, quiero dar de cuando en cuando mi azadonada con el discurso, porque de otro modo no participaré de él. ¿Qué os parece, Miseno?

11 El sistema de querer contentar las pasiones, la respondió, tan lejos está de ser el origen de nuestra alegría, que solo lo será de muchas aflicciones y tristezas. Nuestro corazon tiene grandes alas, y batiéndolas con ansia, se levanta en el aire en busca de lo que desea, nunca vuela tierra á tierra como las golondrinas: imita las águilas, que se remontan siempre, y no saben volar sino á lo alto, despreciando la humilde region de lo fácil; porque solo lo que es difícil estimula nuestro apetito. A mas de eso, el corazon volando por esa region vastísima siempre sube; y apenas consigue lo que deseaba, ya desea cosas mas altas. Así crece con el vuelo la dificultad, con la dificultad el cansancio, y con este el disgusto; mas el corazon siempre bate las alas sacando nuevas fuerzas de su fuerza. Y si acontece encontrar algun estorbo, y que despues de mucha fatiga felizmente lo vence, entonces fundando sobre esa victoria nuevas esperanzas, aun se remonta mas. Finalmente, bien veis que subiendo siempre el deseo, por fuerza ha de pasar de la esfera de lo difícil, y entrar en lo que ya es moralmente imposible; y en tales circunstancias, cuantos deseos tenemos, tantos disgustos nos preparamos, porque nuestro corazon, Ibrahin, embrollado con la dificultad que no puede vencer, es como el ave cogida en el lazo, que cuanto mas bate las alas, tanto mas se lo aprieta. Y de aquí es, que quien se determina á dar satisfaccion á sus pasiones, va á buscar indispensablemente mil disgustos, tristezas y aflicciones.

12 Revienta furioso el volcan, cuando ardiendo largo tiempo el subterráneo fuego no halla respiradero por donde poco á poco se desahogue, y esto mismo hizo el incendio que el espíritu de la *soberbia* levantó en el corazon del Mahometano. Entre mil pasmos, admiraciones y espantos se ponía las manos en la cabeza, y apenas se levantaba de su lugar, cuando se volvía á él. Ponía á los cielos por testigos: quejábase á los vientos y á las peñas, y sin acabar de explicar lo que decia, no ponía atencion en lo mismo que pronunciaba. Estaba el Conde observando y mirando como en un espejo los efectos de la pasion de Ibrahin, y veía que la tal pasion le cegaba para no ver la verdad, y verdad tan clara, que hasta el mas ignorante la confesaria: y esta doctrina muda, hablándole en el filósofo,

le era de grande provecho. Entre tanto, ninguno chistaba ni le contradecía; y despues que el volcan vomitó piedras, llamas y humo, esto es, injurias, dicerijos y palabras confusas, ya algun tanto mas sosegado, decia con ironía, que daba gracias al cielo de haber nacido en tiempos tan dichosos, en los cuales se descubria lo que ningun sábio hasta estas edades habia descubierto: que de allí en adelante cuando quisiese alegrar á sus amigos y convidados, procuraria con todo estudio é industria mortificarles los apetitos, reprimirles las pasiones, humillarles la vanidad y orgullo, y herirles el amor propio, ya que el reprimir las pasiones, segun la nueva filosofía, era el medio de hallar el mas sólido contentamiento. Y despues volviéndose hácia las criadas que allí se habian quedado, con vilísima pobreza de alma, mendigaba sus sufragios á falta de otros mejores, y pensaba que era aprobacion tácita la risa que de él hacian: que tan ciego tenia el entendimiento. Añadia que ninguno habia sido mas benigno con los hombres que el famoso Nerón, pues que en sus tiranías, quebrantando las pasiones de los otros, se procuraba, segun la doctrina de Miseno, la alegría mas completa. No tergo mas que aprender, decia: esta leccion me basta; y despidiéndose con cierto pretexto, tomó su báculo, y se retiró desconfiado.

13 Celebraron los dos hermanos, como era justo, la retirada del filósofo; y Miseno todo aplicado á la instruccion del Conde, le dice: Las pasiones, amigo, son, como ya os dije, semejantes á los brutos: domadas sirven para darnos gusto, rebeldes y sueltas solo para nuestra ruina sirven. Si el cochero cobarde y negligente afloja las riendas á los caballos, porque los halla indómitos y fuertes, ¿qué efectos puede esperar de su flojedad y pereza? El cochero sin gobierno, y corre precipitado, aquí se tuerce, allí cae, allí va el cochero arrastrado, los caballos le pasan por encima, pasan por encima de él las ruedas, y al fin le sacan de entre los piés de los caballos atropellado, herido y muerto. ¡Cuánto mejor le hubiera sido tener las riendas tirantes y sujetar, aunque le costase fatiga, los ímpetus de los brutos! Mis amigos, los daños que se nos siguen cuando dejamos correr á rienda suelta nuestras pasiones, siempre son suaves mayores que el trabajo de refrenarlas; así cuando no fuese sino por evitar tan grandes disgustos, debíamos siempre gobernar por la *razon* nuestras pasiones y apetitos. En estos y otros discursos semejantes estaban los tres amigos ocupados, cuando un imprevisto suceso vino á interrumpirlos.

14 Esa detestable furia, que con las máximas de la falsa *politica*

acostumbra *intrigar* \* los soberanos, abrasar los reinos, y poner en perpétua discordia al mundo entero; esa furia, digo, en el subterráneo conciliábulo había tomado por empresa estorbar, por medio de la separacion del Conde y de Miseno, la introduccion de la sana filosofía, que era tan funesta al infierno; y así atizando el fuego mal apagado en los Estados de Polonia, hizo venir un embajador de Lesco dirigido á Miseno.

15 Como el embajador solo confusamente sabia dónde Uladislaw se ocultaba, andaba discurriendo por aquellos montes para descubrirle. Hé aquí que se encuentra con Ibrahin, que se había ausentado de la compañía de la Princesa. Ve esta señora á lo léjos sobre la cumbre de la sierra fronteriza un noble caballero, que encontrándose con el filósofo, se para: observa que Ibrahin parecia estar muy intrincado con las preguntas del extranjero, que señalaba hácia el sitio en que Miseno estaba, y que separándose, seguia cada cual su camino. Tomó el caballero la bajada que venia á parar al puente, y de esto infirieron se dirigia á buscarlo. Mil discursos se hacian para adivinar lo que seria; últimamente determinaron la Princesa y el Conde salirle al encuentro para estar mas cerca de casa, por si hubiesen, como pensaban, de volver á ella; y por eso se despidieron de Miseno; el cual muy sosegado se tornó á su trabajo de cultivar la tierra, ó por mejor decir, aquellas ingratas peñas.

16 Á pocos pasos que dieron encontraron al caballero que preguntaba por *Uladislaw*, que había sido rey de Polonia, de quien por indicios se sabia que habitaba incógnito en aquellos ásperos montes. La Princesa turbada, dudando si debía confesar ú ocultar el secreto; mas acordándose del juramento que había prestado, respondió políticamente: En estos montes conozco pocos dias há un varon respetable por su juicio, costumbres y prudencia, que se llama Miseno; ignoro quién sea; pero viéndole vos, podréis conocerle y salir de la duda. Solo puedo aseguraros, que si la corona se debe á los méritos, ninguno la puede ceñir en su cabeza con mayor justicia que él.

17 Parte con esta noticia el caballero contento, sube la montaña, y halla á Miseno del todo desprevenido. La barba larga, blanco el cabello, el vestido grosero y el traje rústico habían mudado su figura; mas ninguna mudanza se advertia en Gouborek, valido íntimo de Lesco, llamado el *Blanco*, que era el caballero que venia con la embajada. Apenas le vió Miseno, le conoció: se asusta y queda suspendido, previendo que alguna gran novedad venia á interrumpirle el so-

siego que gozaba en aquel dulce retiro. La locucion de Miseno certificó al caballero de quién era; iba á arrojarle á sus piés, como á los de su soberano, lo que Miseno no quiso consentir por ningun modo. Pasado el momento de las admiraciones recíprocas, dijo Gouborek de esta manera:

18 Señor, si el amor de la patria y de los hijos no es contrario á la filosofía que profesais, la Polonia tiene en vos todas sus esperanzas para escapar del último precipicio, á que la falsa política la ha llevado. Todas las subterráneas é infernales cavernas, forjando sin cesar las saetas mas agudas, y envenenándolas en la sangre de los dragones de la laguna *Estigia* \*, no podrian bastar á proveer de armas á esta monstruosa furia de la política, que en la Polonia no hace sino soplar la mas deplorable discordia, no solo entre los vasallos y el soberano, sino tambien entre todos los miembros de esta indomable monarquía. Ya sabeis el empeño que todos los pueblos tenían cuando Lesco debia subir al trono de que me desterrase de la corte. La infeliz confianza que el príncipe tuvo desde sus primeros años en mis consejos, los tenía autorizados, de suerte que querian negarle la obediencia, como visteis, si no me separaba de sí. Vos, señor, sois testigo que con ejemplo raro prefirió este Príncipe un amigo á un trono. Juzgad ahora con cuánto mayor vínculo se debia unir mi corazon á quien me daba pruebas de tan extraordinaria amistad. Desde aquel momento, pues, vivia Lesco en mí, y yo vivia en él: una sola alma animaba los dos cuerpos: no había sino un solo entendimiento en los dos y una sola voluntad. Subió en fin Lesco al trono, cuando lo dejásteis vos, porque el entusiasmo de un pueblo guerrero se olvidó en el fervor de un triunfo de las máximas políticas que siempre había adoptado. Ahora, pues, reviven estas; y como vibras escondidas por largos tiempos en el seno de la madre que las engendró, han engrosado sus furiosas cabezas, y refinado su veneno. Hoy mas que nunca está el Rey unido conmigo, y los pueblos nunca mas orgullosos no pueden sufrir que yo le ayude á manejar las riendas del Gobierno, cuando los brutos están casi tomando el freno con los dientes para precipitar del todo el carro de la monarquía. El Rey, ó sea desconfiado de sus fuerzas, ó ciego de mi amistad, de ninguna manera quiere que me separe de él, que es lo que yo deseo y él debiera querer. En esta situacion os aseguro que me aflige tanta honra, y que tanto cariño me despedaza las entrañas. Ve mi afliccion, y esto duplica la suya. *Por eso me envia aquí, para que vos compadecido del estado miserable en que se hallan vuestro soberano, vuestra*

*patria y los que ya fueron vuestros hijos, querais volver al trono que con tanta paz ocupásteis.*

19 Los pueblos, acordándose de vuestro suavísimo gobierno, á cada momento os nombran: no suena en las asambleas otro nombre sino el de *Uladislaw*: los viejos lo pronuncian llorando de pena de haberlos perdido; los mozos de rabia, y hasta los niños bebiendo en la leche el afecto de los padres, aprenden á hablar pronunciando vuestro agradable nombre. En una palabra, todos con ansia os desean. El cielo se ve ya cansado de los votos que se le hacen día y noche, para que os descubran los que ignoran cuál sea la venturosa ciudad que os posee; y si lo supiesen, vendrían todos aquí á llevaros en triunfo. Solo Lesco tiene algunos indicios de vuestra habitacion escondida; y él, mas que todos, os pide que no negueis á vuestra madre la patria este socorro en su última ruina; que concedais á vuestra sangre el remedio único de su afliccion inconsolable; que os acordéis que él es vuestro primo y vuestro amigo; que ya os cedió la primera vez la corona, y que solo por fuerza la recibió de vuestra mano cuando la dejásteis; que si la instancia de los pueblos os ofendió, bien arrepentidos se muestran ahora de su primer yerro; que de esta vez seréis mas obedecido, pues os aman con preferencia, que siempre los yerros del principio fueron ensayos del acierto de los fines. Esto dijo, y postrándose en tierra, le queria besar la mano, intitulándole su soberano.

20 No profaneis ese título, le dijo Miseno enfadado, que solo se debe á vuestro legítimo Rey, y á ningun otro se aplica. Diréis á mi primo que no tiene resistir al cielo por obedecer á nuestro capricho y pasiones; que así como no es lícito aspirar al trono, cuando el cielo no nos llama, tampoco es permitido descender de allí, cuando el brazo soberano nos ha colocado en él; y que Dios, de quien dimana todo el poder y soberanía, está obligado á dar fuerza competente á las manos en donde él con la suya pone el cetro. La experiencia me hizo ver que las mias no eran propias para manejarlo, y por eso no obstante que los hombres me le quisieron dar, me lo arrancó el cielo de ellas. Yo sé cuánto me pesaba, y que mi cabeza no podia sostener la corona que tanto me oprimia. Los pueblos se disgustaban, Lesco lo presencié, vos mismo lo visteis. Mi padre tres veces subió al trono, y otras tantas se vió obligado á bajar de él: la muerte le recogió en sus brazos, conduciéndole al descanso despues de una vida tan agitada con las alternativas de la fortuna; ¿y ahora estaré yo obligado á heredar de él la misma funesta alternativa? Quiero,

pues, aprender del ejemplo ajeno, cuando tan cerca le tengo, las máximas convenientes para burlarme del mundo y de la fortuna.

21 Debo amor á los pueblos, y á la patria y á la sangre: no puedo negarlo; pero este mismo amor me obliga á aconsejaros lo que conduce al bien de todos. Lesco nació para reinar en Polonia: yo lo conozco; y conozco tambien el trono. Sé mejor que todos, si uno se ajusta con el otro. Decidle, pues, que sepa vencerse á sí mismo, ya que ha triunfado de tantos enenigos; y que si estos no pudieron vencerle, no quiera ahora ser arruinado por causa de un amigo: que las pasiones que en otro tiempo fueron las mas inocentes y justas, se convierten muchas veces en defectos, cuando las circunstancias se mudan. En el principio del gobierno le érais vos necesario: ahora le es nociva vuestra asistencia. Entonces fue heroismo preferir un buen amigo al trono: ahora es crimen preferir al bien público la particular amistad. Entonces la desconfianza de las propias fuerzas en un empeño nuevo y en edad tan tierna fue prudencia: ahora despues de la experiencia y madurez es cobardía. ¿Qué dirán los pueblos? ¿Qué su príncipe los abandona por un solo vasallo! Un hombre debe estimar á su amigo; pero solo debe dar por esta amistad su justo precio, y no debe conservarla á costa del público. ¿Qué dirian de un padre, que por el simple gusto de la asistencia de un amigo dejase que sus propios hijos se degollasen mutuamente, sin acudir á evitar en su casa tan funestos desastres? Pues lo mismo dirán de mi primo, si por el ocioso y femenil gusto de teneros á su lado deja caer la monarquía en rebeliones y guerras civiles. Si yo aceptase la oferta del trono, vos seriais el odio de los vasallos, viendo todos que seis la causa de verse privados de un príncipe tan sábio como es vuestro Soberano; un príncipe tal, que solo él puede hacer toda la felicidad de los Estados. ¿Qué mayor daño podrian causar los enemigos con una batalla campal, en que llevasen prisionero á Lesco? Lo que harian era privar á sus vasallos de un gran rey, y robarles el mejor padre á sus hijos. Pues otro tanto hace el funesto tema de vuestra mal ordenada amistad. Vos seréis mirado como un traidor, pues por el interés del valimiento consentís en esta pérdida universal, sacrificando la patria á vuestra ambicion, ó á la pasion ciega del amor.

22 No, mi amigo, si hasta aqui fuisteis digno de la amistad de vuestro monarca por los buenos consejos que le habeis dado, ahora no lo seréis si le aprobais esta resolución indecorosa. Mientras mi primo os ve, no tiene su corazon valor para deciros que os aparteis de su lado: pero ahora en vuestra ausencia puede respirar del cautive-

rio; cautiverio, aunque suave, funesto. Retiraos, pues, vos mismo, y desde vuestro retiro escribidle todas estas razones á vuestro soberano. Si sois amigo de vuestro rey, tambien sois polaco, y debeis á vuestra patria mas que á vuestro príncipe, porque es deuda mas antigua; y aquella que os dió el ser no debe posponerse á quien solamente os aumentó la fortuna. De vuestro retiro se seguirá la tranquilidad de los pueblos, la paz del monarca, la mútua armonía entre ellos, y el bien general de los Estados; al mismo tiempo que si insistís en condescender con mi primo su mal dirigida pasion, él se pierde, vos seréis aborrecido, y la patria se arruinará del todo.

23 Por lo que á mí me toca, él y vos podeis estar seguros de que nunca aprobaré por ningun interés lo que mi razon condena. Decid á Lesco, y decid á todo el mundo, que yo quiero trono mas alto, corona mas noble y victorias mas gloriosas. *Quiero reinar sobre mis pasiones, y triunfar totalmente de ellas*: esta es mi respuesta decisiva.

24 Esto profirió con un aire tan majestuoso y resuelto, que Gouborek no se atrevió á replicar; y prometió obedecerle en todo con el mayor respeto y rendimiento. A este tiempo llegó un criado de la Princesa, que pedia á Miseno ofreciese á aquel caballero hospedaje en su palacio, supuesta la aspereza de aquellos desiertos montes. Miseno lo hizo con urbanidad política, recomendándole el secreto de la persona y de la embajada; lo que él prometió retirándose muy triste.

25 Fue Gouborek hospedado por la Princesa con magnificencia y urbanidad; y reinando mútuamente la política, el extranjero ocultaba los secretos de su embajada, y los huéspedes el conocimiento que tenían de la persona de Miseno, siendo las bellas cualidades de este solitario en los montes el asunto de la conversacion, que con estudio unos urdian, y el otro cortaba. Mas el dia siguiente, cuando agradecido se retiraba Miseno, por algunas palabras que se le escaparon al Embajador, sospecharon los dos hermanos el motivo de su diligencia y su resulta, creyendo Gouborek que no tenían aquellos príncipes el menor antecedente de sus ambiguas expresiones.

26 Miseno por su parte quedó cuidadoso despues de la embajada de Lesco; pero confirmándose en su antiguo pensamiento, se decia á sí mismo: ¿Cuánto mas glorioso seria Lesco, si quisiere reinar sobre sí y domar sus pasiones? Infeliz es todo hombre que se deja llevar de ellas, aunque la pasion sea la mas inocente, porque siempre es ser arrastrado de otro, lo que, aunque por mejor camino, es indigno y dañoso. No se atreve mi primo á violentar su corazon: le duele cuando le oprime, y esto á todos cuesta. Obre él, pues, como qui-

siere, que yo á toda costa he de insistir en reprimir siempre mis pasiones. Muchas circunstancias me han de suavizar este trabajo; porque por una parte la fuerza de las pasiones, cuando se subyugan, siempre va á menos, al modo que faltando el pábulo á la llama cada vez se debilita mas, hasta que por sí misma se acaba. Por otra parte, las fuerzas del alma se aumentan con el ejercicio de la lucha. ¡Qué vigoroso no se halla el brazo del soldado veterano, que por largo tiempo ha manejado el escudo, vibrado la lanza y esgrimido la espada! ¿Qué cosa hay que aunque sea difícil al principio, no venga á ser fácil con el uso? ¿Y no será lo mismo en esta empresa de vencerme á mí propio? Ánimo, Uladislao, triunfen los demás de los brutos, de los bárbaros ó de los crueles enemigos, que yo triunfaré de mí propio. Sé que además de lo que me ha costado, aun he de trabajar muchísimo. Estoy viendo á gran distancia mil combates; pero no importa. No puedo ser feliz de otro modo, ni tampoco por eso quiero dejar de serlo. Tal como todo el infierno se armará contra mí para hacerme retroceder en el camino de la empresa. Mas en buen hora, que el cielo se armará para ayudarme. «*La luz de la razon, que es la voz del Ser supremo, ha de ser la guia de mis pasiones; esta luz ha de ir delante, y despues la deben ellos seguir.*» Piensan los mas que ya las tengo totalmente vencidas y muertas; pero se engañan. Los movimientos repentinos que en mí siento, muestran que aun están vivas, bien que refrenadas. Por tanto, siempre me es preciso estudio, vigilancia y cautela; y ya que las pasiones solo mueren cuando morimos, solo con la muerte debo cesar de este cuidado. Así hablaba Miseno, y así se animaba él mismo á proseguir en su empresa.

<sup>1</sup> Sujetar las pasiones es posible en esta vida con la gracia; mas darías muerte antes de la muerte, es imposible. (S. Dorot. serm. 8).

## LIBRO XV.

La ternura engaña al Conde para que vaya á la Tierra Santa.—Afligese por dejar á su hermana y la doctrina de Miseno.—Piensa Miseno retirarse del sitio en que habitaba temiendo nueva embajada de Polonia: indeciso fluctuaba sobre lo que haria.—Déjase al cuidado de la Providencia.—Levanta los ojos al cielo; y le pareció que veia un caballero gallardo con la cruz en una mano y en otra la espada, montado en su caballo, que sin rienda ni freno le iba precipitando, núm. 14.—Empiezan á despedirse los dos hermanos de Miseno, y este los consuela, y últimamente se resuelve acompañar al Conde.—Trátase de la conquista de Jerusalem.—Motivos de esta guerra.—Neucassis sale de la embarcacion á recibir al Conde y Miseno.—Parten Miseno y el Conde en el esquife.—Cuéntales las revoluciones de Chipre y de Siria, y despidiéndose de la Princesa se embarcan.

1 Desesperado se volvió Goubot á la respuesta de Miseno, y tambien se retiró confusa á las infernales mansiones la furia de la política, viendo que ni la oferta voluntaria de una corona tan deseada lisonjeaba al héroe. Las pasiones, decia la política, están ya en el tan amortecidas ó tan avasalladas, que ni este tan vivo y penetrante estímulo las puede hacer salir ni un punto de la regla de la razon, por donde las encamina. En vano me valí del amor de la gloria y de la ambicion del gobierno: en vano solicité el amor de la patria y el de los pueblos, el amor de la paz y del público sosiego: en vano fue compartir el deseo de las delicias y de las riquezas: en vano llamé en mi socorro la mentira y la lisonja, el engaño y la bajeza. En vano tenia dispuesto á su entrada en Polonia la sedicion y las intrigas, la inconstancia y el vil interés. Todas estas furias estaban prontas á ayudarme, excitando cada una su pasion correspondiente; y no pudiera escaparse de mis lazos, con que una sola vez se rindiese á cualquiera de estas pasiones; pero todo ha sido inútil, pues no me dejó entrar en su corazon por ningun lado.

2 Ya el ánimo de Lesco arrepentido de la oferta se preparaba para encerrarlo con falsa fe en un calabozo: ya tenia yo dispuestos los malcontentos para una rebelion y motin descubierto, si Uladislaio llegaba á presentarse. ¡Ah, y qué rios de sangre no corrieran! ¡qué estragos! ¡qué horrores! ¡qué maldades no viera yo para mi glorioso triunfo, si su corazon se hubiese dejado mover de cualquier leve pasion, aunque fuera la mas inocente, porque en todas habia

yo puesto veneno! Veneno suave, pero tan eficaz, que con que una vez lo tragase Uladislaio, salia yo triunfante, y él perdido, y logrado el intento de que á nadie enseñase su pernicioso doctrina. Esto dijo la política; y de repente, á modo de un frenético desesperado, se desgrena, se muerde, se araña, se despedaza y espumea, volviendo contra sí propia su loco furor.

3 La pasion de la ternura, compadecida de la afliccion de su compañera, se ofrece á la empresa, para con nueva astucia disminuir el mal, ya que no se podia evitar del todo: á este fin intenta arrancar al Conde de la compañía de Miseno. Sea en hora buena Uladislaio, decia ella, héroe completo en los montes; mas no comunique sus máximas á quien ha de vivir en las ciudades. De este modo siempre saldré triunfante, si no de su persona, á lo menos de su doctrina. Apenas dijo esto, tomó la figura de Brancmano, palatino de Hungría, y confidente particular de Andrés, rey de los húngaros<sup>1</sup>, recientemente casado con una hermana del Conde<sup>2</sup>. Tenia la infernal furia el mismo aspecto y el mismo tono de voz, el aire y el traje en nada se diferenciaban, y así se presenta acompañado de un simple criado á la puerta de la Princesa, á tiempo que ella y el Conde salian el dia siguiente á visitar á Miseno. Quédanse ambos suspensos con su vista, infórmanse de la salud de su hermana, á quien cordialmente querian, y le preguntan el motivo de haber venido tan improvisamente.

4 Jamás hubo engaño tan completo, ni apariencia mas perfectamente imitada. La furia infernal en su exterior representaba la prudencia y dulzura, la gravedad y modestia, propia del Palatino. El rey mi señor, le dijo al Conde, me manda volver á acordaros la palabra que le disteis en el dia siempre memorable en que vuestra hermana subió al trono; en aquel alegre dia, que el dulce y perpetuo lazo unió su mano, su corazon y alma con la del régio esposo. Entonces aun aquel voto que habia hecho á Dios, y promesa á su ministro de ir á la Tierra Santa para arrancar de las manos infieles el sagrado sepulcro del Salvador; aun, digo, no estaba cumplido; aun no habia agradecido al cielo los beneficios que de él habia recibido; aun se consideraba cubierto con la negra y horrible mancha de ingrato. Por eso su corazon gemia, su alma confusa se avergonzaba de sí misma, y cada vez que miraba al cielo, le pare-

<sup>1</sup> Este fue Andrés II, que sucedió á su sobrino Uladislaio III el año 1204. Empeñó la conquista de Jerusalem, y murió en 1235.

<sup>2</sup> Gertrudis, hija del conde Bertoldo IV, duque de Moravia, primera mujer del rey Andrés, hermana del Conde de Moravia de este poema.

cia que le estaba acusando : de forma , que si lo veía risueño y alegre , se confundía entonces mas de su flojedad y pereza ; y si lo veía con cólera y furor disparando saetas de fuego , se hallaba atemorizado , juzgando que él era el único motivo de su enojo.

5 En esta afliccion , que disminuía mucho el gusto de aquellas bodas , le disteis vos palabra de ir á la Tierra Santa en su lugar , mientras él no tomaba la cruz de la Cruzada , para ir con un buen número de caballos á reforzar el ejército de los latinos , que llenos de gloria y merecimiento militaban por el honor de su Dios. Aun se acuerda el Rey del sitio , de la hora y del momento en que jurásteis delante del cielo y de la tierra , y que á estos los tomásteis por testigos de vuestra palabra , con cuya promesa empezó á respirar y descansar. Bien visteis que tenía justa disculpa , porque el cariño de una esposa nuevamente recibida en sus brazos se lo impedía , y este amor resfriaba su espíritu marcial. Ni un corazón lleno de ternura podía admitir aquel furor que pedía la guerra.

6 Vos mismo le aconsejásteis que pensando en vuestra palabra , cediese por un poco el amor conyugal ; y visteis que vuestra promesa le alegró , de suerte , que era para él su total alivio , tanto , que después de haberos partido , os veía en sueños montado en el soberbio y brioso caballo que os había dado á este fin , adornado con su real *capacete* \* ; ya le parecía que os miraba batallar con los enemigos , y penetrando con su misma espada las hileras de los infieles , ya os veía destrozando á unos , atropellando á otros , é hiriendo por un lado y por otro , sirviendo de terror á los bárbaros , de modelo á los compañeros , de crédito á la *Religion* , de ejemplo al mundo. Vos no sabéis cuán dulce le era esta imágen , y con qué gusto la revolvía en la mente de día , cuando de noche así se le figuraba. Entonces nos repetía contento las deliciosas ilusiones de su alma , y este era su mayor regocijo , ó su único sosiego , cuando en la dulce conversacion con su amada esposa venía á perturbarle su antiguo remordimiento.

7 Ahora , pues , mas atormentado que nunca , sabiendo que el amor de Sofia os detiene , me manda recordaros la palabra que le disteis , y lo hace saber tambien á la Princesa , porque tal vez lo ignora. Por cuanto al presente , no obstante los gravísimos negocios del reino que se lo impiden , está ya determinado á dejar sobre mí todo el formidable peso de la regencia de la monarquía , para partir prontamente á desempeñar su voto. En esta heroica , aunque tardía resolucion , se proponía recuperar todas las proezas perdidas :

quería ir á lavar , ó con la sangre del bárbaro , ó con la suya propia , su vergonzosa lentitud. Todo estaba resuelto , y todo pronto. Ya había endurecido , ¡ ah y qué sacrificio era este ! ya había endurecido los oídos á los ruegos de vuestra hermana : ya , mas ¡ qué pena ! ¡ qué tormento no sufría el Rey ! ya con ambas manos sufocaba su corazón , que gemía , oyendo sin respuesta las lágrimas de su amada esposa : ya un triste *adios* comenzaba á separar , y separarlos tal vez para siempre , cuando vuestra hermana cayó desfallecida , y apenas la pudo sostener en sus brazos. En este lance , después de largo espacio en que ella estaba ya temblando , ya fuera de sí , ya inmóvil como difunta , comenzó á decir en presencia de todos : ¡ Ay las lanzas ! ¡ ay esposo ! ¡ ay ! allí cae atravesado : allí exhala el alma , allí pierde la vida : ya le atropellan los brutos , ya le despedazan los bárbaros . ¡ Ay , ay ! ... En este momento un nuevo furor anima su corazón , abre los ojos , y ve al esposo : recobra entonces el aliento perdido ; pero para perderlo de nuevo , pues apenas acaba de volver en sí , cuando ya el cruel *adios*. Tres veces ví buscar al Rey la puerta , y otras tantas ví volver atrás á mezclar sus lágrimas con las de su esposa desmayada. ¡ Ah ! si vosotros lo hubiésteis visto como yo lo presencié , no podríais de ternura reprimir las lágrimas que todos generalmente derramaban.

8 Yo en este lance , perdonad si fue atrevido el consejo , dije al Rey que suspendiese la partida , que yo vendría personalmente á suplicaros , que dando cumplimiento á la promesa , diésteis un poco mas de desahogo á sus corazones oprimidos. Apenas pronuncié esta palabra , una alma nueva animó á vuestra hermana , y un nuevo espíritu vivificó aquellos corazones moribundos. El Rey me estrecha en sus brazos : la Reina no halla términos con que explicarse ; pero las lágrimas , la alegría , el gozo , el semblante y el alma , todo sin decir palabra hablaba en ella. La corte me lo agradece ; todos me apresuran : yo parto en este mismo instante , y ya me veis aquí para llevarle en la respuesta á vuestra hermana la vida , el sosiego á mi Soberano , el gozo y alegría á ambos , y el consuelo á los pueblos ; por cuanto todos temen perder en esta violenta separacion sus dos príncipes , pues tan unidas están sus almas , y sus corazones tan pegados , que siendo uno solo en dos cuerpos , lo mismo será separarlos que partirlos.

9 Esto dijo la *ternura* , y al mismo tiempo una mano invisible derramaba sobre el alma del Conde todos aquellos afectos que podían conducir al intento. En su cara se miraban el pesar y la ver-

güenza de haber faltado á la palabra; y su corazon sentia una ternura compasiva y suave para con su hermana afligida. El ánimo le ardia con la ambicion de la gloria, que con tanta razon le ponderaba su cuñado: de forma, que un fuego marcial le abrasa las entrañas, y no respira sino combates, proezas, estragos y muertes. La Princesa, mudamente acusada del crimen que no sabia, protesta, para su justificacion, que no consentirá que su hermano difiera la visita ni un solo dia, si en ello ha de ser pérfido á su palabra, perjuro á los cielos, é ingrato á un amigo tal como era el Rey su cuñado. Esto mismo protesta el hermano; y ambos aseguran al fingido embajador, que primero se embarcará el Conde para la Siria, que él pueda llegar á Buda<sup>1</sup>. Parte con esto la disfrazada furia, y entra triunfante en las subterráneas cavernas, gloriándose de su bien discurrida estratagemá.

10 Mira el Conde á la Princesa sin atreverse á decirle una palabra; pero ella se anticipó, y le dijo con ánimo resuelto que convenia partir, y partir sin dilacion: que se agañaba mucho el secreto que en aquella materia le habia reservado, y que pues la *Religion*, el honor, la palabra, la gloria, el agradecimiento y el amor estaban empeñados en aquella partida, no habia que consultar ni dudar, sino que debia seguir prontamente la *razon*, y ya que estaban en camino, era justo ir luego á despedirse de Miseno, pues ella daria orden para todo lo demás que fuese preciso.

11 El Conde, no preparado para el lance, iba de mala gana, moviendo los pasos con mucha flema; alegaba el cuidado en que quedaria la Princesa de su propio daño en la separacion de Miseno. En esta ocasion fue cuando conoció y empezó á pesar en justa balanza todo el valor de aquella afortunada casualidad de encontrar á Miseno junto al Niester; y lamentándose crudamente, decia que mas le hubiera valido no haber oido semejante doctrina, que verse obligado á abandonarla cuando le era mas precisa, y cuando tenia mayor esperanza de hallar por su medio la felicidad; la felicidad, aquel gran bien por el cual habia suspirado toda su vida. Hasta los dones del cielo, decia, me vienen á servir de tormento: solo ví la luz para conocer los errores en que hasta aquí he vivido, y en que vuelvo ahora á sepultarme de nuevo. Yo me hallo como un naufragante, que despues de un largo y penosísimo viaje, llega en fin al puerto, y cuando va á echar los brazos á su amada consorte, que sobre los peñas-

<sup>1</sup> Hoy es la corte de Hungría *Presburgo*, antiguamente era *Buda*; ambas quedan sobre el Danubio, aquella en la *Hungría Alta*, y esta en la *Baja*.

cos de la playa alborozada le espera, y á vista de ella naufraga, así soy yo; pues cuando ya estaba cerca de poseer la verdadera alegría, naufrago miserablemente, viéndome otra vez sumergido en el profundísimo piélago de mi melancolía.

12 Aquí se vió la Princesa notablemente turbada. Era cosa cruel apartar de su compañía á un hermano que amaba tanto, y muy duro separarlo de Miseno en un momento tan precioso. ¿Tendrias tú valor, se decia á sí mismo, luchando su corazon con el discurso, tendrias valor para arrancar con mano bárbara al tierno infante del materno seno, cuando comienza á respirar de un accidente mortal, y entra á recobrar aliento? Pues no es menos bárbara la violencia que hago á mi hermano, cuando por fuerza le retiro del seno de la verdadera filosofía, en donde empezaba á recibir fuerzas y aliento de vida. Esta lucha producía en la Princesa el mismo silencio que la melancolía causaba en el Conde. El aire les parecia turbio, el campo mudado, el cielo diferente. Ya no veian aquellos países agradables á imaginaciones potestas. Las aves estaban para ellos mudas, los céfiros presos, las flores marchitas, las yerbas lacias, los árboles secos, y todo desfigurado, porque los corazones estaban tristes.

13 Al mismo tiempo Miseno, pensativo, forjaba en su idea cómo retirarse de aquellos montes á un sitio de donde no hubiese jamás memoria de él. Temía nueva embajada, y que si la noticia cierta de que allí vivia se llegaba á divulgar en Cracovia, fuese eso fomento de alguna rebelion entre los descontentos del Gobierno. Pero por otra parte el retiro de aquellos montes, la ardua de aquellas breñas, la soledad del sitio y la tranquilidad de la vida le encantaban. Además, su edad ya cansada, y la natural instancia que los años y discursos maduros inspiran, aumentaban su repugnancia en desamparar tan amada soledad. Indeciso fluctuaba sobre lo que seria mejor, hasta que al fin dejó al cuidado de la Providencia la direccion de sus pasos; apenas hizo esta total entrega de su corazon inquieto, levantando los ojos al cielo, y con ellos su esperanza, le pareció que veía un gallardo caballero<sup>1</sup> con una cruz en una mano y la espada en otra, montado en un soberbio caballo, que sin rienda ni freno lo iba precipitando. Pasó como un relámpago esta figura; y Miseno, confuso, ahora acusaba á sus ojos, ahora á su imaginacion, ó ya los disculpaba á entrambos.

14 En esto llegaron el Conde y la Princesa con paso lento, gesto melancólico, semblantes pensativos; y Miseno queda admirado.

<sup>1</sup> Representa este caballero al Conde; véase el sig. núm. 18.



Instrúyete la Princesa de la novedad, y finalmente le dice que el Conde venia á despedirse, y agradecerle el bien que le habia hecho con su sólida é importante doctrina. No mereció al cielo, le dice, acabar de oirla, pues un navío veneciano pronto ya á partir de *Akerman*<sup>1</sup> lo espera y debe salir en breve. Por fin, ¡trunfó de él su infelicidad! Aquí la sufocaban las lágrimas. No digais eso, señora, acudió lleno de ternura Miseno. En todo lugar, querido hijo mio, que os acordeis de mis consejos, los hallaréis de suma utilidad y provecho. «No está la felicidad aneja á estos montes, ni es produccion particular de estas rocas: el corazon del hombre es el terreno en que nace esta planta, y á cualquier parte que vaya, puede llevar consigo su felicidad: el caso solo está en saber cultivarla<sup>2</sup>. Tened ánimo, y acordaos de lo que habeis oido tantas veces: reprimid vuestras pasiones, aunque os cueste mucho: gobernadlas por la verdadera filosofía, que ella os conducirá como en triunfante carro al fin que desde la cuna habeis deseado<sup>3</sup>.» Vos, señora, moderad vuestra pena; y pues que la ley soberana le obliga á partir, por haber jurado delante del cielo ir á defender la causa contra los bárbaros, el cielo mismo le protegerá sus intentos, y le conducirá á la felicidad sólida y completa.

15 No tienen mis lágrimas el motivo solo que pensais, respondió la Princesa: otra lanza me hiere el corazon, y me seria necesario tenerlo de hierro, para que no me lo traspasase. Porque habeis de saber que ahora acabo de ver la accion mas bárbara que jamás vieron mis ojos. En el camino, viniendo, he encontrado un niño, perdido naturalmente de sus padres, que estaba exhalando su alma inocente á violencias de la sed: sus pequeños piés trémulos y vacilantes le hacian caer á cada paso: la lengua, al paladar pegada, apenas le dejaba formar alguna voz, y sus lágrimas por secas no podian

<sup>1</sup> El *Niester* desagua en el mar Negro, y casi en su embocadura está *Akerman*.

<sup>2</sup> Lo mismo asegura el *Filósofo incógnito*, pues en su *Poema*, lib. 1, n. 33, p. 54, dice: *La felicidad está dentro del hombre, no en los palacios ó selvas. Y si allí mismo prosigue: es equivocacion pensar que la alegría de vivir mejor pende de los terrenos, sin duda se ha equivocado el señor Filósofo en el lib. III, n. 17 y 18, negándole á Miseno la alegría en el terreno del monte.*

<sup>3</sup> Esta máxima, en la que se comprende lo esencial de la felicidad, es del Padre san Gregorio, hom. 30 in *Ev. Aquel*, dice, *ama á Dios y guarda sus mandamientos, que reprime y sujeta sus pasiones y apetitos.* Esto hizo Miseno en todo el tiempo de su vida, que abraza este poema, y aun mucho mas; y así fue feliz en los palacios y en las selvas, en Europa y en Asia.

correr por sus mejillas: me causa mucha lástima, tómele por la mano; y casi fue preciso tomarle en brazos por su excesiva flaqueza. Llévole á la puerta de una bella quinta, de donde yo veia salir rios de agua que se perdia en la tierra: hablo á su inquilino, que me dió un gran vaso de ella, tan fresca y cristalina, que solo el verla consolaba al niño. Pónesela él mismo en la boca con ansia; pero fuese flaqueza, ó fuese apetencia demasiada, apenas la prueba cuando el vaso se le cae, se rompe, se derrama el agua, y la sed se le enciende mas, á presencia del bien que acababa de perder. Pido al inquilino que repita la diligencia; mas él por capricho, ó por demasiadamente aplicado á su trabajo, ó llevado de su descanso, cierra la puerta, y me deja con el inocente en los brazos desfallecido y llorando. Quise, quiero y busco darle remedio, y no le hallo: desde ese lugar hasta vuestra cabaña no encontré quien pudiese darle socorro, y ni me atrevo á pedirlo que con inconveniencia vuestra vayais á remediar su afliccion y la mia. Mas no perezca él sediento por mi culpa, y como él respira, osaré muy gustosa plaza de importuna.

16 No pudo Miseno resistirse: deja la azada con ímpetu, levanta las manos al cielo, caensele las lágrimas á fuerza de la ternura, toma el cayado, y emprende bajar la montaña, pidiendo con gran ansia que le diga el sitio, cuando la Princesa le detiene el brazo, y le habla en esta sustancia:

17 No está muy léjos el afligido, y aun creo que respira: si queréis socorrerle, bien lo podeis hacer. Aquí lo teneis; y diciendo esto le pone delante sus ojos al Conde. De bien léjos vino corriendo, ardiendo en sed de la verdadera felicidad. Sus entrañas secas y abrasadas casi hacian huir el alma sedienta de la ternura en que vivia oprimida. Sin saber cómo, le conduje yo por la mano á esta feliz montaña, de donde veo salir la alegría en torrentes que no pueden estancarse. De la que rebosaba comenzaba ya á beber, cuando el hado le arrebató, y mas sediento que nunca, de esa agua gustosísima que llegó á probar, veo que va á perecer al primer paso que diere léjos de mí y de vos; de vos, que comenzábais á darle nueva vida y nuevo aliento; por cuanto su espíritu se halla en esta nueva filosofía muy tierno, muy flaco, y muy niño. ¡Oh, qué bisono y qué forastero se hallará en los peligros y lances que se le preparan! ¡Ah! que si vos quisiérais... Mas si es locura pensarlo, ¿qué crimen será el pedirlo? Pero si, como acabais de decir, no está ligada á estos riscos la felicidad del hombre; si á cualquier parte que el hombre fuere lleva consigo su alegría; si ningun suceso os puede privar de

ella, vos podeis... pero... ¡ah, Dios mio, y qué afliccion es la mia! Calló la Princesa, y lo restante lo dijeron las lágrimas.

18 Miseno quedó un poco suspenso: levantó los ojos á lo alto, luego los vuelve á bajar, inclina la cabeza sobre las manos, que tenia afirmadas sobre el cayado, y reflexiona que el Conde, tomando la cruz para ir á la guerra de la Tierra Santa, si no lleva consigo un amigo que le dirija y sujete sus pasiones, será como el caballero que poco antes habia visto, montado sobre un caballo furioso y sin freno. Entonces entendió que no debía negarse á lo que le pedia, y que la Providencia así lo determinaba. Y despues de un cierto espacio levanta la cabeza, y con un aire sereno le dice: Amigo, tendréis compañero que os seguirá á donde quiera que fuéreis, si pensais seriamente seguir la *razon* en todas vuestras acciones. No puedo enseñaros con mayor energía la doctrina que os he dicho, sino sacrificando á vuestro bien toda mi tranquilidad; porque soy de opinion que nada puede hacer un hombre que le asemeje mas á Dios, ni le haga mas agradable á sus soberanos ojos, que trabajar en hacer feliz á uno que jamás lo ha sido. Yo soy el primero que me pongo en camino. Vamos, hijo mio: no quiero, señora, le dice á la Princesa, que perezca por mi culpa el inocente sediento. Esto dijo, y sin entrar en la cabaña, comenzó á bajar del monte, quedando enmudecidos la Princesa y el Conde: tan grande era la admiracion, que ninguno se atrevia á hablar.

19 Vuelta en sí la Princesa del pasmo en que semejante accion la habia puesto, le parecia que todo era un sueño. ¡Y cómo es posible esto! se decía á sí misma llena de perplejidad y enajenada. ¡Un soberano que desprecia un trono despues de poseerlo, quiere seguir á un manecbo! ¡Seguirle sin saber á dónde! ¡Seguirle para experimentar y sufrir la rebeldía de su genio, la inconstancia de la edad, la opinion de las pasiones, la locura de las preocupaciones, y los encuentros de una guerra! ¡Seguirle sin saber el fin de la empresa, y seguirle sin otro intento que hacerle bien, aun á costa de tolerar todos los males! ¡Y yo me atreví á pedirlo! ¡Y yo pude consentir en mi idea pensamiento tan arduo y tan imprudente! Entre tanto, postrado el Conde á los piés de Miseno, sollozaba estrechándole fuertemente consigo, sin poder explicarse, aturdido con la inaudita benevolencia y amistad del Príncipe. Ahora si que vió el Conde con claridad, y como cuando se rompe la nube densa que encubria el sol; vió, digo, todo lo que Miseno le habia enseñado de palabra, y que lo iba á poner en ejecucion por lo mucho que le queria. Esta

fineza le hizo desatarse en lágrimas copiosas; mas aun cuando estas hicieron treguas, apenas pudo explicarse en estas pocas palabras: *Si, yo os seré fiel, vos seréis señor de mi alma, y en mi no habrá otro querer sino el vuestro.*

20 Recobrada entonces la Princesa del desasosiego, puso los ojos en Miseno, y le dice así: Señor, llena de pesar y sumergida en un jamás experimentado abismo de confusion, os ruego me perdoneis el indisculpable atrevimiento de pedirlos lo que os pedí. Vos lo queréis, señor, sea; pero os ruego que lo hagais por accion graciosa de vuestra beneficencia, y de ningun modo sea despacho de mi súplica; pues retractando mi loca osadía, esto solo es lo que os pido que lo hagais por vos ó por el Ser supremo, á quien queréis consagrar en mi hermano una estimable víctima; pero no lo hagais por mi atencion. No, porque seré infeliz viéndome toda mi vida agobiada con el peso inmenso de un tan extraordinario favor. No esperéis de mí otro agradecimiento sino una sincera confesion de la verdad de las máximas que me habia enseñado, y la aplicacion que haré de ellas en mí misma y en mis hijos. Esta será mi única gratitud; porque en la realidad sola vuestra virtud puede ser vuestra verdadera recompensa. Sí: porque no espera otra quien hace como vos una accion tan heroica. Mientras tanto, señor, que obráreis así, forzosamente habeis de hacer ingratos, porque no pueden los hombres corresponder dignamente á acciones semejantes. Mas ya veo que para no hacerlos, solo á vos os mirais y al Ser supremo que os ilustra, que os inspira y que os mueve. Él será; pues, quien os premie.

21 Así es, señora, respondió Miseno. Despues que conozco el corazon humano, acostumbro obrar de este modo. Nada espero de la criatura porque me anima otro motivo mas noble. Cuando obro bien, gusto de la virtud en sí misma, solo porque es virtud, porque la luz de la razon me dirige, y porque la voz de quien me formó me llama para ejecutarla: gusto de la virtud, porque es un reflejo de la hermosa infinita que resplandece en ella, así como los ojos gustan del reflejo del sol que brilla acá bajo en las aguas. De este modo nunca me hallo engañado con el extraordinario procedimiento de los hombres; y solo si Dios mudase su naturaleza, si la virtud no fuese virtud, y si el bien fuese detestable, únicamente entonces podría yo arrepentirme de haberlo abrazado. No quiero, hijo mio, dijo volviéndose al Conde, no quiero que domeis vuestras pasiones porque yo os lo pido, ni porque mi amistad lo merezca: no; solo quiero que las sujeteis, porque la luz de la *razon* lo manda, y porque

el soberano Ser que os dió la vida, y que os ha de dar la verdadera felicidad, lo desea y se agrada de ello. Vamos á embarcarnos, y no se disminuya por la tardanza la perfeccion del sacrificio.

22 Con esto se pusieron en camino; y la Princesa recobrando su estilo antiguo para disimular la amargura de la soledad que ya empezaba á sentir, comenzó á gracejar, describiendo poéticamente proezas militares que se prometia de su hermano. Miseno, despues de consentir que un discurso jocoso alegrase el corazon oprimido del Conde, atajó las inciertas esperanzas que podian engañarle, y le dijo así:

23 Hijo mio, no os dejéis enamorar de un gusto y de una gloria que es vil é incierta, pudiendo dejaros encantar de otra mucho mas sólida y segura que en vuestra mano la teneis. La victoria de los enemigos en la guerra es muy dudosa, hablo como quien toda su vida se ejerció en las armas; porque eso depende de los compañeros, depende de los enemigos, depende de la casualidad: de suerte, que los mayores generales han sido vencidos muchas veces; y si dejais crecer en vuestro corazon estas esperanzas que el deseo inventa y la vanidad abona, grandes disgustos os esperan, porque muy flojo ha de ser vuestro corazon si no pasa con las esperanzas mas allá de lo que la inconstante fortuna os dará en la realidad. No, hijo mio, no os contentéis con eso; tened pensamientos mas nobles y menos arriesgados. Derramar sangre humana, vencer capitanes, atropellar héroes, talar campos, arruinar muros, asolar ciudades, abrasar edificios, hacer perecer de hambre y sed las poblaciones enteras, obligar á muchas madres á que se vean en la dura necesidad de sustentarse de sus propios hijos, como ha sucedido: eso lo hacen las fieras en los bosques, los bárbaros en los poblados, y los rayos del cielo en los campos. Reflexionad que es muy vil la gloria en que pueden excederos las fieras, los salvajes ó los tigres humanos. No alimentéis vuestro corazon con tan indigno nutrimento: otra mayor gloria os debe enamorar, y la debeis procurar en esta empresa, y es, obligar á Dios á que os alabe y se agrade de vos. Pasmáronse el Conde y la Princesa de oír la proposicion; y advirtiendo Miseno la grande admiracion que les habia causado, la confirmó diciendo: Sí, porque la esencial rectitud gusta de la virtud sólida, y aplaude en su sublime consistorio todo lo que es verdadera heroicidad. Id á la guerra, sí; pero id solo para dar testimonio á los cielos y á la tierra, de que nada es bastante á desviaros de vuestra obligacion. Haced

<sup>1</sup> Lib. IV de los Reyes, cap. VI, vers. 28, 29.

ver que ni las delicias del tálamo, ni el amor de la Princesa, ni los horrores de la muerte, y lo que es mas, ni las pasiones del corazon humano, pueden deteneros á que vayais á obsequiar la Religion, ó librándola del ultraje, ó sacrificándole la vida.

24 ¡Ah! que decís bien, replicó la Princesa. Nunca, amado hermano mio, nunca os será mas necesario vencer las pasiones, que en la presente guerra. Llevad delante los ojos á los que os han precedido en esta empresa, y veréis que las pasiones que ellos no supieron vencer disminuyeron, retardaron, ó hicieron casi inútiles sus victorias. Por nuestra desgracia tenemos muchas pruebas y bien recientes de lo que acabo de decir. ¿Qué impedimentos no pusieron en la toma de Jerusalem los locos amores de algunos famosos caballeros que militaron en su conquista? ¿Qué males no causó la envidia secreta que habia entre ellos, las intrigas de los príncipes latinos, la oposicion de las naciones y la ambicion de los capitanes? Yo no sé como en medio de tantas desenfrenadas pasiones pudo tener feliz suceso la conquista de aquella ciudad. Mas ¿qué importa que el valor la conquistase, si una pasion fue causa de que la volviésemos á perder? Mi querido hermano, para que no entreis en guerra con los ojos vendados, os instruiré en pocas palabras de la causa que os obliga á ir á exponer vuestra vida para rescatar la cruz del Salvador, y librar del poder de los bárbaros su adorable sepulcro; y mientras vamos caminando os puedo ir instruyendo.

25 Despues que Godofredo de Bullon ganó á Jerusalem con un valor mas que humano, y dejó este reino á sus sucesores, veo á su descendiente Almerico I, que del primer matrimonio tuvo á la infanta Sibila, que dió en casamiento á Guillermo de Longa Espada, marqués de Monferrato, y á Balduino IV que le sucedió en la corona; y que del segundo matrimonio con la princesa Maria, sobrina de Manuel Commeno, emperador de Constantinopla, tuvo á la infanta Isabel, que casó despues en primeras nupcias con Aufrido de Toron, nieto del condestable de Jerusalem.

26 Heredó la corona Balduino IV, y heredó tambien el valor, la prudencia, el esfuerzo y el arte de la guerra que tanta gloria habia dado á sus antepasados: de suerte, que en vano Saladino, gran sultan de Egipto; Saladino, el terror del Asia, el segundo Alejandro, el enemigo jurado del nombre de Dios, el instrumento de todo el poder de los infiernos; en vano, digo, le atacó cerca de Ascalon<sup>1</sup>,

<sup>1</sup> Ascalon ó Ascalona en Palestina de los idumeos, ciudad que fue de la

porque fue vergonzosamente vencido; pero no pudo Balduino vencer las enfermedades, ni curarse jamás de la lepra, la cual le impidió casarse. Puso entonces los ojos en su hermana Sibila, que ya era viuda, y para dejarle la corona la casó con Guido de Lusignan, de nacion francés, de la casa de Marcha, quien por puro celo de la Religion habia ido á visitar aquellos Santos Lugares. Á este Príncipe, despues del casamiento, nombró Balduino regente de su reino.

27 No sufrió Raimundo, conde de Trípoli, la fortuna de Lusignan, porque hervian en su corazon la envidia, la rabia, la malicia y la intriga. Incita ocultamente á Saladino para que rompa las treguas, no obstante de haberlas jurado por diez años. El derecho de las gentes, la palabra de un emperador, la inocencia de los pueblos que habian de ser inmolados á su furor y astucia, nada detiene á Raimundo, porque este crimen le era favorable. Insta, pide, ruega, persuade y á todo se ofrece. Admite Saladino los consejos y promesas del Conde de Trípoli, y de repente en todo su poder cae sobre Palestina: hállase el Rey de Jerusalem prevenido, sobre desprevenido leproso, sobre leproso totalmente ciego, y alarga á Guido de Lusignan, su cuñado, el mando de las tropas. Pero era para este delicado Príncipe muy pesado el escudo, y el capacete le oprimia su floja y delicada frente: las manos acostumbradas al ocio no sabian manejar la lanza, y en estas circunstancias no sabe aprovechar el favor de la victoria que las armas de los latinos habian ya ganado por una mera costumbre. Retiróse Saladino vencido, pero sin pérdida; y Lusignan victorioso, pero sin gloria; quedando todos irritados de la infame flojedad del afeminado general. Sabiendo esto el Rey, le privó del gobierno con ignominia, y nombró por heredero de la corona á su sobrino Balduino V, hijo de su hermana Sibila y del marqués de Monferrato Guillermo de Longa Espada, su primer marido. De esta manera quitó la corona al padraastro para ponerla en la cabeza del entenado, niño de cinco años. No tuvo Lusignan valor para sentir la afrenta, prueba de que la merecía; y no pudiendo ser gobernado el reino por un rey ciego, ni por un heredero niño, se entregó el manejo del cetro al infeliz y detestable Raimundo, conde de Trípoli; el cual mucho tiempo antes aspiraba á la corona de Jerusalem, sin mas derecho que su ambicion, ni mas merecimiento que sus enormísimos delitos.

28 Muere el Rey oprimido de achaques y de disgustos, y siete tribu de Simeon, una de las cinco de los filisteos, donde fue llevada desde Azoto el arca santa.

meses despues muere Balduino V, heredero de la corona<sup>1</sup>, y ya fuese porque el padraastro tiñó sus manos ociosas en la sangre del inocente (digno triunfo de su bárbara pusilanimidad); ó que su propia madre Sibila, queriendo heredar el cetro de su hijo, le arrancase la misma vida que le habia dado, con disfrazado veneno: lo cierto es, que el mismo dia de su muerte en lugar de lágrimas se miraban en el rostro de la madre señales de gozo y alegría, por verse aclamada reina de Jerusalem en la iglesia del Santo Sepulcro, y su marido Guido de Lusignan colocado en el trono<sup>2</sup>.

29 Fue este dia de consternacion para todos los latinos: de forma que su propio hermano Godofredo de Lusignan, príncipe de gran valor y merecimiento, en vez de celebrar la exaltacion de Guido al trono, se explicaba diciendo: *Los que hicieron rey á mi hermano, me hubieran hecho Dios á mí, si me hubiesen conocido*; tan notoria era la indignidad de Guido, tan ciego el amor que su esposa le tenia.

30 Menos veneno basta para hacer reventar dentro del pecho del Conde de Trípoli su corazon hinchado. No atiende á nada mas que á ver cómo, aunque sea violentamente, ha de arrancar de la cabeza de Lusignan la corona, para ceñírsela él. No tiene razon que le favorezca, derecho que le asista, votos que le ayuden, ni fuerzas que le socorran; pero no importa, hay ambicion, eso le basta. Comienza á fomentar una conspiracion, diciendo que la corona de Jerusalem no puede recaer en hija: que un cetro ganado á fuerza de la espada, debia siempre sostenerse con ella, y que así, ni Sibila, ni Isabel, medio hermana de Sibila, hijas ambas de Almerico I, podian heredar aquel trono. Suena bien esta opinion en oídos de los descontentos: atízase el fuego, amolinanse los pueblos, y todo se dispone para una rebelion manifiesta. Imagina entonces aquel mónstruo una nueva estratagemá para conseguir el intento, y manda decir por tercera persona á la Reina asustada, que él se obligaba á mantenerle firme en la cabeza la corona vacilante, si repudiaba á Lusignan, que era el objeto del odio de todos los caballeros. Esperaba el Conde de Trípoli que la Reina en reconocimiento de tan gran favor, despues de repudiar á su marido, pondria en él los ojos por haber ya manejado su cetro. ¡Qué locura no es creíble del entendimiento ofuscado de una pasion furiosa! Era Raimundo casado, tambien Sibila lo

<sup>1</sup> Reinó ocho meses, vivió seis años.

<sup>2</sup> Fue ungido rey de Jerusalem en el año 1186, y despues rey de Chipre el 1191.

era, y cree que rotos los dos indisolubles vínculos, podrá él enlazarse con la Reina para empuñar con ella el cetro.

31 Inclinase la Reina á la propuesta, y promete repudiar al marido, con tal que los caballeros juren solemnemente que todos recibirán por su legítimo rey á quien ella despues escogiese por esposo. Celébrase la funesta, aunque por entonces alegre ceremonia, de repudiar Sibila públicamente á Lusñan su legítimo esposo. Engriese el Conde engañado de sus vanas esperanzas; ya le parecía tener tan gloriosa corona en la cabeza, y en la mano el cetro. Todos están atentos, todo suspenso, todo en la mayor expectacion, cuando Sibila, hecha la recusacion de su legítimo marido Lusñan, despues de recibir con pompa en el trono todos los honores de soberana, descende de él para elegir esposo. Siguenla los ojos de todos los circunstantes, mil pretendientes esperan ser soberanos dentro de un momento, y Raimundo cree que sin duda él debe ser el preferido á todos; cuando hé aquí que en tula, acercándose á su marido repudiado, le da como á esposo un preulo, y quitándose de su propia cabeza la real diadema, ciñe con ella la de Lusñan; y con disimulada sonrisa dice á toda la asamblea, que jamás fue ni será lícito á los hombres separar á los que Dios habia juntado <sup>1</sup>.

32 No arde en las entrañas del Vesubio mayor incendio, cuando haciendo temblar la tierra, se prepara á vomitar llamas contra el cielo, y ahogar los mortales en rios de fuego <sup>2</sup>, del que ardia en el corazon del Conde, de odio, cólera y venganza. No hay trincheras que contengan la furia de su ambicion ofendida: la Religion, el honor, la razon y el derecho de las gentes, todo es nada. Raimundo jura vengarse, y ha de ser indefectible su venganza, aunque ultraje los cielos, abraze la tierra, se precipite en los abismos, y aunque en el furor de su rabia envuelva al mismo Omnipotente: todo se ha de sacrificar. Va á solicitar al Sultan de Egipto; á ese mismo Sultan que habia jurado delante de los cielos perseguir como á enemigo al Dios de Raimundo; á ese mahomelano va ahora Raimundo á implorar como á su protector: y eso para hacer guerra á su mismo Dios. El Sultan, oprimido de las armas de los latinos, habia pactado con ellos treguas de nuevo; pero no importa, falte al juramento, decia Raimun-

<sup>1</sup> *Quod ergo Deus conjunxit, homo non separet.* (Matth. XIX, 6).

<sup>2</sup> Muchas veces se ha visto en el *Vesubio*, y también en el *Etna*, temblar mucho la tierra, y oírse un sordo trueno continuado, antes de una grande erupcion de fuego, y despues salir llamas horribles por la boca, y por varios respiraderos torrentes de betun ardiendo.

do, falte al cielo y rómpanse los diques de la razon, del honor y de la Religion, con tal que sea todo para satisfacer mi venganza.

33 La naturaleza se cubre de horror, él mismo se habia pasmado al primer aspecto del delito; pero la pasion le impele, ordena y manda que á toda costa se vengue. Saladino no acababa de creer tan execrable propuesta: de suerte, que ni el bárbaro podia imaginar que cupiese en ningun pecho cristiano semejante enormidad; y así eludió la respuesta con el pretexto de que él no podia, siguiendo á Mahoma, dar auxilio á un amigo de Cristo, y por consiguiénte enemigo del Profeta; y que solamente renegando el Conde de la fe, podia ser rey de Jerusalem. Tenia Saladino por imposible que llegase á tanto la pasion de la venganza: pero el Conde en nada repara, reniega de Cristo, jura obediencia al falso Profeta; y temblando todos, hasta las montañas se estremecen al oír tan execrables abominaciones.

34 En consecuencia de esto urde un ardid de guerra, y hace venir todo el poder del Sultan sobre *Tiberiades* <sup>1</sup>, dote de su propia mujer, para mayor disimulo de la traicion. Habia hecho en este tiempo el Conde paces fingidas con Lusñan, rey de Jerusalem, y le pide socorro contra Saladino para defender la dote de su esposa. Pinta, aviva y encarece el peligro para que no quede en Jerusalem, ni soldado pagado, ni milicia; acudiendo todos á impedir el golpe del Sultan. En el entre tanto, el Conde con sus tropas finge acometerle; mas en la mayor fuerza del combate, segun los ajustes de la traicion, se rebela contra los latinos, y la falsa fe ejecuta la mas bárbara carnicería en sus mismos hermanos, y todo perece: triunfa el Sultan; y haciendo burla del Conde, entra soberbio en Jerusalem: apodérase del Santo Sepulcro, y hace cautiva la cruz del Salvador del mundo. En la fuerza de la victoria apenas concede la vida á los reyes, que fueron enviados prisioneros á Damasco <sup>2</sup>. No fue esto piedad, porque el bárbaro no conocia este suave afecto, sino que fue momento de su ambicion por la esperanza de algun cuantioso rescate. Aquí teneis, hermano mio, lo que os obliga á exponer vuestra vida. Ved lo que hace una pasion desenfrenada, y cuánta razon tiene Miseno para aconsejaros que la domeis con el mayor cuidado y rigor.

35 Yo no podia, hijo mio, añadir Miseno, ofrecer á vuestra vista

<sup>1</sup> *Tiberis* ó *Tabaria*, antigua ciudad de *Judea* sobre el lago del mismo nombre á 25 leguas N. de *Jerusalen*: fue arruinada durante las *Cruzadas*.

<sup>2</sup> Estos y mayores excesos de crueldad y ambicion, véanse en el *Abad de Choyssi*.

espejo mas claro y fiel para que viérais en él retratado el corazon humano, que el que vuestra hermana os ha dado en esta sencilla narracion. ¿Cuánta sangre inocente se ha derramado, y aun se ha de derramar por causa de esta pasion? ¿Qué familias no han perdido los padres, fundamentos de sus vidas? ¿Cuántas los hijos, apoyos de las casas vacilantes y medio arruinadas? ¿Cuántas los maridos, consuelo y amparo de sus esposas de edad tierna? ¿Que horrores, qué desórdenes no se han cometido en el espacio de mas de treinta años que el infeliz Raimundo se abandonó á su ambicion? Pero no penseis, hijo mio, que solo hay este ejemplo en el mundo: todo lo demás es así con poca diferencia: no hay maldad, ni desgracia, ni suceso horroroso que por un modo ó por otro no sea efecto de alguna pasion desenfrenada. Estos crímenes vistos en el Conde de Trípoli nos hacen temblar: otros semejantes en mí ó en vos escandalizarian á todos los que los viesén; pero vistos por nosotros mismos, no nos causan espanto alguno, porque es efecto propio de la pasion cegarnos cuando nos impele al mal para que por lo veamos, sino despues de estar cometido.

36 Yo os protesto, dice el Conde, que jamás me dejaré llevar de mis pasiones; y que desde hoy en adelante será siempre mi única guia la ley de la razon. Cumplid vuestra palabra, respondió la hermana, y seréis el mayor héroe de nuestros tiempos y de todos los siglos. Os doy á Miseno por testigo, replicó el Conde, y mi mano por fiador. Pasado esto se detuvieron algun tiempo en Akerman, mientras se aprontaba todo lo preciso para el viaje, y llegaron finalmente al puerto á donde del navío que los esperaba.

37 Viólos Neucasis, capitan de la embarcacion, y fué á buscarlos con su esquife. Él era veneciano, y hacia viaje á la isla de Chipre<sup>2</sup>. Entonces les hizo saber como se hallaba con órdenes apretadísimas para hacerse á la vela con la mayor presteza, porque se tenia noticia de la muerte de Almerico, rey de Chipre, intitulado igualmente rey de Jerusalem<sup>3</sup>; y que pocos dias despues falleció tambien su esposa Isabel, hija de Almerico, rey de Jerusalem, cuya infanta fue heredera de aquellos Estados por la muerte de la infeliz Sibila,

<sup>1</sup> Se abandonó el año 1181. (*Ab. Choyssi*).

<sup>2</sup> Chipre, isla grande del Asia en el mar Mediterráneo, cerca de la Siria, no muy distante de *San Juan de Acre*, donde iban á desembarcar los caballeros que se encaminaban á la conquista de la Tierra Santa. *Nicosia* es su capital. La quitaron los turcos á los venecianos, año 1370.

<sup>3</sup> Murió el año 1200.

su media hermana mayor, casada con Hugo de Lusñan, en cuya mano se habia perdido Jerusalem algunos años antes. Y como no solo Almerico, sino tambien Isabel, antes que en ellos se uniesen las coronas de Jerusalem y de Chipre, tenían ya hijos de otros matrimonios, era preciso que ellas se separasen otra vez. Decia tambien que Hugo de Lusñan, hijo de Almerico, rey de Chipre, habido del primer matrimonio, heredaba la corona de Chipre, y que María, hija de Isabel, antes que casase con Almerico su último esposo la habia tenido de Conrado de Monferrato, príncipe de Tiro, su segundo marido, *debía heredar el cetro de Jerusalem, ó por mejor decir, el derecho á él, pues ya estaban entonces los sarracenos apoderados de la Palestina*<sup>1</sup>. Estas revoluciones que habia en Chipre, pedian que Neucasis apresurase su viaje, y debía hacerse á la vela sin la menor detencion.

38 Soplabá un viento blando y favorable. El mar dulcemente agitado guarnecía de blancas espumas todas aquellas playas, dando un vivo relee al color azul de las ondas: el sol con sus rayos formaba en la superficie de las aguas unas como estrellas, que doradas y brillantes andaban inquietas, é iban siempre delante del esquife que habia de guiar á la nave, á la Princesa y los pasajeros.

39 En el ínterin, la despedida próxima comenzó á causar su efecto en el corazon de los dos hermanos, de forma que las lágrimas en uno y otro se asomaban con ímpetu á los ojos; mas la fuerza de la reflexion las reprimia, bien que escapándose algunas, á pesar del esfuerzo. Miseno, que veia esta interior lucha, les dice con un aire risueño: ¿Para qué quereis ser verdugos de vosotros mismos, oprimiendo con mano cruel vuestros corazones, los que solo respiran y se desahogan por los ojos? ¿Para qué les negais el auxilio que les permitió quien los formó? Las lágrimas son la sangre del corazon herido; ¿y qué os aprovechará impedir que esa sangre corra, una vez que esté extravenada? Pensad en cerrar la herida con algun discurso oportuno, y entonces por sí misma la sangre se atajará.

40 Vuestro hermano, señora, va á buscar su felicidad, y Dios ahora le pone en la mano su buena suerte, haciéndole señor de su mayor ventura. La empresa es digna de su nacimiento, de su religion, de su carácter y de su natural heroicidad: no va solo por divertirse ni para aumentar sus Estados, ni para dar á la vanidad, á la ambicion, ni á otros vicios un nuevo fomento, como acontece de ordinario; sino que va á pelear por la honra de Dios, que es pelear

<sup>1</sup> Lea el *Filósofo incógnito* la letra bastardilla de este núm. y borre las catorce líneas primeras del núm. 34 del lib. VII de su *Poema*.

por todas las virtudes á un tiempo. Si él triunfa, ¿qué mayor honor, qué mayor gloria puede tener un mortal en este mundo? ¿Y qué recompensa no puede esperar en el otro? Si muere en la empresa, paga con su sangre la que ya en esos mismos lugares su Dios había derramado por él.

41 Dios desde lo mas alto de su elevado trono con agrado y regocijo sumo lo estará viendo pelear sobre la tierra, y su Majestad le asistirá, ó traspasando con su invisible espada los escuadrones enemigos que el Conde encontrará delante de la suya, ó permitiéndole que herido gloriosamente el Conde, le caiga en sus brazos para transportarle en un momento al coro de los Mártires. Todo el punto está en que vuestro hermano obre como es justo, que no haga de la causa de Dios objeto de un loco capricho, ni asunto de vanidad humana, esta que es la mas sagrada empresa. Lo que importa es, que triunfe de sus pasiones con aquel mismo empeño con que desea triunfar de los bárbaros. Yo tengo la experiencia que él no tiene; y como la edad y los trabajos son los que le han enseñado, no le hablaré con mis consejos. Si los tomare, será verdaderamente feliz, porque Dios lo va guiando á este término, habiéndole criado para tan notable fin. Ea, vamos.

42 La Princesa con un aire varonil, espíritu brioso y semblante alegre se despidió del Conde, ahogando en el corazón sus cuidados; y sin dar lugar á que la violencia venciese á la naturaleza, se retiró en otro esquife, dejando al hermano y Miseno en el navío, que ya sueltas las velas partía empavesado\*.

## LIBRO XVI.

Al paso que el navío donde se habían embarcado Miseno y el Conde iba rompiendo majestuoso las aguas, y alejándose de la playa, se iba tras él el corazón de la princesa Sofia, sin perderle de vista, aunque llorosa, núm. 1 y 2.— Vienen el Embajador de la Reina de Jerusalem y su esposa á cumplimentar al Conde.— Declara Miseno al Embajador cuál es su intento en reducir al Conde, y le manifiesta el método que intenta seguir para remediar sus defectos.— Para corregir sus terquedades, alaba la docilidad de Ibrahim.— Reflexiona acerca del espíritu de las porfías.— El amor propio bien entendido obliga á ser dóciles.— Pruébale á Neucasis que el amor propio bien entendido nos enseña á ser dóciles.— Muda Miseno de intento la conversacion, preguntando á los Embajadores el motivo de su jornada.— Infórmanle de lo que pasaba en Siria, y que la nueva reina de Jerusalem, María, había pedido á Felipe Augusto le nombrase esposo.— Diligense las pasiones infernales viendo caminar juntos á Miseno y al Conde, envidia trabaja en separarlos, núm. 19.— Envidia el Conde la fortuna de Juan de Brienna, en ser esposo de la nueva Reina.— Hace Neucasis un discurso sobre que el Conde de Moravia podia ser nombrado con mas motivo que el de Brienna para esposo de la reina María.— Corta Miseno el discurso, diciendo que el Conde era casado.— Neucasis insta con ejemplares.— Prueba Miseno que tener disgustos es consiguiente á dar libertad á las pasiones.— El Conde las defiende, y responde Miseno con la comparacion de dos hombres: el uno que modera los deseos del corazón, el otro que los deja volar.— Queda el Conde convencido; sin embargo dice, que quien tuvo nacimiento ilustre no puede reprimir las pasiones.— Miseno por el contrario le hace ver como las almas nobles deben tener gusto en vencerlas.— Confirmalo con un texto de Isaías, y alega una industria de que se valió cuando comandaba las tropas, que era poner discordia entre los enemigos.— Comparacion del coche enredado, en que los caballos tiran unos de otros.— Duda Elena que pueda practicarse la doctrina de Miseno, y este se ofrece á demostrarla; pero quiere averiguar antes cuál es la pasión mas vigorosa ó fuerte, para enseñar cómo esta ha de trabajar contra las otras.

1 La Princesa en la playa suelta los diques de sus lágrimas para que la inundacion de su corazón se desahogue, al mismo paso que el navío desplegadas sus velas al viento favorable iba rompiendo las aguas con majestuosa soberbia. Las ondas arrojaban espuma viéndose atropelladas de la arrogante proa, y abrigadas del voluminoso buque, venian murmurando quejas á buscar el asilo de la popa, la que por contenerlas les dejaba espacio anchuroso. La nave, cual princesa envaneida en día de pompa grande, llevaba tras sí una ostentosa cola, que manifestaba bien el camino que había andado; y

por todas las virtudes á un tiempo. Si él triunfa, ¿qué mayor honor, qué mayor gloria puede tener un mortal en este mundo? ¿Y qué recompensa no puede esperar en el otro? Si muere en la empresa, paga con su sangre la que ya en esos mismos lugares su Dios había derramado por él.

41 Dios desde lo mas alto de su elevado trono con agrado y regocijo sumo lo estará viendo pelear sobre la tierra, y su Majestad le asistirá, ó traspasando con su invisible espada los escuadrones enemigos que el Conde encontrará delante de la suya, ó permitiéndole que herido gloriosamente el Conde, le caiga en sus brazos para transportarle en un momento al coro de los Mártires. Todo el punto está en que vuestro hermano obre como es justo, que no haga de la causa de Dios objeto de un loco capricho, ni asunto de vanidad humana, esta que es la mas sagrada empresa. Lo que importa es, que triunfe de sus pasiones con aquel mismo empeño con que desea triunfar de los bárbaros. Yo tengo la experiencia que él no tiene; y como la edad y los trabajos son los que le han enseñado, no le hablaré con mis consejos. Si los tomare, será verdaderamente feliz, porque Dios lo va guiando á este término, habiéndole criado para tan notable fin. Ea, vamos.

42 La Princesa con un aire varonil, espíritu brioso y semblante alegre se despidió del Conde, ahogando en el corazón sus cuidados; y sin dar lugar á que la violencia venciese á la naturaleza, se retiró en otro esquife, dejando al hermano y Miseno en el navío, que ya sueltas las velas partía empavesado\*.

## LIBRO XVI.

Al paso que el navío donde se habían embarcado Miseno y el Conde iba rompiendo majestuoso las aguas, y alejándose de la playa, se iba tras él el corazón de la princesa Sofia, sin perderle de vista, aunque llorosa, núm. 1 y 2.— Vienen el Embajador de la Reina de Jerusalem y su esposa á cumplimentar al Conde.— Declara Miseno al Embajador cuál es su intento en reducir al Conde, y le manifiesta el método que intenta seguir para remediar sus defectos.— Para corregir sus terquedades, alaba la docilidad de Ibrahim.— Reflexiona acerca del espíritu de las porfías.— El amor propio bien entendido obliga á ser dóciles.— Pruébale á Neucasis que el amor propio bien entendido nos enseña á ser dóciles.— Muda Miseno de intento la conversacion, preguntando á los Embajadores el motivo de su jornada.— Infórmanle de lo que pasaba en Siria, y que la nueva reina de Jerusalem, María, había pedido á Felipe Augusto le nombrase esposo.— Diligense las pasiones infernales viendo caminar juntos á Miseno y al Conde, envidia trabaja en separarlos, núm. 19.— Envidia el Conde la fortuna de Juan de Brienna, en ser esposo de la nueva Reina.— Hace Neucasis un discurso sobre que el Conde de Moravia podia ser nombrado con mas motivo que el de Brienna para esposo de la reina María.— Corta Miseno el discurso, diciendo que el Conde era casado.— Neucasis insta con ejemplares.— Prueba Miseno que tener disgustos es consiguiente á dar libertad á las pasiones.— El Conde las defiende, y responde Miseno con la comparacion de dos hombres: el uno que modera los deseos del corazón, el otro que los deja volar.— Queda el Conde convencido; sin embargo dice, que quien tuvo nacimiento ilustre no puede reprimir las pasiones.— Miseno por el contrario le hace ver como las almas nobles deben tener gusto en vencerlas.— Confirmalo con un texto de Isaías, y alega una industria de que se valió cuando comandaba las tropas, que era poner de batalla entre los enemigos.— Comparacion del coche enredado, en que los caballos tiran unos de otros.— Duda Elena que pueda practicarse la doctrina de Miseno, y este se ofrece á demostrarla; pero quiere averiguar antes cuál es la pasion mas vigorosa ó fuerte, para enseñar cómo esta ha de trabajar contra las otras.

1 La Princesa en la playa suelta los diques de sus lágrimas para que la inundacion de su corazón se desahogue, al mismo paso que el navío desplegadas sus velas al viento favorable iba rompiendo las aguas con majestuosa soberbia. Las ondas arrojaban espuma viéndose atropelladas de la arrogante proa, y abrigadas del voluminoso buque, venian murmurando quejas á buscar el asilo de la popa, la que por contenerlas les dejaba espacio anchuroso. La nave, cual princesa envaneida en día de pompa grande, llevaba tras sí una ostentosa cola, que manifestaba bien el camino que había andado; y



tras ella iba el corazón de Sofía, como nave agitada, queriendo salirse velozmente por los ojos á seguir el mismo rumbo.

2 También el Conde con Miseno desde lo alto de la popa no apartaba los ojos de la playa donde estaba su hermana, hasta que poco á poco la llegó á perder de vista; pero no de la memoria, pues de todo tomaba motivo para hablar de la princesa Sofía, porque la ternura de su corazón no le sufría retirar de ella los ojos del alma, ya que no podía verla con los del cuerpo. Miseno, cual médico atento encargado de un enfermo peligroso, observaba en el semblante, en las palabras y en los suspiros del Conde todos los síntomas de su enfermedad; mas como esta pasión era inocente, la consentía y animaba, porque con cierta industria esperaba sacar de ella la utilidad mas importante.

3 Vinieron á este punto á cumplimentarlos Aymar, señor de Cesarea<sup>1</sup>, y Elena su esposa. Él había sido enviado por los latinos de Palestina como embajador á Felipe Augusto, rey de Francia<sup>2</sup>. Y su mujer Elena, señora en quien á pesar de la edad disputaban la primacía, la hermosura y el juicio, deseosa de ver la Europa, y particularmente la corte de París, le había acompañado en este viaje, y ahora se volvían á la Tierra Santa<sup>3</sup>. Precedidos los recíprocos cumplimientos, le fue preciso á Miseno explicarles los motivos de la aflicción y deseos del Conde de Moravia, y en los elogios que decía de la Princesa su hermana, hacía particular reflexión sobre las cualidades del ánimo, que le eran al Conde mas necesarias y mas útiles á su intento. Para ganarle la voluntad se entraba bien en lo íntimo de su corazón, y uníase con él cuanto podía en sus mismos afectos, para que después en virtud de esta union y amistad lo pudiese traer consigo al camino de la sólida filosofía. Semejante al que dobla el cuerpo cuanto puede para sacar del piélago á quien cayó en él y se está ahogando; porque ve que sin bajarse mucho, y tener bien asido y seguro al que naufraga, no le puede sacar sobre el agua ni salvarle del riesgo.

4 Neucasis, hombre astuto y fino, criado entre las políticas de Italia, quedó desde luego prendado y enamorado del Conde, por lo

<sup>1</sup> No es esta la *Cesarea del Ponto*, sino de la *Siria*, cerca de San Juan de Acre.

<sup>2</sup> Francia, reino de Europa, de 240 leguas de largo y 223 de ancho. París es su corte, tiene 23 universidades, cuenta 18.000.000 de almas, otros dicen 22.000.000.

<sup>3</sup> Hist. de Malta. (*Abate Vertot*).

que sin demora empezó á poner todo su estudio en agradarle; y así llevaba muy á mal toda la industria con que Miseno le quería ganar el corazón, teniendo por indigno de sus años el lisonjear un mancebo. Fiábase Neucasis en la voz, que tenía armoniosa y dulce, en su figura agradable, en su modo halagüeño y en el arte singular que había estudiado de jugar el *sí* y el *no* con tal destreza, que en un minuto hacía todos los papeles en el teatro del mundo; y en efecto supo hacer aquí su papel con tal primor, que en pocas horas ya era el Conde su amigo declarado. Intentó apartarlo de Miseno, porque le hacía sombra; y con cierto pretexto le convidó para que fuese á disponer las comodidades posibles á su gusto en la cámara de la nave, dejando á Miseno con los embajadores, que advirtieron bien la astucia del capitán veneciano.

5 Entonces Miseno le descubrió á Aymar cuál era su idea. Todo mi intento, decía, es mudar el corazón de este caballero; y no aprobando el método de la mayor parte de los hombres, sigo otro camino. De ordinario, cuando los hombres quieren corregir los defectos ajenos, comienzan su empresa con elocuencia de soldados, disparan saetas y lanzas contra el corazón; hiérenlo con reprensiones acres, batiéndolo con fuerza é impetu como á las murallas de una plaza rebelde, y todo esto para reducirle y dar con él en tierra. Yo no sigo este orden ó arte, porque no se rinde así el corazón humano, á quien una nobleza innata le hace detestar todo lo que es violencia y fuerza. Además de eso, aun suponiendo que esta violenta elocuencia triunfase del corazón, de poco le servirá la victoria; porque habiéndose arrojado contra él tantas flechas y lanzas, vendría á estar muy herido y ensangrentado, y en tal caso no sería el corazón del hombre el que vendría atado en el triunfo vanidoso, sino su mero cadáver ó esqueleto puro, porque le faltaría la libertad, que es su alma y vida; y cuando alguna vez llegase de este modo á las manos del vencedor el corazón vivo y atentado, siempre había de llegar triste, violento y preso, y solo tardaría en huir cuanto tardase en romper las cadenas que lo sujetaban.

6 Muy diferente es la victoria cuando se adquiere por el amor y la dulzura, empleando para ello las pasiones mas agradables y fuertes, las cuales bien manejadas al mismo tiempo, lo encantan y lo aseguran. Conozco en el Conde un natural orgullo de corazón y dureza de juicio, efecto de los pocos años y malos ejemplos: empero tiene el corazón tierno, y gusta de la novedad, y de estas pasiones pienso valerme para domarle las otras. Él dice que yo tengo genio afable:

la naturaleza me le ha dispuesto, la filosofía formado, y madurado la edad, pues de este mi carácter que tanto le agrada, me he de servir para inspirarle las máximas que le son mas necesarias para ser feliz verdaderamente. Os prevengo esto para que ambos me ayudeis en esta empresa, porque temo la compañía de Neucasis.

7 Aprobaron mucho este sistema Aymar y la Embajatriz; y cuando el Conde llegó, fué Miseno prosiguiendo en las alabanzas de su hermana, reflexionando sobre la admirable docilidad de entendimiento que se admiraba en esta señora, y le era al Conde necesaria. Nunca encontré, decia Miseno, señora de juicio tan claro, y al mismo tiempo tan dócil: viva en exponer su pensamiento, atenta en escuchar el parecer contrario, y fácil en rendirse á la razon, aunque sea diferente de la suya.

8 Cuando yo tenia menos edad, añadió Elena, disputaba mucho, y queria que todos cediesen á mi opinion, de suerte, que tenia por injuria que me contradijesen, y aun solo el que dudaran simplemente de mi pensamiento, ya era para mí guerra política. De este modo queria yo, no amigos, sino esclavos. Yo consideraba, no solo como maestra y doctora en cualquier ciencia, sino como oráculo ó divinidad, cuyas respuestas debian ser admitidas sin la menor averiguacion. Por esto un dia mi padre, habiendo asistido á una disputa muy reñida, en la que yo entre los convidados habia declamado como si fuese un Demóstenes ó Eschino, se encerró conmigo en mi gabinete, y me dijo así: Hija mia, yo apruebo vuestro pensamiento, mas no la fuerza con que lo defendeis. Cada uno ama su propio dictámen, como á hijo delicioso de su entendimiento: y así si vos amais el vuestro, por la misma innata inclinacion de la naturaleza han de estimar los suyos los contrarios, porque ninguno os da á vos mayor derecho que á ellos. No hay quien no se esfuerce á defender su opinion, y no debeis extrañar que ellos no concuerden con la vuestra, como ni los adversarios pueden quejarse de que vos no convengais con la suya. Verdad es que creeréis que os fundais en razon; mas ellos igualmente lo creen por su parte: ¿y quién nos dirá si son ellos ó sois vos quien se engaña? Luego es locura, hija mia, el disputar. Esto me dijo, y de tal suerte reflexioné en esta razon, que desde aquel dia nunca mas tuve contienda que me impacientase. Expongo mi parecer: oigo con gusto el contrario: examino con tranquilidad mi fundamento y los suyos; y si al fin no nos convenimos, los dejo ir en paz hácia el Sur, y yo sin enfado ni desprecio tiro hácia el Norte. Pero si su razon me parece bien, si me convence, mudo de dictámen, ó lo

pongo todo en el gabinete de lo incierto, y espero nueva luz para averiguar la verdad, temiendo siempre que el amor propio me engañe, que es punto muy importante: de este modo yerro mucho menos, y jamás me aflijo.

9 Podemos añadir, dijo Miseno, que entonces triunfamos muchas mas veces del juicio ajeno, porque nada hay que tanto disponga á nuestro contrario á oír é investigar con ánimo sincero nuestras razones, como ver que con gusto atendemos á las suyas; y el mas ordinario origen de las porfias proviene de que la pasion propia de cada uno no le deja mirar con la indiferencia que es justa las razones del contrario. Hallaréis muchas veces en las contiendas de las escuelas mil hombres de juicio, que dicen *no* con una seguridad que pasma, cuando en el partido contrario hay otros tantos que dicen *sí* con tal firmeza, que darian en su defensa la vida. De una y otra parte hay igual juicio: de una parte y de otra buena fe y sinceridad. Ahora, es evidentísimo que uno de los dos partidos yerra; y sin embargo que parece imposible que mil hombres de juicio, hablando con sinceridad, se engañen, ¿de donde, pues, proviene esto? Procede de que cada uno sienta la resolucion de su partido, antes de pesar bien sin pasion las razones contrarias. Esto es así, dicen ellos con toda firmeza: vamos ahora á ver en qué se fundan los porfiados del partido opuesto, los temosos que no quieren confesar la verdad. Con este preludio, las razones contrarias son vistas con malos ojos, de prisa y con desprecio, y así no parecen lo que son; y aquellos que parece que buscaban la verdad, quedan mas adheridos á la opinion antigua que seguian. Si hallan tal vez que las razones opuestas son indisolubles, recurren al gabinete del misterio, y dicen: en todo hay dificultades; pero lo cierto es que nuestra opinion es buena. Cual soñoliento, que despertado por el ruido abre despacio los ojos y comienza á ver la luz del dia; pero perezoso, amigo del descanso y las tinieblas, vuelve otra vez á cerrarlos, diciendo que aun es de noche; así cada cual se deja sumergir en el descanso de su opinion primera, diciendo que todo lo demás es error. ¿Cuántas pependencias, cuántas guerras, cuántas disputas se evitarian, si ninguno dijese *sí* ni *no* antes de reconocer las razones de una y otra parte? En los puntos de religion debemos creer sin escudriñar la autoridad divina, porque no puede engañarse; mas en la autoridad de los hombres solo debemos fiarnos cuando las razones están bien examinadas de ambas partes; aun así erraremos muchas veces. Pero si entonces erramos, es miseria de la naturaleza, no desórden del ánimo.

10 El Conde lo oia todo con atencion, pero se sentia herido; y por eso era muy frio el aire con que aprobaba esta doctrina. Neucasis, que observaba todos los pensamientos del Conde para lisonjearle, se declaró por la opinion contraria, alegando que el amor propio, primer móvil de todas las acciones humanas, quedaba ofendido en esta docilidad. ¿Cuál es el hombre, decia, que no se avergüenza de quedar vencido? y las victorias del entendimiento son mas gloriosas que las del cuerpo. En las batallas del cuerpo, las armas, los brazos y la fuerza tienen mil competidores en los brutos; pero en las contiendas del juicio nada tiene comparacion con el hombre. Solo quien tuviere un corazon vil, una alma pequeña, una educacion grosera, no deseará obligar á su competidor á que por fuerza, quiera ó no quiera, confiese que erró. Además de esto, quien tiene luces en su entendimiento, debe hacer ostentacion de ellas para alumbrar á los ciegos. ¿Qué ridícula condescendencia seria mudar á cada paso de opinion, solo porque ballamos quien diga lo contrario? Dios á cada uno le dió su juicio, porque quisiera cada uno se gobernase por él. Ahora, si cada cual hubiera obedecido á lo que los otros le dijeren, bastaria un entendimiento en cada ciudad, y que siguieran todos como ovejas al que fuese delante. Ved, pues, señores, que lo que aconsejais al Conde es una cosa indigna de su nacimiento.

11 Aquí el Conde, haciéndole del ojo á Neucasis, lo suspendió. Ignoraba este quién era Miseno; y el Conde, que lo sabia, en secreto se afligió, viendo que el adulador insultaba á un monarca. Neucasis, no sabiendo el motivo de esta muda reprehension del Conde, calló al punto, confundido consigo mismo; pero como veleta de campanario, que observa todos los vientos para mudarse en un instante.

12 Miseno sin alterarse respondió á Neucasis así: Nuestro amor propio, el cual, como vos decís, es el móvil de toda porfia, debe ser el fundamento de la mayor docilidad. Así se verificará que nuestras pasiones, las cuales nos impelen á los mayores excesos, serán, si bien lo reflexionamos, el medio mejor para corregirlos, con tal que sepamos usar de ellas segun la sólida filosofia; y de este modo podemos hacer en esta materia del veneno mismo triaca.

13 Admiróse Aymar de la paradoja, Neucasis se reía, y la Embajatriz estaba con suma atencion, creyendo que Miseno no proferia máxima alguna sin razon muy conveniente; en efecto, prosiguió Miseno explicando su máxima de este modo: Cuando en las disputas veis que vuestro contrario os cede la palma, decid, Neucasis, ¿qué afecto siente vuestro corazon hácia él? ¿De estimacion ó de despre-

cio? ¿Gustais de él, ó le abominais? Ninguno hay á quien este procedimiento de ceder no le lisonjee. Entonces ciertamente decís que vuestro amigo tiene juicio, que discurre como es razon, que penetra bien lo que se le dice, que es hombre recto, que ama la verdad, que es sumamente dócil, etc. Por el contrario, cuando el contendedor en lugar de someterse porfia, y sin responder cosa que plenamente satisfaga, persiste en lo que una vez dijo, ¿qué concepto formais de él? ¿No lo teneis por hombre de juicio duro, de razon ciega, que ó no conoce la verdad clara, ó que por soberbia no la confiesa, aunque la haya conocido? Pues si quien os cede en la disputa gana vuestra estimacion, y quien porfia la pierde, cuando vos cediéreis á los demás, seréis estimado de ellos; y cuando los resistiéreis, os tendrán por hombre de juicio corto ó de corazon rebelde. Ved ahora si nuestro amor propio nos debe, ó no, inspirar la docilidad.

14 Mirad, Neucasis, le dijo entonces la Embajatriz, si quereis ser despreciado ó estimado, resolvéos ahora á contradecir ó ceder. El Conde riéndose del argumento de la señora, lo celebró con aplauso; y Neucasis, ó por política ó sinceramente, confesó que estaba rendido.

15 Viendo esto Miseno, para no fastidiar á los huéspedes con una conversacion desagradable, la mudó preguntando urbanamente á los Embajadores si le seria permitido saber el destino de su viaje; á lo que Aymar respondió con franqueza de esta suerte:

16 Aunque el designio y motivos de mi venida eran al principio un secreto de la mayor importancia, no lo son ahora que he vuelto á la embajada que pusieron á mi cargo, y al del Obispo de San Juan de Acre, la Reina y los caballeros latinos que se hallan en la Palestina. Ya sabeis que por muerte de Almerico, rey de Chipre, y de Isabel su mujer, reina de Jerusalem<sup>1</sup>, las dos coronas que estaban unidas por el vínculo matrimonial se separaron por pertenecer á los hijos que habian tenido de otro matrimonio. Tambien sabréis que María, hoy reina de Jerusalem, fue hija de Isabel y de Conrado de Monferrato, príncipe de Tiro<sup>2</sup>, á quien ella habia tenido por esposo en segundas nupcias despues de Aufrido, y antes que casase con Enri-

<sup>1</sup> Isabel fue hija de Almerico I, rey de Jerusalem, y heredó esta corona despues de la muerte de su hermana Sibila: por que Isabel fue casada cuatro veces, la primera de edad de ocho años con Aufrido de Toron por induccion ajena: anulado este casamiento, casó con Conrado de Monferrato, príncipe de Tiro, de quien tuvo la infanta Maria: la tercera vez con Enrique, y por muerte de este con Almerico, rey de Chipre.

<sup>2</sup> Tiro ó Sour, ciudad de la Turquía asiática en la Siria, patria de Hércules, á la costa del Mediterráneo, con un gran puerto, fue célebre, hoy solo ruinas.

que, y despues de él con Almerico, rey de Chipre que falleció. Esta señora, pues, heredó de su madre Isabel la corona de Jerusalem, ó por mejor decir el derecho á ella, y desde ese momento hirvió toda Palestina en una turbulencia inexplicable, habiendo tantos pretendientes á la corona de Jerusalem, como habia de caballeros que aspiraban á las bodas de la Princesa.

17 No ignorais que todavía se ven humear las lastimosas ruinas que en los Santos Lugares dejó el incendio funesto que hizo arder la pasión inconsiderada de Sibila, tia de nuestra Princesa, por haberse enamorado ciegamente de Guido de Lusignan, caballero que no tenia las cualidades necesarias para aquel trono; y de allí se siguieron todos los estragos y ruinas que aun hoy vemos.

18 Esto supuesto, la princesa María viéndose ahora obsequiada de un sinnúmero de pretendientes, y considerando en ellos otros tantos enemigos, si prefiriese á alguno de ellos para darle la corona y dominio sobre los otros, resolvió enviar de comun acuerdo con todos los príncipes, á pedir á Felipe II, por el <sup>1</sup> *pr* <sup>2</sup> *osto*, un esposo digno de su reino en las circunstancias presentes, y que fuese igualmente digno de la persona de la Reina. El Rey de Francia acaba de nombrar á Juan, conde de Brienna <sup>3</sup>, caballero de sangre, valor y espíritu proporcionado á la empresa, y realmente benemérito del trono. Aceptó el Conde con todo el reconocimiento que merecia la eleccion que se habia hecho de su persona por tan augusto Soberano, y nos mandó que dijésemos á la princesa María, su futura esposa, que en breve se pondria delante de San Juan de Acre, acompañado de un poderoso ejército, para comenzar de nuevo la guerra, interin que se acababan las treguas pactadas con *Saffadino*, sultan de Egipto <sup>3</sup>. Añade que él espera que en esta nueva cruzada se verá la mas formidable armada que jamás navegó por el Mediterráneo, porque muchos soberanos están determinados á ir en persona á dar testimonio á Jesucristo nuestro Salvador de cuán sensible les es que el trofeo de nuestra redencion, su santa cruz, esté en manos de sus enemigos, y su sagrado sepulcro en poder de mahometanos. Esta alegre respuesta, acompañada de presentes riquísimos, me obliga á hacer mi viaje sin la mas

<sup>1</sup> Este Rey, uno de los mas excelentes de la Francia, fue azote de los herejes y judíos; promulgó leyes contra comediantes, bufones y blasfemos. Reinó desde 1180 hasta 1223.

<sup>2</sup> *Brienna*, villa de Francia en Champaña, á cuatro leguas del rio *Aube*. Dió el nombre á la casa antigua de *Brienna* que dió reyes á Jerusalem.

<sup>3</sup> Hermano y sucesor de *Saladino*.

mínima detencion, mientras mi compañero el Obispo de San Juan de Acre hace alguna diligencia para interesar en esta empresa á algunos príncipes de la cristiandad, como al Rey de Hungría, al de Polonia, y á algunos soberanos de Alemania. Así habló el Embajador.

19 Entonces el Conde les declaró tambien su intento; y que por cuenta de su cuñado el Rey de Hungría, pasaba á militar á la Palestina, mientras que los negocios de su monarquía le daban lugar á ir en persona. Alegróse infinito el Embajador, viendo que ya llevaba á aquel caballero como presente á la nueva Reina, y en él un testimonio del buen éxito que comenzaba á tener su embajada.

20 No se descuidaban las pasiones conjuradas contra Miseno y contra el Conde de aprovechar toda y cualquier ocasion que se ofrecia para impedir el buen efecto de la sana doctrina, ya que por haber dispuesto mal sus tramoyas, en vez de separarlos, los habia hecho caminar juntos. Y formados nuevos conciliábulos en las lagunas del *Cocito* \*, fueron vivamente reprendidas y castigadas las insinuadas pasiones que inútilmente habian trabajado en separar al Conde de Miseno, y con mucho dolor salen otras de nuevo á desplicarse de la mala disposicion de las primeras. Sale, pues, la *envidia* determinada á trabajar en esta empresa con sus compañeras; lo que hizo de este modo:

21 En todo aquel dia habia satisfecho Aymar la curiosidad del Conde sobre los dotes naturales y cualidades de la Reina; y á cada palabra que el Embajador decia, disparaba la *envidia* una saeta de fuego con que el corazon del Conde se inflamaba. La felicidad de Juan de Brienna le encendia, no solo la *ambicion* del gobierno, sino tambien el *interés de la corona*, y el *amor* de una bella Princesa como Aymar la pintaba; y así ya trabajaban de concierto en esta empresa las tres pasiones mas furiosas de todo el abismo. No podia este incendio ocultarse á la perspicacia de Miseno; y Neucasis, que de todos modos deseaba lisonjear al Conde, soplabá las llamas de sus pasiones con la mayor fuerza que podia.

22 No puedo aprobar, decia el veneciano, que una princesa que con su propia corona puede hacer feliz á su esposo, en lugar de recibir de él la felicidad, ella misma se exponga á la ciega eleccion que haga un príncipe extranjero. ¡Qué disgusto no seria hallarse con un esposo que no le agrada, ó que no la merezca! Si la gloria vana de adquirir nombre ha traído á Palestina tantos príncipes, ahora la esperanza de encontrar una corona, ¿quién duda que hará venir tan copiosa multitud de ellos, que la Princesa pueda escoger por sí mis-

ma con toda la satisfaccion de su alma uno que sea digno de su persona y de su cetro? Y no seria esta la primera reina de Jerusalem que hizo de un aventurero un monarca<sup>1</sup>. El Conde de Moravia, que está presente, merece bien la ventura que tuvo Guillermo de Lusignan, y que está con menos razon prometida al Conde de Brienna. Los Emperadores de Alemania tenian mas razon que el Rey de Francia para nombrar rey de Jerusalem, porque han hecho á la Tierra Santa muchos mayores servicios; y si no, vedlo comprobado. En el mismo año en que Felipe Augusto acometió á San Juan de Acre, Federico Barbaroja, emperador de Alemania, tomó toda la Cilicia, y desbarató los sarracenos<sup>2</sup>. Si Felipe enfermó en esta expedicion hasta caérsele las uñas de las manos y de los piés, Federico perdió la vida por seguir á los enemigos de la cruz, ahogándose con su caballo en el rio *Carasu*<sup>3</sup>, donde tambien Alejandro Magno estuvo casi muerto. Además de eso su hijo Enrique VI, que por muerte de su padre Federico condujo el ejército hasta San Juan de Acre, envió despues á la Siria sesenta mil hombres que hicieron un estrago horrible en los enemigos de la fe<sup>4</sup>. Y así bien podian los latinos dar á Felipe, su hermano y sucesor del imperio, la gloria de nombrar al Conde de Moravia para la corona de Jerusalem, en lugar de ofrecerla al Rey de Francia para nombrar al Conde de Brienna. Vuestra hermana mayor se halla en el trono de Hungría, la princesa Sofia ya estuvo en el de Constantinopla, y no seria de admirar que lográseis por esposa á una reina, cuando teneis por hermanas dos soberanas. En cuanto al valor, en nada debeis ceder á Juan de Brienna, teniendo la sangre tan noble y los espíritus tan marciales.

23 Quiso el Conde atajar esta conversacion, respondiéndole á Neucasis que el Conde tenía su esposa viva, y que semejantes ideas eran del todo fuera de la posibilidad: á lo que respondió Neucasis, que los príncipes gozaban otros privilegios que la gente de la plebe no tenía. Que si la Princesa se agradase de la persona del Conde, hallaria sin salir de su propia casa ejemplares para disolver el matrimonio; por cuanto su madre *Isabel* había repudiado á Aufrido de Toron, su primer marido, para casar con el príncipe de Tiro, Con-

<sup>1</sup> *Sibila* su tía lo hizo, casando con Guido de Lusignan, como se ha dicho.

<sup>2</sup> El año 1189 emprendió el viaje de la Tierra Santa con un ejército de 130,000 hombres contra *Saladino*. Le ganó muchas batallas, á *Iconio*, y otras ciudades. (*D. Manuel Trincado en su Geografía, etc.*).

<sup>3</sup> Rio *Cigno*. (*Ab. Choyssi*).

<sup>4</sup> *Ibid.*

rado, su padre. Que *Sibila*, su tía, y reina de Jerusalem, tambien había repudiado al mismo Guido de Lusignan, á quien recibió despues segunda vez por esposo. Aun está muy fresca, decia, la memoria de lo que hizo el Rey de Francia, que repudió á su legitima mujer *Matilde*, y tomó por esposa á la hija del Duque de Aquitania. Poco mas ha de cinco años que el rey de Inglaterra Juan, llamado *Sin-Tierra*, repudió á su mujer *Havoisa*, y tomó otra á quien queria mas<sup>1</sup>. Así es que siempre se hallan pretextos para tener derecho, cuando los príncipes absolutamente quieren.

24 Mucho disgustó esta respuesta al Embajador y á Miseno; y al contrario, hizo una agradable impresion en el ánimo del Conde: de forma, que cada palabra era una llama que salia de la boca de Neucasis, con la que las furias infernales soplaban tres incendios bien diferentes: en el corazon del Conde el de la ambicion; en el de Aymar el de los celos; y en el de la Embajatriz el de la cólera, por ver así ultrajados los sagrados derechos de la Religion, de las cortes y de las esposas.

25 Ya que nos contais, decia Aymar al capitan, ya que nos contais los desaciertos, tened la bondad de referirnos los sucesos que se les siguieron, para ver vuestros consejos cuán poco acertados son. No hablemos de lo que hizo Isabel casada con Aufrido, porque Almerico I, su padre, la casó de edad de ocho años, y esta edad tan tierna le dió un derecho inviolable para repudiar un marido tomado sin libertad. Vamos ahora á la recusacion de su hermana *Sibila*. Bien se vió que fue simulada; pues con este fingimiento quiso la Reina obligar á los caballeros latinos á rendir tributo á Guido de Lusignan, á quien en la apariencia le dejaba solo por un momento para recibirlo de nuevo, y con mayor derecho, al vasallaje de los príncipes.

26 Mas ¿por qué pasais en silencio las horribles calamidades que se vieron en Francia por el repudio de *Matilde*? Aun están humeando las cenizas de los estragos que esta monarquía sufrió cuando el Cardenal de Capua, legado del Papa, puso entredicho general en todo el reino, hasta poner en precision al Príncipe de volver en sí, y reconocer su yerro. Igualmente, ¿qué tumultos, qué desórdenes, qué calamidades no han oprimido á la Inglaterra por el repudio que hizo ese intruso Monarca? Siempre, Neucasis, que alegueis ejemplares para que se imiten, no los busqueis de personas que por la soltura

<sup>1</sup> Repudió á su mujer *Havoisa*, y casó con *Isabel*, condesa de Angulema. (*P. Pinet. Mon. Eccles.*).

de sus desenfadadas pasiones se precipitaron en graves desórdenes, porque estas hacen todas sus acciones sospechosas. Juan *Sin-Tierra* habia ocupado anteriormente el reino de Inglaterra por un año ó catorce meses, mientras su hermano Ricardo I, llamado *Corazon de leon*, estuvo prisionero á la vuelta de Palestina, primero del emperador Leopoldo, y luego de Enrique VI, que aun lo trató peor. Y seis años despues por la muerte de Ricardo, robó el reino á Arturo, duque de Breñaña, su sobrino<sup>1</sup>, á quien de derecho le pertenecia por ser hijo de Godofredo, conde de Anjou, su hermano mayor; y añadiendo al robo el homicidio, hizo matar al sobrino, ó por lo menos fue acusado de ese crimen<sup>2</sup>. Ved, Conde, qué honrado es el ejemplo que os propone Neucasis para justificar la mas loca empresa que se puede imaginar: con qué si quereis pasar á la Tierra Santa para satisfacer el celo de vuestra Religion, y hacer ese obsequio al cielo, no mancheis con idea tan indigna una accion tan noble. La Princesa tiene esposo, la Tierra Santa monarca, vos teneis esposa, la Religion tiene sus leyes, el honor sus inviolables preceptos; mas por encima de todo salta el espíritu turbulento de Neucasis para presentarnos la mas frenética é indigna idea que jamás le ha pasado á hombre alguno por la cabeza. Consultad, y seguid antes á Miseno.

27 Mortificado quedó Neucasis viéndose tan sólidamente impugnado, el Conde se avergonzaba de que su amigo hubiese profesado semejante pensamiento, y lo disculpaba solo con decir que habia sido una galantería de su entendimiento ocioso; mas bien daba á entender que el secreto de su corazon aprobaba lo que las palabras disuadían.

28 Miseno entonces con un aire prudente procuró remediar la herida oculta que aquella saeta habia abierto en el corazon del Conde: corazon altivo, orgulloso y dispuesto á cualquiera impresion de aquel género. Encaminaba con disfraz á las pasiones del Conde lo que en la apariéncia solo queria decir de los principes de quienes hablaba al Embajador. Á la manera de un halcon astuto, que viendo su presa finge que la desprecia, volando siempre á lo alto, y remontándose casi hasta las nubes, mas sin perderla de vista, para dejarse caer de repente sobre ella con mayor ímpetu, cuando estuviere mas á plomo. Así hacia Miseno, diciendo que nada era mas contrario á nuestra alegría que la soltura que muchos daban al corazon para seguir todas sus pasiones, porque los daños que le resultaban, causaban ma-

<sup>1</sup> Entró á reinar el año 1199. (*Arte de verificar las datas*).

<sup>2</sup> Año 1201 en guerra injusta lo aprisionó y mató. (*Ant. Albicius*).

yor tormento que el gusto premeditado. Si cada uno, decia el Embajador, tuviese modo de atar la *fortuna*, y traerla siempre arrastrando tras de sus deseos, nada nos daria mayor contento en todo, que dejar volar nuestro corazon, siguiendo el ímpetu de las pasiones que lo agitasen; pero la fortuna se burla de nosotros; y apenas ve que obedeciendo á sus señas tomamos un camino, ella se nos escapa por otro, jugando con los mortales, como hacen los niños cuando se entretienen unos con otros, burlándose del que tiene los ojos tapados.

29 Cada hombre, mis amigos, es una rueda de este admirable compuesto artificioso del universo. Cuando unas ruedas suben, otras bajan, y cuando unas andan despacio, otras van de prisa; pero todo juega con mútua dependencia en esta máquina. Ahora, si una rueda fuese tan loca que no se dejase llevar tras del curso universal de la máquina, sino que quisiese tener la preferencia sobre las demás, y empujase siempre hácia sí, ya parando, ya cayendo adelante, ya volviéndose atrás, ya andando precipitadamente, siguiendo su propia fantasia, esta rueda necesariamente se habia de hacer mil pedazos; pues no pudiera llevar tras sí todas las demás piezas que hacian juego con ella. Así sucede al corazon, cuando él mismo se impone una ley de seguir todos sus deseos; excepto si alguno tuviese el secreto de encantar á todo el género humano, de suerte que todos olvidados de sí, estuviesen prontos para seguir los movimientos del corazon ajeno. Pero no habiendo esto, bien se podia preparar este corazon terco para una inundacion de disgustos; por cuanto cada cual de los otros iria siempre á su camino, y él veria que todos sus deseos quedaban frustrados, verificándose el proverbio antiguo: *Desear y no obtener, es penar y es morir*.

30 Mucho gustó la Embajatriz de este discurso; y desenvolviendo mil sucesos de historia, particularmente de Palestina, hacia ver con evidencia que todo, ó casi todo el origen de los mayores disgustos que habian tenido los principes y caballeros latinos, habia procedido de no refrenar los deseos de sus pasiones cuando empezaban á nacer. Contóles en suma, como el Príncipe de Chipre, por no reprimir su codicia, robó los navios de la armada en que venian la princesa de Inglaterra, una hermana de Ricardo I, y la otra su propia esposa, las cuales habian naufragado en aquellas costas yendo á la Tierra Santa; de lo que procedió, que sobreviniendo improvisamente el Rey de Inglaterra, se llevó cautivo al Rey de Chipre amarrado con cadenas de plata al campo de San Juan de Acre; y despues se le

hizo dar ó vender la isla de Chipre á Guido de Lusñan, que estaba ya desposeido del trono de Jerusalem. Contóles tambien todos los disgustos que habia tenido el detestable Raimundo, conde de Trípoli, por no reprimir su ambicion á la corona de Jerusalem, á la que indebidamente aspiraba; y concluia que la libertad que algunos príncipes dan á sus pasiones, los tiene sumergidos en un piélago sin fondo de aflicciones, desgracias y calamidades, las cuales aun duraban <sup>1</sup>.

31 Todos tienen sus pasiones, respondió el Conde algo disgustado; todos desean satisfacerlas: fortuna es, si consiguen lo que desean; infelicidad, si no lo alcanzan; pero ninguno puede quejarse de la condicion de la naturaleza humana, que á eso nos expuso desde que nacimos. Mientras vivimos en el mundo estamos metidos en un terrible juego, donde unos ganan, otros pierden, y es locura no querer perder cuando se desea ganar. Pero impedir que nuestro corazon desee, es pensamiento frívolo é idea imposible; y así cada uno debe pasar por donde todos los demás pasaron.

32 Debe cada uno jugar (replicó Mico en un tono noble, acordándole con los ojos quién era, y lo que el Conde le habia prometido, y esto para reprimir el aire de desprecio con que hablaba), debe cada cual jugar, pues está ya metido en el juego; mas debe hacer cuanto pueda para no perder, y este es consejo de todo hombre prudente: ahora el modo de perder mucho en punto de alegría y felicidad, á lo que todos aspiran, es sin duda desear mucho.

33 Poned dos hombres, uno que alimente sus pasiones con cuantos alicientes y regalos son posibles, y otro que solo les dé lo preciso para sujetarlas con facilidad. Uno caballero, que vive con soltura, y otro pastor, que pasa con moderacion. Veamos cuál goza de mayor alegría, y trae su alma mas llena de gozo. El pastor, cuando una oveja se le muere, se entristece; pero le nace otra, y se consuela: las saetas de la desgracia no le pasan el zurrón, ni le llegan á la piel; y aun cuando le tocasen en ella, como no es muy sensible, seria el dolor ligero; mas el príncipe, el grande, el rico y el caballero de todo se espanta é intimida. Si viene la desgracia, le abate totalmente: si la fortuna lo eleva, teme á los envidiosos; y se aflige con el bien de los otros como si fuera mal propio: si los ve levantados, recela que lo asombren y opriman: si los ve caidos, está viendo en

<sup>1</sup> Á la division entre Guido de Lusñan y el Conde de Trípoli se atribuye la pérdida de Jerusalem. Guido fue hecho prisionero, y el Conde de Trípoli se hizo sarraceno, y el cielo le quitó el juicio y la vida de repente, y con la vida el Estado y honra para siempre.

la ruina ajena un ejemplar de la suya propia: hállase rodeado de espinas, y tan enmarañado, que no sabe á dónde volverse sin que le puncen. Su entendimiento es asombradizo, y en todo ve fantasmas que le acongojan. Los superiores le parece que lo desprecian: los inferiores que le faltan al respeto; y los iguales que le trazan ocultamente la ruina. Á fuerza de desear mucho, mucho le ha de faltar de lo que desea; y como la piel de su alma es muy delicada, el mas pequeño golpe le hace sangre y herida muy penetrante. Ved la diferencia.

34 Las pasiones, amigo mio, son el viento con que el alma es agitada. Cuando ellas son ligeras, el alma se recrea suavemente movida por una brisa fresca, un céfiro blando; pero cuando son violentas, cada pasion es un huracan, es un molino y una tempestad deshecha. En esta ocasion estaba el cielo sereno, todo quieto, todo apacible, y de un instante á otro todo es ya truenos, rayos, estampidos: aquí quedan unos muertos, allí otros estropeados, y allá otros heridos. ¿Qué fue esto? La pasion violenta que pegó fuego en un instante; y los daños duraron por muchos tiempos, y tal vez por siglos.

35 ¿Quién niega que las pasiones son fuego, elemento necesario para la vida, cuyo calor moderado consueta, cuya luz nos recrea, cuya actividad nos vivifica? pero si llega á hacerse incendio, ¡cuán terribles son sus efectos! Estos siendo siempre nocivos, no lo son igualmente en todos los estados. Supongamos que se quema una cabaña pastoril, un vecino corta cuatro troncos, otro los desbasta un poco, otro los cubre con ramas y paja, y en un instante tiene casa nueva; y tal vez el daño se convirtió en provecho. Pero si se pega fuego en un palacio, ¿quién puede atajar el incendio, é impedir los perjuicios? Las llamas desenfrenadas corren á un tiempo por mil partes; aquí arden los muebles preciosos, allí se despedazan los mármoles, allá caen de repente las columnas, las bóvedas se desploman, y de alto abajo se ve una sola llama, un vivo infierno. Por todas las puertas y ventanas salen llamaradas furiosas y soberbias: parece que quieren acometer á las nubes; el oro, la plata, las piedras preciosas, las tapicerías, todo se consume dentro, todo queda hecho cenizas. Quieren atajarlo y no pueden: aquí gritan unos, allá caen otros precipitados: estos mueren, aquellos huyen, y el incendio valiente é intrépido se burla de todos los esfuerzos, y lo reduce todo á pavesas. Ved ahora qué diferencia de estragos: todo fue incendio; pero ¿qué comparacion en las ruinas? Pues así son las pasiones. Las de los pobres ó

de corazon humilde apenas hacen sentir el detrimento; pero las de los grandes, las de los ricos, las de los soberanos, ¿qué estragos no ocasionan? Amigo, si quereis sufrir pocos perjuicios, desead poco, y con poco esfuerzo. Reprimid vuestras pasiones, y viviréis alegre.

36 Vióse el Conde convencido; y ya mas moderado, ponderaba la suma dificultad que costaba ponerle freno á un corazon noble y elevado. Los que nacieron en el lodo, decia, pueden tener pasiones blandas, porque sus almas son como los viles insectos, que apenas se arrastran por la tierra: mas quien tiene en sus venas una sangre ilustre, quien recibió del cielo una alma sublime, por fuerza ha de volar como las águilas, y levantarse hasta las nubes. Bien veo que domar las pasiones es preciso; pero debeis confesar que es sumamente costoso.

37 Confieso que lo es, dijo Miseno; pero añado que tambien es muy glorioso. Si ponderais la dificultad de la batalla, reflexionad sobre la gloria del triunfo. Las almas nobles siempre tuvieron gusto de vencer dificultades grandes, y de vanagloriarse de lo que muy pocos triunfan: esto es lo que mas lisonja el *nostro amor propio*: conseguir lo que raros intentan, y lo que rarísimos alcanzan. ¿Por qué pensais vos que los emperadores hacian tirar sus triunfales carros de corpulentos elefantes, de bravos leones, de indómitos tigres, sino para manifestar que su valor y poder llegaba á subyugar esas fieras, á quienes todos los demás temian? ¿Para qué traian atados á esos pomposos carros á los monarcas vencidos, á los conquistadores famosos, á los guerreros mas esforzados, sino para hacer ostentacion de su poder superior á todo lo que en el mundo se gloriaba de poderoso y de grande? Luego será mucho mas agradable al amor propio triunfar de las pasiones, de que esos mismos emperadores no pudieron triunfar, y esto despues de vencer á los monarcas y á las fieras; pues llegaban á ser finalmente esclavos de sus pasiones. Aquí el Embajador, rebotando gozo, abraza al Conde y le dice:

38 Vos, señor, no podeis resistir á la fuerza de esta razon. Tomad este consejo; si la nobleza de vuestro corazon os eleva á grandes pensamientos, no podeis tener empresa de mas honor ni mas gloria que la de reprimir vuestras pasiones.

39 Quedó el Conde suspenso: su razon confusa enmudecida; mas el corazon herido suspiraba. Miseno entonces quiso aplicar un suave bálsamo á la llaga que le escocia, diciéndole: Creed, hijo mio, que no es esta empresa tan molesta, que solo para el tiempo de la completa victoria se reserve el gusto; porque á cada enemigo pos-

trado, se sigue inmediatamente complacencia de su pequeño triunfo.

40 Nuestra alma es nobilísima por naturaleza, y da bien á conocer de quien es hija, porque aspira siempre á ser señora: de suerte, que á medida que va venciendo las pasiones, que la oprimen como si ella fuese esclava, va respirando y tomando el gusto al noble, inocente é incomparable placer de la libertad. ¡Ah, que esta libertad de la esclavitud, en que las pasiones nos tienen, da un tal consuelo á nuestra alma, que ninguno lo conoce sin haberlo experimentado! Quiérome servir de las expresiones con que un grande profeta ha mas de dos mil años la describió de esta forma<sup>1</sup> con poca diferencia:

41 Levántase, pónese en pié, libre de los pesados hierros, y no se harta de mirarse á sí misma, se palpa la garganta aun magullada de las cadenas, sacude la púrpura de su hidalguía, púrpura cubierta de la vil tierra de los desprecios y humillaciones en que yacía, y comienza á mirar por sobre hombro y con tedio las mismas pasiones que tanto la habian tiranizado: entonces un gozo noble y celestial se derrama por todo el interior, que le da nueva vida; y no cambiaria por todos los placeres del mundo el regocijo que le da este solo triunfo de sí misma. Así se explica *Isaias*, segun me puedo acordar. Y yo, hijo mio, cuantas veces hice esta reflexion sobre mí mismo, otras tantas hallé copiado fielmente en esta descripcion todo lo que pasaba en mi alma. Decid, vos, Aymar, si no os confirma la mia, vuestra experiencia.

42 Respondió el Embajador que algunas veces, habiéndose hecho violencia para refrenar el ímpetu de sus pasiones fogosas, habia hallado, como describia Miseno, un placer grande, que le compensaba con ventajas la fatiga y lucha que habia tenido; y que al contrario cuando las habia dejado correr sueltas, siempre pagaba despues con amargo arrepentimiento el gusto que tuvo al principio. Feliz será quien sepa cerrar los ojos á la seduccion de este placer engañoso que dan las pasiones, á fin de gozar del inocente, tranquilo y perpétuo que la victoria de nosotros mismos nos alcanza.

43 Miseno, que ya veía al Conde dispuesto á admitir consejos, le habló de este modo: Cuando yo comandaba las tropas, usaba mas de mi astucia que de mis fuerzas para ganar las batallas. Procuraba introducir el cisma y division en mis contrarios, y con esto los enflaquecia y desbarataba. Ahora cuando emprendí este nuevo género de conquista, tuve la prevencion de turbar de tal modo mis pa-

<sup>1</sup> Isai. cap. LII.



siones, que se destruyesen unas á otras, y todas mutuamente se debilitasen.

44 Vos sabeis, amigo Aymar, que yo he comparado las pasiones á los brutos. Ahora veremos lo que hace el diestro cochero, cuando ve todos los caballos de su carroza desbocados á un tiempo. Como no los puede sujetar á todos, dejando unos, pone todo el esfuerzo en apartar á otro lado uno ó dos de los mas vigorosos, para que estando la fuerza dividida, se debiliten las fuerzas de todos mutuamente: unos tiran á una parte, otros á otra: aquí cae uno, allí el compañero le salta por encima, y se enreda; y sirviendo ambos de tropiezo á los demás, todos se mezclan. Ya se levanta uno, y segunda vez cae en tierra: otro con los piés hácia arriba es arrastrado y herido, y todos se ven pisados y maltratados. En este tiempo hierva la batería de los piés, y mutuamente se ofenden; mas el coche está parado. Entre tanto el diestro cochero ya castiga á tiempo, ya á tiempo perdona, ya grita, ya amaga, y poco á poco se van levantando los brutos, corriéndoles hilo á hilo el freno y la sangre. De estos se ve caer á pedazos la espuma pendiente de los frenos, de aquellos se ven palpar los miembros de la pasada lucha; y cuando la furia está enteramente amansada, y las fuerzas abatidas, entonces el prudente cochero hace caminar el coche á paso lento y ordenado.

45 Ahora, amigos, si hiciésemos con las pasiones otro tanto, sacaríamos la misma utilidad. Procuremos, pues, disponerlas de manera, que la mas dominante trabaje contra las otras, y de este modo seremos señores de todas, porque las mas flacas quedarán vencidas y la mas vigorosa cansada.

46 No puede haber, dijo Elena, industria mas útil, si ella fuere practicable. Sacar triaca del mismo veneno, de los enemigos socorro, y de las enfermedades remedio, es todo cuanto podemos desear en esta empresa. Mas no, no nos consoleis, Miseno, con pensamientos hermosos. Enseñadnos una doctrina que pueda reducirse á práctica, porque poco vale una imaginaria felicidad á quien se revuelve en medio de miserias verdaderas. Á la manera de un preso que sueña ver los jardines mas amenos, y pasearse por las mas deliciosas florestas con gustosa compañía y perfecta libertad, y cuando vuelve en sí del lisonjero engaño, siente mas pesadas que nunca sus duras cadenas; así seremos nosotros de aquí en adelante, si no nos dáis un modo seguro para hacer que de nuestras mismas pasiones saquemos armas para vencerlas.

47 Sonreíase Neucasis, celebrando la prudente duda de la Em-

bajatriz, como impugnacion sin respuesta. El Embajador estaba admirado, y el Conde deseoso de oír la doctrina que á todos interesaba. Entonces Miseno se ofreció á declararles lo que parecia muy secreto; mas para esto quiso que cada uno dijese primero, cuál era la pasion que reputaba mas vigorosa de las tres mas principales que hacen guerra al hombre, prometiendo enseñarles con qué arte podria la *razon* servirse de ella contra las otras pasiones en favor de la *virtud*. Á todos contentó mucho la propuesta, y desde luego quisieran dar principio al discurso; pero quedó reservado para el siguiente dia, porque un viento algo mas fuerte les obligó á cortar la conversacion comenzada.

## LIBRO XVII.

Disputase en el navío entre Aymar y Elena, embajadores, Miseno, el Conde de Moravia y Neucasis, capitan de la embarcacion, cuál es la mas poderosa de las tres pasiones de amor, gloria vana, é interés.— Elena asienta que el *amor propio* es origen de todas, y raíz de todos los vicios.— Miseno añade que el mismo *amor propio* bien entendido es virtud y remedio de todas las pasiones, y el único que puede satisfacer la *ambicion*, la *gloria é interés* del hombre.— Responde Miseno á las dificultades, manifiesta la diferencia entre el mérito y la fama; y hace una pintura metafórica del verdadero amor propio, contrapuesta al concepto que se tiene de él.— Sigue la cuestion, y defiende Miseno que el *amor propio* bien entendido es virtud, y mal usado origen de todos los vicios.

1 El dia siguiente, cuando el sosiego del mar reunió en conversacion tranquila á los cinco que disputaban la tarde antecedente, se continuó la materia. El Conde, que por su edad era el mas fácil en todos los movimientos del ánimo, era siempre el mas vivo y pronto, ya en las preguntas y deseos, ya en los proyectos é ideas, ya en las decisiones precipitadas. Así en la presente cuestion de cuál era la pasion mas poderosa, él fué el primero á decir su pensamiento<sup>1</sup>. Era, pues, de opinion, que de todas las pasiones ninguna es tan fuerte como la del *amor*<sup>2</sup>. Para no hacer injusticia, decia, se debe dar á Cu-

<sup>1</sup> Tres son las pasiones principales: 1.<sup>a</sup> Concupiscencia de los ojos, ó *interés*; 2.<sup>a</sup> concupiscencia de la carne, ó *amor profano*; 3.<sup>a</sup> soberbia de la vida, ó *gloria vana*. (S. Juan, epist. I, cap. II, vers. 16).

<sup>2</sup> El *amor* de *concupiscencia* ó *apetito* sensual tiene doce movimientos: si

siones, que se destruyesen unas á otras, y todas mutuamente se debilitasen.

44 Vos sabeis, amigo Aymar, que yo he comparado las pasiones á los brutos. Ahora verémos lo que hace el diestro cochero, cuando ve todos los caballos de su carroza desbocados á un tiempo. Como no los puede sujetar á todos, dejando unos, pone todo el esfuerzo en apartar á otro lado uno ó dos de los mas vigorosos, para que estando la fuerza dividida, se debiliten las fuerzas de todos mutuamente: unos tiran á una parte, otros á otra: aquí cae uno, allí el compañero le salta por encima, y se enreda; y sirviendo ambos de tropiezo á los demás, todos se mezclan. Ya se levanta uno, y segunda vez cae en tierra: otro con los piés hácia arriba es arrastrado y herido, y todos se ven pisados y maltratados. En este tiempo hierva la batería de los piés, y mutuamente se ofenden; mas el coche está parado. Entre tanto el diestro cochero ya castiga á tiempo, ya á tiempo perdona, ya grita, ya amaga, y poco á poco se van levantando los brutos, corriéndoles hilo á hilo el freno y la sangre. De estos se ve caer á pedazos la espuma pendiente de los frenos, de aquellos se ven palpar los miembros de la pasada lucha; y cuando la furia está enteramente amansada, y las fuerzas abatidas, entonces el prudente cochero hace caminar el coche á paso lento y ordenado.

45 Ahora, amigos, si hiciésemos con las pasiones otro tanto, sacaríamos la misma utilidad. Procuremos, pues, disponerlas de manera, que la mas dominante trabaje contra las otras, y de este modo serémos señores de todas, porque las mas flacas quedarán vencidas y la mas vigorosa cansada.

46 No puede haber, dijo Elena, industria mas útil, si ella fuere practicable. Sacar triaca del mismo veneno, de los enemigos socorro, y de las enfermedades remedio, es todo cuanto podemos desear en esta empresa. Mas no, no nos consóleis, Miseno, con pensamientos hermosos. Enseñadnos una doctrina que pueda reducirse á práctica, porque poco vale una imaginaria felicidad á quien se revuelve en medio de miserias verdaderas. Á la manera de un preso que sueña ver los jardines mas amenos, y pasearse por las mas deliciosas florestas con gustosa compañía y perfecta libertad, y cuando vuelve en sí del lisonjero engaño, siente mas pesadas que nunca sus duras cadenas; así serémos nosotros de aquí en adelante, si no nos dáis un modo seguro para hacer que de nuestras mismas pasiones saquemos armas para vencerlas.

47 Sonreíase Neucasis, celebrando la prudente duda de la Em-

bajatriz, como impugnacion sin respuesta. El Embajador estaba admirado, y el Conde deseoso de oír la doctrina que á todos interesaba. Entonces Miseno se ofreció á declararles lo que parecia muy secreto; mas para esto quiso que cada uno dijese primero, cuál era la pasion que reputaba mas vigorosa de las tres mas principales que hacen guerra al hombre, prometiendo enseñarles con qué arte podria la *razon* servirse de ella contra las otras pasiones en favor de la *virtud*. Á todos contentó mucho la propuesta, y desde luego quisieran dar principio al discurso; pero quedó reservado para el siguiente dia, porque un viento algo mas fuerte les obligó á cortar la conversacion comenzada.

## LIBRO XVII.

Disputase en el navío entre Aymar y Elena, embajadores, Miseno, el Conde de Moravia y Neucasis, capitan de la embarcacion, cuál es la mas poderosa de las tres pasiones de amor, gloria vana, é interés.— Elena asienta que el *amor propio* es origen de todas, y raíz de todos los vicios.— Miseno añade que el mismo *amor propio* bien entendido es virtud y remedio de todas las pasiones, y el único que puede satisfacer la *ambicion*, la *gloria é interés* del hombre.— Responde Miseno á las dificultades, manifiesta la diferencia entre el mérito y la fama; y hace una pintura metafórica del verdadero amor propio, contrapuesta al concepto que se tiene de él.— Sigue la cuestion, y defiende Miseno que el *amor propio* bien entendido es virtud, y mal usado origen de todos los vicios.

1 El dia siguiente, cuando el sosiego del mar reunió en conversacion tranquila á los cinco que disputaban la tarde antecedente, se continuó la materia. El Conde, que por su edad era el mas fácil en todos los movimientos del ánimo, era siempre el mas vivo y pronto, ya en las preguntas y deseos, ya en los proyectos é ideas, ya en las decisiones precipitadas. Así en la presente cuestion de cuál era la pasion mas poderosa, él fué el primero á decir su pensamiento<sup>1</sup>. Era, pues, de opinion, que de todas las pasiones ninguna es tan fuerte como la del *amor*<sup>2</sup>. Para no hacer injusticia, decia, se debe dar á Cu-

<sup>1</sup> Tres son las pasiones principales: 1.<sup>a</sup> Concupiscencia de los ojos, ó *interés*; 2.<sup>a</sup> concupiscencia de la carne, ó *amor profano*; 3.<sup>a</sup> soberbia de la vida, ó *gloria vana*. (S. Juan, epist. I, cap. II, vers. 16).

<sup>2</sup> El *amor* de *concupiscencia* ó *apetito sensual* tiene doce movimientos: si

pido la corona; pues vemos que con cadenas de oro arrastra aun á los mas elevados monarcas. El soberano mas poderoso gime igualmente oprimido debajo de sus hierros, que el esclavo mas vil; de suerte que el cetro del *amor* es como la varilla de encantos, que si os tocaren con ella, quedaréis encantado y perdido. El héroe mas intrépido se vuelve cobarde, débil el mas vigoroso, loco el mas sábio, y aun el de pundonor mas delicado y brioso hace acciones tan indignas, que bien pronto viene á avergonzarse de ellas. Creo que en esto convendréis conmigo.

2 El Embajador, cuya experiencia le hacia mirar con otros ojos al mundo, afirmaba que la vanidad y deseo de *gloria* era aun mas fuerte que el *amor*. Deja el héroe, decia, á su idolo en la patria, y corre mares y tierras por ir á cortar un ramo de laurel en el campo de Marte. Al amor veréis sacrificarle haciendas, honras y vidas; mas nunca veréis que se le sacrifique la fama: y si hablamos de los grandes, sábios y doctores famosos, hallaréis sin disputa que el amor de la gloria vence toda otra pasion; pero unos y otros nada desean tanto como dejar para despues de su muerte una memoria viva de sus acciones, y que dure su fama aun cuando los miembros que las ejecutaron estuvieren ya muertos, y sus huesos carcomidos.

3 Mas como no todos los mortales son héroes en las letras ó en las armas, dijo Neucasis, debemos nosotros hablar ahora en general, y en este sentido digo que el deseo desordenado del *interés* es la pasion mas vigorosa. Este es el primer móvil de toda la máquina del mundo, y sino aténded: quitad del mundo el *interés*, y todo paró de repente; cesó el comercio, se perdió la agricultura, y ya no se cultivan las artes. Si quebráis la punta á este estímulo del *interés*, ¿dónde hallaréis el mútuo servicio, que es el alma de la sociedad? ¿dónde la union civil de los miembros de este vastísimo cuerpo? Sin *interés* no hay dependencia, sin dependencia no hay sujecion, y sin ella no hay superioridad, orden ni leyes. Quitad la dependencia, y pondréis todos los hombres iguales, cada cual será un soberano; el ocio será su imperio, la inaccion su vida, y un torpe letargo nos ocupará á todos desde la cuna hasta el túmulo. Sin embargo, yo sujeto mi parecer al vuestro.

4 Elena quedó admirada del discurso de Neucasis; Aymar lo aplaudia; y el Conde lo aprobaba con encarecimiento, no obstante que sostenia ser la pasion del *amor* tan general como la del *interés*, inquietan al alma se llaman *perturbaciones* (san Agust.). si al cuerpo, *pasiones*. (San Francisco de Sales, p. d. à d. D.).

y por lo comun mas violenta. Pero todos deseaban oír á Elena, la cual queriendo unir en una sola las tres diferentes opiniones, les dice: que en todos los mortales la pasion mas robusta y mas nociva es la del *amor propio*: que esta era la raíz comun y el tronco de donde nacen los tres ramos principales en que ella se divide. Por lo tocante al *interés*, y en cuanto á la *ambicion de gloria*, convenia el Conde que nacian del *amor propio*: mas en cuanto á la pasion del *amor*, permitidme, decia, que os represente que ella tiene origen mucho mas noble que el del *amor* de sí mismo. En esta noble pasion el alma se da toda con tal generosidad, y está tan léjos de mirar por sí, que solo atiende al idolo de su adoracion. Quien ama, no atrae, que antes es atraido del iman poderoso de aquel objeto que le mueve el corazon en el pecho, se lo hace saltar y casi salirsele por los ojos; de suerte que quien mira por su interés y no se olvida de sí, no puede decir verdaderamente que ama.

5 Yo veo, dijo Elena, que vos, Conde, no sois novicio en esta ciencia de *amor*: no obstante eso, aun persisto en lo que dije; y os protesto que no es sino *amor propio*, y propio interés la pasion de *amor* mas generosa. Sabed que tengo hecha una bien delicada y exquisita anatomía de esta pasion, y al fin llegué á conocer que lo que públicamente se vende por amor generoso no es sino *amor propio*, muy vil y muy interesado. Gusta, por ejemplo, el infame Zopiro de la casta Cenobia, y sin embargo de ser un hombre depravado, un monstruo indigno y detestable, y de un corazon negro, feo y mal formado, no por eso deja de enamorarse de la brillante virtud que da esmalte á su adorada beldad; procura su compaña, gusta de su conversacion, y solo fijar en ella los ojos le arrebató el alma. Sea en buen hora. Todos dirán que la ama, al ver que tan fino se deshace en sus obsequios; pero reflexionad bien, y veréis que Zopiro busca su gusto, su consuelo, su interés, y no el bien de Cenobia.

6 Porque si gusta de verla, solo á sí mismo se lisonjea cuando pone en ella sus ojos. Si su compañía le encanta, á sí propio se atiende, cuando la busca y la sigue. Tiene gusto de adorarla, así es: pero la adora, porque tiene en eso su gusto, tanto que secretamente desea, se desvela, trabaja y mina por satisfacer sus ansias, y esto aunque sea á costa de la perdicion de Cenobia. Ahora decidme, ¿es esto amarla? Si esto es amor verdadero, muy agradecida debe quedar la inocente oveja al lobo voraz, que por gustar de ella la sigue por montes y valles. ¿Y estará Cenobia obligada á recibir con obsequio sus pasos viles é infames? ¿Se ha de constituir en la desgraciada nece-

sidad de agradarse mucho de él? ¿De él que es un monstruo y un agregado de vicios? ¿Y qué culpa tiene ella de ser amada, para que la obliguen á dar su corazón á un demonio?

7 Desengañémonos: ninguno debe amar sino lo que fuere digno de amor, y la pasión de Zopiro por Cenobia, mientras no la purifique de sus monstruosos horrores, no lo hace en sí mismo amable: y así este desprecio que ella hace viene á ser una nueva prueba de su juicio, un realce grande de su virtud. Y cuando él últimamente se llega á desengañar que ella lo desprecia, veréis que inmediatamente convierte en calumnias todos sus antiguos elogios, y que á fuerza de injurias quiere conquistar un corazón justo. ¡Ah, Conde mio! ¿cuántos Zopiros se hallan en el mundo mascarados con la hermosa apariencia de amantes, siendo en la realidad unos hombres interesados, que no miran mas que á sí mismos; prontos á sacrificarlo todo á su pasión indigna, aunque sea la estimación, la virtud y el honor de las mismas Cenobias, á quien ellos dicen que aman? ¡Ah! que si ellas cuando los ven pisan sus piés con la rodilla en tierra, les abriesen con un puñal el pecho infame, entonces harían ver á todo el mundo, que en el altar de sus corazones no habia otro ídolo que el de un interés propio. Así, Conde mio, bien podeis creer que esa pasión, como todas las demás, son un puro *amor propio*, y muchas veces indigno. Habló Elena con tal fuego, que su rostro encendido brillaba con doblada hermosura, dándole un nobilísimo realce la elevación de sus pensamientos, y las máximas de una heroica virtud.

8 Oyendo el Conde, se vió precisado á confesar el error común; y que en el idioma de los amantes se ofrecia como obsequio generoso lo que bien pesado en la justa balanza de la razón solo era *amor propio*, y muy vil interés. Contra esta pasión, decia él, se debe armar quien quiere que la razón le gobierne, porque esta sola pasión es el origen de toda nuestra ruina. Pero de aquí infero una consecuencia triste; porque si es imposible que uno resista á su *amor propio*, ninguna esperanza podemos prometernos de hacer resistencia á las pasiones, que nos arrastran al mal.

9 Muy silencioso Miseno escuchaba todos los discursos que se hacían por una y otra parte, y con aspecto risueño los aprobaba todos; mas no pudo tolerar una consecuencia tan absurda como la que el Conde sacaba. Y así, rompiendo el silencio, dijo: Ya que todos los demás han dicho su dictámen, parece justo que yo tambien dé mi voto.

10 El *amor propio*, bien examinado en su origen, es una pasión buena, justa y debida, porque naturalmente nos amamos á nosotros mismos; de suerte que la razón manda que cada cual se desee á sí el bien y mire por su felicidad, que esto es amarse verdaderamente; y así, solo quien estuviere desesperado ó furioso, dejará de amarse á sí mismo. Dios, que plantó en nuestra alma esta pasión innata, no nos podia dar cosa mala, ni con su propia mano nos podia impedir al menor mal, porque generalmente lo detesta, y porque seria entonces contrario á sí mismo. Empero aunque esta opinión es buena é inocente en su origen, comunmente degenera con el tiempo, y sale fuera de los límites que Dios le tiene prescritos por la razón; y así es que el mismo *amor propio*, que bien gobernado es virtud, en llegando á traspasar ciertos términos es vicio y raíz de todos los males; como el calor, que moderado da vida, y siendo excesivo ocasiona fiebre y mata. Convengo que esta pasión es la mas fuerte de todas, y que á ella se pueden reducir todas las demás; pero añado que no debemos pensar en destruir, sino solo en gobernarla, para corregir con ella las otras. Y así el *amor propio* bien entendido es capaz de poner freno á las demás pasiones y de sujetarlas todas á las inmutables leyes de la razón eterna.

11 Admiróse mucho Elena de lo que Miseno decia; y cual extranjero, que viendo pasar por entre gran concurso una belleza extraordinaria que le ha prendado el corazón, fija en ella los ojos, y sin perderla de vista la va siguiendo con ellos por medio de toda la multitud hasta llegar á informarse de la persona: así Elena encantada de tan preciosa máxima calló, y no atendiendo muchas cosas que dijeron acerca de esto Aymar, Neucasis y el Conde, apenas tuvo ocasion, le dijo á Miseno de esta manera: Esa filosofía es muy importante, y merece que se explique con mas individualidad, porque el mal de las pasiones desenfrenadas es universal; y si para domarlas descubriésemos un remedio general y tan suave como es el *amor propio*, ¡oh, y qué grandes aumentos tendria la ciencia del corazón humano! y pues que son tres las pasiones mas poderosas, veamos cómo nos dais remedio en el *amor propio* para cada una de estas tres peligrosas enfermedades. Figuraos, Miseno, que el Conde está enfermo de la fiebre de *amor*; que mi esposo lo está de la hinchazon

<sup>1</sup> El Autor de la naturaleza plantó en el corazón humano una especial y natural inclinación, no solo á amar el bien en general, sino tambien en particular, y sobre todo á la divina Bondad. (San Francisco de Sales, tr. del Amor de Dios, lib. I, cap. 16).

de gloria, y Neucasis de la hidropesía del interés: llevemos adelante nuestro discurso en tono jocoso, que no estamos en las aulas de la filosofía moral, é informe cada uno de por sí de los síntomas de su dolencia á nuestro médico, y sírvanos la conversacion de recreo, y tambien de utilidad.

12 Los síntomas de esta enfermedad de amor, dijo el Conde, ninguno podrá explicarlos con mas experiencia que yo; y así, Miseno, bien podeis creer que os pintaré puntualmente la verdad. El amor es un mal que insulta todos los miembros, y en cada uno de ellos ocasiona particular enfermedad. Primeramente en la cabeza ocasiona delirios, ceguedad en los ojos, frenesí en la sangre, en el pecho una especie de cáncer que insensiblemente va royendo el corazon y el alma; y un fastidio tal en el paladar, que todo lo que no sabe al objeto amado, le parece insípido. Con el amor queda el ánimo baldado y cojeando; y así siempre se inclina hácia una parte, y no da ni un solo paso derecho. El amor es una fiebre tan contagiosa, que muchas veces se pega con solo una mirada, y se apodera en un instante de toda el alma. Apenas llega á mordernos esta vibora, cuando ya corre el veneno de vena en vena, repasa todos los miembros, penetra las entrañas, pégase al corazon, y profundiza en él sus raíces. Creo que no puede haber enfermedad mas incurable. ¡Ah, Miseno, Miseno! si esta enfermedad tuviera remedio, no hubiera yo padecido tanto como os tengo referido.

13 Pues yo os le daré, responde Miseno, para que de aquí adelante no adolezcáis mas de ese mal. Quiero que ameís, si, pero sea como lo dicta la buena razon, y lo pide vuestra utilidad. La mano suprema no puso todas las perfecciones posibles en cosa alguna criada; y así, si un objeto nos cautiva el corazon, otro ha de haber mejor que nos pueda librar del cautiverio. Quien tuviere ánimo noble, no debe ser como los rústicos que nunca vieron la corte, y aturridos con el primer objeto que ven, imaginan que no hay en el mundo cosa mejor; y como suele decirse, se quedan á su vista embelesados. No así el prudente; este ha de ir mirando las cosas despacio, y despues de haberlas visto bien, debe hacer de ellas una justa eleccion. Para esto es preciso saber mirar; porque el sábio se distingue del que es tonto, en que este anda vagueando con la vista por una y otra parte, y solo ve lo que ve. Mas el sábio mira, examina, piensa, reflexiona, y aun vuelve muchas veces á mirar para hacerse cargo, y formar de las cosas su cabal concepto. Si de este modo reflexionamos sobre el objeto que nos encanta, muy fácilmente nos po-

drémos librar de su encantamiento, porque hallarémos otra belleza mucho mas perfecta.

14 Caerémos, dijo el Conde, en otro lazo, queriendo escapar del primero; porque sea de una belleza ó sea de otra, siempre vendrémos á quedar esclavos. Á lo que responde Miseno: Venturoso lazo este segundo y cautiverio feliz para quien cayere en él; porque el amor entonces no será pasion que le aparte de la felicidad, sino que mas bien le lleve insensiblemente á poseerla. Esta belleza que os aconsejo tiene todo lo que puede lisonjear nuestra alma, y ser el origen de nuestros intereses, de forma que por fuerza se ha de preferir su belleza á toda y cualquiera otra hermosura.

15 Es tal su heldad, que aun á sus mismos enemigos enamora<sup>1</sup>, de suerte que no hay en el mundo hombre tan perverso, que llegando á conocerla pueda detestarla. Hasta el mismo Dios, cuyos ojos están sumamente satisfechos de la infinita hermosura de la divinidad, jamás, permítaseme este modo de hablar, jamás podrá desasirse del poderoso atractivo con que obliga á que él la abraze y estime. Esta hermosura, amigos, es en su trato sincera y veráz; en sus promesas fiel é inmutable; en la amistad lisa y sin rebozo: ella es magnánima en los proyectos, constante en las empresas, y suave en la ejecucion de ellas. Aun mas; en los consejos os da grande sabiduría, prudencia en las resoluciones, ánimo en los peligros, y en los contratiempos os hace firme como una roca.

16 Pasmados lo oían todos, y Miseno viendo su admiracion, temiendo la incredulidad, les dice claramente: Yo hablo, amigos, de la virtud. La virtud ni teme, ni huye, ni finge; ni tuvo jamás necesidad de hacerlo. Al mismo tiempo es elevada y modesta, ni se esconde avergonzada, ni hace vana ostentacion de su belleza. Es lo que es; de nadie depende, ni hace caso de cuanto pueden decir de ella los hombres; porque ya la alaben ó la vituperen, todo para ella es lo mismo. Es rica, pero sin lujo; independiente, pero sin soberbia; afable, pero sin lisonja. En su fortaleza no hallaréis violencia, ni en su blandura flojedad. Ved ahora si puede haber mejor retrato de la hermosura increada, de quien ella es la mejor copia: ved si la virtud será amable á quien bien la mire y reflexione. Admirado Aymar, vuelve los ojos á Elena y al Conde como si les preguntase con la vista: qué les parecia de aquella admirable descripcion de la virtud; y conociendo en ellos por reflexion, como en un espejo, el mismo gusto

<sup>1</sup> Cum placuerint Domino viae hominis, inimicos quoque ejus convertet ad pacem. (Proverb. XVI, 7).

que él había experimentado, no se atreve á decir una palabra, temiendo interrumpir á Miseno, que al mismo tenor continuaba su discurso de este modo: Aun digo mas: si volvemos los ojos á nuestra utilidad, es imposible que hallamos objeto que mas lisonjee nuestro amor propio que la *virtud verdadera*, y desafío á todo el mundo para que os lo señalen con el dedo. Con la *virtud*, si la fortuna os levanta hasta el Olimpo, no tendréis vanidad ni soberbia. Si la desgracia os arrastra por el polvo de la tierra, ni decaeréis de ánimo, ni seréis vencido. En cualquier estado seréis el mismo, y seréis en todo feliz. Si los enemigos os persiguen, si los poderosos os oprimen, si os hacen gemir los tiranos debajo de los hierros duros de una esclavitud insoportable, no teniendo *virtud* estais perdidos; pero si la teneis, tambien tendréis inmóvil vuestro corazon; con ella únicamente se consuela, se alegra y se tiene por verdaderamente dichoso, como que con ella nada le falta para vivir con felicidad cumplida<sup>1</sup>.

17 Supongamos, lo que muchas veces acontece, que no hay leyes para la inocencia, ni estimacion por el mérito; que la verdad no puede abrir la boca, que todo mundo amotinado y gritando al rededor de vos os condena sin que nadie quiera oiros, ni dar lugar para defenderos, lo que es muy frecuente en el mundo. Si sois virtuoso, decís en vuestro corazon: *Dios me oye, Dios me atiende, Dios me hará justicia*, y esto os satisface. Tal vez os veréis arrojado en tierra, y que todos como perros desesperados se os echan encima, tirando cada uno por su lado para despedazaros del todo, hasta no dejaros sino solos los huesos; en una palabra, veréis que el cielo, la tierra y los infiernos se han conjurado absolutamente contra vos para perderos; no importa: si en medio de todo esto conservais la *virtud*, quedará vuestro corazon en sosiego, y sin alterarse podrá decirse á sí mismo: *Dios es mi amigo, esto me basta*. Ahora id á buscar en otro cualquier objeto igual consolacion y dulzura semejante: ¿podréis acaso hallarla, Conde mio?

18 ¡Qué puedo yo hallar! responde afligido. Esta pasion maldita de amor que me trae toda mi vida tan encantado, nunca me dió consuelo sin desasosiego, sin susto, sin temor, sin un infierno de cuidados: cuidados antes, y cuidados despues de conseguir lo que anhelaba mi corazon. La *virtud*, como vos la pintais, veo que es el objeto mas digno de nuestro amor que puede haber, y que bien con-

<sup>1</sup> *Virtus ad beate vivendum se ipsa vivit contenta, et qui virtutem habet, ei nihil deest ad beate vivendum. (Ciceron, paradoja 2).*

siderado, es bastante para resfriar toda pasion la mas ardiente. Mas habia de ser vista de cerca; pero yo pienso que semejante belleza es como la de las estrellas, que están de asiento allá en los cielos, y que nosotros nos contentamos con solo mirarlas desde acá abajo, sin que nunca las podamos alcanzar.

19 No os engañeis, dijo Miseno: la *virtud* que tanto os enamora no está sola allá en los cielos, tambien la vemos en la tierra: vos mismo poseeréis la *virtud* si gobernais vuestras pasiones por las luces de la *razon* y las de la *Religion*. Atended lo que os digo. Dios os puso en el alma para guia de vuestras acciones la luz de la *razon*, que es una reverberacion de los rayos de la Divinidad; y esa misma luz, amortiguada por la culpa original, la avivó encendiendo en nosotros la lumbre de la *fe*. Todo lo que estas luces dictan, Dios lo aprueba; y así, arreglar cada uno por la luz de la *razon* y de la *fe* sus acciones, es lo mismo que estarse el alma componiendo y adornando delante del espejo de la Divinidad; ¡ved si con esto podrá dejar de ser bella y agradar á los ojos supremos! No es, pues, cosa imposible lo que os aconsejo, ni latónica jamás vista ni ejecutada en el mundo, sino muy fácil de practicarse con la asistencia de la mano suprema que nos ayuda; de suerte que hemos visto muchos héroes de esta filosofia verdadera que sacrificaron á la *luz eterna* sus pasiones, y que en ellos la Sabiduria infinita se complacia, y entonces por una especie de reflexion de esa misma complacencia que de sus acciones tenia el Ser supremo, redundaba en ellos una admirable satisfaccion y contento.

20 ¿Vosotros pensaréis que esos héroes tenian como Neron un corazon de hierro? Ó que, como se dice de Remo y Rómulo, ¿habian mamado de alguna fiera la primera leche? Pues no por cierto. Ellos tenian ojos como nosotros, el corazon de carne de la misma especie que el nuestro; y á más de eso muchos por propia experiencia habian como nosotros probado la dulzura engañadora del deleite sensible. Luego es forzoso que si despues la despreciaron, fuese precisamente por una preferencia juiciosa que hicieron del deleite suavísimo que les causaba la propia *virtud*. ¡Oh, hijo mio, creed á un hombre que probó en el mundo de todo lo que acostumbra encantarlos! Os juro por los cielos que nos cubren, por la tierra que nos sustenta, y todo lo que hay de sagrado me sea testigo, que ninguna satisfaccion humana puede igualar á la que tenemos cuando uno se dice á sí mismo: *Obré como debia, y el Ser supremo me alaba porque obedecia su eterna ley*. Este solo pensamiento disipa como el sol las

tinieblas de todas las aflicciones que nos pueden oprimir y perturbar en cualquier suceso de la vida.

21 Suspenso estaba el Conde é inmutado con el discurso de Miseno. Elena, que gustaba de verle pensativo, quiso adelantar la conversacion como quien clava del todo la lanza que ya habia empezado á entrar en el pecho para rendir al enemigo, y le dice así: Ahora bien, Conde, yo quiero tomar á mi cargo vuestra causa para abogar por ella, y mirad, Miseno, que tengo mucho que alegar. La passion de *amor* nace de los ojos, y como ellos son la *antecámara* del corazon, por ella ha de pasar precisamente el objeto que en él hubiese de colocar su trono. La *virtud* es cierto que tiene una belleza celestial; pero por muy elevada, descabulléndose á los ojos, no hace en el corazon humano la impresion que le hará la hermosura eterna; y de este modo no es posible que la *virtud* pueda triunfar del *amor*. Muy enhorabuena, dijo Miseno, entren en nuestra consideracion los ojos: miremos con toda atencion el objeto que nos encanta; pero miremos como hombres, y no como mira un simple animal. Haciéndolo así, yo os prometo que se quite el amoroso encanto que la vista hubiese hecho, y que la *virtud* quede siempre triunfante.

22 Suponed que veis un pequeño arroyo corriendo por la tierra enfrente del sol; á veces os parecerá una serpiente de plata de cuando en cuando tachonada de brillantes: en la realidad es una fuente-cilla bien pobre; pero vista desde donde nosotros estamos, forma unos brillos tan vivos que excede á la mas preciosa pedrería<sup>1</sup>. Parece que va huyendo del sol, y que cuanto mas se aparta, él la persigue mas, disparándola como á fugitiva sus dorados rayos; dorados rayos, digo, como saetas de oro, arma terrible que de ordinario vence; mas la pobre é inocente, celosa de su pureza, tímida y trémula, va corriendo y escapando; y cuantos rayos recibe, tantos rechaza: gracia que la hace mas brillante y hermosa, porque siempre el resplandor dió realce á la belleza, y la modestia nuevo colorido á la hermosura. Ahora si hubiese alguno tan locamente enamorado de la belleza de este arroyuelo que se arrojase en tierra para abrazarse con él, sin advertir que toda aquella hermosura le provenia del sol, ¿con qué se hallaria este loco? Con una poca de agua oscura, porque su misma sombra y mal entendido obsequio le quitaba al arroyo todo su resplandor, preciosidad y belleza. Así, pues, sucede á quien per-

<sup>1</sup> Aquí se hace alusion á lo que la buena física enseña, donde se prueba, que el agua cuando es herida en los rayos del sol, los rechaza y los envía á los ojos. (Véase la causa en las *Recreac. cit. tom. 2, trat. 5*).

dido por cualquier beldad sensible no advierte que del Sol supremo le viene todo lo que en ella le complace, y que su sombra simplemente basta para ofuscársela; entonces si porfiase, solamente se hallaria con lodo, tierra y vileza. Decidme ahora, señora, si me engaño, ó si exagero la verdad; y confesaréis que aun entrando en nuestra consideracion los ojos, toda la belleza que los encantaba debe levantar el corazon para amar la virtud, á la cual ellos hasta entonces no miraban. La hermosura bien considerada nos debe elevar el discurso y el ánimo á quien es el único y total principio de ella que es Dios, como lo es el sol de toda la belleza de las aguas.

23 Quedó Elena convencida, el Conde pasmado; pero el Embajador todavía quiere instar, aunque admirado del discurso de Miseno, y replica de esta suerte: Si esta passion diese lugar á esas reflexiones juiciosas, no seria ciego el *amor*; mas este maligno mágico de tal forma embelesa el alma, que nada ve sino su ídolo, nada escucha sino sus armoniosos encantos, de manera, que el corazon transformado en un verdadero sol sigue todos sus movimientos, y desde el oriente al ocaso nunca aparta de él los ojos.

24 Ya, pues, que lo sigue hasta el ocaso, dijo con viveza Miseno, ponga bien en él la mira, y se deshará el hechizo. Al sol puesto de la vida verá que desaparece toda esa hermosura terrena, al mismo tiempo que la de las *virtudes* es perpétua y permanente. Confieso que cuando nace la aurora, cuando la edad es floreciente, cuando crece el día, cuando el sol se ostenta hermoso y luciente, todo es en él belleza, todo en nosotros alegría, porque entonces toda la naturaleza está risueña. Mas en las cercanías de la muerte, esto es, al caer del sol, cuando las sombras luchan con la luz, la noche con el día, y la muerte con la vida, veréis al sol pálido, macilento y triste; entonces las rosas se marchitan, se deshojan y se inclinan hácia la tierra; y vuestro corazon desconsolado y solo no hallando objeto que lo satisfaga, pesado á todos y embarazado consigo mismo, se precipita en los abismos de la melancolía, y por lo comun se pierde. Al contrario, si por fortuna suya pone los ojos en la perpétua é inmutable hermosura de la *virtud*, su encanto no teme el ocaso, porque á cada momento es mas admirable su belleza: nunca se disminuye, nunca se marchita, nunca se seca, y el corazon nunca se fastidia, ni se halla jamás viudo; porque en la muerte espera el complemento de las bodas, y la posesion segura con realce de la belleza encantadora. Ved aquí como, aun consultando con nuestros ojos, ha de ser siempre preferida la hermosura de la *virtud*.

25 Mas: vosotros, amigos, sabéis que Dios de tal suerte contrapesó en este mundo los bienes y los males, las perfecciones y defectos, que jamás, como ya os dije, encontraréis hermosura sin lunar. Poned la mira en el objeto que mas os agrada; vedle bien, dadle vueltas por todos lados, y estad ciertos que ese iman, si por una parte os atrae el corazón, por otra lo ha de repeler por fuerza<sup>1</sup>. Si el amor, como decís, está vendado, quitadle la venda: ved bien ese ídolo que amais, y cesará el encanto. No sucede otro tanto á la *virtud*, que por todos lados es bella y perfecta. ¿Qué me decís, amigos?

26 Confieso, dijo el Conde, que discurriendo con los ojos abiertos, hallarémos en esta infeliz pasión muchos mas disgustos que contentos. La larga experiencia siempre me lo ha enseñado; mas la dificultad está en quitar la venda de los ojos cuando el amor nos gobierna. ¿Y que el amor de nosotros mismos, replica Miseno, no podrá hacerlo con facilidad? ¿Nuestro propio interés no nos obliga á examinar bien el objeto que abrazamos? Fomentad, Conde mio, vuestro amor propio: amaos bien á vosotros mismos, y á ninguno amaréis á ciegas. Amaréis con juicio, amaréis los objetos que no os puedan llenar el corazón de hiel, ni el alma de veneno, ni el entendimiento de cuidados, ni las entrañas de celos. Amaréis la hermosura interminable de la *virtud*, la belleza de la *razón*: amaréis el objeto que os puede recrear con un inexplicable placer, y haceros verdaderamente feliz. Oído esto, el Conde, Aymar y Elena cedieron y confesaron todos que la enfermedad de amor tiene su verdadero remedio en el amor propio bien entendido: mas suponiendo siempre, como se ha dicho, todo el socorro del cielo.

27 Seguíase dar remedio á la ambición de la gloria, otra pasión que se habia juzgado tambien fortísima contra la razón: y Elena convidó á su esposo á que defendiese esta causa, á fin de ver si esta ambición, así como la pasión amorosa, cedia y se curaba con el amor propio arreglado y bien entendido: por quanto á la verdad, decia ella, nos ha de ser de suma utilidad saber que tenemos en nuestro mayor veneno segura y eficaz triaca para curar las enfermedades peligrosas del corazón humano.

28 Ya que me introducis en la metáfora de dolencia, responde Aymar, quiero seguirla para explicar á Miseno cómo se halla mi co-

<sup>1</sup> Aquí se hace alusión á la aguja tocada á la piedra iman, la cual sigue las leyes del *magnetismo*; pues atrae otra aguja tocada cogiéndola por una extremidad, y por la otra extremidad la repele. Los polos semejantes se repelen, los desemejantes se atraen mutuamente.

razón enfermo, y creo que del mismo modo estará el de todos los mortales, á quienes un nacimiento feliz les dió espíritus nobles. Yo soy señor del pequeño Estado de *Cesarea*, que me trajo en dote mi esposa: no me atrevo á compararme con alguno de los monarcas de Europa, ni tampoco con los del Asia; con todo, como entré amigos debe ser sincero el lenguaje, os confieso ingenuamente que todo el mundo me parece para mí pequeño, que mi corazón se oprime en él, y que de todo este gran globo de la tierra únicamente formaria una grande peana para los piés de mi estatua. Todo lo que es grandeza me lisonjea; y no pudiendo tener en la realidad toda la que mi corazón apetece, es preciso que á lo menos en la apariencia la tenga: por eso confieso que me agrada toda adulación, á pesar de las luces de mi entendimiento. Soy tan miserable, que gusto hasta de los que mienten, si sus mentiras lisonjean mi altivez; en lo que ciertamente me acompañan muchos, aun aquellos que blasfeman de la adulación y lisonja. Á esta terrible cualidad se sigue una vanidad excesiva; porque acostumbrado á alimentarme de viento, soy sumamente ligero; la cabeza se me anda por los aires, y la menor tempestad me descompone; de suerte que mi alma está en un remolino continuo, y nada sabe de sí. El corazón hinchado quiere reventar; todo me oprime, todo me asombra, y no puedo ver en mi presencia á quien esté en mayor altura que yo; y viendo que no tengo fuerzas, ni alas para subir mas arriba, no me sufre el corazón, hasta que mirando por debajo de tierra, consigue arruinar todo lo que me hace sombra. Ahora ya se ve que esto me ha de dar mucha fatiga, mucha pena y mucha tristeza. Y vé aquí, Miseno, todo mi mal.

29 Por cierto, interrumpió Elena, que ó vos estais muy doliente, ó haceis bien vuestro papel. Veamos, Miseno, ahora cómo curais este enfermo. No sé si podré curarlo, responde, porque tambien yo padezco el mismo mal; y lo peor es, que no deseo curarme de él. Tambien apetezco la grandeza y con un deseo inexplicable: solamente me diferencio de vos en los medios con que la procuro.

30 La suerte de un simple particular que hace de la virtud su tesoro, y del dominio sobre sus pasiones su verdadero imperio, es la que yo juzgo propia para gozar la sólida grandeza. Porque primeramente conteniéndose este dentro de los límites de su fortuna, no desea mas de lo que tiene, y de este modo ya veis que posee todo quanto desea. Á mas de eso, entregado á la providencia sumamente vigilante del Ser supremo, en quien totalmente confia, cooperando con su trabajo, tiene todas las asistencias que necesita. Así indepen-



diente del capricho de la fortuna, y de la inconstancia de los hombres, dirige á un fin honesto todas sus acciones, sin ocuparse en nada mas que en cumplir todos sus deberes delante de Dios, de los hombres y de sí mismo. Ahora, como las leyes de Dios y las del Estado están comprendidas en las de la *buena razon*, mas le sirven de luz que lo encaminen seguro, que de cadenas que lo opriman con su peso. De este modo, que el mundo arda en guerra, que se resuelvan los Estados, todo esto poco le importa: su trabajo le sustenta, y le quita los cuidados; y á mas lo ocupa y lo divierte, de suerte que la noche le es agradable por el reposo, y el dia por su ocupacion inocente. Cuantos hijos tiene en su casa, tantos criados cuenta, siendo en su familia amado como padre, y respetado como soberano. Ahora no habiendo vicios, no hay fomento de discordias, y sin estas tiene en la paz todas sus delicias y su mas vivo deleite. Como ninguno le envidia, no puede tener enemigos; como á ninguno ofende, nadie puede tener queja de él. Ni la *fortuna* ni la *desgracia* le saben la puerta: contento con poco, en poco lo tiene todo, y satisfecho con lo que posee, pasa alegre los dias de la vida, y alegre recibe la muerte: y esto con menos violencia y mas heroicidad que esos famosos varones á quien la fama celebra.

31 Ved aquí la grandeza que yo apetezco, de cuyos deseos no me quisiera curar. Tened, amigo, la ambicion de este modo, y seréis mas glorioso y feliz de lo que tal vez habréis deseado hasta aquí. Confieso, continúa, que vivi muchos años con otra idea muy diferente de esta; y dudo si hay mortal que haya deseado mas la *gloria* y la *fama* que yo, y el Conde sabe algunas particularidades de mi vida que lo confirman. La gloria militar era para mí una divinidad; de suerte que apenas la divisaba á lo lejos, ya corria tras ella con los brazos abiertos y los ojos fijos en su luz aparente, y corria precipitado sin reparar en barrancos, despeñaderos, ni en ningun otro peligro; mas cuando ya de cerca iba á cogerla entre mis brazos, me hallaba burlado; y conocia que esa bella divinidad no era sino una niebla sin sustancia, una ilusion, un sueño y una quimera en todos los bienes que me prometia; mas verdadera realidad en los males que me ocasionaba: pero en fin, recordé, conocí mi error, y mudé de concepto y de sistema.

32 Con todo, replicó Aymar, aunque confieso que es la pura verdad lo que decís, mi corazon rebelde al entendimiento halla en la fama una especie de atractivo que no puede resistirle. ¿Qué gloria no tendrán esos héroes que supieron dejar para despues una fa-

ma póstuma que jamás ha de perecer? Sea por el camino que fuere, la fama hace á un hombre inmortal; inmortal, que es atributo de la Divinidad. Este es un modo nobilísimo de burlarse de la muerte, y triunfar del invencible imperio de los tiempos. ¿Cuándo se olvidará en el mundo un *Alejandro*<sup>1</sup> y otros conquistadores? ¿un *Anibal*<sup>2</sup> y otros famosos capitanes? ¿un *Caton*<sup>3</sup>, un *Demóstenes*<sup>4</sup>, un *Ciceron*<sup>5</sup>, un *Homero*<sup>6</sup> y otros ingenios admirables, que por la sabiduría y elocuencia supieron inmortalizarse en el mundo? Ved aquí, pues, á lo que aspira mi corazon, y lo que le causa el mas cruel tormento, porque no lo puede alcanzar.

33 Ahora filosofemos un poco, dice Miseno: ¿y cuándo se verifica el gozar esos héroes de la indecible felicidad que la fama les procura? ¿Ahora, ó cuando vivian? Ahora, responde Aymar; y Miseno replica: ¿Y teneis correo para enviarles á donde ellos se hallan la noticia de lo que pasa en el mundo por su respeto? No esperaba Aymar esa pregunta; y continuó Miseno: Amigo, no hablemos como el vulgo que se goza por ideas vagas y confusas: examinemos bien lo que decimos. En el momento de la muerte separa con una distancia infinita los que viven de los que ya fallecieron, y así no pueden esos héroes paganos, ya difuntos, tener noticia alguna de nosotros. Las alabanzas que les ofrecemos, ó los vituperios que contra ellos se profieren, no les llegan: son foles ó piedras tiradas por las manos de los niños, que no pudiendo atravesar este grande vado, caen en medio de ese lago inmenso que nos separa, y se pierden en él.

34 Aun mas: y cuando estas noticias les llegasen, ¿creéis que les serian sensibles esa honras ó vituperios? ¡Oh, y cómo os engañáis, amigo! La region que ellos habitan les ha mudado la naturaleza. Y sino, decidme, ¿qué se os da á vos que los negros de *Mo-*

<sup>1</sup> Vid. lib. III, núm. 16.

<sup>2</sup> *Anibal Africano*, gobernador y capitan general de las provincias de España que obedecian á Cartago, el que hizo perecer la célebre *Sagunto*, y derrotó tres ejércitos á los romanos.

<sup>3</sup> *Caton Romano*, inmortal enemigo implacable del César, por amigo de la virtud, llamado el *Severo* por su seriedad.

<sup>4</sup> *Demóstenes Ateniese*, gloria inmortal de los oradores griegos, rayo poderoso del Areopago.

<sup>5</sup> *Ciceron*, príncipe de la elocuencia romana, que disputó la preeminencia á la de *Atenas*.

<sup>6</sup> *Homero*, el máximo de los poetas griegos y su príncipe, escribió dos obras incomparables: una de las guerras de Troya que intituló la *Iliada*; la otra de Ulises dicha la *Odisea*.

*nomotapa*<sup>1</sup>, situados en las últimas extremidades del *Africa*<sup>2</sup>, os tienen sus venenosas flechas, ó que os hagan reverentes cortesías? Después de la muerte, ó somos felices ó desgraciados. Si yo soy feliz, Aymar mio, viéndome inundado de aquel gozo delicadísimo á que me condujo la mano del Todopoderoso, ¿cómo podré ser sensible á lo que dijeren cuatro locos, que yo mismo dejé cerrados en esa oscura cárcel de la ignorancia, á que llaman *mundo*? Y si fuere desgraciado, ni las alabanzas de los hombres serán capaces de mitigar mi pena, ni sus vituperios podrán aumentármela. Esos grandes objetos serán entonces tan pequeños á mis ojos, que nada podrán aumentar ni disminuir mi infelicidad, así como ni se podrán disminuir ni aumentar con una conchita llena las aguas del Mediterráneo. Amigos, si acaso esta filosofía me engaña, hacedme ver el engaño, y os quedaré obligado sumamente.

35 Suspenso quedó el Embajador, y cual generoso caballero que armado y valiente corre á embestir á su contrario; mas atravesado de una saeta enemiga, cae luego de repente como un tronco inmóvil, así fue él: no se atrevió á resistir, y se rindió vencido. Sin embargo, el Conde, en cuyo pecho destinado á las proezas de la guerra hervía el ardor militar, salió impaciente á defender la causa que Aymar abandonaba, quejándose de que por este medio se quitaba del mundo el mas noble y poderoso incentivo que podia tener un hombre de bien para obrar con heroicidad. Si nos haceis insensibles, decia, á la buena ó mala reputacion despues de la muerte, voltearéis de piés á cabeza toda la basa fundamental de las acciones heroicas, destruiréis el móvil interior de los corazones bien nacidos, y solo dejaréis que el mundo se revuelva sobre el eje vil del interés, propio de almas terrenas ó nacidas en el lodo. Esto dijo el Conde con un modo demasadamente vivo, y que algun tanto degeneraba en desprecio; á lo que Miseno con un tono noble y de autoridad, queriendo reprimir al Conde, le dice:

36 ¿Con quién hablais Vos?... ¿No sabeis que el idioma del honor no me es extraño, y que mi corazon no ha perdido por las máximas de la filosofía aquellas que un hombre de bien debe seguir? Notaron Aymar y Elena que las mejillas del Conde se habian sonro-

<sup>1</sup> Vid. lib. IX, núm. 11.

<sup>2</sup> *Africa*, segunda parte del mundo, y tercera en magnitud, tendrá 1,600 leguas de longitud, y 1,400 de latitud; se gradúa su poblacion como en 140 millones de almas: situada en la *zona tórrida* junta el Asia por el istmo de Suez, entre el mar Bermejo y el Mediterráneo.

seado de repente, que sus ojos se confundian avergonzados, y que su voz habia enmudecido, creyendo por este efecto que la persona de Miseno era de mayor autoridad, aunque ellos ignoraban su nacimiento. Neucasis, al contrario, extrañó el tono de Miseno, y se arremó con esto para estimular cuanto pudiese el corazon del Conde á que sacudiese el insoportable yugo de aquella severa compañía. Entre tanto Miseno tomando el tono ordinario de una conversacion amigable, continuó así: Yo quiero desterrar de los corazones nobles el temor y pavor de las fantasmas, y plantar en ellos la estimacion y temor de lo que es sólido y verdadero. Hago y debo hacer gran diferencia de *merecimiento* á *fama*, que son dos cosas muy diversas, que ahora andan juntas, ahora encontradas. Vemos muchas veces sin fama alguna allá en un pequeño rincon del mundo un gran merecimiento, una virtud bien probada, unas prendas sólidamente heroicas, y por otra parte vemos que un viento favorable, una leve accion, un ademan, un movimiento oportuno basta para elevar hasta las nubes, como las miloas ó cometas de los niños, cosas bien viles y ligeras, las cuales, como las cerca del sol brillan con luz prestada, y parecen planetas de naturaleza superior á los cuerpos terrestres. ¿No es esto así? ¿no es demasiado frecuente? ¡Ah! hijo mio, un hombre de bien debe en todo procurar el *merecimiento*, y hacer poco caso de la *fama*. Debe procurar merecer la estimacion de los que juzgan bien, de los que juzgan como juzga Dios; y estimar en poco que los necios que viven por ese mundo le den ó le nieguen sus elogios. Á cualquier parte que yo fuere en la vida ó en la muerte, vendrá conmigo mi mérito. El me honrará, él me encumbrará, él me hará estimable; mas la opinion de los insensibles que juzgan á ciegas, y solo por la voz del vulgo, de la pasion ó del capricho, quédese donde quisiere, que yo paso adelante sin dependencia de ella. Miro mas alto. Si Dios me estima, si el entendimiento supremo me aprueba, si el Príncipe soberano sentado en su trono eterno me aplaude, y todos los que tienen buen juicio confirman sus alabanzas, ¿qué se me da á mí de lo que dijeren los viles lacayos, que andan por la tierra lidiando con brutos, viviendo como ellos, teniendo el corazon lleno de inmundicias, y las manos de lodo, aunque exteriormente estén muy emplumados y llenos de la vanidad loca del vulgo? ¿Qué me importa que estos no me alaben ó me vituperen, si el Príncipe soberano me honra y estima?

37 Hijo mio, ¿no veis ahora como se puede despreciar la *fama*, y tener al mismo tiempo corazon noble, obrar acciones muy heroicas, y

sentir un ardor importantísimo para entrar en las mas difíciles empresas? Ved aquí, pues, como el *amor propio* me mueve á procurar la estimacion, la grandeza, la gloria, y como me enseña á buscarla por el camino mas sólido y mas seguro, y á no hacer caso alguno de la *fama*, viendo que esta se adquiere muchas veces sin mérito, y se pierde sin culpa.

38 No pudo el Conde resistir, y confesó que la mala inteligencia de su doctrina le habia hecho dudar de ella; mas que ya conocia que era la mas verdadera y la mas sólida. Y pues que quedaban ya remediadas con el *amor propio* las dos pasiones fuertes del *amor* y de la *ambicion*, faltaba la tercera del *interés*, cuya defensa, segun la distribucion que la Embajatriz habia hecho, pertenecia á Neucasis; á lo que él respondió de este modo:

39 Nuestra nacion es notada de mas interesada que las otras; mas yo no sé si la diferencia está en el deseo ó en la astucia de poder salir bien de esa empresa comun. El juicio fino que nos da el clima, ó tal vez la necesidad originada del terreno ingrato, nos habrá hecho mas aplicados en esta ciencia importante, y de aquí viene que los demás nos echan en cara como defecto lo que ellos desearian tener como prenda. Mas, pasemos adelante.

40 La fama y reputacion, de cualquier modo que la miremos, siempre es viento; su buen concepto fácilmente desaparece como el humo, ni sobre él nos podemos apoyar jamás; mas las riquezas son un bien real y verdadero que lo palpamos con las manos. Si sois rico, sois feliz en este mundo, y poseeréis en él todo cuanto podeis desear: si sois rico, luego sois valiente, sois noble, sois hombre de bien y honrado, sois querido y sois juicioso, aunque nada de todo eso seais: traed siempre un rico vestido: traed siempre vuestro bolsillo provisto para vaciarlo con juicio: brillen los diamantes y las esmeraldas, y podréis entrar con satisfaccion en cualquier parte seguro de que no se os negará el primer lugar. Todo lo que dijéreis será acertado: vuestra sonrisa será prudente sentencia, vuestro silencio reflexion madura, y vuestro genio altivo nobleza de corazon que desprecia todo lo que es vil y ratero. Con la llave de oro se os abrirán todas las puertas; con las cadenas de este mismo metal aprisionaréis y ataréis á la fortuna. Aunque tengais mil defectos, que en un pobre serian delitos horrendos, en vos se deben ver de otro modo: se deberán juzgar cualidades de caballero y decencia de vuestro estado. Si sois pobre, sois vil, sois importuno, sois despreciable; vuestro mérito no tiene valor, vuestra filosofia es estolidez, vuestro silen-

cio ignorancia. Siendo pobre y teniendo defectos sois horrible, y ni vuestra sangre será bastante para purificaros del mas leve delito; pero siendo rico quedaréis superior á las leyes que oprimen y arrastran á la plebe. La ley comun os exceptúa, y podréis hacer libremente á los otros lo que si alguno de ellos os hiciese, seria insolencia intolerable. En cuanto á las leyes de Dios, no hay que dudar que aun siendo rico os comprenden: mas ninguno se atreverá á molestaros para que les deis cumplimiento. En una palabra, señores, si tuviéreis riquezas, tendréis todo lo que querais.

41 Menos la virtud, acudió luego Miseno, y menos la felicidad verdadera. Amigo mio, todo cuanto decís es pura verdad, y conoce muy poco el mundo quien no tuviere experiencia de ello. Mas si os dejais llevar del amor de las riquezas, y absorber de este deseo insaciable de adquirirlas, os declaro que jamás seréis verdaderamente feliz, y que vuestro corazon gemirá como el de un vil esclavo oprimido y aprisionado, aunque con cadenas de oro, que no oprimen menos que las de hierro<sup>1</sup>, antes mucho mas por ser metal mas pesado. El corazon humano por su virtud natural mira siempre á la virtud y justicia como la aguja al Norte; mas enseñadle el metal mas estimado, y veréis que ya titubea, se inquieta, y da vuelta hácia la parte opuesta. ¿Cuál es el *peso de cruz* que no pierde su equilibrio, si en una de sus balanzas hay oro?

42 Si hubiésemos de creer en hechizos, yo diría que este hermoso metal tiene poder para encantar el corazon humano: cosa increíble, pero verdadera. Nos hacen señas con el oro de la otra parte de los mares: la fama volando viene, y nos dice que lo vieron en los últimos términos de la Arabia<sup>2</sup>, y en el África, allá en esas regiones tan distantes que el sol domina al Mediodía. Ved aquí que los corazones que están hácia esta parte de Europa se alborotan, se inquietan, y salen fuera de sí. Los ojos se lo figuran, y apenas les parece que lo ven brillar á lo léjos, se arrojan á los mares, y luchando con los vientos, con las ondas, con la muerte, por lo pro-

<sup>1</sup> Es cosa constante que el oro es la cosa mas pesada que hay, pues excede al azogue ó mercurio, y al plomo; de manera que en iguales porciones si el plomo pesa 11 libras, el azogue pesa 13, y el oro 19.

<sup>2</sup> La Arabia, gran país de Asia, entre el golfo Pérsico y el mar Rojo, forma una de las mayores penínsulas del mundo: al S. tiene el Océano Índico, al N. la Siria: cuéntanse en ella como 12.000.000 de personas. (Véase lib. III, núm. 20).

<sup>3</sup> No se ponen aquí las Américas, porque la historia del poema corre desde el principio del siglo XIII, y las Américas fueron descubiertas en 1492 al fin del siglo XV, 190 años despues.

fundo y por lo alto; ya nadando, ya casi sumergiéndose, y si al fin se levantan sobre las aguas, van siempre caminando adelante hasta llegar á términos de poder echarle la mano encima. Muchas veces ven delante sus ojos que se pierden sus compañeros, navíos, cuerpos, bienes: todo se lo sorbe ese formidable dragón; pero nada importa, porque es el oro lo que se busca. ¿Y no es esto un encanto?

43 Aun digo mas: tenéis un pariente con quien la sangre y casamientos os ha enlazado muy estrechamente; ó trabásteis con alguno la mas fiel y fina amistad; las prendas del alma y del cuerpo os cautivan el ánimo de forma, que venís á ser dos almas mutuamente unidas, ó un corazon dividido; y así un mismo querer os anima. Bueno es eso: ahora guardaos que no os toque el oro, que este metal se interponga, que se aparezca entre los dos, porque será la manzana de la discordia. Un odio interminable fomentará demandas y respuestas reñidas; y todas las prendas de que antes haciais estimacion de repente se convertirán en vicios horribles; de suerte, que solo con la muerte tendrá fin, si es que no nace entonces algun nuevo pleito, vuestra desavenencia ó división; porque en atravesándose intereses, no hay ley, ni razon, ni estimacion, ni empeño que pueda volver á uniros. ¿Y no es esto un raro encanto?

44 Un hombre que no se para en intereses, tiene lo mas andado para ser hombre de bien, y poco le puede faltar para vivir enteramente feliz, porque ni los deseos le inquietan, ni las intrigas le afligen, ni los remordimientos le despedazan, ni le perturban las pasiones. Con la ley en una mano y en la otra el honor camina siempre derecho, estimado de los hombres, bendecido de Dios, amado de los buenos, respetado de los malos, y alabado de todos. Ved, Neucasis, si quien á sí mismo se ama como debe amarse, y piensa seriamente en su tranquilidad verdadera, si hará bien de resistir á esta ambicion del interés ó codicia de riquezas.

45 Aun no se dió Neucasis por convencido; mas Elena confesó ingénuamente que habia vivido engañada hasta entonces con la idea que tenia del *amor propio*. Esta pasion, decia, siempre la reputé por el hijo mimoso de nuestra alma, y que por eso tenia en la indigna condescendencia materna una educacion vil y muy viciosa: que no vivia sino en los brazos de sus ínfimos criados, esto es, de los sentidos; y que el deleite era su único sustento que no respiraba sino vanidad, y que el crimen era su total empeño. Mas ahora veo que ese *amor propio*, como Miseno lo pinta, tiene educacion mas noble; que vive en los brazos de la *razon*, y está estrechamente enlazado con la

*virtud* y la *honra*, que respira su aliento, aprende su lenguaje, estudia sus principios, y no se aparta un paso de sus mas importantes máximas. Ahora conozco que aquí está el escollo donde muchos filósofos han naufragado; porque ellos, si, ponen al *amor propio* por regla de nuestras acciones; mas un *amor propio* falso y loco; pero Miseno nos quiere libertar del peligro, dándonos por regla al *amor propio* racional y verdadero. Confesemos, pues, Aymar, que podemos sacar de nuestras pasiones grande utilidad, si dominare la *razon*. En estas y otras reflexiones pasaron la mayor parte del dia en amena y útil conversacion, habiendo navegado con viento continuo y favorable; mas no duró mucho este sosiego.

## LIBRO XVIII.

Tienen consejo las furias infernales en los abismos.—El espíritu del *error*, acompañado con las pasiones del *amor*, *gloria* ó *interés* prometen á su príncipe que en tres dias han de acabar con Miseno ó separarlo del Conde.—El espíritu del *engaño* cierra los vientos, y hace venir cardumes de tortugas al rededor de la nave, núm. 3.—Desciende al esquite Neucasis con la mayor parte de la tripulacion á pescar tortugas.—Quedan en la nao Miseno y el Embajador.—Discurren sobre las revoluciones de Palestina.—Se le convida á Miseno con el cargo de consejero de la Reina de Jerusalem, núm. 4.—Desecha Miseno la propuesta, describiendo el aire contagioso que reina al rededor del trono.—El Embajador insta fuertemente, y Miseno persiste en excusarse, núm. 10.—Viene la noche, se levanta el viento, se aparta la nave del esquite.—Engaña á los del esquite el espíritu del *error*.—Viene el dia, y ya no se avistan la nao y el esquite.—Los marineros van á dar á la vista de Nicea.—En el esquite todos se desesperan, y una llora.—El hambre les hace comer tortugas crudas.—Ven un navio que los juzga apestados, y huye de ellos.—Afligidos les muestran las tortugas y vienen á bordo.—El capitan turco los acoge y lleva á Esmirna.—Sienten la pérdida de sus compañeros.—El Conde conquista á Elena.—El *amor*, la *gloria* y el *interés* le hieren el corazon.—Aspira á casarse con Elena y ser señor de Cesarea, si há muerto el Embajador, cuando no pueda conseguir de Elena que lo haga pasar por el esposo que venia de Francia para la Reina de Jerusalem.—Miseno y el Embajador procuran saber de sus compañeros.—Habla Miseno sobre esto á la Emperatriz de Nicea.—La Emperatriz se alegra por lo que su abuelo Isaac Angelo le habia dicho de Miseno, y responde con reserva, pero con agrado.—Aymar se consuela con la tardanza é incertidumbre de la vida de su mujer.—Discurre Miseno contra la *precipitacion* y el *ardor*.—Aymar se persuade que su esposa es muerta, y Miseno lo disuade.—Discurre Miseno sobre la causa de adherirnos á nuestro primer juicio.—El dia siguiente tienen orden de presentarse á los Emperadores, mas observan señales de desconfianza.

1 Pesarasos estaban las furias infernales de lo mal que habian dispuesto su estratagemá, viendo que no habian podido separar á Miseno del Conde, y muy descontenta la envidia por haber malogrado las simientes que habia sembrado por Neucasis en el corazon del Conde. Todas se lamentaban viendo que su filosofia verdadera cada dia triunfaba mas y mas de los vicios, y la *recta razon* de las pasiones; de forma, que advertian que el imperio de la *virtud* cada vez se iba estableciendo con mayor fundamento. Quejábanse de que no solo el Conde y su hermana Sofia, sino tambien el Embaja-

dor y Elena aplaudian á Miseno, y que muy pronto aprobarian sus máximas Neucasis y toda la tripulacion del navio. De este modo estaban divisando ya como á lo léjos la gran ruina que estos principios amenazaban á su imperio. Hecho cargo de esto el príncipe de las tinieblas, concibió una cólera tan furiosa y desesperada, que no era señor de sus movimientos; y dando tres aullidos formidables amenrentó toda aquella infernal region. Estaba muy irritado por lo mal que las furias habian desempeñado su comision; y despues de haberlas echado en cara con ira y furor su ignorancia y su flaqueza, se levanta desesperado del trono, y quiere salir en persona á poner mano á la empresa, cosa rarísimas veces vista en aquellos infernales calabozos. Conmuévense con la novedad todas las cavernas subterráneas: estremécense los peñascos, y se hielá el *Cocito* \*, medroso y aterrado con el nunca visto horror de su soberano enfurecido. Todos los dragones infernales se presentan temblando, y en un momento aparece allí la multitud de las furias, que dispersas vagueaban sobre la faz de la tierra, y en las que agitaban los mares y producian las tempestades. Toda la tierra queda en calma; y los infernales calabozos se ven llenos de mónstruos, que sin saber su destino están prontos á arruinar, si posible fuera, al mundo entero, solo por apaciguar la cólera de *Belcebú* \*. Llegó en esto el espíritu del *error* acompañado de las tres poderosas furias, que eran las que estaban mas ofendidas de la lengua de Miseno, esto es, las que inspiran á los mortales el *amor profano*, la *ambicion de gloria* y el *interés*; y lleno de audacia se presenta delante de su príncipe, y le dice:

2 Repetidas veces, señor, intenté la conquista que se fió á mi desempeño, y no pude salir bien de ella, porque no eran mis fuerzas suficientes para luchar contra las de la Sabiduría suprema que protege á ese terrible hombre. Mas ya que á mí y á estas tres compañeras acaba de hacernos tan viles ultrajes, nosotros mismos debemos intentar de nuevo la empresa, y hacer por vuestro respeto y por nuestro honor los últimos esfuerzos en orden á perder del todo á esos hombres, ó á lo menos á separarlos eternamente. Si nuestrás fuerzas no bastaren, entonces empuñareis vuestra persona; pero es cosa indigna que un enemigo tan flaco obligue á salir de su corte infernal á su propio soberano: yo me ofrezco á ser víctima de todo vuestro furor, si volviere á estas mazmorras sin dejarlos perdidos ó separados. Solo os pido para la empresa tres dias de tiempo y el socorro de estas tres compañeras con todas las que les son subalternas. Esta arenga sosegó el furor del príncipe del *Tártaro* \*, el cual conoció bien ser

indigno de su persona un combate tan pequeño; y mandó que sin tardanza ejecutasen lo que prometieron.

3 Al punto parte el amor á templar sus saetas en el mortífero veneno de Cupido: el interés prepara reinos y riquezas imaginarias; la ambición planes bellísimos de admirables conquistas; y esto para deslumbrar el corazón é ideas del Conde, de Miseno, de Elena, y de todos cuantos pudiesen contribuir á lo heroico de la empresa. A este tiempo los navegantes habian pasado ya el estrecho de Constantinopla, y el espíritu del error se vale de todos los medios que su astucia le inspira, y estaba todo el mar, que llaman de *Mármora*<sup>1</sup>, tan quieto y sosegado, que parecia un espejo cristalino. Avistaban, aunque á lo léjos, las montañas de *Calcedonia*, y tambien las de *Nicomedia*; mas como los vientos habian dejado los mares en perfecta calma, nada adelantaban. El mismo espíritu del engaño, que para sus designios habia encerrado por un breve tiempo los vientos en los abismos, hace venir del Mediterráneo cardumes de hermosas tortugas, que, nadando al rededor de la nave, ayudaban á los pasajeros á una pesquería gustosa. La grandeza de las tortugas era extraordinaria, y su multitud infinita. Hé aquí que Neucasis, herido del deseo del interés, propone bajar al esquite con la mayor parte de la tripulación para aprovechar aquel lance que le ofrecia grandísima ganancia. La nave estaba inmóvil, como si fuera un edificio marítimo fabricado sobre los mas firmes peñascos. No habia en el cielo una nube de donde se esperase la mas leve brisa; hervia el capitán en codicia, y arrojando el esquite al mar, se bajó á pescar desde él, y convidó á la pesquería á la Embajatriz y al Conde, que no dudaron condescender, movidos de la novedad.

4 El Embajador y Miseno con muy pequeña parte de los marineros se quedaron en el navío; y desde las ventanas de la cámara asistian á la pesca, que era divertida: mas satisfechos y fastidiados á fuerza de ver siempre una misma cosa en reiterados lances, se retiraron á discurrir y conversar sobre las conmociones de la Palestina, y cualidades de los nuevos reyes que habian de perderla ó conquistarla. Temó, decia el Embajador, la poca experiencia del Conde de Brienna, y la ligereza de una reina<sup>2</sup> lisonjeada con la gran mul-

<sup>1</sup> *Mármora*, gran golfo en la costa de la Turquía europea, y de la *Natolia* ó Asia Menor: se llamó *Propóntide*: hace comunicable el Archipiélago con el mar Negro por dos canales: 1.º el del estrecho de los *Dardanelos* ó *Helesponto*; 2.º el de *Constantinopla* ó *Bósforo de Tracia*.

<sup>2</sup> Sin embargo que la Palestina la poseian los árabes desde el año 1187 que

titud de pretendientes y con la vanidad de su rara belleza; y mas que todo temo las intrigas de los príncipes latinos. El Conde de Moravia va á militar de parte y á nombre de su cuñado el Rey de Hungría, y no dudo que su valor le hará distinguirse, y el deseo de gloria le ocupará enteramente. Pero vos, que ideais acompañarlo sin ánimo de ensangrentar la espada, podriais militar con mucho mas honor vuestro y mayor utilidad de esos Estados, si quisiéreis aceptar un empleo, con el que felizmente os convida la ocasion. Tengo incumbencia de la Reina para buscar por toda la Europa un sujeto de madurez y política, que pueda estar á su lado en cualidad de padre y supremo consejero. Ella no quiere dar ciegamente el gobierno absoluto de sus Estados á un esposo que no conoce; solamente quiere compañero, y no señor de la corona que pusieron sobre su cabeza los inopinados sucesos de la Providencia.

5 En todos los príncipes que hoy militan ó tienen Estados en Palestina, hay circunstancias que los apartan de este importante lugar; porque siempre los intereses propios de los consejeros cegaron para no ver los de la corona, y la desconfianza de la Reina le hace temer por esa causa como engaño el consejo mas conveniente. Yo no quiero elegir este consejero de la *Francia*, porque el espíritu de la nacion haria que siempre siguiese el partido del Rey; y nosotros necesitamos un hombre, no solo de valor, inteligente y experimentado, sino imparcial, como vos lo sois<sup>1</sup>. Vos teneis conocimiento de las cortes y de las intrigas que en ellas se encuentran: conoceis el corazón humano, la malicia de los cortesanos y su astucia; conoceis los secretos de la guerra y de los gabinetes, de suerte que Marte y Minerva os son igualmente familiares; y en fin, vos no buscáis la gloria sino el mérito; y por tanto sois el mas digno que yo puedo hallar para este ministerio. Ved, pues, si quereis dar este honrado descanso á vuestras fatigas, y á vuestros dias un término tan digno de vuestra persona.

6 La fortuna, segun lo que el Conde me ha dicho, os ha perseguido á *Jerusalen Saladino*. En el catálogo de los reyes cristianos de dicha ciudad pone el *Arte de averiguar las datas*, el 12 al Conde de *Brienna*, casado año 1209 con María, hija del Marqués de *Monferrato* y de la reina *Isabel*. (Véase *Prólogo*, núm. 9, nota 2; *P. Murillo, Geograf.*).

<sup>1</sup> La reina de *Jerusalen* María, aconsejada de la Reina su abuela y curadores, le pidió con solemne embajada á *D. Pedro II el Católico, rey XVIII de Aragon*, quisiese casar con ella, ofreciéndole en dote su reino, para que con su gran valor, etc., lo recobrase, y restaurase la santa ciudad poseida de los infieles. (*P. Pedro Abarca, Anales de Aragon, parte I, año 1202*).

guido siempre; mas ahora arrepentida de tantas injusticias, querrá rendir debido vasallaje á vuestro merecimiento. Si aceptais, alabarémos todos la providencia de darnos en vos la paz, la armonía y la seguridad de todos nuestros Estados, que mas se han perdido por la desunion y mala inteligencia de los principes latinos, que por las armas de los turcos y sarracenos <sup>1</sup>. En cuanto á mí os puedo prometer de parte de la Reina una docilidad suma, un deseo sincero del bien, y una constancia sin obstinacion en la ejecucion de vuestros consejos. Ved, pues, si os conviene la propuesta que os hago en todo secreto; porque entonces sin mas tardanza podré dirigirme á San Juan de Acre. Y caso que los tiempos me precisen parar en cualquier puerto, tomaré el camino por tierra para ir á prevenir á la Reina de la completa satisfaccion de sus deseos, para que cuando vos y el Conde de Moravia llegueis, seais recibidos con distincion, y todo se disponga prontamente para el arribo del nuevo Rey, que irá con mucha brevedad.

7 Oyó Miseno la no esperada propuesta, y respondió prontamente: Amigo, si he de consultar la ley de la *razon*, regla de todas las acciones justas, no puedo admitir el empleo á que con tan grande honor me convidais, porque hallaria en él mi mayor mal, cuando solo trabajo por conseguir la felicidad verdadera. Sé ya por la experiencia qué casta de vapores reinan al rededor de los tronos. Por una nueva y extravagante filosofia, quanto están mas altos, tanto son los aires que los rodean mas turbios, mas cargados, y los vapores mas espesos, de suerte que á proporcion de lo que se levanta la *atmosfera* \* es tanto mas maligna. Apenas un hombre de sano juicio y de corazon recto entra en esa region contagiosa, cuando al instante una ligera nube comienza á difundirse por su entendimiento y lo ofusca, de suerte que ya no ve las cosas como las veia antes; pues aquello mismo que le parecia enorme y feísimo, pasadas algunas conversaciones, viene á perder mucho de su horror: pocos dias despues ya es indiferente, y con el tiempo llega á parecerle útil y en cierto modo laudable. La palabra *no* es la mas difícil de pronunciarse en palacio, hablando con los soberanos: no sé qué tiene que no cabe por la garganta, y cuando mucho se llega á pronunciar la mitad, mas tan mudamente que apenas se puede oír. Lo mas es que esta mudez y ceguedad no afligen al alma: ella bien siente una especie de letargo que la pone muy diferente de como antes se hallaba; mas co-

<sup>1</sup> Se perdieron por la division entre *Guido*, rey de Jerusalem, y el Conde de Tripoli.

mo este letargo es suavísimo como el de un sueño, con gusto os dejaréis conducir insensiblemente por donde os lleven, sin tener resolucion para resistir, ni curiosidad para examinar si es derecho y seguro el camino. Constituido en esta situacion, las armoniosas sirenas de las lisonjas os encantarán; y teniendo las potencias del alma entorpecidas, gustaréis de vuestra misma enfermedad, tanto que llegaréis á temer que se desvanezca el contagio que os priva de vuestros sentidos, que os hace perder el uso libre de la *razon*, y os quita la *libertad*. No quiero que me suceda á mí así, no, amigo mio, no. Ahora que estoy á la parte de afuera, soy como caminante que va por los montes, y ve á lo léjos los valles llenos de humo y de vapores, que ignoran y no ven los mismos que están sumergidos en ellos. Estimo los dones de Dios, y no quiero perder el uso de mi *razon*, ni mi *libertad*: y de uno y otro vendria á quedar privado por mi mala eleccion si aceptase el favor con que me lisonjeais.

8 Mucha *razon* teneis en todo quanto decís, respondió el Embajador; pero vuestra *razon* misma os condena. Conoceis los peligros que hay en los que asisten á los soberanos, ¿y quereis que entren en esos puestos aquellos que no los conocen? Si vuestra experiencia os hace ver el lazo, solo vos debeis pasar por ese camino, porque podréis evitarlo mejor que otro alguno. En la noche confusa y oscurísima de esta region, ¿quereis que la Reina se confie de quien no sabe los peligros del camino, cuando tiene en vos un hombre á quien el cielo se los hizo tan claramente patentes? Los peligros dejan de serlo á quien está prevenido; y pues que los conoceis con tanta claridad, podréis evadirlos con valor. Esa misma conducta de despreciar con ahinco lo que todos ó los mas desean con ansia, prueba con evidencia, que el cielo os concedió mas clara luz que al comun de los mortales para evitar los riesgos de las cortes y de los cortesanos; ¿será, pues, lícito, siguiendo la ley de la *razon*, negar esta luz á una princesa que sin experiencia, y puesta sobre el trono, se ve en los mayores precipicios expuesta á caer en ellos? ¿Á una princesa que os pide que la dirijais por el camino seguro para salir á salvo? ¿Y qué disculpa daréis en el país de la verdad cuando os echen en cara todos los daños, que ciertamente se han de seguir, si el Gobierno cayere en corazon apasionado, ojos ciegos y juicio pervertido? Reflexionad, Miseno, en el bien público que á todo hombre interesa, y no querais hacer de él sacrificio á vuestro descanso particular.

9 Alabo, le dice Miseno, vuestro celo sincero, y cada vez os es-

timo mas, porque os conozco mejor; pero por la misma razon me confirmo en lo que os dije, pues quanto mas reflexiono, mas razones descubro para creer que recibir ese empleo seria en mí gran temeridad. No soy yo de especie diferente de todos los demás hombres; y si fuera del laberinto todos tienen luces, y todos son ciegos cuando están en medio de él, yo tambien será como los otros. ¿Acaso debo creer que Dios cuando me crió separó para mí una porcion de masa que no entrase en la corrupcion general del mundo? Yo de la parte de afuera discurriré muy bien, veré todos los peligros, detestare los errores, remediare los desórdenes; pero metido en el centro del encanto, he de quedar alucinado precisamente como quedan los demás. Sabed, amigo, que el hombre no acostumbra ser el mismo cuando su fortuna es diferente, porque mudamos en cierto modo de naturaleza siempre que nuestra fortuna se muda.

10 El arroyo pequeño que humilde se acomoda con el estrecho cauce que le destinó la naturaleza, va siguiendo con mucha paz su camino; pero así que se engruesa con grandes lluvias, ya no es lo que era; entonces hecho un rio caudaloso, no contento con la estrecha márgen que ocupaba, impaciente y soberbio arranca los diques, inunda los campos, pierde las mieses, arrebatá el ganado, arruina los edificios, y con irreducible furia, ó se levanta orgulloso en espuma, ó se precipita desesperado. Aquí, pues, teneis la imágen del hombre, y un retrato de lo que yo soy viviendo en mi estado, y lo que naturalmente sería si aceptase ese empleo. Como la riqueza y la abundancia no me tientan, prefiero una mediocridad muy tenue á esa opulencia famosa; y así no quiero perder la paz, el sosiego y el bien que poseo en el seno de mi *razon* y de mi *libertad*.

11 Calculad bien, amigo mio; de todo lo que un hombre posee puesto en un lugar eminente y escabroso, si sacamos lo preciso para el sustento y vestido, que á la verdad es muy poco, lo restante, de cualquier modo que conteis, viene á ser para los otros; mas la incomodidad, la fatiga, los sustos, la falta de sueño, la murmuracion del público, el peligro del alma y de la honra, solo es para el infeliz que está en el pináculo expuesto á los tiros, á las tempestades y á las observaciones malignas. Sacamos, pues, en limpio que todas las incomodidades esencialmente anejas á ese lugar elevado al que me convidais son para mí, y solo para mí; pero casi todas las riquezas y utilidades para los demás. Declaro, pues, ahora que jamás entraré en un juego en donde sea para los otros toda la ganancia, y solo para mí toda la pérdida.

12 En este tiempo sintieron que se movia el navio, porque el viento empezaba á levantarse; y queriendo ver lo que hacian sus compañeros en el esquife, ya no pudieron alcanzarlos con la vista: la brisa, que poco á poco se iba percibiendo, hallando el navio con todas las velas sueltas, y adormecidos por la enfadosa calma los pocos marineros que en él habian quedado, ya le tenian puesto en movimiento, sin que lo conociesen los que en él estaban. Los del esquife, engolfados en el gusto de la pesca, seguian ya por una ya por otra parte el rumbo que llevaba el *cardume* de las tortugas, las que eran conducidas por el espíritu del *engaño* del modo que convenia para ponerlos muy distantes de la nave: cuando ya advirtieron que esta iba navegando, ni los clamores bastaban para que los oyesen á tan gran distancia, ni los remos podian alcanzarla por mas que los forzaban. Á los gritos del Embajador y de Miseno despertó el piloto; y no teniendo bastante gente para coger todas las velas y maniobrar como convenia, fue forzoso que la nave siguiese por algun tiempo el viento, que se declaró furioso. Sobrevino la noche, envolviendo en su negro manto toda la tierra, y las nubes la hacian mas tenebrosa ocultándoles á los remeros y á Neucasis la vista de la nave, de las estrellas y de los horizontes por donde se podian gobernar.

13 Entonces fue cuando todas las furias de los abismos saltaron al esquife y al navio, pareciendo cada una de estas embarcaciones un vivo infierno. El Conde, Neucasis y la Embajatriz se daban por perdidos, viéndose de noche en medio del mar en una pequeña lancha, sin abrigo, sin sustento, sin agua, sin consejo, sin aguja ni gobierno. En el navio se veia el piloto sin gente, sin marineros, expuesto á un naufragio cierto. El Embajador se lamentaba de su mujer perdida. Los vientos soplaban, el mar se agitaba, el peligro crecia, y la desesperacion y la noche aumentaban todos los males. Neucasis desde el esquife vomitaba mil maldiciones contra el piloto, el Conde contra Miseno, y Elena contra su marido, culpándolos á todos de la crueldad con que les obligaban á perecer en medio de las ondas. No podian ellos atinar con la causa del suceso, y el Conde maldecía mil veces la filosofía de Miseno, cuya doctrina extravagante quizá era el único principio de semejante desorden.

14 Aunque de muy léjos estaba Miseno considerándolo todo, afligiéndose de tantos males, y percibia muy bien, no obstante el disimulo del Embajador, que este le acusaba mudamente de la conversacion con la cual de tal suerte lo habia tenido embelesado, que no habia podido percibir á tiempo que el navio se movia. El piloto que-



ria retroceder en busca del esquife; pero era el viento contrario. Los del esquife envueltos en medio de las sombras no sabian hácia dónde remar, y el espíritu del *engaño*, figurando un bulto falso que parecia la nave, les hacia remar hácia la parte contraria á la que convenia. Andaban á tientas en medio del mar. Ahora les parecia que veian á lo léjos una cosa que podia ser la nave: poco despues se desengañaban perdiéndola de vista de repente, y viendo á la parte opuesta una sombra que se le asemejaba mucho mas. El espíritu maligno se divertia burlándose de ellos, y en el ínterin la *cólera* y *desesperacion* reinaban. Neucasis, cuya codicia fue el motivo de todos estos trabajos, echaba la culpa al Conde, por cuyo obsequio habia tenido aquel pensamiento. El Conde repelia las injurias con excesos mucho mayores, esgrimiendo la espada en el esquife, como si fuese en campo de desafio. Elena cási muerta se arrojaba en medio de ellos para impedir la última ruina. En fin, fatigados de remar en vano, se echaron á descansar por consejo de Elena, para esperar la luz del dia, y ver si entonces descubrian el navio, que naturalmente iba girando para recogerlos. Mas cuando nabian andado á fuerza de remo, todo habia sido para apartarse mas de la nave, la cual engañada igualmente del viento inconstante, quanto mas queria buscarlos, tanto mas se desviaba de ellos.

15 Para consolar Miseno en este aprieto al Embajador y al piloto, echó mano de las máximas de su filosofía, y comenzó á persuadirles que si no murmuraban de la Providencia suprema, toda aquella tribulacion pararia en bondad; porque solo de los hombres, decia, puede venir el origen del mal, así como todo lo que de la Providencia nos viene, no puede dejar de ser algun bien. Mirad, amigos: un Ser infinito en bondad, en rectitud, en poder, en sabiduría, no puede de sí mismo producir cosa mala; por eso si dispone la tribulacion á los mortales, por fuerza ha de ser esta tribulacion para alguna cosa mejor que la tribulacion misma: de otra suerte su sabiduría eterna pecaria, ordenando un mal á un bien que no mereciese tan costoso medio. Dios quiere, añadia, que nuestros amigos tengan ánimo para sufrir por un poco de tiempo este trabajo, y que no desagraden á la mano superior que los aflige: Dios quiere que el Conde y Neucasis sepan moderar sus pasiones, y que no se vuelvan contra el cielo; por quanto, amigos míos, nunca debemos temer tanto como cuando queremos llevar por mal al Todopoderoso, ó si cuando Dios nos castiga le ofendemos. Si un pequeño gusanillo de la tierra se rebela contra un gigante para morderle, cuando este no haga

mas que tocarle levemente, ¿en qué parará la pendencia, sino en verse bajo de sus piés muerto y aniquilado? Respetemos los consejos de Dios, y supliquémosle rendidos que nos conceda socorro en este apuro; porque si no lo concede á quien le adora, mucho menos lo dará á quien le insulta. Temo las pasiones del Conde.

16 El Embajador ahogaba en el corazon la idea del cási cierto naufragio de su esposa; y alentado con la exhortacion de Miseno, adorando los secretos de Dios, le pedia con humildad el remedio. Miseno totalmente olvidado del peligro propio, solo suspiraba por el socorro de los que estaban en el esquife á punto de perderse; mas tenia tal confianza en la divina Providencia, como si viera con sus ojos todo lo que Dios escondia en el impenetrable caos de lo futuro.

17 Vino en fin el dia, y jamás les fue la hermosa aurora tan agradable. El mar estaba sereno, el dia claro, el cielo descubierto; pero quanto mas se alegraban á medida de lo que la luz crecia, mas se entristecian no pudiendo descubrir al esquife por parte alguna. Llevando el viento hácia el navio desamparado, cuando los del esquife trabajando engañados una gran parte de la noche habian remado hácia Poniente; de tal modo los tenia ya separados, que ni los del esquife veian la nave, ni los de la nave al esquife. Descubrióse el sol, y quedó el piloto admirado viendo que ya habian entrado muy adelante en el golfo de *Nicea*, cosa que solo dirigida por el espíritu maligno parecia creible. Entonces vió que burlado por el viento inconstante, habia dejado muy atrás el esquife: queria maniobrar, pero no tenia gente: queria volver á salir del golfo, pero lo contradecia el viento; y quanto mas el sol subia, mas se arreciaba. El mismo espíritu del *engaño*, que tenia encerrados los vientos oportunamente, y sueltos cuando le convenia, ahora los envia todos para que con furia desesperada persigan el navio, hasta el logro de su total naufragio. Estaba la nave cási sin marineros; y así trabajaban Miseno y el Embajador como si lo fuesen; mas era su trabajo inútil, sus acciones tardías, y sus movimientos lentos, cuando debian ser tan prontos, que apenas ocupasen un instante: lo que viendo el piloto, abandonó las velas al viento, y dejó correr la nave quanto podia para dar en la costa y salvar la vida.

18 El Embajador ya en este tiempo habia perdido el ánimo, porque el espíritu del *error* disparándole una envenenada saeta le hirió de tal modo el entendimiento, que extendiéndose sus discursos mas allá de los términos que la *razon* y la *Religion* prescribian, se desesperaba. En vano trabajaba Miseno por sosegarle, porque decia

con desprecio y con ira: ¡Oh, y qué bien se ocupa Dios con cuatro viles insectos, que asidos á una paja andan virando acá sobre las aguas del mar! Porque ¿qué otra cosa somos nosotros, sino cuatro hormigas en comparacion de todo el globo de la tierra? ¿Y qué querria decir todo este globo, que para nosotros es inmenso, si le viéramos desde los interminables espacios por donde se pasean los astros? Ahora Dios, que todo lo encierra en el puño de su mano, ¿cuán superior es á todo lo criado, que desaparece como el humo y como la nada delante de su soberana presencia? ¿Quereis, pues, ocupar y agotar todo el entendimiento infinito de Dios acá con nosotros? ¿Con cuatro gusanillos que en su comparacion nos confundimos y equivocamos con la nada? ¿No seria ridiculo querer persuadirnos que el Emperador de la *China*<sup>1</sup> estaba en su altísimo trono con aflicciones y sustos, porque dos hormigas estaban en el lago de *Nankin*<sup>2</sup> en peligro de ahogarse? Pues aun seria mas increíble que Dios se estorbare con el peligro en que nosotros estamos<sup>3</sup>. Á esto fué aumentando y añadiendo tales locuras y blasfemias, que en extremo las extrañaba Miseno, quien dando lugar á que se le sosegase la furia, luego que se puso capaz de entender la razon, le habló de esta manera:

19 No penseis, amigo, que Dios está obligado á hacer caso de nosotros, por lo que nosotros somos; pero debe hacerlo, por lo que él es en sí mismo. ¿Creeis acaso que su inteligencia no quiere aplicarse á bagatelas, por estar ocupada con mayores cuidados? Ahora decidme: ¿Rehusará el sol, ese inmenso planeta que es el alma de los cielos, rehusará con desprecio alumbrar una yerbecilla del campo, porque tiene que alumbrar á todos los celestiales globos? Pues aun es mas imposible que la inteligencia infinita deje de ver lo que pasa en el recóncavo del mas oculto peñasco. ¿Por ventura la multitud de negocios es impedimento á su entendimiento, ó le pueden ofuscar sus luces la continuacion, ó la fatiga, ó la confusion? ¿Quereis fingir un Dios con todas las flaquezas de hombre, y delinear so-

<sup>1</sup> *China*, imperio grande de Asia, que contiene 16 provincias, 1,318 ciudades, y se extiende á 750 leguas de largo y 560 de ancho. Los chinos parece ser unos deístas groseros.

<sup>2</sup> *Nankin* ó *Klangnam*, provincia marítima de la *China*, con 14 metrópolis, 110 ciudades: su capital del mismo nombre *Nankin*, es la mayor ciudad que se conoce en el mundo: cuenta 1.000,000 de almas, sin los 40,000 hombres de guarnicion: tiene una famosa torre de porcelana, gran maravilla. (*Mon. François*).

<sup>3</sup> Este es el discurso que hacen en nuestros tiempos algunos impíos, que ni á Dios perdonan con sus locas filosofías.

bre nuestras imperfecciones y miserias la idea de un Ser infinitamente perfecto? Si él quiso ser autor de nuestra vida haciéndonos hijos suyos, ¿por qué monstruosa indiferencia nos abandonará al ludibrio de ese que quieren llamar acaso? ¿Tendrá gusto de vernos ir zozobrando entre los vaivenes de la fortuna? ¿Juzgais que para ese fin nos sacó del abismo de la nada, y solo para tener el pueril gusto de burlarse de lo que él mismo habia hecho con tanto cuidado? ¡Ah! es imposible, Aymar, que vuestro juicio sosegado se trague todos esos absurdos. Guardémoslos, pues, de irritar por nuestra desconfianza ó murmuracion su justicia, y descansenos sobre su paternal providencia, por cuanto lo que él hace, por algun motivo lo hace, motivo justo, decente, provechoso, y en fin motivo digno de Dios.

20 Á este tiempo los marineros empezaron á gritar que veian tierra, y era la costa de *Nicea*, que despues se vino á llamar *Isnich*<sup>1</sup>. Era á propósito el viento, y el piloto enderezó la proa para llegar á aquella costa, lo que no tardó mucho, salvándose por este medio todos, aunque con algun trabajo. Entonces el Embajador dándose á conocer, sirvió de resguardo á Miseno y á los demás que iban en su compañía.

21 En este mismo tiempo andaban los del esquife virando sobre las aguas, inciertos, impacientes y afligidos. Ya no se guardaba orden, obediencia, respeto ni cortesía. Neucasis despechado contra los marineros los maltrataba con golpes y con injurias, cuando mas los necesitaba para salvar la vida, y los marineros como ofendidos no le guardaban la debida subordinacion. Quien le habla con insolencia, quien arrima el remo porque no quiere servir á un ingrato, quien rema con fuerza desesperada, y no siendo sostenido de la parte contraria, casi vuelca el esquife, y lo echa á pique. Las lágrimas de Elena, las injurias del Conde, la furia del capitán, y la grosería de los remadores hacian poner en duda si les seria menos dura una muerte pronta, que aquella trabajosa continuacion de vida. Era el esquife el juguete de las ondas y del engaño: de manera que á cada momento les parecia que veian el navío; mas despues de bien fatigados se desengañaban que todo habia sido ilusion, hasta que Elena persuadió al Conde, que pues no hallaban socorro en las criaturas, lo buscasen en el Criador, y ambos hicieron voto de ir sin

<sup>1</sup> El mar *Mármora* tiene dos golfos grandes en la parte oriental, el primero va á *Nicea*.

*Nicea* fue en otros tiempos muy famosa en los Anales de la Iglesia, por los célebres concilios que en ella se tuvieron: hoy está muy arruinada.

tardanza á visitar los Santos Lugares, como peregrinos, si el Todopoderoso les salvaba la vida. Repitióle algunas de las máximas que habia oido á Miseno, y empezó á aquietarse aquel corazon hasta aquel momento extremadamente agitado.

22 Apretaban la hambre y la sed; y la fatiga se aumentaba cada instante, porque todos, sin excepcion, remaban. Los marineros menos delicados comenzaron á alimentarse de las tortugas crudas, cuya carne fresca les remediaba juntamente ambos males: siguieron Neucasis y el Conde; y el miedo de la muerte hizo que tambien Elena despreciase su natural delicadeza. Jamás aquellos caballeros tuvieron vianda tan sabrosa, porque la hambre y la necesidad la habian sazonado exquisitamente. Así pasaron tres dias, y cada vez se sosegaban mas sus ánimos con la esperanza cierta de que encontrarian tierra, por cuanto remaban siempre al Oriente, y sabian que estaban dentro del mar de *Mármora*<sup>1</sup>, el que por una parte está cerrado con el estrecho de Constantinopla, ó como otros le llaman *Bósforo de Tracia*, y por la otra con la garganta de los *Dardanelos*; y se consolaban viendo que en las tortugas habian remedio para sustentar la vida, ya que no fuese para lisonjear el apetito.

23 Entonces el Conde reflexionó la doctrina de Miseno, y conoció que era justicia del cielo y castigo de lo que habia hablado contra el Ser supremo. Á la madrugada del día tercero vieron una nave, que á vela larga y viento en popa venia de la otra parte del estrecho, y no contentándose con esperarla, forzaron los remos con ansia y vehemencia hácia ella. Corre con velocidad la galga ligera, cuando ve á lo léjos la presa deseada: vuela con mas velocidad la saeta disparada de arco fuerte y encorvado; pero aun parecia mas veloz el esquife saltando por encima de las ondas, á cada impulso de los ajustados remos.

24 Llegan en fin muy cerca de la nave, que como hermosa caminaba soberbia y envanecida: ya no cabian en sí de gozo; y aunque conocieron que no era aquel su navío, sino otro mucho mayor, ya se consideraban á bordo, y mutuamente se abrazaban. Ved aquí que la nave huye de ellos y se retira. Era nave de turcos, que pasaban de *Trebisonda*<sup>2</sup> á *Esmirna*, los que viendo aquel esquife en mar

<sup>1</sup> *Mármora* (mar) es una gran manga del mar entre la costa de la Turquía europea, y la Natolia ó Asia Menor, conocido de los antiguos bajo el nombre de *Propóntide*. Hace comunicable el mar Negro por dos canales, que son los dos estrechos ó gargantas dichas de los *Dardanelos*.

<sup>2</sup> *Trebisonda*, ó segun los turcos *Tarabosan*, ciudad de la Turquía euro-

ancho, donde jamás navegó embarcacion semejante, imaginaron que eran hombres apestados, expulsos de la comunicacion de las gentes, que para conservacion del público habian sido condenados con menos barbaridad á muerte lenta. En esta suposicion, temiendo ser inficionados por la proximidad, se pasaron de largo.

25 No cae tan de repente el alto cedro herido del rayo, como cayó toda la esperanza de los naufragantes. Los remadores fuerzan los remos, Neucasis clama, el Conde se desespera, Elena llora. Entonces Neucasis ase con ansia una tortuga enorme, y la muestra de léjos á los de la nave: Elena se arranca del pescuezo las joyas, y las levanta en la mano: el Conde les enseña un bolsillo: de los remeros algunos sueltan los remos y muestran las mas hermosas tortugas: quedan los del navío absortos, no pudiendo concordar todas estas varias acciones con la idea que formaban; sin embargo se pusieron á la *capa* \* para que pudiesen acercarse á hablarles. Llega la aguja con ímpetu, cuando se ve cerca del iman, y gustosa se deja caer sobre él: así hizo el esquife dando con violencia contra la nave que majestuosa le esperaba. Entonces Elena, que sabia el idioma, les informa del suceso oculando con cautela cuál era su destino, porque no querian los turcos dar socorro á los que iban á militar á Palestina; solo les dice que venian como pasajeros en una embarcacion veneciana, lo que comprobaban el capitan y marineros que hablaban el italiano, y que la codicia de las tortugas les habia hecho perder el navío. Enternecióse *Cara-osman*, capitan de la nave, y mandó que fuesen recibidos y tratados con la decencia y respeto debido á personas de distincion. Siguióse á esto un pronto refresco y todas las comodidades que el caso requeria.

26 *Cara-osman* reparaba en Elena, y entreveia en ella un no sé qué de grande, que se hacia sospechar ser persona de superior esfera. El Conde por su talle, gentil presencia y modo afable daba á entender igualmente ser caballero. Elena disimulaba cuanto podia que era señora de Cesarea, porque si llegaban á saberlo, quizá la harian prisionera, y querrian luego un rescate muy cuantioso: por lo que solamente aseguraba que pasaba á Venecia con su marido y aquel caballero; sin apartarse en todo lo demás de la verdad. En esta conversacion reservada pasaron tres dias en continuo susto y so-

pea, con un puerto de mar en el *Ponto Euxino*, hácia el Sur; pertenece á la *Natolia* ó *Asia Menor*. Año 1209 fundó aquí *Alejo Ducas Commeno* su imperio, despues que fue arrojado de Constantinopla. Año 1460 la conquistó á sus sucesores *Mahometo II*.

bresalto de ser conocidos, y al cuarto ya avistaron tierra, y entraron en Esmirna, donde agradeciéndole al capitán turco la vida que les había conservado, procuraron nuestros extranjeros de aquella famosísima ciudad el remedio á sus trabajos.

27 Pasado el primer gusto de verse con vida, volvió al punto la aflicción por los sucesos pasados. Lamentaba Elena la pérdida de su marido; pues quedándose el navío casi sin marineros, forzosamente había de perecer en medio de las ondas, ó tal vez naufragar entre peñascos. Neucasis, que había sido el origen de toda la desgracia, y no se atrevía á volver á su patria, se arrimó al Conde para esperar á su sombra remediar su fortuna, porque se consideraba perdido. El Conde balanceaba entre mil movimientos, ya de pena por la pérdida de los compañeros é incomodidades pasadas, ya de gozo por verse libre de Miseno, y mucho mas por las esperanzas de conseguir la gracia de Elena, y por su mediación la de la Reina de Jerusalem<sup>1</sup>.

28 Sus ojos, su corazón y sus afectos todos los dirigía á Elena; porque al mismo tiempo de un golpe de un disparado sobre el corazón del Conde sus saetas las tres furias del infierno que en compañía del espíritu del error habían tomado á su cargo la funesta empresa de perderlos ó separarlos. Á un tiempo mismo se sentía arder en amor de Elena, en deseos de la gloria de empuñar el cetro de Jerusalem, ó á lo menos se prometía el interés de ser señor de Cesarea, por cuanto el embajador ya estaría muerto. De este modo se lisonjaba dulcemente satisfecho con la esperanza de contentar su ambición demasiada: esperanza que jamás pudo tener tan bien fundada: mas todo dependía de Elena<sup>2</sup>.

29 El Embajador ha muerto, se decía el Conde á sí mismo, y Elena bien me podría dar el lugar del Conde de Brienna: mi cuñado el Rey de Hungría, mis vasallos de Moravia, mil parientes honradísimos que tengo sentados en los tronos, ó al rededor de ellos, tam-

<sup>1</sup> El *Filósofo incógnito*, lib. VII, núm. 53, asegura, que en este núm. 27 dice su autor: *Que Elena esperaba ser reina de Jerusalem*; impostura: merece la pena del talion: véase su índice, lib. VII, núm. 226, donde dice: *Castigase un descuido del P. Almeida*.

<sup>2</sup> El mismo *Incógnito*, ibidem, núm. 54, trueca los frenos, atribuyendo á Elena la esperanza que se figuraba la ambición del Conde; pero esta esperanza no era *bobertía* como el filósofo dice, por ser Jerusalem entonces de los árabes, pues de los árabes era también cuando el Conde de Brienna, cuyo lugar quería el Conde ocupar, fue coronado rey de Jerusalem en la ciudad de Tiro, año 1212. (Ab. Choyi).

bien pueden ayudarme. Pues ¿por qué no intentaré esta empresa? Á mas de que viéndome la Reina con la gallarda presencia de que la naturaleza me ha dotado, sabiendo que corre sangre Real por mis venas, aun sin el socorro del engaño, bien podrá preferirme á un extranjero desconocido, el cual ciertamente no podrá competir conmigo en los dotes de naturaleza. Si Elena quisiese apoyar mis designios, todo se conseguirá con facilidad. Y cuando ella tenga horror á este engaño, discurre que no me ha de negar su tálamo, y así por lo menos participaré de sus Estados. Y si su delicadeza opusiese á esto que mi mujer vive, yo haré que se divulgue la noticia de que ha fallecido, y quizá no me engañaré; y así por todos motivos me conviene ganar el corazón de Elena, pues de ella pende todo.

30 Neucasis, que parecía un eco de la voz del Conde, favorecía la misma idea, como que él fue el primero que tuvo este pensamiento; y ambos de comun acuerdo, Neucasis y el Conde armaban todos los lazos necesarios para engañar á Elena en cuanto á la muerte de Aymar y la de la Condesa de Moravia: lo que no era difícil en una ciudad tan populosa como Esmirna. Elena, al contrario, trabajaba por descubrir noticias del Embajador, bien que entre tanto obligada sumamente de los obsequios del Conde, cuya maliciosa idea ella no penetraba, dejaba ir cayendo insensiblemente hácia él su corazón, el cual siempre le había sido propenso.

31 Al mismo tiempo el Embajador y Miseno hacían todo lo posible por saber de cierto el destino de los que se habían embarcado en el esquife. Todas las apariencias eran de haber perecido; pero Miseno con un tono mas firme que el regular alentaba al Embajador á que esperase que la Providencia lo habría preservado. Acordóse Miseno de que conocía al emperador *Teodoro Lascaris*<sup>1</sup>, el que pocos años antes se había hecho coronar en Nicea cuando los latinos coronaron en Constantinopla á Balduino, con motivo de haber casado Teodoro con Ana, hija de Alejo Commeno, y nieta de Isaac Angelo. Sabiendo esto Aymar importunó tanto á Miseno, que este al fin hubo de descubrirse; y pidiendo audiencia, habló á la Emperatriz de este modo:

32 Para mover un corazón noble y generoso, no es preciso, señora, otro mayor incentivo que la sencilla relación de las infelicidades de esa que llaman fortuna. Sabed, pues, que nosotros somos dos

<sup>1</sup> Era griego, y los latinos le expelieron del trono de Constantinopla año 1404. Se retiró á *Andrinópolis*, imperó en *Bitinia*, y colocó la silla de su imperio en *Nicea*. Dió la muerte al sultán *Jatolino*.

pasajeros que navegábamos en una nave veneciana; y despues de ser el ludibrio de los vientos, de las ondas y de las furias del infierno que nos persiguen, tuvimos la no esperada fortuna de venir á Nicea, donde reinais felizmente. La esperanza de que halláremos en vos abrigo y proteccion, no se funda solo en la idea de que los Soberranos son imágenes de Dios, destinados por la suprema Providencia para ser órganos de los favores con que el cielo atiende á los inocentes, sino que tambien fundo yo la mia en el conocimiento que tengo de los príncipes de vuestra familia, de quien recibisteis la sangre y el cetro. Tuve el honor de conocer á vuestro padre Alejo, y de acompañarle en la Silesia; tuve el gusto de mover con mis persuasiones á los caballeros de la Cruzada, para que viniesen sobre Constantinopla á dar libertad á Isaac vuestro abuelo, y poner sobre el trono á vuestro padre. Estos servicios me granjearon la honra de acompañar al emperador Isaac Ángelo en la tribulacion de la cárcel, en la cual aun permanecí despues que él fue exaltado al trono. En este tiempo conocí su corazon: y no dudo que de él ha dimanado en el vuestro su sangre y su ternura para favorecernos; mas no atiendo por ahora á otra cosa; solo os pedimos vuestra proteccion para saber si perecieron nuestros compañeros, ó si acaso se hallan por estas costas de Asia. Fáltanos el Conde de Moravia, y Elena, mujer de este honrado caballero, los que huyendo en un esquife podrán haber perecido, ó tal vez salvado la vida. Este es el favor que os suplicamos, y lo esperamos confiados en vuestra benignidad.

33 Admirada quedó la Princesa de esta relacion, y se acordó que habia oido decir mil veces muchos elogios de Miseno á su abuelo Isaac Ángelo, sin que él supiese su nombre, ni menos su nacimiento; mas la revolucion de Constantinopla habia ocupado su ánimo de tal modo, que nunca volvió á saber de tan honrado prisionero. Ahora avergonzada la Princesa de la ingratitud de sus mayores, temia confesarla; pero deseaba corregirla. La nobleza de su corazon la impelia á proteger y honrar á Miseno como merecian sus servicios, pero la delicadeza de su soberanía rehusaba confesar la feísima ingratitud de su padre y abuelo, habiendo dejado ámbos en la cárcel á un hombre tan benemérito; de este modo vacilante, tímida é incierta, ya le mostraba particular agrado en las preguntas que le hacia sobre su naufragio, ya dejaba asomar al rostro aquel aire soberano con que las Majestades acostumbran infundir respeto, y sin decirle mas respondió que daria prontamente sus órdenes para hallar sus compañeros si acaso se hubiesen libertado, ó averiguar la noticia cierta de haber perecido.

34 Con esta respuesta se retiró la Emperatriz; pero Aymar notó que los ojos fijos en Miseno le decian mucho mas que lo que explicaban las palabras. Pasaban dias y dias, y no habia noticia de los naufragantes, lo que no sabia llevar Aymar con paciencia: mas era preciso tiempo para las diligencias, y entre tanto cuantas funestas ideas eran posibles, tantas le inquietaban. La propia vida le era pesada, y quisiera mas bien haberla perdido en el naufragio, que conservar la á costa de tanta pena. Signióse la pasion de la *tristeza*, y á esta la de la *impaciencia*, la de la *precipitacion*, y la del *ardor*; y piensa en partir sin dilacion á dar cuenta á la Reina de los sucesos de su embajada, y retirarse á sus Estados, para enterrarse vivo en una soledad fúnebre, hasta que cansada su alma de sufrir el horror de tan melancólica vida, quiera ya huirse del cuerpo.

35 Entonces Miseno con blandura y discrecion empezó á sosegarle, presentándole las máximas de la prudencia, las que jamás consienten que se obre con precipitacion ni fuego. Yérrase de prisa, le decia, y de ordinario solo de espacio se acierta. Cuando yo era jóven, todo en mí era llama, todo habia de ejecutarse en el mismo momento en que yo lo ideaba, porque en la balanza de mi estimacion era lo mismo tardar que perder. El concebir, hablar y hacer se seguian en mí tan apresuradamente como el relámpago, el trueno y el rayo; de manera que ni el viento era para mí mensajero bastantemente pronto; pero despues que á fuerza de caidas abrí los ojos, conocí que no habia mayor puerta para el error que una resolucion precipitada. ¡Oh, amigo mio! dame el entendimiento que quisieres, sea el mas claro, sea el mas recto, que ciertamente jamás podrá acertar sin ver primero las cosas, sus circunstancias, las consecuencias de ellas, y pesar las utilidades de una parte, y de la otra los inconvenientes. Esto no se puede hacer sin reflexion, y ninguna reflexion se puede tener sin tiempo; por eso con razon pintan á este como viejo, porque las canas le dan el carácter de buen consejero.

36 Mientras dura el primer fuego, todo es humo, y el alma no ve por donde va: piensa que anda por un camino real, y se halla en un precipicio, de donde tal vez no podrá salir, ó por lo menos nunca de él saldrá sin daño. La misma perturbacion que se ve en el exterior de un hombre fogoso pasa en su entendimiento. Veréis que en un instante da vuelta por las cuatro partes del mundo, que vuelve atrás de repente, que con las cosas inanimadas, incapaces de la menor culpa, se enfada; que todo lo echa por tierra, todo lo quiere despedazar, y que aun contra sí mismo se irrita: los ojos inquietos,

la voz alta y destemplada, las palabras sin moderacion, todo manifiesta que tiene el juicio fuera de su lugar. Ahora id á tomar en este tiempo alguna resolucion, y veréis cuántas veces evitais los yerros. Ni el sol lo ve todo en un momento; espera veinte y cuatro horas para conocer bien su mundo: pues ¿cómo vos quereis verlo todo de un golpe? No sabemos si pereció vuestra esposa: preciso es tener de este objeto alguna certeza: puede ser que se haya salvado; pero se ha de dar tiempo al tiempo, que no tardarán muchos dias sin que se sepa si por estas costas se hallan algunos indicios de su vida ó de su naufragio. Dios, á cuya providencia os habeis entregado, os dará á conocer la verdad, para que sepais lo que mas os conviene, y para esto solo os pido sorna y paciencia, que sin ella no podemos acertar en lo que debemos hacer.

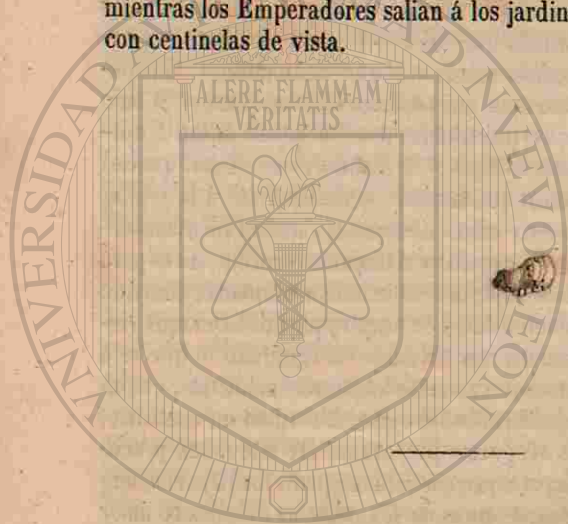
37 Instaba el Embajador en su pretension primera, y todos sus discursos y racionios se reducian á probar que su esposa habia naufragado, por quanto la hambre y la sed bastaban para darle la muerte, aun quando la hubiesen perdonado las olas y los vientos; que si la nave apenas habia podido resistir su furia, ¿cómo se podrian salvar los de una lancha, que á cada onda debia ser sorbida de los mares? Pero Miseno discurría de otro modo. Amigo, le decia, vuestro deseo y el mio están conformes; ambos deseamos lo mismo, y procuramos lo que en estas circunstancias nos puede ser mejor: no hay aquí lugar á la disputa, solo debemos examinar con ánimo tranquilo y sosegado lo que mas nos conviene: ya que la pérdida ó la utilidad ha de ser nuestra, seamos nosotros los que examinemos el camino de remediar el mal y procurar el bien. Discurramos, pues, sin espíritu de partido, ni torzamos jamás el discurso para sacar la consecuencia precisa que deseamos. Si quereis partir, yo estoy pronto, nada hay que me detenga sino vuestra utilidad, y dejar al desamparo á vuestra esposa, que tal vez estará viva, y quedará expuesta á calamidades infinitas, si vos os ausentais antes de tiempo. Un día mas de espera nos podrá sacar de la duda: una hora menos puede tener consecuencias sumamente perniciosas. No os admireis de que vuestro entendimiento os haga ver que la resolucion que habeis tomado es útil por todos motivos; porque, amigo, todos nosotros tenemos un defecto anejo á la naturaleza, si la resolucion no lo quita; y de mí os confieso, que muchos tiempos lo tuve, y todavía no sé si estaré ya bien curado de él.

38 Nosotros naturalmente amamos nuestros hijos, y siempre nos parecen hermosos y agraciados; y como los hijos de nuestra voluntad

son las resoluciones que ella toma, así la misma resolucion que antes de tomada nos era indiferente, si la voluntad se determina á adoptarla, ya es hija suya, ya es linda, ya bella, ya le parece bien. Por eso llevamos muy á mal si alguno la desprecia ó quiere ponerla debajo sus piés, porque al fin es nuestra hija. Ahora este amor es tan fuerte, que aun á nosotros mismos nos queremos ocultar los defectos de la resolucion que tomamos, y solamente nos detenemos con complacencia en lo que la resolucion tiene de bueno y provechoso, como quien le da muchos ósculos y la abraza; de forma, que no cesamos de ponderar todas sus utilidades: así el bien que meramente es posible, lo contamos ya como seguro, y el que es dificultoso, lo reputamos fácil. Esta es la razon por que pasamos ligeramente por el lado que no nos es tan bueno; las dificultades por eso solo se miran á bullo, y los inconvenientes á lo léjos; de manera, que el mal que tal vez es factible, ó es natural que suceda, lo desterramos á la region de lo dificultoso ó de lo muy raro: de aquí es, que el bien contingente lo miramos como conseguido; y si tomamos consejo, no es para determinarnos á seguirlo y dejar la resolucion ya adoptada, sino que solo buscamos confirmacion á favor de nuestro partido. De aquí viene que ponderamos primero con viveza y energia todo lo que es á nuestro favor, y despues que ya vemos á los otros inclinados, entonces les hacemos ver muy á lo léjos tal ó cual dificultad en contrario, llevando desde luego la respuesta preparada. De este modo procuramos engañar á los mismos á quienes vamos á pedir luz para el acierto. Amigo, ninguno escapa jamás de las astucias de nuestro amor propio, si no está muy prevenido. Demás de esto, habeis de saber que si la precipitacion y ligereza en las resoluciones nos es nociva, no lo es menos la tenacidad y la porfia. Reflexionad, por tanto, sólidamente en lo que os digo, y determinad lo que quisiéreis, porque yo estoy pronto á acompañaros fielmente, si así fuere preciso. Suponiendo que si acaso vuestra esposa pereció, el Conde habrá tambien padecido suerte igual, y entonces no tengo motivo que me obligue á peregrinar por países extranjeros. Con esta reflexion se sosegó mucho Aymar, y confesó que era imprudente y precipitada su partida, antes de saber alguna resulta de las determinaciones del Emperador.

39 El dia siguiente tuvieron orden los dos naufragantes para presentarse en el jardin real, porque les querian hablar los Emperadores. Regocijóse Aymar, creyendo que recibiria alguna noticia alegre; mas al mismo tiempo temia, recelando que esta fuese muy triste. Mientras esperaban que los Emperadores saliesen á los jardines, su-

pieron de los guardias que la noche antecedente se habia levantado el Emperador sumamente inquieto; y que luego que amaneció habia dado con furia aquella orden. Que habian advertido en la Emperatriz lágrimas de aflicción; pero que ignoraban el motivo de una y otra novedad. Miseno observó que los conducian con grande cautela, y entreveía que alguna desconfianza inquietaba al Emperador; pero animaba al compañero, diciéndole que nada temiese, pues que no tenia el menor crimen. En estas conversaciones se entretenian, mientras los Emperadores salian á los jardines, donde ellos estaban con centinelas de vista.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

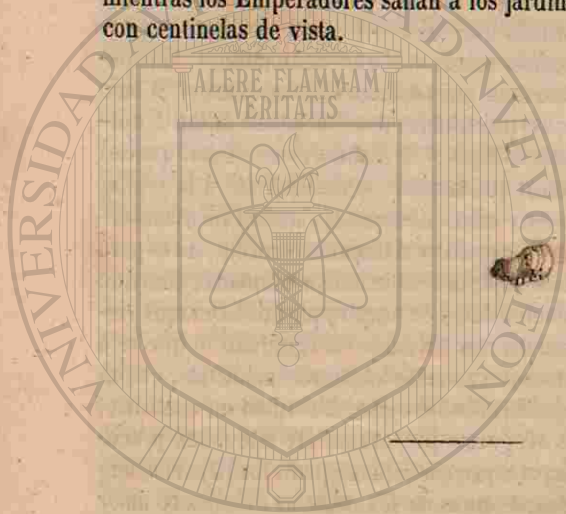
DIRECCIÓN GENERAL DE

## LIBRO XIX.

Las furias infernales celebran el triunfo de haber separado al Conde de Miseno.—El Ángel protector de Polonia se destina á defender á este.—Una fantasma nocturna persuade al Emperador que Miseno venia á quitarle la corona.—El Emperador se informa del piloto y marineros, de quiénes eran Miseno y Aymar.—Póneles centinelas de vista.—Tiene noticias que el Sultán de Iconio hacia preparativos de guerra, y que allí llegaron ciertos extranjeros.—Con esto se enfurece el Emperador, y con un puñal quiere matar á Miseno.—Estorba el lance la Emperatriz, y aconseja al Emperador que se examinen los presos separadamente.—En efecto, el Emperador examina al uno, y al otro la Emperatriz.—Los hallan conformes.—Sosiégase el Emperador.—Empieza á idear el Conde, cómo ser rey de Jerusalem ó señor de Cesarea.—Fingen Neucasis y el Conde haber naufragado Aymar y Miseno.—Parten el Conde y Neucasis á Nicea, y queda Elena en Iconio.—Saben que Miseno y Aymar viven, y se turban.—Neucasis persuade al Conde que se ausente luego con Elena, y que él irá á Nicea á confirmar en las sospechas al Emperador, para que quedando presos ó muertos Miseno y Aymar, triunfe el Conde.—Extraña Aymar y Miseno el tratamiento que les dan en palacio.—Son llevados á una cárcel.—Saben la llegada de Neucasis, y el mal informe que dió al Emperador.—Resuelven los Emperadores condenar á muerte á los presos, á ver si la conciencia los acusa.—Finge Neucasis carta del Conde al Emperador contra Miseno.—Miseno y el Embajador son llevados presos delante del Emperador, núm. 41.—Los condena á muerte.—Declara Neucasis contra los reos.—Léese la carta del Conde.—El Emperador se enfurece.—Se informa de la verdad.—Va Neucasis á hablar, y se turba.—Miseno anima al Embajador á padecer la muerte con heroicidad.—Habla Miseno al Emperador, y se ofrece á la muerte, núm. 42.—Pídele que libre á Aymar como á embajador.—Entra de repente Elena en la asamblea, y declara los enredos del Conde y Neucasis, quien cae desmayado.—Pónenlo en la cárcel, y Miseno con el Embajador y Elena son llevados al gabinete del Soberano.

1 Todavía no habian pasado los tres dias que las furias infernales habian pedido de plazo para ejecutar la grande empresa, cuando en las subterráneas cavernas cantaban á su modo con horribles estruendos la victoria de su enemigo poderoso. Estaba Miseno separado del Conde, el uno en términos de perder la vida, y el otro de entregarse mas ciegamente que nunca á sus desordenadas pasiones. El príncipe de las tinieblas les aplaudia la diligencia; mas ellas engolfadas en el gusto de vencer tal contrario, no querian levantar la mano de la empresa hasta conseguir una total ruina. Como lobos voraces y carnívoros, que llegan á entrar de noche en el corral de un pas-

pieron de los guardias que la noche antecedente se habia levantado el Emperador sumamente inquieto; y que luego que amaneció habia dado con furia aquella orden. Que habian advertido en la Emperatriz lágrimas de aflicción; pero que ignoraban el motivo de una y otra novedad. Miseno observó que los conducian con grande cautela, y entreveía que alguna desconfianza inquietaba al Emperador; pero animaba al compañero, diciéndole que nada temiese, pues que no tenia el menor crimen. En estas conversaciones se entretenian, mientras los Emperadores salian á los jardines, donde ellos estaban con centinelas de vista.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE

## LIBRO XIX.

Las furias infernales celebran el triunfo de haber separado al Conde de Miseno.—El Ángel protector de Polonia se destina á defender á este.—Una fantasma nocturna persuade al Emperador que Miseno venia á quitarle la corona.—El Emperador se informa del piloto y marineros, de quiénes eran Miseno y Aymar.—Póneles centinelas de vista.—Tiene noticias que el Sultán de Iconio hacia preparativos de guerra, y que allí llegaron ciertos extranjeros.—Con esto se enfurece el Emperador, y con un puñal quiere matar á Miseno.—Estorba el lance la Emperatriz, y aconseja al Emperador que se examinen los presos separadamente.—En efecto, el Emperador examina al uno, y al otro la Emperatriz.—Los hallan conformes.—Sosiégase el Emperador.—Empieza á idear el Conde, cómo ser rey de Jerusalem ó señor de Cesarea.—Fingen Neucasis y el Conde haber naufragado Aymar y Miseno.—Parten el Conde y Neucasis á Nicea, y queda Elena en Iconio.—Saben que Miseno y Aymar viven, y se turban.—Neucasis persuade al Conde que se ausente luego con Elena, y que él irá á Nicea á confirmar en las sospechas al Emperador, para que quedando presos ó muertos Miseno y Aymar, triunfe el Conde.—Extraña Aymar y Miseno el tratamiento que les dan en palacio.—Son llevados á una cárcel.—Saben la llegada de Neucasis, y el mal informe que dió al Emperador.—Resuelven los Emperadores condenar á muerte á los presos, á ver si la conciencia los acusa.—Finge Neucasis carta del Conde al Emperador contra Miseno.—Miseno y el Embajador son llevados presos delante del Emperador, núm. 41.—Los condena á muerte.—Declara Neucasis contra los reos.—Léese la carta del Conde.—El Emperador se enfurece.—Se informa de la verdad.—Va Neucasis á hablar, y se turba.—Miseno anima al Embajador á padecer la muerte con heroicidad.—Habla Miseno al Emperador, y se ofrece á la muerte, núm. 42.—Pídele que libre á Aymar como á embajador.—Entra de repente Elena en la asamblea, y declara los enredos del Conde y Neucasis, quien cae desmayado.—Pónenlo en la cárcel, y Miseno con el Embajador y Elena son llevados al gabinete del Soberano.

1 Todavía no habian pasado los tres dias que las furias infernales habian pedido de plazo para ejecutar la grande empresa, cuando en las subterráneas cavernas cantaban á su modo con horribles estruendos la victoria de su enemigo poderoso. Estaba Miseno separado del Conde, el uno en términos de perder la vida, y el otro de entregarse mas ciegamente que nunca á sus desordenadas pasiones. El príncipe de las tinieblas les aplaudia la diligencia; mas ellas engolfadas en el gusto de vencer tal contrario, no querian levantar la mano de la empresa hasta conseguir una total ruina. Como lobos voraces y carnívoros, que llegan á entrar de noche en el corral de un pas-



tor descuidado, que con los pelos erizados, la boca abierta, ensangrentados los dientes, las fauces alampadas; por una parte y por otra llevan el estrago y la muerte, y cuanta mas sangre derraman, tanta mas sed tienen de derramar mucha mas; así estaban aquellos tartáreos mónstruos sin omitir diligencia alguna para perder á Miseno.

2 Al mismo tiempo se determinaba en el supremo Consejo, que el Ángel protector de Polonia defendiese á aquel su Príncipe con un escudo impenetrable de las infernales saetas, para que ninguno le hiriese. Con efecto, Miseno sentia los repetidos y violentos impulsos de los golpes, mas no hallaba su corazón herido, y mucho menos envenenado, como veia los de los otros, que á su lado andaban perdidos y furiosos.

3 Tal estaba el corazón del Emperador, que no cabia en sí de susto, de perturbación y rabia. Habia oido tranquilamente lo que la Emperatriz le habia dicho de los servicios que Miseno habia hecho á su padre y abuelo, por lo que estaba inclinado á favorecerle y honrarle; pero una vision nocturna le descubrió el ánimo, y encendió tal fuego en su corazón, que interiormente se lo devoraba. Descansa, le decia aquella fantasma nocturna, descansa sobre tu perdicion, que cerca estás de ver con tus ojos el trono de Nicea, como viste el de Constantinopla. El mismo que fue instrumento horrible de tu destroz en Europa, te viene ahora á perseguir en Asia. Tú bien sabes que por sus abominables consejos pasó el trono de tus padres á las manos de Balduino, conde de Flandes. Otro Conde vendrá á arrancarte de las tuyas el cetro; ese mismo cetro miserable, que tú, fugitivo de tus propios Estados, apenas pudiste empuñarle en Nicea. Si tanto mal te causó este detestable hombre, cuando su malicia no tenia motivo para el odio, ¿qué hará ahora, que está justamente ofendido de tu padre y abuelo? Bien sabes que por amor de ellos estubo en una prision largos tiempos, y que en ella le dejaron indignamente cuando se vieron sobre el trono. Ahora, pues, viene á vengar en los hijos las ingratitudes paternas, y desea abolir del mundo hasta la memoria de Isaac Ángelo. Despierta, pues, abre los ojos, infórmate del piloto y compañeros que con él naufragaron, y verás cuánto arriesgas, si no aseguras la vida y la corona, enviando á la region de los muertos á tan gran contrario. Una Elena de Constantinopla hizo triunfar la Religion en Asia, otra Elena puede ser que sea ahora la ocasion de tu mas funesta caída: así hablaba el espíritu del error al Emperador que dormia.

4 No parte con mas violencia el venado herido de una penetrante saeta, que salió el Emperador á examinar la verdad del sueño: todo lo halla pronto; todo se ofrece á sus pasos, y todo parece prevenirle sus deseos. El piloto y los dos marineros se paseaban por la plaza real, gozando del fresco de la madrugada: el ministro se halla en palacio para otro negocio muy diferente: la Emperatriz afligida con esta idea, á todos los hace venir á su presencia para disuadirle de la ilusion nocturna, y Teodoro quiere examinar el caso por sí mismo delante de la Emperatriz y de su confidente. Para eso finge un aspecto sereno delante del piloto y de los marineros, promete premios si le descubren la verdad, y les pregunta: ¿quiénes eran aquellos dos pasajeros que en su navío naufragaron? Ignoramos, le dicen, su nacimiento y carácter; mas de la conversacion que entre sí han tenido los pasajeros en cinco dias de viaje, colegimos que el mas mozo partió del Asia, fué á Paris á tratar grandes negocios, y segun parece los ha concluido; y segun las palabras que ya por aquí, ya por allí se le han escapado, denotan que cierto caballero de Europa debe venir á empuñar el cetro aquí en Asia. El mas viejo debe ser el consejero, y como el primer ministro de ese Estado. Otros pasajeros faltan, que tambien venian, y que naturalmente habrán perecido en un esquife, en que se andaban divirtiendo con el capitan, pescando tortugas. No sabemos quiénes sean, ni á qué vienen; mas nuestro capitan los obsequiaba como á personas de gran calidad, y juzgamos que tal vez seria sabedor de sus secretos.

5 ¿Y qué título tenia ese caballero que viene á reinar en imperio ajeno? (les pregunta el Emperador enfadado). Muchas veces lo nombraban, y siempre con el título de Conde, respondió el piloto. Aquí el Emperador casi cayó desfallecido, viendo que el sueño se iba verificando en todo. Entonces el confidente prosiguió la averiguacion; preguntando qué nombres y qué títulos tenian los dos pasajeros que faltaban. Elena, le dicen ellos, se llamaba la señora; y al caballero solamente le daban el título de Conde. Aquí perdió los sentidos el Emperador, la Emperatriz quedó desmayada, y el valido confuso; de suerte, que por todo el palacio se extendió la perturbacion y el desórden. Recobrado el Monarca del desmayo que le ocasionó el susto, dió orden para que saliesen postas á todas las costas y ciudades marítimas circunvecinas, y que en el interin Aymar y Miseno fuesen detenidos en palacio con suma atencion y cautela, y siempre con centinelas de vista.

6 En el mismo dia, año 1206, llegaron noticias muy ciertas al

Emperador, que *Soliman de Rovadin*<sup>1</sup>, sultan de *Iconio*<sup>2</sup>, poco distante de Nicea, hacia grandes preparativos de guerra, sin que se supiese el fin ó designio de sus armas. *Raimundo*, conde de Trípoli<sup>3</sup>, habia solicitado ocultamente á Soliman para que le diera socorro contra *Livon* ó *Leon*<sup>4</sup>, rey intruso de la Armenia Menor<sup>5</sup>; mas este destino era oculto, y ninguno podia adivinar la causa de las grandes prevenciones que se hacian en *Bitinia*<sup>6</sup> para esta importante guerra. Menos bastaba para poner en tormento un corazon ya perturbado con el susto de perder el trono, porque un ánimo preocupado con alguna idea todo lo dispone de modo, que á cada noticia se confirma mas en ella.

7 El día siguiente llegó otro mensajero con aviso cierto de que los dos naufragantes Elena y el Conde habian escapado de la furia de las ondas; y que habiendo enviado desde Esmirna el equipaje del navío con muchas cartas á la república de Venecia, habian tomado por tierra el camino de Iconio, donde se hallaban protegidos y estimados del Sultan. Nada faltaba para unir todos los sucesos, y hacer á Miseno autor é instrumento de esta horrible conjuracion.

8 Como mastin irritado y rabioso, á quien un veneno roedor y mortal le despedaza el corazon cada vez que respira; que corriendo sin tino á una parte y á otra, todo lo embiste y derriba; todo lo muerde y despedaza; que con la boca abierta, los dientes agudos, la lengua colgando y palpitante, ya se precipita en los valles, ya aparece en los cerros, ya atraviesa los montes, siendo al mismo tiempo el ter-

<sup>1</sup> *Sultan de Rovadin*, el *Arte de verificar las datas* le llama *Rokneddin*. Luis de Mármol *Rubretino*: reinó desde 1204, y fue el mas poderoso despues del sultan Saladino. Poseia la *Licaonia*, *Pisidia*, *Capadocia*, *Panfília* é *Isauria*.

<sup>2</sup> *Iconio*, hoy *Cogni*.

<sup>3</sup> *Raimundo III*, hijo de *Bohemundo III*, príncipe de Antioquia, sucedió el año 1187 á *Raimundo II*, no en el reino de Trípoli en Berbería, que es muy distinto, sino en el condado de Trípoli, que comprendia muchas plazas á lo largo del mar de Fenicia, en la antigua Siria desde *Maraclea*, hasta el rio *Adonis* de donde comenzaba, que llamaban entonces reino de *Jerusalén*.

<sup>4</sup> *Livon* ó *Leon I*, despues de haber sufocado á *Rupin* su hermano mayor, se hizo declarar rey por Oton, cuarto emperador; le ciñó la corona Conrado, arzobispo de Maguncia, año 1119, y reinó veinte años.

<sup>5</sup> La *Armenia Menor* está al Oriente de *Capadocia*. El *Eufrates* la separa de la Mayor (donde se dice que estuvo el paraíso), y está al Norte de *Cilicia*, *Nicópoli* ó *Granich* fundada por Pompeyo; es una de sus principales ciudades.

<sup>6</sup> *Bitinia*, provincia de la Natolia, tiene al N. el Ponto Euxino, y el mar *Mármora* la separa de Tracia. Fue su capital *Buroa*: hoy lo es *Nicomedia*, donde murió el gran Constantino año 337.

ror de las ovejas que antes guardaba, y de los lobos sus enemigos; que no reconoce pastor, mayoral, ni zagal, y que exhala y esparce por todas partes el mismo contagio que le devora; así era el emperador Teodoro. Su misma esposa temia, sus confidentes se retiraban, su semblante era otro, negro, pálido, triste, furioso, inconstante, inflexible y airado; por cuantas partes pasaba dejaba el horror y el miedo: ya salia, ya entraba, ya sube, ya baja, cierra, vuelve á cerrar, abre, y todo lo hace con ímpetu, y en todo muestra furor: unas veces corre como loco por los campos, otras se cierra en su gabinete, y desde afuera se oyen unos ayes tan sentidos y unos gemidos tan descompasados, que parecen bramidos; en fin, casi frenético no admite consejo, á ninguno lo pide, á ninguno escucha. Ved aquí que toma un puñal, y sale furioso á ver si le puede quitar la vida á Miseno, como á origen de todos sus cuidados.

9 Abre la puerta con ímpetu y encuentra á la Emperatriz, la cual viéndole en aquella resolucion, ni quiere reprimirle, ni dejarle seguir su furor ciego; sólo le dice con suma prudencia: Si Miseno es reo de crimen tan enorme, la muerte únicamente será digno castigo de su delito; mas eso no basta, conviene sobremanera que antes que él perezca, averigüemos cuáles son los cómplices de conjuracion tan detestable. Como él no sospecha desconfianza en nosotros, fácilmente le sorprenderemos en las preguntas. Este exámen y castigo conviene que no se difiera, ni que se encargue á otro, y córtese la cabeza á la *hidra*<sup>\*</sup> antes que llegue á formarse del todo; de otra manera, si una se corta, nacerán otras de su cuerpo despedazado. Hagamos, pues, que los dos compañeros se separen, y cada uno de nosotros examine el suyo, sin que ninguno de ellos sepa del exámen que se le hace al otro. Por este medio en la contradiccion indispensable hallaremos la prueba de su crimen, el cual yo quiero ayudarnos á castigar, porque debe hacerse sin tardanza un escarmiento. Dadme ese puñal, arma propia para quien la ha de ocultar bajo el traje femenino, porque vos ya tenéis en esa espada que ceñís instrumento suficiente para la venganza. Escoged de los dos á quién queráis examinar, que yo me encargo de preguntarle al otro: para mayor diferencia, yo llamaré á mi gabinete á uno de ellos, donde le recibiré con benignidad; y vos podréis fingir que casualmente encontráis al otro, y así en un instante será descubierto el delito, y el peligro cautelado.

10 Aprueba el Emperador el consejo, y sosegada algun tanto su cólera, manda que lleven luego á Miseno á su presencia, y al mis-

mo tiempo sale la Emperatriz á hacerse enconradiza con el Embajador. Apenas Miseno comparece, se siente otra vez el Emperador perturbado; pero ahoga cuanto puede la ira y el furor dentro del pecho, y le dice de esta suerte:

11 Ya sé, caballero, cuántos servicios habeis hecho por la corona de Constantinopla que mis abuelos gozaron; pero no sé cuál deberá ser la digna recompensa de vuestros servicios, ni cómo podré purificar á mis antepasados de la nota de ingratos en que cayeron. Ignoro vuestro nacimiento y estado, vuestros designios y deseos, y solo esto me impide que os dé testimonio de mi estimacion como á persona tan benemérita. Decidme, pues, de dónde venís, á dónde se dirigen vuestros pasos, y qué deseais de mí, porque os juro delante de los cielos que me ven, que no tardaré un instante en trataros como mereceis. Aquí, á pesar de todo el disfraz, percibió Miseno que estaba el corazon del Emperador alterado, y que las palabras honrosas que le había dicho eran simulacion de un ánimo dañado: mas haciendo la reverencia debida á la persona en el trono, respondió con aire libre y desembarazado:

12 Mi nacimiento, señor, solo lo podréis saber por mis acciones, porque despues que me gobierno por la razon, y le sacrificué las pasiones de la mocedad, mis obras son mis únicos ascendientes. Quiero ser estimado por los espíritus de mi alma, y no por la sangre que vivifica esta masa de tierra que traigo arrastrando. Puede ser que si supiéseis qué prógenitores me dieron la vida, no me halláseis indigno de vuestra estimacion; pero desprecio lo que la ciega naturaleza me dió, y solo hago caso de lo que yo puedo dar á la naturaleza, honrando con mis acciones mi propia sangre. En traje de cazador me encontré en la Silesia el príncipe Alejo vuestro padre<sup>1</sup>; ocupóme, le serví. Me costó este servicio una mazmorra, y en ella tuve el consuelo de alentar y consolar á vuestro abuelo. Mas en esto solo hice lo que debía en obsequio de un príncipe reducido á situacion tan deplorable. Si quedé en la cárcel, despues que hijo y padre fueron exaltados al trono por mis servicios, fue sin duda disposicion de la suprema Providencia, que tiene buen cuidado de curar con los trabajos de la vida nuestros defectos; y no penseis que fue ingratitud de príncipes tan beneméritos. Obré sin la menor idea de recompensa, y ni me arrepentí de lo que hice, ni me admiré de lo que no hicieron; «pues el estado feliz por que suspiro, no depende de los demás; de mí solo y de Dios es de quien pende. Haga yo lo que debo

<sup>1</sup> Vid. lib. III, núm. 42.

«á Dios, á mí mismo y á los hombres, entre quienes vivo, que el obrar siempre bien hará mi felicidad, y no el que ellos me sean «agradecidos<sup>1</sup>.»

13 Siguiendo yo estas máximas, encontré un desgraciado que tenia necesidad de mí, y viendo que podia contribuir á su felicidad, no quise negarme. Fue este el Conde de Moravia, á quien amo como á hijo: pidióme que le acompañase en la jornada que hacia á la Palestina, á causa de un voto con que se obligó á los cielos á sacrificar su vida por rescatar del poder de los bárbaros el sepulcro del Salvador. Lo pensé, dudé, reflexioné; mas en fin me resolví á condescender. Nos embarcamos, y encontramos casualmente en la nave al embajador, que la nueva Reina de Jerusalem enviaba á Filipo Augusto, para pedirle un marido digno de aquella corona, capaz de recobrarla y asegurársela en la cabeza. Venia con él su mujer Elena, señora de Cesarea; y por un caso bien singular el Conde de Moravia, Elena y el capitán, con la mayor parte del equipaje del navío, se separaron de nosotros bajando á la lancha para divertirse en pescar tortugas. Una pesaduma, que reinaba entonces, adormeció al piloto y á los pocos marineros que nos habian quedado, sobrevino la noche, la confusion y una tormenta, y no volvimos á verlos. El navío dió en la costa: solo deseamos saber ahora si por las playas de vuestros Estados se hallan vestigios de su naufragio, ó noticia de su vida, para determinar lo que habemos de hacer. Si son muertos, el Embajador tomará el camino por tierra para dar parte á la Reina, de que el conde de Flandes Juan Brienna está nombrado para ser su esposo, y que brevemente vendrá con poderosa armada á San Juan de Acre, y yo me retiraré á Polonia para acabar mis dias en paz; mas si ellos viven, proseguiremos nuestro primer destino. Esta es, señor, la respuesta á todas vuestras preguntas.

14 Aclárase muy de prisa el cielo nublado, que con denegridas nubes amenazaba estragos y muertes, cuando viene del Septentrion el benigno céfiro, y sopla sereno y constante. Pero aun fue mas pronto el efecto que hizo en el ánimo del Emperador esta relacion de Miseno.

15 En este mismo tiempo, cual armoniosa cítara que responde en lugar distante á las voces de otra que está acorde, hablaba Ay-

<sup>1</sup> Deum time, et mandata ejus observa: hoc est enim omnis homo. *Haec est ejus felicitas.* (Eccles. xii, 13; Duhamel in proem. huj. lib.). En efecto, tan cierto es que en esto consiste la sólida felicidad del racional, que el que siempre viva así, siempre será feliz, ora viva en poblado ó en soledad.

mar, respondiendo á la Emperatriz lo mismo, bien que con estilo diverso. Oyele esta señora atenta y admirada, y volando va á dar parte de lo que pasaba á su esposo, el cual confuso tambien con la sinceridad de Miseno, no acertaba á responder sino palabras sueltas é indeterminadas: retirábase para saber de la Emperatriz la verdad, y encontrándose con ella, quedan los dos suspensos viendo que las relaciones en nada habian discrepado; pero como la sospecha habia labrado en los corazones de los Monarcas, y el susto habia echado en ellos muy profundas raíces, determinaron ambos cuidadosos, que Miseno y Aymar fuesen custodiados en palacio con tratamiento de amigos y cautela de enemigos, hasta que viniendo los otros compañeros, que estaban en Iconio, se declarase la verdad, y fuese Miseno galardonado según lo mereciese. No podia ocultárseles esta desconfianza á los que la habian visto en las preguntas y en los semblantes de los Soberanos. El Embajador se afligia infinito, y su corazon, según él decia, no podia sufrir tan continua y porfiada persecucion de los hados. Miseno le sosegaba, probándole que nada sucedia sin causa, y que todo cuanto permitia el supremo Gobernador del mundo era con razon muy fuerte, sábia, justa, y en fin digna de su rectitud. Añadia, que les podria venir el mal por lo que ellos hiciesen por su propia voluntad; pero no por lo que disponia y ordenaba la suma bondad, sin que ellos la irritasen. Con estos y otros discursos semejantes lo entretenia Miseno.

16 Al mismo tiempo Elena, el Conde y Neucasis se hallaban en Iconio protegidos del Sultan, pero inciertos de la vida de Miseno y de la del Embajador. Todas las circunstancias les persuadian que se habian ido á pique; mas Elena conservaba una pequeña esperanza, fiada en que Dios protegia á Miseno, y que su marido gozaba de su compañía. En medio de las lágrimas y de los suspiros le venia de cuando en cuando, como de relámpago, una alegre idea de que ellos estaban vivos; mas luego desaparecia, porque el Conde se esforzaba á persuadirla que sin la menor duda habrian naufragado. Cada momento era mayor en él la esperanza de llegar al trono de Jerusalem; y para obligar á Elena á que cooperase á la mentira, no habia servicio que no la hiciese. Quería ganarle el corazon, estando cierto que una vez conquistado, seria señor de su entendimiento, y le haria aprobar los mayores absurdos, hasta empeñarse en hacerle creer á la Reina que él era el príncipe destinado por el Rey de Francia para su tálamo, y que habiendo perecido la mayor parte del equipaje en un general naufragio, ellos por la proteccion suprema,

con que el cielo ampara á los Soberanos, habian sido preservados.

17 Estos eran los proyectos que ideaban en su fantasía el Conde y su confidente Neucasis: nada era tan cierto en su opinion como el naufragio de sus dos compañeros, nada tan fácil como la ejecucion de su atrevido pensamiento. Con esta idea fingieron que acababa de llegar cierta embarcacion que habia salido de Constantinopla, la cual aseguraba haber encontrado pedazos de un navío veneciano, según las letras y el emblema de la República que en la popa se leian; y que en estos términos la desgracia de sus compañeros Aymar y Miseno era indubitable.

18 Esta noticia tan bien temida dejó el entendimiento de Elena incapaz de discurso alguno, y toda absorta en el sentimiento se entregó á la direccion del Conde, á quien pedía con lágrimas, que como caballero noble no la desamparase en países extraños; y pues que la Providencia la habia conservado en su compañía, no era justo que olvidada de su sangre y de la nobleza de su corazon, la dejase expuesta al rigor de los hados.

19 Mucho menos basaba para levantar en el corazon del Conde las mayores esperanzas. Oficioso, diligente y amante se habia transportado á Iconio con la Embajatriz, y querian seguir el camino de Cesarea<sup>1</sup>: mas cuando se disponian para partir, llega un enviado del Emperador de Nicea, quien pidiendo pronta audiencia al Sultan, le habló así:

20 Nada, señor, conviene tanto á los príncipes soberanos como conservar entre sí una recíproca amistad, que hace la basa de la felicidad de sus Estados, principalmente vecinos. El Emperador mi amo está bien cierto que de vuestra parte no puede haber la menor inconstancia, ni injusticia para romper sin causa la dulce armonía de la paz en que con vos ha vivido tanto tiempo<sup>2</sup>; pero recela que algun espíritu turbulento haya sembrado, sin que él lo sepa, alguna discordia, cuyos daños es mucho mejor prevenirlos que remediarlos. Como sabe que haceis grandes preparativos de guerra<sup>3</sup>, é ignora el destino, me envia á aseguraros de nuevo su amistad, y pedir os que tambien le asegureis nuevamente la vuestra con palabra real, ó

<sup>1</sup> Cesarea queda sobre la orilla oriental del Mediterráneo en la Siria, entre Jaffa ó Jope, y San Juan de Acre, poco distante de Jerusalem. Hay otra Cesarea en el Ponto, otra en Capadocia, y otra en Mauritania.

<sup>2</sup> Habian sido muy enemigos el Sultan de Iconio y el Saladino de Egipto; pero empezaron á vivir en amistad tranquila desde el año 1189, en el que Melique, hijo mayor del Soldan, casó con una hija de Saladino. (Ab. Choyssi).

<sup>3</sup> Véase el núm. 6 de este libro.

que le declareis el motivo de vuestra intencion, si acaso quereis romper con él; que para su sosiego, y al mismo tiempo para prueba de vuestra amistad, solo os pide le enviéis ciertos naufragantes, que en una nave veneciana salieron de *Akerman*, y por casualidad se hallan refugiados en vuestra corte; que él os asegura con su palabra imperial el salvoconducto de sus personas, y que si ellos lo desean, el Emperador dentro de ocho dias os los remitirá sanos y salvos; lo que, si es preciso, yo de su parte lo firmaré por escrito en vuestra presencia y en la de ellos, antes que de aquí salgan.

21 Oyó el Sultan esta embajada, y confuso de la petición del Emperador, mandó venir á su presencia al Conde y á Neucasis para informarse de ellos, si acaso temian ir á Nicea, pues el Emperador lo pedia, ofreciéndoles salvoconducto; y respondiendo ellos que nada recelaban, ordenó el Sultan que partiesen con el enviado, afirmando de nuevo al Emperador, que nunca habia tenido idea de quebrar los fueros de la amistad que con él habia pactado.

22 Obedecen el Conde y Neucasis; y Elena, que por su sexo debia estar exenta de semejantes órdenes, se detuvo en Iconio. Pero queda afligida y confusa, revolviendo en su imaginacion mil pensamientos, los cuales apenas apuntaban, cuando ya desaparecian como vapores vagos, que solo servian para ofuscarle la luz de la razon y distraerla; mas no para fijar el discurso, ni consultar su inteligencia. Absorta en la triste idea de la muerte de su esposo, y de los cuidados que se le seguian, no le habia quedado otro alivio sino el amparo del Conde, quien por su sangre, á mas de su amable índole, se habia ofrecido y obligado á acompañarla hasta dejarla en descanso; pero ahora todo lo perdía á un mismo tiempo, y quedaba sola en tierras extrañas y entre gente bárbara. La pasion del amor ya habia comenzado á disparar contra su castísimo corazon saetas doradas, cuyas heridas casi imperceptibles le iban comunicando un dulce contagio que labraba en su interior, mas tan ocultamente, que no se dejaba conocer ni aun de la misma enferma que lo padecia. Este veneno oculto aumentaba mas su pena, y lentamente la disponia para seguir despues sin resistencia los consejos del Conde, que era toda la grande empresa de las infernales furias.

23 La misma inquietud reinaba en el corazon del Conde, que caminaba siempre pensativo: y con tan grandes instancias preguntó á Teobaldo, enviado del Emperador, el motivo de aquel empeño, que Teobaldo no pudo ocultárselo. Dijole que el Emperador deseaba su declaracion y la de Neucasis para conocer, ó la verdad ó la malicia

de dos presos que estaban en palacio, con el fin de castigar con la muerte sus mentiras, ó de premiar con honores y gracias sus méritos y virtudes. Muy enredado se ve el Conde con esta noticia, y no puede ocultar la perturbacion que le causaba, por mas que lo procura. No quedó menos inmutado Neucasis; porque como continuo observador de los movimientos del corazon del Conde, llegó sin duda á penetrar la causa del cuidado que á este le afligia.

24 Y como un edificio temerario y levantado que sobre columnas altas, descolladas y débiles sube hasta las nubes, y al impulso de un fuerte huracan se ve reducido á ser triste y horrible monton de ruinas, así cayeron las elevadas ideas del Conde, cuando supo que aun vivian el Embajador y Miseno. Neucasis previendo que su fortuna dependia solo de la del Conde, sin pararse en el horror del crimen, se determina ambicioso á perder á Miseno y al Embajador; á este fin, con pincel artificioso y los colores mas vivos, le pinta al Conde la ruina que le amenazaba, si aquellos no perecian. Pondérábale cuál seria el odio de Elena, si ella llegaba á conocer que la habian engañado maliciosamente con la falsa noticia de la muerte de su esposo; y valiéndose de todos los artificios de la mentira y artes de la lisonja, queria disuadirle de la jornada de Nicea, obligándole insensiblemente á tomar la resolucion violenta de retirarse con Elena, y dejar serenamente perecer á entrambos presos por las desconfianzas del Emperador.

25 Entonces el espíritu del engaño valiéndose del juicio y de la lengua del veneciano astuto, habla al Conde de este modo: Vos seréis de aquí adelante el horror de Elena, cuando comenzábais á ser todo su consuelo, y teniais esperanzas de llegar á ser su esposo. ¿Cómo podréis presentaros delante de Aymar, á quien su esposa comunicará ciertamente vuestros proyectos? Creed que ella actualmente no os desaprueba del todo; solo se detiene en la dificultad de poder salir bien de la empresa. Ya no reprueba aquellas ideas que en el navío desaprobaba, que tanta mudanza sabe hacer el amor. Sabed que ayer llegó á confesarme que la naturaleza os habia favorecido mucho mas que al Conde de Brienna, y que si la Reina hubiese de hacer la eleccion por sí misma, sin duda seríais vos el preferido; y concluyó diciendo friamente, que el remedio seria bueno para deseirlo, pero que ya era imposible. Yo no os habia comunicado este secreto hasta ahora, porque queria daros parte, cuando despues de concluida mi negociacion, os pudiese dar una muy gustosa y feliz respuesta. Ved lo que se pierde ahora por una circunstancia que no se pre-

vió. Si en la noche precedente hubiésemos partido para Cesarea, Teobaldo no nos hallara, el Emperador lleno de confusiones y desconfianzas nunca diera libertad á los presos, y vendria entonces á verificarse nuestra mentira, y tal vez cumplirse sin dificultad todos nuestros deseos.

26 Reflexionad, pues, señor, en lo que haceis. Vos iréis á perderos por socorrer á otros. Si proseguís en la deliberacion de ir á Nicea, y decir allí la verdad, bien podeis volveros luego á Europa, porque en Asia seréis generalmente despreciado. Aymar, la Reina y el Conde de Brienna bastan para perderos del todo. ¡Qué infelicidad! cuando podeis triunfar de ellos, y tal vez subir al trono; pues para esto no es menester mas sino que la pasion de Elena se declare á vuestro favor solo una vez. Ninguno tuvo jamás circunstancia tan favorable para empuñar el cetro, como la que la fortuna os ofrece. ¡Y quereis despreciarla! ¡y despreciarla prefiriendo vuestra ruina! Si yo, señor, estuviese en lugar de daros consejo, os diria que os retiráseis luego, y que llevando á Elena en vuestra compañía, partiéseis á Cesarea, diciendo al Sultán que teneis razones muy poderosas para no ir á Nicea: que el Emperador ninguna autoridad tiene sobre vos para llamaros á su presencia, y mucho menos á su juicio; y que ya le habeis respondido por escrito sobre el punto en que quiere consultaros. En este caso, yo iré solo con el enviado á Nicea, y hablaré de modo que conoceréis que soy vuestro verdadero amigo. Así habló Neucasis, y jamás hubo bálsamo tan suave para una herida inflamada, como lo fue este consejo para el corazon del Conde.

27 Infinitamente le agradó el pensamiento que favorecia todas sus pasiones; mas le horrorizaba haber de ser causa de la muerte de un hombre como Miseno. Entonces Neucasis viendo que el Conde ya titubeaba, esforzó toda la elocuencia de su política, y á manera de cazador astuto que ve la presa enredada en el lazo, y antes que lo rompa y escape repite unos golpes sobre otros hasta rendirla del todo; así Neucasis pintaba la insolencia de aquel hombre, la esclavitud en que le traía, y que era indecente á su persona andar con pedagogo á su lado, como si fuese un pupilo. Que su arstera filosofía era propia para consolar en el retiro de un bosque á algun desgraciado de la fortuna, y no para un caballero á quien la sangre real, la edad floreciente y los dotes de naturaleza le hacian acreedor de todos los honores y delicias del mundo: que ningun escrúpulo debía hacer de desamparar á Miseno en la cárcel, por cuanto él en todas

partes hallaba su paraíso: que el Embajador era un hombre á quien el Conde no debía obligacion alguna, y que era muy duro haberse de sacrificar á sí propio por respeto de otros.

28 ¿Cuándo visteis, decia, que para alcanzar un cetro procediesen los Príncipes con esa delicadeza? Los mas preciados de honor y humanidad apenas vieron que la fortuna les señalaba, aunque á lo léjos, no dudaron para subir al trono atropellar la justicia, la sangre, y hasta la misma humanidad. ¿Cuántas veces por solo esta causa se han visto correr los rios teñidos de sangre, las campiñas inundadas de cadáveres, y el fuego de la guerra encendido entre padres é hijos, entre hermanos y hermanas? Si la patria padece, si la justicia se queja, si clama la razon, si mueren los inocentes, todo es nada cuando se trata de ceñir una corona. Pues ¿qué comparacion tiene con eso el mal particular de dos hombres, el uno que hace muy poca falta en el mundo, y el otro que solo hace vanidad de despreciarlo? Demás, que vos estáis en unas circunstancias terribles, porque de ordinario un paso ya dado obliga á continuar el camino, cuando no se puede volver atrás sin deshonra; y no puede haberlo mayor del que aquí os amenaza, si acaso flaqueais en medio de la empresa; porque ó habeis de pasar plaza de mentiroso, embustero é indigno, ó admitir las esperanzas de un trono con que la fortuna os convida. Ved lo que escogéis: y veréis si conviene partir á Nicea á sacrificaros, ó á Cesarea para procurar una corona. Así habló la furia infernal por boca de Neucasis.

29 ¿Y con qué podré pagaros, amigo Neucasis, le dijo el Conde, tan relevante servicio? Yo estoy resuelto: parto á buscar á Elena, y transportarme con ella á Cesarea, y de allí á San Juan de Acre. Vos iréis con el enviado á estar con el Emperador, y ved como sin perjuicio de ninguno podeis favorecer mis intentos. Sabed que yo siendo conde soy vuestro amigo; mas si la fortuna me protege, muchos se darán los parabienes de poder serlo vuestro. Decid al enviado lo mismo que me aconsejásteis para el Sultán de Iconio, y la misma política servirá para satisfacer á entrambos; mas es justo que yo espere en la corte del Sultán, á fin de poder llevaros en mi compañía.

30 Huye veloz el pájaro cuando se ve libre de la red en que ya estaba casi cogido, y poco menos era la velocidad del Conde volviendo á Iconio, dándose la enhorabuena de haber escapado del peligro en que le habian puesto los hados.

31 Quedó Neucasis encargado del negocio de sosegar al envia-

do, cuando supiese la retirada del Conde, que habia de ser de madrugada y oculta; y confirmándose el veneciano en sus pensamientos, se decia á sí mismo: Que perezcan en buen hora Miseno y el Embajador, porque sin eso el Conde está perdido, y yo seré envuelto en su espantosa ruina. No puedo volver á Venecia, pues los marineros serán testigos que por mi culpa se sumergió el navio; y entonces, hacienda, reputacion y libertad todo lo tengo perdido. No me queda otro asilo que la proteccion del Conde; pero si se descubre su maliciosa intencion, yo seré el blanco del odio de todos, por ser el autor de este pensamiento. Esto debo evitarlo á toda costa. Por lo contrario, si estos dos hombres quedan á la disposicion del Emperador, la pena y sentimiento les hará perder la vida, y de este modo sin ruido triunfaré con mis proyectos. Ahora ¿qué cosa mas razonable, que habiendo de perecer alguno, sean ellos, y yo no, los desgraciados? Sí, sea como fuere, yo debo poner en salvo mi vida, y cuidar de mi honor propio. Llevado de este discurso, fingió Neucasis una carta escrita á nombre del Conde al Emperador, en la que se excusaba de la jornada con ciertos pretextos, la cual entregó al enviado, cuando este en el día siguiente, queriendo proseguir su viaje, se halló solo con Neucasis, y sosegándole con buenas razones, lo acompañó hasta Nicea.

32 No sabia Miseno ni el Embajador la causa de tanta tardanza. Jamás, decian ellos entre sí, se vieron presos tratados con tanta honra, tanta estimacion, tanto mimo, tanta decencia. La Emperatriz nos saluda risueña cuando nos encuentra en los jardines. El Emperador ha perdido aquel aire feroz y perturbador que antes tenia; pero las centinelas no nos pierden de vista: los dias pasan, y no se nos permite audiencia. Aymar, á mas del cuidado que le causaba esta detencion, tenia la cruel incertidumbre de la muerte de su esposa. Perdía el sueño y la paciencia, y solo en las máximas de Miseno podia encontrar consuelo y alivio.

33 Ved aquí que de repente se muda toda la escena, y son conducidos de noche á los calabozos de una tenebrosa cárcel, sin que á ninguno de ellos se le declare la causa de este procedimiento. Con todo á fuerza de dádivas consiguió el Embajador de un guarda que se le manifestase en secreto.

34 Llegó, les dice, esta tarde un veneciano llamado Neucasis, conducido por Teobaldo, capitan de los guardias del Emperador, el cual puesto en su presencia, le alabó sumamente la prudente cautela de teneros en prision, juzgándolo necesario para la seguridad de

su corona; porque Miseno, decia el veneciano, es hombre de grandes empresas, capaz de revolver medio mundo: sus máximas son extraordinarias, nada se resiste á lo que él intenta; y yo no sé lo que pretende en el Asia. Lo que sé es que tiene grandes inteligencias con muchos príncipes de Europa, y con Aymar, embajador de algun soberano, bien que ignoro sus secretos; mas solo os digo, señor, que vuestro juicio es muy penetrante, vuestro corazon fiel, y que en materia tan delicada toda cautela es precisa; y si nada mas teneis, señor, que mandarme, permitid que me retire.

35 Retiraos, le dice el Emperador, id á descansar de la fatiga, que yo os agradeceré el servicio que me haceis. Este anillo os será una memoria de mi reconocimiento, que será perpétuo; y si quisierais quedaros en mi corte, conoceréis siempre que soy vuestro amigo. Todo esto oimos los guardias, y de este modo se retiró Neucasis bien premiado; y el Emperador furioso mandó que os condujesen á esta mazmorra, lo que ejecuté con pena, mas debo obedecer á mis Soberanos.

36 Esta fue en sustancia la noticia que les dió el guarda á Miseno y á Aymar, la que sirvió para poner al Embajador en la mayor consternacion. Veia que habia perecido su esposa, pues venia solo Neucasis, quien como marinero podia haber escapado de las ondas mejor que una señora; ahora ve que habiendo perdido esposa y libertad, está en riesgo de perder el honor y la vida por una traicion manifiesta, y en esto casi enloquecia. Teme Miseno una funesta desgracia, y olvidando el daño propio aplica todo su esfuerzo á sostener en peso el corazon del Embajador, que por momentos iba á precipitarse en la última desesperacion. Sea Neucasis, decia, el hombre mas perverso del mundo, nada podrá, amigo mio, para hacernos infelices. El Ser supremo que lo preside todo ¿podrá disgustarse de nosotros, porque sufrimos la alevosía de los otros? ¿podrá sin razon tomar el tono que un malvado le diere? ¿y perseguirnos, como él, sin causa? Quanto mas triunfan la falsedad y la maldad, tanto mas la Sabiduria suprema, superior á todos los sucesos, ha de saber triunfar del engaño; porque de otro modo quedaria vencido el Dios de la verdad por el autor de la mentira. No tengais, pues, miedo: venga sobre nosotros cualquier suceso; si nos conservamos firmes en la respetuosa sumision á los divinos decretos, no podremos ser infelices. Un Dios por esencia bueno, y de bondad intrínseca, bondad innata, bondad infinita, ¿podrá hacer infelices á los que se entregan á todo cuanto quisiere disponer de ellos? ¿á quien no osa le-

vantar los ojos ni preguntar la razon de nada, y obedece sin réplica sus allisimos consejos? No, no puede ser. Primero serán confundidos los cielos con los abismos, y la tierra reducida al caos de que fue formada, que Dios mude de naturaleza, ó se olvide de nosotros.

37 Aymar se aquietaba un poco; pero luego volvía á sus primeros movimientos, no acabando de ponderar la maldad de Neucasis, y la increíble pasion del *interés* que le consumía. Vendió, decía él, nuestra vida, nuestra libertad y nuestro honor por el regalo que el Emperador le hizo. Librémonos, respondió Miseno, librémonos de que la codicia nos toque; porque si nos dejamos llevar de esta abominable pasion, caeremos en los mayores excesos: creed, amigo, que la primera cosa que el oro hace, es cegarnos. Este metal infeliz rara vez brilla sin que deslumbre á quien de cerca fija en él los ojos; mas tened ánimo, que por la misma razon que la Providencia deja en sus errores á quien se entrega á las pasiones, conducirá al acierto á quien las reprime, y se gobierna solo por la razon. Dios, que aquí nos condujo sin culpa nuestra, nos sacará del riesgo, si le dejamos obrar, sin murmurar de él. ¿No es esta ya un gran favor que nos hace, darnos á conocer los hombres, para no fiarnos de ellos?

38 Admirábase el Embajador de ver tal serenidad de ánimo, é iba aprendiendo á discurrir como Miseno; mas como aprendiz de esta nueva filosofía, á cada paso se encontraba embarazado, y las pasiones rebeladas levantaban un tumulto y tal confusion, que ni los discursos le convencían, ni los ruegos le doblaban, y enfurecido muchas veces queria quitarse la vida. Miseno afligido por el mal ajeno, levantaba sus ojos y su corazon al cielo, firme siempre en la idea que tenia de la Providencia suprema; y tanto mas seguramente esperaba de ella el socorro, cuanto mas cerradas veía las puertas para conseguirlo de las criaturas.

39 Teodoro en el interin, inquieto, indeciso y afligido, luchaba consigo mismo. Unas veces la candidez de Miseno, la uniformidad en la declaracion de los dos prisioneros, y la palabra del Sultan de Iconio le aseguraban que nada tenia que temer de los preparativos de guerra. Otras veces, la resistencia del Conde de Moravia para ir á Nicea, las palabras confusas de Neucasis, aprobándole su cautela, haberle dicho que era Miseno sujeto de quien debía temerse, por ser de grandes máximas y proyectos, y superior al comun de los hombres, le hacían entrar en la mayor sospecha. Por otra parte, la Emperatriz no podia creer que aquel personaje fuese capaz de igual atrocidad, y apartaba al Emperador de todo pensamiento siniestro; mas

de cuando en cuando convenia tambien con él. Bien como los árboles frondosos y elevados, que sobre la cumbre de la montaña están expuestos al rápido viento, que son impelidos sin cesar á partes opuestas, y que inclinándose ya á un lado, ó ya á otro, se encuentran, y mutuamente se combaten ó van conformes de acuerdo, y se unen: así estaban los Emperadores agitados de sus pensamientos; y para conocer la verdad toman la resolucion de decir á los presos, que su enormidad estaba ya conocida, sus delitos descubiertos, y su condenacion sin remedio, para ver si la conciencia los perturbaba, ó su propia lengua los confundía.

40 Entre tanto Neucasis, viendo que estaba la puerta abierta para su fortuna, si lograba persuadir al Emperador la conjuracion imaginada, fingió otra carta del Conde de Moravia al mismo Emperador, en la que con términos oscuros daba á entender que Miseno era hombre sospechoso, y muy peligroso el Embajador su confidente. Nada le impedía el vuelo que su ambicion habia tomado, asentando que convenia perder á toda costa los dos presos, para triunfar de los hados que tanto le habian perseguido.

41 En el dia siguiente fueron llevados los dos al tribunal, cargados de hierro y esposas; y todo el aparato era de una pronta ejecucion de justicia. El Emperador se dejó ver con toda la pompa de la majestad: la severidad de juez, y la cólera de parte ofendida. La llaga antigua de los celos pronta á reverdecer, y los vivos temores de su imaginacion le suministran un aire feroz y un semblante terrible: todos temen y tiemblan en su presencia, y con solo su vista amenaza. Neucasis, el piloto y los marineros son llamados al juicio: tambien asiste Teobaldo, é igualmente los principales señores de la corte, y á presencia de todos dice el Emperador de esta manera:

42 Justo es que todo el mundo sepa hasta dónde llega la malicia de los hombres, y los peligros de un monarca, y conviene que no se ignore el motivo de las mas rigurosas demostraciones de mi justicia, por quanto los Monarcas somos responsables al público de lo que hacemos, y nuestras acciones son siempre juzgadas en el tribunal de todo el universo.

43 Ese primer reo que ahí veis, no contento de haber maquinado todas las infelices revoluciones de Constantinopla, de lo que se siguió ver en las manos de los extraños la corona de mis padres, despues de procurar su destruccion, viene ahora á perseguirme hasta en el Asia y en todo mi imperio. Mas gracias al cielo, que ha sido su malicia descubierta; la que para su mayor confusion quiero ahora



manifestarla públicamente en presencia suya. Aquí están estos extranjeros, hombres de probidad y de honor, que á pesar del amor de compatriotas, no pudiendo sufrir el horror de su atentado, han depuesto contra él. El Conde de Moravia, que venia á mi corte para dar fe de esta conjuración oculta, huyó temeroso. *¿Y es viva Elena?* exclamó Aymar fuera de sí, arrebatado de un repentino alborozo; porque con esto revivieron en él las esperanzas casi perdidas, de que su esposa hubiese escapado del naufragio. Esta pregunta intempestiva causó grande admiración en el Emperador y en los circunstantes; y el Embajador pidiendo perdón de su imprudencia, calló al punto, dejando continuar al Príncipe, el cual mandó que dijese Neucasis lo que sabia contra Miseno. Sean, decia el Emperador, dos veces castigados por la confusión y por los tormentos, y verá el mundo toda la prudencia con que obro, y como sé moderar los impulsos de la cólera, aun la mas justa y la mas irritada. Neucasis, haciendo al Monarca la debida reverencia, dijo con voz trémula y semblante perturbado:

44 Nada hallo, señor, que sea tan sagrado en el mundo, como la vida y seguridad de los Soberanos. Ellos son vicedioses en la tierra: todo se les debe sacrificar, hasta la mayor amistad. No lo juzgó así el Conde de Moravia, que ya venia á satisfacer vuestro empeño, cuando su reflexion pusilánime le detuvo los pasos. Su equidad no le permitia mentir, ni la amistad de Miseno decir la verdad. En estos términos, no hallando otro medio para evitar los dos crímenes, se retiró dejándome esta carta, que he tardado en presentaros, porque me previno que no lo hiciese sino en el último aprieto. Tanto le contenia el amor á Miseno, y tanto temia perderle del todo; mas como vuestras órdenes son para mí como divinas, nada, señor, puedo ocultaros. Alegróse el Príncipe, y mandó á Teobaldo que tomase la carta de Neucasis, y la leyese en público, lo que ejecutó, y decia así:

45 «Razones muy urgentes, Príncipe soberano, me obligaron, como ya os lo manifesté por vuestro enviado, á suspender el viaje de Nicea; mas los pasos que ya habia dado son prueba de la voluntad sincera que tenia de obedeceros. Sabiendo, pues, que todo el fin de este viaje únicamente era examinar quiénes fuesen los dos presos que se hallan en vuestro poder, declaro que solo los conozco de un casual encuentro en el navío en que todos peligramos. Sé que Miseno es hombre de grande entendimiento, cuyas máximas son para estimarse y para temerse. Aymar tiene política muy fina

«y grande astucia, y yo con mucho gusto me veo libre de la compañía de ambos, porque me podía ser peligrosa. Vuestra prudencia pesará en balanza exacta el mal que tengan para la estabilidad de una corona los motivos de vuestra justa desconfianza, y las circunstancias presentes. Creo que habiendo sospechas tan bien fundadas, no podrá ocultarse á la perspicacia de vuestro entendimiento el crimen de alguna conjuración disfrazada; y sabed que ninguno desea mas vuestra seguridad que el Conde de Moravia, etc.» Calló Teobaldo, y á manera de un viento repentino que se levanta del frondoso bosque, se oyó un gran susurro en toda aquella asamblea. En el semblante del Emperador se veian al mismo tiempo la cólera y el júbilo, por ver descubierto el delito. Neucasis estaba bañado en gozo por haber salido bien de su estudiado engaño. La Emperatriz triste y afligida pide al Emperador que le permita á Miseno que hable; lo que el Monarca le concedió, para que su confusión probase con la última evidencia su crimen; y toda la autoridad del Soberano fue precisa para imponer silencio, y mandar que diesen atención á lo que Miseno iba á decir.

46 Como peñasco inmóvil que cuanto mas furiosas y espumando le combaten las olas, tanto mas triunfa de ellas con su inalterable sosiego, así estaba el rostro de Miseno, á quien siéndole permitido hablar, dijo de esta suerte:

47 Si los Monarcas, señor, son responsables al público de sus acciones, yo tambien lo soy, y no solo al público sino tambien á mí mismo y al Ser soberano que preside á todo lo criado, el cual con madurez, justicia y verdad distribuye ó niega á los mortales la sólida felicidad, por la que todos suspiramos. Sea el que fuere el juicio de los hombres con respecto á mí, nada será útil á mi intento, nada me será nocivo: si obrare mal, temeré siempre mi propio juicio, que me condenará perpétuamente: temeré el juicio de la eterna Verdad, que no depende de los hombres; mas si obrare bien, nada temo, ni en la tierra, ni en el cielo, ni en los abismos. Esto supuesto, digo, señor, que ningun crimen tengo contra vos; y quiero que me sirva de testigo el cielo, cuando la tierra lo rehuse, de que jamás me ocurrió la idea detestable de maquinare contra vuestra corona; trabajé, sí, y apliqué todos mis esfuerzos para ponerla en la cabeza de vuestro suegro: lo conseguí y quedé satisfecho. Tambien hice pasar á Isaac Angelo de la cárcel al trono; mas esto no tanto á mí como á la Providencia suprema lo debieron aquellos Príncipes, y yo no pido, ni nunca esperé de los hombres recompensa alguna de cuanto he obra-

do en mi vida. Si despues vuestros padres fueron depuestos del reino, no dependió de mí su desgracia: encerrado me dejaron en una mazmorra, muy léjos de sus Estados, cuando cayeron del trono. Vos fuisteis testigo, y á vos mismo os cito.

48 Ahora, pues, señor, como ya os hice relacion de los fines y lances de mi viaje, no ignorais que este mi compañero es el Embajador de la Reina de Jerusalem, enviado por ella á Filipo Augusto, y que vuelve trayéndole noticia de que el conde Juan de Brienna vino á ser esposo de la nueva Reina; sabeis tambien que el Conde de Moravia, á quien acompañé como tal, venia solamente á cumplir su voto en la conquista de los Santos Lugares: igualmente sabeis que él y Elena, esposa de Aymar, mi compañero, se separaron de nosotros por la revolucion de los vientos; y en fin, que nosotros dos impelidos del naufragio y roto el bajel, fuimos arrojados á estas costas; y que solamente os habemos pedido proteccion para saber si nuestros compañeros estaban vivos ó muertos: todo esto es cierto; mas si Neucasis, si el Conde, si el piloto, ó todo el bando entero dijesen que os engaño, creed lo que quisiéreis, hacéds la justicia que mas fuere de vuestro agrado, que para mí es lo mismo perder que conservar esta vida. Mil veces la tengo expuesta, y así ni temo ni deseo la muerte: solo detesto la falsedad y el crimen, y ahora mirándolo en esos mismos que he amado como hijos, y viéndolo triunfar de la inocencia, dejaré gustoso un mundo donde reina y domina la cábala. Alegre, y corriendo en pos de la verdad, saldré por las puertas del tumulto, viendo tambien que ella huyó del mundo, y consentiré de buena voluntad á los que en él quedaren que triunfen como quisieren, y á su salvo, de mis huesos casi secos, de mis miembros consumidos á fuerza de trabajos, y en fin de estos viles despojos de mi alma feliz. Consentiré, digo, que triunfen conforme la ambicion y el error lo persuadiesen, por cuanto estoy cierto, que ó el Dios de la verdad ha de ser mentiroso, ó algun dia ha de hacer sólidamente feliz á quien viviendo y muriendo abrazó siempre la verdad. Esto dijo Miseno con un aire tan noble, y al mismo tiempo tan sereno y tan dulce, que todos quedaron pasmados.

49 El Emperador quedó por un poco suspenso; Neucasis traspasado, pálido y trémulo, quiso retirarse, mas la guardia lo deluvo, y el Emperador, sofocando en el pecho los movimientos del alma, le dice en tono imperioso: No, no saldréis de aquí sin que respondais á lo que dice Miseno.

50 Quiso Neucasis hablar, mas la confusion de su espíritu le anu-

daba la lengua. Solo pudo decir que se referia á la declaracion que ya tenia dada.

51 El Emperador fluctuaba, ya temiendo la conjuracion, ya la malevolencia y el engaño. En los semblantes de Neucasis, Aymar y Miseno se advertia una diversidad notable; Neucasis, siendo el acusador, estaba pálido, trémulo y vacilante. Aymar tan lleno de cólera, que apenas podia reprimir la ira y la venganza. Mas Miseno con un aspecto sosegado, alegre y superior á todo, viendo á su compañero tan turbado, con un espíritu de héroe mayor que todos los acontecimientos de la fortuna, le dice:

52 No penseis, amigo y compañero, que este tribunal en que somos juzgados es el supremo, ni que su sentencia decisiva puede tener efecto irrevocable. No es de la sentencia de los hombres de la que depende nuestra felicidad. Á lo mas que se puede extender su poder es á nuestra vida, que vale muy poco, ó á la reputacion en el congreso de los mentirosos, que nada vale. Suframos, pues, con paciencia, y apelemos al tribunal de la verdad, en donde con sentencia eterna é inmutable se juzgará del heroismo con que toleramos la atrocidad de nuestros falsos amigos. Mas pierden ellos que nosotros, y mayor favor nos hacen del que nos harian nuestros mayores amigos. Si lo reflexionamos bien, ninguno trabaja tanto en nuestra felicidad como quien nos da ocasion para un insigne merecimiento. Es verdad que el supremo Distribuidor de los bienes es en nosotros la causa de todo lo que es bueno, dándonos la fuerza y luz celestial para triunfar de las pasiones y señorearnos de ellas; mas nuestros enemigos son los que nos ocasionan el triunfo; ved, pues, el bien tan grande que les debemos. Ellos ningun mal nos pueden hacer: ¿podrán acaso robarnos la inocencia, ó privarnos de las interminables alabanzas que nos dará el Dios de la verdad? ¿Qué mal, pues, nos pueden hacer? Demás, si habeis de dar gustoso la vida por la gloria vana de las armas, que siempre queda sujeta al capricho de los hombres, dadla por la *virtud* y por la *inocencia*, y al mismo paso compadeceos de quien por la ceguedad se deja caer en los errores que estais viendo. Ea, ánimo; y volviéndose al Emperador, le dice:

53 Podeis, señor, muy á vuestro gusto disponer de nuestra vida, porque estamos en vuestras manos, y no nos resistimos. No confesarémos el menor delito, porque apelamos al tribunal de la verdad, y desde luego sufrirémos la última pena con todo valor. Y si la incertidumbre en que os veo admite algun arbitrio, comparad en buen hora vuestra paz con mi muerte, y sosegad vuestra conciencia,

remitiendo con resguardo á mi compañero hasta Cesarea, pues á mas de ser señor de esos Estados, goza de los fueros sagrados de embajador de una testa coronada. De este modo nada arriesgais, porque no podeis temer á un muerto, ni tampoco á un hombre á quien no ofendeis, y que se irá pronto á un país tan distante.

54 En este punto entra Elena de repente en la asamblea, y se arroja á los piés de la Emperatriz pidiendo audiencia. Habia ella desconfiado en Iconio de las palabras equívocas del Conde, y de la ausencia intempestiva de Neucasis; y sabiendo del Sultan lo que bastó para entrar en sospecha de que su marido vivia, se vino á toda prisa aquí á Nicea, y á presencia de todos declara toda la intriga del Conde y de Neucasis. Pasmarse todos llenos de horror. Cae Neucasis á vista de Elena como desmayado. Aymar cargado de cadenas, corre á abrazarla á los piés de la Princesa. Miseno inmóvil bendice al cielo por la vida de Elena y de Aymar; y triste se compadece del horroroso crimen que acaba de oír, y toda la asamblea queda extática.

55 Al ver esto el Emperador, lleno de cólera, no halla términos bastantes para argüir la malicia de Neucasis. Este, sepultado en su confusion, trémulo y balbuciente, queria disculparse con la malicia del Conde; y de orden del Emperador fue encerrado en un oscuro calabozo, cuando Miseno juntamente con Aymar y Elena fueron conducidos en los brazos del Soberano á su gabinete, y tratados como merecia su virtud.

## LIBRO XX.

Aparécese á Miseno la venganza con insignias de justicia, y le persuade que deje castigar al Conde y á Neucasis delincuentes.—Llega Aymar embajador con la noticia de que acabado de llegar el Conde lo habia mandado encarcelar el Emperador.—Contra este y Neucasis se irrita S. M.—Ordena que comparezcan en su presencia los dos malvados, y los entrega á Miseno para que les señale el castigo, como á quienes le han agraviado tanto.—Decide Miseno que los reos sean puestos en libertad.—Extraña el Emperador la sentencia, como injuriosa á su soberanía.—Manifiesta Miseno que es *Uladislaw, rey de Polonia*, y como rey manda á los presos besen la mano al Emperador, que les concede libertad por sus ruegos.—Se pasma la asamblea, número 16.—Bañado el Conde en lágrimas se postra á los piés de Miseno, y este le lleva á los del Emperador.—El Emperador habla á Miseno, etc., número 17.—Se sigue tratando de las pasiones.

1 No sabia el Emperador cómo manifestar á Miseno cuánto le estimaba. Aymar y Elena no acertaban con las expresiones de su agradecimiento. Pero Miseno recibia estos aplausos con la misma serenidad é indiferencia que los ultrajes pasados, resistiendo á las elevaciones de la fortuna, para no exponerse á experimentar los golpes de los abatimientos futuros que presagiaba, conociendo la inestabilidad del mundo. El Embajador, irritado sumamente contra el Conde y Neucasis por la informacion de Elena, pedia al Emperador venganza de este, y se resolvia á tomarla personalmente de aquel. Elena fomentaba esta pasion, pintando con tan vivos colores la alevosia del Conde, sus intentos depravados y su perfidia, que el corazon mas helado arderia en cólera. Estos mismos motivos inflamaban tambien al Emperador irritado contra la malevolencia y simulacion de Neucasis, y en este determinaba vengar el delito de ambos, sabiendo que estaba el Conde en Iconio, y le aconsejaba á Aymar, que con el derecho de esposo y el denuedo de ofendido se vaya personalmente á buscarlo para despicarse de la afrenta.

2 En este lance de Miseno, despues de pelear con sus pasiones y vencerlas, luchaba al mismo tiempo con las pasiones de todos, haciendo cuantos esfuerzos le eran posibles para impedir la ruina de sus enemigos. Mas todas las razones que oia ponderar de dia, las furias del averno \* se las procuraban avivar en el sosiego de la noche,

remitiendo con resguardo á mi compañero hasta Cesarea, pues á mas de ser señor de esos Estados, goza de los fueros sagrados de embajador de una testa coronada. De este modo nada arriesgais, porque no podeis temer á un muerto, ni tampoco á un hombre á quien no ofendeis, y que se irá pronto á un país tan distante.

54 En este punto entra Elena de repente en la asamblea, y se arroja á los piés de la Emperatriz pidiendo audiencia. Habia ella desconfiado en Iconio de las palabras equívocas del Conde, y de la ausencia intempestiva de Neucasis; y sabiendo del Sultan lo que bastó para entrar en sospecha de que su marido vivia, se vino á toda prisa aquí á Nicea, y á presencia de todos declara toda la intriga del Conde y de Neucasis. Pasmarse todos llenos de horror. Cae Neucasis á vista de Elena como desmayado. Aymar cargado de cadenas, corre á abrazarla á los piés de la Princesa. Miseno inmóvil bendice al cielo por la vida de Elena y de Aymar; y triste se compadece del horroroso crimen que acaba de oír, y toda la asamblea queda extática.

55 Al ver esto el Emperador, lleno de cólera, no halla términos bastantes para argüir la malicia de Neucasis. Este, sepultado en su confusion, trémulo y balbuciente, queria disculparse con la malicia del Conde; y de orden del Emperador fue encerrado en un oscuro calabozo, cuando Miseno juntamente con Aymar y Elena fueron conducidos en los brazos del Soberano á su gabinete, y tratados como merecia su virtud.

## LIBRO XX.

Aparécese á Miseno la venganza con insignias de justicia, y le persuade que deje castigar al Conde y á Neucasis delincuentes.—Llega Aymar embajador con la noticia de que acabado de llegar el Conde lo habia mandado encarcelar el Emperador.—Contra este y Neucasis se irrita S. M.—Ordena que comparezcan en su presencia los dos malvados, y los entrega á Miseno para que les señale el castigo, como á quienes le han agraviado tanto.—Decide Miseno que los reos sean puestos en libertad.—Extraña el Emperador la sentencia, como injuriosa á su soberanía.—Manifiesta Miseno que es *Uladislaw, rey de Polonia*, y como rey manda á los presos besen la mano al Emperador, que les concede libertad por sus ruegos.—Se pasma la asamblea, número 16.—Bañado el Conde en lágrimas se postra á los piés de Miseno, y este le lleva á los del Emperador.—El Emperador habla á Miseno, etc., número 17.—Se sigue tratando de las pasiones.

1 No sabia el Emperador cómo manifestar á Miseno cuánto le estimaba. Aymar y Elena no acertaban con las expresiones de su agradecimiento. Pero Miseno recibia estos aplausos con la misma serenidad é indiferencia que los ultrajes pasados, resistiendo á las elevaciones de la fortuna, para no exponerse á experimentar los golpes de los abatimientos futuros que presagiaba, conociendo la inestabilidad del mundo. El Embajador, irritado sumamente contra el Conde y Neucasis por la informacion de Elena, pedia al Emperador venganza de este, y se resolvia á tomarla personalmente de aquel. Elena fomentaba esta pasion, pintando con tan vivos colores la alevosia del Conde, sus intentos depravados y su perfidia, que el corazon mas helado arderia en cólera. Estos mismos motivos inflamaban tambien al Emperador irritado contra la malevolencia y simulacion de Neucasis, y en este determinaba vengar el delito de ambos, sabiendo que estaba el Conde en Iconio, y le aconsejaba á Aymar, que con el derecho de esposo y el denuedo de ofendido se vaya personalmente á buscarlo para despicarse de la afrenta.

2 En este lance de Miseno, despues de pelear con sus pasiones y vencerlas, luchaba al mismo tiempo con las pasiones de todos, haciendo cuantos esfuerzos le eran posibles para impedir la ruina de sus enemigos. Mas todas las razones que oia ponderar de dia, las furias del averno \* se las procuraban avivar en el sosiego de la noche,

y lo atormentaban procurando todo el infierno irritarle sus pasiones nativas, las que con sumo cuidado tenia ya subyugadas.

3 La de la *venganza* era la primera, que á la frente de todas las demás venia á acometer el corazon del héroe; y para que no se previniese contra los envenenados golpes que le preparaba, tomó todas las insignias con que la virtud de la *justicia* se adorna. Cubre las furiosas serpientes de su cabeza con un yelmo sencillo de metal brillante, para que en la simplicidad se viese la rectitud, y en el metal la firmeza de sus juicios. Oculta los dragones que abriga en el pecho con un falso sol, símbolo de la luz de la razon, que es con la que únicamente se debe animar la justicia; de su arco vengativo y de las saetas envenenadas que á escondidas acostumbra disparar contra los descuidados, forma una falsa balanza que tiene pendiente de la mano izquierda, empuñando con la derecha seca y descarnada la espada, que es la insignia de la justicia; y en esta figura visible se le aparece á Miseno en sueños, y le dice:

4 Ya me conoces, Miseno: nunca mortal alguno me tuvo amor tan puro como el que tú me has tenido. Tú con la luz de la *razon* has distinguido siempre los fueros de la *justicia* de las intrigas secretas de la *venganza*: pero no debes degenerar en el vicio contrario de la *flojedad*, ni ser por este medio el protector de la maldad y fautor de los delitos. Ninguno mejor que tú conoce la malevolencia del Conde y de Neucasis, porque la Providencia los hizo caer delante de tí en el lazo que ellos á tí te habían armado; y ya que el Ser supremo obró así á tu favor, te declaro que le desagradarás sumamente si contradijeres lo que él tiene dispuesto. Tú serás igualmente detestable á sus ojos, ó persiguiendo la virtud, ó protegiendo los malvados. Sabe que está escrito en los supremos decretos que Neucasis perezca, y que el Conde pague con la muerte infame que le preparan sus abominables desórdenes, y que tú goces en paz del reposo que el Emperador te ofrece en su corte, para servirle de guía en sus dias, y hacer sus pueblos felices. Así premia Dios á quien le busca, así hace triunfar de la malicia infernal á su Providencia divina, y por un feliz solo que tú querias hacer, serás instrumento de la felicidad de los pueblos que Teodoro gobierna. Dios manda por la *luz* de la *razon* que se dé á cada uno lo que cada uno merece, esto es, al Emperador gusto, y al Conde y á Neucasis un suplicio, y ordena que se libre el mundo y los que en él quedan del peligroso contagio que la vida de estos dos mónstruos le causarian si quedaren vivos. Ya viste que bastó el mal ejemplo de Neucasis para pervertir al Conde;

mira ahora qué daños no se deben temer si uno y otro se conservan con vida. No mires, pues, á tu sensibilidad; bastante virtud tienes para ser superior á todas las calumnias; pero debes mirar por la justicia, procurando satisfaccion para Aymar y Elena que están ofendidos, y debes cautelar la ruina del público, de que tienes ejemplo en la de tus compañeros. Neucasis ya está en la cárcel, y dentro de poco tiempo el Conde vendrá tambien á ponerse en manos del Emperador, y en eso conocerás que trabaja el cielo para que se haga justicia; y ya que el Conde no tomó tus consejos para ser feliz, pague ahora con una muerte infeliz su loca rebeldía. Entonces verá el cielo y será testigo la tierra que tú eres recto, que en tí abrazas la virtud, y que en los otros detestas el vicio, y castigas el error. No seas, pues, flaco, ni te ablanden las lágrimas indignas, ó los ruegos de un traidor: cierra los oidos á la desordenada flojedad de tu corazon falsamente benévolo. No, Miseno; protege los buenos hasta dar la vida; mas persigue á los malos hasta tus últimos alientos, purifica al mundo de este abominable contagio, y envia al infierno á los que tienen derecho de vivir en él.

5 Así habló la infernal furia á Miseno, quien oyendo esto se sintió agitado con un movimiento inquieto. Entonces se le representaron como en un lienzo todas las ingratitudes del Conde puestas en paralelo de los excesos de amor que por él habia hecho. La sangre le hervia en el pecho, y le palpitaba el corazon. No, decia él, no es esto venganza, es amor á la justicia. Cuando no fuese yo el ofendido, sentiria el mismo horror contra un delito tan enorme, porque si la razon lo detesta y Dios lo abomina, ¿qué cosa mejor puedo yo hacer que obrar como Dios obra? Si el cielo los tiene condenados á muerte, no puedo sin ofender al cielo dejar de contribuir á la ejecucion de la sentencia suprema. ¡Oh y qué bueno seria que el Conde fuese encerrado con Neucasis en la misma cárcel en que nosotros lo estuvimos por ellos, y que ambos fuesen castigados del mismo modo que nosotros por cuanto la pena del *talion* \* siempre fue justa!

6 Así hablaba Miseno perturbado de las pasiones; y se desconocia interiormente, porque no hallaba en sí aquella paz que ordinariamente gozaba. Una espesa niebla le ocupaba el juicio, y los ojos de su entendimiento lo veian todo de modo muy diferente. Estando, pues, en esta confusion, viene Aymar alborotado, diciéndole como acababa de llegar el Conde, á quien el Emperador habia mandado encarcelar al instante en una prision oculta, destinándole para objeto digno de su cólera y justa venganza. Habia sentido el Conde la par-

tida precipitada de Elena; y procurando, aunque en vano, alcanzarla en el camino para atajar el daño que recelaba, se había lisonjeado que mediante la gran astucia de Neucasis podría remediarse todo, y con esta idea llegó á Nicea.

7 Aquí la cólera del Embajador subió á su último punto, cuando supo por la conversacion de Elena toda la intriga del Conde, y á manera de un gran incendio, cuando llega á prenderse en un almacén de materias combustibles, que de repente, como si hasta allí nada hubiera hecho, todo lo abrasa y destruye, y entre nubes de espeso humo levanta furioso horribles llamaradas que al mismo cielo alcanzan, sin que fuerza alguna pueda atajarle los pasos; así acontecia en el corazón del Embajador. Jura por todo cuanto el cielo y la tierra tienen de sagrado que se ha de vengar del Conde y Neucasis. Elena su esposa aun daba mas fuego á su cólera, y de uno y otro lado soplaban las furias infernales del odio y de la venganza para ver si en el corazón de Miseno, ya dispuesto y preparado, se prendía el incendio que ya ardia en los dos Embajadores.

8 Veía en ellos Miseno como en un espejo todos los movimientos que su propio corazón comenzaba á sentir. Entonces, poniendo piés atrás, forcejeó para retirarse del precipicio en cuyo borde se hallaba; pidió licencia por un momento, y se puso á pensar inclinando la cabeza, y recostándola sobre la mano izquierda. Recurre al cielo, y se pregunta á sí propio: ¿Dónde está aquella dulce paz que mi alma ha gozado tantos años? ¿dónde aquella luz clara de mi entendimiento? ¿dónde aquella serenidad que me hacia tolerar cuanto me sucedía? ¿Qué es lo que tengo de nuevo, ó lo que he perdido? Yo si sé conservar mi paz, el uso de mi razón y el dominio de mis pasiones, nada tendré perdido, ni me habré privado de mi felicidad, y esto aunque el Conde viva, y con él viva Neucasis. Pues ¿para qué me perturbo y me inquieto, si estoy como antes estaba? Ellos me quisieron hacer mal, mas en efecto no llegaron á hacerme. Pues si su delito no pasó de un vano deseo, mi venganza tampoco debe ser real y verdadera. ¿Acaso pretendo excederlos en hacer mal? Y ¿por un mal que no llegó á existir, he de hacer yo un mal que exista en la realidad, y que nunca pueda remediarse? ¡Ah! eso no. En esto se levanta y habla á los Emperadores á favor del Conde y Neucasis, como si ellos fuesen sus mayores amigos.

9 Estos dos miserables, decia, todo lo tienen perdido, reputacion, virtud, honor, y hasta la amistad y proteccion del Gobernador del universo, que es el que únicamente podia hacerlos felices.

¿Para qué, pues, será añadirles otro mal al que ellos mismos se hicieron? Su infelicidad les basta: ellos son miembros del mismo cuerpo que lo somos nosotros. No conviene vengarnos, porque sería despedazar nuestro propio cuerpo. Si mi mano izquierda hiriese á la derecha, ¿juzgaríais vos á propósito que esta se vengase hiriendo también á aquella? Todos me tendrían por desatinado, y vendría á parar en pérdida propia mi loca venganza. Pues en el mismo caso estamos. Todos somos hermanos, hijos de un mismo padre que como cabeza nos gobierna á todos, y como corazón á todos nos vivifica. Él toma á su cargo la punición de todos los delitos, y la correccion de todos sus hijos. Él como juez justo sabe pesarlos sin pasión, castigarlos sin exceso, y remediar el daño sin el menor inconveniente: cosa que ninguno de nosotros puede hacer siendo parte ofendida. Con el resentimiento siempre se ciega el juicio, falsea la balanza, y se tuerce la espada de la justicia.

10 Á mas de que el vengarse lo hace cualquier bruto ó fiera; y si un hombre no procede de otro modo, ¿en qué se distinguirá de ellos? Os parecerá á vosotros que esto no es venganza, sino justicia: mas ¿qué otro nombre tiene la justicia que cada uno se hace por sí mismo y por propia autoridad sino el de venganza? Si la buena razón los detesta á ellos, yo también seré detestable si hiciere como ellos hacen, y siguiere el ímpetu ciego de mi pasión. ¿Por ventura la venganza no es una pasión tan fea como cualquiera otra de las que reprueba mi entendimiento? En saliendo de los límites de la razón, por cualquier lado que salga, ¿no me precipito siempre y me pierdo? Pues no. Yo quiero ahora vencer el mal con el bien, que esto es lo que se llama triunfo. Yo no salí de mi patria para dejarme arrastrar de esas viles pasiones que veo en las heces de la infima plebe; salí solo para aprender con la experiencia á domarlas, y ejercitarme en los encuentros á vencer todas y cualesquier dificultades: así, amigos, desde este mismo instante me determino, no solamente á suspender todo movimiento de venganza, sino también á favorecer á esos dos infelices, según su miseria lo necesita. La luz de la razón me dicta que nunca haga mal á mi semejante. En esto no puedo errar. Si me hicieren algun agravio, la pérdida es para quien lo hace. Yo nunca seré peor por el pecado ajeno, y mas perderé por la pasión vil de la venganza que por todas las persecuciones posibles.

11 Este discurso de Miseno lo escuchaba Elena, y toda absorta, ni sabia condescender con él, ni podía resistirle. Era para ella y el Embajador tan nueva esta filosofía, que su luz maravillosa los pas-

maba, y su novedad los suspendia. Bien como cuando de las celestiales nubes baja una refulgente divinidad que sumergidos en admiracion y pasmo, el entendimiento, la lengua y los ojos no afinan con el hilo del discurso, y solo con el silencio se explican; así estaba Elena suspensa con la respuesta de Miseno: no obstante, tomando á su esposo Aymar de la mano, le persuade que luego se retire á Cesarea para continuar desde allí su rumbo hasta San Juan de Acre, y de allí partir á dar parte al Príncipe del buen éxito de sus negocios; y que encargase al Emperador y á Miseno la satisfaccion que habian pedido de Neucasis y del Conde. Resistia Aymar; pero al fin aprobó la resolucion, y entre muchas demostraciones de amistad se despidieron los Embajadores de los Príncipes y de Miseno, y prosiguieron su camino.

12 No amenazan tantos rayos las nubes espesas y denegridas cuando el cielo cubierto y oscuro manifiesta aspecto colérico contra los mortales que lo irritan, como el semblante del Emperador prometia un ejemplar castigo contra el Conde Neucasis. Cerrados cada cual en su cárcel, mutuamente se contradecian y condenaban. Entonces el Monarca, terriblemente airado por haberle mentido en su propia cara, se disponia á las mayores demostraciones de furor como parte ofendida, y como juez que debia tomar satisfaccion de la injuria de los Embajadores y de Miseno. Mándalos llevar maniatados á su presencia, y vuelto á Miseno le dice: Vos sois ahora el juez de estos vuestros enemigos, á vuestra disposicion los entrego para que de ellos tomeis justa venganza. Su sangre derramada debe castigar su crimen, aunque jamás pueda llegar á expiarlo; pues no puede haber satisfaccion justa á los agravios contra mi persona, ni á la atrocidad de su malevolencia. Á vuestra eleccion, pues, dejo el género de muerte que ha de desterrarlos para siempre de los vivientes y de todas sus circunstancias; para que veáis que deseo satisfaceros en cuanto me es posible.

13 Miseno haciendo al Príncipe una profunda reverencia en agradecimiento del honor que recibia, respondió: Intencion habia hecho, soberano Monarca, de pedir os esa misma gracia que me concedéis tan liberalmente, porque conviene mucho castigar un delito tan enorme, y dar á ver al mundo toda su fealdad; y ya que me haceis árbitro de su muerte y del castigo, deseo que sea el mas cruel y prolongado que se pueda imaginar, pero no me atrevo á declararlo sin estar bien cierto y asegurado de que vuestra decision confirmará mi sentencia. Manifestó el Emperador admirarse de esta duda de Misen-

no; mas ocultando cuanto pudo su sentimiento, le aseguró que la palabra régia no dependia de confirmacion para la mayor y mas firme confianza de quien la tenia por base.

14 Sean, pues, castigados, ilustre Monarca, añadió Miseno, y castigados por toda su vida con la continua vista de su propio crimen; para que vean todo su horror, tengan siempre delante de sus ojos un espejo que les represente á cada respiracion quién es el Príncipe á quien ofendieron, y quién el amigo á quien querian quitarle la vida. Este espejo ha de ser una plena libertad, la que para ellos os pido; pues por este beneficio nos conocerán á V. M. y á mí. Para mi alma este seria el tormento mas cruel, porque no me podria tolerar á mí propio; de tal manera, que la muerte no me seria tan pesada como semejante vida: el heroismo de la beneficencia ajena seria el espejo mas claro de mi feísima ingratitud. Y ya que vuestra régia palabra me asegura el buen despacho de mi súplica, merézcamos tambien que para su eterna confusion sea la sentencia al instante ejecutada.

15 Con esta improvisa propuesta quedó el Emperador suspenso; y á la manera que una peña desprendida de un elevado monte rodando por él abajo no puede parar el ímpetu que ha tomado; así el corazon del Emperador, que furioso habia determinado vengarse de la injuria con el último suplicio, dejando solo á Miseno la eleccion de la muerte, aunque no la del perdon, no puede detener el ímpetu de la ira; extraña mucho la imprudencia de Miseno, y juzga que su pretension es, que el ultraje de su Real persona quede sin castigo; y lleno de cólera, le dice: Vos podeis, si quereis, por una estóica generosidad perdonar vuestro propio agravio; mas los Soberanos tienen otros fueros mas sagrados, que jamás fue lícito dejarlos desatendidos.

16 Aprovechóse Miseno de esta última palabra, y replicando, dijo: Confieso, señor, que los Soberanos gozan en cierto modo fueros de divinidad, y que jamás es lícito no atenderlos, mas... Aquí se vió Miseno muy aturdido. Dos veces quiso continuar lo que decia, y dos veces suspenso balanceaba. El Emperador le instó á que declarase lo que le sugería su pensamiento, y él cada vez se hallaba mas turbado: sus mejillas encendidas, sus ojos fijos en el cielo, y enmudecida su lengua, enredaban el pensamiento del Emperador y de los asistentes. En fin, tomando aliento Miseno, se resuelve, y dice: Señor, y si algun soberano apadrinase estos reos, creo por vuestra misma palabra, que no seria desatendido tan especial patrono.

*Serian prontamente perdonados*, dijo el Emperador, porque con tal intercesion quedaria mi injuria bien satisfecha; mas diferir hasta ese tiempo mi venganza, ya es un o gracia de que son ellos totalmente indignos. *Han de morir sin remedio*. Cae Neucasis pálido, y lo sostienen los guardias. El Conde temblaba con una gran convulsion en todos sus miembros, y cubria con la mano su rostro avergonzado.

17 Entonces Miseno, tomando otro aire bien diferente, les dice en tono noble á los dos presos: *Sin tardanza podréis ya besar la mano al Emperador por la gracia que os hace, en atencion á los ruegos de Uladislao, rey de Polonia*. Y volviéndose luego al Emperador, continuó diciendo: Solo este lance, amigo, me podia obligar á descubrirme, y ya que aquí no puedo vivir oculto, consentiréis que me retire de vuestros Estados para seguir mi destino. Cual relámpago extraordinario, que inflamando en un momento todo el cielo, nos deja ciegos con la misma luz repentina que debia ilustrarnos, así fue esta respuesta no prevenida en la presencia de Teodoro, quien admirado no atinaba con lo que diria. Á ese tiempo el Conde se postró á los piés de Miseno ahogado en lágrimas, y Miseno levantándole en sus brazos, le llevó al trono del Emperador, y le dice al Conde con los ojos arrasados: Agradeced al cielo haber caido en las manos de un príncipe tan benévolo, y de aquí adelante no abuseis de mi amistad, porque la Justicia divina pesa los delitos en la balanza de los favores.

18 El Emperador ya tenia en los brazos juntamente al Conde y á Miseno, y pasado el tiempo en que solo hablaban las lágrimas, dijo á Miseno de esta manera: Nunca esperé deber á los cielos favor semejante al que ahora recibo conociéndoos y poseyéndoos. Ahora me doy por feliz viendo en mis brazos un héroe tal, que jamás se vió en el mundo, y cual nunca imaginé que Dios concediese á los hombres. Dadme licencia, Uladislao, para que este mi ósculo hable por mi corazon asombrado; y pasado un no breve intervalo en que toda la asamblea enternecida lloraba, vuelto el Emperador al Conde, que confuso no se atrevia á levantar los ojos del suelo, le dice irritado: ¿Y cómo es posible que conociendo vos la persona Real de vuestro amigo, tuviéseis ánimo para urdir tan fea intriga y maldad tan abominable?

19 Señor, le dice el Conde, dadme antes la muerte que el tormento de semejante pregunta. Infame, decia volviéndose con cólera contra Neucasis, á tí debo, y á tus detestables consejos un crimen, cuya memoria me es mas horrible que los mas atroces marti-

rios. En este tiempo los ojos del Conde arrojaban fuego, su rostro confuso se inflamaba y encendia, los labios le temblaban, y los miembros convulsivos indicaban la cólera interior y la rabia que le devoraba. Miseno entonces con el mismo tono antiguo lo toma del brazo y le dice: Ocupaos, hijo mio, de vos solo, y olvidaos de los delitos ajenos. Besad la mano al Emperador, y lavad con el procedimiento futuro la mancha de lo pasado: ahora veréis cuánto importa seguir los dictámenes de la razon y reprimir las pasiones que siempre os han arrastrado.

20 Alentado el Conde con la benignidad de Miseno, y recobrado de su perturbacion, postrándose de nuevo delante del Emperador, le dice así: Señor, jamás se presentó á V. M. reo alguno tan indigno de vuestra clemencia como el infeliz Conde de Moravia. Yo, ludibrio siempre de mis pasiones, vine tambien á serlo de las ajenas. Mi infelicidad, que me hizo arrastrar vilmente por la tierra en seguimiento de mis locas ideas, me ocultó á la luz de la razon para precipitarme en los mayores errores; mas ahora esta misma luz se me ha manifestado toda de golpe para castigarme con la enormidad de mi propio crimen. No puedo, señor, no puedo sufrir una vista tan horrible; y así os pido por gracia particular que me concedais la muerte, porque no podré ver á Miseno (debo observar, señor, su precepto, ocultando hasta en su presencia su propio nombre), no podré ver á Miseno, sin que vea en el claro espejo de su virtud pura todo lo horroroso de mi delito, y moriré á cada momento de mi triste vida. Bien sé que todo castigo es propio de mi delito; mas no puede con este mi alma enflaquecida. Ya es demasiada carga la de mis dos delitos, y no me puede dejar fuerzas para el heroísmo de soportar sin fallecer esta pena. El cielo me ve con horror, la tierra parece que se me abre, los buenos me detestan, los perversos se escandalizan, mi sangre me condena; en fin, solo la muerte me puede aliviar de lo que padezco; no la muerte forzada, que no es capaz de lavar el crimen de un infeliz, cuando á ella se resiste, sino la muerte voluntaria, que es la que os pido por justicia; y que vos, Príncipe soberano, no me la podeis negar sin injuria, pues ninguno la tiene mas merecida. Goce vilmente Neucasis una vida infame, que su espíritu bajo se la hará gustosa, y pueda yo esconderme entre las sombras tupidas de los abismos, y huir del cielo, del sol, y de los hombres que vieron mi delito: no, no os pido gracia, sino que os pido justicia contra mi vida; y si vos no me la hiciéreis, yo me la haré á mí propio.



21 Este discurso lo pronunció el Conde mas con el alma que con las voces. Su figura gallarda y recomendable, sus ojos confusos y al mismo tiempo encendidos, la voz lamentosa y tremulenta le daban una fuerza tal, que el Emperador moderando prudente los afectos del corazon, le dice: No es la muerte castigo proporcionado á vuestra culpa, solo la confusion y el empacho pueden de algun modo igualarla: y ya que la vida os es mas penosa que la muerte, vivid para vuestro mas digno castigo. Dios os libre que intenteis despreciar mi sentencia, ó que os hagais juez de vuestro crimen, cuando solamente sois reo; y volviéndose á Miseno, abrazándole tiernamente, le llevó entre sus brazos á su gabinete para honrarle como soberano, habiéndole estimado como amigo. Entonces se vió Miseno obligado á revelar al Emperador todos los misterios de su vida. Neucasis entre tanto fue puesto en libertad, y el Conde conducido al cuarto destinado para Miseno.

22 Temia Neucasis experimentar la indignacion de los moradores de Nicea, en donde se habia hecho pública su enfermedad; y buscando la proteccion de Miseno, quiere seguirle, esperando aun, con el arte de su entendimiento astuto y mañoso, conquistar otra vez el corazon del Conde. Miseno con su prudencia los llama á entrambos en particular, y les hace ver los grandes excesos á que sus pasiones los habian conducido, probándoles que habia un tribunal supremo, en donde la mentira no tiene lugar, ni las pasiones desordenadas el menor asilo; un tribunal en el cual la razon triunfa, y en donde por medios desconocidos á los hombres, aunque fáciles y patentes á la suprema Inteligencia, siempre se manifiesta la verdad. Muere, decia Miseno, muere muchas veces el inocente; mas, tarde ó temprano el transgresor siempre ha de ser descubierto. La luz del sol puede muy bien ocultarse con las sombras de las nubes, que á veces duran hasta despues del ocaso; mas nunca las tinieblas dejaron de ser conocidas. Tambien puede encubrirse por algun tiempo el merecimiento heróico, mas nunca se esconderá para siempre el delito grande. Muchas veces veréis salir resplandores de gloria desde los abismos, cuando los huesos que están enterrados son de héroes que murieron llenos de méritos, y eso aun cuando hubiesen caido en la sepultura oprimidos de oprobios; al contrario, los mausoleos erigidos á los indignos no servirán en los siglos venideros sino de atraer y llamar la irrision y el vituperio del público, que á proporcion de los elogios mal dados declarará los verdaderos defectos.

23 Hijos míos, ¿no acabaréis de consultar, como es razon, vues-

tro amor propio antes que os determineis á alguna accion de importancia? ¿De qué os servirá salir bien de todas vuestras ideas quiméricas? Supongamos que llegáseis á empuñar con fraude el cetro de Jerusalem, y que rechazáseis á todos los que se os oponen, ¿acaso gozaríais en paz del fruto de vuestra iniquidad? Una de dos, ó creéis que vuestra alma morirá con el cuerpo, como sucede á las de los brutos, ó esperais encontrar despues de la muerte con un Dios injusto, que premie vuestra abominable falsedad. ¿Iréis á Jerusalem á pelear por los dioses de la gentilidad, que fueron héroes en todo lo que es crimen, ó por el Dios de la verdad, que abomina y detesta la mentira? Si ardeis en deseos de gloria, de interés ó de grandeza, seguid muy enhorabuena vuestra ambicion y ansia de acreditar vuestro nombre: mas sabed acertar en los medios, y sirvaos el yerro presente de importante doctrina.

24 Así hablaba Miseno; y el Conde enmudecido recibia todos sus dictámenes con la mayor docilidad. Al modo que la caña leve, frágil y alta, que igualmente se inclina y dobla á cualquier viento, así él del mismo modo se dejaba convencer de las razones de Miseno, que de las pasiones de Neucasis.

25 En este punto llegaron los Emperadores al cuarto de habitacion de nuestro héroe, queriéndole honrar con su visita; y volviéndose á excitar la conversacion de los sucesos que ya les habia referido acontecidos con el Conde, no hallaban expresiones bastantes para explicar su admiracion y espanto, viéndole tan sosegado y contento. Miseno les persuadia que no habia medio mas fácil ni mas eficaz para ser temporalmente feliz, que moderar de tal modo las pasiones, que nuestro corazon jamás tenga libertad para desear lo que de otros depende. Despues, les decia, despues que me entregué á esa filosofía, nunca he puesto mi fin en que los demás se acomoden á mis intentos; solamente aspiro á lo que puedo y en mí propio tengo seguro, ó á lo que en los tesoros de la verdad, de la providencia y de la bondad eterna está depositado, porque nada de eso me puede faltar. Los Emperadores admiraban la solidez de sus principios y la claridad de sus razones, á las cuales tambien ellos juntaban las suyas, y despues de mil reflexiones de una y otra parte, cierra Miseno el discurso de esta suerte:

26 En cierta ocasion ví un cuadro pintado con tal singularidad en el diseño, que nunca lo podré olvidar. Representábase en él una larga costa de rocas y peñascos, unos mas altos que otros; los cuales viéndose insultados de las ondas del mar, figuraban que las ame-

nazaban, estando pendientes y casi desprendidos, esperando solo el momento destinado para caer sobre ellas. Sin embargo, aunque unas veces parecía que las ondas retrocedían cobardes, otras veces se veía que atrevidas é insolentes los embestían de nuevo, haciendo burla orgullosa de su inmóvil paciencia. Á larga distancia se divisaban varios navíos, grandes y pequeños, siguiendo todos sus rumbos, ya con aire favorable, ó ya con contrario viento. Sobre grandes peñascos estaban varios hombres con posturas muy diversas, y los mas de ellos haciendo cuanta fuerza podían para gobernar desde tierra los navíos que se iban alejando. Era ridículo el empeño, y la pintura lo expresaba con tal propiedad, que parecía que se estaban viendo sus inútiles esfuerzos. Uno refirmando los pies contra un peñón, y echándose hácia atrás, quería detener un poderoso navío, que con todas las velas tendidas seguía su rumbo: heríase el pobre con la cuerda que se le escapaba por entre las manos, y quedaba castigado y afligido. Á su lado se veía otro, que por haber sido mas tenaz en la empresa, se precipitaba por las rocas, siendo despedazado en las peñas, antes de perecer en las aguas: más á lo lejos estaba otro, saltando ligero de peña en peña y de roca en roca, hasta que al fin alargaba por fuerza la cuerda, lamentándose de su inútil fatiga.

27 Solamente uno se veía sosegado y tranquilo, el cual sentado en un peñón que le servía de trono, dejaba que las naos cada cual siguiese su rumbo, y hacia mofa de los vanos y ridiculos esfuerzos de sus compañeros. Apenas Miseno hizo relacion de la pintura del cuadro, todos conocieron que era alegórica; pero ignoraban lo que en ella quería significar el artista: prosiguió Miseno entonces y dijo, que aquella pintura era un vivo retrato de la locura de los hombres, cuando desean con empeño lo que de otros depende; y esto es, añadía, como querer en el mar de este mundo traer hácia sí, y gobernar desde la tierra á los demás hombres, cuando ellos con todas las velas sueltas siguen el norte de sus intentos ó de su amor propio, y trabajan á fuerza de remo por conseguirlo con diligencia obstinada. Si nosotros tiramos hácia un lado, y el navío hácia otro, ¿qué ha de resultar sino fatiga, afliccion ó ruina? ¿En qué peligro no estuvieron por esto el Conde y Neucasis? Pero yo me rio y burlo de esta locura; y contento con lo que Dios me quiere dar y con lo que me promete, solo consiento que mis deseos se dirijan á lo que no depende sino de Dios y de mí. Me acomodo enteramente á los decretos del cielo, y únicamente me fio de la divina palabra. Deseo con esperanza, y espero con certeza, dejando que mi corazón vuele con

libertad á las moradas eternas, y que allí se recree y deleite con esta confianza dulce; no temo que me engañe la Verdad infinita, ni que me falte la palabra de un Dios que es sumamente fiel; y así vivo sosegado.

28 Ya no me admiro, dijo el Emperador, de vuestra constancia é igualdad de ánimo, que tanto me arrebatava cuando estábais en el punto de perder inocentemente la vida. La *Religion* y la *razon* con ambas manos sostenian vuestro ánimo inmóvil, y toda esa fortaleza era precisa para no ceder á los impulsos furiosos con que la malicia y la desgracia os combatian. Ahora siento mas que nunca que vuestro sistema no pueda sufrir que vivais en mi corte. Estimo infinito conoceros, mas siento esto mismo que estimo, porque si no os conociese, tal vez pudiera disfrutaros; mas ya que sois superior á todo lo que en vuestro obsequio puede hacer el Emperador de Oriente, no seais insensible al amor de un verdadero amigo. En esto le abrazó tiernamente, y se retiró con lágrimas en los ojos.

29 La Emperatriz no acertando á separarse de Miseno, le pidió que le diese alguna particular instruccion para poder aprender aquella admirable filosofía, que abria de par en par la puerta á la felicidad verdadera. Entonces Miseno gustoso de poderle hacer un obsequio tan importante, le dice: Dejaos gobernar, señora, en todo por la voz divina que se os manifiesta por la luz de la *razon* y de la *Religion*: no sigais los impulsos fogosos de la pasión cuando ella se adelanta, y de este modo seréis verdaderamente dichosa. Aquí tenéis una regla bien fácil de retener en la memoria, que contiene mucha doctrina. Atended cómo la pruebo y explico.

30 Dios no puede por su eleccion propia conducirnos al mal: este es un principio evidentísimo. Ahora la voz de la *razon* es la voz divina con que el Señor nos habla; y para explicarnos mas esta voz celestial, nos añadió la voz de la *Religion* revelada, y con esta especialísima luz conocemos mejor el camino de nuestra felicidad: consultad, pues, las luces divinas que á ello os encaminan, no os dejéis arrastrar de las pasiones, y conseguiréis el ser feliz ciertamente. Confieso que para esto no basta la fuerza de la naturaleza: el brazo humano, herido por el general contagio del pecado original, quedó flojo é inerte: el hombre solo no puede vencer todas las pasiones rebeldes; pero Dios que os habla, no os deja, y quien os guía en las tinieblas, no os desampara en ellas: sabed que el resplandor de la naturaleza perdida nos asiste. Conviene, pues, esforzaros, y antes que obreis, domad vuestro corazón, detestad toda precipitacion, y la pri-

sa importuna que él os da para que obreis: cuando experimentaréis esto, desconfiad mucho de vos misma, porque el corazón inquieto cuando se quiere salir del seno, para obrar con anhelo y con ardor, da señal de que quiere apartarse de la luz de la razón, la cual, si apareciere, haría conocer al alma que no obraba bien, al modo que el mercader truhan, que dobla ligero la pieza defectuosa, antes que se vean las manchas. Todo fuego, señora, trae humo, y el humo necesariamente nos ciega: no os guiéis por lo que hacen los otros, guíaos por lo que deben hacer: quien sigue á muchos, no puede ser feliz, porque los felices son pocos.

31 Estas y otras máximas daba Misenó á la Emperatriz; y queriéndose despedir para proseguir su destino á la Tierra Santa, ella se lo impidió hasta el día siguiente, para que pudiese caminar con la decencia que correspondía á su persona. Entre tanto no cesaba el Emperador de hablar á su esposa en particular de las admirables virtudes de Misenó. Su noble empresa le parecía de mayor gloria que las de todos los héroes que mas celebran la fama. Si se consideran bien las cosas como ellas son en sí, decía, ¿qué tiene que ver un héroe aunque despedace monstruos, conquiste imperios, venza monarcas, derribe gigantes? ¿Qué tiene que ver con el que llega á triunfar de sus pasiones? El que esforzado por la gracia celeste llega á conseguirlo, se hace superior á la fortuna y á la desgracia, se burla de la muerte y de las injurias, y es soberano absoluto é independiente de todo lo que la suerte y el mundo pueden hacerle. Entonces sin conocer la pena ni la tristeza, la soberbia ni la vanidad, el susto ni el temor, sin verse arrastrado por pasión alguna, todo lo que no es virtud lo mira como si fuera una paja; y sereno en el trono de su equidad, con los ojos en el cielo, como otro Job, no se rinde ni á la tribulación, ni al vicio. Yo hallo que solo este héroe es el que merece tan honroso nombre.

32 Mucho tiempo há, le dice la Emperatriz, que yo á escondidas del mundo, dentro de mí misma, despreciaba ya esos famosos hombres que ocupan todos los clarines de la fama; pero no me atrevía á declarar mi pensamiento, porque un discurso mujeril no merece crédito en materias de valor y de proezas; pero ya que os hallo de acuerdo, os diré naturalmente lo que juzgo, pidiéndoos que me corrigáis el exceso.

33 ¿Á qué se reduce todo lo que celebran los poetas é historiadores de sus famosos héroes? Decidme, ¿no es á tener fuerza para despedazar los enemigos, manejar mazas enormes, y derribar de un

solo golpe los gigantes? Mas un leon, un vil oso, el toro mas comun haria otro tanto. *Cual tigre desesperado*, nos dicen los poetas en el mayor calor de sus hipérboles, *cual tigre desesperado y leon enfurecido por donde quiera que iba, llevaba el estrago y la muerte*, etc. ¿Qué locura querer exaltar á un gran hombre, y compararlo á los brutos!

34 ¿Qué mas alaban en esos héroes? ¿Es la prontitud y gallardía de espíritu con que buscan al enemigo? Pues qué, ¿no hará lo mismo un caballo? *Al eco del clarin va para el enemigo y acomete con audacia, sin que espadas ni balas le metan temor ni espanto*<sup>1</sup>. ¿Se aplaude otra cosa en esos gigantes de valor? ¿Acaso el ánimo y furor con que se entregan á los peligros? Pues tambien los grandes ladrones, los de la plebe mas vil, cuando están ciegos de cólera, hacen semejantes proezas. Las heridas de un general son objetos de grandes recompensas, elogios y promesas; cuando por cortísimo sueldo un soldado raso corre, se afana, y se expone á mayores peligros que un general famoso; porque á este mil brazos le defienden, y del mero soldado ningun caso se hace, ninguna memoria; con su cadáver despedazado queda enterrado su nombre. Vamos á los combates singulares que tanto se celebran. Si la cota de malla fue penetrable al hierro, si el caballo menos ligero tardó en obedecer al freno, si una saeta perdida acertó á entrarle por los ojos, desapareció como sueño todo el heroismo del combatiente: vencido, preso, despreciado le atan á las ruedas del carro triunfal de su enemigo, ó tal vez le obligan á tirar como bruto de la carroza del famoso *Sesostris*<sup>2</sup>. Mas si en la pelea no hubo estos acasos, fue el héroe celebrado por todo el mundo como un semidios acá en la tierra. Ahora ¿no es puerilidad y locura poner el heroismo en casualidades, ó en lo que solo depende de un bruto? ¿y que dependa de un caballo toda la grandeza ó vileza de un hombre?

35 Dadme acá esos héroes famosos: quitadles la fuerza extraordinaria, prenda que halláis en los de la ínfima plebe: quitadles el furor, la desesperacion y la rabia en medio de los combates, cosa comun y vilísima: quitadles la temeridad y la fortuna, quiero decir, una cosa que es defecto, y otra que no es merecimiento; ¿y qué me dejáis en los héroes para que puedan hacer figura en el mundo?

36 Quédales, dijo el Emperador, el ánimo inalterable con que

<sup>1</sup> *Ubi audierit buccinam: exultat audacter: contemnit pavorem, nec cedit gladio.* (Job, xxxix, 21, 22, 23).

<sup>2</sup> *Sesostris*, rey magnífico de Egipto, que se empeñó en hacer navegable el Nílo hasta el mar Rojo. (Herod. lib. 2).

se presentan á los peligros, como si no lo fuesen: quédales la prudencia con que disponen y acuden á todo, como si estuviesen en el sosiego de la paz: quédales el juicio con que preven los sucesos futuros, como si fuesen presentes: quédales la grandeza de corazón con que desprecian la muerte, triunfando del horror que nos inspira la naturaleza.

37 ¡Ah! pintadme de ese modo los héroes, le dice la Emperatriz, y entonces convendrémos en que *solo está el heroísmo en domar las pasiones y en perfeccionar el discurso*: que estas solo son propiedades de hombres, y de hombres muy raros. En eso sí, en eso sí que veré yo un verdadero héroe; mas si domar el susto es prueba de heroísmo, domar, como decia Uladislao, la *ambicion* de gloria y de oro, domar el *amor* y el *odio*, domar todo lo que la suma *razon* condena, este triunfo será mucho mayor; pero esto raras veces lo hallaréis en esos llamados héroes que los poetas nos cantan: y así juzgo que este Príncipe tomó á su cuidado la única y verdadera empresa para llegar al templo del heroísmo: este Príncipe es á quien debian seguir todos los que desean llegar á la verdadera grandeza. Pero ¡crítica de mujeres que poco caso merece! Quede aquí entre estas paredes sepultado este discurso, y pensemos ahora en dar alguna recompensa á este Príncipe, por los beneficios que mi padre y abuelo recibieron de él. Si hasta ahora lo estimábamos como bienhechor y amigo, desde ahora se duplica nuestra obligacion, y se realza con la cualidad de su persona.

38 ¿Qué habemos de hacer, le dice el Emperador afligido, si por sus sistemas se hizo superior á todo cuanto nosotros podemos obrar? Ved aquí un soberano que deja pobres á los mas opulentos monarcas del universo: que los deja pequeños y flacos, y en cierto modo los hace viles, obligándoles á ser ingratos, á pesar de los mayores esfuerzos de su reconocimiento. Cuando nos quisiésemos quitar la corona de la cabeza para ofrecérsela y ponerla á sus piés, no haria caso alguno de las ajenas, habiendo despreciado la propia. Cuando le pusiésemos en las manos todas las riquezas de Creso, todos los deleites del mundo, todas las honras posibles, todo delante de él es nada; pues ¿qué podemos hacer para darle testimonio de nuestro reconocimiento? ¿Qué nuevo y singular arbitrio es este para triunfar de los soberanos? Ahí se ve, replica la Emperatriz, que jamás héroe alguno se elevó á tan superior grado en la carrera de sus proezas. ¿Cuándo se leyó en las historias que ni los cetros y coronas, ni las joyas y riquezas, ni la hermosura y amor, ni la vanidad y glo-

ria pudiesen llenar el corazón del héroe? Y nosotros lo vemos ahora en Uladislao; pero tenemos una joya que él ha de estimar mucho, y os aseguro que la acepte, que la guarde, y que haga de ella el mayor caso posible; joya que podemos ofrecérsela con honor, y dársela con infinito interés. Aquí el Emperador quedó absorto, y le prometió que no se resistiria á cosa alguna que ella le apuntase. Démosle, prosiguió la Emperatriz, démosle palabra deseguir, en cuanto estuviere de nuestra parte, su doctrina, de abrazar sus máximas, é imitarle en su heroica virtud.

39 Ven, pues, conmigo, le responde el Emperador. Buscan ambos juntos á Miseno en su vivienda, y en presencia del Conde y de Neucasis le refieren la dificultad en que estaban, y la resolucion de la Emperatriz, y ambos le prometen con la palabra mas sólida y la resolucion mas sincera, que en cuanto les fuese posible tomarán su ejemplo, *para dominar sus pasiones, y seguir en todo la razon*. Admitió, aplaudió, y agradeció Miseno la oferta; y profetizándoles las mayores felicidades si así lo cumpliesen, se despidió de los Príncipes, partiendo para Icono acompañado del Conde.

40 Entonces Neucasis, que se veia sin arrimo ni fortuna, seguia el astro que mas brillaba, y como al principio se acogió al Conde, ahora dirige todos sus obsequios humildes á Miseno, semejante á la serpiente maliciosa, que se vuelve y revuelve entre los piés, como si quisiese besarlos, siendo tanto mas peligrosa, cuando mas lisonjera. Bien conocia Miseno su carácter falso, caviloso y astuto; pero previendo le daria ocasion para reiterar continuamente la victoria de sus pasiones, que era lo que deseaba, quiso sufrirlo en su compañía, recibiendo con urbanidad todos sus falsos obsequios.

41 Bien como el famoso guerrero, que para ejercitar sus tropas con los continuos acontecimientos de los vecinos rebeldes, los tolera, esperando sacar mayor utilidad de las repetidas victorias, que de la tranquila ociosidad, si los venciese del todo; así Miseno, pudiendo eximirse de la peligrosa compañía de Neucasis, instrumento de mil disgustos, le toleraba en su seguimiento, y procuraba prevenir al Conde con prudentes consejos contra sus insultos maliciosos, haciéndole ver por la experiencia cuán perjudicial le era su compañía.

42 El Conde se deshacia en afectuosas promesas á Miseno; mas su alma perpleja no hallaba términos para explicarse como queria. Blando en el carácter, político en la educacion, rendido en los cortejos, agradecido por los beneficios, dependiente por lo futuro; se veia obligado á contemplar por todos medios á Miseno como á su

único bien. Entonces las pasiones naturales desenvolviéndose todas á su favor, casi llegaban hasta el exceso opuesto, y queria con un defecto remediar el contrario. Como la balanza que tiene el fiel muy pesado, que ya cae toda hácia un lado, ya toda se va hácia el otro, sin hallar jamás el punto de su justo equilibrio<sup>1</sup>; así era el Conde en todos sus movimientos. Mas Miseno con circunspeccion y prudencia, ya le aceptaba, ya le reprimia los obsequios, manifestándole como todo lo que era exceso venia á ser defecto, porque no hay virtud donde falta la moderacion. En estas conversaciones iban llegando á Iconio, cuando un inopinado acontecimiento les hizo parar en el camino.

## LIBRO XXI.

Ejercitanse los soldados del Sultan de Iconio en escaramuzas, y una saeta perdida hiere al Conde, núm. 1.— Descúbrese Efigenia, que era el soldado disfrazado que le hirió.— Motivos que tuvo Efigenia para esta accion, núm. 3.— El Conde asienta plaza para acompañar á Efigenia.— Le sigue Neucasis.— Juntanse las furias, y la tristeza acomete á Miseno.— Da el Conde cuenta á Miseno de haberse alistado en los ejércitos del Sultan.— Repruébalo Miseno.— Llega Efigenia disfrazada.— El Conde se perturba, y Miseno lo nota.— Mustafá declara á Miseno las causas de aquella guerra.— Discurso sobre la ceguedad que causan las pasiones.— Efigenia y Neucasis convienen en que el Conde se rebela á Miseno.— Se despide el Conde insolentemente.— Miseno disimula.— Vanse el Conde, Efigenia y Neucasis.— Quédase solo Miseno.

1 Ya las tropas del Sultan tenian aviso de partir á la Armenia Menor, y se veian los campos cubiertos de hermosas barracas. Ya por uno y otro lado del camino que Miseno seguia se ejercitaban en justas y torneos los soldados de á caballo, y los honderos y flecheros que competian entre sí, se proponian premios para el que sobresaliese en los ensayos, y diese á conocer ser distinguido su mérito. Hé aquí que entre estas escaramuzas vino á herir al Conde una saeta perdida: parte luego como un rayo, y corre á vengarse del atrevido que de léjos le ultrajaba. Huyó el malhechor aparente simulando el crimen

<sup>1</sup> Balanzas hay que tienen este defecto, que sus pesas ni gobiernan ni cogen equilibrio, antes bien se precipitan ahora hácia un lado, ahora hácia el otro. Esto les viene de tener el fiel muy pesado, sin tener en la parte inferior contrapeso que haga caer el centro de gravedad debajo del centro del movimiento.

y el miedo, y cuanto mas se retiraba, tanto mas furioso le perseguia el Conde con la espada desnuda, ardiendo en cólera, y arrojando espuma de rabia. Síguele, corre, vuela, hasta que al fin alcanza al enemigo en la carrera; y cuando iba á derribarle, estando ya en la espesura de un bosque, se vuelve al Conde, quítase la visera, y sonriéndose le dice con desembarazo: Bien podeis herirme y matarme á vuestro gusto, porque la muerte me será preciosa, y suaves las heridas. Párase el Conde admirado, y como cuando se rasga una nube espesa y aparece una luz repentina que nos aturde y nos deja inmóviles; así se vió el Conde con la no esperada belleza de su imaginado enemigo. No sabia dónde estaba, ni lo que veia, ni con quién hablaba.

2 Era Efigenia hija de uno de los príncipes latinos de Palestina, que por infelicidades sucesivas habia sido cautiva de Soliman, y despues con esclavitud nueva se hallaba prisionera de los ojos del Conde, á quien amaba desde el punto que le vió en Iconio. Esta señora, cuyo nacimiento le habia dado una alma fogosa y atrevida, viendo al Conde, le quedó inclinada. Sabe que disponia su viaje para *Palestina*, é inmediatamente se le enciende el amor á la patria y el deseo de su libertad nativa; de modo que tres pasiones á un tiempo agitaban aquel corazón turbado: el amor al Conde, el deseo de la patria, y el ansia por la libertad natural. Otro incidente habia aumentado de nuevo sus esperanzas, é inflamado mas sus deseos; porque Elena sabiendo de su suerte, le habia prometido libertarla de la esclavitud y del destierro.

3 Todas estas ideas habian quedado frustradas con la ausencia intempestiva del Conde y Elena; mas no pudo este suceso sufocar las pasiones, ni extinguir las ansias en que aquel corazón ardia. Como embarcacion pesada y voluminosa, que antes de tomar movimiento fácilmente es detenida con cualquier amarra, mas si una vez se abandona á la corriente por largo espacio, sigue veloz su ímpetu, y ninguna fuerza es bastante para pararla; de forma que todo lo arrastra tras sí, todo lo rompe, todo lo vence, y de todo triunfa; así era Efigenia. Habia sufrido tranquila prisiones, hierros, y el destierro de su patria; mas una vez puesta en movimiento para volver á ella, nada podia sosegar su corazón inquieto, nada podia detener sus ímpetus. Disfrázase de hombre, se acostumbra á la saeta y á la honda. Y en la confusion que la ofrecia la guerra, intenta restituirse á su patria en traje de soldado. Este dia fue cuando vió al Conde impensadamente. Entonces astuta al mismo tiempo que amante, que-

único bien. Entonces las pasiones naturales desenvolviéndose todas á su favor, cási llegaban hasta el exceso opuesto, y queria con un defecto remediar el contrario. Como la balanza que tiene el fiel muy pesado, que ya cae toda hácia un lado, ya toda se va hácia el otro, sin hallar jamás el punto de su justo equilibrio<sup>1</sup>; así era el Conde en todos sus movimientos. Mas Miseno con circunspeccion y prudencia, ya le aceptaba, ya le reprimia los obsequios, manifestándole como todo lo que era exceso venia á ser defecto, porque no hay virtud donde falta la moderacion. En estas conversaciones iban llegando á Iconio, cuando un inopinado acontecimiento les hizo parar en el camino.

## LIBRO XXI.

Ejercitanse los soldados del Sultan de Iconio en escaramuzas, y una saeta perdida hiere al Conde, núm. 1.— Descúbrese Efigenia, que era el soldado disfrazado que le hirió.— Motivos que tuvo Efigenia para esta accion, núm. 3.— El Conde asienta plaza para acompañar á Efigenia.— Le sigue Neucasis.— Juntanse las furias, y la tristeza acomete á Miseno.— Da el Conde cuenta á Miseno de haberse alistado en los ejércitos del Sultan.— Repruébalo Miseno.— Llega Efigenia disfrazada.— El Conde se perturba, y Miseno lo nota.— Mustafá declara á Miseno las causas de aquella guerra.— Discurso sobre la ceguedad que causan las pasiones.— Efigenia y Neucasis convienen en que el Conde se rebela á Miseno.— Se despide el Conde insolentemente.— Miseno disimula.— Vanse el Conde, Efigenia y Neucasis.— Quédase solo Miseno.

1 Ya las tropas del Sultan tenian aviso de partir á la Armenia Menor, y se veian los campos cubiertos de hermosas barracas. Ya por uno y otro lado del camino que Miseno seguia se ejercitaban en justas y torneos los soldados de á caballo, y los honderos y flecheros que competian entre sí, se proponian premios para el que sobresaliese en los ensayos, y diese á conocer ser distinguido su mérito. Hé aquí que entre estas escaramuzas vino á herir al Conde una saeta perdida: parte luego como un rayo, y corre á vengarse del atrevido que de léjos le ultrajaba. Huyó el malhechor aparente simulando el crimen

<sup>1</sup> Balanzas hay que tienen este defecto, que sus pesas ni gobiernan ni cogen equilibrio, antes bien se precipitan ahora hácia un lado, ahora hácia el otro. Esto les viene de tener el fiel muy pesado, sin tener en la parte inferior contrapeso que haga caer el centro de gravedad debajo del centro del movimiento.

y el miedo, y cuanto mas se retiraba, tanto mas furioso le perseguia el Conde con la espada desnuda, ardiendo en cólera, y arrojando espuma de rabia. Síguete, corre, vuela, hasta que al fin alcanza al enemigo en la carrera; y cuando iba á derribarle, estando ya en la espesura de un bosque, se vuelve al Conde, quítase la visera, y sonriéndose le dice con desembarazo: Bien podeis herirme y matarme á vuestro gusto, porque la muerte me será preciosa, y suaves las heridas. Párase el Conde admirado, y como cuando se rasga una nube espesa y aparece una luz repentina que nos aturde y nos deja inmóviles; así se vió el Conde con la no esperada belleza de su imaginado enemigo. No sabia dónde estaba, ni lo que veia, ni con quién hablaba.

2 Era Efigenia hija de uno de los príncipes latinos de Palestina, que por infelicidades sucesivas habia sido cautiva de Soliman, y despues con esclavitud nueva se hallaba prisionera de los ojos del Conde, á quien amaba desde el punto que le vió en Iconio. Esta señora, cuyo nacimiento le habia dado una alma fogosa y atrevida, viendo al Conde, le quedó inclinada. Sabe que disponia su viaje para *Palestina*, é inmediatamente se le enciende el amor á la patria y el deseo de su libertad nativa; de modo que tres pasiones á un tiempo agitaban aquel corazón turbado: el amor al Conde, el deseo de la patria, y el ansia por la libertad natural. Otro incidente habia aumentado de nuevo sus esperanzas, é inflamado mas sus deseos; porque Elena sabiendo de su suerte, le habia prometido libertarla de la esclavitud y del destierro.

3 Todas estas ideas habian quedado frustradas con la ausencia intempestiva del Conde y Elena; mas no pudo este suceso sufocar las pasiones, ni extinguir las ansias en que aquel corazón ardia. Como embarcacion pesada y voluminosa, que antes de tomar movimiento fácilmente es detenida con cualquier amarra, mas si una vez se abandona á la corriente por largo espacio, sigue veloz su ímpetu, y ninguna fuerza es bastante para pararla; de forma que todo lo arrastra tras sí, todo lo rompe, todo lo vence, y de todo triunfa; así era Efigenia. Habia sufrido tranquila prisiones, hierros, y el destierro de su patria; mas una vez puesta en movimiento para volver á ella, nada podia sosegar su corazón inquieto, nada podia detener sus ímpetus. Disfrázase de hombre, se acostumbra á la saeta y á la honda. Y en la confusion que la ofrecia la guerra, intenta restituirse á su patria en traje de soldado. Este dia fue cuando vió al Conde impensadamente. Entonces astuta al mismo tiempo que amante, que-

brada la punta de una saeta para que no lo maltrate, la pone en su arco y se la tira.

4 Apenas el Conde la reconoce, se abrasa su corazón de nuevo, y de Miseno se olvida. Toda la filosofía y la luz de la razón desaparecieron como sueño en un momento. Envaina pronto la espada, y como fiel amante responde á su dueño adorado. Protesta acompañarla y seguirla hasta los últimos fines de la tierra, si ella le permite el honor de que sea su escudero. Toma á los cielos y á la tierra por testigos; y que ninguna ley, ningun estorbo será bastante á detenerle en la pronta ejecución de todo cuanto se digne mandarle. Pídele entonces Efigenia que para salir mejor de la empresa de restituirse á su patria, tenga el Conde á bien de entrar en el servicio del Sultan para la expedición de Armenia, porque de este modo podrá acompañarla mejor sin dificultad ni tropiezo, hasta dejarla en el regazo de su familia. En el ejército, dice ella, todos me tienen por hombre, cuya edad tierna, educación delicada, y aspecto bien faccionado me dan esta figura femenil; mas yo me desfranzo cuanto puedo con las insignias de guerra; de suerte, que con el nombre de *Algazar* paso por soldado voluntario, y sabed que solo vos sois el depositario de tan importante secreto. Dale al Conde una señal, por donde se había de distinguir en medio de todo el ejército, y esta fue un penacho encarnado que quitó de su capacete, y le partió con el Conde; él sin pérdida de tiempo va á presentarse al Sultan y le ofrece su espada, su persona y vida para cualquiera empresa que su ejército intentare. Acepta el Sultan con gusto y generosidad la promesa, y le regala una espada, cuyo valor igualando á la mano Real que la daba, lisonjeó excesivamente al Conde, quien se retiró con el proyecto de no apartarse jamás de las tropas á que se había agregado.

5 En todo este tiempo Miseno admirado de la tardanza no podía juzgar cuál sería su motivo. Se ofreció Neucasis ir á saberlo mientras que Miseno continuaba su jornada á Iconio, donde los esperaba. Apenas el Conde avistó á Neucasis, que iba á buscarle apresurado, lo recibió con el agrado antiguo, porque siempre le había considerado como instrumento dispuesto á contentar sus pasiones. Neucasis, hallando esta ocasión de borrar los motivos del disgusto que le había dado en la intriga de Nicea, no sabía cómo ofrecer á su servicio su vida, su industria y todas sus fuerzas.

6 Pues ahora es el tiempo, le dice el Conde, en que yo he de ver cuánto me estimais, y si vuestra industria me proporciona el socorro que necesito. Yo tengo dada palabra al Sultan de servir en las tro-

pas que marchan contra la Armenia Menor. Miseno no ha de aprobar mis intentos, queriéndome obligar á cumplir mi voto de ir á la Tierra Santa; pero yo tengo motivo particular que me precisa á no separarme del ejército. Vos me ayudaréis á persuadirle que consienta en esta empresa; y caso que no quiera, espero que me sigais fielmente con preferencia á un viejo, cuyos sistemas mas son para un ermitaño anciano y solitario, que para un caballero de mi edad, de mi espíritu, y criado en las cortes. No resistió Neucasis; y el Conde en conversacion le descubrió poco á poco su pecho, y le hizo confidente de todos sus secretos. Aprobó Neucasis cuanto el Conde decía, y ambos fueron á encontrarse con Miseno, quien despues de una dilatada tardanza caminaba á Iconio derechamente.

7 En este tiempo las infernales furias celebraban la victoria que esperaban conseguir de Miseno, á quien si no lo habían vencido, por lo menos le tenían ya arrancada la presa del Conde, con lo que habían hecho su filosofía inútil, y su doctrina infructuosa; mas al mismo tiempo la suprema Providencia le conducia de un peligro á otro, de una á otra batalla, para multiplicarle los trofeos y sembrar en otros diferentes corazones la doctrina, que ni en el del Conde ni en el de Neucasis fructificaba. Con esta idea el espíritu de la *tristeza* saliendo en forma sensible de los abismos, envuelto en una negra y espantosa nube, vino á combatirle, en el interin que el *amor*, la *política* y la *ambicion* disparaban sus saetas contra el Conde y Neucasis, para que el héroe, atacado por todos lados, é impelido al mismo tiempo de las pasiones mas poderosas, viniese en fin á rendirse.

8 Apenas la furia aparece en la atmósfera, los aires quedan sombríos, el sol se esconde, el cielo se cubre, y todos los elementos quedan como aprisionados en una muda serenidad. De repente cesan los vientos, la naturaleza enmudece, y estando todo el hemisferio en profundo silencio, despide la *tristeza* una saeta invisible contra Miseno: ved aquí que, sin saber cómo, se halla con su corazón tan abatido, tan pesado y melancólico, que no se conoce á sí mismo. Su entendimiento nada veía sino cosas fúnebres, y como medio estúpido, ni sabía discurrir ni reflexionar. Todo era en Miseno tinieblas, todo opacidad, todo obreguez; y allá en el fondo de su alma como que comenzaban á levantar cabeza ciertos movimientos de desesperacion; mas no atreviéndose á aparecer claramente, revolvian en su imaginacion las mas enormes é importunas ideas: todo á fin de atormentarle. Présago el corazón le palpitaba con golpes extraordinarios, la sangre le hierve, el ánimo se le queja, y la figura del Conde se pin-

ta en la idea de Miseno con el mas horrible colorido que se podia inventar.

9 Estando el héroe en esta disposición, llega el Conde con Neucasis; pero ya muy mudado, pues venia alegre, risueño y satisfecho. Como general victorioso y triunfante, que acaba de conseguir una rara é improvisa victoria, que no pudiendo reprimir en sí el gozo en que su corazón se anega, afable y contento no cabe en sí mismo; así venia el Conde. Quería decir á Miseno el motivo de su tardanza; pero no atinaba con lo que decia. Ligero en todos sus movimientos y discursos, inquieto é inconstante, reia sin causa, hablaba sin propósito, y mudaba á cada instante de pensamiento. Neucasis, hecho eco de todas sus voces, y espejo de todas sus acciones, lo aprobaba todo sin diferencia, hasta lo que no acababa de pronunciar, pareciendo estar tan enajenado el uno como el otro. Ignoraba Miseno la causa de estos efectos, aunque los experimentaba, sospechando siempre alguna nueva intriga que no veían sus ojos. En fin, despues de varias y reiteradas preguntas, el Conde le dice así:

10 No extrañéis en mí esta alegría que me causa el ver que se llega el tiempo de cumplir los deseos de militar en la guerra de Palestina. Este movimiento de las armas del Sultan excitó en mí ánimo aquel ardor marcial que la sangre me inspira, y me parece que me veo ya en medio de los combates atropellando enemigos, y haciendo proezas dignas de mi valor. Para no hallarme novicio en una guerra en que tendré sobre mí los ojos de todos los príncipes que han de militar en compañía del nuevo Rey de Jerusalem, dí mi palabra al Sultan de acompañarle en esta expedición de Armenia, para que cuando llegue á presentarme en San Juan de Acre sea ya soldado veterano, y pueda sin deshonor de mi sangre manejar la lanza y combatir con los enemigos. Neucasis á cada período hacia tales y tantas demostraciones de aprobacion, que el hombre mas sufrido no podria tolerar lisonja tan desordenada y manifiesta.

11 Bien conocia Miseno que algun motivo oculto de interés los unia mutuamente, despues de una tan declarada enemistad. Entonces su corazón enfadado de tan ingrata alternativa, queria romper del todo y castigar á los dos, dejándoles seguir sus locas ideas y retirarse á Europa. Este era el pensamiento que la tristeza le inspiraba; pero Miseno se hallaba perturbado, y no sentia en sí aquel sosiego que acostumbraba tener. Temiéndose á sí mismo en este estado, pues veia que era aquel el momento de la pasión, procuró distraerse huyendo con cuidado de todo lo que podia ofuscarle la

razón, y perturbarle el entendimiento. Sin embargo, el corazón le saltaba; mas sujetándolo con toda su fuerza, comenzó á hablar con serenidad, y conversar con el Conde sobre el acampamento de las tropas, queriéndose informar al mismo tiempo de los motivos de la guerra.

12 No sabia el Conde darle la razón; y Miseno extrañó mucho que quisiera entrar en tal guerra, sin informarse primero de su justicia. Si fuérais, le decia, vasallo del Sultan, deberíais obedecer á vuestro príncipe, sacrificar por él la vida, y de ningun modo hacer os juez de vuestro soberano, ni examinar si los motivos de su guerra eran ó no justificados. La ley de la razón ordena que el inferior no se haga juez de su superior, ni que llame al tribunal de su entendimiento las acciones de un monarca, para condenarlas ó absolverlas á su gusto, y eso en última y decisiva sentencia: esta es la ley de los vasallos. Mas vos siendo un extranjero, ¿cómo quereis exponer vuestra vida por lo que tal vez será una iniquidad? ¿Os parece bien ser como los asesinos infames, que á sangre fría van á matar á sus semejantes, y esto ó porque los pagan, ó porque se lo ruegan? ¿Qué diferencia haceis vos de matar en un camino á cualquier inocente, que jamás os ha ofendido, á matar en una batalla á muchos, que no hacen mas que defender sus vidas, sus tierras ó sus derechos? El hombre en una batalla ¿es por ventura menos hombre que en su casa? ¿ú os es menos semejante cuando defiende lo que es suyo, su vida, su patria ó su derecho? Pues ¿por qué razón os alistais en ese ejército, haciéndoos enemigo de quien nunca os ultrajó, sin saber primero si os autoriza la ley de la justicia, ó el derecho de las gentes? ¿Quereis ejercitaros en la guerra? Muy justo es que lo hagais; pues no os faltarán encuentros en la Palestina, donde la Religión y la justicia lo aprueben, y donde el honor y la palabra os obliguen. No podia tolerar el Conde esta advertencia de Miseno, y sin responder palabra, era mucho lo que decia en el modo con que lo ejecutaba.

13 En este tiempo llegó Efigenia acompañada de Mustafá, comandante de un destacamento en el cual servia el soldado fingido. Venia Mustafá á complimentar al Conde por el honor que adquiria de tenerlo en sus tropas. Era este turco un hombre de buen juicio, pero presumido. Gustaba demasadamente de las alabanzas, y era fácil llevarlo por la lisonja á cualquier intento. Efigenia le habia ganado la voluntad, de modo que nada le negaba de cuanto le pedia. Él ignoraba quién fuese aquel gallardo soldado; pero su agrado,



política, atención y presteza para todo lo que él deseaba, le habían merecido una firme amistad. En el modo con que el Conde respondía á Efigenia disfrazada, conoció Miseno que allí había intriga; vióle perturbado en presencia de aquel soldado: vió que quería disimular sus afectos, pero que el corazón los insinuaba. Las palabras iban dirigidas á Mustafá, mas los ojos se encaminaban á aquel que parecía un soldado raso. Hablaba como máquina, cuyo muelle está desconcertado: ya paraba, repelia, y consigo mismo se enredaba, porque el alma, principio de todos los discursos, se le huía del corazón volante y ligero, y de este modo la lengua que hablaba al comandante se hallaba sin gobierno. Efigenia ó *Algazar* procuraba encubrir las faltas del Conde, y de tal modo aturdió á Mustafá con varios elogios de ambos, que no daba lugar á que se reparase en el Conde el desorden de sus discursos fríos é inútiles.

14 Miseno en silencio lo observaba todo, veía la alegría del Conde, y el alborozo de sus ojos, gestos y movimientos: mas prudente y sufrido observaba, y todo lo guardaba en el gabinete de su corazón, y en el entre tanto se decía á sí mismo: cada vez conozco mas á los hombres: cada dia me puedo gobernar mejor en mis acciones, porque este es el principal fruto que ha de sacar cada uno del conocimiento de los otros: inútil es fatigarse el entendimiento con la crítica severa de los defectos humanos: inútil es imaginar bellos sistemas, formar ideas fabulosas y repúblicas platónicas, porque su bien aparente solo sirve de hacer mas insufribles los verdaderos males que en este mundo nos cercan: siempre el mundo ha de ser mundo, y los hombres han de ser hombres; mas como nuestra propia felicidad debe ser el fin de nuestras acciones, nosotros del conocimiento de los defectos ajenos debemos sacar dictámenes para evitar los propios; por cuanto sacar bien del mal, es el ápice de la verdadera filosofía.

15 Observó Mustafá el silencio de Miseno, y su figura y prudencia le interesaron de manera, que tuvo curiosidad de tratarlo; y así entró en conversacion con él. De una á otra materia le fué Miseno conduciendo, hasta llegarle á preguntar el motivo de aquella guerra en que veía empeñado al Conde con inopinadamente.

16 No hizo Mustafá misterio de lo que ya no era secreto, y le dice de aquesta suerte: Para instruiros en los motivos de esta importante guerra, es preciso descubrirlos su origen, que viene de muy léjos. No penseis que Soliman de Rovadin, mi señor y sultan de Iconio, tiene el mas leve resentimiento contra los cristianos, no obstante la memoria de los estragos que Federico I, emperador de Alemania, hizo en

todos sus Estados. Bien sabeis que cuando él iba á la guerra de la Palestina, donde se esperaban Felipe Augusto, rey de Francia, y Ricardo I, rey de Inglaterra, el Emperador, como si fuese un rayo abrasador, redujo los Estados de Iconio á su última ruina<sup>1</sup>. Tampoco ignorais que no pudiendo sufrir el cielo vengador tanta iniquidad, le arrancó la vida con las saetas temibles de la omnipotencia, que son las enfermedades y desgracias<sup>2</sup>; pero acabó en el pecho del Sultan el sentimiento, cuando el enemigo acabó la vida, viendo que su hijo segundo, el Duque de Suabia, había evacuado los Estados de Iconio, y llevado el rayo de la guerra á San Juan de Acre ó Ptolemyda, ciudad en las costas de Fenicia<sup>3</sup>.

17 Mas ahora quiere Rovadin enseñar á los mortales cuán superior es á sí mismo, tomando las armas para defender á un príncipe cristiano, que es el Conde de Trípoli, el cual se ve injustamente despreciado de Leon ó Liuron, rey de la Armenia Menor; y yo os diré el origen de toda esta cuestion.

18 Teodoro, rey de la Armenia Menor, que queda vecina á Siria, no tenia hijos, y su hermano Melier era templario. Deseaba Teodoro dar sucesor á su corona, y viendo que su hermano habia consagrado su castidad con solemne voto al cielo, dió su hermana en matrimonio á un caballero latino, y nombró á su hijo Tomás por sucesor de Armenia. En efecto, Tomás llegó á empuñar el cetro por la muerte de Teodoro su tio. Brillaba demasidamente á los ojos de Melier la corona que ceñía la cabeza de Tomás, y sus resplandores le deslumbraban, porque estaba muy cerca de ellos. Entróle por los ojos el mal al corazón, y tambien este quedó ciego, de suerte que no podia ver el cielo ni la tierra; solamente se presentaban á su vista las imágenes del cetro y la corona: y así se determinó á empuñar aquel, y ceñir con esta á toda costa su cabeza. Bien veía que la justicia ofendida clamaba, que la sangre lo impedía, que la Religion lo vedaba; pero nada fue bastante, porque la pasión y deseo de reinar le arrastraban. Reniega en fin de su Religion; y perjuro contra el cielo, falso á su propia sangre, hecho horror de las leyes mas sagradas, y escándalo de todas las gentes, hace guerra á su sobrino para destronarlo.

<sup>1</sup> Con un ejército de 150,000 hombres le ganó dos batallas consecutivas, le tomó muchas ciudades, y á Iconio por asalto año 1189. (*Ab. Choysi*).

<sup>2</sup> Bañándose Federico I Barbaroja en el rio Cygno, se ahogó dia 10 de junio de 1190.

<sup>3</sup> *Ab. Choysi*, año 1190.

19 Entonces Saladino, sultan de Egipto, que no escrupulizaba manchar su gloria con cualquier indigna empresa; ese Saladino, que hacia de su ambicion ley, de su fuerza justicia, y de sus arcos regla derecha para juzgar como queria, dió grandes socorros á Melier, y arrojó del trono á Tomás<sup>1</sup>, y juntando á una iniquidad otra mayor, con la misma justicia entró por Antioquia, y llegó hasta las puertas de Jerusalem. Entonces fue preciso que Almerico, rey de Jerusalem<sup>2</sup>, y Bohemundo III, príncipe de Antioquia<sup>3</sup>, saliesen á refrenar su impetu. En ese tiempo el cielo tuvo por bien de libertar á la tierra de un mónstruo que la deshonoraba, y pereció Melier; mas no acabó con él la semilla de las perturbaciones que su accion indigna habia producido en el Oriente, porque Bohemundo, sobrino de Guillermo, último conde de Poitiers y de Auvergne, duque de Aquitania en Francia, era príncipe muy sensible á las injurias, y que las guardaba en el depósito de su corazon para tiempo oportuno.

20 Aconteció, pues, que por la muerte del tirano Melier le sucedieron otros dos en la Armenia: porque como los males como los árboles viciosos, que cuando se les corta un ramo brotan otros muchos. Dos hermanos, pues, Rupin y Leon se apoderaron de Armenia: Rupin, como mas viejo, ciñó la corona, y Leon se contentó por entonces con el deseo y la esperanza de ella. Quiso Bohemundo vengarse en estos tiranos de la insolencia que su predecesor habia usado con él; y llamando á Rupin con pretexto de amistad, apenas lo tuvo en los Estados de Antioquia, le mandó prender y encerrar en una triste cárcel. Sintió Leon esta falsedad de Bohemundo y la injuria del hermano: sin embargo, entró sin mucho disgusto en el gobierno de Armenia como régente de sus Estados, interin que Rupin estaba preso.

21 Apenas entró, lo primero que hizo fue empezar á tratar de las condiciones sobre la soltura de su hermano de la prision, para no llegar al rompimiento de una guerra declarada; y como no convenia fiarse de embajadores, persuadió á Bohemundo que con escolta de-

<sup>1</sup> Año de 1138. (Véase *Arte de verificar las datas*).

<sup>2</sup> Almerico II de Lusignan era rey de Jerusalem desde el año 1196, por su mujer Isabel, viuda de Enrique, hija de Almerico I, rey de Chipre; reino que Ricardo, rey de Inglaterra, vendió á su hermano Guido de Lusignan. Murió año 1207.

<sup>3</sup> Bohemundo III, llamado Bamba, hijo de Raimundo II, conde de Poitiers, y príncipe de Antioquia: bajo la tutela de su madre Constanza, á la que se le adjudicó el principado de Antioquia por hija de Bohemundo II y de Alix, sucedió Bohemundo á su padre año 1149, y murió el 1204.

cente quisiese avistarse con él en el lugar que le pareciese mas propio. Convino Bohemundo; mas Leon jugando diestramente con las mismas cartas que él habia jugado, á pesar de la escolta que llevaba, le sorprendió, y sorprendido le metió en otra cárcel bien asegurado, segun convenia á semejante preso. Á esto se siguió pactar Bohemundo desde la cárcel, ofreciendo libertad por libertad, la de Rupin por la suya propia; pero Leon, que no solo queria vengar el agravio, sino trabajar tambien por sus propios intereses, despreció la oferta, y solo convino en ella con las condiciones siguientes:

22 1.<sup>a</sup> Que Bohemundo habia de casar á su hijo mayor, heredero de sus Estados, con Alix, hija única de Rupin, rey de Armenia. 2.<sup>a</sup> Que este Príncipe y sus descendientes se contentasen con sus Estados paternos de Antioquia y de Trípoli, renunciando todo derecho á los Estados de Armenia.

23 Con facilidad se consiente en todo cuando la necesidad obliga. Bohemundo, que no podia comprar su libertad á menor precio, en nada puso duda, y firmó este contrato con toda solemnidad. Así salieron de la prision ambos Reyes; mas Leon, aunque devolvió el gobierno á su hermano Rupin, aun se consideraba como soberano de Armenia, porque sabia que despues de su muerte ninguno le podia disputar aquel Estado. Muerto, pues, Rupin, quiso entrar Leon en la posesion del reino armenio; mas no tardó Bohemundo en reconocer su yerro y la injusticia que habia cometido, privando por aquel contrato forzado á su hijo y nieto de los Estados armenios que le venian por derecho, á causa de ser Alix heredera de todos ellos. Arrepentido, pues, del contrato que hizo, quiere retroceder; y para eso dió el condado de Trípoli á Raimundo su hijo segundo, quedando así el primer hijo precisado por este medio á buscar su patrimonio principal en los Estados de Armenia: y empeñado Raimundo en poner en posesion de ellos á su hermano para gozar en paz el condado de Trípoli, que sin eso no lo podia poseer. Por esta diligencia acomodó á los dos hijos, é hizo en los dos hermanos una duplicada fuerza para mantener en Armenia á Bohemundo IV su hijo, de quien y de Alix, sobrina de Leon, ya habia nacido en este tiempo Rupin II.

24 No eran estas disposiciones conformes á las ideas de Leon, el cual ambicioso habia suspirado por la hora y momento en que habia de empuñar el cetro, y se determinó á expeler á fuerza de armas á Bohemundo IV y á su hijo Rupin II. En este conflicto, el Conde de Trípoli para sostener la causa de Bohemundo su hermano y de Rupin su sobrino, solicitó la proteccion de Soliman de Rovadin, mi se-

ñor, quien bien enterado de la justicia de la causa, nada quiso esca-  
sear para darle un socorro poderoso. Con este proyecto va á asolar  
la Armenia para enseñar así á Leon, que no es lo mismo tener am-  
bicion de reinar que tener derecho á la corona. De esta suerte fina-  
lizó su respuesta Mustafá.

25 Miseno con un juicio tan superior á los demás, como lo es el  
empinado cedro respecto de los humildes árboles que le rodean, mi-  
raba estas razones por el aspecto que los entendimientos rateros no  
las veian, y con un modo urbano le dice: Muy buenas parecen, ami-  
go, vuestras razones. El amor de vuestro Soberano os obliga á apro-  
bar lo que él hace, y á que veneréis sus órdenes supremas como co-  
sa sagrada; mas si me dais licencia, tendré la satisfaccion de discur-  
rir con vos sobre los motivos de esta guerra en orden á saber si vos,  
Conde, obraréis con prudencia, exponiendo voluntariamente por ta-  
les motivos vuestra vida; vida preciosa que no se debe exponer por  
cosas vanas. Dejadme, pues, que con balanza indiferente pese to-  
das las razones, poniendo de una parte las que habeis ponderado, y  
de otra las que por ahora se me ofrecen.

26 Bohemundo III, como sabeis, fue el primer agresor en esta  
pendencia, él con falsa fe hizo prisionero al Rey de Armenia, que ja-  
más le habia injuriado; á mas de este crimen faltó despues de verse  
libre á su palabra real, y al solemne contrato firmado con el sello  
régio. ¿Dónde está ahora aquí el honor? ¿dónde la fe pública que  
se funda en él? Si un rey llega á mentir, á ser perjuro, y á enga-  
ñar á quien se fia de él, ¿de quién nos podremos fiar? La palabra  
de un soberano debe ser cosa sagrada, que por ningun motivo se  
debe profanar. Si un monarca falta á sus promesas solemnes, ¿quién  
estará obligado á guardar las suyas? Ved aquí, pues, violado cla-  
ramente el derecho mútuo de las gentes, que es la basa mas sólida  
y firme de toda la sociedad.

27 Prosigamos adelante: si los hombres no han de guardar su  
palabra, ninguno se fiará de ellos. Quitad la confianza que un hom-  
bre debe tener en otro hombre, y veréis la ruina universal del orbe  
todo. Si Bohemundo no habia de cumplir lo que prometia, fue per-  
juro en prometerlo, pues cuando firmó el contrato sabia muy bien lo  
que firmaba. No me digais que prometió cosa ilícita, la cual no es  
justo cumplir; porque bien entendido, todo cuanto prometió se re-  
ducia á recibir para esposa de su primogénito á Alix, hija de Rupin,  
y recibirla sin dote alguno. Bohemundo lo quiso, Bohemundo lo fir-  
mó, y este fue el precio de su libertad, y el castigo de su crimen. De-

cidme, pues, ahora, ¿con qué justicia ha de faltar á su honor, á su  
palabra, al cielo que tomó por testigo, y á la tierra que oyó su ju-  
ramento? Luego fue falso y perjuro cuando dió el condado de Trí-  
poli á Raimundo para dejar á su primogénito en la indigencia y ne-  
cesidad de pretender los Estados de Armenia.

28 Vos condenais la ambicion de Leon, yo tambien la condeno.  
Los dos Soberanos jugaron con armas iguales, y ambos ofendieron  
la justicia y el derecho de gentes: mas la maldad de Leon ¿podrá ja-  
más justificar la de Bohemundo? ¿Y cuándo fue un hombre inocen-  
te por ser su contrario criminoso? ¿Por ventura es nuevo que los  
que luchan en la arena pasen entrambos mútuamente, ya de una, ya  
de otra parte la raya recta que les señala y divide el terreno? Este  
es, amigos míos, el yerro comunísimo entre los hombres, quererse  
justificar cada uno con las culpas de su contrario, como si no fuesen  
bastantes las propias para hacerle delincuente: Leon es ambicioso,  
mas Bohemundo lo fue antes que él; Leon fue falso y traidor, mas  
Bohemundo le dió el ejemplo; Leon fue injusto en privar á su sobri-  
no Rupin II de los Estados de Armenia que le pertenecian, y Bohe-  
mundo lo fue tambien privando al mismo Príncipe de los Estados de  
Tripoli que habia injustamente desmembrado de la corona para dar-  
los á Raimundo.

29 Hasta aquí la balanza parece no está muy en equilibrio, sino  
que se inclina hácia Bohemundo; añadid que Bohemundo fue el pri-  
mero en insultar: que Bohemundo fue perjuro al cielo y á la tierra;  
y que Bohemundo violó la ley mas sagrada entre los Soberanos, que  
es la palabra real: mas Leon nada de todo esto hizo. Ved ahora, ami-  
gos, hácia dónde cae mas el peso; ved el efecto de las pasiones, la  
ceguedad del entendimiento humano; y como es difícil conocer la  
verdad cuando se interesa el corazon.

30 Á manera del sol, cuando en un lugar disipa la niebla espe-  
sa con la fuerza de sus rayos, y en otro con la vehemencia del calor  
levanta nuevos vapores, forma nubes, y ocasiona tronadas, seme-  
jantemente fue la respuesta de Miseno. Á Mustafá lo dejó admirado  
de su prudente inteligencia, y su entendimiento se aclaró, y vió la ver-  
dad; en Miseno y el Conde causó tal perturbacion que no podian  
disimular, y Neucasis con el viento de la lisonja encrespaba mas y  
mas esta borrasca. En la confusion y lucha de todos estos afectos,  
era forzoso que el corazon del Conde, mal cubierto con el disfraz, se  
descubriese en parte, y le dejase ver á Miseno por entre el fingimien-  
to cuáles eran sus verdaderos designios.

31 Mustafá todo ocupado de lo que habia dicho Miseno, no acababa de ponderar como nuestras pasiones nos engañan, y como caemos muchas veces sin advertirlo en los mismos delitos que condenamos en otros; y Miseno le explica el origen de este engaño universal, diciendo de esta suerte: Los objetos que nos son invisibles, unas veces lo son por estar léjos, otras por estar demasidamente cerca de nosotros. ¿Quién jamás, decia, se vió sus propios ojos? Y con todo, solo por ellos vemos cuanto nuestra vista alcanza. Preciso es apartarnos un poco de lo que queremos ver para conocer mejor el objeto. Ahora, pues, amigo mio, todo lo que á nosotros pertenece está demasidamente cerca de los ojos de nuestro entendimiento; y así es necesario apartarnos de nosotros mismos, y considerar nuestras acciones como si fuesen ajenas, y de este modo veremos mas bien las cosas como ellas son en sí mismas. El Conde de Trípoli está tan cierto que tiene justicia, que nada le es mas evidente. Leon por el contrario está persuadido que el Conde es sumamente injusto; solo quien está á la parte de afuera puede ver y cotejar estas cosas para decidir con equidad: mas si el Conde de Trípoli se pusiese en el lugar de Leon, ó el Rey de Armenia en el del Conde, cada uno veria que era injustísimo. Lástima es que los hombres no tengan espejos á propósito para ver sus propias acciones, pues entonces las mirarian como si fuesen extrañas, y conocieran su deformidad. Mustafá oia todo esto con gusto, y atraído de la suave conversacion de Miseno, le convidó á su pabellon, mientras partian á Armenia.

32 Entre tanto Efigenia, el Conde y Neucasis maquinaban una rebelion manifiesta, temiendo que los discursos de Miseno frustrasen sus ideas: y á manera de tres piras que ardiendo cada una con furor y soberbia, cuando mutuamente se unen y comunican sus llamas, aumentan tanto la furia que no hay quien pueda medir el atrevimiento de sus llamaradas; así aconteció al Conde junto con Neucasis y Efigenia. Levántase, y con paso intrépido, aire libre, modo insolente y frase altiva se llega á Miseno, y en presencia de Mustafá y de todos, le dice: Yo voy á la guerra de Armenia, sea ó no sea justa, porque tengo razones muy poderosas para hacer esta campaña; y ya que el cielo me ha dotado de libertad, á nadie tengo que dar cuenta de mis acciones. Los consejos dados á quien los pide son prueba de una sólida amistad; mas ofrecidos á quien no los solicita, son incivildad importuna é insufrible. Ya estoy enfadado de aguantar el yugo austerísimo de vuestra compañía; ni yo necesito de pedagogo, ni vos, Miseno, teneis interés alguno en gobernar pupilos:

suplícios, pues, que de aquí adelante os dispenseis de criticar mis acciones, porque buenas ó malas, yo soy dueño de mi albedrío, y cuando yo tuviere el atrevimiento de condenar las vuestras, entonces tendréis derecho de reformar las mias.

33 Oyó Miseno la respuesta no esperada del Conde; se turbó un poco al principio: cubrióse de rubor su rostro venerable; pero haciendo fuerza á su corazon que palpitaba, le fué serenando poco á poco, y con aire sosegado, semblante alegre y palabras pausadas, le dice: Amigo, si es delito en vuestro tribunal el amaros sériamente, si es injuria hacer por vuestro bien todas las diligencias posibles, hasta exponer repetidas veces la vida, confieso que soy culpado; pero ni me arrepiento de esta culpa, ni prometo enmendarme de ella. Soy señor no solo de vuestras acciones sino de vuestro corazon, así es; me podeis aborrecer y detestar cuanto quisiéreis. Pero yo tambien soy señor del mio, y puedo, á pesar de vuestra resistencia, amaros y ser constante en el afecto que os prometí. Por vuestro amor me desterré de mi sosiego, pedisteis que lo hiciese para que pudiérais alcanzar con mis consejos la verdadera felicidad: lo cumplí; me negué á quien me buscaba para los mayores honores, y me arrojé á las ondas, solo por acompañaros en los trabajos. No lo negareis: por mar y por tierra os he seguido, y bien sabeis que ninguna accion vuestra ha tenido poder para entibiarme este amor. En Nicea quisisteis darme la muerte, os pagué con conservaros la vida; y vida que ya tenais perdida: ninguna ofensa vuestra me hizo jamás volver atrás en el obsequio comenzado. Ahora me cerrais la puerta á que os ofrezca nuevos testimonios de mi sólida y fina amistad: no importa; me contentaré con amaros de balde, y hacer por vos y en vuestra ausencia generosamente cuanto pudiere para que seais feliz. De aquí en adelante todo mi gusto será obrar por solo el impulso de mi fiel amistad, sin el agradable atractivo de vuestra correspondencia. Yo asiento, hijo mio, que servir á un amigo es deuda, y amar á quien me ama es comercio; mas servir á quien me ofende, amar á quien me aborrece, es obrar como Dios obra, es obedecer la ley suprema que así lo ordena, y consolacion grande poder obrar de este modo. Sabed que aun así os disculpo, porque vuestras pasiones os ciegan, y en esto me veo reprendido de mi mal proceder contra quien me dió el ser. Cuando yo llevado de mis desordenadas inclinaciones le insultaba, él entonces hacia rayar sobre mí su sol, y me bañaba con la dulce y deliciosa lluvia de sus beneficios; lluvia que poco á poco fué ablandando la dureza de mi corazon, y sol que con su suave calor

me iba insensiblemente derritiendo. Así obró conmigo quien formó mi alma, y ahora conviene que ella sirva á quien la crió. Á este modo, pues, procuraré hacer con vos. No, hijo mio, no os obligo ni os ruego que me ameis, que sin eso yo os amaré como os he amado hasta aquí. Ó de cerca ó de léjos mi alma os seguirá siempre, y á fuerza de clamores obligaré al cielo á que me atienda. Trabajaré incesantemente por hacer feliz á un desgraciado; y seré dichoso si lo consigo; é igualmente seré feliz, si aunque no lo consiga trabajare con constancia en esta empresa; *porque no depende de la vuestra mi felicidad, sino del socorro del cielo y de mis propias acciones.* Permittedme que os abraze: yo me retiro.

34 Derritese con el fuego el metal duro, endurecese á proporcion el lodo blando, y tal fue el efecto que hizo el razonamiento de Miseno en los que le oían. El Conde, aunque de genio dócil, como estaba corrompido por la pasión, se endureció y entró en furor. Efigenia quedó suspensa y embargada. Mustafá por el contrario se enterneció, admirándose de un corazón tan noble, y un modo de pensar tan generoso. No podía Miseno reprimir las lágrimas, cuando fué á abrazar al Conde. El alma se le salía por los ojos; mas el Conde desatento, altivo, orgulloso y duro le recibió frio como un hielo, y se retiró de la tienda de campaña de Mustafá con Efigenia. Viendo esto Mustafá, quedó admirado: pide, ruega, insta é importuna á Miseno que le diga quién es; mas él urbanamente le responde sonriéndose: Soy un hombre de bien, le dice, que salí por el mundo á aprender á serlo, á costa de experiencias y trabajos. No me admiro del mal modo con que me trata el Conde, porque ya estoy bien acostumbrado á eso. Compadézcome de él, porque le veo dominado de sus pasiones, y estoy previendo algun fin desastrado. No me escandalizo, porque si yo tuviese las pasiones tan fogosas, y tan poca experiencia como él tiene, puede ser que aun cayese en mayores absurdos; temo que se pierda, y por eso le acompaño, porque si no necesitase de mi socorro, no me hubiera resuelto á emprender por él esta jornada. Aquí se admiraba mucho mas el turco, viendo que en la ausencia del Conde, y en su presencia, hablaba Miseno con la misma ternura y con el mismo amor, y de aquí inferia cuán superior era aquel hombre á todos los demás; pues sabia tener sujetas de tal modo sus pasiones, como si no las tuviese. Quería continuar la conversacion con él: mas dada la señal para que las tropas se pusiesen en movimiento, fue preciso que se retirase, quedando Miseno solo, entregado á sí mismo, y en país desconocido y bárbaro.

35 Parte el Conde con Efigenia siguiendo su desatino, el Sultan lo tenia siempre á su lado, y se sirve de él con particular estimacion. Su presencia gallarda, su modo agradable, su prontitud para todo, y el ardor militar que brillaba en su rostro y en todos sus discursos encantaban al Soberano. Neucasis le servia de escudero, y como tal servia tambien á Efigenia, la cual disfrazada con el nombre y traje de soldado, nada desmerecia en el aprecio de sus capitanes. Poco á poco Neucasis, como confidente de sus secretos, iba entrando en la estimacion de Efigenia disfrazada: tenia el veneciano singular arte para observar el flaco de cada uno, para insinuársele sordamente en el corazón: por tanto cuando hablaba á Efigenia la lisonjeaba con una reserva fingida, mostrando que aun no expresaba todo lo que entendia: encareciendo las prendas del Conde, se lamentaba de que no fuesen tantas como ella merecia. Á cada paso le fingia mil peligros en que habia estado de ser descubierta, y que él con su industria los habia precavido. Hacia esto con tal arte y maña, que cautivando el corazón de Efigenia, llegó á ser depositario de todas sus confianzas. Son hijos del amor los celos; y á proporcion que Efigenia se dejaba llevar de la pasión hácia el Conde, los negros celos la devoraban las entrañas, temiendo que al Conde lo distrajesen la grande estimacion del Sultan. Neucasis no perdía carta con que pudiese hacer baza, y así en vez de disipar encendia mas los celos de Efigenia disfrazada, y con el Conde hacia otro tanto, mordiéndole á Efigenia la fidelidad con industria, y poco á poco. Observad, le decia, que mas es el amor de retirarse á su patria que vuestro amor el que la obliga á este disfraz, y temo que apenas ella se vea en sus Estados, se olvide de vos y os deje. En estos y otros enredos se ocupaban los tres, marchando á paso lento con las tropas.

36 Miseno se veia solo; y agitado de todas las pasiones, contra las cuales trabajaba sin cesar, tomó el camino de la Tierra Santa para buscar en aquellos lugares que la Religion venera alguna soledad en que acabar sus dias.

## LIBRO XXII.

Descúbrese el delito de Efigenia.—Tráenla presa á Iconio con el Conde, y el Sultan se enfurece.—Va Miseno á la cárcel á consolar al Conde, y este lo despoja de sus vestidos, y huye de la cárcel.—Acusa el Conde á Miseno ante el Sultan.—Prepárase el suplicio para Efigenia y Miseno.—Al verlos se le muda al Conde el color, y estos se manifiestan con serenidad, núm. 13 y 14.—Le hablan al Sultan con heróico valor.—Manda el Sultan que en ambos se ejecute la sentencia, en Miseno de ser quemado, y en Efigenia de ser enterada hasta la cintura, etc., núm. 17.—Sientese conmovido y manda suspender la órden.—Declaran testigos á favor de Miseno.—El Sultan da por libres á Efigenia y á Miseno, y manda que los conduzcan en paz fuera de su imperio, núm. 20.

1 Luchaba Miseno consigo mismo caminando solo y pensativo. Su entendimiento, su honor, la delicadeza de su corazon repugnaban las repetidas injurias que recibia del Conde. Con todo, elevando su pensamiento al cielo, y pidiendo auxilio al Omnipotente, se hallaba señor de sí mismo, y se animaba á combatir con todas sus pasiones, hasta tener sobre ellas un perfecto dominio: circunstancia indispensable para poseer su felicidad completa.

2 Pero si á mas de esto, se decia á sí mismo, pudiese yo libertar al Conde de los derrumbaderos por donde se va precipitando, aun seria mas feliz por contribuir á impedir la desgracia ajena. Á lo menos con mi diligencia he de poder algo, ó disminuirla ó retardarla, y así no trabajo inútilmente. Verdad es que yo no soy omnipotente, ni mi brazo igual á mi corazon; no obstante, siempre debo obrar segun las fuerzas con que la mano soberana me asiste, y aquello poco ó mucho que hiciere, será bastante para satisfacer y cumplir la ley de Dios, la cual me obliga á tratar al Conde como á hermano mio y miembro del cuerpo á quien yo tambien pertenezco. Haga él lo que hiciere, no dejará de ser hombre como yo, é hijo de Dios como yo; y cuanto mas inconstante fuere, y mas se dejare llevar de sus pasiones, tanto mas necesita de socorro; así no debo negárselo. En este combate que hace mucho tiempo principiamos, ¿consentiré acaso que él triunfe de mí por mi cobardía, flaqueza ó cansancio? Eso no es decente; y cuando yo no salga victorioso, reduciéndole á buen camino, cuando yo no me corone de laureles por no conseguir que siga la virtud, á lo menos no he de huir de la ba-

talla. Así se animaba Miseno encendido en el fuego de aquella celestial llama que le abrasaba las entrañas<sup>1</sup> desde el momento feliz en que encontró la santa Escritura, y bebió en ella las preciosas máximas que nunca supo enseñar la filosofía mundana. Cuando él discurría así, el Conde y mucho mas Efigenia se hallaban muy satisfechos siguiendo el camino de Armenia, para apartarse de Miseno á paraje distante y oportuno, á cuyo fin habian dispuesto alejarse del ejército, y acercarse á los Estados de Efigenia.

3 No podia escondérsele al Sultan la ausencia de su esclava que desde luego la echó menos. Siguióse al cuidado la diligencia, y á esta la noticia de su disfraz. Á consecuencia de esto los ministros de Soliman la siguen, la alcanzan, la reconocen, y atribuyendo al Conde el delito de haberla inducido, á ambos atados con esposas los llevan presos á Iconio. Cual viento furioso que empezándose á sentir sordamente muy á lo léjos poco á poco se declara un huracan manifiesto; así fue el rumor de este crimen que en un momento alborotó toda la corte. Soliman furibundo no sabia imaginar tormentos con que vengar su afrenta; sus esclavas ó concubinas tenian por injuria comun la infelicidad de Efigenia: valiéndose de esta ocasion para granjearse mejor el agrado del Príncipe, le exageran el horror que tenian de tan enorme atentado, y en demostracion del odio que se habia encendido en sus corazones contra la delincuente, le piden con instancia que les sea permitido castigar por sí mismas el delito de su compañera.

4 No acertaba el Conde á tomar el menor consejo, y en la prision se desesperaba contra Efigenia como causa principal de su desgracia. No ignoraba que se le preparaban los mas horribles tormentos, y en vez de revestirse de valor, se abandonaba á las pasiones mas viles é indignas de un hombre de bien, cuales son, el miedo, la rabia, el despecho, el soborno, el engaño, y en fin el deseo de valerse de cualquier medio, aun el mas indigno, para escapar de la muerte.

5 Efigenia al contrario reconocia humilde el castigo manifiesto del cielo por haber renegado de la fe que prometió en el bautismo, trocando el Cristianismo por la profesion de la ley de Mahoma<sup>2</sup>. Habia preferido los agrados del Sultan á la gracia del Ser supremo que

<sup>1</sup> Era la gracia, que es inseparable de la caridad.

<sup>2</sup> La ley de Mahoma está toda reducida al Alcoran, volúmen que consta de 114 capítulos, que llaman Suras, código elegantemente escrito, pero lleno de fábulas, de errores, ignorancias, falsedades y contradicciones.

la crió; y ahora viéndose del todo perdida, confundida de su vileza y penetrada de dolor, queria lavar su crimen á lo menos con sus lágrimas. Levanta en silencio los ojos al cielo, los baja luego avergonzada, no atreviéndose á mirar al Señor supremo á quien tanto habia ofendido: este rubor, esta confusion agradaba mucho á Dios, y sus voces reconcentradas en el corazon subian en secreto hasta el mismo trono de la Divinidad. Era una pasmosa contraposicion la de los dos presos: el Conde todo cólera, rabia y furor; Efigenia toda compuncion, confusion y paciencia: el Conde blasfemaba contra los cielos, y se queria quitar la vida á sí mismo; Efigenia se resignaba toda como victima de la divina justicia: el Conde acusaba al cielo de injusto, y Efigenia solo á sí propia se condenaba.

6 Acude Miseno al rumor del suceso, va á la prision, pide, insta, y con dádivas compra á los guardas el permiso de entrar en la cárcel. No iba con ánimo de echarle en rostro al Conde el origen de su desgracia, porque no es razon afligir mas al afligido, sino solamente queria animarle á sufrir la muerte con valor, caso que no pudiese evitarla, y se ofreció al mismo tiempo á practicar con el Sultan todos los buenos oficios que le fueran posibles. Con esta vista quedó el Conde algun tanto sosegado, y Miseno se retiró á trabajar en la empresa.

7 Hé aquí que de lo profundo de los abismos sale por decision de las furias el espíritu de la *mentira*, é inspira á Neucasis el pensamiento mas horrible que podia imaginarse. Va á hablar al Conde, y le aconseja que desnudando á Miseno de sus vestidos, y disfrazándose con su traje, se salga fuera de la prision engañando á los guardas. Dudaba el Conde tomar este partido viendo que Miseno quedaba expuesto á sufrir la pena que él merecia; mas en fin su corazon ya corrompido no halla tan horrible esta traicion como ella lo era: prevalece el amor de la vida, el temor de los tormentos, la persuasion de Neucasis, y así espera que vuelva Miseno á repetir los oficios de amigo para ejecutar entonces la mas abominable ingratitude. Entra Miseno en la prision, y el Conde pensativo y silencioso le escucha: hasta que resuelto se levanta de pronto como si fuese una fiéra, arroja en tierra á Miseno, y valiéndose de la violencia y de la fuerza le despoja de los vestidos. No resiste Miseno, ni clama, porque no quiere por su causa perder al Conde; pero sí le dice con ánimo tranquilo cuando le desnuda: Hijo mio, no es la primera vez que me expongo á la muerte por salvaros la vida, y moriré satisfecho si á lo menos por esta fineza os merezco que tomeis mis conse-

jos. Advierte Efigenia el lance por una visera de aquella reducida prision, y cae en el suelo desfallecida igualmente que asombrada con el horror del crimen, con la heroicidad de la virtud.

8 Mientras vuelve Efigenia sobre sí, se sale el Conde de la cárcel resguardado del engaño, y á Miseno no le queda otro remedio que el de cubrirse con los vestidos que el Conde habia dejado. Entonces Efigenia algo recuperada se esfuerza á hablar á Miseno, y compungida de semejante caso, le confiesa su delito; reconociendo la mano de Dios que justamente la castigaba por su infidelidad. Declárale sinceramente toda su intriga con el Conde, el origen que habia tenido, cuáles eran sus designios, y al fin le pide consejo para aplacar la ira divina, con la mira de que á la infelicidad temporal no se le junte la eterna. Hablaba esta señora con las lágrimas y el corazon, mas que con las voces; y Miseno compadecido de su pena, sentia mucho mas la afliccion ajena que el peligro propio; pero viéndola con tan sincero arrepentimiento de su delito, la alienta en estos términos:

9 Tened ánimo, señora, que vuestro negocio lo teneis con un sujeto cual no sabriais desearle, aun caso que lo hubiéseis de fingir. Es el Dios de la verdad quien os ha de juzgar, y la misma razon eterna, que se obliga á detestar vuestro delito, no consentirá que desprecie vuestro arrepentimiento. En su tribunal invariable Efigenia infiel es objeto digno de horror; mas Efigenia contrita, humilde y postrada delante de su Dios, pidiéndole perdon de los excesos cometidos, es objeto sumamente agradable. Señora, Dios ve las cosas como ellas son en sí, él es inmutable; mas cuando la criatura se muda, su misma inmutabilidad le obliga á trocar en agrado amoroso la indignidad de su cólera, porque jamás pudiera agradarse del mal, ni hacer desprecio del bien. Vos no sois ya la que érais ha poco, y por la misma razon Dios no será para vos el que antes era. Cuando le ultrajábais posponiéndole á los hombres, era Dios vuestro enemigo; mas cuando os postrais á sus piés con el corazon arrepentido, es vuestro padre amoroso. Confesad con amor puro la fe del bautismo, y el cielo recibirá vuestra muerte, caso que llegueis á padecerla, como satisfaccion de vuestras transgresiones, y de este modo seréis eternamente feliz. Á estos discursos fué Miseno juntando otros muchos, con los cuales enternecida Efigenia é inflamada, juró delante de los cielos y de Miseno que jamás faltaria á la palabra que daba á su Dios de serle fiel en adelante: y que contenta sufriría los mayores tormentos, si el Señor se los quisiese recibir en satisfaccion de su infidelidad pasada;

y gimiendo y suspirando le pidiese se dignase volver otra vez sobre ella su agradable y amorosa vista.

10 El pérfido Conde, para no ser buscado y seguido, añade á la primera maldad otra mucho mas horrible y atroz. Va á estar con el Sultan, que aun ignoraba quién fuese el instrumento y compañero del delito de Efigenia. Empieza su razonamiento al Príncipe por las mas finas expresiones de afecto con que siempre le amaba, habiendo recibido de él tan señalados favores; y continúa diciendo, que bajo del mayor secreto le quiere confiar la noticia mas importante. Miseno, señor, le dice el traidor, guiado de un espíritu de fanatismo, al que su rígida filosofía le ha llevado, sabiendo que Efigenia era de su misma religion, y que por motivo de vuestros agrados la habia abandonado, de tal modo le afeó este llamado crimen, que la persuadió á que huyese disfrazada en traje de soldado, y me pidió que la acompañase mientras que él tomando otro camino la iba á esperar á Palestina para entregarla á sus parientes. Yo, no pudiendo aprobar semejante infidelidad, traté con aspereza á Miseno, de lo que Mustafá puede ser testigo, el cual sé que se escandalizó de mi aparente rusticidad, porque ignoraba el motivo; y motivo tan feo, que no me atreví á descubrirselo, queriendo que antes recayese sobre mí la nota de grosero, que manifestar el delito de un amigo. Durante la marcha del ejército estuve siempre trabajando en persuadir á Efigenia que volviese á vuestros brazos antes que se notase su ausencia; mas no fue posible, porque ella tenaz persistia siempre en los sistemas de su religion: que tan fuerte habia sido la persuasion de Miseno. Apenas él supo que Efigenia estaba presa, fué á la cárcel á confirmarla en sus propósitos: yo los dejé allí, y á mí pesar vengo á delatarlos al mayor amigo que tuve en mi vida, porque es para mí mas sagrado que su amistad el respeto y amor que os debo, y el que debo á la verdad.

11 Acordóse entonces el Príncipe que Mustafá le habia hablado del Conde con desagrado por haber visto la segura con que trató á Miseno, y se ratificó en lo que decia el Conde. Agradecióle la fineza con que queria sacrificar á su régia amistad la persona de quien mas amaba, y le prometió que usaria de aquella noticia de tal modo, que ninguno pudiese sospechar quién fuese el delator de Miseno y Efigenia. Apenas salió el Conde de la audiencia del Sultan, cuando por su industria entraron tres testigos de mayor autoridad, afirmando que en ninguna otra materia se entretenian los dos presos sino en tratar como sostener su religion primitiva á costa de los mayores tor-

mentos, y en despreciar igualmente las caricias y amenazas del Soberano.

12 No rompe con mayor estrépito la mina cuando prende el fuego, como salió furioso el Sultan con la noticia que acababa de oír. Sin pérdida de tiempo manda que lleven á su presencia á los dos delincuentes, y entre tanto hace preparar el suplicio acostumbrado contra las infieles concubinas del Sultan, y contra los violadores del honor del Soberano: enciéndese la pira, y aun era mayor el fuego que ardía en todo el serrallo, teniendo todas las otras concubinas de Soliman por afrenta y desdoro la infidelidad de Efigenia. Cada una prepara su cántaro lleno de agua hirviendo, debiendo todas ir por su orden y antigüedad derramándola sobre la cabeza de la delincuente Efigenia, la cual habia de estar enterrada hasta la cintura en la plaza mas pública. Armase á un lado el patíbulo para quemar á Miseno á fuego lento. Fórmanse las tropas que habian quedado en Iconio para acompañar al Sultan, el cual debia ponerse en marcha el dia siguiente, y por todas partes no se veia ni se oia sino tumulto y clamores contra Miseno, como principal autor de aquella desgracia. Todos los partidarios de Efigenia y admiradores de su hermosura se mordian de rabia contra el inícuo instrumento de su desdicha; y finalmente aparecen entre las guardas presos y maniatados Efigenia y Miseno.

13 En el entre tanto el Conde estaba junto al Sultan; mas viendo á los dos presos, se le mudó el color, y le temblaban los miembros con el horror del propio crimen. El Sultan atribuyó este efecto á la ternura con que el Conde amaba á Miseno, y le dice que se retire para que no le cause tanta pena el suplicio del amigo; pero no lo hizo tan de prisa, que Miseno y Efigenia no viesen que el Sultan le abrazaba cariñosamente cuando de él se despedia.

14 No se conmueve la cumbre del Olimpo, cuando á las faldas del monte se amotinan las tempestades, ni la vid tierna se mueve, cuando está asida y abrazada con el olmo robusto: pues así estaban Miseno y Efigenia, no obstante la alevosia del Conde. Caminaban al suplicio con aire alegre, pero sosegado, semblante mas que nunca sereno, de tal suerte, que se maravilló el Sultan, y se pasmaron todos. Venia Miseno tan quieto y apacible, como si nada de lo que veia le perteneciese; mas sin afectar altivez ni desprecio. Efigenia iba con notable modestia, pero sin empacho; y al mismo tiempo con un nuevo resplandor de hermosura, mas sin vanidad: con señorío, pero sin la



menor soberbia. Así caminaba llevándose tras sí los ojos y los corazones de todos.

15 Son preguntados si confiesan al Profeta, y querian jurar la observancia del Alcoran. Efigenia declara que habiendo recibido el Bautismo, no trocaria la honra del martirio, ni por el cetro ni por la corona, aunque fuese de todo el mundo. Cuando los hombres me la ofreciesen, decia ella, me avergonzaria de ponerla en balanza con otra mejor corona que espero, cuanto mas de preferirla. Así no tardeis, compañeras, en abrirme las puertas por donde mi alma ha de salir de la cárcel en que se ve cerrada, puertas por donde en el mismo instante ha de entrar en la eterna felicidad, de la cual solo este pequeño resto de vida me separa. Y vos, Principe soberano, á quien indignamente amé olvidada de mí misma, sabed que no podeis darme mejor joya que esta corona, ni corresponder mejor á mi afecto, que con la muerte por semejante motivo. No os fuí infiel, y os lo juro delante de los cielos y de la tierra; solo fuí infiel á mi Dios, y por eso muero contenta por lavar con mi sangre este delito. En cuanto á Miseno, sabed que tan inocente está en el crimen de mi fuga, como vos mismo. Nunca me habló sino hoy en la cárcel: jamás mis ojos se fijaron en él sino despues que los abrí para ver mis excesos; antes bien le sentia un odio entrañable, que me devoraba el corazon, con el que lo detestaba, de manera que mientras amé el crimen aborrecí á Miseno con tal horror, tal furia, que llegué á maquinarle la muerte; mas hoy confieso que le debo la vida, no la temporal, sino otra mejor que espero. No os atrevais, pues, á castigar su inocencia; y duplicadme, os pido, mis suplicios, porque él no es cómplice de mi delito. Sufra yo el tormento de ambos, porque padeceré mucho mas si viere por mi causa padecer un inocente.

16 Cesó Efigenia, porque Miseno la atajó, diciendo con un aire noble y tranquilo: No os canseis, señora, en lo que me toca á mí; porque si soy verdaderamente culpado en el delito que mas irrita al Principe, ¿para qué quereis defraudarme el honor de ser castigado por él? «Es verdad, señor, que no concurri á la fuga de Efigenia: es la verdad pura, pero tengo empeñados todos mis esfuerzos para confirmarla en la resolucion de volverse á su Dios, de quien mucho antes se habia apartado. Tenia dado su corazon al Dios verdadero, y despues inconstante é infiel se lo negó por dársle á vos. Conoció «su yerro antes que yo la hablase, y queria detestarlo; yo la animé, «y aun ahora en vuestra presencia lo hago. Así, señor, *si es delito*

«cumplir la palabra que dimos á Dios, confieso que merezco mil veces «la muerte. Os suplico que no me la retardeis, ni me escaseeis los «martirios, porque cuanto mas riguroso fuéreis conmigo, tanto mas «piadoso y liberal me será aquel Soberano por quien padezco. Aquí «me teneis, soldados.»

17 El Sultan lleno de rabia y centelleando los ojos manda que sin dilacion se ejecute la sentencia: que Miseno arda en fuego vivo, que las llamas sean avivadas con los materiales mas activos, para desahogo de las que la cólera le encendia en el pecho. Dijo, y todo estaba pronto. *Ya Efigenia se halla enterrada hasta la cintura; ya las concubinas del Sultan van llegando con toda ceremonia, trayendo en la cabeza cántaros de agua hirviendo para derramarlos sucesivamente sobre la infiel compañera: ya Miseno se ve junto á la pira, cuyas llamas soberbias amenazaban á las nubes, cuando un repentino temblor ocupa todos los miembros del Sultan: un pavor extraordinario se le apodera del alma; teme sin saber lo que teme; un horror espantoso le ahoga el corazon, de suerte que no conoce lo que le sucede. Aquella palabra que Miseno le habia dicho: *si es delito cumplir la palabra que dimos á nuestro Dios, confieso que merezco mil veces la muerte*, le heria el alma; y sin que pudiese impedirlo, se le estaba repitiendo interiormente. Afligido, inquieto, perturbado, da mil vueltas en el trono, quiere levantarse, mas se vuelve á su primera postura; de suerte que se veia bien el gran tormento que su alma padecia; manda, en fin, que todo se suspenda. Admirase el pueblo: son llamados otra vez los delinquentes delante del trono; y el capitán de guardias publica de parte del Soberano, que si alguno sabe alguna cosa á favor de aquellos reos venga á su presencia á declararlo, porque no es su intencion castigar la inocencia. Entonces comenzaron á salir por entre las filas de las tropas formadas aquellos soldados que habian conducido á Efigenia, y todos haciendo delante del trono mil reverencias á uso del país, juraron por el sepulcro del Profeta que no era aquel el reo, sino otro de edad mucho menor el que ellos habian preso y llevado á la cárcel, y que jamás habian visto á Miseno en el ejército, ni hablar con Efigenia. Oyendo esto el Sultan, quedó suspense: pregun-*

<sup>1</sup> Examínense cuántas virtudes resplandecen en esta generosa confesion de Miseno, en presencia de un juez bárbaro é irritado, y de una pira ardiendo. ¡Qué espíritu de religion tan puro, qué se tan viva y constante, qué conformidad con la voluntad de Dios tan firme, qué amor de Dios tan sublime, qué amor del prójimo tan heroico, y qué deseo del martirio tan eficaz! De este pasaje, pues, se evidencia que arribó Miseno á lo mas elevado del heroismo cristiano católico.

ta, inquiera, y vuelve á hacer mil exámenes; y siempre halla la misma verdad; entonces le habla al reo de este modo:

18 Estoy, Miseno, obligado á daros crédito, porque vuestra verdad aparece clara como el sol, cuando yo os juzgaba criminoso por haberme robado esta esclava. Pero vos, Efigenia, ¿qué disculpa podeis alegar de vuestra feísima infidelidad? Yo os estimé, yo os amé con preferencia á todas mis esclavas, y de ninguna recibí hasta ahora afrenta semejante: Miseno ha probado su inocencia; mas vuestra culpa es tan notoria, que no da esperanzas de la menor excusa: con todo, hablad si podeis en vuestro abono. Decia el Sultan estas razones con una suavidad que no se habia visto otra vez en sus palabras. Admirábanse todos, y él tambien de sí se admiraba, porque no se conocia; y solo de este modo sentia refrigerio en su corazon.

19 Efigenia saludándole con el acatamiento que estaba acostumbrada, le dijo: Vuestro precepto, señor, en vez de serme favorable, me es sumamente penoso; y ahora antes quisiera vuestra ira que vuestra clemencia. No juzgueis que esto es desprecio de vuestra inaudita benignidad, sino confusion del delito que cometí contra el Dios que adoro: y ver que solo por medio de vuestra venganza podia satisfacer el haberle sido infiel. Por lo que á vos toca, sabed que nunca lo fuí. Amásteme, señor, es verdad, lo conocí; y sensible á la fineza de vuestro corazon, tal fue la correspondencia del mio, que me olvidé... ¡Ah, cielos, que fuísteis testigos de mi culpa, sedlo ahora de mi arrepentimiento! Me olvidé de mi nacimiento, me olvidé de mí, y hasta de Dios me olvidé por estimaros á vos: ved si os podia corresponder con mayor exceso. Dios es quien ahora me debe castigar, porque él es quien por vuestro miramiento fue ultrajado. Mas ahora reflexionando y volviendo en mí, quiero volverme á mi Dios: si quereis castigarme, hacedlo, porque solo así podré ser feliz. No me retardeis, os pido, semejante gloria, pues solamente mi sangre podrá limpiar la mancha que me hace horrible á sus divinos ojos, y aun á mí misma. Dejadme, pues, señor, dejadme ir á mi suplicio, que bien merecido le tengo. En esto hacia fuerza para irse acercando al lado donde estuviera mas pronta para ser quemada de las compañeras.

20 Asombróse el Sultan, y mudando de aspecto, la dijo con afabilidad: Efigenia, si fuísteis infiel á vuestro Dios, él y no yo es quien os ha de castigar, porque no nació el Sultan de Iconio para vengar las injurias del Dios que no adora. Á él le disteis palabra antes que me conociéseis á mí; debeis cumplirla. Si me preferísteis á todo, y

aun á vuestro Dios, no puedo ni debo quejarme, ántes lo debo reputar por obsequio, y por obsequio excesivo. Volveos, pues, que yo os dejo libre; volveos, si quereis, al Dios que adorais, y sea Miseno vuestro conductor. Salid ambos de mis Estados con prontitud, pero salid con honor y en paz. Esto dijo el Sultan; y volviendo la espalda, se retiró hácia dentro, dando órden que fuesen los dos declarados inocentes bien tratados, y acompañados con la mayor decencia hasta la raya de sus dominios.

21 Habian huido por el mismo camino el Conde y Neucasis, temiendo uno y otro que si se descubria la verdad, los buscarian para castigarlos; y quedaron admirados y aturdidos, cuando el dia siguiente vieron venir á Miseno con Efigenia. El Conde no atinaba á tomar partido. Mas por fin su corazon voluble le impelia fácilmente á postarse rendido y mudo á los piés de Miseno, el cual señoreándose tambien de todos los movimientos de su corazon, sin hablar palabra le abrazó y levantó urbanamente. Neucasis malicioso todo lo observaba, aunque algun tanto tímido y cobarde; pero esperando siempre salir bien á fuerza de malicia y de simulacion. Dudaba cuál de los tres podria ser mejor apoyo para lo futuro; y no sabia dónde fijar el norte de sus acciones. Agradar á Miseno era lo mas seguro; pero le parecia muy difícil haber de representar por mucho tiempo el papel de la virtud sin el cual era imposible entrar en su agrado. Al Conde, ya él veia que no podria tener la aprobacion de Efigenia, pues observaba que esta ni aun los ojos podia poner en él, porque con solo oír su voz se horrorizaba. Y cual ave de rapiña, que habiendo perdido la presa se levanta á lo alto, se remonta y anda girando por los aires, para observar quién ha de ser el miserable objeto de su crueldad, así era Neucasis.

22 De este modo caminaban los cuatro como mudos: en el Conde la vergüenza, en Efigenia el arrepentimiento, y en Neucasis la malicia producian el mismo efecto que en Miseno causaba la prudencia, hasta que en fin rompió este el silencio por causa del Conde, á quien veia sumamente afligido, y le dice generoso: No temais, hijo mio, que os aborrezca, ó que para abandonaros me acuerde de los lances pasados. Yo debo suponer que nací hoy, porque el cielo me libró de la muerte en este dia, y de aquí adelante reputaré mi vida como si Dios me hubiese enviado al mundo de nuevo. ¿Y será acaso razon que una vida nueva milagrosa comience por una accion indigna, cual seria vengarme, y vengarme de las ofensas contra otro Miseno que habia de perecer, pues este que veis ahora ya es otro? No

tengais ese recelo. Extinguió Dios el fuego de la ira que habian soplado contra mí en el corazón de Rovadin, ¿y soplaré yo en mi corazón las llamas de la ira para vengarme? No, hijo mio, nunca, y mucho menos ahora, tuve por loable la venganza. Vuestros yerros no podrán justificar los míos; obrad como quisiéreis en cuanto á mí, que yo siempre debo seguir el pensamiento de trabajar, ó para haceros feliz, ó para disminuir vuestra infelicidad. Cuanto mas me ofendeis, mas necesidad teneis de mis consejos, que no es el médico inútil cuando se enfurece contra él el enfermo por exceso de la fiebre que le consume, ó en fuerza de un frenesí maligno que le priva de sus sentidos.

23 Á mas de que vos en nada habeis impedido mi felicidad; ahora como este es el fin á que únicamente aspiro, no me debo dar por agraviado. Que los hombres me sean reconocidos ó ingratos; que me procuren la vida ó la muerte; que me vituperen ó alaben, nada de eso ayuda, nada impide el que consiga lo que pretendo; por tanto, para mí todo es lo mismo. Antes, si os acordáis de confesar la verdad, vos, hijo mio, habeis concurrido mas á mi bien que á mi mal: porque yo en mi soledad tenia las pasiones en sosiego, pensaba que las tenia totalmente dominadas y sujetas al imperio de la razón, y ahora conozco que no lo estaban del todo; adormecidas estaban, no muertas ni reprimidas. Los encuentros en que me pusisteis me las despertaron ó hirieron, y así conocí que aun estaban rebeldes, de tal suerte, que me ha sido preciso hacer gran violencia para sujetarlas; pero cada día siento en mi mayor esfuerzo para contenerlas, mi brazo con la lucha se ha hecho mas vigoroso: de manera que observo que las pasiones van desfalleciendo poco á poco: experimento que sus impulsos son menos fuertes, sus gritos menos clamorosos, y ya oyen y entienden mejor la voz de la razón y la escuchan, y ya sin tener atrevimiento de rebelarse, se contentan con gemir mudamente, llorando á escondidas allá en lo mas retirado del corazón. Ahora, ¿cuándo hubiera yo conseguido alguna de estas victorias, si vos no me hubiésteis dado campo para la batalla?

24 Así os doy plena libertad á vos y á todo el mundo, para que obreis como quisiéreis, aunque supongo que igualmente lo haréis sin mi permiso, porque espero conseguir que la fortuna y la desgracia tiren uniformemente del carro de mi felicidad. Los buenos me servirán de modelo para obrar como debo, y los malos de escarmiento para evitar el precipicio. El mundo será mi espejo, el cual igualmente nos sirve cuando nos representa el rostro compuesto, que cuando

nos hace ver sus defectos: de todo debe sacar provecho la buena filosofía. Esto por lo que á mí pertenece. Con todo, si miro á vuestro propio bien, no puedo dejar de alligirme viendo que no acabais de poner freno á vuestras pasiones que á cada paso os violentan y os pierden; vuestra experiencia junta á mis consejos no basta á refrenarlas, temo vuestra última ruina.

25 Yo no la temo, dice el Conde, si vos me prometeis recibir en el seno de vuestra amistad, que indignamente he desmerecido, porque de aquí adelante, primero pasarán las olas sobre el Olimpo, y las entrañas del Etna se verán heladas, que mis pasiones avasallen la razón. Ese volcan interior que ellas me encienden en el pecho, ha de apagarse del todo, y no se ha de dar á conocer ni por el humo. Os doy, señor, mi palabra de honor, que jamás veréis en mí delito que desmerezca vuestra amistad: olvidaos de lo pasado, que yo os libraré de lo venidero. En estas y otras propuestas demasadamente fuertes, y falsamente seguras, continuaba el Conde, y Miseno prudente le escuchaba; mas no quiso dejar que se apartase tanto de la idea que debia formar de sí mismo, por lo que sonriéndose le dice con dulzura: Hijo, mio, si sois hombre, no podeis hablar de vos mismo con tanta certeza. Yo no me atrevo á decir de mí otro tanto, no obstante que la nieve de las canas enfria las pasiones, y la experiencia corrige los yerros. Mirad: cuando un hombre corpulento y pesado deja caer toda la mole de su cuerpo sobre un frágil bordon de caña, y eso en una bajada escabrosa, ¿qué sucede? El bordon se quiebra, él cae, se precipita, y á mas de eso siente la mano herida y traspasada de las astillas de la caña rota<sup>1</sup>; pues así hace quien se fia de sí en la inclinacion de las pasiones. No os fieis, pues, Efigenia, de vos misma, si quereis evitar vuestra perdicion, y cumplir la palabra que me disteis de buscar en el seno de vuestra familia, ó en los desiertos de Palestina, un abrigo á vuestros años, y defensa de los peligros en que os viéreis naufragando.

26 Cada vez me temo mas, dice Efigenia, sin osar levantar los ojos. Nunca imaginé que fuese yo capaz de tantos desórdenes, ni que mi razón se resistiese á creer lo que la propia experiencia me obliga á confesar. Busco y no hallo asilo á mi desconfianza, y no sé dónde pueda abrigarme y defenderme de mí propia. ¡Ah, Miseno! decidme si por ventura es posible que yo reciba alguna seguridad en mi recelo justo. En vuestro mismo temor, dice Miseno, es en donde prin-

<sup>1</sup> Ecce confidis super baculum arundineum contractum istum... cui si innixus fuerit homo, intrabit in manum ejus, et perforabit eam. (Isai. xxxvi, 6).

principalmente debéis afirmar vuestra seguridad, por cuanto rara vez cae quien desconfía y teme la caída; como al contrario, frecuentemente se precipita quien camina con satisfacción demasiada. Los prudentes cuando se ven en los peligros, temen, y temiendo miran, consultan la luz de la razón, reflexionan, discurren, y discurrendo conocen el bien y el mal, y las consecuencias de uno y otro: y de aquí viene que aciertan el camino recto de la felicidad. La doctrina, Efigenia, que voy á daros, es sumamente necesaria para lo que me pedís y para que seáis verdaderamente venturosa.

27 La luz de la razón es un admirable don del cielo, guía soberana para acertar en el camino de la felicidad. Escuchadla bien, y seréis siempre feliz. La luz de la razón es fiel; esta voz celestial nunca nos engaña. No imaginéis que es opinión de los hombres sujeta á capricho, á variedad ó á error, porque es una voz divina, un eco de la verdad eterna, que suena en el cóncavo de nuestro cerebro, de donde pasa al espíritu, y así no puede engañarnos. Ya tenéis experiencia que esta voz interior, ni la podemos entender, ni doblarla jamás, lo que es prueba de ser superior á toda fuerza humana. Corra enhorabuena el libertino á rienda suelta por la entera saciedad de sus pasiones, huya, escape, vuele, que por cualquier parte que vaya, siempre irá tras él el clamor de la razón; y quiera ó no quiera, ha de oírle. Enciérrese en lo mas escondido de su gabinete; tape los oídos á todos los discursos que lo condenan; forme mil ratiocinios á su favor, todo es inútil; por mas que se resista ha de oír claramente la sentencia de la razón, que le dice, *obraste mal*. Quiera despreciar esta voz como preocupacion del vulgo ó fábula de ignorantes: píselo con rabia; sin embargo, ella siempre le condenará con libertad y franqueza: haga trabajar al entendimiento para que le disculpe; sude, fatíguese, esfuerce todos los sofismas, empeñe las astucias ocultas de la elocuencia, dé cuantos garrotes pudiere á esta luz de la razón, que en vano se cansará: pisada, oprimida y sufocada, dará gritos muchas fuertes, y aun se hará oír mucho mas en lo íntimo de su alma. Su sentencia es incontrastable, siempre es la misma, y siempre ha de decir *hiciste mal*.

28 Vé, pues, Efigenia, que esta no puede ser voz humana: aquel tono soberano con que la luz de la razón sentencia á todos igualmente manifiesta que es órgano de voz suprema y divina. Que sea príncipe ó plebeyo, rico ó pobre, poderoso ó desvalido, la voz de la razón con modo igual y absoluto á todos los hace venir á juicio delante de sí, y con sentencia decisiva y sin réplica condena ó absuelve. Aho-

ra, ¿quién sino una voz divina puede tomar este tono tan independiente y tan formidable aun á los mismos Soberanos? Digan enhorabuena ciertos filósofos que la voz de la razón es voz de la naturaleza. Convengo en eso; pero repito la pregunta, ¿y quién es el que formó nuestra naturaleza para darle esa voz? Y por la respuesta veréis que esos mismos filósofos, por sábios que sean, están obligados á confesar que es Dios, como autor supremo; Dios, que es la misma verdad eterna, que por el órgano de nuestra razón nos habla. Consultadla, pues, hijos míos, consultadla sinceramente, y veréis el camino derecho que lleva á la felicidad. ¡Ah, Efigenia! si la hubiéseis consultado bien, no hubiérais abandonado vuestra *Religion*, vuestra *fe*, vuestra *virtud*; pero no hablemos mas de eso, ya el yerro se cometió; perdonadme que renueve el dolor de vuestro corazón con esta triste memoria.

29 Mientras esto sucedia en *Bitinia*<sup>1</sup> trabajaban allá en la Europa los espíritus malignos, forjando en las cavernas subterráneas las ideas mas conducidas para triunfar de la virtud de Miseno; pero el Ángel protector de este héroe, junto con el que estaba destinado para defender la Polonia, se opusieron vivamente á todos sus depravados designios.

30 Ya en este tiempo los ánimos descontentos de los polacos habían llorado su detestable inconstancia; y á pesar de las virtudes de Lesco, suspiraban por la presencia de Uladislao. La respuesta que de este les llevó el Embajador en vez de apagar, solo sirvió de encender mas la sed de gozarle, si no como rey, á lo menos como ciudadano, como consejero, ó como padre: efecto propio de la sólida virtud, porque siempre el corazón, á pesar de las balanzas de la inconstancia, ha de venir á desealarla. Al modo de la aguja de marear, que despues de dar muchas vueltas, ya á un lado, ya á otro, solo en el Norte viene á fijarse finalmente.

31 Parte entonces el Ángel protector de Polonia, como mensajero fiel, á ofrecer los votos de su nacion en presencia del Eterno, deja á Polonia, y de un vuelo rompe las nubes, atraviesa todas las esferas celestiales, y se presenta en la corte suprema<sup>2</sup>. Allí convoca to-

<sup>1</sup> *Bitinia*, provincia del Asia Menor, tiene por lindes al N. el *Ponto Euxino*, al O. á *Paflagonia*, al S. á *Frigia* y *Misia*, al Ocaso, al Bósforo de *Tracia* y el mar *Mármora*. La llaman los turcos *Bescargil* ó *Osmanli*.

<sup>2</sup> Es verdad que es regla de Horacio, que no se ha de llamar á Dios para soltar dificultades; mas á quien aquí llama el autor, no para desatar dificultad alguna, sino para consolar á un hijo benemérito del reino, es un Ángel: así lo

dos los buenos príncipes, que en otro tiempo habian ceñido la corona de Polonia, y á otros ciudadanos de mérito, para que todos juntos hagan mayor fuerza en orden á impetrar del Altísimo el buen despacho de su súplica. Ved, pues, que comienzan á subir por gradas de zafiros y esmeraldas varios príncipes, y delante de todos *Mieceslao I*, quien por beneficio del cielo recibió vista, habiendo nacido ciego<sup>1\*</sup>; y en reconocimiento hizo que todos sus pueblos, que hasta entonces hincaban las rodillas delante de los ídolos, las doblasen al único Dios verdadero. Acompañábale á su lado el conductor celestial, y ofreció al Altísimo los corazones de todos aquellos pueblos que por el ejemplo de aquel Rey le habian adorado en tan vastos imperios, por espacio de mas de dos siglos. Iba á la derecha de *Mieceslao* su esposa *Dobrada* ó *Dambrouca*, hija de *Boleslao I*, rey de Bohemia, la cual con su ardiente celo por la religion romana le convirtió de la idolatría<sup>2\*</sup>. Seguíale *Boleslao I* su hijo, príncipe que fue modelo de los que quisiesen ser perfectos: padre de sus vasallos en el trono, rayo y terror de los enemigos en guerra, y ejemplo de devoción á los pueblos en el templo<sup>3</sup>. Seguíase *Casimiro I* el Pacífico, brillando mucho mas que los otros, porque su virtud habia sido mas resplandeciente: virtuoso en el claustro, y despues en el trono: virtuoso en la vida y en la muerte<sup>4</sup>. En lugar del infame *Boleslao II*, llamado el Atrevido, ese *Boleslao*, que habiendo sido el Alejandro de Europa, dando y quitando reinos; habiendo sido el terror de los vecinos, el encanto de los vasallos y admiracion de todos, por entregarse á los deleites impuros, vino á ser el horror de Dios y de los hombres<sup>5</sup>. En lugar, digo, de este Príncipe infeliz, iba san Estanislao, obispo de Cracovia, el cual por haberle reprendido, fue por él martirizado<sup>6</sup>. Seguíanse en fin todos los demás príncipes, cuyas obras merecieron el agrado del supremo Monarca, y todos pidieron que

hizo *Tasso*; y aun el famoso *Telemaco* se vale de *Minerva*, siendo deidad, para sacar á su héroe de una isla á un lugar solitario, donde se le pronostica su dichoso destino. *La noble libertad que concede el poema, la ignora el vulgo.*

<sup>1\*</sup> De edad de siete años, cortándole el pelo, recibió de golpe la vista. (*Anécdotas de Polonia*, año 932).

<sup>2\*</sup> Hizo que echase fuera siete concubinas; y con el auxilio de los misioneros el papa Juan XIII extirpó la herejía. (*Anécdotas de Polonia*, año 965).

<sup>3</sup> Véase *Comp. hist.* — <sup>4</sup> *Ibid.* — <sup>5</sup> *Ibid.*

<sup>6\*</sup> El Rey para molestarlo hizo que le pusieran un pleito pidiendo el precio de un campo que habia comprado: el Santo no tenia prueba de haber entregado el dinero. El vendedor hacia siete años que habia muerto. Recurrió el Santo al ayuno y la oracion, y con espanto de todos hizo resucitar al vendedor, que se

Uladislao, que andaba peregrinando en el Asia, fuese restituido á Polonia.

32 En el ínterin toda la corte celestial estaba suspensa: todos acompañaban con los deseos las súplicas de aquellos Monarcas, que con las coronas postradas en tierra, las cabezas inclinadas, llenos del mas profundo respeto esperaban la decision del Altísimo. Hé aquí que de parte del eterno Omnipotente les anuncia el Serafín supremo que sus oraciones han sido oidas, y que dentro de poco tiempo se verán cumplidos sus deseos. Suenan por todas las bóvedas celestiales alabanzas y acciones de gracias, y no dejan de entonarse y repetirse perpétuas *Aleluyas*.

33 En este momento por orden suprema va un pensamiento á dispartar la indolencia ó pusilanimidad de Andrés, rey de Hungría; el cual prefiriendo las delicias del tálamo á la gloria de la Religion, se habia tranquilizado descargando su deber en el valor y virtud del Conde de Moravia: sujeto mas propio para las empresas de un divertimento ocioso, que para los trabajos y peligros de la guerra. Tan fuerte le es este remordimiento, que no puede el Rey resistirle, no obstante tener su ánimo engolfado en las delicias y regalos. Consulta á su confidente *Branmano*, cuya figura habia tomado falsamente la furia infernal para la engañosa embajada del Conde. Enmudece el valido; no quiere aconsejar en punto tan delicado. En fin, el Soberano resuelve partir; y deja en sus manos la regencia del reino<sup>1</sup>.

34 Ínterin proseguia Miseno el camino de la Tierra Santa, no solo para acompañar al Conde, que mas resuelto que nunca queria apagar con el bálsamo de sus venas ó con sus proezas la memoria

presentó en juicio, y declaró que estaba pagado del todo el precio del campo, y se volvió al sepulcro.

No cesó la ira del Rey, y por dos veces le mandó matar; pero los asesinos quedaban suspensos por mano divina. En fin, *Boleslao* rabioso le mató con sus propias manos. (*Anécdotas de Polonia*, año 1077).

<sup>1</sup> *Historia de Malta* del abate Vertot, año 1226.

Aquí se toma el autor la licencia de que han hecho uso todos los poetas épicos, anticipando ó difiriendo algunos sucesos que acaecieron en tiempos diferentes, como les hace mas á propósito para exornar la empresa, que es el objeto de su poema, como pueden observarlo los criticos. En la *Eneida* de Virgilio, donde el poeta juntó á *Dido* con *Eneas*, cuando hubo mas de cien años de distancia de uno á otro. Lo mismo hizo *Tasso* en su *Jerusalén conquistada*, en la que se valió de la irrupcion de los árabes, que fue cuarenta años despues. Igualmente *Voltaire* en su *Henriada*, y cuantos poetas épicos ha habido, que no se ciñeron á los fastos, personajes, ni tiempos de la historia pura. Y lo mismo hace aquí el autor, que anticipa el suceso catorce ó quince años.

de los delitos pasados, sino tambien para conducir á Efigenia al lugar de su destino, sirviéndole al mismo tiempo de guarda á su virtud, y de decencia á su sangre. Neucasis poco á poco se iba insinuando en el ánimo de Efigenia, viendo que solo de ella podia esperar por ser princesa, y caminar á sus Estados.

35 Insinuábase sordamente en el corazon del Conde el espíritu de la *envidia*, porque las furias infernales no desistian de la empresa comenzada, y cada vez le era mas horrorosa la figura y el carácter de Neucasis, no obstante haber sido su mas íntimo amigo: cualidad propia de corazones apasionados que se mudan como las veletas de las torres al compás que el viento de las pasiones se muda; cosa bien opuesta á la conducta de los que se fundan en el sólido merecimiento, los cuales no se mudan, aun cuando la fortuna ó las circunstancias faltan. Miseno sin perder tiempo iba instruyendo poco á poco á Efigenia en las máximas que habia de seguir para alcanzar la sólida felicidad, las cuales las iba ella combinando con los dictámenes de la *Religion*, hallando en todo una admirable armonia; y esta era de ordinario la materia de la conversacion de aquellos dias, en que los cuatro caminaban á la Siria, enteramente ignorantes de lo que en el libro eterno estaba determinado.

## LIBRO XXIII.

Agrádase Dios de Efigenia, y el Conde la mira con horror por celos imaginados de Neucasis.—Desafia á Neucasis, y lo mata en el duelo, núm. 4.—No puede llegar Miseno á tiempo para estorbarlo.—Toma el cadáver de Neucasis en sus brazos, y con trabajo le quita la espada de la mano, núm. 5.—Tiene el pueblo á Miseno por el homicida, y lo aprisiona.—Huye el matador, que era el Conde.—Encuentra al Obispo de San Juan de Acre, embajador, y le da noticia de lo sucedido.—Declara al pueblo el Obispo la inocencia de Miseno.—Indica lo mismo una paloma.—El Obispo y Miseno van á ver á Efigenia, y esta se desmaya.—Vase Miseno á Bitinia.—Encuentra en el camino al Conde.—Le enseña tres especies de amor.—Quédase en Asia, y el Conde va á Constantinopla.

1 Desde el altísimo trono en que se manifiesta el Monarca supremo, se inclinaban sus ojos con agrado á Efigenia, que estaba totalmente convertida: toda la infelicidad pasada la servia de basa á su heroica resolucion. La nobleza de su sangre, que la infundia espíritus generosos, empezó á respirar luego que se vió libre de la es-

clavitud, á que la pasion de amor la habia reducido: semejante al águila real, que roto el lazo en que se mira presa, se remonta mas y mas sobre las nubes, y ve con horror el lugar en que hubiera pe-ligrado; así Efigenia no podia ver al Conde sin desagrado íntimo del corazon, no obstante que le veia muy mudado: solo por urbanidad admitia la conversacion de Neucasis, cuyo servicio le era necesario por la delicadeza del sexo, lo dilatado de las jornadas, y las muchas asperezas del camino.

2 En el pecho del Conde hervia la sangre negra y requemada de los celos: cada palabra de Efigenia á Neucasis le era una lanza, cada mirada una saeta. Comienza el entendimiento á ofuscársele y á perdérsele la memoria: olvida todo lo pasado: sus promesas, la doctrina de Miseno, y su experiencia propia todo huye de su reminiscencia. La niebla de su entendimiento sensiblemente se hace mas espesa, llega á ser una nube negra que fulmina relámpagos, estalla truenos, y dispara centellas y rayos. Comienza tambien á mudársele el semblante, los ojos ven las cosas al revés, los oidos adulteran las palabras, el ánimo les da un sentido envenenado; y así, abierta la puerta de su corazon á la furia de los celos, de tropel se le van entrando por ella todas las demás pasiones, y su alma infeliz deja de ser señora aun de la habitacion en que vivia. El odio, la venganza, los recelos, la ira, los engaños, las inquietudes, el amor y la pasion la traen al rededor como un remolino; ya la oprimen, ya la impe-len, ya la levantan, ya la abaten: unas veces la hieren, otras la muerden, otras la despedazan, y la pobre alma desfallece y gime.

3 Cuando los demás reposaban de la jornada al abrigo de las tinieblas, el Conde salia dando gemidos por los campos y bosques, todo entregado á la desesperacion y al error, hasta que una madrugada resuelve desafiar á Neucasis para que disputen en campo de duelo el derecho al corazon de Efigenia, que alevosamente se le robaba este su rival. ¿Para qué he de conservar, decia, una vida que me sirve de tormento? Ó venza yo, ó quede vencido, este infierno solo así se acaba; si muero, no puedo tener penas; si vivo, no tendré quien me las cause. Dijo; y sin admitir el consejo que la luz de la razon le enviaba, al modo de un relámpago va sin detenerse á provocar á Neucasis.

4 El imaginado favor de Efigenia habia ensoberbecido á Neucasis, quien sobre astuto, vil y mañoso añadia ahora de nuevo ser insolente, gloriándose con vanidad de la desgracia del Conde. Acepta desde luego el desafio, y á un bosque vecino se van á disputar con

de los delitos pasados, sino tambien para conducir á Efígenia al lugar de su destino, sirviéndole al mismo tiempo de guarda á su virtud, y de decencia á su sangre. Neucasis poco á poco se iba insinuando en el ánimo de Efígenia, viendo que solo de ella podia esperar por ser princesa, y caminar á sus Estados.

35 Insinuábase sordamente en el corazon del Conde el espíritu de la *envidia*, porque las furias infernales no desistian de la empresa comenzada, y cada vez le era mas horrorosa la figura y el carácter de Neucasis, no obstante haber sido su mas íntimo amigo: cualidad propia de corazones apasionados que se mudan como las veletas de las torres al compás que el viento de las pasiones se muda; cosa bien opuesta á la conducta de los que se fundan en el sólido merecimiento, los cuales no se mudan, aun cuando la fortuna ó las circunstancias faltan. Miseno sin perder tiempo iba instruyendo poco á poco á Efígenia en las máximas que habia de seguir para alcanzar la sólida felicidad, las cuales las iba ella combinando con los dictámenes de la *Religion*, hallando en todo una admirable armonia; y esta era de ordinario la materia de la conversacion de aquellos dias, en que los cuatro caminaban á la Siria, enteramente ignorantes de lo que en el libro eterno estaba determinado.

## LIBRO XXIII.

Agrádase Dios de Efígenia, y el Conde la mira con horror por celos imaginados de Neucasis.—Desafia á Neucasis, y lo mata en el duelo, núm. 4.—No puede llegar Miseno á tiempo para estorbarlo.—Toma el cadáver de Neucasis en sus brazos, y con trabajo le quita la espada de la mano, núm. 5.—Tiene el pueblo á Miseno por el homicida, y lo aprisiona.—Huye el matador, que era el Conde.—Encuentra al Obispo de San Juan de Acre, embajador, y le da noticia de lo sucedido.—Declara al pueblo el Obispo la inocencia de Miseno.—Indica lo mismo una paloma.—El Obispo y Miseno van á ver á Efígenia, y esta se desmaya.—Vase Miseno á Bitinia.—Encuentra en el camino al Conde.—Le enseña tres especies de amor.—Quédase en Asia, y el Conde va á Constantinopla.

1 Desde el altísimo trono en que se manifiesta el Monarca supremo, se inclinaban sus ojos con agrado á Efígenia, que estaba totalmente convertida: toda la infelicidad pasada la servia de basa á su heroica resolucion. La nobleza de su sangre, que la infundia espíritus generosos, empezó á respirar luego que se vió libre de la es-

clavitud, á que la pasion de amor la habia reducido: semejante al águila real, que roto el lazo en que se mira presa, se remonta mas y mas sobre las nubes, y ve con horror el lugar en que hubiera pe-ligrado; así Efígenia no podia ver al Conde sin desagrado íntimo del corazon, no obstante que le veia muy mudado: solo por urbanidad admitia la conversacion de Neucasis, cuyo servicio le era necesario por la delicadeza del sexo, lo dilatado de las jornadas, y las muchas asperezas del camino.

2 En el pecho del Conde hervia la sangre negra y requemada de los celos: cada palabra de Efígenia á Neucasis le era una lanza, cada mirada una saeta. Comienza el entendimiento á ofuscársele y á perdérsele la memoria: olvida todo lo pasado: sus promesas, la doctrina de Miseno, y su experiencia propia todo huye de su reminiscencia. La niebla de su entendimiento sensiblemente se hace mas espesa, llega á ser una nube negra que fulmina relámpagos, estalla truenos, y dispara centellas y rayos. Comienza tambien á mudársele el semblante, los ojos ven las cosas al revés, los oidos adulteran las palabras, el ánimo les da un sentido envenenado; y así, abierta la puerta de su corazon á la furia de los celos, de tropel se le van entrando por ella todas las demás pasiones, y su alma infeliz deja de ser señora aun de la habitacion en que vivia. El odio, la venganza, los recelos, la ira, los engaños, las inquietudes, el amor y la pasion la traen al rededor como un remolino; ya la oprimen, ya la impe-len, ya la levantan, ya la abaten: unas veces la hieren, otras la muerden, otras la despedazan, y la pobre alma desfallece y gime.

3 Cuando los demás reposaban de la jornada al abrigo de las tinieblas, el Conde salia dando gemidos por los campos y bosques, todo entregado á la desesperacion y al error, hasta que una madrugada resuelve desafiar á Neucasis para que disputen en campo de duelo el derecho al corazon de Efígenia, que alevosamente se le robaba este su rival. ¿Para qué he de conservar, decia, una vida que me sirve de tormento? Ó venza yo, ó quede vencido, este infierno solo así se acaba; si muero, no puedo tener penas; si vivo, no tendré quien me las cause. Dijo; y sin admitir el consejo que la luz de la razon le enviaba, al modo de un relámpago va sin detenerse á provocar á Neucasis.

4 El imaginado favor de Efígenia habia ensoberbecido á Neucasis, quien sobre astuto, vil y mañoso añadia ahora de nuevo ser insolente, gloriándose con vanidad de la desgracia del Conde. Acepta desde luego el desafio, y á un bosque vecino se van á disputar con

la espada la razon que ninguno de los dos tenia. De una parte se veia el furor, de otra la sangre fria y la destreza. Nunca Marte tuvo retrato tan vivo como lo era el Conde: su brazo era una roca cuando paraba, un rayo cuando partia. Neucasis voluble, pronto, listo y sagaz leia en los ojos del Conde todo cuanto él premeditaba para evitar el golpe; en un instante se dan mil embestidas, y así de una como de otra parte parecia el peligro inevitable. La horrible muerte, tomando alas de murciélago, vuela por el campo del combate indecisa sobre quién de los dos había de ser el blanco de su tiro, amenazando alternativamente con su fatal guadaña á entrambos combatientes. El valor y la cólera la impelían hácia un lado, la astucia y la destreza hácia otro. El Conde ciego y furioso no veia su propia sangre, ni sentia sus heridas. Neucasis mas sobre sí evitaba las suyas. La muerte se recreaba en la lucha que le preparaba la presa: hasta que por fin con aquella fuerza inevitable, á que nunca resiste brazo alguno, arroja el funesto instrumento contra Neucasis, cuando él engañado de sus pensamientos, corriendo con la espada contra el Conde, yerra el golpe, y se clava la de su enemigo por el corazon; cae luego en tierra. Respira entonces el Conde victorioso, y arrancando de aquel corazon malvado el mortífero hierro, deja salir envuelta en negra sangre el alma palpitante, que furiosa y desesperada se va á precipitar en los abismos. Vuélvese á mirar al rededor lleno de vanidad, semejante al gallo<sup>1\*</sup>, que vence á su contrario en público combate, y puesto sobre su cadáver canta desvanecido y ufano su victoria.

5 Mas al volverse envainando la espada teñida en el rojo humor, todavía caliente, da con los ojos en Miseno, quien advertido del desafío, venia casi volando á evitarlo. Aun llegó á ver de lejos darle el golpe mortal, vió caer al infeliz, y corre á darle socorro; bien veia, mas no quiso mirar al Conde. Ve que el cadáver luchaba con la tierra, como lagartija partida en dos mitades, que se vuelve y revuelve con mil movimientos. Ve que la sangre humeando salia de la herida á borbotones; que los ojos aun abiertos y espantados parecia estaban vivos, y la boca trémula y espumeando como que aun amenazaba á su enemigo. En esta disposicion lo abraza Miseno, y sentándose sobre una piedra, se lo pone como puede sobre las rodillas,

<sup>1\*</sup> Entre todos los animales que combaten públicamente, no hay ninguno que lo haga con tanta vanidad como el gallo, particularmente los de Inglaterra; en cuyas contiendas públicas se cruzan muchos miles de doblones: por eso se escogió para la semejanza de la vanidad del Conde, vilmente satisfecho de su victoria oscura.

para (por si aun fuese tiempo) llamarlo á vida. Cáesele al infeliz el brazo desangrado, pendiente la espada, muy apretada en la mano sin quererla soltar. Llámale Miseno repetidas veces, ya por su nombre, ya por el dulce epíteto de amigo; mas Neucasis no responde: los abismos retienen su alma encarcelada; y en fin el cadáver pierde todo movimiento, y frio, pálido y pesado se desliza de las rodillas, y cae. Miseno se esfuerza á arrancarle de la mano la espada, lo que con trabajo consigue, y con ella en su mano teñida en sangre, levanta los ojos al cielo á pedirle socorro; y sin saber lo que hace, ni á dónde va, se embreña en un bosque vecino, lamentando la desgracia de sus semejantes.

6 Alborotado el reino subterráneo con el nuevo huésped, sale furioso el espíritu del error para aprovechar la ocasion de vengarse de Miseno. Convoca la gente vulgar y á todo el pueblo, á ver el camino del desafío, y el cadáver del infeliz; y aun vieron muchos á Miseno inclinado sobre él, y que salia con la espada en la mano toda ensangrentada, y salpicados de sangre los vestidos. El error les hace creer sin exámen que él había sido el agresor, y cada uno le forja en su imaginacion el motivo, al que sabe darle todo el color de verdad. De boca en boca pasa la mentira acreditada con testimonio universal del público, y ninguno se atreve á dudar, solo porque los demás no dudan. *Muera, muera el asesino*, clama el pueblo: el concurso viene á ser tumulto, el tumulto motin: lo circunvalan, gritan, alborotan, atruenan el bosque; y Miseno absorto, suspenso y con la espada en la mano junto á un árbol, está hablando muy de espacio consigo mismo, preocupado con todo con la perdicion de Neucasis, con la desgracia del Conde, y con los trabajos en que este le pone á cada paso, privándole de la tranquilidad y sosiego en que antes vivia; mas aunque turbado y afligido discurre sobre lo que deberá hacer en este caso.

7 En la postura dicha, recostada la cabeza sobre el brazo, y el brazo al tronco de una encina, absorto y pensativo le hallan y prenden, sin que él lo advierta, hasta que aprisionado lo arrebatan. Esta suspension, decian ellos, es efecto del horror que tiene de sí mismo por haber cometido tan abominable crimen: que todo sirve de prueba á un juicio preocupado. Así preso y maniatado Miseno, no tiene lugar de decir una palabra: que tanta era la gritería, la furia, y tantas las injurias del pueblo contra él; pero el mudo y callando se decía á sí mismo: más feliz que la del Conde y la de Neucasis es mi



suerte. El Ser supremo, Uladislaio, no te condena; ¿qué importa, pues, que te acusen los hombres? Si en el país de la verdad estás inocente, ¿has de ser criminoso en el de la mentira? ¿Qué mal te puede suceder? ¿Privarte de la vida? Así, pues, te quitarán los dolores de una larga enfermedad, y los tormentos de la medicina, á que tus años naturalmente te conducen: te quitarán tambien los desórdenes de que es capaz tu libertad, que son los que te harian desgraciado, y verdaderamente infeliz. Nada puede suceder mas glorioso á un hombre que morir inocente. Yo seré tal por toda una eternidad, cual me hallare en el último momento que tuviere de ser libre. La muerte es un clavo que fija para siempre el estado en que cada uno fallece. Si estando á los ojos de Dios inocente pusiere fin á mi vida trabajosa, estoy cierto que seré perpétuamente dichoso. Pues, ¿qué cosa mejor puede acontecer? Esto dijo, y sonriéndose al mismo tiempo, miraba á los que le conducian á la cárcel con agrado: cosa de que notablemente se admiraron todos; mas él, sin confesar el delito, no lo negaba claramente, haciendo tiempo para que el Conde pudiese escaparse, pues no quería comprar á precio de la muerte ajena la propia reputacion ni la vida.

8 Sabe Efigenia el caso, y corre ligera al lugar del conflicto. Ve á Neucasis muerto, oye que Miseno va preso, y que el Conde, único autor de todos los males, huía; y por entre el mucho gentío rompe con ímpetu, al modo que la luz del sol por entre el estorbo de las nubes. No lleva Efigenia el adorno digno de su nobleza, ni la pompa correspondiente á su estado; mas un no sé qué de grande brillaba de tal modo en su semblante, que todos la respetaban. Levanta el brazo, y les dice: Deteneos, no culpeis al inocente, que no fue él el matador. ¿Y cómo que no, clama todo el pueblo á una voz, si todos le vieron cometer el horrible homicidio? Tal vez por mandato vuestro lo habrá hecho. Ese vuestro proceder, señora, quienquiera que seais, en vez de justificarlo á él, á vos os condena: retiraos, pues, si no quereis ser comprendida en el castigo del crimen, del cual parece que habeis sido autora. *Oigame el Dios de la verdad*, dice entonces Efigenia levantando los ojos al cielo, y él solo me sea testigo. Vuelve la espalda, y se retira derramando el corazón por los ojos; el corazón, que ardiendo se derretia á fuerza de la afliccion, y le quemaba con lágrimas inflamadas el rostro ya encendido.

9 Este encuentro de Efigenia no dejó de hacer impresion en el pueblo; pero estaba tan firme en el juicio de todos la preocupacion

del delito, que juraban haber visto lo que jamás existió. Entretanto Efigenia cerrada en su habitacion, y postrada delante de Dios eterno, le dice de este modo:

10 El lodo y la tierra vil no tienen valor alguno á vista del Ser supremo é infinito: yo lo confieso, Señor; mas ¿á quién ha de recurrir un corazón afligido, sino á quien le formó? ¿quién ha de proteger la inocencia, sino quien la conoce? ¿quién la ha de amparar, sino quien la estima y ama? En la vasta é inmensa multitud de entendimientos, solo el vuestro, Dios mio, conoce la pura verdad: solo Vos la amais puramente, y así estoy cierta que habeis de salir en defensa suya. No me preciseis á que yo os apunte los medios, porque vuestro poder no tiene límites, y vuestra ciencia es sin término. Sin embargo, así lo espero, sin que entienda el cómo, porque creo que habeis de acudir á la inocencia; y descanso mas en Vos que descansaria en mí, aun cuando en mi mano estuviese defender á Miseno, porque Vos sois justo infinitamente mas que yo, é infinitamente mejor que yo conocéis y amais la verdad. Esto dijo bañada en lágrimas de fuego; y levantándose alegre, llena de ánimo y valor, lucha á brazo partido con los pensamientos fúnebres que se le ofrecian continuamente.

11 De tres compañeros, decia, que ayer me servian, uno ha muerto, otro ha huido, el tercero va á ser ajusticiado, y yo desconocida, delicada y sin amparo me hallo en países incógnitos y bárbaros. Mi religion es diferente, los años tiernos, y la hermosura expuesta. ¡Ah, y qué fin tan desgraciado me espera! Pero no. Vos, soberano Señor, que me criásteis, sois mi padre: Vos me veis, y esto me basta. Oia el cielo con agrado estos gemidos, y de antemano le habia preparado el buen despacho.

12 Á este tiempo el Conde aturdido y avergonzado de sí mismo, tomando una posta, y doblando las marchas se retiraba con deseo de pasarse á Europa, cuando hé aquí que á la segunda jornada encuentra al Obispo de San Juan de Acre, segundo embajador, que con Aymar, señor de Cesarea, habia ido á Francia á proporcionarle esposo á la Reina de Jerusalem: por la cruz que llevaba el Conde en su uniforme conoce el Obispo que era caballero de la Cruzada, y quiso informarse de quién era, y por qué causa se retiraba de Palestina tan triste y pensativo, como lo manifestaba el semblante. La narracion que hizo el Conde del suceso arrancó lágrimas al Obispo, las que pasaron inmediatamente que oyó pronunciar el nombre de Efigenia. Reflexiona el Embajador, pregunta, examina, entra en una

menuda informacion de este nombre, y el Conde se lo descubre todo, declarándole el maravilloso suceso de Iconio. Múdase de repente el semblante del buen viejo, porque los afectos del corazon se mudaron: á la compasión sucede el gozo, á la pena y afliccion el júbilo, y á las lágrimas de dolor las de consolacion y alegría.

13 Era Efigenia sobrina del Obispo, á quien sus padres habian llorado muchos años por muerta, y él (que no la creía difunta) la lloraba perdida en los brazos del Sultan: ahora sabiendo su feliz mudanza no podia contener el regocijo, ni acertaba á explicarlo; aun hablaban mas en el Prelado sus ojos enternecidos que su lengua, y así vuela pronto y ligero á buscar á su sobrina: empero el Conde queda indeciso; y dudando lucha consigo mismo, sin saber qué hacerse. No sosiega de noche, ni de dia puede aquietarse: llama, y no puede coger el sueño; ni aun puede cerrar los ojos, ni tampoco puede apartar de su imaginacion la horrible figura de Neucasis moribundo.

14 Esta triste imágen le es un continuo verdugo que sin cesar le atormenta. Aquel rostro fiero, aquellos labios amoratados espumeando negra y vengativa sangre; aquellos movimientos convulsivos y descompuestos; aquella amarillez cárdena, aquellos gestos horribles, aquel revolver los ojos espantados, aquel querer la lengua articular palabras, y acabar en bramidos; en fin, la imágen viva de la horrenda muerte es el objeto que siempre tiene á la vista, y cuanto mas huye de él, tanto mas le persigue aquella funesta sombra. Corre vagante por los campos, sube á los montes como loco, y como frenético baja á los valles: en un momento se vuelve al cielo, á la tierra, á los bosques, á sí mismo; acomete furioso los aires con la espada desnuda queriendo herir á los vientos; y á sí propio se da golpes desesperados.

15 ¿Qué es lo que hice? (se preguntaba á sí mismo, sentado en la cumbre de un monte, afligido y pensativo) ¿qué es lo que hice? Quise disputar con la espada el corazon de Efigenia. ¡Ah, qué loca disputa fue la mia! pues cualquiera que fuese el suceso yo siempre la perdía. Muerto, quedaba privado de sus agrados; matador, habia de ser (como ya lo soy) el objeto de su odio. ¡Qué loco empeño pretender agradar por los medios mas infalibles de ser con razon aborrecido! Si Efigenia no fuese de un corazon noble y bien formado; ¡aun así era imposible que despues [de este atentado cruel me amase, viendo que yo arruinaba su reputacion y su crédito! ¿Quién no hablará hoy de Efigenia, siendo ella la ocasion, aunque inocen-

te, de mi barbaridad? Su nombre será profanado, y la culpa yo la tengo. Grande mérito fue este desatino mio para conseguir sus agrados. ¡Ah, y qué indisciplpable fue mi frenesí! ¿Acaso por ser mas diestro en los movimientos, ó mas fuerte en el brazo, ó mas venturoso en los golpes era yo amable? ¿No poseía Miseno todo su corazon por medio de la virtud? ¿No se habia resfriado para consigo el amor de Efigenia, conociendo los delirios de mi alma depravada? Pues si queria agradar á quien ya tenia el alma pura, preciso me era ser puro y virtuoso como ella. ¿Acaso mi espada separaba de mí los delitos que me hacian feo á sus ojos? Y ¿no añado ahora este nuevo que me hará execrable por todos los siglos? Si Efigenia fuese un tigre cebado en sangre humana, buen medio hubiera sido este para agradarle; pero siendo un alma esclarecida, ¿qué locura fue proceder yo de este modo? ¡Ah infeliz ceguera de mis pasiones! ¡Oh, si yo hubiera oido á Miseno! Y diciendo esto, el furor le hacia correr como frenético por los montes y valles, sin saber á dónde.

16 Á este tiempo se hallaba ya el Obispo en el lugar del desastre, donde se preparaba el vulgo amotinado para apedrear á Miseno. Sin formalidad de tribunal, el pueblo era el juez, el testigo; y el ejecutor de la sentencia. Miseno no era oido, porque no era preguntado. *Muera el asesino*; esta era la voz de todos, este el deseo, este el pregon comun con que unos á otros se incitaban. En vano Efigenia habia intentado disculpar á Miseno; porque siendo su persona desconocida, no podia ser su mediacion de peso ni autoridad. Llega, pues, el Obispo, y su presencia y el respeto de embajador de la Reina de Jerusalem, el esplendor de la dignidad, y el séquito y acompañamiento digno de su carácter, suspenden por un momento la plebe. Pregunta el Prelado el caso; oye, y condena con ellos al asesino, pero afirma, protesta, asegura y jura que está cierto de la inocencia de Miseno, declarando que él sabe quién es el delincuente, y que lo sabe por su propia boca. No querian darle crédito, que tan ciego es el juicio del comun cuando le domina la preocupacion; y á mas de eso, Miseno, ya conducido al patíbulo, parecia confesar el crimen con su silencio, llamándole no obstante á la plaza pública donde el Obispo se hallaba: conjurándole para que por el sepulcro del Profeta diga la verdad. Miseno calla, requiérele el Obispo por la cruz que traia al pecho, y él entonces habla de esta suerte:

17 Mucho me agrada, amigos, el horror que manifestais al homicidio: esta saña y rabia que contra mí teneis, imaginando que fui el asesino, en vez de ofenderme me complace; porque no hay cosa

mas horrible que destruir un racional á su semejante; y creed que si yo fuese el culpado no me podria sufrir á mí mismo; mas sabed que estoy del todo inocente: séanme testigos los cielos y la cruz, por la cual me conjurais: yo acudí al duelo para evitarlo; mas llegué tarde: quise dar socorro y alivio á un amigo moribundo; y aunque solicité recibir en mis brazos su corazon palpitante, fue inútilmente, porque ya habia espirado: quise entonces darle por lo menos sepultura, para eso con mucho trabajo le pude quitar la espada de la mano con la mia, y en esta postura me prendieron. Esta es la pura verdad. No obstante, podeis disponer de mi persona como quisiéreis: que la vida y la muerte me serán del mismo valor; porque quiera una ó quiera otra, será inocentemente.

18 En este mismo tiempo una blanca paloma aparece en los aires volando, y dando muchos giros sobre el congreso, todos la siguen con los ojos, y ven que bajando rápidamente deja caer sobre la cabeza de Miseno una hermosa azucena, y se retira ligera otra vez á las nubes. Claman los turcos á una voz que está inocente Miseno. Síguese á esta aclamacion pedirle que se retire al homicida, ya que habia asistido al duelo; mas el Obispo los contuvo, diciendo sin rebozo, que el matador era el Conde de Moravia, y que estaba ya fuera del distrito en que pudiera ser buscado. Pidió entonces que se le entregase Miseno libre, lo que así se ejecutó, y el Obispo quiso que él le condujese á donde Efigenia estaba, la cual oculta y encerrada temia y esperaba alternativamente, levantando unas veces su corazon hasta el cielo con los impulsos de su fe, y decayendo de cuando en cuando, por la flaqueza del sexo, en el último desaliento.

19 En esto entra Miseno en su habitacion acompañado del Obispo: Efigenia mira, mas no ve, porque no da crédito á sus ojos; le parece que es Miseno, mas se persuade ser figura ó imágen con la que su fantasía la engaña. Tambien le parece que es el Obispo su tio; pero sospecha que esta representacion aun es mas engañosa, y queda suspensa. Con todo, la naturaleza obra siguiendo el orden de sus impulsos, y la alegría, el pasmo, el rubor, todo la asalta á un tiempo. No tenia el alma preparada para estos movimientos impen-sados; y como si pasase de un calor excesivo á un repentino hielo, queda enajenada é inmóvil. El tio le habla con expresiones de amor: Miseno la llama por su nombre: Efigenia espantada quiere responder, y comienza á proferir unas palabras sueltas, que quedándose medio fuera y medio dentro de los labios, venian á perderse en el aire. Caee desfallecida, quedando por mucho tiempo pálida y fria co-

mo muerta. Luego despues su alma empezando como á volver á la vida, imagina que un vano, bien que agradable sueño, le ha causado aquella rara ilusion para ocultarla al dolor; y vuelven á su fuerza antigua las palpitations de aquel corazon poseido de pena. Entonces se desata en un llanto seguido, interrumpiéndolo con sollozos, y con estas palabras, que los labios apenas podian articular: ¡el inocente castigado, y yo perdida! y cae otra vez en el letargo.

20 Comunicase la afliccion al Embajador y á Miseno: con todo, este con ánimo mas experimentado sosiega al Obispo, Efigenia poco á poco va volviendo en sí; y sin embargo de ver lo que veia, no se atrevia á hablar temiendo ser todo ilusion imaginaria de su cerebro ofendido. Miseno entonces le dice blandamente: No receleis engaño, señora, que es verdad cuanto estais viendo. Dios lo hizo, y nada es arduo á su poder, pues cosas mucho mayores tiene hechas por mí y por vos.

21 Como el *crepúsculo* \* de la mañana, cuando el dia alegre va saliendo insensiblemente del regazo de la noche, y poco á poco se van disipando las tinieblas, así se fué restableciendo Efigenia con el tiempo; en este intervalo habia instruido Miseno al Obispo de su conversion maravillosa; y aquí fue cuando Efigenia volvió del desmayo enteramente, sin haber tenido que pasar por la vergüenza de oír hablar de sus precedentes flaquezas.

22 Siguióse á esto referir el Embajador lo que el Conde habia empezado á contar acerca del negocio de su embajada; y con este motivo supo Miseno que el Rey de Hungría á instancias del Obispo, y agitado de los remordimientos de su conciencia, se habia puesto en marcha hácia Constantinopla, para pasar desde allí á la Tierra Santa. Lo que oido por Miseno juzgó que el Conde se retiraria á Europa, pues solo habia venido á militar interinamente á nombre de su cuñado, mientras este no lo hacia en persona; y todos tres fueron de dictámen que seria acertado que Efigenia en compañía del Embajador su tio se retirase á su casa, y Miseno se volviese al sosiego de Europa; pues el fin de acompañar al Conde ya se habia terminado. Tomada esta resolucion, instruyó Miseno á Efigenia con los consejos mas oportunos, y en el mismo carruaje que habia llevado al Embajador fue conducido Miseno en pocos dias á un lugar de donde se veian las ruinas de la célebre *Troya*<sup>1</sup> quemada por los griegos, la cual queda algunas leguas antes del estrecho de Constantinopla,

<sup>1</sup> *Troas* ó *Troade*, que hoy se llama *Frigia Menor*, region del Asia, de la que fue su capital la memorable *Troya*, es el sitio donde no se ve de lo que

y en este lugar encontró al pérfido Conde que también quería pasar á Europa.

23 Quería esconderse de Miseno; pero Miseno le busca con la misma amistad que antes, y como si nada hubiese acaecido, le dice: No penseis, hijo mio, que Miseno ya no es Miseno: los principios que me mueven á obrar son siempre los mismos; espero que me veais perpétuamente constante en mi procedimiento respecto á vuestra persona. No quiero decir que igualmente amaré el bien y el mal, que eso sería injuria de mi corazón. El Conde de Moravia obrando bien, no es el mismo Conde de Moravia obrando mal; ahora siendo vos diferente de vos mismo, es preciso que si un corazón bien formado os ama en un estado de un modo, en otro no os ame de este mismo modo; pero puede amaros en todo tiempo. Respiró el Conde con este preludio; y abrazando tiernamente á Miseno, procuraba lavar con sus lágrimas sus pasados crímenes. Miseno entonces le dice: No os ocupeis en asegurarme vuestro arrepentimiento, porque estoy bien persuadido de él. El mal es tan feo por sí mismo, que basta verlo después de pasar la ceguedad de la pasión que nos ofusca para luego mirarlo con horror; mas yo quisiera por última despedida (porque supongo que os *retirais á vuestra familia*<sup>1</sup>, y yo á otro destino), quisiera, digo, por despedida instruiros bien en el punto que os ha de ser mas útil. Veo que reventais por ser amado, y que este es el punto mas vivo de vuestra pasión y el que os precipita en mil excesos; ahora quiero comunicaros las máximas que adquirí con la reflexión y la experiencia, en las cuales se encierra un arte bien útil, y que os será muy agradable.

24 ¿De qué arte hablais, le dice el Conde? Del arte, dice Miseno, de hacerse cada uno amar de Dios y de los hombres: reparad que digo de hacerse amar, porque practicando sus dictámenes por fuerza han de amaros: Dios ha de ser el primero que no podrá desprendarse, permitaseme hablar así, no ha de poder desasirse de la fuerza que le obliga á que os ame, y esa misma suave violencia experimentarán también las criaturas.

25 Quedó el Conde suspenso sin atreverse á poner duda en lo

fue Troya sino un monton de cenizas; está á tres millas del Egeo hácia el estrecho de los Dardanelos, y distante de Constantinopla 63 leguas.

<sup>1</sup> Aquí se supone que el Conde tenía familia, y en el libro XVI, núm. 22, que vivía su esposa, y en efecto su esposa era la condesa Sofronia, que vivió en Olmütz, ciudad capital de la provincia de Moravia, ya muerto el Conde. Ahora estaría con su cuñada la Reina de Hungría.

que Miseno pronunciaba, bien acostumbrado á salir convencido de todas sus réplicas; pero sus ojos y su fisonomía decían lo que su boca no se atrevía á proferir; y Miseno entonces le dice:

26 Tres especies hay de amor en un corazón bien hecho: amor de *compasión*, amor de *benevolencia*, amor de *amistad*. Con el primero amamos á cualquier miserable, sintiendo en parte sus mismos males. Con este amor debemos amar á los malos; y cuanto peores ellos fueren, tanto mas viva nos debe ser la compasión de su miseria. Los miembros de un cuerpo se resienten todos del mal que el otro miembro padece: siendo, pues, todos los hombres miembros de un solo cuerpo por ley indispensable de la naturaleza, debe cada uno sentir el mal que á cualquier otro hombre le aflige; y esto aun cuando el doliente por tener su alma gangrenada no lo sienta, como sucede mil veces. Con este amor nos ama Dios, aun en nuestros mayores desórdenes.

27 El segundo amor es de *benevolencia*, cuando á otro le hacemos algun bien porque ciertamente le amamos: este amor se extiende también á los indignos, cuando el corazón es generoso. Sobre buenos y malos formó la mano suprema esa bóveda celeste que á todos nos cubre. Dios lleva de unos países á otros sucesivamente por todo el mundo ese brillante planeta, para que á todos caliente y alumbre; y no hace menos fértil la tierra que huellan los piés ingratos, que la que pisan sus amigos verdaderos, y derramando su lluvia sobre la haz de la tierra, á todos beneficia con sus favores: luego á todos nos ama.

28 Pero la tercera especie de amor, que es el de *amistad*, no es sino para quien le merecé; y este amor, el mas precioso y estimable entre todos, es el que podeis conseguir sin que ninguno os lo dispute ni os lo pueda negar. No confundais con este amor noble la pasión brutal, furiosa y ciega, de la que un toro, un caballo ó cualquier vil bruto se deja llevar. No lo confundais, os ruego, porque es mucho mas excelente este amor de que os hablo: tiene las raíces en el entendimiento, el alma en el corazón, los ojos en las perfecciones, y el atractivo en la sólida virtud. Sed, hijo mio, bueno, y bueno con voluntad sincera, y veréis que todo el mundo corre á abrazaros; hasta los que por motivos particulares murmuraren de vos, en el gabinete secreto de sus corazones serán vuestros panegiristas. Vos habeis corrido el mundo; y yo aun le conozco mas que vos: ¿y qué hombre habeis encontrado jamás que no ame una virtud ingénuo, natural y sincera? Es tan imposible que el corazón de cualquier hom-

bre conociendo la virtud no la ame, como que nuestro entendimiento conociendo la verdad no la crea. Si el Danubio corriera hácia arriba, si las flores huyeran del sol, los peces del mar, y la aguja del Norte, aun entonces no creeria que pudiera huir de una virtud sincera en el corazon de los mortales: haced fuerza al vuestro, y experimentad si podeis impedirle que no la ame aun pintada solamente en vuestra idea, y veréis que os es imposible: ¿qué fuerza, pues, no tendrá para atraer al corazon del hombre la virtud que realmente sea sincera, sólida y constante?

29 No puedo negar, dice el Conde; pero ¿qué he de hacer teniendo el corazon que tengo? Hijo mio, responde Miseno, conmigo es con quien hablais. Acordaos de lo que os tengo dicho de mí: no son vuestras pasiones mas furiosas que fueron las mias; pero pude amansarlas, y he salido bien de la empresa que me propuse, que es hacer hasta de mis enemigos amigos. Esta empresa es mas honrosa que conquistar todo el mundo; porque eso es hacer tantos enemigos, como son los pueblos conquistados y oprimidos; y del modo que yo os persuado es atraer á todo el mundo, y ganarlo para amigo.

30 Si Efigenia se os mostraba mas indiferente, vos sabéis el motivo: su corazon habiendo tomado el sabor á la virtud, no podia agradarse del vicio. Así cuando viéreis que alguno no gusta de vos, guardaos de darle muchas quejas importunas; porque eso en vez de atraer enfada: no hay medio mas seguro para no alcanzar un favor voluntario, como interponer para conseguirlo una demanda, ó dar á entender que se os debe de justicia. Nosotros, hijo mio, somos por extremo celosos de los fueros de la libertad de que nuestro corazon goza; quien se queja de nuestra frialdad, nos quiere citar al tribunal de la justicia, para que le demos el corazon, y lo mismo es oír esta citacion, que indignarnos; y en vez de examinar el derecho que nos alegan para que les amemos, trabajamos por descubrir hasta las mas pequeñas razones para defendernos y eximirnos, demostrando que no merecen nuestro amor. Esto supuesto, como nuestro corazon es quien finalmente ha de ser el juez de esta causa, ved si dará contra sí mismo la sentencia.

31 Cuando yo reinaba en Polonia cierto hombre de juicio se postró delante mi trono, y habiendo hecho la reverencia acostumbrada, dijo así: Yo vengo, señor, á pedir os una gracia, y no tengo que alegar razon alguna que os obligue á concederla: vos habeis cumplido todo lo que la justicia y la razon dictaban á mi favor, y ninguna ley, ningun derecho apoya mi peticion; mas si vos me la

quisiéreis conceder, nadie os podrá contradecir; será un lance de vuestra generosidad pura, tanto mas pura, cuanto es mas libre de todo lo que le puede dar apariencia de obligacion. Este prelude me agradó notablemente: díjele que declarase cuál era la gracia que pedía; lo hizo, y se la concedí; lo que ciertamente no hiciera, si algun derecho me hubiese alegado que no fuese muy sólido. El corazon de cada uno, hijo mio, es monarca soberano: no habeis de requerir ni pedir quejándoos, habeis de manifestar que nada se os debe, y tendréis mas de lo que pedís. Si filosofais sobre el mecanismo del corazon del hombre, conoceréis que no hay toque que mas fuertemente le impida el amar que verse injuriado. Ahora quien se queja de vos, quien os llama ingrato é injusto, por cierto que no os hace grandes elogios.

32 Hijo mio, si quereis que os amen generalmente, no andeis mendigando el amor, que no hay cosa que tanto enfade: haceos amable, y dejad que cada uno haga lo que quiera. Vos aun no sabeis la mágia del corazon del hombre; sin tocarlo de modo alguno, podeis hacer de él cuanto quisieréis. En una cítara ó cualquier instrumento músico que tuviere muchas y diferentes cuerdas, tocad una que esté templada en unísono, ó en octava con otra, y veréis que esta sin tocarla se mueve y suena como si la tocáseis<sup>1</sup>, quedando inmóviles las otras cuerdas de en medio si están disonantes. Poneos, pues, en un mismo tono con el corazon del que quereis que os ame, conformad vuestro corazon con el suyo, y sin tocarlo lo haréis saltar. La semejanza, hijo mio, es el mayor encanto del amor: pensad como Dios, obrad como él, y precisamente os ha de amar.

33 El tono de los corazones, dice el Conde, es diferente y opuesto; si agradare á uno, por fuerza he de desagradar á todos los demás: ¿cómo, pues, podré agradar generalmente á los hombres? ¿cómo podré agradar á los hombres y á Dios?

34 Aquí está el secreto de esta noble arte mágia, responde Miseno. Aunque hay mucha variedad en los corazones de los hombres, y mucho mas si los comparamos con el del Ser supremo, con todo hay un punto en que todos son semejantes, un punto céntrico en

<sup>1</sup> Esta experiencia es verdadera y admirable, porque puestas muchas cuerdas en unísono, octava ó quinta, ó tercera mayor, si una se toca, resuenan las otras que están en armonía; y las que no lo están, aunque estén mas cerca, no resuenan, ni tienen tremor alguno. En la fisica se da la razon y se refiere el modo de hacer la experiencia visible é invisible. (Recreac. filos. tom. 2 y 4, Oido).

el que todos se unen, y este es el que conviene tocar para hacerlos saltar á todos. No hay corazon en el cielo ni en la tierra que no ame la virtud; la virtud sólida, pura, sincera, sin ornato, sin afectacion, sin fingimiento, y esta es el punto céntrico de los corazones. Cuando Dios, Conde mio, formó los corazones humanos, les dió á todos una propension innata, una inclinacion natural, vehemente, al bien, la misma que tenia su corazon divino. Todo lo que le disgusta es el vicio ó la apariencia de él, y solamente la virtud cuando es sincera le agrada. Solo en verla se va el corazon tras ella; de modo, que cuando comenzamos á examinar si era amable ó no el objeto, si este objeto era la virtud, ya el corazon se habia dejado atraer anticipadamente de su simpatía sin esperar la decision del entendimiento.

35 Suspenso y atento el Conde, oia tan excelente doctrina sin pestañear los ojos, la imaginacion parada, absorto el entendimiento, y el corazon tocado; y dando un suspiro que le salió de lo íntimo del alma, exclamó diciendo: Lástima grande es que no se enseñe públicamente esta filosofía, porque muchos como yo, en vez de tomar el camino de las pasiones para alcanzar la felicidad de ser amados, tomaríamos el de la virtud para conseguirlo realmente.

36 No es para la multitud, dijo Miseno, esta doctrina, porque yo en un desierto fue donde la aprendí de la célebre Ubaldina. Despues, me decia ella, despues que conocí el corazon humano, y la ridícula variedad de sus pensamientos y caprichos, mudé el norte á mis intentos, poniendo solo mi pensamiento en conquistar el corazon del Autor del universo; y para animarme á no desistir de esta noble empresa, me repito mil veces á mis solas: *Si tuviere la felicidad de agradar á Dios, ¿qué me importa lo que dijeren cuatro viles insectos que salen de un agujero de la tierra para entrarse en otro?* Esta sola palabra me bastó; y reflexionando muchas veces en ella, vine á adquirir esta filosofía que os enseñó. Seréis feliz si tomáreis esta leccion, la cual sin disputas ni duelos os hará señor de cuantos corazones encontráreis, porque ningun corazon humano podrá resistir al atractivo á que ni todo el poder de un Dios resiste.

37 El Conde estaba pasmado de sí, y cada vez mas confuso co-  
tejando la nobleza de estas ideas de Miseno con la indignidad de sus procedimientos. En esto acaban de llegar al estrecho donde ambos debian embarcarse para pasar juntos á Constantinopla. Miseno no lo juzgó conveniente; porque habiendo el Conde de descubrirse por causa del rey de Hungría Andres II<sup>1</sup>, su cuñado, con quien de-

<sup>1</sup> Andrés II empezó á reinar en Hungría año 1205, y casó tres veces. La

bia encontrarse, Miseno en su compañía no podia quedar oculto.

38 Instaba el Conde alegando sus razones, y Miseno constante le dice: Hijo mio, todo el tiempo que viví con vos, para ganaros el corazon, siempre cedí de mi parte, excepto cuando hacerlo era dañoso á vuestra conducta, ó contrario á mi obligacion: que este es otro medio de que debéis usar si quereis ganar el corazon de los otros, no contradecirlos á no ser muy necesario. Mil veces callé sintiendo lo contrario de lo que vos deciais, porque no siempre se ha de disputar en obsequio de la verdad; porque tambien os pide alguna vez sus obsequios la paz, y otras la urbanidad y la política: jamás debemos mentir; pero no es mentir el callar ó permitir que pase el engaño cuando no se sigue perjuicio; mas ahora condescender con vos seria ocasionarme un grave daño con muy poco ó ningun provecho vuestro. Quiero ver algunas antigüedades de estos lugares famosos en las historias: vos podréis hacerlos contradizo con vuestro cuñado que ya no puede estar muy léjos: acordaos de mí para seguir mis consejos y para reprenderos de vuestros yerros. Aquí se desató el Conde en mil protestas que Miseno ni creia, ni impugnaba; y abrazándose tiernamente se despidieron, quedándose Miseno en Asia, indeciso del rumbo que seguiria en su peregrinacion, porque en todo hallaba inconvenientes. El Conde sin duda se dirigió á Presburgo, capital de la alta Hungría, donde reinaba su hermano, y á visitar á su esposa, y no en Olmuz, como dice la nota núm. 23 antecedente.

primera con Gertrudis, nobilísima alemana. La segunda con Violante, y la tercera con Beatriz Aldobranda. La primera era hermana del Conde, ambos hijos del conde de Moravia, Bertoldo.

## LIBRO XXIV.

Encuétrase el Conde en Andrinópolis con el Rey de Hungría, quien le pide vaya á consolar á la Reina su esposa.—En efecto, parte á Buda, y le acompañan las furias infernales.—La pasión de amor en figura de niño le ofrece un retrato.—El Ángel protector de Polonia le prepara á Miseno mayor victoria de las pasiones alborotadas, escribiendo en el libro del Destino que comunique sus luces á Lesco y sus vasallos.—Desciende el Ángel del cielo y hace aparecer un cometa.—Se asusta Teodoro Lascaris, y las furias salen á perseguir á Miseno.—La *codicia* tienta á unos salteadores para que acometan á Miseno.—El *temor* á Teodoro, contra Miseno.—La *tristeza* lo ataca, y el Ángel lo defiende.—Serénase Miseno.—Encuétranse los soldados del Emperador, y le conducen á Constantinopla.—Ve Lesco en un espejo misterioso á su padre Casimiro, á Boleslao su abuelo y á Vladislao su primo, del cual piensa Lesco por la señal del cometa que se oculta en Constantinopla.—El Rey de Hungría se prepara á atravesar el Estrecho y encuentra á Miseno.—Llega Brancmano, regente de Hungría, y refiere al Rey la muerte que acaba de ejecutar.—Responde el Rey y se retira con Miseno, y este habla ponderando el daño que causa el exceso, aun en las pasiones justas.—Por insinuación del rey Andrés, parte Miseno con el palatino Brancmano á la corte de Hungría.—Dañes noticia en Belgrado que el Conde de Moravia se había muerto á sí mismo.—Llegan á Buda Miseno y el Palatino, lo hallan todo en paz, y el Palatino ofrece á Miseno una casa de campo.—Boleslao en trono de resplandor aparece á Miseno su nieto, y le persuade se vuelva á Polonia, número 35.—Dirigese á ella, y una águila extraordinaria lo conduce hasta los montes Karpacios, donde se halla con Lesco su primo, y se abrazan.—Háblale Miseno á Lesco, y el Rey le responde y lo convida con la corona.—Asústase Miseno, resiste la propuesta con vigor, y le pide que le deje vivir como simple particular.—El Rey se lo concede, con tal que pueda hablarle y servirse de sus consejos, y vive así el resto de sus días.

1 Lentamente marchaban las tropas del Rey de Hungría, cuando el Conde volaba ligero á encontrarse con él; y á manera de un novillo bravo é indómito, que se escapa del coso, y contento corre montes y valles, dándose parabienes de su no esperada libertad, así caminaba el Conde. *Andrinópolis* fue el lugar en donde los dos cuñados se encontraron<sup>1</sup>; y haciéndole el Conde una larga y equívoca

<sup>1</sup> El año 1215 fue cuando el rey de Hungría Andrés II pasando al Asia hizo mansion en *Andrinópolis*, y aquí dice el P. Almeida que lo encontró su cuñado el Conde de Moravia, siendo así que este había muerto el 1208. Semejantemente se dijo en el lib. IV, núm. 29, que Miseno hablaba el año 1206 de Sa-

narracion de los trabajos que había padecido, ocultando siempre el motivo de ellos, realzaba con grande artificio el mérito propio. El Rey le agradeció urbanamente todo cuanto había hecho por su respeto; y para que descansase de tantas fatigas, le pidió que se retirara á su corte, donde la Reina ansiosa y penetrada de dolor le esperaba con impaciencia. Fingió el Conde que quería absolutamente volver á Asia para servir en la expedicion de la Tierra Santa bajo sus banderas; mas el Rey le obligó á aceptar la primera oferta, creyendo que la grande amistad que había entre los dos hermanos seria bastante para premiar al Conde y consolar á la Reina.

2 Apenas él partió para Buda, salieron con él en forma invisible las furias de los abismos, prometiéndose cada una hacer presa de él estando solo, pues hasta allí había estado impenetrablemente defendido con la compañía de Miseno. Aun conservaba el Conde la memoria de sus máximas: aun tenia presente la palabra que le había dado de observarlas; y aun se resistía á los pensamientos con que las furias le asaltaban: mas al modo de la ligera liebre que en campo raso se ve acometida en mismo tiempo por todas partes, por un lado de los podencos, por aquel de los galgos, y por los aires de las flechas, que hallándose aturdida juntamente con los ladridos de los perros, con las voces de los cazadores, y con el zumbido de las saetas, mira sin embargo cómo puede ir escapando, hasta que herida mortalmente se rinde del todo; así sucedió al Conde, que al fin cedió á los arpones del amor, porque esta pasión infernal en forma de agraciado niño le supo herir el pecho con incurable herida.

3 Incierto sobre la eleccion de uno de dos caminos, se detenía el Conde á preguntar cuál había de seguir; y hé aquí que un her-

*ladino como vivo, sin embargo de haber fallecido el 1192; y ambos anacronismos se los critica el Filósofo incógnito al autor como descuidos.*

Crítica injusta, porque dicho Padre tenia licencia para hacerlo así, de *Apolo*, dios de la *sabiduría*, y de la *poesía*. Y porque el censor se engaña en los primeros pasos del poema, pues parece ignora que el poema no es historia, la que no se debe apartar de la verdad, ni en lugar, tiempo ni persona: y aquel de necesidad ha de tener el  *fingimiento*; y este da licencia para anticipar y posponer sucesos coadyuvantes, y fingir por modo de episodios, personas y acontecimientos que no existieron, como lo han hecho los mas célebres poetas épicos. Véase la nota del lib. XXII, núm. 33, que si la hubiera leído el Sr. *Incógnito* en su autor original, hubiera evitado este yerro. El lector curioso vea en el discurso de la poesía épica añadido por Mr. *Ransau* al poema de *Telémaco*; y encontrará cuanto puede apetecer en la respuesta á la segunda objecion, que dice así: *Algunos llenos de una grosera ignorancia de la noble libertad del poema épico han echado en cara al Telémaco que está lleno de anacronismos.*

moso niño con agradable sonrisa le ofrece un pequeño retrato que acababa de levantar del suelo, del cual no sabia el dueño ni su valor. Recíbelo el Conde en sus manos, fija en él los ojos, y reconoce ser de la bella Isabel, mujer de Brancmano, palatino de Hungría, á quien Andrés habia dejado regente del reino interin su ausencia; y á la manera que una ligera chispa tocando en la pólvora fria repentinamente levanta una llama furiosa; así le sucedió al Conde mil veces al dia, y mil veces de noche se le presentaba á la imaginacion la belleza del retrato. El olvido que en el tiempo de sus viajes le tenia amortiguada la especie, sirve ahora para darle el realce de novedad. Párase á cada paso en el camino, mira al ídolo que su imaginacion le ofrece, y queda inmóvil; efecto que jamás habia experimentado de hermosura alguna, de suerte, que él mismo de sí propio se admiraba. Así prosiguió el camino inquieto y cuidadoso con el ardiente deseo de ver á su objeto cuanto antes: el deseo degenera en ansia, y el ansia en furor; mas poco despues repentinamente enajenado serena el paso, anda poco á poco: la imaginacion le representa vivamente que la ve, que la ve, que la habla, y que ella le corresponde con una agradable sonrisa, con lo que se emboha, enloquece y se transporta. De este modo el amor le entretiene con la escena mas agradable, y absorto no sabe gobernar el caballo que le lleva; pero el amor le conduce y le encamina.

4 Los criados que le siguen van admirados, viendo que su amo unas veces para de repente en medio del camino aun de dia, otras corre á rienda suelta por entre precipicios, aun de noche; y no pueden descubrir el origen de semejante locura. De cuando en cuando oye risadas mujéiles, dar palmadas con mucho regocijo, y gritar vivas como de gran victoria: mira á todas partes, y se ve solo en un descampado: así celebraban las furias infernales su triunfo. Siente que de cerca y á lo léjos se arrancan los árboles mas robustos con huracan violento, que sus troncos robustos rechinan, que la polvareda, la tierra y los fragmentos de los árboles todo se revuelve en los aires, todo es arrebatado con violencia y furia, y que nada resiste: solo el terreno por donde el Conde camina está sereno é intacto. Las nubes negras y espesas se revuelven, y como que danzan en los aires, arrojando mutuamente lanzas de fuego como en las justas y torneos, y en lugar de festivas bombardas suenan truenos formidables; mas el Conde absorto en su contemplacion amorosa, no altera el paso, ni aun vuelve la cabeza á un lado ni á otro. Isabel le va siempre delante los ojos: Isabel le ocupa el pensamiento y el alma: Isabel le

dirige el corazon y los pasos: Isabel le tiene embargados todos los sentidos.

5 Entre tanto, el Ángel protector de Polonia prepara á las pasiones triunfantes mas cruel batalla; y le dispone á Miseno victoria mas completa y mas gloriosa. Por orden suprema va á escribir en el libro del celestial destino, que Uladislao comunique á Lesco y á toda la Polonia las luces que del cielo ha recibido; y por una presa que se ha abandonado á las pasiones violentas, sean otras mil mucho mas preciosas puestas en salvo; como hace el prudente pastor que deja junto al lazo la res macilenta y moribunda, para entretener la voracidad del lobo, y en el entre tanto pone á salvo de sus dientes hambrientos su numeroso rebaño.

6 Con este designio deja el Ángel las esferas celestes, y batiendo las alas de nieve con un movimiento sereno y veloz, viene atravesando todos esos inmensos espacios del cielo estrellado. Entra en el campo por donde los planetas y cometas corriendo en perpétuos é invariables giros hacen cortejo al sol que los preside; y valiéndose de un astro acostumbrado á ser temido como anuncio de grandes sucesos, lo envía sobre el hemisferio terrestre para que sea ministro de sus intentos.

7 Aparece el cometa<sup>1</sup> perpendicular sobre *Bitinia* y *Nicea*, mas su majestuosa cola se extiende hasta *Polonia*, pasa sobre *Constantinopla* y *Buda*, y se dirige á *Cracovia*. Asústanse los pueblos; mas los Soberanos, por ser el ordinario objeto de sus presagios, aun se asustan mas<sup>2</sup>. Cada uno vela sobre sí, y piensa en asegurar su corona, como si las fuerzas humanas pudiesen resistir la incontrastable deci-

<sup>1</sup> El cometa que apareció entre *Bitinia* y *Nicea* se llamó astro en el número antecedente, porque los cometas no son exhalaciones (como creyó Aristóteles) ó vapores sulfúreos que ascienden de la tierra á la esfera; sino que son planetas como los otros, pero que se mueven en elipses mucho mas excéntricas. Opinion de *Casino*, *Newton*, *Halco* y otros insignes astrónomos, la que ya se tiene por cierta.

<sup>2</sup> Era en aquellos tiempos sumamente funesta la aparicion de los cometas, porque imaginaban ser señales en el cielo, ó presagios de gravísimos males, por cuanto es muy moderno el conocimiento de que ellos son astros regulares, que desde el principio del mundo andan al rededor del sol. Y porque sus caminos no son en círculos, sino en óvalos muy largos y angostos, rarisimas veces un observador puede ver dos veces el mismo cometa: teniendo sus periodos tiempos muy grandes, á veces de doscientos, á veces de quinientos años. El cometa del año 1759, cuyo período era de setenta y cinco años, fue el que habiendo sido esperado mucho antes, hizo evidente á todo el mundo el engaño de los antiguos astrónomos.



sion de los cielos. El Emperador de Nicea es el mas asustado, porque imagina que ve inminente sobre su cabeza la perdicion. Las furias de los abismos perseveran y se esfuerzan en perder al héroe, y quieren valerse del terror pánico que advierten en Teodoro Lascaaris para acabar de una vez con su general enemigo. Ve el ministro celestial claramente sus designios, y burlando todos sus infernales esfuerzos contra los decretos de la Providencia, les deja casi suelta la rienda para que trabajen sin saberlo en la ejecucion de los divinos intentos, seguro de poder refrenarlas á tiempo con el mas ligero movimiento de su celeste brazo: alégranse los abismos con la inopinada libertad, y todas las furias salen de tropel, y embarazándose unas con otras en la salida de las cavernas subterráneas, como cuando á las iracundas avispas les despedazan su nidal. Cada cual toma el rumbo que su furor le sugiere, y sin orden ni armonía, sin consulta ni consejo, van á dar un asalto al corazon de Miseno, que tranquilo y sosegado andaba por la Bitinia buscando un retiro para acabar en paz sus dias, viviendo, como cuando estaba junto á Akerman, de su trabajo y del campo.

8 La *codicia* se apodera de los salteadores que iban vagueando por toda aquella region, y procura que en las manos de estos venga á caer, para que sea víctima de su crueldad, ya que no lo podía ser de la hambre de las riquezas, que no hallarian en él. El *temor* se vale de la apta disposicion en que estaba el corazon de Teodoro, y por medio de un valido le hace saber que pocos dias antes habian encontrado al Príncipe de Polonia disfrazado, pensativo, y discurriendo de una parte á otra, como quien observaba el país, ya retirándose á la sombra de los bosques, como quien oculta sus designios, ya paseándose por campiñas y oteros, como quien quiere descubrir mucho mas terreno del que pueden adelantar sus pasos.

9 Entonces esta pasion le sugiere mil discursos funestos, que le asustan é inquietan, porque cada noche va á observar el cometa, y en su cola ve todas las formas y figuras que le representa el susto. Húyesele de los ojos el sueño, del corazon la paz, y del semblante la natural alegría. Perturbado no se entiende á sí mismo: ahora condena á Miseno, y luego le halla inculpable: unas veces cree, sin poder dudar, que es su mortal enemigo; otras se persuade que es un príncipe inocente y amigo de la paz. Lucha consigo, y consigo mismo se embaraza y enreda, de suerte que su corazon es un perpétuo laberinto, indeciso é indeterminado, como si estuviese sobre unas parrillas arde y se revuelve, multiplicando á cada momento su an-

gustia, hasta que toma la violenta resolucion de hacer que Miseno salga luego de sus Estados: manda á sus tropas que le busquen; y que sin atencion á discurso alguno verdadero ó falso, le conduzcan bien custodiado á Constantinopla.

10 Ignoraba la furia que inspira á los mortales la *tristeza*, lo que las demás habian dispuesto; y para atacar al héroe en sí mismo, envia otras de sus subalternas á preparar el asalto. Unas oscurecen el dia, y hacen que la noche venga con pasos acelerados; otras en figuras engañosas le representan árboles grandes en medio del camino real, para que se extravie de él. Las tinieblas se condensan, la noche se cierra, el aire se turba: de una parte oye los rugidos de los leones, como si habitase en África: de otra los silbos de las serpientes, como si estuviese en la Arabia Desierta: de aquí los bramidos formidables de los osos, de allí los aullidos de los lobos, de allá los rugidos de los leones, hacian en los valles los mas tristes ecos que jamás escucharon sus oidos. Sigúense horribles *espectros*\*, que se le aparecen en los aires. El alma de Neucasis despedazándose furiosamente con los dientes, y amenazándole como á causa originaria de su infelicidad. Los cabellos se le erizan, el corazon le palpita, los miembros se le enfrian, y todo el cuerpo le tiembla.

11 Estando, pues, Miseno así dispuesto, le embiste la *tristeza*, trayéndole á la memoria todos los trabajos pasados, y figurándole otros posibles mucho mayores: no solo como futuros, sino como si ya estuviesen presentes, le perturban el entendimiento y le oscurecen la razon. Un vapor oscuro le ofusca las máximas en que se fundaba para no temer, y unos mónstruos negros de feísimos pensamientos contra la Providencia comenzaban á salir de los abismos, cuando el Ángel que le protegía, reprimiendo el demasiado rigor de esta furia, le infunde un dulce y suave pensamiento, con el cual ve el horror del precipicio, pone pié atrás, se deliene, y resiste valerosamente á las pasiones que lo embestian, y se dice á sí mismo:

12 ¿Qué rebelion interior es esta que veo en mí? ¿Y qué es lo que temo? ¿Perder la vida? Indigno sería yo de ella, si temiese perderla. Este temor jamás lo conocí. Pues ¿para qué lo admito ahora? ¿Por ventura tengo algun derecho para vivir en este mundo? ¿Cuándo le tuviese, ¿seria acaso el de vivir para siempre? ¿Y cuándo se le hizo injuria á ningun mortal en pedirle el tributo de la muerte? ¿Ignoro acaso que no pende ni de la vida ni de la muerte mi felicidad? Lo que únicamente deseo, solo depende de obrar siempre bien, y de forma que consiga la aprobacion de la Sabiduría suprema, y

la amistad de quien es feliz sumamente. Esto dijo; y cual fatigado caminante que se arroja con todo el cuerpo en el blando lecho que le espera, así Miseno, arrojándose en los brazos de la divina Providencia, prosiguió en medio de los peligros y de los horrores, cantando suavemente los motetes que había compuesto su filosofía.

13 Pocos pasos había dado, cuando le encuentran los soldados del Emperador que le buscaban. Infórmanse de él, y responde con candor, que él es el príncipe Uladislao III, cuyos indicios inquirían. Duda el jefe extrañando la franqueza: repite Miseno que les habla ingenuamente la verdad; y cuando le intimaron entre mil perdones la orden de su soberano, les dice con urbanidad y sumision: Nada es mas justo que obedecer los vasallos á su legítimo Príncipe; y yo no os estimaria, si no ejecutáseis las órdenes del Emperador: en vez de ofenderme me haceis un gran servicio, y podréis á la vuelta certificar á vuestro Monarca que le agradezco la guardia real que ha ordenado me acompañe, que es escolta bien necesaria en tiempo que los salteadores infestan todos los caminos. De este modo fue Miseno llevado á Constantinopla, cuando Andrés, rey de Hungría, estaba cerca de ella, en donde todo se preparaba para recibirle.

14 En este tiempo vivia Lesco fatigado con los importunos cuidados del gobierno de su pueblo naturalmente orgulloso, inconstante y descontento. Embarazábase con las riendas del gobierno, deseaba brazo mas fuerte ó mano mas diestra para manejarlas: una viva ansia de Uladislao despertaba esta pena; mas al mismo tiempo sentia, sin saber por qué, en el fondo de su corazon una esperanza de que aun había de gozar de su compañía, la que si no fuese para poner en sus manos el peso de la corona, á lo menos había de ser para recibir de él el auxilio en el manejo del cetro.

15 Un dia en que mas afligido se paseaba por su cuarto meditando cómo podria hacerse feliz á sí mismo y á su pueblo, se le representó en un espejo la figura de su padre Casimiro II, adornado con manto real, precioso y refulgente, coronado de laureles y de flores, amado de sus vasallos, estimado de los vecinos, y envidiado de los extraños. Pero ¿qué sucedió? Qué una saeta perdida le hirió á Lesco en el corazon, le iluminó el entendimiento, y vió que Casimiro su padre perdía, no solo la hermosura del rostro y alegría del semblante, sino tambien la belleza y preciosidad de la púrpura. Los finos y cándidos armiños se convertian en pieles de osos y animales viles é inmundos: los colores vivos de los matices en feisimas manchas; y la corona y cetro de oro en pesadas é ignominiosas cadenas

de hierro que le ataban y arrastraban: en este estado le vió entrar por una sala magnífica donde después de danzas y regocijos se daba una cena espléndida, igualmente preciosa por las exquisitas viandas y ornato de las mesas, que por la hermosura y marcialidad de las damas que asistian, y entre todas sobresalia la bella y casta Iria, á quien Casimiro distinguía en los cariños; mas advirtió que estos favores no reverberaban en el rostro de la dama, como suele acontecer, ni la alegraban, ni la *desvanecian*: antes bien causaban en ella un afecto muy contrario, pues daba á entender que su importunidad la ofendia. Mas al levantarse Iria de la mesa vió que le ofrecia á Casimiro un ramillete de flores, afectando agradecimiento y amor, y que él absorto con este no esperado favor, lo acercaba repetidas veces al olfato, y que poco después desfallecido caía muerto. Entonces reparó que Iria quedaba con un aire de satisfaccion, como quien respiraba de alguna opresion importuna.

16 Afligióse Lesco con esta idea que le acordó la triste muerte con que su padre puso término á su vida admirable, por haberse dejado llevar de la pasion del amor: empero no tuvo Lesco mucho tiempo para ocuparse en los tristes recuerdos de su padre, viéndose á sí propio entrar en la escena que le ofrecia el espejo. Véase ir caminando con bastante trabajo y fatiga por una senda derecha, pero que al fin paraba en mil enredos, laberintos y despeñaderos; y que estando ya próximo á precipitarse, una voz celestial le detenia. Era esta de un monarca venerable que coronado de luces y resplandores conducia por la mano á *Uladislao III*, y le decia con tono amoroso y de superior imperio: No des un paso mas, mi amado nieto, sin tomar esta guia, si es que no quieres precipitarte; al cielo se lo tienes pedido y el cielo te lo concede. Si fueres fiel en seguirle, tú y tu pueblo gozaréis de sólida felicidad. Esto dijo, y desapareció veloz la vision del espejo, quedando Lesco igualmente confuso que consolado: confuso por la ignorancia del modo con que había de buscar á Miseno, consolado por la promesa que Boleslao su abuelo le hacia.

17 Aun continuaba en aparecerse el cometa, y su cola siempre dirigida á Polonia persuadia al Rey que á él se encaminaba el funesto ó agradable anuncio, segun la errada opinion de aquellos tiempos; mas la representacion misteriosa le quitó todo el susto, y viendo que el cometa se acercaba, lo observaba todas las noches con gusto. Consultaba los astrólogos, guardando en su pecho el secreto

<sup>1</sup> Véase la nota anterior, núm. 7.

importante, y todos le decían que pues el cometa se descubría sobre Constantinopla, sin duda sería aquella capital el teatro de los estragos que aquel funesto astro anunciaba.

18 Un impulso interior persuadía á Lesco que fuese á Constantinopla, pues el corazón le decía que allí estaría Uladislao; mas la situación de su reino no le permitía que intentase un tan largo viaje, particularmente habiendo de pasar por Hungría, cuyo soberano ausente podía interpretar á mal que un vecino suyo viajase por sus Estados en situación tan crítica. Con todo, la idea de que Uladislao se aproximaba cada vez se aseguraba mas en el pensamiento de Lesco, y determinó seguir el camino de Constantinopla hasta los confines de su reino, y hacer alto en los montes Karpacios que lo separan de Hungría.

19 Á este tiempo el Rey húngaro se preparaba para pasar á Asia atravesando el estrecho, y ya parte de sus tropas habían pasado, cuando casualmente se encontró con las del Emperador de Nicea que habían ido á acompañar á Miseno. La desconfianza que acostumbra reinar en los soberanos cuando están fuera de sus Estados, obligó á Andrés á que se informase del designio de aquellas tropas extranjeras; y sin embargo del silencio que á estas les había encargado Miseno, supo el Rey que un príncipe de Polonia se hallaba allí de tránsito; y así le fue preciso á Miseno verse con S. M., y confesarle el terror pánico de que estaba poseído el Emperador de Nicea. Estimó Andrés el encuentro para informarse del Asia, y de los preparativos é ideas del Sultan de Iconio.

20 Cuando más embebidos se hallaban en esta conferencia llegó de improviso Branemano, palatino de Hungría, á quien el Rey había dejado encargado el gobierno del reino durante su ausencia. Era el Palatino hombre de notoria probidad: el Rey le amaba según su mérito, los grandes le respetaban, el pueblo le temía: no estaba trémula en su mano la balanza de la justicia: la espada siempre recta, á un mismo tiempo le servía de regla para premiar los buenos, y de arma para castigar los malos: el brazo constante que la empuñaba ni conocía furor en la punición de los delitos, ni diferencia en las personas de los delincuentes. Las leyes eran su guía, el Bien público su norte, la prudencia y la constancia sus pasos. Este hombre, pues, se presenta delante de su Soberano y de Miseno, y hechas las ceremonias debidas de una parte al cetro, y de otra á la amistad, le dice de este modo:

21 Conviene, señor, que os dé parte de la pronta y fiel ejecu-

ción de vuestras órdenes. Al salir de la corte, cuando dejásteis vuestro cetro en mis manos ya trémulas y cansadas, me ordenásteis que hiciese justicia recta é igual sin excepcion de personas: lo contrario ni vos lo podíais mandar ni yo obedeceros. Como lo ordenásteis así lo ejecuté en una persona de alto carácter á quien yo mismo acabo de quitar la vida, porque no merecía menor pena su gravísimo delito. Ahora vengo á presentarme para que os vengueis de mí si acaso protegeis como ella la maldad. ¿Y quién fue? pregunta el Rey alterado. La principal dama de palacio N. que vos estimáis, dice el Palatino.

22 No causa mayor estrago el rayo cuando hiende el alto cedro, que el que causaron estas palabras en el ánimo del Rey. Toda la sangre le acude al pecho: quédale pálido el rostro, el semblante perturbado, y el entendimiento confuso. Estaba Miseno mudo; pero el Palatino con aire desembarazado, sangre fría y ánimo constante, inmóvil é intrépido. Mas al mismo tiempo que el primer asombro dió lugar á las voces, reprimió el Rey el corazón con toda la fuerza de su valor, con la voz trémula dijo: Continúa y declarad el motivo; porque yo no protejo maldades, ni conozco venganza sino del verdadero crimen; y vos debéis ser oído. Entonces el Palatino prosiguió de este modo:

23 Isabel mi esposa servía á la vuestra con la fidelidad y amor que debía á su Soberana. En este tiempo el Conde de Moravia, hermano de la Reina, tuvo la osadía de mirar á mi mujer con ojos que no debiera; pero halló en ella una resistencia digna de su virtud, y digna de mi honor. Prudente y virtuosa deja el palacio pretextando una enfermedad prolija; creía que con el tiempo se apagaría el fuego, y que la separación haría olvidar las primeras ideas; pero nada menos: la virtud sirvió de irritar mas el arresto, como hace un toro furioso que empeña mas la fuerza de su testa armada contra los troncos que mas resisten su ferocidad. No pudiendo el Conde por modo alguno rendir la sólida constancia de Isabel, se valió del engaño y la traición; pequeños crímenes para quien tenía el corazón tan dañado. Cómo pudiese urdir el lance lo ignoro; solo sé que convidaron á mi esposa para comunicarle cartas que habían venido de V. M. para mí, que hasta vuestro sagrado y augusto nombre sirvió á la mas insolente infamia. Con este pretexto se vió conducida á un gabinete secreto donde la dejaron sola; y sin saber cómo se halló cerrada: mira á una y otra parte y ve allí escondido al malvado Conde: se asusta, se cubre de horror, se aflige, alienta su esfuerzo, y se ar-

roja por una ventana que caía sobre los jardines; y en los brazos de un árbol que la hirió y rasgó, bien que la sostuvo, pudo salvar la vida que ya tenía sacrificada al honor.

24 Mas fue vista, y en este estado se retira á su casa: entra en mi cuarto, veo su semblante mudado, los ojos llorosos, el rostro herido, y mas que todo afligida su alma: veo, me admiro, pregunto; mas los labios le tiemblan, revientan las lágrimas, y se le sufocan en el pecho las palabras. Pregunto otra vez; y al querer darla testimonio de mi fina amistad y compasion, veo que llena de un tierno furor me dice: Retiraos de mí, caro é infeliz esposo, que ya no soy digna de vuestro amor; y si me quereis dar prueba del grande que me habeis tenido hasta ahora, os ruego que con este puñal me quiteis la vida; porque no puedo sufrir el horror que tengo concebido en mí misma. Sabed que una dama N. acaba de quererme sacrificar á la ceguedad del Conde con la traicion mas horrible: debo á una ventana el honor, y á un árbol la vida; pero fui vista, y ya no se puede ocultar que vuestra esposa fue objeto de ojos livianos, y que estuvo en peligro de serlo tambien de manos violentas. Muero de espanto solo de imaginar esta abominacion intentada: el rubor, la cólera, el honor, el amor que os tengo, todo pone á mi entendimiento en tortura: yo reviento de pura pena. Huyan de mí los cielos que me vieron: huya la tierra que me sustenta: huyan los abismos llenos de horror que se escandalizaron de mí: huid vos, infeliz esposo; mas antes que os retireis, os ruego que por vuestra honra, y tambien por mi amor, ¿qué digo amor?... Amor no, que... Pero sea amor ó sea castigo, haced que de este cuerpo infeliz pueda huir mi alma. En este momento cae á mis piés desmayada con este puñal en la mano. Juzgad, señor, ahora, juzgad lo cruel de mi dolor. Aquí se perturbó algun tanto el Palatino, y se le arrasaron los ojos; mas recobrando con nuevo esfuerzo el tono en que habia comenzado, añadió luego: Pero no, no mireis, señor, mi afliccion: mirad únicamente á las leyes: mirad su execrable transgresion.

25 Encargado yo de vuestra obligacion dejó á mi esposa en tierra, tomo el puñal que me ofrecia, y corro ligero á buscar al delincuente; mas la fuga (que le condena) lo habia ya puesto en salvo; encuentro á la *dama*: me ve irritado, se perturba; y fuese que se le mudó el semblante, ó que se mudasen mis ojos, parecióme que en su rostro le veía el delito: ciegame del todo la pasion, no atiendo á la prudencia para examinar conjeturas tan terribles, ni respeto el decoro de palacio: yo no ví entonces señora; vi una cómplice, y cóm-

plice de un crimen, del cual por mi infelicidad debia yo ser parte, y por vuestras órdenes juez. *Vila*, y con este puñal hice la justicia que entonces me pareció ser debida. Ahora aquí, señor, le teneis, haced de él el uso que os pareciere justo, que para mí en este estado ni la muerte es castigo, ni la vida merced. Nada detesto sino los delitos, nada deseo mas que la justicia y la virtud. Así acabó Brancmano, el Rey quedó suspenso, Miseno mudo, y el Palatino de rodillas con el puñal ensangrentado en la mano, ofreciéndolo á su Soberano en accion de pedirle la muerte <sup>1</sup>.

26 Apenas podia el Rey sostener el ímpetu interior con que todas sus pasiones á un tiempo le impelian el corazon. El semblante inmóvil afectaba paz, mas la lengua trémula no podia pronunciar con serenidad la respuesta que el entendimiento dictaba: la que era concisa, justa y adecuada. Volved, le dice el Monarca, retiraos á la corte, y continuad en la administracion de justicia hasta que yo vuelva, que será con la mayor brevedad, para juzgar allí este caso con la prudencia que él ~~plano~~; entre tanto, yo entrego el asesino á la custodia de su propio honor, y el de la difunta le confio á vuestro fidelísimo secreto. Entonces tomando á Miseno por la mano, se retiró á su gabinete para dilatar con él su corazon oprimido.

27 Prudente y compasivo Miseno, deja desahogar toda la angustia del Rey, que medio loco no sabia ordenar sus palabras ni moderar sus movimientos; semejante al que deja evaporar todo el humo de un incendio encubierto para ver cómo ha de apagar su origen: ó como prudente cirujano, que no aplica remedio alguno á la llaga sin dejar salir primero toda la sangre extravasada; mas despues de largo tiempo, cuando ya se puso el Rey capaz de oír y atender, Miseno con todo el peso de su prudencia empezó á hablar de los desórdenes de los otros, por ver si con esta política industriosa podia precaver imperceptiblemente los muchos en que podia despeñarse el Rey en el caso en que se hallaba, y le dice así:

28 Aquí se ve, amigo, cuán peligroso es dejarse llevar uno de su pasion, aun cuando ella sea justa é inocente, porque siempre su

<sup>1</sup> NOTA. Bonfinio XII, pág. 277. Otros quieren que esta muerte fuese por conjuracion de los húngaros, descontentos por ver que se daban todos los empleos honoríficos á los alemanes, y no á los nacionales; y algunos quieren que muriese antes de partir el Rey. La primera opinion es mas acomodada al intento de esta obra, y es la que sigue el célebre Antonio Albicio en su *Stemata Princ. Christ.*

<sup>2</sup> El citado noble genealógico Albicio dice, que á su vuelta de Siria absolvió el Rey en juicio á Brancmano, que así lo llama este autor.

ímpetu nos hace pasar hasta el exceso. ¿Qué impulso mas inocente puede tener el corazon humano, que el amor entre hermanos ó el amor de la justicia? Con todo, vemos que este amor sin gobierno condujo á esa señora al mas abominable desórden, y al Palatino á una accion la mas violenta é inaudita. Todo tiene sus limites, y siempre se ha de consultar la razon para no traspasarlos. La experiencia larga me ha enseñado que todo exceso es nocivo: el del mal es mas feo; pero el del bien es mas peligroso: el exceso en el mal ahuyenta con horror: el exceso en el bien nos engaña y atrae con su aparente hermosura; y mas peligroso es el enemigo disfrazado, que el que nos acomete á las claras sin rebozo.

29 El demasiado amor de la justicia, ya de recobrar lo que es nuestro, ya de cautelar los desconciertos, ó ya de castigar la injuria, ¿cuántas guerras no ha causado? ¿qué rios de sangre no ha hecho correr? ¿qué ciudades no ha reducido á cenizas? ¿qué familias no ha dejado huérfanas? ¿qué miserables sin pan? Solo por querer reducir á nuestros enemigos á un punto, aunque justo en la balanza de la buena razon, no valia la milésima parte del mal que por causa de ese amor de la justicia hicimos: yo despues de mil discursos y maduras reflexiones, hechas ya en el retiro de los campos, ya en el tumulto de los poblados, ya en la confusion de los ejércitos, resolví firmemente en mi juicio observar dos máximas. Primera: *Examinarlo todo en balanza justa, y jamás admitir cosa alguna, sin verla por ambas caras.* Infeliz quien se deja llevar de la primera faz de las cosas, porque casi siempre será engañado. Segunda: *No llevar cosa alguna á un punto excesivo, porque en el exceso, hasta la virtud degenera en vicio.* Á fuerza de afinar la cuerda, salta: á fuerza de limar el hierro, se gasta; y á fuerza de querer subir mucho, se cae. Con estas dos máximas me he gobernado siempre, y nunca me he arrepentido de ser, aun en lo bueno, moderado.

30 Aprobó el Rey los consejos de Miseno; y con él consultó las circunstancias que mas le suspendian en este caso: á lo que Miseno respondia, callando siempre las razones de queja que tenia contra el Conde, por no dar desahogo á la passion de la venganza, que siempre obra en nosotros disfrazadamente, bien que encubierta con inocentes pretextos. El Rey hallando en Miseno un consejero tan prudente y de tan grande experiencia en negocios graves y delicados, queria, mas no se atrevia á pedirle, que habiendo de retirarse á Polonia, quisiese ir en compañía del Palatino para contener su demasiada severidad, y sosegar los pueblos que tal vez estarian en gran

fermentacion por este suceso. No fue preciso mucho para que Miseno percibiese el justo deseo de Andrés: no quiso negarle este gusto, y partió desde luego á Hungría con Brancmano.

31 Era grande el cuidado que daba al Palatino la regencia del reino en caso tan delicado, y toda diligencia, toda aceleracion le parecia tardanza. Habia dejado sus órdenes secretas, é ignoraba lo que habrian hecho en su ausencia los descontentos: estimaba la autoridad y consejo de Uladislao, y con él consultaba el modo de gobernar con justicia y suavidad. Los brutos de su carroza parecia que corrian mas veloces que las nubes en alas de los vientos; las ciudades y villas apenas eran vistas á lo léjos, cuando ya le pasaban por su lado; y quedando atrás, al instante se perdian de vista; pero aun volaba mas ligero que ellos el espiritu invisible de la tristeza, temiendo que Miseno entrase en Polonia. Esta furia, pues, va delante á prepararle nuevos estorbos: ya la *Romania* les quedaba muy distante, ya habian atravesado la *Bulgaria*, ya pisaban la *Servia*, atravesaban el *Danubio* por donde luchando este con el rio *Sabe*, le sujeta, le envuelve en sus aguas, y le arrebató, arrastrándole por tierra, hasta precipitarle finalmente en el mar Negro; y por fin llegaron á *Belgrado*.

32 Hé aquí que encuentran un postillon que venia de Moravia, diciendo que corrian voces que el Conde se habia muerto á sí mismo: que de la corte de Hungría habia vuelto á Moravia sumamente melancólico, furioso y desesperado, y se habia quitado la vida con veneno<sup>1</sup>. Esta inopinada noticia hizo muy contrario efecto en Miseno y en el Húngaro: este rebotaba de gozo, y Miseno quedó por algun tiempo absorto en la compasion de semejante desgracia. ¡Ah, hijo mio! decia, y las lágrimas le sufocaban las voces. ¡Triste princesa Sofia; y qué amargos son los dias de tu vida! El Palatino extrañaba la causa de tan vivo sentimiento, y no podia concordar el excesivo amor al Conde con tan grande oposicion en las máximas y en las costumbres, ni tenia expresiones bastantes para afeor el horror de este mónstruo humano. Miseno le declaró entonces todo el esmero que habia aplicado para hacerle dichoso, y repasaba todos los

<sup>1</sup> El Filósofo dependiente en su prólogo critica que el fin del Conde de Moravia fuese trágico, debiendo ser feliz, segun las reglas de la epopeya.

¡Y no habrá justicia contra un testimonio tan falso! ¿Quién hizo héroe al Conde de Moravia, que no ejerció ni una accion heroica en todo el poema? El Conde fue el contraste del héroe, como Judas de Jesucristo, y sería crimen mas que defecto atribuirle fin bueno al hombre pésimo. Turno, que fue vencido por Eneas, ¿acaso con su fin desdichado hizo mal á la Eneida?

trabajos que á este fin habia padecido durante los *once meses* que le habia acompañado, no pudiendo consolarse de su pérdida. Entonces el Palatino, cuyo corazon inflexible no se doblaba con la compasion de las flaquezas ajenas, exageraba la ingratitud del Conde, y se lamentaba de la infelicidad de un príncipe como Uladislao, por no haber cogido fruto digno de tan ardua y tan penosa empresa.

33 Este discurso del Palatino hacia grande impresion en el ánimo de Miseno; y mientras caminaba de Belgrado á Buda, corte de Hungría, iba continuando en la misma persuasion. La furia infernal le ordenaba las ideas, y componia de suerte las palabras, que á Miseno le inspiraban el desaliento, y cierto horror á todo lo que era sacrificar el sosiego propio á la felicidad ajena. No es prudencia, decia el Palatino, preferir el bien extraño á su propio bien, ni la felicidad de los demás, que no depende de nosotros, á nuestra propia felicidad, de la cual, segun vuestros principios, estamos seguros que de nosotros pende <sup>1</sup>. ¿Quién hubo jamás en el mundo que estando cierto de gozar completa satisfaccion de sus <sup>2</sup> cosas, siguiendo en todo las máximas de la virtud y de sus obligaciones, que los llevase mas adelante para emprender lo que casi es imposible? Pues como tal reputo yo querer sujetar las pasiones ajenas, ó enseñar á los que tienen carácter brutal las máximas de la razon. Si yo admitiese que el hado tenia dominio en las acciones de los mortales, creeria sin duda que él fue quien os infundió (permitidme, señor, que os hable con esta franqueza y libertad), quien os infundió la idea desgraciada de hacer á otros felices, y eso en un mundo desdichado. ¡Rehusásteis una corona, y ser servido de los pueblos que os amaban, y emprendisteis servir á un loco, que vino á ser vuestro perpétuo tormento, y que aun despues de muerto os tiraniza! Abi teneis un dictámen que la experiencia os da; y si quereis honrar á Hungría con vuestra presencia, el Rey mi amo tendrá infinito gusto en que acepteis una casa de campo en las cercanías de *Hermanstad* <sup>3</sup>, donde podréis vivir á vuestro gusto, y seguir vuestros dictámenes. En todo el mundo no hay país mas proporcionado que la Transilvania para una vida filosófica y retirada; y cerca de esta su Capital teneis, señor, en el sitio que yo os ofrezco soledad voluntaria, y al mismo tiempo la compañía de los caballeros de aquella ciudad, siempre que quisiéreis admitir sus obsequios, y honrarlos con vuestro trato. «Si yo tuviese

<sup>1</sup> Véase lib. X, núm. 13 y su nota.

<sup>2</sup> *Hermanstad*, grande y fuerte ciudad de Hungría, capital de la Transilvania sobre el rio *Cebon* á 82 leguas de Buda y 55 de Belgrado.

«como vos la filosofia de ser *feliz independiente del mundo y de la fortuna*, no pensaria sino en separarme de todo, pues que solo los hombres pueden disminuir ó estorbar nuestra verdadera felicidad.»

34 Escuchaba Miseno, y advirtió que durante este discurso, su compasion habia degenerado en tristeza, la tristeza en desaliento, y este en perturbacion de su alma. Hallaba el corazon fuera de los ejes en que pacíficamente acostumbraba revolverse, para todos sus movimientos, y por aquí conoció que la pasion dominaba, y habia arrastrado en pos de sí la razon. No quiso responder al Palatino hasta tener su alma tranquila, y difirió la respuesta para cuando llegasen á la corte: semejante al cazador que no quiere apuntar el tiro sin parar primero el bruto en que va corriendo: ó al caminante, que sintiendo vahido de cabeza, se sienta para esperar se le serene para continuar su jornada sin peligro. Llegaron en fin á Buda, y todo lo hallaron en sosiego.

35 Hé aquí que en el mayor silencio de la noche, fuese ó no fuese sueño, una figura celestial se presenta á los ojos de Miseno: la abundancia de luz los ofende, pero al mismo tiempo una suave consolacion se le apodera del alma, de suerte que puesto su corazon en suma paz podia serenar, no solo los movimientos que antes le perturbaban, sino tambien el ruido que ahora le hacian á los sentidos con tan extraordinario objeto. Yo soy Boleslao tu abuelo, le dice, y aunque habito las esferas celestiales, no me olvido de mis amados vasallos, y menos de mis descendientes. *Las lágrimas de Lesco tu primo me tienen enternecido: tu heroica empresa de aprender á triunfar en repetidos y crueles combates de tus pasiones, me ha sido muy agradable; pero lo que mas realza tu merecimiento, es el sacrificar tu sosiego por la felicidad de los otros. Sabe que nada tienes perdido, aunque se hayan frustrado en el Conde todos tus deseos, porque el Altisimo te concede por un infeliz rebelde á tus avisos, muchos que te serán dóciles y obedientes: tú serás en Polonia el instrumento de la pública felicidad, lo que tambien aumentará la tuya: no temas, que quien te elige para derramar sobre los mortales la abundancia de sus tesoros, no te privará de ellos: porque la luz que ha de pasar por ti para alumbrar los ciegos, primero ha de ilustrar tu alma; y la fuerza superior, que por medio de tu mano ha de confortar á los demás para moderarles las pasiones, no permitirá te rindas á las tuyas, ni que seas vencido de tus enemigos. Ahora, para que creas que soy yo quien te habla te doy esta señal. En las montañas hallarás á tu primo, que te espera, y una águila te conducirá hasta que te encuentres con él. Dicho esto des-*

apareció Boleslao, y Miseno quedó resuelto á obedecer sin resistencia las órdenes del cielo.

36 Esperaba el Palatino el día para saber de Miseno la respuesta sobre la oferta que le habia hecho: llegó ya Miseno, y con ánimo generoso y agradecido la recusó, diciéndole de esta manera: «Nada pierdo de mérito una oferta, cuando sabe apreciarla quien por justas razones no la acepta. Sabed, pues, que yo renuncié la vida solitaria y escondida, y voy á buscar mi patria, donde podré ser feliz, y hacer á otros felices: puede ser que mis consejos, que fueron inútiles al Conde, fructifiquen copiosamente en mis compatriotas; porque no es extraño que el labrador á quien le salió mal una sementera, mude de terreno, é intente la segunda, esperando que ella sola le recompense el trabajo y las fatigas de ambas. Muy pequeño corazón tiene quien todo lo ocupa en su propio interés. Si cada hombre fuese criado en su planeta diferente, sin tener comercio con los demás hombres ni dependencia de ellos, entonces sería laudable que cada uno solo se atendiese á sí propio; pues todo el cuidado ajeno sería ridículo é inútil; haciendo todos los hombres miembros de un cuerpo civil, Dios los hizo mutuamente dependientes, para que unos á otros se sirvan; y así creo que nada puede hacer un mortal en que mas se asemeje á Dios, que ser el instrumento de la prosperidad de los otros. Quien por atender á su reposo sacrifica la pública felicidad á su culpable inacción, es un tirano bárbaro que deja perecer sus semejantes en la hambre universal del bien, por no extender un dedo á señalarles el camino por donde podrian hallar el sustento. Añádese que mi patria es mi padre; y si esta en su decrepita decadencia necesita de mi socorro, ¿cómo sin impiedad podré negárselo? Esto no lo sufre la razón; y si me precio de hombre racional, no debo hacerlo. Vuestra obediencia pide que os quedéis en Buda; yo me reliro á Cracovia, porque así lo pide la mia. Haga cada uno lo que debe, y ambos seremos felices.» Esto dijo, y despidiéndose del Palatino, que todo lo habia hallado en paz, habló para Polonia <sup>1</sup>.

<sup>1</sup> La acción principal de este poema épico termina aquí, despues de 11 meses que empezó en el encuentro casual del Conde de Moravia y Sofia con Miseno, en el lance que figura el primer libro, y es de notar que Miseno desde este momento, aunque retirado en el monte, supo vivir civilmente, totalmente ocupado en concurrir á la felicidad ajena: dedicándose á instruir á ambos hermanos en las máximas de la sólida felicidad, y despues de haber empleado tres meses en una ocupacion tan llena de amor de Dios y del prójimo, les dice así (lib. XV, núm. 18): No puedo enseñaros con mayor energia la

37 Apenas emprendió Miseno su viaje, una águila extraordinaria se le presenta á los ojos para dirigirle en el camino, y viendo entonces Miseno la señal que se le habia prometido, se confirma en la verdad de la vision celestial. Volaba el pájaro ligero: y sin que Miseno se apresurase, iba desapareciendo el camino: las calzadas como que se abrian de nuevo en línea recta: los montes humillando su altiva cabeza se abatian y postraban para obedecer las órdenes supremas: los valles ufanos y soberbios de franquearle el paso, se levantaban, igualándose con los collados: ni el sol ofendia, ni los vientos molestaban, ni los brutos se cansaban; de este modo caminaba Miseno, y en menos de un día se halló en las fronteras que dividen á Hungría de la Polonia. Estas montañas, que se levantan hasta las nubes, son una trinchera que mutuamente defiende un pueblo de la invasion del otro, y la nieve que perpétuamente corona las hace hasta por este modo impenetrables; mas sin saber cómo, Miseno y Lesco se encontraron en lo mas alto de ellas, y sin haberse llegado á ver, ni aun de léjos, mutuamente se encontraron.

38 No podia Lesco ver á sus ojos; la fisonomía de Miseno se habia mudado, mas el corazón á ciegas le conocia; y su figura causándole una repentina alegría, le anunciaba ser Uladislao. No podia Miseno desconocer la persona del Rey; el semblante, la figura y el tren daban á conocer á Lesco: y viendo que los pensamientos de su primo luchaban con su corazón en las tinieblas de la incertidumbre, se adelantó á abrazarlo, y á dársele á conocer.

39 Quedó Lesco enmudecido, porque la rápida corriente de la alegría que le inundaba el espíritu le suspendió el habla; pero con los ojos y con repetidos abrazos declaró el júbilo y regocijo de su corazón. Enternecido Miseno y lleno de respeto, ya queria correspon-

*doctrina que os he dado, sino sacrificando á vuestro bien toda mi tranquilidad. Y en efecto, debiendo el Conde embarcarse al instante, sin detenerse ni aun entrar en su cabaña, le sigue Miseno por mar y tierra, por Europa y Asia, sin otro intento que hacerle bien, aun á costa de tolerar todos los males (núm. 19).*

*Pero ¿qué males? Viajes, tormentas, naufragios, persecuciones, calumnias, odios, ser maniatado, encarcelado como reo de Estado, sentenciado á muerte tres veces: primera por el Emperador de Nicea; segunda por un pueblo amotinado; tercera por el Sultan de Iconio, hasta ser llevado públicamente cerca de la misma pira encendida donde habia de ser quemado vivo. Y todo por amor de su prójimo. Así consiguió Miseno ser héroe feliz independiente. Pregúntase ahora si esta felicidad de Miseno es como la de los pastores de Arcadia, llena de delicias, de queso, manteca y otras zaramojas, que es como la pinta á su modo el Filósofo incógnito, lib. III, núm. 18.*

derle á las demostraciones de su amor, y ya se acobardaba al ponerlo en ejecucion, por quanto el parentesco y la majestad, el amor y la reverencia, disputaban quién debía llevarse la mayor atencion: por fin, concediéndoles Miseno á estos afectos el lugar y desahogo que debía, habló de esta manera:

40 No me confundais, señor, con las excesivas demostraciones de vuestra amistad y cariño, porque no cabe en el corazon de un vasallo la correspondencia á tan grandes honras. Estoy bien cierto de vuestra benevolencia; pero no lo estoy de mi mérito, porque ignoro si mi peregrinacion y resistencia á los deseos de mi patria os fueron ó no desagradables.

41 Tanto mas las aprobé, respondió el Rey, quanto mas las he sentido. Vuestra razon fue prudente, pero tambien mi deseo fue justo; mas ni mi sentimiento me cegó el discurso, ni las razones de este curaron la llaga que en mi corazon tenia. Verdad es que vuestra ausencia hizo una increíble falta al mio y vuestro pueblo; pero como se encaminaba á vuestro bien, no podia mi afecto prescindir de él para condenaros; mas ahora conozco que todas fueron trazas de la Providencia dirigidas á la pública utilidad, porque los pueblos por la falta que les hicisteis aprendieron á estimaros: y sin duda los continuos votos que á este fin han hecho al cielo, los ha dispuesto para seguir vuestros consejos, en lo que yo seré el primero: *y ya que vos en vuestra peregrinacion y larga ausencia habeis juntado á las luces que tenéis las de una profunda meditacion, que el retiro os inspiró, y que la grande experiencia en diferentes encuentros os preparó; ahora mucho mejor que en otro tiempo podréis encaminaros á la felicidad, que para este fin os ha traído la Providencia á mis brazos. Venid, amado primo, que ya mi cabeza no puede con tan pesada corona: la vuestra es mucho mas digna de ella: el pueblo será más feliz, y yo sin comparacion mas dichoso.*

42 Asustóse Miseno, y retrocedió repentinamente, como si un rayo le cayese á los piés cuando oyó esta palabra, y con estilo respetuoso, aunque resuelto, le dice al Rey: Nada, señor, nada me puede impedir entrar en vuestros Estados, sino lo simple y horrible memoria de verme obligado á gobernarlos. Vasallo me tendréis en Polonia; pero ni ella ni vos me verán otra vez soberano. En ella puedo vivir como un simple particular, y en ese estado no negaré mis intereses á la viuda, al pupilo, ni á otro necesitado; mucho menos mis consejos, aun al mas mínimo de la plebe; porque la avaricia de las luces del entendimiento es mas inexcusable que la de los tesoros, por

cuanto esta especie de riquezas no se disminuye cuando se comunica. Amé á vuestros vasallos como á hijos, y todavia los amo del mismo modo; y si algun dia los encaminé á la felicidad con las leyes de monarca, ahora solo lo haré con los consejos de amigo. Dejadme, señor, vivir en mi retiro y sosiego, sin la confusion del gobierno, ni el cuidado de sus cargos, que así seré mas útil á todos. Como la fuente liberal, que en el retiro del campo está pronta y patente á cuantos quieren buscarla, útil á todos sin ser gravosa á ninguno, así puedo yo vivir, si me concedéis esta gracia.

43 Vivid, le dice el Rey, vivid donde yo pueda hablaros, y vivid á vuestra entera satisfaccion. Vuestra felicidad redundará en la mia, y de ambos depende la de los pueblos que por vos suspiran. Vos dominaréis en mi corazon, yo seguiré vuestras máximas, y siendo como son aconsejadas del cielo, ambos serémos felices. Segun la promesa del Rey así vivió Uladislaw en Polonia el resto de sus dias en vida retirada, bienhechor general, de todos amado, imitado de algunos, pero de ninguno igualado.

FIN.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN

DE BIBLIOTECAS



## NOTA.

Esta obra *El Hombre Feliz independiente* no es historia de Uladislao, rey de Polonia, como la *Guerra Púnica* de Silo Itálico. Ni es la vida entera de un héroe como la *Aquileida* de Estacio, sino un *poema épico* para excitar la admiracion, é inspirar el amor á la virtud, representando la ilustre accion y *empresa grande de Miseno de dominar sus pasiones, y hacer triunfar la razon.*

Si el incomparable P. Almeida se hubiera constituido historiador de la vida de Uladislao, como la vida abraza todo lo que hay desde el nacimiento, y aun antes de él, hasta el túmulo y sus consecuencias, hubiera dado noticia de su muerte y nacimiento en esta su *Epopeya*; pero ha omitido uno y otro, porque el empeño de poeta épico solo incluye una accion de un cierto tiempo; y el tiempo de la empresa de Miseno solo duró once meses, empezando en la cueva del ermitaño muerto, y terminando cuando se recogió á su patria, conformándose en esto con los autores mas célebres; pues ni Virgilio habló en su poema del nacimiento de Eneas, ni de su muerte; ni Tasso de los de Godofredo de Bullon, ni Camoens, ni Voltaire, ni el Telémaco, ni otro poeta épico ha hablado de nacimiento ni muerte de sus héroes; ni el P. Almeida del suyo.

## ÍNDICE

### DE LAS COSAS NOTABLES DE ESTA OBRA.

#### A

- Aciertos.* No se consiguen cuando de prisa, libro XVIII, núm. 35.  
*Agradecimiento* de los Emperadores de Nicea de Miseno, xx, 38.  
*Aguila.* Simil apropiado á Miseno, vii, 37.  
— *negra.* Anuncio funesto, i, 23.  
— *extraordinaria.* Guia á Miseno desde Belgrado á Polonia, xxiv, 37.  
*Albedrio.* La voluntad libre que tiene el hombre para elegir lo bueno ó lo malo; quedó enfermo, no muerto por el pecado original, xii, 39. Nos es muy útil, xiii, 26. Nos distingue de los brutos, núm. 9. Razones en su defensa desde el núm. 10. Argumentos contrarios y experiencias, núm. 19. Respuesta desde el núm. 21.  
*Alegria perfecta.* Solo en Dios se halla, i, 38.  
— *verdadera.* Es posible en el mundo, x, 10.  
*Alejandro,* iii, 16. Alejo Commeno, vii, 34.  
*Alejo III,* i, 22. Alejo IV el Mozo. Ibid.  
*Alejo V Ducas,* llamado Murtzulfo, por qué, xviii, 22.  
*Alemania.* Reino, iii, 6, nota 3.  
*Alma.* Es nobilísima, xvi, 40. De estirpe divina, x, 20. Rayo de la deidad, xii, 34. Experimenta voluntades rebeldes, núm. 39. Su paladar no es delicado, xiv, 10. Su piel, xvi, 33. Hay almas nobles, xvi, 34, 40, y almas bajas, xvi, 36.  
*Almerico.* Rey de Jerusalem, xxi, 19.  
*Alquimista.* El profesor del arte del alquimia, que es de trasmutar los metales en oro, ii, 4.  
*Altar,* del amor profano, ix, 4.  
*Ambicion.* Sus desórdenes, xv, 34.  
— *de gloria.* Pasion muy fuerte, sus efectos, xviii, 23. Su remedio, núm. 30, 36, 38.  
*Américas.* Cuándo se descubrieron, xvii, 42.  
*Amor.* El de la justicia y la venganza suelen equivocarse, xx, 3. Tres especies

- de amor, xxiii, 26. Cómo ha de ser el del prójimo, xxi, 33. Tener amor á quien se aborrece es obrar como Dios, xxi, 33.
- *de Dios*. Fuimos criados para amarle, xi, 31. Cómo debe ser este amor, hasta el 42.
- *de concupiscencia*. Pasión muy poderosa, xvii, 1. Hace cobardes y necios. Ibid. Es pasión maldita, núm. 18. Hijo mimoso del alma, núm. 45. Es un mágico, núm. 23.
- *profano*. Sus pinturas y sus propiedades: es incompatible con la felicidad, ii, 9 y 10.
- *propio*. Su soberbio trono, xi, 5. No debe ser motivo de porfias, sino de *docilidad*, xvi, 12. En su origen es virtud, xvii, 10. Su pintura metafórica, núm. 45. Es capaz de curar todas las pasiones, núm. 10.
- *mal gobernado*. Degenera en vicio: es raíz y tronco de las pasiones, xvii, 10.
- *sensible*. Su trono, xi, 5. Su pintura, núm. 6.
- Anaeronismo*. Error que consiste en colocar un hecho antes ó despues del tiempo en que sucedió, xii, 37, en la nota.
- Anarquía*. El estado de la república que no tiene cabeza que la gobierne, iii, 9.
- Andrinópolis*. Ciudad, ii, 18, nota 1.
- Andrónico, emperador*. Muy criminal, iv, 34.
- Angel*. Se aparece á Miseno, vii, 23. Acompaña á Miseno por las esferas celestes, xi, 3. Le toca en el corazón, núm. 15.
- *protector de Polonia*. Defiende á Miseno, xix, 2. Presenta las súplicas de los polacos para que perezca Miseno, xxii, 31.
- Anillo*. Regalo del Emperador á Neucasis, xix, 35.
- Antioquia*. Ciudad de Asia, iv, 26, nota 4.
- Arabia Feliz, Petrea y Desierta*, iii, 20.
- Araña*. Símit de un intrigante, xii, 9.
- Arbol*. Su descripción, ii, 24.
- Archipiélago*. Parte del mar poblada de islas, llamadas por excelencia el mar Egeo en el Mediterráneo. Pról. núm. 8.
- Arias*. En verso, x, 10.
- Ariete*. Una cabeza de carnero de hierro unida á una viga, la que movida con grande impulso batía las murallas, vi, 40.
- Aristocrático*. Gobierno en el que intervienen los nobles, como el de Venecia, Génova. Comp. hist. nota 2.
- Arquimedes*. Quién fue; su problema, ii, 40, 41.
- Artes*. Cómo se adelantan, xi, 12.
- Arturo, Carro ó Ursa mayor*. Una de las veinte y dos constelaciones celestes que llaman boreales; consta de varias estrellas, xi, 3.
- Atmósfera*. La porción de aire mas cercana á la tierra, hasta donde llegan los vapores ó exhalaciones de ella, xviii, 17.
- Ave negra*. Desconocida y muy rara, xiii, 28. Sus efectos en Ibrahin y en el Conde, xxviii, 33.
- Averno*. Es el infierno: se toma de un lago de este nombre en Nápoles que despidе vapores sulfúreos, xx, 2.
- Auxilio de Dios*. No falta á quien obra bien, viii, 22.
- Aymar*. Embajador de la Reina de Jerusalem, xvi, 3, xvii, 2. Su designio en el viaje á Europa, xvi, 16. Se presenta con Miseno al Emperador cargado de cadenas, xix, 41.

## B

- Balanza ó Libra*. El séptimo signo del zodiaco, que hace el equinoccio autumnal, entrando el sol en él á principios de setiembre, xi, 3.
- Balduino*. Su elección al imperio, ii, 18.
- Balduino IV*. Emperador del Oriente, venció á Saladino, xv, 27. Su muerte infeliz, ix, 21.
- Banquete extraño* que vió Miseno, xiv, 3.
- Bayle*. Filósofo pirronista; dictámen suyo á favor del Evangelio, i, 32.
- Belcebú ó Baalcebuch*. Un ídolo de Acaron, que se llamaba el ídolo de las moscas, en el que el diablo era adorado, xviii, 1.
- Beneficios negativos*, ix, 13; qué son, núm. 14, 22, 27.
- Belgrado*. Ciudad junto al Danubio, vii, 42.
- Biblia sacra*. La encuentra Miseno en una cueva, iii, 14.
- Bienes y males*. Andan con los nombres trocados, v, 18. En este mundo ni unos ni otros andan puros sino mezclados, vii, 8.
- Bohemundo III*. Principe de Antioquia, xxi, 19.
- Boleslao III el Inviecto*. Abuelo de Miseno. Elogio que de él hace su nieto, iii, 6. Regalo que hizo á un palacio cobarde, iii, 6, y nota. Comp. hist. Su virtud, viii, 10. Aparecese una noche á Miseno, y le habla, xxiv, 35.
- Branemano ó Branchan*. Palatino y confidente de Andrés II, rey de Hungría: queda en su reino de regente, xxii, 39, y xxiv, 3. Quita la vida á la Reina, xxiv, 25. Lo absuelve el Rey del crimen, xxiv, núm. 26, nota 2.
- Breslaw*. Capital de la Silesia, iii, 12.
- Brienna*. El Conde, rey de Jerusalem, xviii, 4.
- Brutos*. No obran libremente; por eso sus operaciones son siempre unas mismas, xiii, 9.
- Boya: coreho ó tablas* que los marineros ponen por señal, que nada sobre el agua asida por una cuerda al áncora, ó embarcacion chica chata, vii, 27.
- Bulgaria*, ii, 18, nota 2. *Búlgaros*, iii, 44, nota 2.

## C

- Cafres de Monomotapa*, ix, 11.
- Campo*. Cree Sofía que solo en el campo se halla la alegría, ii, 14, 21.
- Capacete*. Pieza de la armadura antigua que cubria la cabeza, xv, 6.
- Cara-Osman*. Capitan turco, xviii, 25, 26.
- Cardámen*. La multitud de peces que caminan juntos, así como en banda las aves, ii, 4.
- Carro tirado de leones* de Filoteo príncipe, xi, 18.
- Carta del Conde* al Emperador de Nicea, xix, 45.
- Casa de campo*. En Transilvania se la ofrecen á Miseno, xxiv, 33.
- Casimiro II*. Hijo quinto de Boleslao: contienda con su hermano Miecslao por la corona de Polonia, iii, 9. Comp. hist.
- Casiopeya*. Una de las veinte y dos constelaciones celestes, llamadas boreales; consta de 13 estrellas, y se pone con Escorpion, xi, 3.
- Cataratas*. Las nubes cargadas de agua, ix, 46.

- Catástrofe.** Suceso extraordinario é infausto, ix, 3.  
**Catástrofes de Andrónico.** Lo mismo que sucesos infaustos extraordinarios. Pról. 8, lib. iv, 34.  
**Ceguedad.** Cómo puede hacerse útil, iv, 14 y 15.  
**Celo.** Por la propagacion de la fe y en defensa de las leyes del cielo, iv, 30.  
**Celo y amor de la justicia** en el país de la razon, xi, 24.  
**Celos.** Verdugos de la felicidad, ii, 11. En el corazon de Aymar, xvi, 24.  
**Celoso.** Su descripción, ii, 11.  
**Cesarea.** Estado que Elena llevó en dote á su esposo Aymar, xvii, 28. Distintas Cesareas, xix, 20.  
**Cetro.** Sus incomodidades, vii, 42.  
**Chipre.** Sus revoluciones, xv, 37.  
**Cocito.** Un rio del infierno que nace de la laguna Estigia, y se interpreta llanto. Virg. 6 Eneid. 7, ii, 40, núm. 16.  
**Codicia.** Basta que nos toque para caer en excesos, xix, 37. Tienta á unos ladrones contra Miseno, xxiv, 8. Sus efectos en el Rey de Chipre, xvi, 29.  
**Cometas.** No son exhalaciones sino astros, ni son anuncios funestos, xxiv, 7, nota. Aparece uno sobre Bitinia y Nicea. Ibid.  
**Comida campestre** que dispuso la Princesa, xiii, 1, 11, núm. 3.  
**Conde de Moravia.** Quién fue, xi. Expone su tristeza, i, 12 y 17. Nunca encontró alegría en el mundo ni en la fortuna, i, 16. Propónese Miseno el medio de hallarla, i, 26. Duda de la doctrina, y Miseno le satisface, i, 31 y 32. Era casado, xvi, 23. La tristeza, desesperacion y error le asaltan, x, 5. Va á precipitarse, núm. 6. Le contiene Polidoro. Ibid. Conoce el peligro en que ha estado, núm. 7. Envidia que tuvo de la fortuna de Juan de Brienna, xvi, 21. Defiende las pasiones, xvi, 31. Su pintura, x, 20. Su gallarda presencia, xviii, 29. Es herido de tres furias, núm. 28. De una saeta tirada por Efigenia, xxi, 1. Despídese con insolencia de Miseno, núm. 33. Entra al servicio del Sultan, xxi, 4. Traza cómo ser rey de Jerusalem, xviii, 29. Se postra llorando á los piés de Miseno, xx, 17. Desnuda con violencia á Miseno, y con sus vestidos huye de la cárcel, xxii, 7. Parte á Buda, y le siguen las furias infernales, xxiv. Su suicidio, xxiv, 32.  
**Consejo.** Para juzgar rectamente, xvi, 9. Para evitar pependencias. Ibid. Para atraer á uno á la felicidad, xvi, 3. Para poseer la verdadera alegría, xvi, 37. Para ganar batallas, xvi, 43, 44. Para ganar el corazon humano, no contradecirlo, xxiii, 31, 32. Para ser querido de todos, xxiii, 29. El que dió Miseno al Conde para las acciones de importancia, xx, 23. Consejo para hacerse amable de Dios y de los hombres, xxiii, 24.  
**Constantinopla,** i, 21. Sus catástrofes, i, 38. Su gran puerto, xxiv.  
**Contienda rara** entre Miseno y Lesco, viii, 7.  
**Corazon.** Le formó Dios para sí, i, 38, xi, 38. Solo en Dios halla alegría sólida, i, 38. Su anatomía, ix, 18. No hay mortal que merezca nuestro corazon entero, xi, 32. Tiene grandes alas y las bate sin cesar, xiv, 12. Resiste toda violencia, xvi, 3. Cómo se ha de encantar el corazon, vi.  
 — de un ambicioso, xvii, 28. Aun el mas feo se enamora de la virtud, xvii, 5.  
**Corifeo.** El que es seguido de otros en alguna opinion ó secta. Disc. prelim. fól. 44.  
**Correccion.** Cuál debe ser, xvi, 5, 6.  
**Corte.** Teatro de mentiras, viii, 19. La de Polonia hecha un cisma, viii, 5.

- Cortes.** Estanques de peces, ii, 36. Las pasiones en ellas son mas vehementes, ii, 37. No se hallan en las cortes la alegría ni la paz, ii, 38. Diferencia de la corte al campo, ii, 14, 37.  
**Coso.** La plaza donde se corren toros, ix, 34.  
**Cracovia.** Ciudad de Polonia, su estado, iii, 46.  
**Crepúsculo** de la mañana, la claridad que precede á la salida del sol, xxiii, 21.  
**Criaturas.** No pueden darnos felicidad, iii, 38. Ni quitárnosla, vii, 26.  
**Cronologia.** Ciencia que trata de la descripción universal de toda la tierra. Pról. núm. 8.  
**Cruz.** La de Nuestro Señor Jesucristo cautiva por Saladino, xv, 34.  
**Cruzada.** Era una expedicion militar que publicaba el Sumo Pontífice contra los infieles concediendo indulgencias á los soldados que de cualquier provincia de la cristiandad concurrían á ella, los cuales se llamaban *cruzados* por llevar por divisa en los vestidos una cruz roja. Pról. núm. 8. Su nombre es terrible, iv, 26.  
**Cuadro alegórico** de una locura del hombre, xx, 26.  
**Cuadros alegóricos.** Pintados por ambos lados, vii, 11.  
**Cuevas,** de Ubaldina, xi, 26.  
 — ó gruta. Donde encontró Miseno un venerable cadáver y las santas Escrituras, iii, 14 y 15.  
**Cuestion** entre Grafton y Merville sobre la *Providencia universal*, iv, 4.  
 — Entre pastores sobre la bella extraordinaria, v, 19.  
 — Entre Fileno y Adriano sobre un carnero, v, 39.  
 — Entre los mismos otra mas noble, v, 44.  
 — Cuál es la pasion mas fuerte, xvii, 1.

## D

- Dalmacia,** iv, 44.  
**Damasco.** Ciudad de Asia, xi, 30.  
**Danubio rio.** Su curso y caudal, ix, 8.  
**Dardanelos.** Dos castillos, vi, 30, xviii, 22.  
**Delitos.** Solo estos nos pueden hacer infelices, iv, 37. Condenados en otros que nosotros cometemos sin advertirlo, xxi, 31.  
**Desafío** del Conde y de Neucasis, en el que este quedó muerto, xxiii, 4.

## DESCRIPCIONES.

- De las *aflicciones* en la corte, ii, 14. De un *bosque* horrible, iii, 12. Del *campo*, ii, 28. De una *cárcel*, vi, 1. De una *carroza* marítima, vi, 2. De un *cenador* en el monte, i, 10. De una *corza* acosada, v, 30. De la *desgracia*, i, 13. De la *envidia*, v, 23. De una *fuenta*, símbolo de la alegría, i, 47. De un *general*, v, 13. De un *hijo travieso* que castigan, vi, 19. Del *invierno*, vii, 12. De un *leon*, iv, 24. De una *madre* que hace sangrar á su hijo, símbolo de la Providencia, iv, 41. De *Miseno* y su alegría, i, 4, 5. Del *otoño*, ii, 23. De unos *peñascos* vestidos, i, 40. De un *peregrino* solitario, iii, 32. De la *primavera*, ii, 22, vii, 21. De un *rio* combatiendo un peñon, i, 2. De una *noche* clara, ii, 4. De la *ninfa* de la sabiduría, iii, 20. De un *sueño*, iii, 3, y xx, 21. De una *ave* remontada y herida, viii, 18. De una *bomba*, x, 17.

De la *carrera* del sol, ix, 2. Del *Conde* mudado, viii, 27. De sus *proezas*, xv, 23. De la *confusion* de la guerra, viii, 14. De la *contienda del sol* con la noche, ix, 5. De la *desesperacion*, x, 16. De los *fueros* de la libertad, xiii, 5. De una *galga* atada á vista de una liebre, xiii, 31. De un *hombre enfurecido* en la disputa, xiv, 12. De *Ibrahim* iracundo, xii, 9. De un *monarca* recién colocado en el trono, viii, 19. Del *mar* dulcemente agitado, xv, 38. De una *nave* saliendo del puerto, xvi, 1. De la *noche*, ix, 40. De un *navio* en tempestad, xii, 24. De un *niño* sediento, xv, 15. De una *paloma* perseguida por una ave de rapiña, xiii, 7. De un *sitio delicioso*, xiii, 2. Del *sol*, ix, 5. De una *tempestad*, ix, 39. Del *trono* de Miseno en una roca, viii, 30. *Deseos* del hombre siempre buscan el bien, xiv, 7. *Dios* nos ama. Qué lo mueve, xi, 39. Todo lo que hizo fuera del hombre es perfectísimo, xii, 35. También al hombre le crió perfecto, viii, 5. Es el único objeto de nuestra satisfaccion completa, xi, 32. *Diversiones* engañosas, xxiv, 6. Del *amor* y sus síntomas, xvii, 12. De un *arroyo*, núm. 22. Del *Conde de Moravia*, xxi, 35. De los *encantos* de palacio, xviii, 7. De la *enfermedad* de amor, xvii, 12. De lo sucedido en un *esquife*, xviii, 25. De unos *esfuerzos* inútiles, xx, 26. Del *interés*, xvii, 40. Alegórica de las *pasiones*, xx, 27. De un *rico*, xvii, 40. De la *virtud*, xvii, 15.

*Desgracias*. Nos vienen, no de Dios ni de las criaturas, sino de nosotros mismos, iii, 37, 39, 52.

*Desinteresado*. El que lo es tiene lo mas andado para hombre de bien, xvii, 44.

*Diágoras*. Autor de los Ateistas, iii, 30.

*Dios*. Quiso comunicar sus bienes al hombre, iii, 37. No hace desgraciados, iii, 33. Siempre obra para hacernos bien, lo mejor, iv, 14. Planta en nuestra alma la pasión innata del amor, xvii, 10. Dios es el principio de toda belleza, xvii, 22. Está obligado á hacernos caso, no por lo que somos nosotros, sino por sí mismo, xviii, 19. Cuanto hace es por justo motivo. *Ibid.* Ve las cosas como son en sí, xxii, 9. No puede conducirnos al mal, xx, 30. No es el que se muda, sino nosotros, xxii, 9. Se agrada del corazón de Efigenia, xxiii, 1.

*Disco*. El cuerpo del sol ó de la luna, cómo aparece á nuestra vista como una bola. *Disc. prelim.* fól. 23.

*Dobrada ó Dambrouca*. Esposa de Miecslao I, por quien el reino de Polonia se hizo cristiano. *Cron.* fól. 17.

*Drama*. Representacion fabulosa, ii, 22.

*Driades*. Ninfas de selvas y montes, fól. 33.

*Dux*. Duque ó presidente de las juntas de los senadores en Génova ó Venecia, 44.

## E

*Efigenia*. Quién era, xxi, 2. Se disfraza de hombre, núm. 3. Toma el nombre de *Algazar*, xxi, 4. Hierre al Conde con una saeta, núm. 3. Empieza el Conde á ganarle el corazón, núm. 4. Se libra de la sentencia de muerte, xxii, 20.

*Efímera*. Duracion de breve tiempo, i, 21.

*Elena*. Señora de Cesarea y embajadora, xvi, 3. Su carácter, núm. 8. Lloro y busca su socorro en Dios, xviii, 21. Es conquistada del Conde de Moravia, núm. 7. Quédase sola en Iconio, xix, 22. Declara á los piés de la Empera-

triz la intriga de Neucasis, y la inocencia de Miseno y de su esposo, xix, 54. *Eliseos (campos)*. La bienaventuranza, ó una morada felicísima de tranquilidad, xi, 18.

*Elogio* en honra de Miseno, xx, 31.

*Elocuencia de soldados*, xvi, 5.

*Empavesado*. Tendida la empavesada, esto es, los lienzos para cubrir el navío y defenderse para embarazar la vista al enemigo, xv, 42.

*Emperador de Nicea*. Teodoro Lascaris, xviii, 31. Una vision nocturna le trastorna, xix, 3. Lucha consigo mismo, xix, 39.

*Emperatriz de Nicea*. No sabe cómo agradar á Miseno por sus buenos oficios con su abuelo, xviii, 33.

*Encantos*. En una casa de campo, xiv, 3. Que muchas veces nos acaecen á nosotros, núm. 5.

*En ristre*. V. *Lanza*. Lib. vi, núm. 39.

*Enviado* del Emperador al Sultan, xix, 19.

*Envidia*. Monstruo horrible, v, 33. La hay en el campo, v, 34. Sale á conquistar á Miseno, xvi, 20, 21. Tira saetas de fuego al Conde, núm. 21.

*Épico*. Verso heróico, iv, 22.

*Epicuro*. Su secta, ii, 40, iii, 47. Impugnada, ii, 41.

*Episodio*. Lo mismo que *digresion*. Pról. núm. 9.

*Error* es decir que la felicidad del hombre pende del mundo ó de la fortuna, iii, 37.

*Escipion Africano*, iii, 16.

*Escitas*. Su tiranía, ii, 18.

*Escrituras santas*. Mudan á Miseno, iii, 19.

*Esker* rio, vii, 3.

*Espectro*. Vision fantástica del mal espíritu, vii, 21. Fantasma, imágen que causa horror, x, 5, xxiv, 10.

*Espejo fiel* que debemos tener todos, xii, 12.

*Espejo azul* en que ve Miseno muchas cosas, xi, 15.

*Espejo*, de los ingratos, el beneficio ajeno, xx, 14.

*Espíritu de error*. Sale del abismo para ofuscar al Conde y á Ibrahim, ii, 44.

*Espíritu de tinieblas*. Su venganza y estragos, x, 1.

*Esquife*. Barco pequeño que llevan los navíos para sus ministerios: el del navío donde va Miseno por el mar de Mármora, xviii, 3. Lo cerca un cardúmen de tortugas, núm. 12. Se apoderan de él las furias infernales, núm. 13.

*Estrecho de Constantinopla*, iv, 28, y vi, 30.

*Estigia*. Laguna que fingieron los poetas ser un rio por el que juraban los dioses, xiv, 18.

*Evangelio*, i, 32.

*Euclides*, ii, 40.

*Experiencia*. Lo que sirve, iii, 40 y 42.

## F

*Factonte*. Hijo del Sol y de Climene; intentó gobernar el carro de Febo, y en castigo fue arrojado por Jove en el rio Eridano, ix, 40.

*Fama*. Sus atractivos y encantos, xvii, 32. Diferénciase del mérito, núm. 36. De cualquier modo que se mire, siempre es viento, núm. 40.

**Felicidad y Feliz.** Es posible en este mundo hombre tan feliz que viva del todo contento y satisfecho, y por muchos años, I, 28. No consiste la verdadera felicidad en lo que pertenece al *cuerpo*, I, 46. Ni en la satisfacción de las pasiones, I, 16. Ni en los deleites, III, 48, 49. Ni en los *libros*, ni en las ciencias, II, 32. El deseo innato que tenemos á la felicidad, prueba que nos es posible, I, 34 hasta 39.

En efecto, consiste en lo que toca al alma, I, 46. En el buen uso del juicio y de la voluntad, III, 53. En que la criatura goce del fin para que se hizo, III, 53. Y en una palabra, consiste en la virtud, IX, 46. Debe nacer de las máximas de nuestra religión, Pról. núm. 5. Sin depender del mundo ni de la fortuna, sino solo del hombre y de Dios, III, 22, VI, 26. Medios para conseguir la felicidad, I, 3 y 28. Por qué hizo Dios feliz al hombre, III, 37. La verdadera felicidad á todos abre la puerta, II, 33. Consiste en que domine las pasiones la razón, XII, 23. Felicidad quimérica, IX, 29. La verdadera solo pende de nosotros, supuesto el auxilio del cielo, X, 13. *Felices*: cuán pocos son los verdaderos, IX, 19. Males que padecen los que así se llaman, IX, 18. Ningun mortal lo es por todos lados, IX, 29. No pende de la sentencia de los hombres, sino de Dios y de nosotros, XIX, 12, XXI, 33. Debe ser el objeto de nuestras acciones, XII. *Feliz independiente*, XX, 31. Medio para serlo, XX, 23. Otro documento, núm. 29, lección para conseguir lo mismo, XXI, 25.

**Felipe II Augusto**, rey de Francia, insigne, XVI.

**Fénix** de la fortuna mal concebido, XII, 13.

**Filólogo.** El que estudia la filología ó letras humanas. Disc. preliminar. fól. 31.

**Filosofía.** Luz del cielo, I, 30.

— *divina*. Lib. I, núm. 30, v, 48.

— *sólida*. Cuál es, VIII, 5. Para impedir se siga la de Miseno se juntan la política, adulacion, ambicion, soberbia, etc., X, 17.

**Filósofos falsos.** Ateístas, II, 3, nota.

**Filósofo incógnito.** Armas prohibidas con que quiere herir á Miseno: 1.<sup>a</sup> el falso testimonio; 2.<sup>a</sup> el error; 3.<sup>a</sup> disimulacion; 4.<sup>a</sup> uso de autores árabes contra católicos: véase por la 1.<sup>a</sup> la nota del I, I, núm. 9; por la 2.<sup>a</sup> la del I, 3, núm. 37; por la 3.<sup>a</sup> la del I, 2, núm. 3, y por la 4.<sup>a</sup> la del I, 3, núm. 34. Cuán injustamente defiende á Saladino por notado de insolente y cruel, XI, 30. Se contradice á sí mismo negándole en el monte á Miseno la verdadera alegría, XV, 14. Continúa en perseguir á Miseno con una grave impostura, que merece la pena del talion, I, XVIII, núm. 27, nota 1. Atribuye ignorantemente á Elena los deseos del Conde, y juzga imposible lo que fue realidad solo por continuar su contradiccion. Ibid. nota. *Anacronismos* ignorantemente criticados, XXIV, 1. También por ignorancia hace al Conde héroe del poema, cuando fue el contraste del héroe, XXIV, 32. Y en fin se burla inconsideradamente de la felicidad mas sólida y seria de Miseno, XXIV, 36, nota.

**Filoteo.** Príncipe ilustrado del cielo, II, 18. Enseñó á Miseno el país de la razón, XIX. Le lleva á Ubaldina en su carro tirado de leones, núm. 26.

**Fin.** Ningun racional obra sin él, IV, 13.

**Fortuna y desgracia** se burlan de todo el mundo, I, 28. Su injusticia, v, 8. Su orgullo, I, 13. Es deidad loca. Ibid. Capricho del vulgo, III, 29, 37.

**Furias infernales.** Tienen consejo para perder á Miseno, IX, 37. Forman una tempestad, núm. 38. Se juntan otra vez en el abismo, X, 16. Nuevo conciliábulo, XVI, 19.

**General en jefe.** Su elogio, v, 5. Pintado con horror, v, 14. Con encanto, v, 16.

Su grande dependencia, v, 8. Lo que debe hacer para salir bien de la batalla, v, 13. Su estado deplorable, v, 13. Su gloria, v, 5. Paralelo entre un general y un pastor, v, 6.

**Gertrudis.** Reina viuda de Polonia, por qué se queja de Miecslao III, VIII, 5. Nota su alegría, VIII, 9.

**Glacial (nar).** Mar helado, océano Septentrional, Escítico ó Brónico, I, 34.

**Gloria vana.** Su trono, XI, 11. Su pintura, núm. 6. Sus sacrificios y estragos, XI, 12.

**Gloria militar.** Sus dos aspectos, XVII, 31.

**Godofredo de Bullon.** Ganó á Jerusalem, XV, 25.

**Gouborek.** Valido y amigo de Lesco, VIII, 5. Descripción. Ibid. Busca como embajador á Miseno para que vuelva á reinar, XIV, 16.

**Gracia** que pidió un hombre de juicio á Miseno siendo rey, XXIII, 31.

**Grafton.** Filósofo católico, IV, 3. Sus máximas sobre los trabajos, IV, 37.

**Grandeza del mundo** que puede apeteerse, XVII, 30.

**Grecia**, IV, 26.

**Guía extraordinaria** que dirige á Miseno á Polonia, XXIV, 37.

**Guido de Lusignan.** Regente del rey Balduino IV, XV, 26.

## H

**Havoisa ó Avisia II.** Mujer de Juan Sin-Tierra, XVI, 23.

**Hacer bien sin buscar recompensa**, X, 20. Haga el hombre lo que debe, y será feliz. Ibid.

**Hado.** Gentil, Astrología, Cristiano, III, 29, nota. No hay *hado*, fortuna ni *desgracia*, I, 3, 27. Por estas palabras no sabe el vulgo lo que se dice. Ibid. Se le atribuye mas poder que á Dios, III, 30. Su definición burlesca, III, 28. Ni él ni las criaturas, sin nuestra cooperacion, nos pueden impedir la felicidad, X, 12.

**Halcon.** Símbolo del deseo, III, 18.

**Hermilla.** Hija del gobernador de la fortaleza, consuela á Miseno, VII, 6. Se suspende con su filosofía, VII, 10. Intenta libartarle de la muerte, VII, 26. Proporcionala la fuga por una boya, núm. 29. Se ahoga en sollozos, VII, 33.

**Hermosura.** La de las criaturas viene del cielo, XVII, 22. No la hay sin lunar en el mundo, núm. 23.

**Héroes.** Cuáles deben ser, XX, 31 y 37. Los de la filosofía verdadera, XVII, 19. Los que celebra el mundo, XX, 33, 35.

**Heroicidad.** Discurso de la verdadera, XX, 31. Cuál debe ser en sufrir la muerte, XXII, 16.

**Heroismo.** Su falsa idea, III, 16. La verdadera, III, 17. Heroismo de Miseno en la cárcel, VII, 26. El mayor vencer las pasiones, XX, 37. El de Miseno cristiano católico, XXII, 17.

**Hidra.** Mónstruo fabuloso, fingido por los poetas en el lago de Lerna con muchas cabezas, que en cortándole una, nacian muchas, XIX, 9.

*Hidrostatica.* Ciencia que examina la grandeza de los cuerpos sólidos en los líquidos, II, 41.

*Hijos.* Los de nuestra voluntad son las resoluciones, XVIII, 38. Los propios se aman naturalmente. *Ibid.*

*Hombre.* Su origen. Dios le formó para ser feliz, III, 36. Hombre en la figura no mas, VI, 14. Su creacion, XII, 27. Semejante á Dios en el entender, en el poder, en la voluntad libre, etc., núm. 27 y 28. Es una rueda del universo, XVI, 29. Su rey, XII, 31. Señor de sí mismo, núm. 31. Su nobleza, su gozo, núm. 29 y 30. Pierde todas estas grandezas por su soberbia, XII, 33. Se rebela todo contra él, núm. 34. Es como un reloj de oro, núm. 37. Se encuentran en él propiedades entre sí opuestas, XII, 36. Colocado en puesto eminente, sus cómodos é incómodos, XVIII, 11. El fogoso, núm. 36.

## I

*Ibrahim.* A quién representa, II, 3. Su carácter y sus estudios, II, 40. Preciado de filósofo, núm. 43. Poséele el espíritu del error, II, 44. Filósofo libertino, XII, 11. Su genio y capricho desprecia la doctrina de Miseno, IX, 1. Le ciega su pasión, XIV, 12. Está obstinado, XIV, 1. Frenético, X, 3. Le habla el espíritu del engaño, XII, 1.

*Idioma.* El de los amantes, falso, XVII, 8.

*Independencia.* Base de la grandeza humana, V, 7. Independencia de un pastor, V, 9 y 10.

*Infelicidad del hombre,* II, 44. Proviene del error acerca de Dios, y del de los bienes y males de su vida, V, 53.

*Infeliz* el que solo con los felices se compara, IX, 44. Lo contrario motivo de alegría, núm. 23. No lo puede ser el que está sumiso á los decretos divinos, XX, 36.

*Ingratitud.* Es vicio muy comun, VII, 1. La de Isaac Ángelo y Alejo con Miseno, VI, 50, y VII, 1.

*Interés.* Su trono, su pintura, XI, 6. Sus sacrificios y estragos, núm. 7, 8 y 9. Pasión poderosa, XVII, 3. Su pintura terrible, núm. 4. Donde él está no hay ley, núm. 43.

*Intrigar.* Enredar, enmarañar, meterse en muchos negocios, XIV, 14.

*Inundacion* del palacio y jardín de Sofía, X, 1.

*Irene.* Hija de Isaac Ángelo, III, 43, IV, 1, nota 2.

*Iria.* V. *Zefia.*

*Isaac Ángelo II,* I, 22. Su crueldad, IV, 33. Pasa de las cadenas al trono, VI, núm. 50.

*Isabel reina de Jerusalem* y Chipre, XVI, 16.

*Isabel.* Esposa del palatino Branemano, relacion de su desgracia con el Conde, XXIV, 23.

*Isaias.* Su descripcion de la libertad del alma, XVI, 40.

## J

*Japon.* Su descripcion é idioma, I, 29.

*Jerusalen.* Sucesos de su conquista, XV, 24. Pretendientes á este reino, XVI, 16.

Causa de su pérdida por los Cristianos, XVI, 29. Por qué causa se perdió, XVIII, 6.

*Job.* Ejemplo de hombres felices, III, 17.

*Juan.* Conde de Brienna, rey de Jerusalem, XVI, 48.

*Juanizio.* Rey de los búlgaros, II, 18.

*Juan Jacobo Rousseau.* Su dictámen acerca de la Providencia universal, IV, 5.

*Juez.* El inferior no quiera juzgar al superior, XXI, 12.

*Juicio.* Causa de adherirnos al nuestro, XVIII, 38.

*Justicia.* Basa de la paz y de la guerra, III, 46.

## K

*Kiow ó Kiovia.* Ciudad de Polonia, XIV, 3.

*Kiova.* Dama que cautivó el corazon del invicto Boleslao II, rey de Polonia, XIII, 20.

*Krapatz ó Karpacios.* Montes de Polonia, II, 1.

## L

*Lanza en ristre.* Lanza puesta en el hierro que el hombre de armas lleva en el peto á la parte derecha de él encaja el cabo de la manija de la lanza para afirmarla en él, VI, 39.

*Lengua del Japon,* I, 26.

*Leon ó Livon.* Rey de Armenia, intruso, XIX, 6. Cede el reino á Rupin su hermano, XXI, 23.

*Lesco el Blanco.* Su derecho al trono de Polonia, VIII, 8. Discurso suyo para renunciarle, núm. 17. Corona por su mano á su primo Uladislao III dicho Miseno. *Ibid.* Conducido de impulso superior encuentra á Miseno en los montes Karpacios, XXIV, 37.

*Ley.* La de Mahoma, cuál es, XXII, 5.

*Ley de la naturaleza.* Aquello en que todos convienen, I, 36.

*Libro.* El mejor para aprender la filosofia, IX, 9.

*Libros.* Elegante alegoría de ellos, II, 31.

*Libertad ó libre albedrio.* V. *Albedrio.*

*Libertad de entendimiento,* XII, 11.

*Lisonjeros.* Muy perniciosos, VI, 14.

*Lujo en las mesas,* XIV, 1.

*Luna,* IX, 40. Sus montañas, sus manchas, XI, 3.

*Luz de la razon.* Activa y pasiva, I, 32. La luz de la razon activa expuesta á error. *Ibid.* Debe ser esclava de la revelacion. *Ibid.* nota 2.

*Luz del cielo ilustra á Miseno,* XII, 16.

*Luz de la razon.* Voz de Dios, XII, 12. Voz que no engaña. Luz del cielo, XXII, 27. Órgano por donde Dios nos habla, núm. 28.

## M

*Magnetismo,* XVII, 23.

*Mahoma ó Meca,* III, 20, en su nota.

- Males*. No hacen mayores los bienes, sí mas útiles, ix, 23. Son muchos los que nos rodean, núm. 30.
- *Remedios* contra ellos, vi, 21.
- Manuel Commeno*. Emperador, iv, 28.
- Mar Adriático* ó golfo de Venecia. Pról. núm. 8.
- Maria*. Hija de Isabel y del Marqués de Monferrato, reina de Jerusalem, xv, 37, xvi, 16, xviii, 4, nota. Manda buscar por toda la Europa un sujeto para su ministro. *Ibid.*
- Mariemburgo*. Ciudad capital, vii, 11.
- Mariza*. Rio, iv, 44.
- Matronas*. Dos que representan á la Religion y la virtud por sus insignias, xi, 43.
- Mausoleos*. Sepulcros suntuosos, xx, 22.
- Metéoros*. Mistos imperfectos que se engendran en el aire como la nieve, etc., ix, 39.
- Mieceslao I*, rey de Polonia, su carácter, viii, 6, y xiii, 46.
- Mieceslao III*, padre de Miseno. Le elogia su hijo, iii, 6. Las desgracias, número 8. Modo con que subió al trono la primera vez, iii, 8. Sube al trono tercera vez, vii, 34 y 35. Cédole el reino la Reina regente, y él le falta al convenio, iii, 10.
- Miseno*. Su retrato, i, 4, 3. Su propio nombre, i, 7. Su carácter, ii, 6. Cuenta su historia, iii, 6. Huye de Cracovia disfrazado, se entrega á la tristeza, iii, 11. Empieza á ser feliz en una gruta, iii, 14. Vive feliz, contento y satisfecho cuatro años, i, 28. Sueña que ve la sabiduría, iii, 20. Los efectos de la sabiduría en aquel sitio, iii, 21. Encuentra huyendo al príncipe Alejo, iii, 34. Pasa de Silesia á Zara, y entre muchos caballeros cruzados se halla en el combate literario entre Grafton y Neuville, iv, 12. Se retira á las riberas del Mariza, iv, 44. Le despojan unos ladrones. *Ibid.* El pastor Polibio le recoge en su cabaña, iv, 45. Es buscado de órden del Emperador, v, 36. Pone paz entre unos pastores. Versos á la paz, v, 45. Le llevan preso á las cárceles de Constantinopla, v, 46. Canta en la mazmorra, vi, 1. Sueña que ve á un príncipe en un peñasco cóncavo, vi, 2. Habla con Isaac Ángelo en la cárcel, vi, 3. Le hace Isaac muchas promesas, caso que llegue á reinar, vi, 45. Sacan á Isaac de la cárcel para el trono, y queda Miseno preso, núm. 50. Le trasladan á otra cárcel, vii, 3. Le liberta *Hermilla*. V. *Hermilla*. Su mocedad, xiv, 6. Su genio afable, xvi, 6. Entra desconocido en Cracovia, viii, 2. Asiste á la muerte de su padre, núm. 3. Compite con Lesco la corona de Polonia, núm. 7. Es coronado por Lesco, núm. 17. Suspira por su antiguo estado, núm. 22. Sale á recibir á Lesco victorioso y le cede la corona, núm. 24 y 25. Sale disfrazado de la corte, y para en el sitio donde le halla la princesa Sofia y el Conde, número 25. Su felicidad en los trabajos, viii, 30, y ix, 31. Sus dictámenes brillantes, ix, 6. Le combate la *pusilanidad*, x, 28. La vence, núm. 20. Es transportado á una region nueva, xi, 26. Sube registrando las esferas, signos, etc. *Ibid.* Es conducido á la cueva de *Ubalдина*. La estimacion que de él se hace en Polonia, xiv, 17. Se resiste á reinar segunda vez, núm. 21. Ve en el aire un caballo, xv, 13. Acompaña al Conde al Asia, xvi, 1. Método con que quiere remediar los defectos del Conde, núm. 5. Da cuenta de quién es al Emperador de Nicea, xix, 12. Es héroe sin segundo, xx, 18. Convidanle con el ministerio de una monarquía, xviii, 4. No le admite, núm. 7. Tampon-

- co la corona que le ofrece su primo Lesco, xxiv, 42. Desnúdale el Conde de sus vestidos, y se fuga de la cárcel con ellos, dejándole en su lugar, xxii, 7. Retírase á Cracovia, xxiv, 42.
- Mitología*. La historia de los dioses fabulosos, ó héroes de la antigüedad, ix, núm. 40.
- Modo* con que el supremo Hacedor reparó al hombre, y la fuerza que le dió para vencer sus pasiones, xiii, 47, 48.
- Monotonía*. Uniformidad de operaciones, xiii, 10.
- Muelle* real ó primer móvil del mundo, xii, 19.
- Mundo*. Es enemigo del alma. Así lo entiende el autor de este poema, iii, 37, nota. Sus bienes y uso les tienen los nombres trocados, viii, 26. Mundo nuevo (las Indias), xix, 9.
- Murtzulfo*. Así llamado Alejo Ducas por el entrejeo que tenia, i, 22.
- Mustafá*. Quién era, xxi, 13. Refiere los motivos de la guerra del Sultan con el Rey de Armenia, xxi, 16.

## N

- Naturaleza*. Cómo es madrastra del hombre, i, 3.
- Nereidas*. Ninfas fabulosas de quien fingió la antigüedad que presidian en el mar: se pintan medio peces, i, 2, 3, 20.
- Neucasis*. Veneciano. Va á supre, xv, 37. Su carácter, xvi, 4. Lisonjea al Conde de Moravia, núm. 10. Su discurso á favor del Conde, núm. 21. Queda confundido, núm. 26. Se conoce su astucia, xvi, 4. Es enemigo de la *docilidad*, núm. 10. Es veleta de campanario, núm. 11. Respuesta desatinada que dió á Miseno, núm. 23. Echa llamas por la boca, núm. 24. Era capitán del navío donde Miseno pasó á Asia, xvii, 3.
- Neuville*. Ateísta en su doctrina, iv, 4.
- Niester*. Rio de Polonia, i, 1.
- Ninfa*, deidad fabulosa de las aguas y bosques. Símbolo de la sabiduría. Su pintura, iii, 20, 21.
- No*. Voz que difícilmente se pronuncia en palacio, xviii, 7.

- Obispo* de San Juan de Acre, xvi, 16.
- Objeto*. Cuál debe ser el de nuestro amor, xi, 34. Quien yerra en esta eleccion pena mucho, núm. 42. El único del corazon humano es el Ser supremo. *Ibid.*
- Odio*. Entre naciones vecinas rara vez se apaga del todo, iii, 45.
- Ojos*. Nadie se los puede ver á sí mismo, xxi.
- Omnipotencia*. Nos regalamos á su costa, i, 42. Es toda nuestra defensa, i, 26.
- Origen* y utilidad de las pasiones, xii, 18 y 19.
- Orion*. Una de las constelaciones celestes que llaman australes, xi, 3.
- Oro*. Es la manzana de la discordia. Su peso, xvii, 41.
- Osas* ó *Ursas*. Mayor y menor, constelaciones celestes de las veinte y dos boreales; que se componen, la mayor de cincuenta y una estrellas, y la menor de cuarenta y dos, xi, 3.
- Oton*. Duque de Sajonia, iii, 43.
- Otoño*. Su descripción, ii, 23, vii, 12.

*Ovejas y fuente.* Símbolo de la liberalidad, I, 47. Se desentrañan por sus hijos. Ibid.

## P

*Palestina ó Judea,* IV, 28, nota 5.

*Paloma blanca.* Símbolo de la paz, I, 23.

*Pasiones.* Sus promesas engañosas, I, 16. Cuáles lo sean, XII, 17. Su origen y utilidad, núm. 18. No se han de arrancar, sino dirigir por la razón, XI, 18. Las tuvo Nuestro Señor Jesucristo, pero arregladas, núm. 31. Sueltas son furias indómitas, XII, 14. Subyugadas muy útiles, núm. 21. No dan alegría á los que las siguen, XIV, 8, 10. Enloquecen, II, 7. Duran toda la vida, XIV, 16. Modo de vencerlas, XIII, 47. Son como el viento, XVI, 33. Son fuego, número 34. Deben gobernarse, no destruirse, XVII, 10.

*Paz.* Sus bienes: de ellos pende la felicidad, II, 36.

*Pecado original,* XII, 37. Su origen, núm. 33. Sus consecuencias, núm. 34. Sus reliquias. El error y la malicia, núm. 16. Su remedio, núm. 35.

*Pena y arrepentimiento.* Su diferencia, XIII, 34.

*Péndola y muelle,* XI, 20.

*Pensamiento.* Inquieta al Rey húngaro, XXII, 33.

*Perseo.* Una de las veinte y dos constelaciones celestes llamadas boreales: consta de cincuenta y una estrellas conocidas, II, 37.

*Perturbacion de Constantinopla,* VI, 31.

*Piloto en tempestad.* Su descripción, II, 7.

*Pirámides de Egipto,* XI, 26.

*Placer grande.* Se halla en reprimir las pasiones, XVI, 41.

*Polibio.* Pastor honrado, abrigó á Miseno, IV, 45.

*Polidoro griego.* Quién fue, II, 18.

*Política falsa,* XIV, 14. Política, furia, núm. 18. Se retira al abismo, XV, 1.

*Política de ambiciosos,* VII, 3.

*Polonia infeliz,* VII, 40. Siempre con la espada en la mano, y por qué, III, 46.

*Porfias ni disputas* convienen. Lo que conviene hacer en su lugar, XVI, 8 y 13. De dónde se originan estas, núm. 9.

*Príncipe de las tinieblas.* Convoca sus furias contra la doctrina de Miseno XVIII, 13.

*Providencia divina.* Se trata de ella desde el núm. 4 del lib. IV, hasta... «Nos conduce por los trabajos á la felicidad,» III, 41. Sucede lo mejor á los que confían en ella, IV, 4, 7 y 30. Siempre nos lleva al bien, IV, 8. Confianza de Miseno en la *Providencia*, I, 26. El dogma de la *Providencia* universal venerado por Voltaire, IV, 17, nota. La mejor idea de la *Providencia*, IV, 22, nota. Su concepto mas acertado, X, 3. Defiende á Miseno de flechas y todos los males, IX, 14. C

*Prudencia.* Dirige los aciertos á quien sujeta sus pasiones, XIX, 37.

*Quinta de la princesa Sofia;* fue en ella hospedado Gouborek, XIV, 24.

*Raimundo,* conde de Trípoli. Su carácter, intrigas, etc., XV, 27 y 30. Su ambición, su furor, núm. 32.

*Razon suprema.* Único conductor de nuestra vida, XII, recreo de los sentidos, I, 40.

*Razon.* Su país, su gobierno, su buen orden, XI, 19 y 20. No hay en él ocioso alguno, núm. 21. El idioma del amor propio es aquí bien entendido, núm. 23.

*Recta razon.* Luz del cielo, I, 32, nota 1.

*Reloj de oro.* Símbolo del hombre, XII, 37.

*Remolque ó Lorro.* La obra de ayudar la nave atándola á otra para conducirla al puerto, IX, 40.

*Retrato que un niño presenta al Conde,* XXIV, 3.

*Retrato del corazon humano,* XV, 33, 34 y 35.

*Revelacion.* Luz superior de la razon y de quién esta es su esclava, I, 30 y 32, nota 2.

*Rey.* Acercándose á la muerte, XIII, 6.

*Reyes de Polonia malos,* XIII, 20. Buenos, XIII, 46, XXII, 31.

*Reinas repudiantes,* XVI, 12. Sus motivos, núm. 24.

*Rima.* Composicion de versos cuyos fines se corresponden en consonantes. Disc. prel. fól. 44.

*Rio en abundancia.* Símbolo de la elocuencia, I, 39.

*Riquezas.* Se hicieron para esclavas del hombre, no al contrario, XI, 21.

*Ruiseñor que canta á desafio,* II, 15. Una propiedad suya. Ibid. Nota.

## S

*Saffadino.* Sultan de Egipto, XIX, 18.

*Saladino sultan de Egipto y Palestina.* Esto dice Miseno, IV, 30, y lo contrario dice falsamente el *Filósofo incógnito* en su poema, XVIII, 12. Su desordenada ambicion segun autores católicos, III, 34. Su insolencia y crueldad, XXI, 30. Fue instrumento del infierno, XV, 26. V. *Cruz.* Su iniquidad, XXI, 19.

*Santa Sofia.* Templo magnífico, I, 22.

*Satélites.* Estrellas pequeñas que acompañan á Júpiter, y cinco á Saturno, XI, 3.

*Secreto.* Cómo debe guardarse, VIII, 26.

*Sentencia que dió Miseno muy rara,* XX, 14.

*Sennaar.* Señor de Egipto, XI, 30, nota 3.

*Ser suprema.* Infinitamente feliz: qué hizo para hacernos felices, III, 37.

*Sibila.* Hizo de un aventurero un monarca, XVI, 21.

*Similes.* De una ave remontada, VIII, 18. De otra cogida en el lazo, XIV, 11. De las águilas, XIV, 10. De un Ángel embajador, XIII, 40. De un cirujano, XIII, 42. De un coche, XIV, 13. De un cochero, XVI, 43. Del Danubio, IX, 8. De una escena de teatro, VIII, 27. Del fuego, XVI, 32. De una galga atada, XIII, 31. De un guerrero, XIII, 44. Cómo desprecian el oro los negros de Guinea, IX, 11. Del ruido de las aguas, VIII, 30. De un soñoliento. De una nave alta-nera, IX, 25. De las víboras, XIV, 17. De un volcan, XIV, 12. Del Vesubio, XV, 32. El de Lisboa, año 1755. Ibid.

*Siria.* Algunos sucesos de ella, XVI, 16 y 29.



*Ovejas y fuente.* Símbolo de la liberalidad, I, 47. Se desentrañan por sus hijos. Ibid.

## P

*Palestina ó Judea,* IV, 28, nota 5.

*Paloma blanca.* Símbolo de la paz, I, 23.

*Pasiones.* Sus promesas engañosas, I, 16. Cuáles lo sean, XII, 17. Su origen y utilidad, núm. 18. No se han de arrancar, sino dirigir por la razón, XI, 18. Las tuvo Nuestro Señor Jesucristo, pero arregladas, núm. 31. Sueltas son furias indómitas, XII, 14. Subyugadas muy útiles, núm. 21. No dan alegría á los que las siguen, XIV, 8, 10. Enloquecen, II, 7. Duran toda la vida, XIV, 16. Modo de vencerlas, XIII, 47. Son como el viento, XVI, 33. Son fuego, número 34. Deben gobernarse, no destruirse, XVII, 10.

*Paz.* Sus bienes: de ellos pende la felicidad, II, 36.

*Pecado original,* XII, 37. Su origen, núm. 33. Sus consecuencias, núm. 34. Sus reliquias. El error y la malicia, núm. 16. Su remedio, núm. 35.

*Pena y arrepentimiento.* Su diferencia, XIII, 34.

*Péndola y muelle,* XI, 20.

*Pensamiento.* Inquieta al Rey húngaro, XXII, 33.

*Perseo.* Una de las veinte y dos constelaciones celestes llamadas boreales: consta de cincuenta y una estrellas conocidas, II, 37.

*Perturbacion de Constantinopla,* VI, 31.

*Piloto en tempestad.* Su descripción, II, 7.

*Pirámides de Egipto,* XI, 26.

*Placer grande.* Se halla en reprimir las pasiones, XVI, 41.

*Polibio.* Pastor honrado, abrigó á Miseno, IV, 45.

*Polidoro griego.* Quién fue, II, 18.

*Política falsa,* XIV, 14. Política, furia, núm. 18. Se retira al abismo, XV, 1.

*Política de ambiciosos,* VII, 3.

*Polonia infeliz,* VII, 40. Siempre con la espada en la mano, y por qué, III, 46.

*Porfias ni disputas* convienen. Lo que conviene hacer en su lugar, XVI, 8 y 13. De dónde se originan estas, núm. 9.

*Príncipe de las tinieblas.* Convoca sus furias contra la doctrina de Miseno XVIII, 13.

*Providencia divina.* Se trata de ella desde el núm. 4 del lib. IV, hasta... «Nos conduce por los trabajos á la felicidad,» III, 41. Sucede lo mejor á los que confían en ella, IV, 4, 7 y 30. Siempre nos lleva al bien, IV, 8. Confianza de Miseno en la *Providencia*, I, 26. El dogma de la *Providencia* universal venerado por Voltaire, IV, 17, nota. La mejor idea de la *Providencia*, IV, 22, nota. Su concepto mas acertado, X, 3. Defiende á Miseno de flechas y todos los males, IX, 14. C

*Prudencia.* Dirige los aciertos á quien sujeta sus pasiones, XIX, 37.

*Quinta de la princesa Sofia;* fue en ella hospedado Gouborek, XIV, 24.

*Raimundo,* conde de Trípoli. Su carácter, intrigas, etc., XV, 27 y 30. Su ambición, su furor, núm. 32.

*Razon suprema.* Único conductor de nuestra vida, XII, recreo de los sentidos, I, 40.

*Razon.* Su país, su gobierno, su buen orden, XI, 19 y 20. No hay en él ocioso alguno, núm. 21. El idioma del amor propio es aquí bien entendido, núm. 23.

*Recta razon.* Luz del cielo, I, 32, nota 1.

*Reloj de oro.* Símbolo del hombre, XII, 37.

*Remolque ó Lorro.* La obra de ayudar la nave atándola á otra para conducirla al puerto, IX, 40.

*Retrato que un niño presenta al Conde,* XXIV, 3.

*Retrato del corazon humano,* XV, 33, 34 y 35.

*Revelacion.* Luz superior de la razon y de quién esta es su esclava, I, 30 y 32, nota 2.

*Rey.* Acercándose á la muerte, XIII, 6.

*Reyes de Polonia malos,* XIII, 20. Buenos, XIII, 46, XXII, 31.

*Reinas repudiantes,* XVI, 12. Sus motivos, núm. 24.

*Rima.* Composicion de versos cuyos fines se corresponden en consonantes. Disc. prel. fól. 44.

*Rio en abundancia.* Símbolo de la elocuencia, I, 39.

*Riquezas.* Se hicieron para esclavas del hombre, no al contrario, XI, 21.

*Ruiseñor que canta á desafio,* II, 15. Una propiedad suya. Ibid. Nota.

## S

*Saffadino.* Sultan de Egipto, XIX, 18.

*Saladino sultan de Egipto y Palestina.* Esto dice Miseno, IV, 30, y lo contrario dice falsamente el *Filósofo incógnito* en su poema, XVIII, 12. Su desordenada ambicion segun autores católicos, III, 34. Su insolencia y crueldad, XXI, 30. Fue instrumento del infierno, XV, 26. V. *Cruz.* Su iniquidad, XXI, 19.

*Santa Sofia.* Templo magnífico, I, 22.

*Satélites.* Estrellas pequeñas que acompañan á Júpiter, y cinco á Saturno, XI, 3.

*Secreto.* Cómo debe guardarse, VIII, 26.

*Sentencia que dió Miseno muy rara,* XX, 14.

*Sennaar.* Señor de Egipto, XI, 30, nota 3.

*Ser suprema.* Infinitamente feliz: qué hizo para hacernos felices, III, 37.

*Sibila.* Hizo de un aventurero un monarca, XVI, 21.

*Similes.* De una ave remontada, VIII, 18. De otra cogida en el lazo, XIV, 11. De las águilas, XIV, 10. De un Ángel embajador, XIII, 40. De un cirujano, XIII, 42. De un coche, XIV, 13. De un cochero, XVI, 43. Del Danubio, IX, 8. De una escena de teatro, VIII, 27. Del fuego, XVI, 32. De una galga atada, XIII, 31. De un guerrero, XIII, 44. Cómo desprecian el oro los negros de Guinea, IX, 11. Del ruido de las aguas, VIII, 30. De un soñoliento. De una nave alta-nera, IX, 25. De las víboras, XIV, 17. De un volcan, XIV, 12. Del Vesubio, XV, 32. El de Lisboa, año 1755. Ibid.

*Siria.* Algunos sucesos de ella, XVI, 16 y 29.

- Skrins*, conde y valido de Uladislao II: por qué motivo le arrancaron los ojos, VIII, 11. Discurso elegante de un hijo suyo, núm. 12.
- Soberanos*. Vicedioses en la tierra, XIX, 44. Cuáles son sus fueros, XX, 15 y 16.
- Sociedad* de Polonia, sus principios, VIII, 12.
- Sofía*. Princesa viuda de Nicolao Canabo I, 1. Su tristeza, núm. 20. Su coronacion, núm. 21. Refiere su historia desde el núm. 22 hasta el 26. Ironía con que reprendió á Ibrahin, X, 3. Vuelve por el honor de Miseno. Ibid. Sabe despreciar tisonjas, X, 14. Discurre cómo curar al Conde, núm. 8. Señora de mucho juicio, XVI, 6.
- Sofista*. Nombre que se le dió antiguamente á los profesores de filosofía. Pról. núm. 5.
- Sol*. Su nacimiento, III, 1.
- Soledad*. Se le ofrece á Miseno, y no la admite, XXIV, 33.
- Soliman de Rovadin*. Sultan de Iconio: el mas poderoso despues de Saladino, XIX, 6.
- Solitario* en un monte en tempestad, III, 12.
- Sueño*. Ata y desata á Ibrahin, XII, 2.
- T**
- Tántalo*. Un sediento en medio de las aguas, II, 12.
- Tapices* y alfombras de Turquía, I, 41.
- Tártaro*. Lo mismo que infierno, V, 38.
- Temor*. En él está nuestra confianza, XXII, 26.
- Templo* magnífico, alegórico, XI, 5. En su interior tronos superiores é inferiores. Ibid.
- Tempestad* furiosa, IX, 39.
- Teócrito*. Gobernador de un fuerte, padre de *Hermilla*, VII, 26.
- Teodoro*. Rey de Armenia, XXI, 18.
- Ternura*. Pasion: engaña al Conde *Sofía*, XV, 3.
- Terremoto*, IX, 20. El de Lisboa, año 1755. Ibid.
- Timoteo*. Es muerto por Alejo, príncipe, VI, 48.
- Tivisco*. Río, VII, 42.
- Trabajos*. Remedio que nos precave ó nos cura del crimen, IV, 37. Siempre son útiles, VI, 14. Con qué ojos se deben mirar. Ibid. Llueven sobre Miseno, y halla el medio de establecerse en la alegría, I, 26. Sin experiencia no se saben apreciar sus bienes, IX, 11. Son útiles á la filosofía, IX, 7. Bienes que en sí encierran, núm. 18. Son tributo que paga el género humano, IX, 48. Son distintos de las infelicidades, X, 13.
- Tribulacion*. Siempre la dirige Dios á cosa mayor que la misma tribulacion, XVIII, 15.
- Tripode*. Banquillo de tres piés, V, 37.
- Tristeza*. Pasion terrible, II, 1. Su dominacion sobre el corazon humano, II, 2. Su origen nosotros mismos, V, 24 y 25. Convoa las otras pasiones contra Miseno, II, 1. Su pintura en verso, I, 17. Cuán mala es, X, 8. Se queja el Príncipe de las tinieblas contra Miseno, XI, 1. Toma la figura y traje de Brancmano, palatino de Hungría, para separar al Conde de Miseno, XV, 3.

**U**

- Ubalдина*. Quién era, XI, 30. Teje cestillos, núm. 27. Se presenta Miseno á ella de órden del cielo, acompañado del príncipe Filoteo. Ibid. Se ofrece gustosa á enseñarle á amar á Dios, núm. 28. Su santa vanidad y confianza en Dios, XI, 41.
- Uladislao III*, XIII. Rey católico de Polonia, Pról. núm. 6. Por qué títulos le pertenecia la corona, VII, 40.

**V**

- Valaquia*. Provincia, I, 48.
- Vanidad*. Deseo de gloria, pasion muy fuerte, XVII, 2.
- Vénus*, III, 48, nota.
- Verano*, II, 21.
- Verdad*. Sus prodigiosos efectos, II, 41.
- Vesubio*. Sus llamaradas, XV, 31.
- Vicios* de los dioses falsos, III, 48, nota.
- Victorias* del entendimiento, mas gloriosas que las del cuerpo, XVI, 10.
- Vida* del hombre, VI, 40.
- Vida*. Mas penosa que la muerte, XX, 21.
- Virtud divina*. La que eleva el entendimiento para ver claramente á Dios, III, 52, nota. Preferible á toda belleza, XVII, 14. Es el único consuelo, núm. 17. Reside tambien en la tierra, núm. 19. Triunfa del amor mundano, XVII, 21.
- Voltaire*. Su elogio del dogma de la Providencia, IV, 17. Sus argumentos contra ella, IV, 10. Disueltos por Miseno desde el núm. 13.
- Voto* que hizo el Rey de Hungría de ir á la Tierra Santa, XV, 5.
- Voz interior*. Cómo nos habla antes y despues de nuestras operaciones, XIII, 23.

**Y**

- Yelmo*. Parte de las armas antiguas que los caballeros usaban en las batallas para defender la cabeza con una pieza que llamaban *visera*, y en esto se distinguian del morrion, celada y capacete, XIII, 44.

**Z**

- Zara*. Ciudad, IV, 3.
- Zefia*. Pastora; hija de Polibio, defiende que la hermosura rara es castigo del cielo: Iria, su hermana, defiende lo contrario, V, 13.
- Zopiro*. Un noble persa que engañó infelizmente á los babilonios, XVII, 5.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

## ÍNDICE.

	PÁG.
PRÓLOGO. . . . .	5
ADVERTENCIA DEL AUTOR. . . . .	12
EL TRADUCTOR. . . . .	13
Compendio histórico, cronológico y genealógico de los duques y reyes de Polonia. . . . .	15
Discurso preliminar sobre el poema EL FELIZ INDEPENDIENTE, por Antonio de las Nieves, presbítero y profesor régio de retórica y poética en Peñafiel. . . . .	23

### EL HOMBRE FELIZ.

Libro I. . . . .	49
Libro II. . . . .	70
Libro III. . . . .	88
Libro IV. . . . .	113
Libro V. . . . .	134
Libro VI. . . . .	153
Libro VII. . . . .	174
Libro VIII. . . . .	193
Libro IX. . . . .	208
Libro X. . . . .	228
Libro XI. . . . .	243
Libro XII. . . . .	260
Libro XIII. . . . .	276
Libro XIV. . . . .	293
Libro XV. . . . .	306
Libro XVI. . . . .	323
Libro XVII. . . . .	343
Libro XVIII. . . . .	364
Libro XIX. . . . .	385
Libro XX. . . . .	407
Libro XXI. . . . .	424
Libro XXII. . . . .	440
Libro XXIII. . . . .	456
Libro XXIV. . . . .	472
Índice de las cosas notables de esta obra. . . . .	493

FIN DEL ÍNDICE.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

## LIBROS Y HOJAS VOLANTES

QUE HA DADO Á LUZ

# LA LIBRERÍA RELIGIOSA

FUNDADA EN BARCELONA

BAJO LA PROTECCION

DE LA VIRGEN SANTISIMA DE MONSERRAT Y DEL GLORIOSO SAN MIGUEL

EN EL AÑO DE 1848.

Las obras que ha publicado hasta el presente son las siguientes, advirtiéndose que muchas se han reimpresso varias veces. Se hallan de venta en Barcelona librería de Riera, y en provincias en casa los señores Encargados nombrados al efecto.

### Obras en 4.º mayor.

- La santa Biblia en español por el P. Scio. Seis tomos á 210 rs. en piel de color y relieve.
- Vindicacion de la Biblia por el abate Du-Clot. Un tomo á 39 rs. id.

### Obras en 4.º

- Estudios filosóficos por Augusto Nicolás. Tres tomos á 36 rs. en pasta.
- Historia de la Iglesia por Alzog. Cuatro tomos á 44 rs. id.
- Historia eclesiástica de España por La Fuente. Cuatro tomos á 44 rs. id.
- Historia de las Variaciones por Bossuet. Dos tomos á 22 rs. id.
- Historia de la Compañía de Jesús por Cretineau-Joli. Seis tomos á 66 reales id.
- El Protestantismo por Augusto Nicolás : á 11 rs. id.
- Pensamientos de un creyente por Debreyne : á 11 rs. id.
- Las Criaturas por Sabunde : á 11 rs. id.
- Ensayo sobre el Panteísmo por Maret : á 11 rs. id.
- La Cosmogonía y la Geología por Debreyne : á 11 rs. id.
- La Teodicea por Maret : á 11 rs. id.
- Larraga novísimamente adicionado por el Excmo. é Ilmo. Sr. Claret : á 24 rs. id.
- Manual de los Confesores por Gaume : á 14 rs. id.

—Las profecías mesiánicas del Antiguo Testamento ó la divinidad del Cristianismo demostrada por la Biblia, por el abate Meignan: á 11 rs. id.

#### Obras en 8.º mayor.

- Año cristiano por Croisset. Diez y seis tomos á 160 rs. en pasta.
- El hombre feliz por Almeida: á 10 rs. id.
- Exposicion razonada de los dogmas y moral del Cristianismo por Barran. Dos tomos á 20 rs. id.
- Historia de la sociedad doméstica por Gaume. Dos tomos á 20 rs. id.
- Las Glorias de María por san Ligorio: á 10 rs. id.
- El Espíritu de san Francisco de Sales: á 10 rs. id.
- La única cosa necesaria por Geramb: á 10 rs. id.
- El Catolicismo en presencia de sus disidentes por Eyzaguirre. Dos tomos á 20 rs. id.
- Meditaciones del P. Luis de La Puente. Tres tomos á 30 rs. id.
- Del Papa. — De la Iglesia galicana en sus relaciones con la Santa Sede. Dos tomos á 20 rs. id.
- Catecismo de Perseverancia por Gaume. Ocho tomos á 80 rs. id.
- Sermones de Mision, escritos unos y escogidos otros por el misionero apostólico Antonio María Claret y Clará, arzobispo de Santiago de Cuba. Tres tomos á 27 rs. id.
- Coleccion de pláticas dominicales por el Excmo. é Ilmo. Sr. Claret. Siete tomos á 63 rs. id.
- Tratado de la Usura por el abate Marco Mastrofini: á 10 rs. id.
- Mercedes de la Virgen María, ó sea Meditaciones aplicadas á la Letania lauretana: á 10 rs. id.

#### Obras en 8.º

- Catecismo con 48 estampas explicado por el Excmo. é Ilmo. Sr. Claret. Un tomo á 6 rs. en pasta.
- Id. id. en catalan: á 6 rs. id.
- Catecismo de Feller. Cuatro tomos á 24 rs. id.
- Vida devota por san Francisco de Sales: á 6 rs. id.
- Las delicias de la Religion: á 6 rs. id.
- Confesiones de san Agustin. Dos tomos á 12 rs. id.
- Historia de la Reforma por Cobbet. Dos tomos á 12 rs. id.
- Nuevas Cartas por Cobbet: á 6 rs. id.
- Preparacion para la Navidad de Jesús por san Ligorio: á 6 rs. id.
- Tesoro de proteccion en la santísima Virgen por Almeida: á 6 rs. id.
- Armonía de la Razon y de la Religion por Almeida. Dos tomos á 12 rs. id.
- Combate espiritual. Dos tomos á 12 rs. id.
- La existencia de Dios por Aubert: á 6 rs. id.
- Las notas de la Iglesia por Aubert: á 6 rs. id.
- La conformidad con la voluntad de Dios por Rodriguez: á 6 rs. id.
- Historia de María santísima por Orsini. Dos tomos á 12 rs. id.
- Instruccion de la Juventud por Gobinet. Dos tomos á 12 rs. id.

- La Biblia de la Infancia por Macías: á 6 rs. id.
- La divinidad de la Confesion por Aubert: á 6 rs. id.
- La Tierra Santa por Geramb. Cuatro tomos á 24 rs. id.
- Guia de pecadores por el V. Granada. Dos tomos á 12 rs. id.
- Reflexiones sobre la naturaleza por Sturm. Seis tomos á 36 rs. id.
- Obras de santa Teresa. Cinco tomos á 30 rs. id.
- Reloj de la pasion por san Ligorio: á 6 rs. id.
- Católica infancia por Varela: á 6 rs. id.
- Vida de santa Catalina de Génova: á 6 rs. id.
- Verdadero libro del pueblo por Madama Beaumont: á 6 rs. id.
- ¿Á dónde vamos á parar? por Gaume: á 6 rs. id.
- El Evangelio anotado por el Excmo. é Ilmo. Sr. Claret: á 4 rs. id.
- Veni-mecum por el Ilmo. Sr. Caixal: á 7 rs. en piel de color y relieve.
- Las delicias del campo, ó sea agricultura cubana por el Excmo. é Ilmo. Sr. Claret: á 7 rs. en media pasta.
- Llave de oro para los sacerdotes por el Excmo. é Ilmo. Sr. Claret: á 7 rs. en pasta.
- El Nuevo manojito de flores para los confesores por el Excmo. é Ilmo. Sr. Claret: á 7 rs. id.
- Vida de san Luis Gonzaga: á 6 rs. id.
- Virginia. Tres tomos á 18 rs. id.
- Ejercitatorio de la vida espiritual por el P. Fr. Francisco García de Cisneros: á 6 rs. id.
- El hombre infeliz consolado, por el señor abate D. Diego Zúñiga: á 6 rs. id.
- Historia de santa Isabel de Hungría por el Conde de Montalembert. Dos tomos á 12 rs. id.
- Práctica de la viva fe de que el justo vive y se sustenta por el P. Fr. Tomás de Jesús: á 5 rs. id.
- Historia del Cristianismo en el Japon, segun el R. P. Charlevoix: á 6 rs. id.
- Manual de erudicion sagrada y eclesiástica por D. Bernardo Sala, monje benedictino: á 7 rs. id.
- Del matrimonio civil, opúsculo formado con la doctrina del P. Perrone en su obra *Del matrimonio cristiano*: á 6 rs. id.
- Meditaciones para todos los dias de Adviento, novena y octava de Navidad y demás dias hasta la de la Epifanía inclusive, por san Ligorio: á 5 rs. id.
- Ejercicios espirituales de san Ignacio explicados por el Excmo. é Ilmo. señor Claret: á 7 rs. id.
- De la oracion y consideracion por el V. Granada. Dos tomos á 12 rs. id.

#### Obras en 16.º

- Caractéres de la verdadera devocion por el P. Palau: á 4 rs. en pasta.
- El arte de encomendarse á Dios por el P. Bellati: á 4 rs. id.
- Las horas serias de un jóven, por Sainte-Foix: á 5 rs. id.

- El Camino recto por el Excmo. é Ilmo. Sr. Claret : á 5 rs. en piel de color y relieve.
- Id. id. en catalan : á 4 rs. id.
- Ejercicios para la primera comunión por el Excmo. é Ilmo. Sr. Claret : á 3 y medio rs. id.
- La verdadera sabiduría por el Excmo. é Ilmo. Sr. Claret : á 4 rs. pasta.
- Coleccion de opúsculos por el Excmo. é Ilmo. Sr. Claret. Cuatro tomos á 20 rs. id.
- Tardesc ascéticas, ó sea una apunacion de los principales documentos para llegar á la perfeccion de la vida cristiana, por un monje benedictino : á 4 rs. id.
- El Párroco con los enfermos, ó sea algunos avisos prácticos para los principiantes en dicha carrera : á 3 rs.

### Opúsculos sueltos.

- Avisos á un sacerdote, á 30 rs. el ciento.
- Avisos muy útiles á los padres de familia, á 30 rs. el ciento.
- Avisos muy útiles á las casadas, á 30 rs. el ciento.
- Avisos muy útiles á las viudas, á 30 rs. el ciento.
- Avisos saludables á los niños, á 30 rs. el ciento.
- Avisos saludables á las doncellas, á 26 rs. el ciento.
- Avisos á un militar cristiano, á 24 mrs. el ejemplar.
- El rico Epulon en el infierno, á 22 rs. el ciento.
- Reflexiones á todos los Cristianos, á 24 rs. el ciento.
- Resumen de los principales documentos que necesitan las almas que aspiran á la perfeccion, á 24 rs. el ciento.
- Los tres estados del alma, á 20 rs. el ciento.
- Reglas de espíritu que á unas religiosas muy solícitas de su perfeccion enseñan san Alfonso Ligorio y el V. P. Senyeri Juniore, á 20 rs. el ciento.
- Respeto á los templos, á 22 rs. el ciento.
- Galería del desengaño, á 26 rs. el ciento.
- La Escalera de Jacob y la puerta del cielo, á 30 rs. el ciento.
- Maná del cristiano, á 15 rs. el ciento.
- Idem en catalan, á 15 rs. el ciento.
- El amante de Jesucristo, á 24 mrs. el ejemplar.
- La Cesta de Moisés, á 24 mrs. el ejemplar.
- Religiosas en sus casas, ó las hijas del santísimo é inmaculado Corazon de María, á real y cuartillo el ejemplar.
- Breve noticia del origen, progresos, gracias é instrucciones de la Archicofradía del sagrado Corazon de María, para la conversion de los pecadores; junto con una Novena, para impetrarla del Corazon inmaculado de María, á real el ejemplar.
- Socorro á los difuntos, á 24 mrs. el ejemplar.
- Bálsamo eficaz para curar un sinnúmero de enfermedades de alma y cuerpo, á 24 mrs. el ejemplar.

- Antídoto contra el contagio protestante, á 30 rs. el ciento.
- El viajero recién llegado. Obrita muy importante en las actuales circunstancias, á 26 rs. el ciento.
- Compendio ó brève explicació de la doctrina cristiana en catalan, á 28 mrs. ravedis uno.
- El Protestantismo por P. J. P. : á 24 mrs.
- Id. id. en catalan : á 24 mrs.
- El Ferrocarril por el Excmo. é Ilmo. Sr. Claret : á 24 mrs.
- La Época presente por el Excmo. é Ilmo. Sr. Claret : á 24 mrs.
- La Mision de la mujer por el Excmo. é Ilmo. Sr. Claret : á 23 rs. el ciento.
- Las Conferencias de san Vicente para los sacerdotes por el Excmo. é Ilmo. Sr. Claret : á 50 rs. el ciento.
- Cánticos espirituales por el Excmo. é Ilmo. Sr. Claret : á real.
- Devocionario de los párvulos por el Excmo. é Ilmo. Sr. Claret : á 40 rs. el ciento.
- Máximas espirituales ó sea reglas para vivir los jóvenes cristianamente, edicion corregida y aumentada por el Excmo. é Ilmo. Sr. Arzobispo de Cuba : á 24 mrs.
- Ramillete de lo mas agradable á Dios, y útil al género humano, por el Excmo. é Ilmo. Sr. Claret : á 22 rs. el ciento.
- Devocion del santísimo Rosario por el Excmo. é Ilmo. Sr. Arzobispo de Cuba : á 23 rs. el ciento.
- Excelencias y novena del glorioso san Miguel por el Excmo. é Ilmo. señor Arzobispo D. Antonio María Claret : á 22 rs. el ciento.
- Los Viajeros del ferrocarril por el Excmo. é Ilmo. Sr. Arzobispo Claret : á 24 mrs.
- La prosperidad de las familias, ó sea instrucciones prácticas para el buen gobierno y administracion de una casa : á 24 mrs.

### HOJAS VOLANTES

ESCRITAS POR EL

Excmo. é Ilmo. Sr. Arzobispo D. Antonio María Claret y Clará.

á 64 RS. LA RESMA.

1. Máximas cristianas: puestas en verso pareado para mejor retenerlas en la memoria.
2. Máximas cristianas, puestas igualmente en verso pareado.
3. Cédula del Rosario de María santísima.

4. Modo de rezar el Rosario. Contiene los quince Misterios, Ofrecimiento, y Letanía Lauretana.

5. Cédula contra la blasfemia.

6. Specimen vite sacerdotalis.

7. Fervorosa y cariñosa exhortacion, que distribuyen impresa los misioneros inmediatamente antes de empezar su santo ministerio.

8. Aviso importantísimo que distribuyen los mismos antes de terminar sus santas tareas.

9. Memoria ó recuerdo de la Mision, para distribuir luego de concluida.

10. Propósitos para conservar el fruto y gracia de la santa Mision.

11. Oracion de san Bernardo: Acordaos, piadosísima Virgen María... *Va seguida de una jaculatoria.*

12. Suspiros y quejas de María santísima dirigidos á los pecadores verdugos de su santísimo Hijo.

13. Breve instruccion que dió el Excmo. é Ilmo. Sr. Arzobispo Claret á un hombre sencillo que encontró por un camino, antes de despedirse de su compañía.

21. Amenazas del eterno Padre y modo de evitarlas.

22. Sé fiel hasta la muerte, y te dará la corona de la vida.

34. Alma perseverante que no se deja seducir.

35. Alma del Epulon en el infierno.

36. Triunvirato del universo, ó sea necesidad de la confesion.

37. La santa ley de Dios.

38. Cédula del coro de niñas de la piadosa Union.

39. Cédula del coro de niños de id.

40. Devocion al Corazon agonizante de Jesús.

41. Máximas para niños y niñas, ó sea Escalera para subir los mismos al cielo.

42. Prácticas cristianas para todos, ó sea Escalera para id.

NOTA. Para completar los números intermedios que faltan se imprimirán sucesivamente otras hojas por el estilo.

DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS

